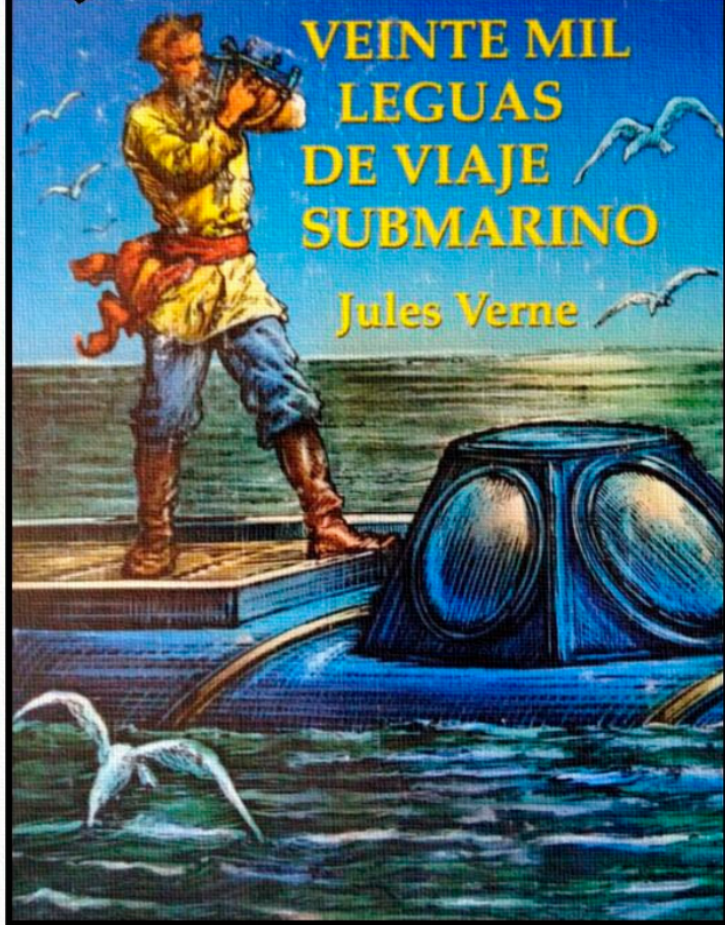


TUS
LIBROS



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

Jules Verne



se

Cuando Verne ideó la construcción del *Nautilus*, escribió a Hetzel, su editor y amigo: «Le aseguro que su arca estará mejor equipada que la de Noé». Verne, que había visitado ya los centros de la tierra y del aire, quiso bajar a los abismos del mar. Imaginó un personaje épico, el atormentado capitán Nemo, un sabio desengañado de la raza humana, que se mueve por una de esas obsesivas reivindicaciones tan típicas de la novela de aventuras: la justicia implacable, no exenta de venganza, y la humillación del adversario.

Gracias a la labor casi policial de M. A. Navarrete, el lector podrá penetrar al fin en la biblioteca del *Nautilus*, que es tanto como entrar en el corazón de Verne.



Jules Verne

Veinte mil leguas de viaje submarino

Tus libros - 137

ePub r1.0

Karras 10-11-2019

Título original: *Vingt Mille Lieues sous les mers*

Jules Verne, 1869

Traducción, Prólogo, Apéndice y Notas: Miguel Ángel Navarrete

Ilustraciones: Alphonse de Neuville & Édouard Riou

Editor digital: Karras

ePub base r2.1



Índice de contenido

Pararrayos

Primera parte

- Capítulo I. Un escollo huidizo
- Capítulo II. Los pros y los contras
- Capítulo III. Como el señor guste
- Capítulo IV. Ned Land
- Capítulo V. ¡A la aventura!
- Capítulo VI. A toda máquina
- Capítulo VII. Una ballena de especie desconocida
- Capítulo VIII. «Mobilis in mobili»
- Capítulo IX. La ira de Ned Land
- Capítulo X. El hombre de las aguas
- Capítulo XI. El «Nautilus»
- Capítulo XII. Todo gracias a la electricidad
- Capítulo XIII. Algunas cifras
- Capítulo XIV. El río Negro
- Capítulo XV. Una invitación por carta
- Capítulo XVI. Paseo por la llanura
- Capítulo XVII. Un bosque submarino
- Capítulo XVIII. Cuatro mil leguas bajo el Pacífico
- Capítulo XIX. Vanikoro
- Capítulo XX. El estrecho de Torres
- Capítulo XXI. Unos días en tierra
- Capítulo XXII. El rayo del capitán Nemo
- Capítulo XXIII. Ægri somnia
- Capítulo XXIV. El reino de coral

Segunda parte

- Capítulo I. El océano Índico
- Capítulo II. Una nueva proposición del capitán Nemo
- Capítulo III. Una perla de diez millones
- Capítulo IV. El mar Rojo

- Capítulo V. Arabian Tunnel
- Capítulo VI. El archipiélago griego
- Capítulo VII. El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas
- Capítulo VIII. La bahía de Vigo
- Capítulo IX. Un continente desaparecido
- Capítulo X. Las hulleras submarinas
- Capítulo XI. El mar de los Sargazos
- Capítulo XII. Cachalotes y ballenas
- Capítulo XIII. El banco de hielo
- Capítulo XIV. El Polo Sur
- Capítulo XV. ¿Accidente o incidente?
- Capítulo XVI. Falta de aire
- Capítulo XVII. Del cabo de Hornos al Amazonas
- Capítulo XVIII. Los pulpos
- Capítulo XIX. El «Gulf Stream»
- Capítulo XX. A 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud
- Capítulo XXI. Una hecatombe
- Capítulo XXII. Las últimas palabras del capitán Nemo
- Capítulo XXIII. Conclusión

Apéndice

Filmografía

Bibliografía

Sobre el autor



JULES VERNE (1828-1905)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición, prepublicado en el Magasin illustré d'éducation et de récréation desde marzo de 1869, y en forma de libro por J. Hetzel, la primera parte en 1869, y en 1870 la segunda.

Las ilustraciones, originales de Alphonse de Neuville y Édouard Riou, acompañaron a la primera edición.

JULES VERNE

VINGT MILLE LIEUES
SOUS
LES MERS

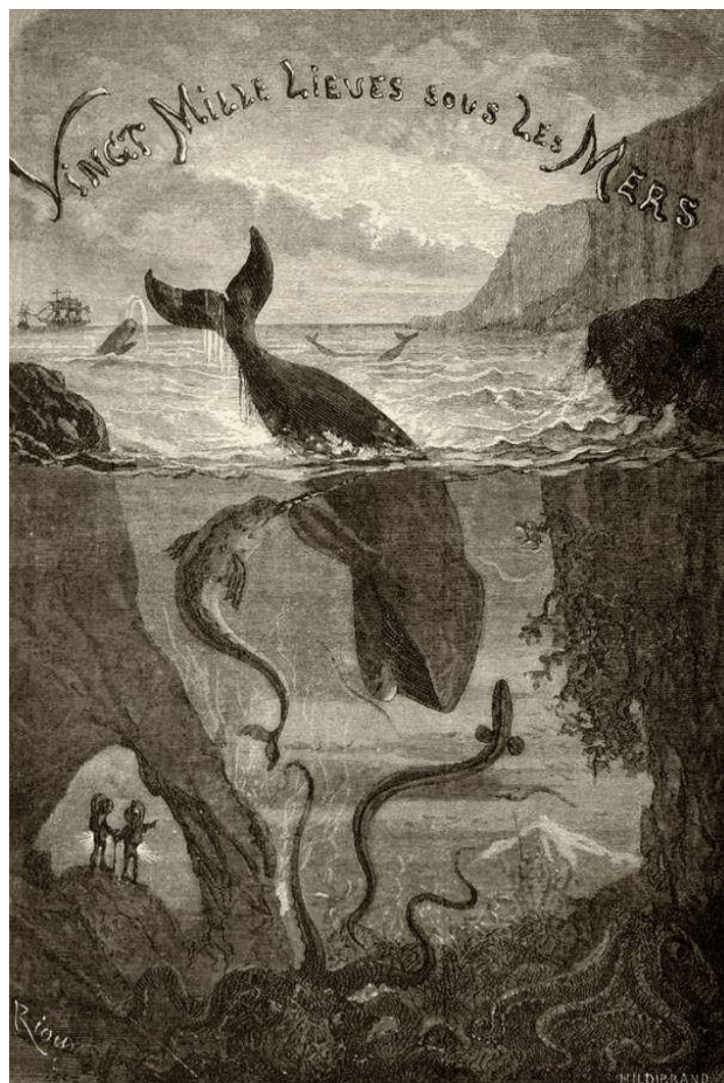
ILLUSTRÉ DE

111 DESSINS PAR DE NEUVILLE



BIBLIOTHÈQUE
D'ÉDUCATION ET DE RÉCRÉATION
J. HETZEL ET C^{ie}, 18, RUE JACOB
PARIS

Droits de traduction et de reproduction réservés.



Pararrayos

El prólogo podría titularse pararrayos

G. C. Lichtenberg, *Aforismos*

No cabe duda de que existen en español excelentes versiones de esta obra, pero, hasta donde alcanza mi conocimiento, esta versión íntegra es el primer intento en nuestra lengua por poner de relieve, gracias a las notas que figuran al final del libro, el formidable trabajo de documentación que Jules Verne llevó a cabo para redactar su novela. A continuación, expongo algunos detalles del proceso de traducción y anotación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

* * *

Verne es el prototipo del autor que practica un reciclaje sistemático de todas sus lecturas previas, lo que no ha de interpretarse en demérito suyo, al contrario: utiliza su método con suma eficacia. En su día, Michel Serres reveló la estructura cíclica de la creación verniana —«un ciclo de ciclos» o un círculo inscrito en otros círculos— es decir: una obra enciclopédica en un sentido amplio. En *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el relato de aventuras incorpora referencias a la geografía, la navegación, la etnología, la biología, la oceanografía, la historia, la filosofía, el arte y la tecnología, e incluso meros chascarrillos. Si no todos, casi todos los libros leídos o simplemente consultados por Verne para documentarse dejan alguna huella dentro de la novela. Algo similar ocurre con las decenas de páginas de boletines, revistas y periódicos científicos o de otro tipo en que se basó, para dar credibilidad a su ficción. A esa labor de investigación hay que añadir la

correspondencia y las conversaciones mantenidas con su hermano Paul, marino, y con ingenieros u otras personas, como su primo Garcet, matemático que le ayudó en sus operaciones de cálculo.

El viaje que nos promete el título de la obra no es de corte exclusivamente geográfico, espacial: es, además, un viaje a través de los ficheros y de la biblioteca del autor. Son los veneros de los que brotan las páginas dedicadas a la biología marina y los magníficos pasajes en que se rinde tributo a los navegantes del Pacífico y del Antártico.

En la estructura de la novela, el orden aparente, visible al lector, oculta un cañamazo de asombrosa complejidad, estructurado en torno a la sucesión de numerosos episodios y de digresiones — hecho revelador de la imposibilidad de encontrar una línea recta en los viajes de Verne—. En la lectura crítica que necesariamente practica el traductor, éste tiene que atar cabos, restituir un orden comprensible en su lengua, descubrir la maquinaria novelesca por dentro, identificar los engranajes y resortes de la obra, tanto literarios como lingüísticos; el traductor ha de guardar entonces las distancias con el texto, para no caer en el señuelo. Sin acudir a las fuentes, difícilmente podrá evitarlo.

* * *

Al redactar las largas tiradas de seres marinos que aparecen citados en esta obra, Verne practica una de sus aficiones favoritas: la enumeración, que le emparenta con el propio Rabelais; al mismo tiempo, persigue crear una sensación de extrañamiento gracias al rigor de su vocabulario, inaudito para el público, y al exotismo de su sonoridad, que impregna de lirismo determinados pasajes.

La necesidad práctica de detectar las citas y «préstamos» de otros autores, y de comprender y verter unos términos en su mayor parte obsoletos me ha llevado a cotejar los textos originales consultados por el autor siempre que ha sido posible. El objetivo era establecer una suerte de genealogía de las fuentes para traducir correctamente y, al mismo tiempo, señalar los datos más interesantes en las notas que figuran al final del libro.

Otro tanto ocurre con las referencias eruditas de la índole más diversa; el lector curioso podrá descubrir en las notas el origen de expresiones como «las malas tierras de Nebraska», o bien por qué

los petromizóntidos surgen precisamente en la desembocadura del Amazonas, dónde está la isla de Crespo, qué ocurría con los calamares en la Grecia clásica, qué relación tenía el autor con la quirognomonía, etc.

* * *

Otro de los obstáculos que tiene que superar el traductor al cotejar las ediciones de las novelas de Verne son las erratas y lapsus, no escasos. En la terminología náutica, el problema es prácticamente irrelevante, pero sí es serio en lo que se refiere a nombres de plantas y animales o a topónimos y otros nombres propios. Por ejemplo, nadie encontrará en francés la palabra *molubar* —nombre de una raya del Caribe— tal como han perpetuado sucesivas ediciones y traducciones, porque, en realidad, se escribe *mobular*; también *plumier* como nombre de pez puede ser mal interpretado por su homofonía con el término francés para «plumero»; en realidad, ese pez fue denominado así por el apellido de un viajero francés: Plumier. Datos de este tipo están recogidos en las notas.

Cuando se trata de nombres de personajes, las erratas han dificultado enormemente la identificación de algunos, y en determinados casos aún me resulta imposible. Las grafías de los nombres propios no franceses (por citar algunos: *Heggede*, en vez de Egede, *Juigo Ortez* en vez de Iñigo Ortiz de Retes, etc.) son víctimas de un caos más que notable. En esos casos, salvo en alguna excepción que se indica, he seguido la regla de respetar en el cuerpo de la novela las grafías consagradas en las primeras ediciones —predominantes en las actuales ediciones francesas de bolsillo— e indicar en nota la grafía correcta.

Ciento veinticinco años después de la primera edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, muchos personajes citados por el autor de Nantes han caído en el olvido más absoluto incluso en la misma Francia. Sin embargo, constituyen toda una galería de héroes, de mayor o menor entidad, pero héroes del mundo verniano, a fin de cuentas, a los que rinde homenaje nuestro autor, unas veces con cierta sorna —como al obispo Pontoppidan y sus teorías teratológicas, o al fantasioso Plinio—, otras veces con

rendido fervor, como a los navegantes Lapérouse y Dumont d'Urville, o a los escritores Victor Hugo y Jules Michelet, que le «cedieron» más de un motivo literario.

En cierto modo, Verne nos ofrece el rol de la tripulación libresca que sirve a sus órdenes, y nos sugiere senderos por los que perdernos, otros libros, otros derroteros que prometen historias tan extraordinarias como las de sus propias novelas. De esa manera, puede el lector asomarse a la vida de personajes tal vez poco relevantes para la historia oficial, pero aventureros empedernidos que guardan en sus manos la clave de la aventura, como el caso del lascar, de los balleneros antárticos o de los marinos españoles del Pacífico.

Al descubrir la riqueza vital de esos personajes, me vinieron a la memoria las palabras de Dumont d'Urville acerca de las dotaciones de la *Astrolabe* y la *Zélée*, recogidas en su *Viaje al Polo Sur*: «Al incluir la entera nómina de cuantas personas compusieron las dotaciones de ambas corbetas, sigo el ejemplo de Lapérouse y d'Entrecasteaux. Hay quienes no han consignado más que a los oficiales de estado mayor. Pero, ¿no es de justicia asentar, para recuerdo de futuras generaciones, los nombres de esos aguerridos marineros que han compartido los peligros, fatigas y privaciones inseparables de tamañas empresas? Sin el concurso de esos hombres pacientes y abnegados, el comandante vería desvanecerse sus esfuerzos, por muy noble que fuera su audacia y por muy consumada que fuera su experiencia».

El lector tiene por delante veinte mil extraordinarias leguas para disfrutar en su compañía.

Agradecimientos

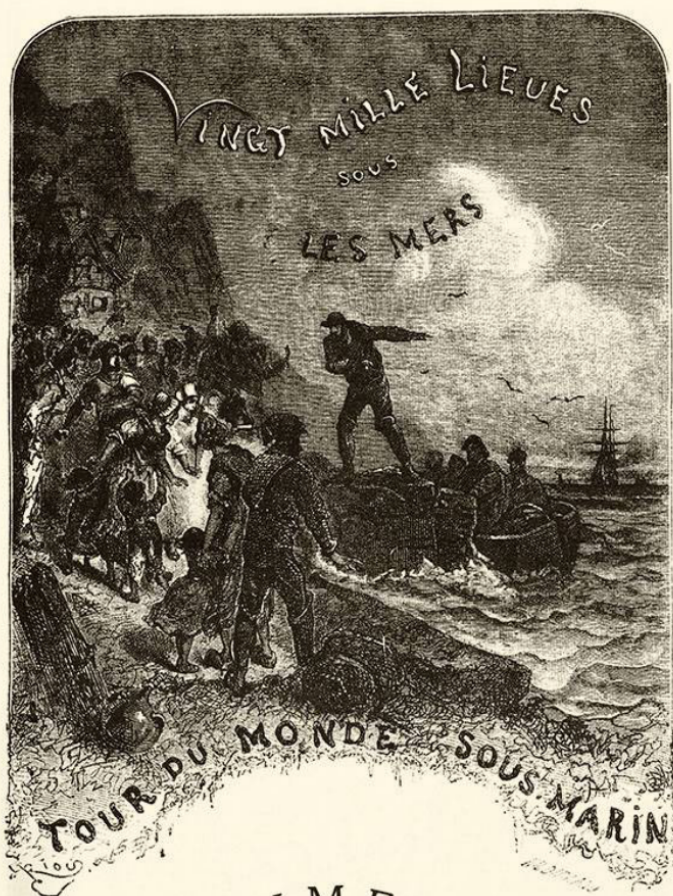
Antes de entregarla a la prensa, esta versión ha viajado conmigo durante más tiempo del que, tal vez, habría sido razonable. Cuando lo he necesitado, he podido contar con las ideas, las sugerencias y la colaboración de algunas personas, a las que quiero dar las gracias. Sin ellos, me habría resultado mucho más difícil recopilar la documentación necesaria y resolver ciertas dudas. En cualquier caso, como es de ley, los errores sólo se pueden imputar al traductor, quien, en último término, decide.

Así pues, gracias a Gitte Buddig, por la biblioteca, y a José Castaño Clavero, por la lingüística y la ficción; a Juan Navarro, que conoce los textos bíblicos como nadie; a Gonzalo Gil, por los libros y las ideas; a Íñigo Valverde, traductor de *Miguel Strogoff*[1], por sus sugerencias; a Manuel Espín, María Feijoo, Filippo Vitanza, Jaume Plana, Julian Siddons, Daniel Najmías y Gabriel López Guix, por los libros; a Jamie Reid-Baxter, por Escocia y la música, y a Emilio Pascual, por su paciencia y su crítica constructiva. Muchas gracias, además, a la Sra. Jung y al Sr. Van der Vekene, de la Biblioteca Nacional de Luxemburgo, por su impagable colaboración y por haberme permitido consultar auténticas joyas bibliográficas; al Sr. D. Olivier Dumas, Presidente de la Société Jules Verne, por su correspondencia, y al servicio de préstamo de la British Library, lento pero seguro.

De modo muy especial, porque sin ellos este trabajo no habría tenido razón de ser, quiero agradecer a Teresa, Ariadna y Héctor su generosidad, su constante estímulo, su enorme cariño y su inagotable paciencia.

Miguel Ángel Navarrete
Oenneschte Boesch, febrero de 1995

PRIMERA PARTE



PRIMERA
— PARTE —

I

Un escollo huidizo

El año de 1866 quedó marcado por un extraño acontecimiento, un fenómeno enigmático e inexplicable que, sin duda, nadie ha olvidado. Dejando aparte los rumores que desasosegaban a las poblaciones de los puertos y exaltaban los ánimos de la opinión pública en el interior de los continentes, entre la gente de mar cundía una inquietud especial. La preocupación llegó a su punto culminante e hizo mella en los hombres de negocios, armadores, capitanes de navío, *skippers* y *masters* [2] de Europa y América, en los oficiales de las marinas de guerra de todos los países y, por último, en los Gobiernos de los diferentes estados de ambos continentes.

En efecto, desde hacía cierto tiempo, varios navíos se habían topado en alta mar con «una cosa enorme», un objeto alargado, fusiforme, fosforescente a veces, infinitamente más grande y veloz que una ballena.

Los datos relativos a esta aparición, asentados en los diferentes diarios de navegación, concordaban con bastante exactitud acerca de la estructura del objeto o ser en cuestión: la velocidad inaudita de sus movimientos, la sorprendente potencia de su propulsión, la particular vida de que parecía animado. Si era un cetáceo, sobrepasaba en volumen a todos los que la ciencia había clasificado hasta entonces. Ni Cuvier [3], ni Lacépède, ni Duméril, ni de Quatrefages habrían admitido la existencia de semejante monstruo, a menos que lo hubiesen visto, lo que se dice «visto», con sus propios ojos de sabios.

Tras calcular la media de las observaciones efectuadas en varias

ocasiones —una vez desechadas las tímidas apreciaciones que conferían al citado objeto una longitud de doscientos pies[4], y haciendo caso omiso de las opiniones exageradas que establecían en una milla su anchura y en tres su longitud—, se podía afirmar que aquel ser colosal superaba ampliamente todas las dimensiones admitidas hasta entonces por los ictiólogos, si es que existía.

Pero sí que existía; era un hecho innegable, y, dada la propensión por la que el cerebro humano tiende hacia lo maravilloso, se podrá comprender la emoción suscitada en el mundo entero por tal aparición sobrenatural. En cuanto a relegarla a la categoría de las fábulas, más valía renunciar.

El 20 de julio de 1866, el *steamer*[5] *Governor Higginson*, de la *Calcutta and Burnach Steam Navigation Company*, se había encontrado con esa masa móvil a cinco millas[6] al Este de las costas de Australia. Al principio, el capitán Baker creyó hallarse ante un escollo desconocido; incluso se aprestaba a marcar su situación exacta cuando dos chorros de agua proyectados por el misterioso objeto salieron disparados al aire, en medio de un silbido, hasta una altura de ciento cincuenta pies. Así pues, a no ser que el escollo estuviese sometido a las expansiones intermitentes de un geiser, el *Governor Higginson* se enfrentaba a todas luces con algún mamífero acuático desconocido hasta entonces, que lanzaba por sus respiraderos chorros de agua, mezcla de aire y de vapor.

Igualmente, el 23 de julio del mismo año, en los mares del Pacífico, el *Cristóbal Colón*, de la *West India and Pacific Steam Navigation Company* observó un hecho similar. En consecuencia, ese extraordinario cetáceo podía desplazarse de un lugar a otro a una velocidad asombrosa ya que, mediando tres días, el *Governor Higginson* y el *Cristóbal Colón* lo habían observado en dos puntos del globo distantes entre sí más de setecientas leguas marítimas [7].

Quince días más tarde, a dos mil leguas de aquel lugar, el *Helvetia*, de la *Compagnie Nationale*, y el *Shannon* de la *Royal Mail*, que navegaban de vuelta encontrada por la parte del Atlántico comprendida entre los Estados Unidos y Europa, señalaron respectivamente la presencia del monstruo a 42° 15' de latitud Norte y 60° 35' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich. En esa observación simultánea, se creyó poder evaluar

la longitud mínima del mamífero en más de trescientos cincuenta pies ingleses[8], puesto que las dimensiones del *Shannon* y del *Helvetia* eran inferiores a aquél, si bien ambos medían cien metros de la roda al codaste. Sin embargo, las ballenas más gigantescas, las que frecuentan las aguas de las islas Aleutianas [9], la Kullammak y la Umgullick[10], nunca han excedido de cincuenta y seis metros de longitud, y eso si es que alguna vez los han alcanzado.

Estas noticias, que se sucedían sin tregua, unidas a las nuevas observaciones efectuadas a bordo del transatlántico *Pereire*, más un abordaje entre *el Etna*, de la línea Inmann[11], y el monstruo, junto con un acta redactada por los oficiales de la fragata francesa *Normandie* y una excelente observación realizada por el estado mayor del comodoro Fitz-James a bordo del *Lord Clyde* provocaron una honda conmoción en la opinión pública. En los países de humor ligero, se hicieron chanzas sobre el asunto, pero en los países serios y prácticos, como Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, causó una viva preocupación.

Por doquier, en las grandes ciudades, el monstruo se puso de moda: se le dedicaban canciones en los cafés, en la prensa se le escarnecía, en los teatros se le representaba. Los plumíferos tuvieron así ocasión de ponerlo de todos los colores en sus gacetillas[12]. A falta de noticias, desfilaron por los periódicos todos los seres imaginarios y gigantescos, desde la ballena blanca, la terrible Moby Dick[13] de las regiones hiperbóreas, hasta el desmesurado Kraken, cuyos tentáculos pueden abarcar un navío de quinientas toneladas y arrastrarlo a los abismos del océano. Se llegó incluso a reproducir los escritos de la Antigüedad, las opiniones de Aristóteles y Plinio[14], que admitían la existencia de monstruos semejantes, los relatos noruegos del obispo Pontoppidan[15], las narraciones de Paul Heggede[16] y, finalmente, los informes de Harrington, que afirmó haber visto en 1857, estando a bordo del *Castillan*, esa enorme serpiente que hasta entonces sólo había frecuentado los mares que surcaba el viejo *Constitutionnel*, y cuya buena fe no puede ponerse en entredicho.

Entonces estalló la interminable polémica entre crédulos e incrédulos en las sociedades de eruditos y en las revistas científicas. El «asunto del monstruo» enardeció los espíritus. Los periodistas

fieles al rigor científico, en lucha contra los proclives a la imaginación, derramaron ríos de tinta durante esta memorable campaña, e incluso algunos dos o tres gotas de sangre, pues de la serpiente marina pasaron a las más injuriosas alusiones personales.

Durante seis meses, la guerra prosiguió con varia suerte. La prensa popular replicaba con una locuacidad inagotable a los artículos de fondo del Instituto Geográfico del Brasil, de la Real Academia de Ciencias de Berlín, de la Asociación Británica, de la *Smithsonian Institution* de Washington; a los debates de *The Indian Archipelago*, del *Cosmos* del abad Moigno, de los *Mittheilungen* de Petermann[17]; a las crónicas científicas de los grandes periódicos de Francia y del extranjero. Sus imaginativos articulistas, parodiando la frase de Linneo, citada por los adversarios del monstruo, sostenían en efecto que «la naturaleza no crea estúpidos»[18] y, aun admitiendo la existencia de los Krakens, de las serpientes marinas, de los «Moby Dick» y otras fantasmagorías de marinos delirantes, emplazaron a sus contemporáneos a no llevar la contraria a la naturaleza. Para postre y colofón, en un artículo de un temido periódico satírico, el más apreciado de todos sus redactores se acercó hasta el monstruo, como Hipólito[19], le asestó un último golpe y lo remató en medio de una carcajada universal. La imaginación había vencido a la ciencia.

Durante los primeros meses del año de 1867, el asunto pareció haber quedado zanjado y no había indicios de que fuese a resurgir, cuando la opinión pública tuvo conocimiento de otros nuevos hechos. Ya no se trataba de un problema científico pendiente de solución, sino de un peligro real, grave, que había que evitar. La cuestión tomó un cariz totalmente diferente. El monstruo volvió a convertirse en islote, roca, escollo, mas un escollo huidizo, indeterminable, inasequible.

El 5 de marzo de 1867, el *Moravian* de la *Montreal Ocean Company*, que se encontraba por la noche a 27° 30' de latitud y 72° 15' de longitud chocó con su aleta de estribor contra una roca que no indicaba ninguna carta náutica en aquellas señas. Con la potencia combinada del viento y de sus cuatrocientos caballos de vapor, navegaba a una velocidad de trece nudos[20]. No cabe duda

de que si no hubiera sido por la excelente calidad de su casco, el *Moravian*, hendido por el choque, se habría ido a pique con los doscientos treinta y siete pasajeros que viajaban a bordo procedentes del Canadá.

El accidente había acaecido hacia las cinco de la madrugada, cuando comenzaba a despuntar el día. Los oficiales de guardia acudieron raudos a popa. Escudriñaron el océano con la más escrupulosa atención pero sólo vieron un fuerte remolino que dejaba una estela a tres cables[21] de distancia, como si las capas líquidas hubieran sido violentamente batidas. Marcaron exactamente la situación del lugar y el *Moravian* continuó su singladura sin averías aparentes. ¿Había embestido una roca submarina o algún enorme pecio? No pudieron averiguarlo, pero, una vez examinada la obra viva del buque en el dique de carena, se pudo apreciar que una parte de la quilla había quedado destrozada.

Este hecho, gravísimo de por sí, habría caído quizás en el olvido como tantos otros de no ser porque, tres semanas más tarde, se reprodujo en idénticas condiciones. Pero en esa ocasión, a causa de la nacionalidad del buque víctima de este nuevo abordaje y de la reputación de la compañía a que pertenecía, el acontecimiento alcanzó una inmensa resonancia.

Todo el mundo ha oído hablar del célebre armador Cunard[22]. Este inteligente industrial fundó en 1840 un servicio postal entre Liverpool y Halifax[23], con tres buques de madera y ruedas de álaves, de cuatrocientos caballos de potencia y un arqueo de mil ciento sesenta y dos toneladas. Ocho años más tarde, la flota de la compañía aumentó en cuatro buques más, de seiscientos cincuenta caballos y mil ochocientas veinte toneladas, y dos años después la completó con otros dos buques superiores en potencia y tonelaje. En 1853, la Compañía Cunard, cuya concesión para el transporte de correo acababa de ser renovada, se amplió sucesivamente con el *Arabia*, el *Persia*, el *China*, el *Scotia*, el *Java* y el *Rusia*, navíos todos de muy buen andar y los más grandes, tras el *Great Eastern*[24], en haber surcado los mares hasta entonces. Así pues, en 1867, la Compañía poseía doce buques, ocho de ellos de ruedas y el resto de hélice.

Si expongo sucintamente estos detalles, es para dejar de

manifiesto la importancia de esta compañía de transportes marítimos, famosa en el mundo entero por su inteligente gestión. Ninguna empresa de navegación transoceánica ha sido dirigida con tanta habilidad; ningún otro negocio se ha visto coronado con más éxitos. En esos veintiséis años de existencia, los buques Cunard efectuaron dos mil veces la travesía del Atlántico y jamás dejaron de realizar un solo viaje, nunca se registró un retraso, ni perdieron una sola carta, ni un hombre, ni un buque. A pesar de la fuerte competencia que planteaba Francia, los pasajeros siguieron prefiriendo la línea Cunard a cualquier otra, como ha dejado patente un análisis de los documentos oficiales de los últimos años. Después de todo lo expuesto, nadie se extrañará del revuelo que suscitó el accidente sufrido por uno de sus más bellos vapores.

El 13 de abril de 1867, con buena mar y brisa manejable, el *Scotia*[25] se encontraba a 15° 12' de longitud y 45° 37' de latitud. Navegaba a una velocidad de trece nudos con cuarenta y tres centésimas propulsado por sus mil caballos de vapor. Sus ruedas batían el mar con perfecta regularidad. Su calado era entonces de seis metros setenta centímetros y su desplazamiento de seis mil seiscientos veinticuatro metros cúbicos.

A las cuatro y diecisiete de la tarde, durante el refrigerio ofrecido a los pasajeros reunidos en el gran salón, se dejó sentir en el casco del *Scotia* un leve choque, realmente poco perceptible, a la altura de la aleta y un poco por detrás de la rueda de babor.

El *Scotia* no había colisionado, había recibido el impacto procedente de un instrumento más bien cortante o punzante que contundente. El abordaje había parecido tan leve que nadie se habría preocupado a bordo si los pañoleros no hubieran subido a cubierta gritando:

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

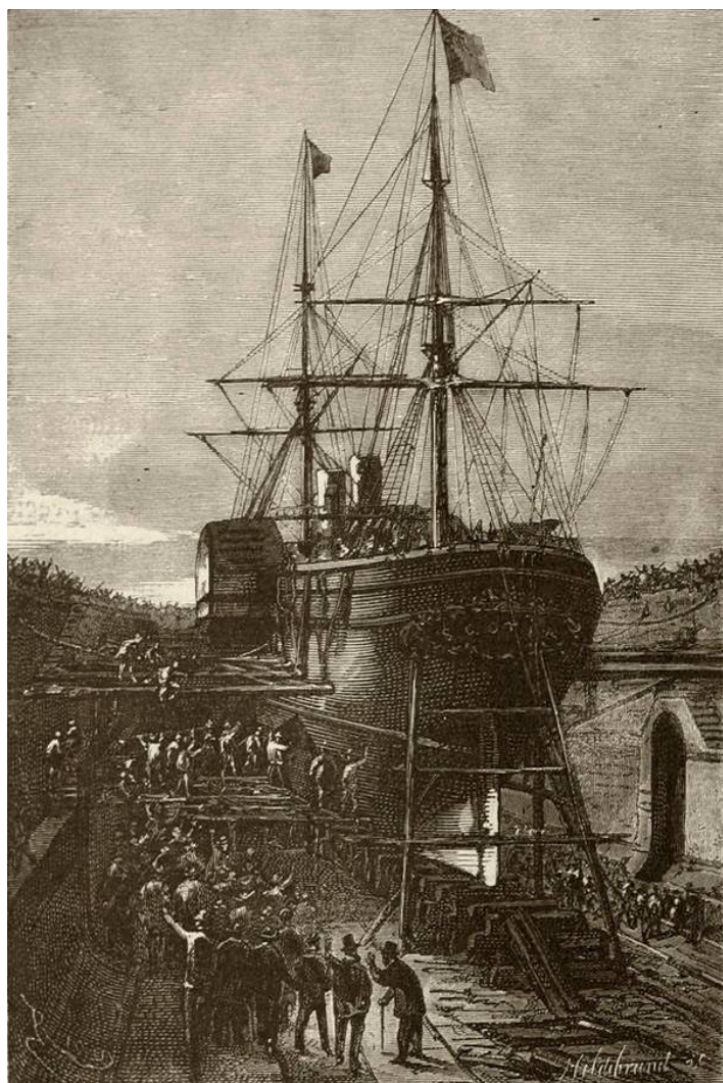
En un primer momento, los pasajeros se horrorizaron, pero el capitán Anderson se apresuró a tranquilizarlos. El peligro no podía ser inminente puesto que el *Scotia*, dividido en siete compartimientos por mamparos estancos, debía arrostrar sin peligro una vía de agua.

El capitán Anderson bajó inmediatamente a la bodega. Se percató de que el agua había invadido el quinto compartimiento; la celeridad con que se había producido el hecho demostraba que la

vía era considerable. Por fortuna, ese compartimiento no albergaba las calderas, ya que, de lo contrario, el fuego se habría apagado súbitamente.

El capitán Anderson ordenó parar de inmediato las máquinas, y uno de los marineros se sumergió para reconocer la avería. Instantes después, comprobaba que la obra viva del *steamer* tenía un boquete de dos metros de anchura. Al no poder cegar tamaña vía de agua, el *Scotia* hubo de proseguir su travesía con las ruedas medio sumergidas. Se hallaba entonces a trescientas millas del cabo Clear[26], y luego de tres días de un retraso que tenía en vilo a Liverpool, enfiló la dársena de la compañía.

Los ingenieros inspeccionaron el *Scotia*, que fue trasladado al dique seco. No podían dar crédito a lo que veían sus ojos. A dos metros y medio de la línea de flotación se abría una brecha regular, en forma de triángulo isósceles. La rotura del palastro era de una limpieza perfecta, y ninguna barrena la habría ejecutado con más precisión. Por lo tanto, el instrumento perforante que la había producido tenía que ser de un temple extraordinario y, tras haber sido lanzado con una fuerza prodigiosa, para horadar así una plancha de cuatro centímetros, había tenido que retirarse por sí solo con un movimiento retrógrado verdaderamente inexplicable.



Este fue el último suceso, que dio como resultado que la opinión pública volviera a enardecerse. Así pues, desde aquel momento, los siniestros marítimos que no tenían una causa determinada se cargaron en el debe del monstruo. Al fantástico animal se le hizo responsable de todos los naufragios, que alcanzan un número desgraciadamente considerable: de los tres mil buques cuya pérdida se comunica anualmente al *Bureau Veritas*[27], la cifra de vapores o veleros que, por falta de noticias, se suponen pérdidas totales no es inferior a doscientos.

Al «monstruo» se le acusó, pues, con razón o sin ella, de la desaparición de los barcos y, por su culpa, al tornarse más peligrosas las comunicaciones entre los continentes, la opinión pública se pronunció y exigió tajantemente que se libran los mares, de una vez por todas y costara lo que costara, de ese terrible cetáceo.

II

Los pros y los contras

En la época en que se produjeron estos acontecimientos, yo acababa de regresar de un viaje de exploración científica acometido en las *malas tierras*[28] de Nebraska, en Estados Unidos. El Gobierno francés me había enviado a esta expedición en mi calidad de profesor adjunto del Museum de historia natural de París. Tras haber pasado seis meses en Nebraska, llegué a Nueva York a finales del mes de marzo cargado de valiosas colecciones. Mi regreso a Francia estaba previsto para primeros de mayo. Mientras tanto, empleaba el tiempo en clasificar mis tesoros mineralógicos, botánicos y zoológicos; entonces, ocurrió el accidente del *Scotia*.

Yo estaba perfectamente al corriente del asunto en boga. ¿Cómo no iba a estarlo? Había leído una y otra vez todos los periódicos americanos y europeos, pero no me aportaban nada que no supiera ya. El misterio me intrigaba. En la imposibilidad de llegar a una conclusión, vagaba de uno a otro extremo. Era indudable que algo había; los incrédulos podían poner el dedo en la llaga del *Scotia*[29].

A mi llegada a Nueva York, el problema estaba candente. La hipótesis del islote flotante, del escollo inasequible, mantenida por algunas mentes poco competentes, había quedado absolutamente descartada. A no ser que ese escollo cobijase en su vientre una máquina, ¿cómo podía desplazarse a tan prodigiosa velocidad?

Igualmente, la hipótesis de un casco de barco a la deriva, de un pecio enorme, fue también rechazada debido a la velocidad de su desplazamiento.

El problema tenía así dos posibles soluciones, que daban origen a dos bandos muy diferenciados: los que se inclinaban a favor de un monstruo de fuerza colosal, por un lado, y los que apostaban por un barco «submarino» dotado de una enorme potencia motriz, por otro.

Pero esta última hipótesis, admisible a fin de cuentas, no pudo resistir a las investigaciones que se efectuaron en los dos mundos. Que un simple particular dispusiera de semejante ingenio mecánico era poco probable. ¿Dónde y cuándo lo habría hecho construir y cómo habría podido mantener esa construcción en secreto?

Sólo un gobierno podía poseer una máquina destructora de ese tipo y, en estos tiempos de desastre en que el hombre se las ingenia para aumentar la potencia de las armas de guerra, cabía la posibilidad de que un Estado experimentara a espaldas de los demás ese temible artillugio. Tras los *chassepots*[30], los torpedos; tras los torpedos, los arietes[31] submarinos; después, la reacción. Al menos, así lo espero.

Pero la hipótesis de una máquina de guerra también sucumbió ante la declaración de los gobiernos. Al estar en juego el interés público, ya que las comunicaciones transoceánicas se veían amenazadas, no se podía dudar de la sinceridad de los gobiernos. Por otra parte, ¿cómo admitir que la construcción de ese sumergible hubiese escapado a los ojos del público? En esas circunstancias, resulta muy difícil para un particular guardar secreto, y, para un Estado cuyos actos son objeto de obstinada vigilancia por parte de las potencias rivales, es ciertamente imposible.

Así pues, tras las investigaciones efectuadas en Inglaterra, Francia, Rusia, Prusia, España, Italia, América, e incluso en Turquía, la hipótesis de un *Monitor*[32] submarino fue rechazada.

El monstruo volvió a aflorar a la superficie a pesar de los incesantes chascarrillos con que la prensa popular se mofaba de él y, siguiendo esa senda, las imaginaciones se dejaron transportar inmediatamente hacia las fabulaciones más absurdas de una ictiología fantástica.

A mi llegada a Nueva York, varias personas me habían hecho el honor de consultarme sobre el fenómeno en cuestión. Yo había publicado en Francia una obra en cuarto[33] en dos volúmenes intitulada *Los misterios de los grandes fondos submarinos*. Este libro, particularmente apreciado dentro del mundo científico, me

convertía en un especialista de esa parte bastante oscura de la historia natural. Se solicitó mi opinión, y mientras pude negar la realidad del hecho, persistí en una tajante negativa. Pero, al verme acosado entre la espada y la pared tuve que explicarme abiertamente. E incluso el *New York Herald* puso en jaque al «honorable Pierre Aronnax, profesor del Museum de París» para que diese una opinión de cualquier tipo.

Y así lo hice. Al no poder mantener el silencio, hablé. Discutí el asunto bajo todas sus facetas, política y científicamente, y aquí transcribo un extracto de un artículo muy denso que publiqué en el número del 30 de abril:

En consecuencia —escribía yo—, tras haber examinado una por una las diversas hipótesis y rechazado cualquier otra suposición, es preciso admitir la existencia de un animal marino de excepcional potencia.

Las grandes profundidades del océano nos son totalmente desconocidas. La sonda no ha podido alcanzarlas. ¿Qué sucede en esos remotos abismos? ¿Qué seres habitan y pueden habitar a doce o quince millas bajo la superficie de las aguas? ¿De qué tipo es el organismo de esos animales? A duras penas podríamos aventurar cualquier conjetura.

Sin embargo, la solución del problema que se me ha planteado puede adoptar la forma de un dilema: o conocemos todas las variedades de seres que habitan nuestro planeta, o no las conocemos.

Si no las conocemos todas, si la naturaleza atesora aún secretos en ictiología, no hay nada más aceptable que admitir la existencia de peces o cetáceos, de especies o incluso géneros nuevos con una organización esencialmente «abisal», que habitan las capas inaccesibles a la sonda y que un hecho cualquiera, una fantasía, un capricho si se quiere, trae a largos intervalos al nivel superior del océano.

Si, por el contrario, conocemos todas las especies vivas, es menester buscar el animal en cuestión entre los seres marinos ya catalogados y, en ese caso, yo estaría dispuesto a admitir la existencia de un *Narval gigante*.

El narval común o unicornio marino puede alcanzar en ocasiones una longitud de sesenta pies. Multipliquemos por cinco o incluso por diez esas dimensiones, concedamos a ese

cetáceo una fuerza proporcional a su tamaño, aumentemos sus armas ofensivas y obtendremos el animal en cuestión. Tendrá las proporciones determinadas por los oficiales del *Shannon*, el instrumento requerido para perforar el *Scotia* y la potencia necesaria para abrir una brecha en el casco de un vapor.

El narval está armado con una especie de espada de marfil, una alabarda, según la definen algunos naturalistas. Es un incisivo duro como el acero. Se han encontrado algunos de esos dientes clavados en los cuerpos de las ballenas a las que el narval ataca siempre con éxito. Otros han sido extraídos, con gran esfuerzo, de las carenas de buques que habían sido atravesados de parte a parte, al igual que una barrena perfora un tonel. El museo de la facultad de medicina de París posee una de esas defensas, cuyas dimensiones son: dos metros con veinticinco centímetros de longitud y cuarenta y ocho centímetros de anchura en su base.

Pues bien: imaginemos un arma diez veces más fuerte y un animal diez veces más potente, lancémoslo a una velocidad de veinte millas por hora, multipliquemos su masa por su velocidad y el resultado será un choque capaz de producir la catástrofe en cuestión.

Por lo tanto, y hasta disponer de informaciones más amplias, me inclinaría por un unicornio marino de dimensiones colosales, armado no ya con una alabarda sino con un verdadero espolón como las fragatas acorazadas o los *rams* [34] de guerra, con la masa y la potencia motriz de aquéllos juntas.

Esta sería la explicación a este inexplicable fenómeno, a no ser que, a pesar de todo lo que se ha entrevisto, visto, oído y percibido, no haya nada, lo que también es posible.

Esas últimas palabras eran una muestra de pusilanimidad por mi parte, pero yo quería preservar hasta cierto punto mi dignidad de profesor y no prestarme demasiado a la burla de los americanos, que, cuando ríen, ríen a placer. De esa manera, me reservaba una vía de escape aunque, en el fondo, admitía la existencia del «monstruo».

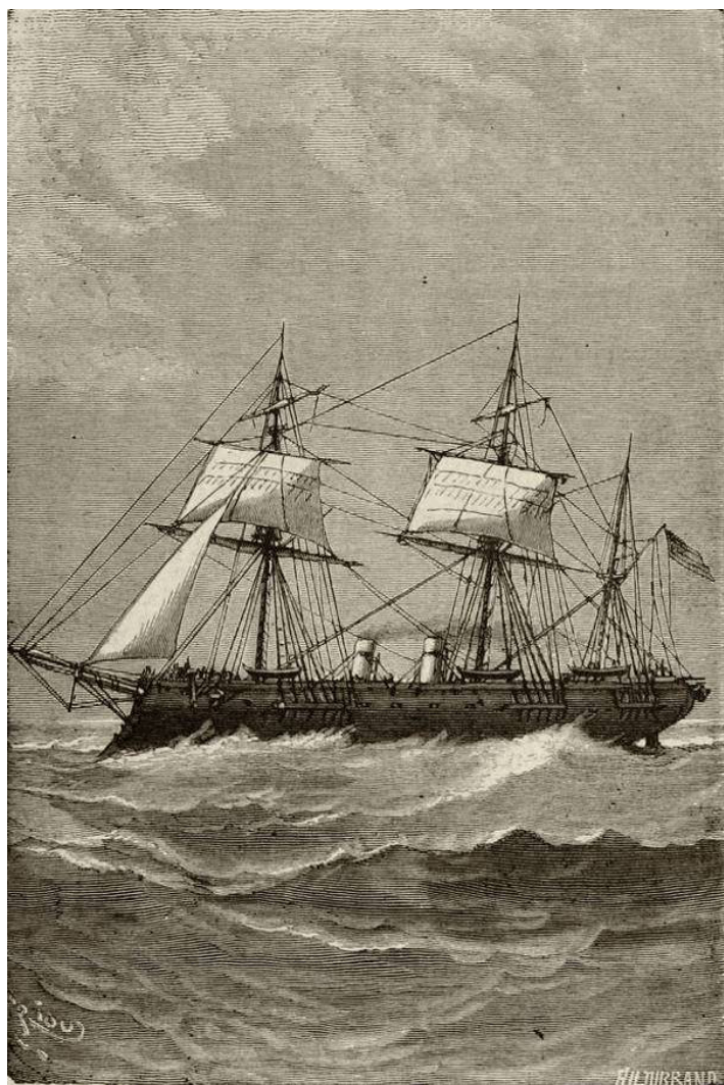
Mi artículo fue discutido con ardor, lo que le procuró gran eco. También se granjeó a numerosos partidarios. La solución que

proponía, por otra parte, dejaba campo libre a la imaginación. El espíritu humano se complace en esas concepciones grandiosas de seres sobrenaturales. Y el mar es precisamente su mejor vehículo, el único medio en que pueden aparecer y desarrollarse esos gigantes, ante los cuales los animales terrestres, elefantes o rinocerontes, no son sino enanos. Las masas líquidas transportan las especies de mamíferos más grandes conocidas y quizá esconden moluscos de un tamaño incomparable, crustáceos cuya apariencia debe ser horrenda de contemplar, como langostas de cien metros o cangrejos de doscientas toneladas de peso. ¿Por qué no? En tiempos remotos, los animales terrestres, contemporáneos de las eras geológicas, los cuadrúpedos, los cuadrúmanos, los reptiles, las aves, estaban contruidos con arreglo a plantillas gigantescas. El Creador los había vertido en un molde colosal que el tiempo se ha encargado de ir reduciendo. ¿Qué razón impedía que el mar hubiese podido guarecer en sus ignotas profundidades a esos enormes representantes de la vida de otras épocas, dado que jamás se modifica, contrariamente al núcleo terrestre que está en perpetua mutación? ¿Por qué razón no podría ocultar en su seno las últimas variedades de esas titánicas especies cuyos años equivalen a siglos y sus siglos a milenios?

¡Pero me estoy dejando arrastrar por sueños que no debo alimentar! ¡Cesen esas quimeras que el tiempo ha convertido en terribles realidades para mí! Lo repito: el público se formó una opinión sobre la naturaleza del fenómeno y admitió a pies juntillas la existencia de un ser prodigioso que no tenía nada en común con las fabulosas serpientes marinas.

Pero si unos no vieron en ello más que un problema puramente científico que había que resolver, otros, de espíritu más positivo, sobre todo en América y en Inglaterra, eran del parecer de que había que eliminar del océano a ese terrible monstruo, para garantizar las comunicaciones transoceánicas. Los periódicos especializados en los ámbitos industrial y comercial abordaron la cuestión principalmente desde esta perspectiva. La *Shipping and Mercantile Gazette*, el *Lloyd*, el *Paquebot*, la *Revue maritime et coloniale* y todas las revistas que servían a las compañías de seguros, que amenazaban con aumentar la tarifa de sus pólizas, fueron unánimes en ese punto.

Tras haberse manifestado la opinión pública, los Estados de la Unión fueron los primeros en pronunciarse. En Nueva York, se ultimaron los preparativos de una expedición destinada a dar caza al narval. La *Abraham Lincoln*, una fragata capaz de desarrollar una gran velocidad, se dispuso a hacerse a la mar cuanto antes. Se le abrieron los arsenales al comandante Farragut [35], que aceleró al máximo la operación de armar su fragata.



Y tal como siempre ocurre, desde el preciso momento en que se decidió salir en persecución del monstruo, éste no volvió a aparecer. Durante dos meses, nadie oyó hablar de él. Ningún barco se lo encontró. Parecía que el narval estuviese al corriente de las celadas que se urdían contra él. ¡Se había hablado tanto del monstruo, hasta por el cable transatlántico! Los bromistas pretendían que este ser tan avisado había cazado al vuelo algún telegrama que utilizaba ahora en su provecho.

Nadie sabía ya adonde dirigir la fragata, armada para una campaña lejana y equipada con formidables aparejos de pesca. La impaciencia iba en aumento, cuando el 3 de julio se supo que un vapor de la línea de San Francisco a Shanghai había vuelto a ver al animal, tres semanas antes, en los mares septentrionales del Pacífico.

La emoción que provocó esta noticia fue extraordinaria. No se concedieron ni veinticuatro horas de plazo al comandante Farragut. Sus víveres estaban ya a bordo. Sus carboneras rebosaban de mineral. No faltaba ni un solo hombre en su puesto. No había más que encender las calderas, alcanzar la presión necesaria y largar amarras. No se le habría perdonado ni medio día de retraso. Por otra parte, lo único que anhelaba el comandante Farragut era zarpar.

Tres horas antes de que la *Abraham Lincoln* partiera del pier[36] de Brooklyn, recibí una carta redactada en los siguientes términos:

Señor Aronnax, Profesor del Museum de París,
Fifth Avenue Hotel.
Nueva York.

Muy señor mío:

Si desea Vd. unirse a la expedición de la fragata *Abraham Lincoln*, el Gobierno de la Unión verá con sumo gusto que represente Vd. a Francia en esta empresa. El comandante Farragut tiene un camarote a su disposición.

Cordialmente, le saluda

J. B. HOBSON
Ministro de Marina.

III

Como el señor guste

Tres segundos antes de recibir la carta de J. B. Hobson, la idea de perseguir al unicornio marino estaba tan apartada de mi pensamiento como la de intentar descubrir el paso del Noroeste[37]. Tres segundos después de haber leído la carta del excelentísimo Ministro de Marina, comprendí al fin que mi verdadero destino, el único objetivo de mi vida, era dar caza a ese inquietante monstruo y librar al mundo de su existencia.

Sin embargo, acababa de llegar de un viaje agotador, estaba cansado y ansioso por reposar. Mi única aspiración era volver a ver mi país, a mis amigos, mi pequeño alojamiento del *Jardín des plantes*[38], mis queridas y valiosas colecciones. Pero nada pudo detenerme. Lo olvidé todo, cansancio, amigos, colecciones, y acepté sin más reflexión la oferta del Gobierno norteamericano.

«Además —pensé—, todos los caminos conducen a Europa y el unicornio será tan amable de llevarme a las costas de Francia. Ese buen animal se dejará capturar en los mares de Europa (para mi satisfacción personal) y pienso acudir al Museum de historia natural con no menos de medio metro de su alabarda de marfil».

Pero, mientras tanto, había que buscar al narval en el Norte del Océano Pacífico, lo que, para volver a Francia, suponía seguir la ruta de los antípodas.

—¡Conseil! —grité con voz impaciente.

Conseil era mi criado. Un muchacho entregado que me acompañaba en todos mis viajes; un buen flamenco al que yo estimaba y que me devolvía con creces ese cariño; una persona flemática por naturaleza, ordenada por principio, cuidadosa por

costumbre, que no se sobresaltaba por las sorpresas de la vida, muy habilidoso, capaz de cualquier servicio, y que, a pesar de su nombre, se abstenía de dar consejos, incluso cuando no se le pedía que se abstuviera [39].

Gracias al trato con los sabios de nuestro mundillo del *Jardín des Plantes*, Conseil había llegado a aprender algunas cosas. En él tenía yo a un especialista, muy entendido en la clasificación dentro de la historia natural; Conseil recorría con agilidad de acróbata toda la escala de tipos, grupos, clases, subclases, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies y variedades [40]. Pero su sabiduría acababa ahí: clasificar era su vida y no sabía nada más aparte de eso. Muy ducho en la teoría de la clasificación, pero poco en la práctica, me temo que no habría distinguido a un cachalote de una ballena. Y, sin embargo, ¡qué valiente y buen muchacho!

Desde hacía diez años, Conseil me había seguido allá adonde la ciencia me había llevado. Nunca había oído brotar de sus labios una queja sobre la duración o sobre la fatiga de un viaje. Jamás había puesto reparo en hacer las maletas para salir hacia cualquier país, ya fuera China o el Congo, por muy alejado que estuviera. Viajaba de allá para acá y de acá para allá sin pedir nada. A ello se unía una salud de hierro, a prueba de cualquier enfermedad, unos músculos sólidos, pero sin nervios, sin un asomo de nervios —en el sentido moral, se entiende.

Este muchacho tenía treinta años y su edad era a la de su señor como quince es a veinte. Permítaseme decir así que yo tenía cuarenta años.

Conseil tenía un único defecto. Formalista hasta los tuétanos, siempre se dirigía a mí en tercera persona, hasta el extremo de resultar irritante.

—¡Conseil! —repetí, al tiempo que comenzaba a ritmo febril mis preparativos para partir.

Yo, por supuesto, estaba seguro de un muchacho tan sacrificado. Normalmente, nunca le preguntaba si estaba de acuerdo o no en seguirme en mis viajes; pero esta vez se trataba de una expedición que podría prolongarse indefinidamente, de una empresa arriesgada en busca de un animal capaz de hundir una fragata como si fuese el cascarón de una nuez. Era un asunto que había que meditar, incluso tratándose del hombre más impasible del mundo. ¿Qué respondería

Conseil?

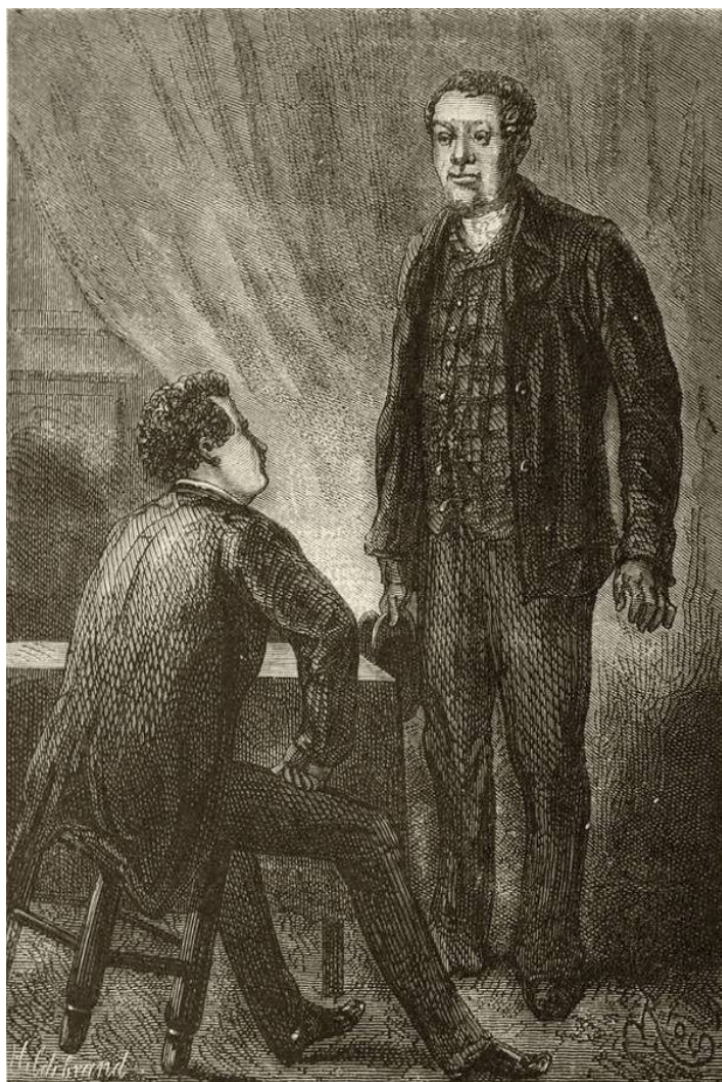
—¡Conseil! —llamé por tercera vez.

Conseil apareció.

—¿Llamaba el señor? —dijo al entrar.

—Sí, muchacho. Prepárate y prepara mis cosas. Zarpamos dentro de dos horas.

—Como el señor guste —respondió Conseil sin inmutarse.



—No hay ni un instante que perder. Mete en mi baúl todo lo necesario para el viaje, trajes, camisas, calcetines, sin pararte a contarlos, pero todo cuanto puedas. ¡Apresúrate!

—¿Y las colecciones del señor? —apuntó Conseil.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde.

—¡Cómo! ¿Los arquioterios, hiracoterios, oreodóntidos, queropótamos[41] y demás fósiles del señor?

—En el hotel se encargarán de ellos.

—¿Y el babirusa[42] vivo del señor?

—Lo alimentarán mientras estemos fuera. Además, daré orden de que envíen a Francia nuestra colección de animales.

—Entonces, ¿no regresamos a París? —preguntó Conseil.

—Sí..., por supuesto... —respondí evasivamente—, pero dando un rodeo.

—El rodeo que plazca al señor.

—¡Oh! Será poca cosa. Un camino ligeramente menos directo, eso es todo. Viajaremos a bordo de la *Abraham Lincoln*.

—*Como* acomode al señor —respondió Conseil imperturbable.

—Sabes, amigo mío, se trata del monstruo..., del famoso narval... ¡Vamos a librar de él los mares! El autor de una obra en cuarto en dos volúmenes sobre *Los misterios de los grandes fondos submarinos* no puede menos que embarcarse con el comandante Farragut. ¡Misión gloriosa, aunque... peligrosa también! No sabemos adonde iremos. Esas bestias pueden ser muy caprichosas, pero, a pesar de ello, iremos. Tenemos un capitán al que no le tiemblan las manos...

—Como el señor haga, así haré yo —respondió Conseil.

—Pero ten presente, pues no quiero ocultarte nada, que éste es uno de esos viajes de los que no siempre se regresa.

—Como disponga el señor.

Un cuarto de hora más tarde, nuestro equipaje estaba preparado. Conseil lo había hecho en un santiamén; yo estaba seguro de que no faltaba nada, pues el muchacho clasificaba las camisas y los trajes tan bien como las aves o los mamíferos.

El ascensor del hotel nos dejó en el gran vestíbulo del entresuelo. Bajé los pocos escalones que conducían a la recepción. Pagué la cuenta en su gran mostrador, siempre asediado por un gentío considerable. Di instrucciones para que enviaran a París

(Francia)[43] mis bultos con los animales disecados y los herbarios. Dejé suficiente crédito para la manutención del babirusa y, seguido por Conseil, salté a un coche.

El vehículo, a veinte francos la carrera, bajó por Broadway hasta Union Square, siguió por Fourth Avenue hasta el cruce con Bowery Street, tomó Katrin Street y se detuvo en el trigésimo cuarto muelle. A partir de allí, el transbordador *Katrin* nos trasladó, a hombres, caballos y coche, a Brooklyn, el gran anexo de Nueva York, situado en la orilla izquierda del East River, y en unos minutos llegamos al muelle junto al que la *Abraham Lincoln* vomitaba por sus dos chimeneas sendos torrentes de humo negro.

Nuestra impedimenta fue llevada inmediatamente a la cubierta de la fragata. Subí raudo a bordo. Pregunté por el comandante Farragut. Uno de los marineros me condujo a la toldilla, donde me encontré ante un oficial de buen porte que me tendió la mano.

—¿El señor Pierre Aronnax? —me preguntó.

—El mismo —respondí—. ¿El comandante Farragut?

—En persona. Bienvenido a bordo, profesor. Su camarote le está aguardando.

Me despedí y, dejando al capitán al cuidado de la maniobra de desatraque, me hice acompañar al camarote que se me había asignado.

La *Abraham Lincoln* había sido perfectamente elegida y acondicionada para su nuevo destino. Era una fragata de muy buen andar, dotada de aparatos de sobrecalentamiento que permitían elevar a siete atmósferas la presión del vapor. Gracias a esa presión, la *Abraham Lincoln* alcanzaba una velocidad media de dieciocho millas con tres décimas por hora, velocidad considerable, aunque insuficiente para luchar contra el gigantesco cetáceo.

El acondicionamiento interior de la fragata respondía a sus cualidades náuticas. Quedé muy satisfecho de mi camarote, situado a popa y contiguo a la cámara de los oficiales.

—Estaremos bien aquí —dije a Conseil.

—Tan bien, si el señor permite la comparación, como un cangrejo ermitaño en la concha de un buccino.

Dejé a Conseil arrumar debidamente los baúles y regresé al puente para seguir la maniobra de levar anclas.

En esos momentos, el comandante Farragut ordenaba largar las

últimas amarras que ataban la *Abraham Lincoln* al muelle de Brooklyn. Así pues, un cuarto de hora de retraso, menos incluso, y la fragata habría zarpado sin mí. Yo me habría perdido esta expedición extraordinaria, sobrenatural, inverosímil, cuya narración verídica, a pesar de todo, podrá encontrarse sin duda con algunos incrédulos.

Pero el comandante Farragut no quería perder ni un día, ni una hora para alcanzar los mares en que se acababa de detectar al animal. Llamó a su ingeniero.

—¿Tenemos presión suficiente? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió el ingeniero.

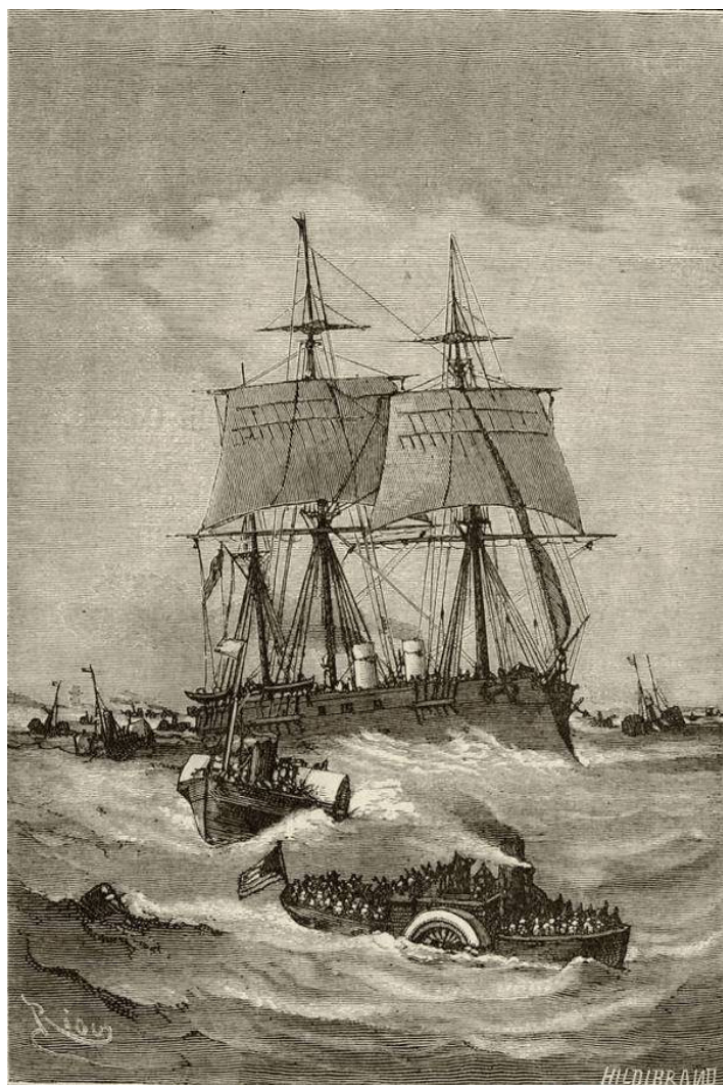
—*Go ahead!* [44], gritó el comandante Farragut.

Al oír esta orden, que fue transmitida a la sala de máquinas a través de aparatos de aire comprimido, los mecánicos accionaron la rueda de puesta en marcha. El vapor silbó precipitándose por los distribuidores entreabiertos. Los largos pistones horizontales exhalaban un gemido y empujaron las bielas del árbol. Las palas de la hélice batieron las olas con una velocidad en aumento y la *Abraham Lincoln* avanzó majestuosamente en medio de un centenar de transbordadores y *tenders* [45] atestados de espectadores, que le servían de cortejo.

Los muelles de Brooklyn y toda la parte de Nueva York que se asoma al East River estaban repletos de curiosos. Uno tras otro, estallaron tres vítores, brotados de quinientas mil gargantas. Miles de pañuelos agitados por encima de la masa compacta despidieron a la *Abraham Lincoln* hasta que llegó a las aguas del Hudson en el extremo de esa península alargada que forma la ciudad de Nueva York.

Entonces, la fragata, costeanado por el lado de Nueva Jersey la magnífica orilla derecha del río repleta de villas, pasó entre los fuertes, desde donde se lanzaron salvas en su honor con los cañones de mayor calibre. La *Abraham Lincoln* respondió arriando e izando tres veces el pabellón norteamericano, cuyas treinta y nueve estrellas refulgían en el pico de cangreja; luego, modificando su marcha para tomar el canal balizado que describe una curva en la bahía interior formada por la punta de Sandy Hook, pasó rozando esa lengua arenosa donde miles de espectadores la volvieron a aclamar.

La cohorte de *boats* y *tenders* seguía a la fragata y no la abandonó hasta la altura del *light-boat*[46], cuyos dos faros señalan la entrada al canal de Nueva York.



Estaban dando las tres de la tarde. El práctico del puerto volvió a su bote y se dirigió a la goletilla que le aguardaba a sotavento. Se avivó el fuego de las calderas; la hélice batió más rápidamente las olas; la fragata bordeó el litoral amarillento y bajo de Long Island y, a las ocho de la tarde, tras dejar al Noroeste los faros de Fire Island, surcaba ya a toda máquina las sombrías aguas del Atlántico.

IV

Ned Land

El comandante Farragut era un buen marino, digno de la fragata que mandaba. Su navío y él formaban una sola cosa, de la que él era el alma. Sobre el asunto del cetáceo no le quedaba ni un asomo de duda y no permitía que a bordo se pusiera en entredicho la existencia del animal, en la que creía como algunas mujeres piadosas creen en el Leviatán[47], simplemente por una cuestión de fe, no de razón. El monstruo existía y él iba a liberar los mares de su presencia: lo había jurado. Era una especie de caballero de Rodas, un Dieudonné de Gozon[48] en pos de la serpiente que asolaba la isla. O el comandante Farragut mataba al narval o el narval mataba al comandante Farragut. No cabían términos medios.

Los demás oficiales de la fragata compartían la opinión de su jefe. Había que oírlos hablar, debatir, discutir, calcular las diversas probabilidades de un encuentro y observar la vasta extensión del océano. Más de uno se imponía una guardia voluntaria en las crucetas de juanete, cuando, en otras circunstancias, habrían maldecido semejante tarea. Mientras el sol describía su arco diurno, la arboladura estaba repleta de marineros que no podían permanecer quietos en el mismo sitio, como si los tablones de cubierta les abrasaran los pies. Y, sin embargo, la *Abraham Lincoln* aún no jalonaba con su roda las sospechosas aguas del Pacífico.

El único desvelo de la tripulación era encontrar al unicornio marino, arponearlo, izarlo a bordo y descuartizarlo; así pues, escudriñaban el mar con escrupulosa atención. Por otra parte, el comandante Farragut había mencionado cierta recompensa de dos mil dólares, reservada al grumete o marinero, contra maestre u

oficial, que fuese el primero en avistar al animal. Ni que decir tiene cómo se aguzaba la vista a bordo de la *Abraham Lincoln*.

Yo no les iba a la zaga a los demás, y no dejaba a nadie mi parte de observaciones cotidianas. La fragata podría haberse llamado con toda la razón del mundo *Argos*[49]. El único entre todos que sobresalía por su indiferencia ante el asunto que nos apasionaba era Conseil, que se distinguía así en medio del entusiasmo general.

He escrito que el comandante Farragut había preparado cuidadosamente su navío con los aparejos apropiados para cazar al gigantesco cetáceo. Un ballenero no habría ido mejor armado. Disponíamos de todos los artilugios conocidos, desde el arpón de mano hasta las flechas erizadas de los trabucos y las balas explosivas de los fusiles. En el castillo de proa teníamos un cañón perfeccionado, que se cargaba por la culata, de paredes muy gruesas y muy estrecho de ánima, y cuyo modelo debe de figurar en la Exposición Universal de 1867 [50]. Aquel precioso instrumento, de origen norteamericano, enviaba sin ningún problema un proyectil cónico de cuatro kilogramos a una distancia media de dieciséis kilómetros [51].

Como se ve, la *Abraham Lincoln* no carecía de ningún medio destructivo. Pero aún tenía más bazas. Llevaba a bordo a Ned Land, el rey de los arponeros [52].

Ned Land era un canadiense de una destreza poco habitual y sin par en su peligroso oficio. Cualidades como habilidad y sangre fría, audacia y astucia, las poseía en un grado extraordinario; era preciso que una ballena fuese muy despierta o un cachalote especialmente astuto para escapar a su arponazo.

Ned Land rondaba los cuarenta años de edad. Era un hombre de elevada estatura —más de seis pies ingleses [53]—, de complexión robusta, de aspecto serio, taciturno, a veces violento, y muy colérico cuando se le contrariaba. Su persona llamaba la atención, y, sobre todo, el poder de su mirada, que marcaba singularmente su fisonomía.



Creo que el comandante Farragut había obrado con sabiduría al enrollar a aquel hombre a bordo. Por sus ojos y sus brazos valía por toda la tripulación. No se me ocurre mejor comparación con él que la de un potente telescopio que, al mismo tiempo, fuese un cañón siempre listo para disparar.

Quien dice canadiense, dice francés, y, por poco comunicativo que fuese Ned Land, he de reconocer que me cobró cierto afecto. Mi nacionalidad le atraía, sin duda. Para él era una ocasión de hablar, y para mí de oír, esa vieja lengua de Rabelais[54] que todavía se sigue usando en algunas provincias canadienses. La familia del arponero era originaria de Quebec y ya formaba una tribu de intrépidos pescadores en la época en que esta ciudad pertenecía a Francia.

Poco a poco, Ned Land empezó a apreciar la charla, y a mí me agradaba escucharle narrar sus aventuras en los mares polares. Contaba sus hazañas de pesca y sus combates con una gran poesía natural. Su narración adoptaba tonos épicos y yo creía estar escuchando a un Homero canadiense, rapsoda de una *Ilíada* de las regiones hiperbóreas[55].

Describo a este audaz compañero tal como lo conozco en la actualidad. Nos hemos convertido en viejos amigos, unidos por la inalterable amistad que se fragua y se consolida en las más terribles coyunturas. ¡Ah, mi bravo Ned Land, sólo pido vivir cien años más para recordarte durante más tiempo!

Pero ¿cuál era la opinión de Ned Land acerca del monstruo marino? He de confesar que no creía mucho en el unicornio, y que era el único a bordo que no compartía la convicción general. Incluso, evitaba tratar el asunto, que yo creí oportuno abordar un día.

Una magnífica velada del 30 de julio, es decir, tres semanas después de nuestra partida[56], la fragata estaba a la altura del cabo Blanco, a treinta millas a sotavento de las costas de la Patagonia[57]. Habíamos cruzado el Trópico de Capricornio, y el estrecho de Magallanes se abría a menos de setecientas millas al Sur. Al cabo de ocho días, la *Abraham Lincoln* debería estar surcando las aguas del Pacífico.

Sentados en la toldilla, Ned Land y yo conversábamos de cosas diversas, contemplando ese mar misterioso cuyas profundidades

han permanecido hasta ahora inaccesibles a la mirada del hombre. Con toda naturalidad desvié la conversación hacia el asunto del unicornio gigante y analicé las probabilidades de éxito o fracaso de nuestra expedición. Después, viendo que Ned me dejaba hablar sin decir nada, lo incité a conversar de manera más directa.

—¿Cómo, Ned —le pregunté—, cómo puede usted no estar convencido de la existencia del cetáceo que perseguimos? ¿Tiene usted alguna razón particular para mostrarse tan incrédulo?

El arponero me miró unos instantes antes de responder, se golpeó con la mano su ancha frente, haciendo un gesto habitual en él, cerró los ojos como para concentrarse y al fin dijo:

—Quizá sí, señor Aronnax.

—Sin embargo, Ned, usted: un ballenero de profesión como usted, familiarizado con los grandes mamíferos marinos, usted, insisto, cuya imaginación debería aceptar sin dificultad la hipótesis de los enormes cetáceos, tendría que ser el último en dudar en semejantes circunstancias.

—Ahí es donde se equivoca, señor profesor —respondió Ned—. Que el vulgo crea en cometas extraordinarios que atraviesan el espacio o en la existencia de monstruos antediluvianos que campan por el interior del globo, pase, pero ni el astrónomo, ni el geólogo admiten tales quimeras. De igual manera, el ballenero tampoco las admite. He perseguido muchos cetáceos, he arponeado una buena cantidad de ellos y he matado a unos cuantos, pero por muy poderosos y bien armados que estuvieran, ni sus colas ni sus defensas podrían haber perforado la plancha de acero de un *steamer*.

—Sin embargo, Ned, no escasean los ejemplos de barcos que el diente del narval ha atravesado de parte a parte.

—Barcos de madera, es posible —respondió el canadiense—; pero aún no los he visto. Por lo tanto, hasta que haya una prueba que lo desmienta, niego que las ballenas, los cachalotes o los narvales puedan producir esos efectos.

—Escúcheme, Ned...

—No, señor profesor, no. Todo lo que quiera, menos eso. ¿Un pulpo gigantesco, quizá?

—Menos aún, Ned. El pulpo no es más que un molusco y ese nombre indica la poca consistencia de sus carnes[58]. Aunque

tuviera quinientos pies de longitud, el pulpo, que no pertenece al tipo de los vertebrados, es totalmente inofensivo para buques como el *Scotia* o la *Abraham Lincoln*. Así pues, hay que considerar meros mitos las proezas de los krakens y de otros monstruos de esa índole.

—Entonces, señor naturalista —replicó Ned Land con bastante sorna—, ¿continúa usted admitiendo la existencia de un enorme cetáceo...?

—Sí, Ned, se lo repito con una convicción que se basa en la lógica de los hechos. Creo en la existencia de un mamífero, poderosamente organizado, perteneciente al tipo de los vertebrados, como las ballenas, los cachalotes o los delfines, y provisto de una defensa córnea cuya fuerza de penetración es inconmensurable.

—¡Hum! —murmuró el arponero, sacudiendo la cabeza con el aspecto de quien no quiere dejarse convencer.

—Observe, querido amigo canadiense —contesté—, que si dicho animal existe, si vive en las profundidades del océano, si frecuenta las capas líquidas situadas a varias millas por debajo de la superficie de las aguas, debe poseer necesariamente un organismo cuya solidez desafíe cualquier parangón.

—¿Y por qué un organismo tan poderoso? —preguntó Ned.

—Porque hace falta una fuerza incalculable para mantenerse en las capas profundas y resistir a su presión.

—¿De verdad? —preguntó Ned, que me miraba guiñando un ojo.

—De verdad, y unas cifras se lo demostrarán sin mayores problemas.

—¡Ah, los números! —replicó Ned—. Se puede hacer con ellos lo que se quiera.

—En los negocios, Ned, pero no en matemáticas. Escúcheme. Admitamos que la presión de una atmósfera esté representada por la presión de un chorro de agua de treinta y dos pies de altura. En realidad, el chorro de agua sería de menor altura, ya que se trata de agua de mar, cuya densidad es superior a la del agua dulce. Bueno, pues si usted se sumerge, Ned, cada vez que haya treinta y dos pies de agua sobre usted, su cuerpo soportará una presión igual a la de una atmósfera, es decir, de un kilogramo por centímetro cuadrado de su superficie. De lo que se deduce que, a trescientos veinte pies, esta presión es de diez atmósferas, de cien atmósferas a tres mil

doscientos pies, y de mil atmósferas a treinta y dos mil pies, es decir: alrededor de dos leguas y media. Lo que equivale a decir que, si usted pudiera alcanzar esa profundidad en el océano, cada centímetro cuadrado de la superficie de su cuerpo sufriría una presión de mil kilogramos. Ahora bien, mi querido Ned, ¿sabe cuántos centímetros cuadrados tiene usted en su superficie?

—Ni la menor idea, señor Aronnax.

—Alrededor de diecisiete mil.

—¿Tantos?

—Y, como en realidad la presión atmosférica es ligeramente superior al peso de un kilogramo por centímetro cuadrado, sus diecisiete mil centímetros cuadrados soportan en estos momentos una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilogramos.

—¿Sin que yo me dé cuenta?

—Sin que usted se dé cuenta. Y si esa presión no lo aplasta es porque el aire penetra en el interior de su cuerpo con una presión idéntica. De ahí que haya un equilibrio perfecto entre la presión interior y la exterior, que se neutralizan mutuamente, lo que le permite aguantarlas sin esfuerzo. Pero en el agua, el planteamiento es diferente.

—Sí, comprendo —respondió Ned Land, que prestaba más atención—, porque el agua me rodea y no penetra en mí.

—Exactamente, Ned. Por lo tanto, a treinta y dos pies por debajo de la superficie del mar, soportaría una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilogramos; a trescientos veinte pies, diez veces esta presión, es decir, ciento setenta y cinco mil seiscientos ochenta kilogramos; a tres mil doscientos pies, cien veces esta presión, o sea un millón setecientos cincuenta y seis mil ochocientos kilogramos, y, por fin, a treinta y dos mil pies, mil veces esta presión: diecisiete millones quinientos sesenta y ocho mil kilogramos; es decir, que quedaría tan aplastado como si le sacaran de una prensa hidráulica.

—¡Demonios! —exclamó Ned.

—Pues bien, mi buen arponero, si existen vertebrados de varios centenares de metros de longitud y de un grosor proporcional a dicha longitud que se mantienen a esas profundidades, calculando su superficie en millones de centímetros cuadrados, debemos convenir en que la presión que soportan es de millones de

kilogramos. Calcule, por consiguiente, cuál habrá de ser la resistencia de su estructura ósea y la potencia de su organismo para resistir tales presiones.

—Es preciso que estén fabricados con planchas de acero de ocho pulgadas, como las fragatas acorazadas.

—Así es, Ned; piense, pues, en los desmanes que puede producir una masa semejante lanzada con la velocidad de un expreso contra el casco de un navío.

—Sí... en efecto... quizá —respondió el canadiense, abrumado por los números, pero sin querer rendirse.

—Bueno, ¿le he convencido?

—Me ha convencido de una cosa, señor naturalista, y es que si esos animales existen en el fondo de los mares, tienen que ser tan fuertes como usted dice.

—Pero, si no existen, testarudo arponero, ¿cómo explica usted el accidente del *Scotia*?

—Quizá... —dijo Ned titubeando.

—¡Venga, prosiga!

—Porque... no es verdad —respondió el canadiense repitiendo, sin saberlo, una célebre respuesta de Arago [59].

Pero su respuesta probaba la obstinación del arponero y nada más. Aquel día no seguí insistiendo. El accidente del *Scotia* no se podía negar. El agujero existía, tan claro como que habían tenido que cerrarlo, y no creo que la existencia de un agujero pueda demostrarse de manera más categórica. Ahora bien, ese agujero no se había hecho solo y puesto que no lo habían producido rocas submarinas o ingenios submarinos, había que atribuirlo necesariamente al arma perforante de un animal.

En mi opinión, y por todas las razones precedentemente aducidas, ese animal pertenecía al tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, grupo de los pisciformes y orden de los cetáceos. La familia en que debía encuadrárselo, ballena, cachalote o delfín, el género del que formaba parte y la especie en que había que clasificarlo, eran cuestiones que tendrían que ser dilucidadas posteriormente. Para resolverlas, era preciso disecar a aquel monstruo desconocido; para disecarlo, capturarlo; para capturarlo, arponearlo —lo que era competencia de Ned Land—; para arponearlo, verlo —lo que correspondía a la tripulación—, y para

verlo, encontrarlo —lo que dependía del azar.

V

¡A la aventura!

Durante algún tiempo, el viaje de la *Abraham Lincoln* no se vio alterado por ningún incidente. Sin embargo, se dio una circunstancia que puso de relieve la prodigiosa destreza de Ned Land y demostró qué grado de confianza había que tener en él.

A la altura de las islas Malvinas, el 30 de junio, la fragata comunicó con unos balleneros americanos y nos enteramos de que no habían tenido noticia alguna del narval. Pero uno de ellos, el capitán del *Monroe*, al saber que Ned Land se encontraba a bordo de la *Abraham Lincoln*, solicitó su ayuda para cazar una ballena que habían avistado. El comandante Farragut, deseoso de ver a Ned Land manos a la obra, lo autorizó a subir a bordo del *Monroe*. Y tanto sonrió la suerte a nuestro canadiense que, en vez de una ballena, arponeó dos en una jugada doble, hiriendo a una certeramente en el corazón y cazando la otra después de pocos minutos de persecución.

En caso de que el monstruo llegase a ponerse a tiro del arpón de Ned Land, no me cabía la menor duda de que no apostaría ni un ardite por el monstruo.

La fragata perlongaba la costa Sudeste de América a una velocidad prodigiosa. El 3 de julio, nos presentamos ante la embocadura del estrecho de Magallanes [60], a la altura del cabo de las Vírgenes [61]. Pero el comandante Farragut no quiso adentrarse por ese sinuoso paso y maniobró para doblar el cabo de Hornos [62].

La tripulación le dio la razón al unísono. ¿Había alguna posibilidad de encontrar al narval en ese angosto estrecho? Muchos

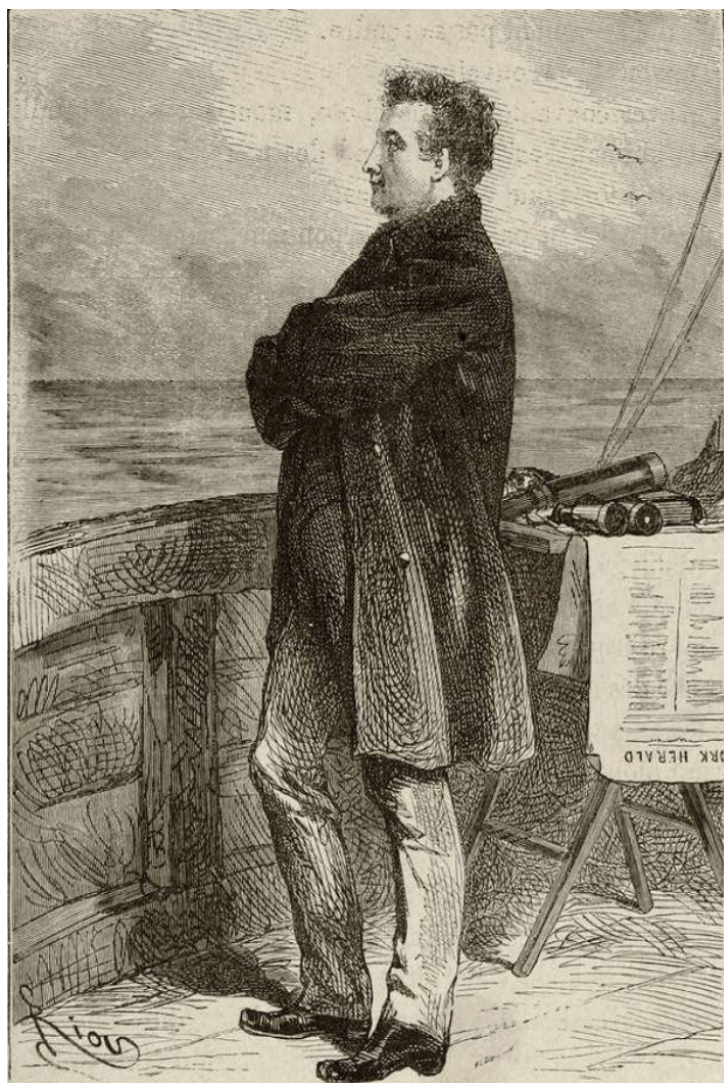
marineros afirmaban que el monstruo no podría pasar por allí, «¡que era demasiado grande para eso!».

El 6 de julio, hacia las tres de la tarde y a quince millas al Sur, la *Abraham Lincoln* dobló ese islote solitario, esa roca perdida en el confín del continente americano, a la que los marinos holandeses bautizaron con el nombre de su ciudad natal: el cabo de Hornos. Arrumbó al Noroeste y, al día siguiente, la hélice de la fragata caracoleaba por fin bajo las aguas del Pacífico.

—¡Ojo avizor! ¡Ojo avizor! —repetían los marineros de la *Abraham Lincoln*.

Y abrían los ojos desmesuradamente. A los ojos y catalejos, un poco deslumbrados, bien es cierto, por la perspectiva de los dos mil dólares, no se les concedió ni un momento de respiro. Noche y día, todo el mundo observaba la superficie del océano, y los nictálopes, cuya facultad de ver en la oscuridad acrecentaba sus oportunidades en un cincuenta por ciento, llevaban las mejores cartas para ganar la partida.

A pesar de que yo mismo apenas me sentía atraído por el acicate del dinero, no era el menos atento a bordo. Dejando tan sólo unos minutos para las comidas y algunas horas para el sueño, permanecía en el puente del navío indiferente al sol o la lluvia. Ora asomado por los empalletados del castillo de proa, ora apoyado en la regala de popa, devoraba con ojos ansiosos la algodonosa estela que serpenteaba blanquecina en el mar hasta el horizonte. ¡Cuántas veces compartí la emoción del estado mayor y de la tripulación, cuando alguna caprichosa ballena alzaba su negruzco lomo sobre las olas...! La cubierta de la fragata se abarrotaba en un instante. Los tambuchos vomitaban un torrente de marineros y oficiales. Jadeantes y con la vista nublada, observaban el avance del cetáceo. Y yo seguía mirando, mirando hasta desgastar la retina y quedarme ciego, mientras que Conseil, siempre tan flemático, me repetía tranquilamente:



—Si el señor tuviese la bondad de no abrir de par en par los ojos, el señor vería mucho mejor.

¡Vana emoción! La *Abraham Lincoln* modificaba su rumbo, perseguía al animal señalado, simple ballena o vulgar cachalote, que desaparecía enseguida en medio de un concierto de imprecaciones.

No obstante, el tiempo era favorable. El viaje se realizaba en las mejores condiciones. Estábamos entonces en la mala estación austral, pues julio en estas latitudes corresponde a nuestro enero en Europa, pero la mar se mantenía bonancible y se dejaba observar fácilmente en un amplio radio.

Ned Land seguía haciendo gala de la más tenaz incredulidad; incluso fingía no examinar la superficie del mar fuera del tiempo de su cuarto de guardia —al menos, cuando no había a la vista ninguna ballena—. Y, sin embargo, su maravillosa capacidad de visión nos habría procurado grandes servicios. Pero el terco canadiense se quedaba leyendo o durmiendo en su camarote durante ocho de cada doce horas. Yo le reproché cien veces su indiferencia.

—¡Bah! —respondía—. No hay nada, señor Aronnax, y, aunque hubiese algún animal, ¿qué probabilidades tenemos de avistarlo? ¿No corremos a la aventura? Dicen haber visto en las aguas septentrionales del Pacífico a esa bestia inencontrable, de acuerdo, admitámoslo; pero ya han pasado dos meses desde entonces y, a juzgar por el temperamento de su narval, parece que no le gusta permanecer mucho tiempo en las mismas aguas. Está dotado de una prodigiosa facilidad de desplazamiento. Pero usted sabe mejor que yo, señor profesor, que la natura leza no se contradice a sí misma en sus designios y no proporcionaría a un animal de características lentas la facultad de moverse rápidamente si no tuviera necesidad de utilizarla. Por lo tanto, si esa bestia existe, ya estará lejos.

A eso, no sabía yo qué responder. Evidentemente, navegábamos dando palos de ciego. ¿Pero cómo podríamos haber procedido de otra manera? Así que nuestras probabilidades eran bastante limitadas. Sin embargo, nadie dudaba del éxito, y ni un solo marinero a bordo habría apostado contra la existencia del narval y su próxima aparición.

El 20 de julio, cortamos el Trópico de Capricornio a 105° de

longitud, y el 27 del mismo mes, franqueamos el Ecuador por su centésimo décimo meridiano. Marcada la posición, la fragata puso proa más decididamente hacia el Oeste y se adentró en los mares centrales del Pacífico. El comandante Farragut pensaba, con razón, que era mejor navegar por las aguas profundas y alejarse de los continentes o de las islas a las que el animal parecía no querer acercarse, «sin duda porque no había suficiente agua para él», decía el contramaestre. La fragata pasó a lo largo de los archipiélagos de las Pomotú, las Marquesas y las Sandwich [63], atravesó el Trópico de Cáncer a 132° de longitud y puso rumbo hacia los mares de China.

¡Por fin estábamos en el escenario de los últimos escarceos del monstruo! En resumidas cuentas: ya no se vivía a bordo. Los corazones latían a punto de estallar, anticipando un futuro de incurables aneurismas. La tripulación entera sufría de una sobreexcitación nerviosa que no podría describir. Ya nadie comía ni dormía. Veinte veces al día, un error de apreciación, una ilusión óptica de algún marinero encaramado en las crucetas, causaban un dolor insoportable, y esas emociones, repetidas veinte veces, nos mantenían en un estado de eretismo [64] demasiado violento como para no provocar una reacción inmediata.

Y así fue. La reacción no tardó en producirse. Durante tres meses, tres meses cuyos días duraban cada uno un siglo, la *Abraham Lincoln* surcó todos los mares septentrionales del Pacífico, corriendo tras las ballenas avistadas, apartándose bruscamente de su rumbo, virando súbitamente de babor a estribor y viceversa, deteniéndose de repente, forzando o invirtiendo el vapor una y otra vez, a riesgo de desnivelar sus máquinas; no dejó ni un lugar sin explorar entre las orillas del Japón y las costas americanas. ¡Esfuerzo estéril! ¡Nada más que la inmensidad de las olas desiertas! ¡Nada que se pareciera a un narval gigantesco, ni a un islote submarino, ni a un pecio, ni a un escollo huidizo, ni a nada con aspecto sobrenatural!

La reacción se produjo, pues. El desaliento se apoderó de los ánimos y abrió una brecha a la incredulidad. A bordo, surgió un nuevo sentimiento compuesto de tres décimas partes de vergüenza y siete de furor. Los hombres se sentían «simplemente estúpidos» al haberse dejado engañar por una quimera, más aún, estaban

furiosos. Las montañas de argumentos acumulados desde hacía un año se desbarataron a la vez. El único pensamiento que tenían todos era recuperar en las horas de comida o de sueño el tiempo que habían sacrificado de manera tan necia.

Con la volubilidad propia del espíritu humano, de un extremo se pasó al otro. Los partidarios más fervientes de la empresa se convirtieron en sus más implacables detractores. La reacción subía desde el fondo del navío, desde los pañoles hasta la cámara del estado mayor; sin duda, la fragata habría virado definitivamente rumbo al Sur, si no hubiera sido por el especial empeñamiento del comandante Farragut.

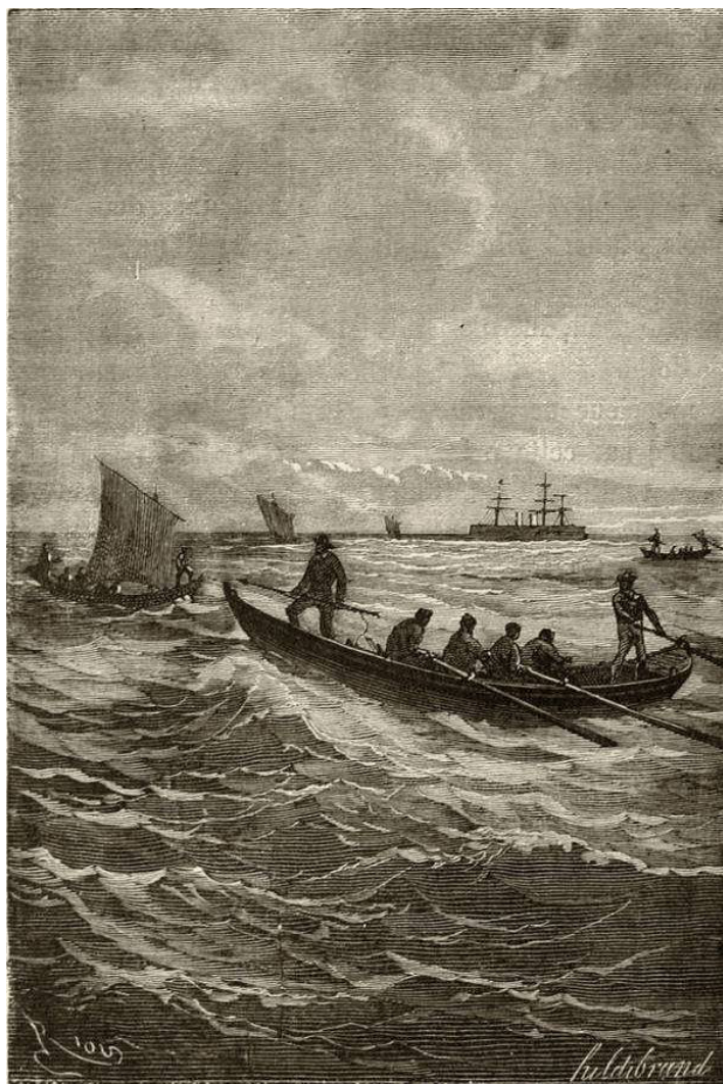
No obstante, no se podía prolongar durante más tiempo esa inútil búsqueda. La *Abraham Lincoln* no tenía nada que reprocharse, había hecho todo lo posible por salir airoso. Jamás la tripulación de un buque de la Armada norteamericana había mostrado más paciencia y celo; no se le podía imputar el fracaso de la empresa; no quedaba más remedio que volver atrás.

El comandante recibió muestras del descontento, pero capeó el temporal. Los marineros ya no ocultaban su malestar y el servicio se resintió. No quiero decir que se hubiera declarado un motín a bordo, pero tras un razonable período de obstinación, el comandante Farragut, como otrora Colón, pidió tres días de paciencia. Si en el plazo de tres días el monstruo no había aparecido, el timonel daría tres vueltas de rueda y la *Abraham Lincoln* se dirigiría hacia los mares europeos.

La promesa fue hecha el 2 de noviembre. Su primer efecto fue el de revitalizar los desfallecidos ánimos de la tripulación. Volvieron a escrutar el océano con atención renovada. Cada uno quería echarle ese último vistazo en que se resume todo el recuerdo. Los catalejos funcionaron a un ritmo febril. Era un soberbio desafío al narval gigante, que no podía excusarse por las buenas de responder a la orden «de comparecer».

Transcurrieron otros dos días. La *Abraham Lincoln* navegaba con poca máquina. Se utilizaban mil medios para llamar la atención o estimular la apatía del animal, en caso de que se encontrase en aquellos parajes. Se colgaron a la rastra enormes trozos de lardo — para mayor satisfacción de los tiburones, debo confesar—. Las embarcaciones circundaron todo el espacio en torno a la *Abraham*

Lincoln, mientras ésta se quedaba al paio, y no dejaron un solo punto sin explorar. Pero llegó la noche del 4 de noviembre sin que se hubiera desvelado el misterio submarino.



A las doce del mediodía del 5 de noviembre, expiraba el plazo de rigor. Pasada esa hora, el comandante Farragut, fiel a su promesa, debía poner rumbo al Sudeste y abandonar definitivamente las regiones septentrionales del Pacífico.

La fragata navegaba entonces a 31° 15' de latitud Norte y 136° 42' de longitud Este. Las tierras del Japón quedaban a menos de doscientas millas a sotavento. La noche se acercaba. Acababan de dar las ocho. Unas gruesas nubes desplegaban su velo sobre el disco de la luna, en cuarto creciente. El mar se ondulaba suavemente bajo la roda de la fragata.

En esos momentos, yo estaba apoyado a proa en el empalmetado de estribor. Conseil, apostado cerca de mí, miraba en lontananza. La tripulación, encaramada a la obencadura, examinaba el horizonte que iba menguando y se oscurecía paulatinamente. Los oficiales armados con sus catalejos de noche escudriñaban la oscuridad creciente. A veces, un rayo de luna que atravesaba la franja de dos nubes rielaba sobre el oscuro océano. Después, toda traza luminosa se disipaba en las tinieblas.

Al mirar a Conseil, me pareció que el ambiente reinante había influido muy poco en el buen muchacho. Al menos, así lo creí yo. Quizás, y por vez primera, sus nervios vibraban por efecto de un sentimiento de curiosidad.

—¡Venga, Conseil! —le dije yo—. Ahí tienes una última ocasión de embolsarte dos mil dólares.

—Permítame el señor que le diga —respondió Conseil— que no he contado nunca con tal recompensa; ya podía el Gobierno de la Unión haber prometido cien mil dólares, que no por ello se iba a quedar más pobre.

—Tienes razón, Conseil. Después de todo, es un asunto estúpido, y sobre el que nos hemos abalanzado demasiado a la ligera. ¡Cuánto tiempo perdido y cuántas emociones inútiles! Podíamos haber regresado a Francia hace ya seis meses...

—Al apartamento del señor —contestó Conseil—, al Museum del señor. Yo habría clasificado ya los fósiles del señor. Y el babirusa del señor estaría en una jaula del *Jardín des plantes*, y atraería a todos los curiosos de la capital.

—Así es, Conseil, y sin contar con que se van a burlar de nosotros, imagino.

—Efectivamente —respondió tranquilamente Conseil—, pienso que van a burlarse del señor. Y, ¿puedo decirlo...?

—Adelante, Conseil.

—Pues bien, el señor tendrá lo que se merece.

—¿De verdad?

—Cuando se tiene el honor de ser un sabio como el señor, no se expone uno...

Conseil no pudo acabar su cumplido. En medio del silencio general, se alzó una voz. Era la voz de Ned Land. Y Ned Land gritaba:

—¡Eh, eh! ¡Esa cosa, a sotavento y por la cuadra!

VI

A toda máquina

Al oír ese grito, la tripulación entera se precipitó hacia el arponero; comandante, oficiales, maestranza, marineros, grumetes, todos: hasta los ingenieros abandonaron sus máquinas, hasta los fogoneros abandonaron sus calderas. Se había dado orden de parar las máquinas y la fragata navegaba conservando sólo la arrancada.

En aquellos momentos, la oscuridad era impenetrable y, por muy buena que fuera la vista del canadiense, yo me preguntaba cómo y qué había podido ver. Mi corazón latía a punto de estallar.

Pero Ned Land no erraba, y todos divisamos el objeto que señalaba con la mano.

A dos cables[65] de la *Abraham Lincoln* y por su aleta de estribor, el mar parecía iluminado desde el fondo. No se trataba de un simple fenómeno de fosforescencia ni había posibilidad de error. El monstruo, sumergido a varias toesas[66] de la superficie de las aguas, proyectaba un resplandor muy intenso, pero inexplicable, al que aludían los informes de varios capitanes. Esta magnífica irradiación debía de estar producida por un agente de gran potencia lumínica. La aureola brillante formaba en el mar un inmenso óvalo muy alargado, en cuyo centro se condensaba un haz de luz fulgurante cuyo irresistible resplandor se apagaba por degradaciones escalonadas.



—No es más que una aglomeración de moléculas fosforescentes —gritó uno de los oficiales.

—No, señor —reliqué yo con convicción—. Las fóladas o las salpas jamás pueden llegar a producir una luz tan potente. Ese resplandor es de naturaleza esencialmente eléctrica... Y además, ¡fíjense, fíjense! ¡Se desplaza! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás! ¡Se lanza sobre nosotros!

De la fragata brotó un grito generalizado.

—¡Silencio! —ordenó el comandante Farragut—. ¡Caña a barlovento, toda! ¡Máquina atrás!

Los marineros se precipitaron a la caña, los ingenieros a sus máquinas. Dieron contramarcha inmediatamente y la *Abraham Lincoln*, abatiendo a babor, describió un semicírculo.

—¡Timonel, a la vía! ¡Avante toda! —gritó el comandante Farragut.

Las órdenes fueron ejecutadas y la fragata se alejó rápidamente de la fuente luminosa.

Me equivoco. Quiso alejarse, pero el sobrenatural animal se aproximó a una velocidad doble a la suya.

Estábamos jadeantes. Mucho más que el temor, era la estupefacción lo que nos hacía quedarnos mudos e inmóviles. El animal se nos aproximaba con suma rapidez. Rodeó la fragata, que largaba entonces a catorce nudos, y la envolvió con su halo eléctrico cual una polvareda luminosa. Después, se alejó unas dos o tres millas, dejando una estela fosforescente similar a las bocanadas de vapor que arroja la locomotora de un expreso. De repente, desde los oscuros límites del horizonte, adonde fue a tomar impulso, el monstruo arremetió de súbito contra la *Abraham Lincoln* una velocidad espeluznante, se detuvo bruscamente a veinte pies de las cintas —sin hundirse bajo las aguas, ya que la potencia de su fulgor no sufrió la menor degradación, sino de repente y como si la fuente de su brillante efluvio se hubiera agotado súbitamente—. Después reapareció al otro costado del navío, bien porque lo había rodeado, bien porque se había deslizado bajo su casco. En cualquier momento podía producirse una colisión que habría tenido fatales consecuencias para nosotros.

Las maniobras de la fragata, sin embargo, me causaban extrañeza. Huía y no atacaba. La *Abraham Lincoln*, que debía ser la

perseguidora, era la perseguida; le comuniqué mi observación al comandante Farragut. Su rostro, a menudo tan impasible, estaba prendido de una estupefacción indefinible.

—Señor Aronnax —me respondió—, no sé a qué formidable criatura nos enfrentamos y no quiero poner en peligro mi fragata en medio de esta oscuridad. Además, ¿cómo podemos atacar lo desconocido, cómo podemos defendernos de ello? Esperemos que llegue el día y se trocarán los papeles.

—Entonces, ¿ya no le queda duda alguna sobre la naturaleza del animal?

—No, señor: es evidentemente un narval gigantesco, pero también es un narval eléctrico.

—Quizás —añadí yo— no se puede uno ni acercar a él, como ocurre con los gimnotos o las tremielgas.

—Así es —respondió el comandante Farragut—, y, si además dispone de una potencia fulminante, se trata con toda certeza del animal más terrible que haya surgido nunca de manos del Creador. Así que me mantendré alerta, señor.

Toda la tripulación permaneció en vela a lo largo de la noche. Nadie pensaba en dormir. *La Abraham Lincoln*, al no poder luchar en velocidad había moderado su marcha y se mantenía a poco vapor. Por su parte, el narval, imitando a la fragata, se dejaba mecer por las olas y parecía decidido a no abandonar el escenario del combate.

No obstante, hacia medianoche desapareció o, si se me permite utilizar una expresión más adecuada «se apagó», como un gran cocuyo. ¿Había huido? Eso era algo que cabía temer más que esperar. Pero a la una menos siete minutos de la noche, resonó un silbido ensordecedor, similar al que produce un chorro de agua despedido con extrema violencia.

El comandante Farragut, Ned Land y yo estábamos en la toldilla, lanzando ávidas miradas a través de las profundas tinieblas.

—Ned Land —dijo el capitán—, usted ha oído a menudo rugir a las ballenas, ¿no es cierto?

—Muchas veces, señor; pero jamás me había encontrado con ballenas que al avistarlas me hiciesen ganar dos mil dólares.

—En efecto, tiene usted derecho a la recompensa. Pero, dígame, ¿ese ruido no es el mismo que hacen los cetáceos al espirar el agua

por sus respiraderos?

—El mismo ruido, señor, pero éste es incomparablemente más fuerte. Tampoco nos podemos equivocar. Está claro que es un cetáceo lo que tenemos ahí abajo en nuestras aguas. Con su permiso, señor —añadió el arponero—, le diremos dos palabritas mañana al amanecer.

—Si está de humor para escucharle, maestro arponero —le respondí yo poco convencido.

—Deje que se me ponga a tiro de arpón —replicó el canadiense — y no le quedará más remedio que escucharme.

—Pero para eso —añadió el comandante— tendré que poner una ballenera a su disposición.

—Por supuesto, señor.

—Eso significará poner en peligro la vida de mis hombres.

—¡Y la mía! —respondió llanamente el arponero.

Hacia las dos de la madrugada, el foco luminoso reapareció, no con menos intensidad, a cinco millas a barlovento de la *Abraham Lincoln*. A pesar de la distancia y del ruido del viento y del mar, se oían con claridad los formidables coletazos del animal, e incluso su respiración jadeante. Parecía que cuando el enorme narval subía a respirar a la superficie del océano, engullía el aire en los pulmones al igual que el vapor en los enormes cilindros de una máquina de dos mil caballos.

«¡Hum! —pensaba yo—. Una ballena que tuviera la fuerza de un regimiento de caballería, ¡sería una magnífica ballena!».

Permanecemos alerta hasta el amanecer y nos preparamos para el combate. Se dispusieron las artes de pesca sobre la borda. El segundo mandó cargar los trabucos capaces de lanzar un arpón a una milla de distancia y los largos fusiles de balas explosivas cuya herida es mortal incluso para los más poderosos animales. Ned Land se había contentado con afilar su arpón, arma terrible en sus manos.

A las seis comenzaba a clarear el día, y con los primeros albos desapareció el resplandor eléctrico del narval. A las siete ya era completamente de día, pero el horizonte quedaba semioculto tras una bruma matinal muy espesa, que ni los mejores catalejos podían atravesar. De ahí que surgiera a bordo la decepción y la rabia.

Trepé hasta la cofa del mesana. Algunos oficiales estaban ya encaramados en lo alto de los demás palos.

A las ocho, la bruma rodó pesadamente sobre las olas y sus gruesas volutas se fueron levantando poco a poco. El horizonte se ampliaba, al tiempo que se purificaba.

De repente, y como en la víspera, la voz de Ned Land se dejó oír.

—¡Ahí está esa cosa! ¡A babor, por la popa! —gritó el arponero.

Todas las miradas confluyeron en el punto indicado.

Allá, a milla y media de la fragata, un largo cuerpo negruzco emergía un metro por encima de las olas. Su cola, violentamente agitada, producía un remolino considerable. Nunca una aleta caudal había batido el mar con semejante fuerza. Una inmensa estela de deslumbrante blancura describía una curva alargada señalando el paso del animal.

La fragata se aproximó al cetáceo. Yo lo examiné con toda libertad de criterio. Los informes del *Shannon* y del *Helvetia* habían exagerado un tanto sus dimensiones; calculé su longitud en unos doscientos cincuenta pies solamente. En cuanto a su grosor, me resultaba muy difícil determinarlo; pero, en definitiva, el animal me pareció estar admirablemente proporcionado en sus tres dimensiones.

Mientras lo observaba, aquel ser extraordinario lanzó por sus respiraderos dos chorros de vapor y agua que ascendieron hasta una altura de cuarenta metros, lo que me aclaró su modo de respiración. Llegué a la conclusión definitiva de que pertenecía al tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los monodelfos, superorden de los pisciformes, orden de los cetáceos, familia de... Ahí no me podía pronunciar todavía. El orden de los cetáceos comprende tres familias: las ballenas, los cachalotes y los delfines, y a los narvales se los clasifica en esta última. Cada una de esas familias se divide en varios géneros, cada género en especies, cada especie en variedades. Variedad, especie, género y familia me faltaban todavía, pero no dudaba de que, con la ayuda del cielo y del comandante Farragut, acabaría de completar mi clasificación.

La tripulación aguardaba impaciente las órdenes de su jefe. Éste, tras haber observado atentamente al animal, hizo llamar al ingeniero, que acudió sin demora.

—¿Tenemos presión, señor? —preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió el ingeniero.

—Pues bien. ¡Avive el fuego y a toda máquina!

Tres hurras acogieron la orden. Había llegado la hora del combate. Unos instantes después, las dos chimeneas de la fragata vomitaban torrentes de humo negro y la cubierta se estremecía con el trepidar de las calderas.

La *Abraham Lincoln*, disparada hacia adelante por su potente hélice, enfiló derecha hacia el animal, que, indiferente, la dejó aproximarse hasta medio cable de distancia; después, sin preocuparse por sumergirse, cobró una ligera velocidad para alejarse y se contentó con mantener la distancia.

La persecución se prolongó durante tres cuartos de hora aproximadamente, sin que la fragata pudiera ganar ni dos toesas al cetáceo. Era evidente que con esa marcha no lo alcanzaría jamás.

El comandante Farragut retorció con rabia la espesa mata de barba que realzaba su mentón.

—¡Ned Land! —gritó.

El canadiense acudió a la orden.

—Bien, señor Land —dijo el comandante—, ¿sigue usted aconsejándome que arríe mis balleneras al mar?

—No, señor —respondió Ned Land—, porque esa bestia sólo se dejará capturar si ella quiere.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Forzar el vapor mientras se pueda, señor. Por mi parte, y con su permiso, como es natural, voy a instalarme en los barbiquejos del bauprés, y si se me pone a tiro de arpón, la arponearé.

—Adelante, Ned —respondió el comandante Farragut—. ¡Ingeniero —gritó—, más presión!

Ned Land se situó en su puesto. Las calderas trabajaban al máximo de actividad; la hélice registraba cuarenta y tres revoluciones por minuto y el vapor brotaba por las válvulas. Tras echar la corredera, se comprobó que la *Abraham Lincoln* navegaba a dieciocho millas y cinco décimas por hora. Pero el maldito animal se escapaba también a una velocidad de dieciocho millas y cinco décimas.

Durante una hora, la fragata se mantuvo a esa velocidad, sin ganar ni una toesa. Era humillante para uno de los navíos más rápidos de la Armada americana. Una ira sorda se adueñaba de la tripulación. Los marineros maldecían al monstruo, que, por su parte, no se molestaba en responderles. El comandante Farragut no

se contentaba ya con retorcer su barba, la mordía.

Llamó nuevamente al ingeniero.

—¿Hemos alcanzado el máximo de presión? —le preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió aquél.

—¿Y las válvulas están cargadas...?

—A seis atmósferas y media.

—Cárguelas a diez atmósferas.

Si se puede hablar de una orden americana, aquélla era una. ¡No se habría hecho mejor en el Mississippi para distanciar a «una competidora» [67]!

—Conseil —dije a mi buen criado, que estaba junto a mí—, ¿te das cuenta de que probablemente vamos a saltar por los aires?

—Como el señor guste —respondió Conseil.

Pues bien, tengo que confesar que no me desagradaba correr ese riesgo.

Se cargaron las válvulas. Los hornos engullían el carbón. Los ventiladores enviaban torrentes de aire sobre los hornos. La velocidad de la *Abraham Lincoln* aumentó. Sus mástiles temblaban hasta por las carlingas y los torbellinos de humo apenas podían abrirse paso por las chimeneas, demasiado estrechas.

Se echó la corredera por segunda vez.

—¡Timonel! ¿Cómo vamos? —preguntó el comandante Farragut.

—Diecinueve millas y tres décimas, señor.

—¡Avive el fuego!

El ingeniero obedeció. El manómetro señaló diez atmósferas. Pero sin duda el cetáceo también «avivó su fuego», puesto que sin la menor molestia se puso en diecinueve millas y tres décimas.

¡Qué persecución! No, no puedo describir la emoción que hacía vibrar todo mi ser. Ned Land se mantenía en su puesto, con el arpón en la mano. En varias ocasiones, el animal dejó que nos acercáramos.

—¡Ya lo tenemos! ¡Lo alcanzamos! —gritaba el canadiense.

Después, en el momento en que se disponía a arponearlo, el cetáceo se escurría con una velocidad que, según mis cálculos, debía de rondar las treinta millas por hora. E incluso, mientras manteníamos el máximo de velocidad, se permitió mofarse de la fragata rodeándola. De todas las gargantas escapó una exclamación

de furor.

A mediodía no habíamos avanzado más que a las ocho de la mañana.

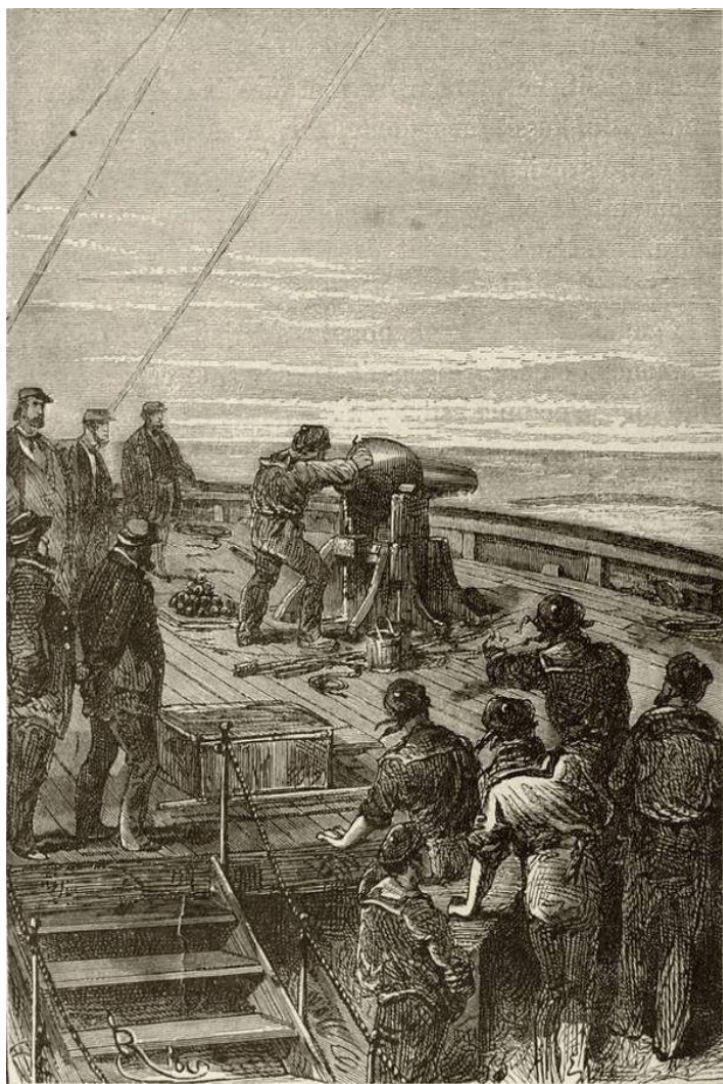
El comandante Farragut decidió emplear entonces métodos más directos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ese animal va más rápido que la *Abraham Lincoln*! Muy bien. ¡Vamos a ver si deja atrás también a las balas de nuestro cañón! ¡Contramaestre, unos hombres a la pieza de proa!

El cañón del castillo de proa fue inmediatamente cargado y apuntado. Se lanzó el disparo pero la bala pasó algunos pies por encima del cetáceo, que se mantenía a una media milla.

—¡Turno a otro más certero! —gritó el comandante—. ¡...Y quinientos dólares a quien atravesase a esa bestia infernal!

Un viejo artillero de barba entrecana —me parece que todavía lo estoy viendo—, con la mirada tranquila y el semblante impasible, se aproximó al cañón, lo orientó y apuntó durante un buen rato. Estalló una fuerte detonación, y con ella se fundieron los hurras de la tripulación.



El proyectil dio en el blanco y se estrelló contra el animal, pero no de un modo normal, pues, tras deslizarse sobre su superficie redondeada, fue a perderse a dos millas en el mar.

—¡Ah, diantres! —exclamó el viejo artillero, furibundo—. ¡Así que ese bribón está blindado con chapas de seis pulgadas!

—¡Maldición! —gritó el comandante Farragut.

La cacería volvió a comenzar y el comandante Farragut, inclinándose hacia mí me dijo:

—¡Perseguiré a ese animal hasta que mi fragata vuele por los aires!

—Sí —respondí yo—. ¡Y tendrá usted razón!

Entraba dentro de lo previsible que el animal acabara por agotarse y que no fuera indiferente a la fatiga como una máquina de vapor. Pero no; al contrario, las horas seguían desgranándose sin que diese muestra alguna de cansancio.

Hay que decir, empero, en favor de la *Abraham Lincoln*, que luchó con una tenacidad inagotable. ¡No creo que recorriese una distancia inferior a quinientos kilómetros en aquella infortunada jornada del 6 de noviembre! Pero llegó la noche, que envolvió con su manto de tinieblas el encrespado océano.

En esos momentos creí que nuestra expedición había concluido y que ya no volveríamos a ver nunca más a aquel fantástico animal. Una vez más me equivocaba.

A las diez y cincuenta minutos de la noche reapareció la claridad eléctrica, tan pura y tan intensa como la noche precedente, a tres millas a barlovento de la fragata.

El narval parecía inmóvil. ¿Dormía quizá, cansado de su jornada, entregándose al balanceo de las olas? El comandante Farragut decidió aprovechar la ocasión.

Dio sus órdenes. La *Abraham Lincoln* se mantuvo a poco vapor y avanzó prudentemente para no despertar a su adversario. No es raro encontrar en pleno océano ballenas profundamente dormidas a las que se puede atacar entonces con éxito, y Ned Land había arponeado más de una de esa manera. El canadiense volvió a su puesto en los barbiquejos del bauprés.

La fragata se aproximó silenciosa, se detuvo a dos cables del animal y se dejó llevar únicamente por la arrancada. A bordo ya ni se respiraba. Un silencio profundo reinaba en cubierta. No

estábamos ni a cien metros del foco ardiente cuyo resplandor aumentaba y deslumbraba nuestros ojos.

En ese momento, inclinado sobre la batayola del castillo de proa, veía debajo de mí a Ned Land, aferrado con una mano a los vientos del moco del bauprés y blandiendo con la otra su terrible arpón. Apenas veinte pies lo separaban del animal inmóvil.

De repente, su brazo se disparó violentamente y arrojó el arpón. Oí el choque sonoro del arma que parecía haber rebotado contra un cuerpo duro.

La claridad eléctrica se extinguió súbitamente y dos enormes trombas de agua se abatieron sobre la cubierta de la fragata, corriendo como un torrente de proa a popa, derribando a los hombres y destrozando las trincas de la arboladura de respeto.

Se produjo un choque terrorífico y, lanzado por encima de la borda, sin que me diera tiempo a agarrarme, salí proyectado hacia el mar.

VII

Una ballena de especie desconocida

A pesar de la sorpresa que me provocó aquella caída inesperada, pude conservar una impresión de mis sensaciones muy clara.

Al principio, me hundí a unos veinte pies de profundidad. Soy buen nadador, aun sin pretender compararme con Byron ni con Edgar Poe[68], que son auténticos maestros, así que la zambullida no me hizo perder los estribos. De dos vigorosos talonazos volví a la superficie del mar.

Mi primera preocupación fue buscar con la vista la fragata. ¿Se habría percatado la tripulación de mi desaparición? ¿Habría virado de bordo la *Abraham Lincoln*? ¿Habría arriado el comandante Farragut algún bote al mar? ¿Podía mantener la esperanza de que me salvaran?

Las tinieblas eran profundas. Entrevi una masa negra que desaparecía hacia el Este y cuyas luces de posición iban desvaneciéndose en lontananza. Era la fragata. Me sentí perdido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba, mientras nadaba con brazadas desesperadas hacia la *Abraham Lincoln*.

La ropa me estorbaba. El agua la pegaba a mi cuerpo y paralizaba mis movimientos. ¡Me hundía! ¡Me ahogaba!...

—¡Socorro!

Ese fue mi último grito. La boca se me llenó de agua. Me debatía arrastrado por el abismo...

De repente, una mano vigorosa me cogió de la ropa, me sentí violentamente devuelto a la superficie del mar y oí, sí, oí estas palabras pronunciadas a mi oído:

—Si el señor tiene la amabilidad de apoyarse en mi hombro, el

señor nadará mucho más a gusto.

Con una mano cogí el brazo de mi fiel Conseil.

—¡Tú! —exclamé—. ¡Tú!

—En persona —respondió Conseil—, y a las órdenes del señor.

—¿También te ha arrojado por la borda el choque al mismo tiempo que a mí?

—De ninguna manera. Pero, puesto que estoy al servicio del señor, he seguido al señor.

¡Al valiente muchacho todo aquello le parecía de lo más natural!

—¿Y la fragata? —pregunté yo.

—¡La fragata! —respondió Conseil volviéndose de espaldas—. Me parece que el señor hará bien en no contar demasiado con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en el momento en que me lancé al mar, oí a los timoneles gritar: «¡La hélice y el gobernalle están rotos...!».

—¿Rotos?

—¡Sí! Rotos por el colmillo del monstruo. Es la única avería, creo, que tiene la *Abraham Lincoln*. Pero la circunstancia engorrosa para nosotros es que ya no puede gobernar.

—Entonces, estamos perdidos.

—Tal vez —respondió tranquilamente Conseil—. Sin embargo, todavía tenemos unas horas por delante, y en unas horas se pueden hacer bastantes cosas.

La imperturbable sangre fría de Conseil me infundió ánimo. Nadé con más fuerza; pero, obstaculizado por la ropa que me oprimía como un traje de plomo, me resultaba tremendamente difícil mantenerme a flote. Conseil se dio cuenta, y me dijo:

—Permítame el señor que le haga una incisión —dijo.

Deslizó un cuchillo bajo mi ropa y la rasgó de arriba abajo con un tajo rápido. Después, me alivió de la ropa rápidamente mientras yo nadaba por los dos.

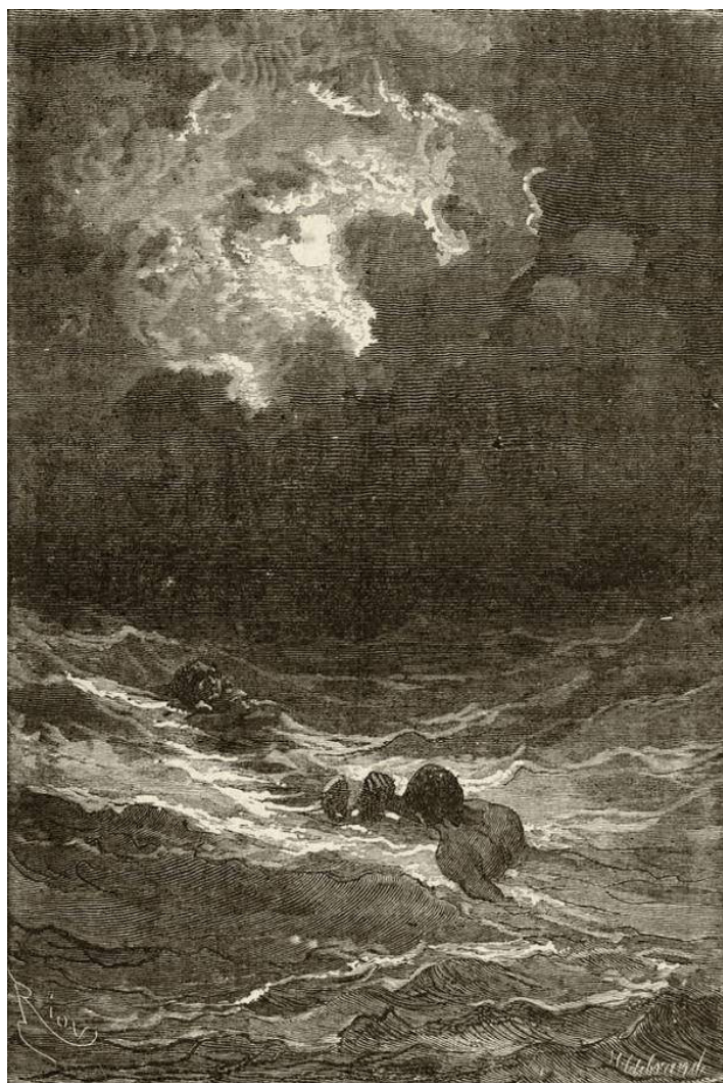
A mi vez, le devolví el favor a Conseil y continuamos «navegando» uno junto al otro.

Sin embargo, la situación no dejaba de ser terrible. Quizá no habían advertido nuestra desaparición, y aunque lo hubiesen hecho, la fragata no podía volver a sotavento hacia nosotros con el gobernalle roto. Sólo podíamos contar con sus botes.

Conseil, razonando fríamente sobre esta hipótesis, elaboró su

plan en consecuencia. ¡Qué sorprendente temple! ¡El flemático muchacho se sentía allí como en su propia casa!

Así pues, llegamos a la conclusión de que nuestra única oportunidad de salvación era que los botes de la *Abraham Lincoln* nos recogieran; por lo tanto, teníamos que organizarnos de manera que pudiéramos aguardarlos el máximo de tiempo posible. Decidí dividir nuestras fuerzas a fin de no agotarlas al mismo tiempo, y acordamos que uno de nosotros, tendido de espaldas, se mantuviera inmóvil, con los brazos cruzados y las piernas estiradas, mientras que el otro nadaría propulsándolo hacia adelante. El papel de remolcador no debía durar más de diez minutos, y, relevándonos así, podríamos mantenernos a flote durante unas horas, y tal vez hasta el amanecer.



¡Qué pocas posibilidades teníamos! Y, sin embargo, ¡la esperanza está tan sólidamente arraigada en el corazón del hombre! Además, éramos dos. En fin, tengo que confesarlo —por improbable que parezca—: aunque hubiese pretendido destruir en mí cualquier atisbo de ilusión, aunque hubiese querido «desesperarme», no podía.

La colisión de la fragata con el cetáceo se había producido hacia las once de la noche más o menos. En consecuencia, calculé que teníamos que nadar unas ocho horas hasta la salida del sol. Una operación rigurosamente factible si nos relevábamos. El mar, en calma, nos causaba poca fatiga. A veces, yo intentaba atravesar con la mirada las espesas tinieblas únicamente disipadas por la fosforescencia provocada por nuestros movimientos. Contemplaba aquellas ondas luminosas que se rompían en mis manos y cuya superficie refulgente se teñía de plateados corpúsculos. Parecía que estábamos sumergidos en un baño de mercurio.

Hacia la una de la madrugada, se apoderó de mí un intenso cansancio. Tenía los miembros anquilosados a causa de unos terribles calambres. Conseil tuvo que cargar conmigo y nuestra salvación quedó a su cargo. Pronto oí cómo jadeaba el pobre muchacho; su respiración se volvió entrecortada y angustiosa. Me di cuenta de que no podría resistir durante mucho tiempo.

—¡Déjame! ¡Déjame! —le dije.

—Abandonar al señor, ¡jamás! —respondió—. ¡Espero ahogarme yo antes que el señor!

En aquellos momentos, la luna apareció por entre las franjas de una gruesa nube que el viento empujaba hacia el Este. La superficie del mar resplandeció bajo sus rayos. Aquella luz bienhechora reanimó nuestras fuerzas. Enderecé la cabeza y dirigí mi mirada hacia todos los rincones del horizonte. Avisté la fragata. Estaba a cinco millas de nosotros y ya sólo formaba una masa oscura, apenas perceptible. Pero de botes, ¡nada!

Quise gritar. ¡Para qué, a tanta distancia...! Mis labios abotargados no dejaban pasar sonido alguno. Conseil pudo articular unas palabras y le oí repetir en varias ocasiones:

—¡Socorro! ¡A nosotros!

Dejamos un instante de movernos y escuchamos. Quizá podía tratarse de uno de esos zumbidos con los que la presión de la sangre

golpea el oído, pero me pareció oír un grito que respondía al de Conseil.

—¿Has oído? —murmuré.

—¡Sí! ¡Sí!

Y Conseil lanzó al espacio una nueva llamada desesperada.

¡No había error posible! ¡Una voz humana respondía a la nuestra! ¿Sería la voz de algún desdichado, abandonado en medio del océano, alguna otra víctima del choque sufrido por el navío? ¿No vendría más bien de un bote de la fragata que nos llamaba?

Conseil hizo un esfuerzo supremo y, apoyándose en mis hombros, mientras que yo resistía en una última convulsión, levantó medio cuerpo fuera del agua y volvió a caer rendido.

—¿Qué has visto?

—He visto... —murmuró—, he visto..., pero no hablemos..., ¡guardemos todas nuestras fuerzas!...

¿Qué habría visto? Entonces, no sé por qué, paré mientes por primera vez en la idea del monstruo... Pero ¿y esa voz? No corren tiempos en que abunden los Jonases[69] que se refugian en los vientres de las ballenas.

Mientras tanto, Conseil seguía remolcándome. De vez en cuando levantaba la cabeza, miraba ante sí y lanzaba un grito de reconocimiento al que respondía una voz cada vez más cercana. Casi no podía oírla. Mis fuerzas estaban exhaustas; los dedos se me separaban; las manos no me daban ya ningún punto de apoyo; la boca, abierta convulsivamente, se me llenaba de agua salada; el frío se apoderaba de mí. Volví a levantar la cabeza por última vez y, luego, me hundí...

En esos instantes, choqué contra un cuerpo duro y me aferré a él. Después, sentí cómo me retiraban y me volvían a subir a la superficie del agua; mi pecho perdió el aliento y me desmayé...

Pero lo cierto es que rápidamente recobré el conocimiento gracias a unas vigorosas fricciones que recorrieron mi cuerpo. Entreabrí los ojos...

—¡Conseil! —murmuré.

—¿Me ha llamado el señor? —respondió Conseil.

En ese momento, gracias a los últimos resplandores de la luna, que descendía hacia el horizonte, distinguí una figura que no era la de Conseil y que reconocí de inmediato.

—¡Ned! —exclamé.

—El mismo, señor. ¡Corriendo tras la recompensa! —respondió el canadiense.

—¿Le ha precipitado al mar el choque de la fragata?

—Sí, señor profesor, pero salí mejor parado que ustedes y casi de inmediato pude poner pie sobre un islote flotante.

—¿Un islote?

—O, para ser más exactos, sobre nuestro narval gigantesco.

—Explíquese, Ned.

—Pues que enseguida comprendí por qué mi arpón no había podido atravesarlo y se había embotado en su piel.

—¿Por qué, Ned, por qué?

—Pues porque esta bestia, señor profesor, ¡está hecha de planchas de acero!

En estos momentos, es preciso que recobre el aliento, que haga revivir mis recuerdos, que yo mismo controle mis afirmaciones.

Las últimas palabras del canadiense habían producido una súbita conmoción en mi cerebro. Me levanté rápidamente hasta lo alto del ser o del objeto semisumergido que nos servía de refugio. Lo tanteé con el pie. Se trataba, evidentemente, de un cuerpo duro, impenetrable, y no de esa sustancia blanda que forma la masa de los grandes mamíferos marinos.

Pero ese cuerpo duro podría ser un caparazón óseo, similar al de los animales antediluvianos, con lo que podría clasificar al monstruo entre los reptiles anfibios, como las tortugas o los aligátores.

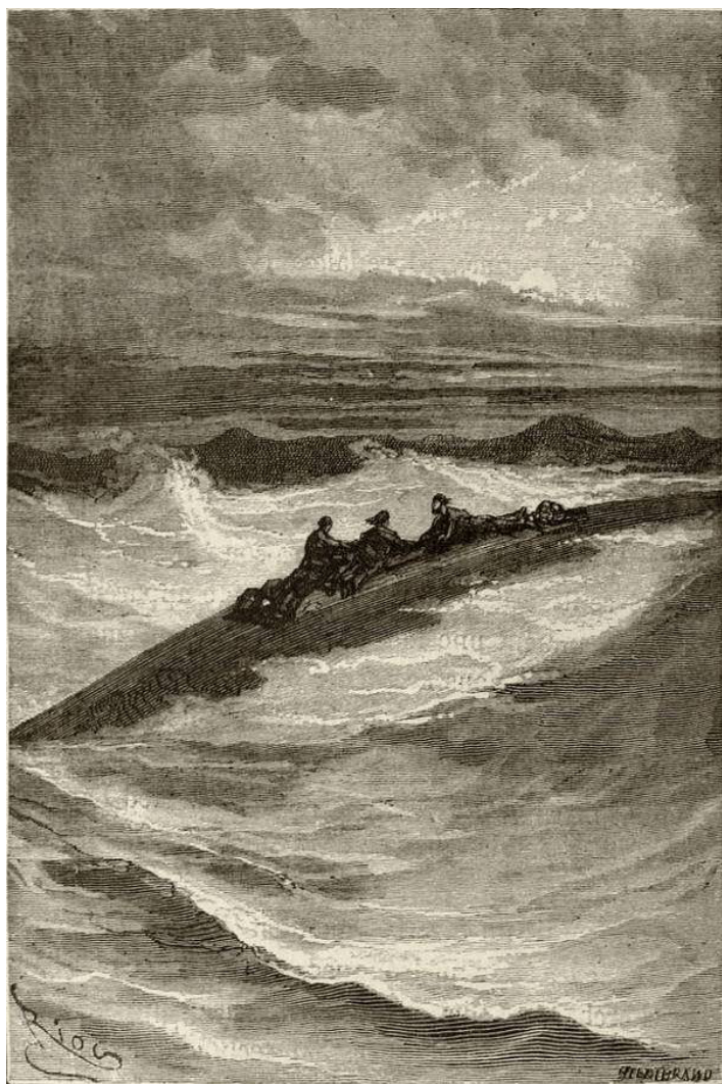
¡Pues no! El lomo negruzco que me soportaba era liso, pulido, carente de imbricaciones. Al choque devolvía una sonoridad metálica, y, por increíble que fuese, parecía, ¡qué digo!, estaba hecho, sí, hecho, con planchas atornilladas.

No había duda posible. El animal, el monstruo, el fenómeno natural que había intrigado al mundo erudito entero, trastornado y extraviado a los marinos de los dos hemisferios —había que reconocerlo— era un fenómeno aún más sorprendente, un fenómeno surgido de la mano del hombre.

Ni aunque hubiese descubierto la existencia del ser más fabuloso, o del más mitológico, habría quedado mi entendimiento tan sorprendido como entonces. Que lo prodigioso tiene su origen

en el Creador, resulta sencillo. Pero encontrarse de repente ante lo imposible, misteriosa y humanamente realizado, era para confundir cualquier cerebro.

Sin embargo, no cabía duda de que estábamos tendidos encima de una especie de barco submarino, que, en la medida en que podía yo juzgar, tenía la forma de un enorme pez de acero. Ned Land ya tenía su opinión al respecto. A Conseil y a mí no nos quedaba más solución que compartirla.



—Pero entonces —dije yo—, este ingenio tiene que llevar en su interior un mecanismo de locomoción y la tripulación necesaria para dirigirlo.

—Por supuesto —respondió el arponero—, pero desde hace tres horas que habito esta isla flotante, no ha dado ninguna señal de vida.

—¿No se ha movido el barco?

—No, señor Aronnax. Se deja mecer por las olas, pero no se mueve.

—No obstante, tenemos la certeza de que puede desarrollar una gran velocidad. En ese caso, dado que hace falta una máquina para producir dicha velocidad y un maquinista para manejarla, hemos de concluir que... estamos salvados.

—¡Hum! —ronroneó Ned Land con cierta reserva.

Entonces, como para confirmar lo acertado de mi argumentación, se oyó un borboteo por detrás del extraño artefacto, cuyo propulsor era evidentemente una hélice, y se puso en movimiento. Casi no nos dio tiempo a agarrarnos a su parte superior, que emergía unos ochenta centímetros. Afortunadamente, su velocidad no era excesiva.

—Mientras navegue horizontalmente —murmuró Ned Land—, no tengo nada que decir. Pero, como le dé por sumergirse, no apuesto ni dos dólares por mi pellejo.

Menos aún podría haber apostado el canadiense.

Era imperioso entablar comunicación con aquellos seres que estaban encerrados dentro de la máquina. Yo buscaba en su superficie una abertura, una escotilla, un «agujero de hombre» por emplear la expresión técnica; pero los roblones, sólidamente remachados sobre la juntura de las planchas, seguían una línea reconocible y uniforme.

Por añadidura, la luna desapareció entonces y nos dejó sumidos en la más profunda oscuridad. Fue necesario esperar el día para averiguar con qué medios se podía penetrar en el interior del barco submarino.

Así pues, nuestra salvación dependía únicamente del capricho de los misteriosos timoneles que dirigían el aparato, y si se sumergían ¡estábamos perdidos! Aparte de eso, yo no dudaba de la posibilidad de entrar en contacto con ellos. Porque, si no fabricaban ellos

mismos su aire, era absolutamente necesario que emergieran de vez en cuando a la superficie del océano para renovar su provisión de moléculas respirables. Así pues, no podían prescindir de una abertura que pusiera en comunicación el interior del barco con la atmósfera.

La esperanza de que nos salvara el comandante Farragut quedaba completamente desechada. Estábamos siendo arrastrados hacia el Oeste, y calculé que nuestra velocidad, relativamente moderada, alcanzaba las doce millas por hora. La hélice batía las olas con una regularidad matemática; a veces emergía disparando el agua fosforescente a gran altura.

Hacia las cuatro de la madrugada, la velocidad del aparato se incrementó. Cuando las olas nos azotaron de lleno resistimos difícilmente a ese vertiginoso tirón. Afortunadamente, Ned encontró con la mano una ancha argolla fijada en la parte superior de la plancha de acero y conseguimos asirnos con firmeza.

Al fin transcurrió aquella noche tan larga. Mis recuerdos fragmentarios no me permiten describir ahora todas las impresiones que acumulé. Sólo me viene a la memoria un detalle. Durante algunos momentos de calma del mar y del viento, me pareció escuchar unos vagos sonidos, una suerte de fugaz armonía que emanaba de unos acordes lejanos. ¿Cuál era, pues, el misterio de aquella navegación submarina a la que el mundo entero intentaba, en vano, dar explicación? ¿Qué seres vivían en aquel extraño buque? ¿Qué agente mecánico le permitía desplazarse con tan prodigiosa velocidad?

Se hizo de día. Las brumas matinales nos envolvían, pero no tardaron en disiparse. Iba a proceder a un examen minucioso del casco que formaba en su parte superior una especie de plataforma horizontal, cuando sentí que poco a poco se hundía.

—¡Eh, por mil diablos! —exclamó Ned Land, golpeando con el pie la plancha sonora—. ¡Abrid, navegantes inhospitalarios!

Pero era difícil hacerse entender en medio de la ensordecedora trepidación de la hélice. Afortunadamente, el movimiento de inmersión se detuvo.

De repente, se produjo en el interior del barco un ruido como de objetos metálicos violentamente sacudidos. Se levantó una plancha y apareció un hombre, dio un grito extraño y desapareció

rápidamente.

Unos instantes después, ocho hombres robustos y corpulentos, con el rostro oculto, aparecieron silenciosamente y nos introdujeron en su formidable máquina.

VIII

Mobilis in mobili[70]

El secuestro, tan brutalmente ejecutado, se había realizado con la velocidad del relámpago. Mis compañeros y yo no habíamos tenido tiempo ni de orientarnos. No sé qué experimentaron al sentirse introducidos en aquella prisión flotante; yo sentí un rápido escalofrío que me heló la piel. ¿Con quién nos las veíamos? Sin duda, con unos piratas de nuevo cuño que explotaban el mar a su manera.

Tan pronto como se cerró la estrecha escotilla tras de mí, me envolvió una profunda oscuridad. Mis ojos, impregnados de la luz exterior no pudieron percibir nada. Sentí cómo mis pies desnudos buscaban apoyo en los peldaños de una escalera metálica. Ned Land y Conseil, vigorosamente sujetados, caminaban detrás de mí. Al pie de la escalera, se abrió una puerta que volvió a cerrarse inmediatamente a nuestras espaldas con un gran estruendo.

Estábamos solos. ¿Dónde? Ni lo sabía ni apenas podía imaginarlo. Todo era negro, y de un negro tan absoluto que transcurridos unos minutos, mis ojos aún no habían podido vislumbrar ni siquiera esos vagos visos que flotan hasta en las noches más cerradas.

Mientras tanto, Ned Land, furioso ante aquella manera de proceder, daba rienda suelta a su indignación.

—¡Por todos los diablos! —gritaba—. ¡Esta gente daría lecciones de hospitalidad a los caledonianos [71]! ¡Lo único que les falta es ser antropófagos! ¡No me extrañaría que así fuese pero, lo que es a mí, desde luego que no me van a comer sin que proteste!

—Cálmese, amigo Ned, cálmese —respondió tranquilamente

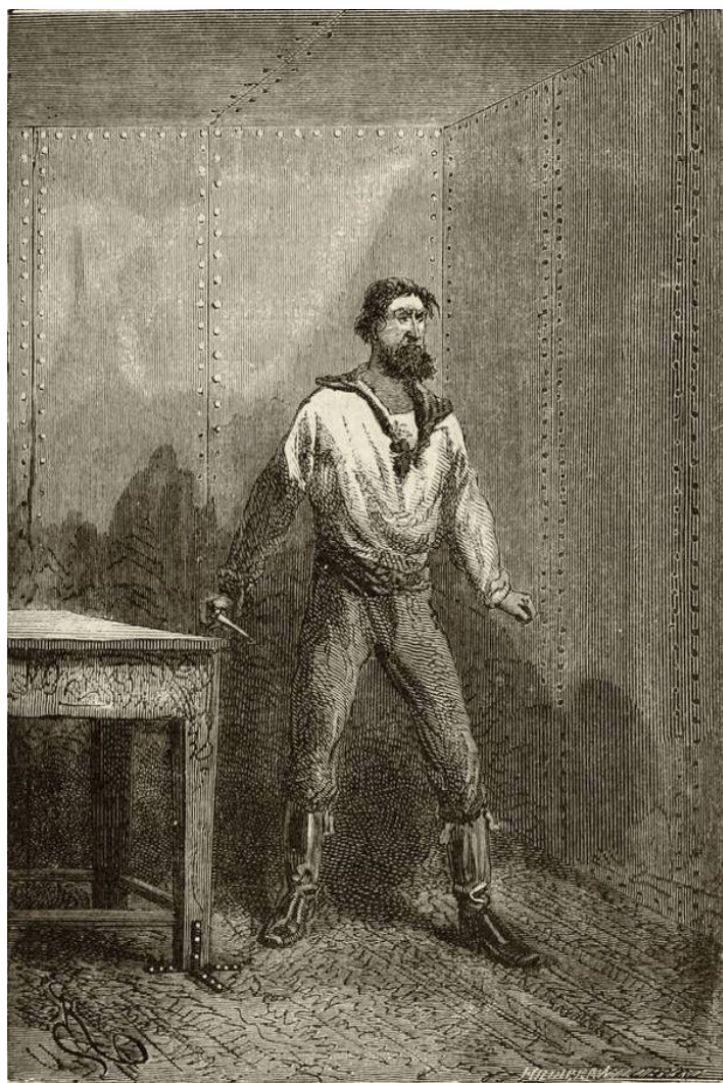
Conseil—. No adelante usted acontecimientos. Todavía no nos han puesto en el asador.

—En el asador no —replicó el canadiense—, pero en el horno sí, no me cabe duda. Esto está bastante oscuro. Afortunadamente, mi *bowie-knife* [72] no me ha abandonado, y todavía veo lo suficientemente claro como para usarlo. El primero de estos bandidos que me ponga la mano encima...

—No se irrite, Ned —le dije al arponero—, y no nos comprometa con inútiles actos de violencia. ¡Quién sabe si no estarán escuchándonos! Intentemos averiguar dónde estamos.

Anduve a tientas. Di sólo cinco pasos y me encontré con una pared de hierro, hecha de planchas atornilladas. Después, al girarme, choqué contra una mesa de madera, junto a la que había colocados unos escabeles. El suelo de nuestra celda estaba cubierto por una espesa estera de lino de Nueva Zelanda [73] que amortiguaba el ruido de nuestros pasos. Las paredes desnudas no revelaban ninguna traza de puertas o ventanas. Conseil, tras dar una vuelta en sentido inverso, me alcanzó y volvimos al centro del camarote, que debía de tener unos veinte pies de largo por diez de ancho. En cuanto a la altura, Ned Land no pudo medirla pese a su estatura.

Había transcurrido ya una media hora sin que la situación se hubiera modificado, cuando de la extrema oscuridad nuestros ojos pasaron súbitamente a la luz más fulgurante. Nuestra celda se iluminó de repente, es decir, se llenó de una materia luminosa tan intensa que al principio no pude soportar su resplandor. Por su blancor e intensidad reconocí la misma iluminación eléctrica que producía en torno al barco submarino aquel magnífico fenómeno de fosforescencia. Involuntariamente cerré los ojos; cuando los volví a abrir vi que el agente luminoso fluía de un semiglobo esmerilado situado en la parte superior del camarote.



—¡Por fin vemos claro! —exclamó Ned Land, que se mantenía a la defensiva con el cuchillo empuñado.

—Sí —respondí yo aventurándome por la antítesis—, pero la situación no deja de ser oscura.

—Tenga paciencia el señor —dijo el impasible Conseil.

La repentina iluminación del camarote me permitió examinarlo en sus más mínimos detalles. No había más que la mesa y los cinco escabeles. La puerta invisible debía de estar herméticamente cerrada. No llegaba ningún ruido a nuestros oídos. Todo parecía muerto en el interior del navío. ¿Navegaba, se mantenía en la superficie del océano, se hundía en sus profundidades? No podía adivinarlo.

No obstante, el globo luminoso no se había encendido sin motivo. Por lo tanto, cabía esperar que los hombres de la tripulación no tardaran en aparecer. Cuando uno quiere olvidarse de los prisioneros no les ilumina las mazmorras.

No me equivocaba. Se escuchó un ruido de pestillos, la puerta se abrió y aparecieron dos hombres.

Uno era de pequeña estatura y músculos vigorosos, ancho de espaldas y de miembros robustos, de fuerte cabeza y cabellera abundante y negra, el bigote bien poblado, la mirada viva y penetrante; toda su persona estaba impregnada de esa vivacidad meridional que caracteriza en Francia a la población provenzal. Diderot[74] sostuvo, con razón, que el gesto de la persona es metafórico y aquel hombre era ciertamente la prueba viviente de esa afirmación. Se intuía que en su lengua habitual, no debía de escatimar las prosopopeyas, las metonimias y las hipálages[75]. Algo que, sin embargo, jamás pude verificar, pues ante mí siempre empleó un idioma singular y absolutamente incomprensible.

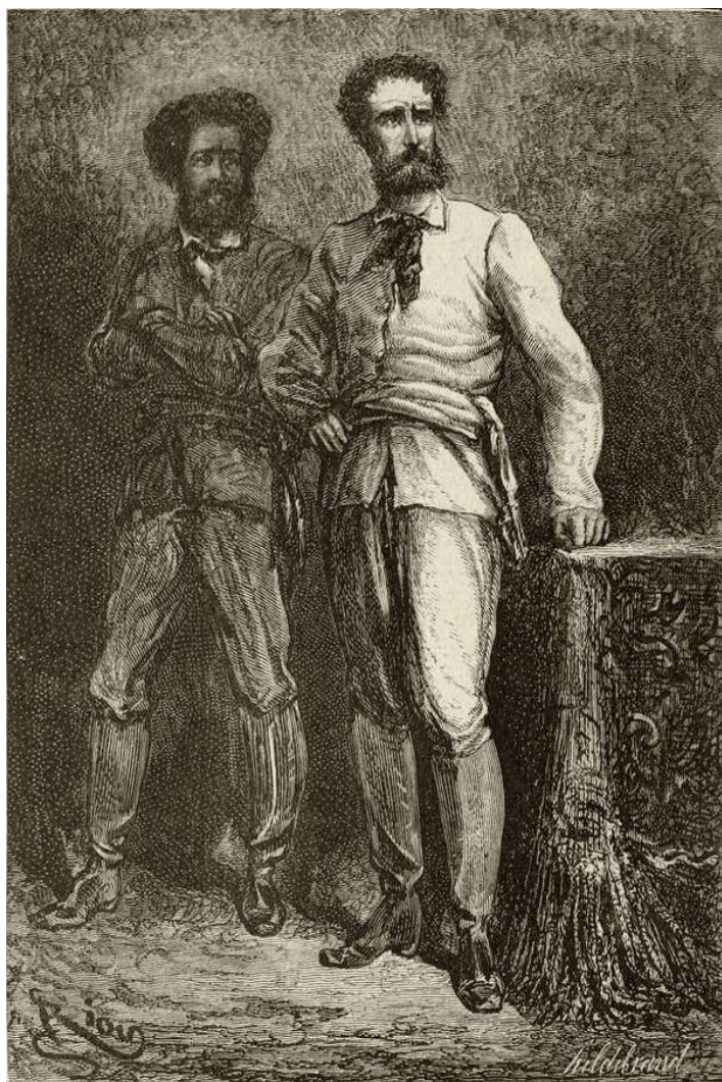
El segundo desconocido merece una descripción más detallada. Un discípulo de Gratiolet o de Engel[76] habría leído en su fisonomía como en un libro abierto. Reconocí inmediatamente sus cualidades dominantes: la confianza en sí mismo, pues su cabeza destacaba noblemente sobre el arco formado por la línea de sus hombros, y sus ojos negros miraban con fría seguridad; la serenidad, ya que su piel, de tono más bien pálido, indicaba la tranquilidad de su sangre; la energía, demostrada por la rápida contracción de sus músculos superciliares; el valor, por último, pues

su profunda respiración denotaba una gran expansión vital.

Añadiré que era un hombre orgulloso, que su mirada firme y tranquila parecía reflejar pensamientos elevados, y que de todo este conjunto, de la homogeneidad de expresión de los gestos de su cuerpo y rostro, según la observación de los fisonomistas, se desprendía una indiscutible franqueza.

Me sentí «involuntariamente» tranquilizado en su presencia y presentí que nuestra entrevista tendría buenos resultados.

No habría podido precisar si aquel personaje tenía treinta y cinco o cincuenta años. Su estatura era elevada, su frente ancha, su nariz recta, su boca estaba nítidamente dibujada, sus dientes eran magníficos, sus manos finas, alargadas, eminentemente «psíquicas», por emplear un término de la quirognomía [77], es decir, dignas de servir a una alma elevada y apasionada. Aquel hombre representaba el tipo más admirable con el que me había encontrado jamás. Un detalle particular: sus ojos, ligeramente separados uno del otro, podían abarcar simultáneamente más de un cuadrante del horizonte. A esta facultad —fenómeno que más tarde comprobé— se añadía un poder de visión aún superior al de Ned Land. Cuando este desconocido clavaba su vista en un objeto, su ceño se fruncía, sus anchos párpados se aproximaban de manera que la pupila de sus ojos se circunscribía, estrechando así la extensión del campo visual, y entonces miraba. ¡Qué mirada! ¡Cómo aumentaba los objetos empequeñecidos por la lejanía! ¡Cómo le penetraba a uno hasta el alma! ¡Cómo atravesaba las capas líquidas, tan opacas a nuestros ojos y cómo leía en lo más profundo de los mares!...



Los dos desconocidos, tocados con boinas de piel de nutria marina y calzados con botas de mar de piel de foca, llevaban trajes de un tejido especial que liberaban el talle y permitían una gran libertad de movimientos.

El más alto de los dos —sin duda, el comandante a bordo— nos examinó con suma atención, sin pronunciar ni una palabra. Luego, volviéndose hacia su compañero, le habló en una lengua que no pude reconocer. Era un idioma sonoro, armonioso, flexible, cuyas vocales parecían sometidas a una acentuación muy variada.

El otro respondió con un movimiento de la cabeza y añadió dos o tres palabras totalmente incomprensibles. Después, pareció interrogarme directamente con la mirada.

Yo respondí en buen francés que no entendía su lengua; pero él pareció no comprenderme, y la situación se volvió bastante embarazosa.

—De todas maneras, el señor podría contar nuestra historia —me dijo Conseil—. Al fin y al cabo, quizá comprendan algunas palabras estos señores.

Comencé el relato de nuestras aventuras, articulando claramente todas las sílabas, sin omitir ni un solo detalle. Dije cómo nos llamábamos y cuáles eran nuestras profesiones; después, presenté debidamente al profesor Aronnax, a su criado Conseil y al maestro arponero Ned Land.

El hombre de ojos dulces y sosegados me escuchó tranquilamente, incluso educadamente, y con una notable atención. Pero nada en su apariencia dejaba translucir que hubiese comprendido mi historia. Cuando hube concluido, no pronunció ni una sola palabra.

Nos quedaba todavía el recurso de hablar inglés. Quizá nos podríamos hacer comprender en esa lengua, más o menos universal. Yo la conocía, así como la lengua alemana, de manera suficiente como para leerla sin problemas, pero no como para hablarla correctamente. Y, en aquellos momentos, era necesario sobre todo hacerse comprender.

—Adelante, es su turno —le dije al arponero—. Maestro Land, saque de su repertorio el mejor inglés que haya hablado jamás un anglosajón, e intente tener más suerte que yo.

Ned no se hizo de rogar y narró mi relato en términos que en

gran parte entendí. En el fondo era lo mismo que yo había dicho, si bien difería en la forma. El canadiense, llevado de su carácter, lo aderezó con mucha animación. Se lamentó vehementemente de estar prisionero, lo que suponía un desprecio del derecho de gentes[78], preguntó en virtud de qué ley se le retenía así, invocó el *habeas corpus*[79], amenazó con demandar a quienes le habían retenido ilegalmente, se agitó, gesticuló, gritó y, finalmente, dejó entender por un gesto expresivo que nos estábamos muriendo de hambre.

Eso era algo rigurosamente cierto, pero casi lo habíamos olvidado.

Para gran estupefacción suya, el arponero no pareció haberse hecho entender mejor que yo. Nuestros visitantes ni pestañearon. Era evidente que no entendían ni la lengua de Arago ni la de Faraday[80].

Desconcertado tras haber gastado en vano nuestros recursos filológicos no sabía ya qué hacer, cuando Conseil me dijo:

—Si el señor me da permiso, contaré la historia en alemán.

—¡Cómo! ¿Sabes alemán? —exclamé.

—Como buen flamenco, si al señor no le incomoda.

—Al contrario, me agrada. Adelante, muchacho.

Y Conseil, con su voz tranquila, relató por tercera vez las diversas peripecias de nuestra historia. Pero, a pesar de los elegantes giros y la bella entonación del narrador, la lengua alemana tampoco tuvo éxito.

Para acabar, resuelto ya a todo, reuní lo que me quedaba de mis primeros estudios y empecé la narración de mis aventuras en latín. Cicerón[81] se hubiera tapado los oídos y me habría mandado a la cocina, pero a pesar de ello conseguí salir del atolladero, aunque con idéntico resultado negativo.

Tras fracasar también este último intento, los dos desconocidos intercambiaron algunas palabras en su incomprensible lenguaje y se retiraron sin habernos dirigido ni siquiera uno de esos gestos tranquilizadores que son usuales en todo el mundo. La puerta se volvió a cerrar.

—¡Es una infamia! —gritó Ned Land, que estalló por vigésima vez—. ¡Cómo es posible! ¡Se les habla en francés, en inglés, en alemán y en latín a esos canallas, y no se dignan tener la

amabilidad de responder!

—Cálmese, Ned —le dije al impetuoso arponero—. La cólera no nos va a llevar a ningún sitio.

—¿Sabe usted, señor profesor —replicó nuestro irascible compañero—, que podríamos perfectamente morir de hambre en esta jaula de hierro?

—¡Bah! —dijo Conseil—. Con un poco de filosofía, todavía podemos aguantar bastante tiempo.

—Amigos míos —dije—, no hay que desesperar. Hemos pasado por otros trances peores. Les ruego que tengan la bondad de esperar para formarse una opinión sobre el comandante y la tripulación de este buque.

—Mi opinión ya la tengo bien clara —respondió Ned Land—. Son unos canallas...

—¡Bueno! ¿Y de qué país?

—¡Del país de los canallas!

—Mi valiente Ned, ese país todavía no aparece bien indicado en el mapa mundi y confieso que la nacionalidad de esos dos desconocidos es difícil de aclarar. No son ingleses, ni franceses, ni alemanes, eso es todo lo que podemos afirmar. Sin embargo, me inclinaría a pensar que el comandante y su segundo han nacido en latitudes bajas. Hay algo de meridionales en ellos. Pero su tipo físico no me permite decidir si son españoles, turcos, árabes o indios. Por lo que hace a su lengua, es absolutamente incomprensible.

—Ese es el inconveniente de no saber todas las lenguas —respondió Conseil—, o la desventaja de no tener una única lengua.

—Lo que no nos serviría de nada —respondió Ned Land—. ¡No se dan cuenta de que esa gente tiene un lenguaje propio, una lengua inventada para desesperar a las buenas personas que les piden de comer! En todos los países de la tierra, abrir la boca, mover las mandíbulas, los dientes y los labios, ¿no se comprende por sí solo? ¿No quiere eso decir tanto en Quebec como en las Pomotú, tanto en París como en los antípodas: tengo hambre, dadme de comer?

—¡Oh! —exclamó Conseil—. ¡Algunas naturalezas son tan poco inteligentes!

Al tiempo que decía esas palabras, la puerta se abrió y entró un *steward*[82]. Nos traía chaquetas y calzones de mar, ropas

confeccionadas con un tejido que no pude reconocer. Me apresuré a ponérmelos y mis compañeros me imitaron.

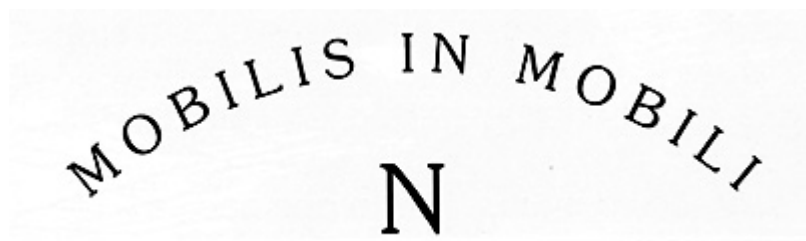
Durante ese tiempo, el *steward* —mudo, sordo quizá— había preparado la mesa y dispuesto tres cubiertos.

—Esto ya es algo más serio —dijo Conseil—, y promete estar bueno.

—¡Bah! —replicó el rencoroso arponero—. ¿Qué diablos quiere usted que comamos aquí? ¿Hígado de tortuga, filete de tiburón, bistec de lija?

—Lo vamos a ver —repuso Conseil.

Los platos, cubiertos por una campana de plata, fueron colocados simétricamente sobre el mantel, y ocupamos nuestros sitios en la mesa. Decididamente, la gente con la que tratábamos era civilizada; sin la luz eléctrica que nos inundaba, me habría creído en el comedor del hotel *Adelphi* de Liverpool, o del *Grand-Hôtel* de París. Debo decir, empero, que el pan y el vino brillaban totalmente por su ausencia. El agua era fresca y límpida, pero sólo era agua, lo cual no agradaba a Ned Land. Entre los manjares que nos sirvieron, reconocí diversos pescados delicadamente preparados; pero, sobre otros platos —igualmente excelentes— no pude pronunciarme y ni siquiera habría sabido decir a qué reino, vegetal o animal, pertenecía su contenido. En cuanto al servicio de mesa, era elegante y de un gusto exquisito. Cada cubierto, cuchara, tenedor, cuchillo, y cada plato, tenían grabada una letra rodeada de una divisa en exergo, cuyo facsímil exacto reproduzco aquí:



¡Móvil en el elemento móvil! Esta divisa se aplicaba exactamente al aparato submarino, a condición de traducir la preposición *in* por *en* y no por *sobre*. La letra **N** correspondía sin duda a la inicial del enigmático personaje que mandaba en el fondo

de los mares[83].

Ned y Conseil no se entregaban a tantas reflexiones. Devoraban, y no tardé en imitarlos. Yo ya me había tranquilizado sobre nuestra suerte y me parecía lógico pensar que nuestros anfitriones no querían dejarnos morir de inanición.

No obstante, en este mundo a todo le llega su fin, todo pasa, incluso el hambre de quienes llevan quince horas sin comer. Con el apetito satisfecho, la necesidad de dormir se dejó sentir imperiosamente. Reacción natural, tras la interminable noche durante la que habíamos luchado contra la muerte.

—He de confesar que ahora no me importaría dormir un poco —dijo Conseil.

—¡Yo ya estoy dormido! —respondió Ned Land.

Mis dos compañeros se estiraron sobre la estera del camarote y enseguida cayeron rendidos en un sueño profundo.



Yo cedí con menos facilidad a esa violenta necesidad de dormir. Demasiados pensamientos se acumulaban en mi mente, demasiadas preguntas sin solución se agolpaban, demasiadas imágenes que mantenían mis párpados entreabiertos. ¿Dónde estábamos? ¿Qué extraño poder nos llevaba? Sentía, o más bien creía sentir, cómo el aparato se hundía en las capas más remotas del mar. Me acosaban unas violentas pesadillas. En esos misteriosos refugios entreveía todo un mundo de animales desconocidos, de los que el barco submarino parecía ser congénere, ¡vivo, móvil, formidable como ellos...! Luego, mi cerebro se apaciguó, mi imaginación se disolvió en una vaga somnolencia, y enseguida caí en un sombrío sueño.

IX

La ira de Ned Land

Ignoro cuánto duró aquel sueño, pero tuvo que ser largo, pues nos repusimos completamente de nuestro cansancio. Yo fui el primero en despertarme. Mis compañeros no se habían movido todavía y permanecían tendidos en su rincón como sendas masas inertes.

Tan pronto como me levanté de aquella yacija de pasable dureza, sentí el cerebro despejado y clara la mente. Entonces, volví a examinar atentamente nuestra celda.

No había cambiado nada en su disposición interior. La prisión continuaba siendo prisión, y los prisioneros, prisioneros. No obstante, el *steward*, aprovechando nuestro sueño, había retirado los servicios de la mesa. Nada auguraba, pues, una próxima modificación de la situación, de manera que empecé a preguntarme seriamente si no estaríamos destinados a vivir indefinidamente en aquella jaula.

Esa perspectiva me pareció tanto más penosa cuanto que, si bien mi cerebro estaba libre de las obsesiones de la víspera, sentía una fuerte opresión en el pecho. Respiraba con dificultad. El aire enrarecido no bastaba ya para alimentar mis pulmones. Aunque la celda fuese amplia, era evidente que habíamos consumido gran parte del oxígeno que contenía. En efecto, cada persona necesita en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, y ese aire, cargado entonces de una cantidad casi idéntica de ácido carbónico, se vuelve irrespirable.

Por lo tanto, era urgente renovar la atmósfera de nuestra prisión y también la del barco submarino.

Una pregunta acudió a mi mente. ¿Cómo procedía el comandante de aquella morada flotante? ¿Obtenía el aire por medios químicos, haciendo desprenderse mediante el calor el oxígeno contenido en el clorato de potasio y absorbiendo el ácido carbónico por la potasa cáustica? En ese caso, debía mantener algún tipo de relación con los continentes a fin de procurarse las materias necesarias para esa operación. ¿O se limitaba a almacenar el aire a altas presiones en depósitos y lo expandía luego según las necesidades de su tripulación? Tal vez. ¿O bien, utilizando un procedimiento más cómodo, más económico, y en consecuencia más probable?, ¿se contentaba con subir a la superficie de las aguas a respirar, como un cetáceo, y a renovar cada veinticuatro horas sus provisiones atmosféricas? En cualquier caso, e independientemente del método utilizado, me parecía prudente que lo empleara sin demora.

Me estaba viendo ya obligado a multiplicar mis inspiraciones para extraer de la celda el poco oxígeno que restaba, cuando, de repente, me refrescó una corriente de aire puro y totalmente perfumado de emanaciones salinas. ¡No había duda de que se trataba de la brisa marina, vivificante y repleta de yodo! Abrí la boca cuanto pude y mis pulmones se saturaron de moléculas frescas. Al mismo tiempo, noté un balanceo del barco, un movimiento de mediana amplitud, pero fácilmente identificable. El barco, el monstruo de acero, acababa de remontar a la superficie del océano para respirar, al igual que las ballenas. Ya no había duda acerca del modo de ventilación del navío.

Cuando hube absorbido ese aire puro a pleno pulmón, busqué el conducto, el «aerífero», si se prefiere, que dejaba llegar hasta nosotros aquellos efluvios bienhechores, y no tardé en encontrarlo. Por encima de la puerta se abría un conducto de ventilación por donde pasaba una fresca columna de aire, con lo que se renovaba la atmósfera enrarecida de la celda.

Me encontraba en ese punto de mis observaciones, cuando Ned y Conseil se despertaron casi simultáneamente, por obra de la aireación revivificante. Se restregaron los ojos, estiraron los brazos y se pusieron de pie en un instante.

—¿Ha dormido bien el señor? —me preguntó Conseil, cortés como cada día.

—Estupendamente, muchacho —respondí yo—. ¿Y usted, Ned?

—Profundamente, señor profesor. No sé si me equivoco, pero me parece que respiro una especie de brisa marina.

Un marino no podía equivocarse y le expliqué al canadiense lo que había ocurrido mientras dormía.

—¡Bueno! —exclamó—, eso explica perfectamente los mugidos que oíamos cuando el supuesto narval se encontraba a la vista de la *Abraham Lincoln*.

—Efectivamente, maestro Land, ¡era su respiración!

—La única pega, señor Aronnax, es que no tengo ni idea de la hora que es, ¿no será la hora de cenar?

—¿La hora de cenar, mi buen arponero? Diga más bien la hora del almuerzo, pues sin duda ya ha pasado un día desde que llegamos aquí.

—Lo que demuestra —respondió Conseil—, que hemos estado durmiendo veinticuatro horas.

—Eso creo —respondí yo.

—No seré yo quien le contradiga —replicó Ned Land—. Pero ya sea con la cena o bien con el almuerzo, el *steward* sería bienvenido.

—La cena y el almuerzo —puntualizó Conseil.

—Exacto —respondió el canadiense—. Tenemos derecho a dos comidas, y, al menos yo, le haría los honores a ambas.

—¡Bien! Ned, esperemos —respondí—. Es evidente que estos desconocidos no tienen intención de dejarnos morir de hambre pues, en ese caso, la cena de ayer no tendría ningún sentido.

—¡A no ser que nos estén engordando para la matanza! —apostilló Ned Land.

—¡Protesto! —repliqué—. ¡No hemos caído en manos de caníbales ni mucho menos!

—Una vez al año no hace daño —respondió serio el canadiense—. Quién sabe si esta gente no estará privada desde hace tiempo de carne fresca, y, en ese caso, tres individuos sanos y bien constituidos como el señor profesor, su criado y un servidor...

—Abandone esas ideas, Ned —respondí al arponero—, y sobre todo no las tome como pretexto para enfurecerse con nuestros anfitriones; así, sólo podría agravar la situación.

—Sea como sea —dijo el arponero—, tengo un hambre de mil demonios y, como cena o como almuerzo, ¡la comida no llega!

—Señor Land —repliqué yo—, hay que respetar el reglamento de a bordo y supongo que nuestros estómagos van adelantados respecto a la campana del jefe de cocina.

—¡Muy bien! Pues los pondremos en hora —respondió tranquilamente Conseil.

—Eso es típico de usted, amigo Conseil —repuso el impaciente canadiense—. Gasta usted poco su bilis y sus nervios. ¡Siempre tan tranquilo! ¡Sería capaz de decir el *gratias* antes del *benedicite* [84], y de morir de hambre antes que quejarse!

—¿Y de qué serviría quejarse? —preguntó Conseil.

—¡Pues para quejarse, precisamente! Ya es algo. Y si esos piratas (digo piratas por respeto, y para no contrariar al señor profesor, que prohíbe que los llamemos caníbales), si esos piratas, digo, se figuran que me van a guardar en esta jaula donde me estoy asfixiando, sin saber con qué juramentos aliño mis enfados, están muy equivocados. Veamos, señor Aronnax, hable francamente: ¿cree usted que nos tendrán mucho tiempo en esta caja de hierro?

—A decir verdad, no sé mucho más que usted, amigo Land.

—Bueno, da igual; pero ¿qué supone usted?

—Supongo que el azar nos ha hecho conocer un importante secreto. Por lo tanto, si la tripulación de este barco submarino tiene interés en guardarlo y si este interés cuenta más que la vida de tres hombres, me parece que nuestra existencia está bastante comprometida. En caso contrario, a la primera ocasión, el monstruo que nos ha tragado nos devolverá al mundo habitado por nuestros semejantes.

—A no ser que nos enrolen en su tripulación —dijo Conseil—, y que nos guarden así...

—Hasta el momento —replicó Ned Land— en que alguna fragata más rápida o más hábil que la *Abraham Lincoln*, se haga con este nido de forajidos y envíe a su tripulación, y a nosotros junto a ella, a exhalar el último aliento en el extremo de su verga mayor.

—Buen razonamiento, Ned —repuse—. Pero, que yo sepa, todavía no se nos ha hecho ninguna proposición en ese sentido. Es inútil discutir sobre el partido que deberemos tomar hasta que se presente la ocasión. Se lo repito: esperemos, las circunstancias nos aconsejarán; no hagamos nada, puesto que no se puede hacer nada.

—¡Al contrario, señor profesor —contestó el arponero, que no

quería dar su brazo a torcer—, es preciso hacer algo!

—¿Y qué es algo, señor Land?

—Escaparnos.

—Escaparse de una prisión «terrestre» suele ser difícil, pero de una prisión submarina me parece absolutamente impracticable.

—Venga, amigo Ned —preguntó Conseil—. ¿Qué responde usted a la objeción del señor profesor? ¡No puedo creer que un americano se quede sin recursos!

El arponero, visiblemente desconcertado, calló. Una fuga, en las condiciones en que el azar nos había colocado, era absolutamente imposible. Pero un canadiense es medio francés, y Ned Land lo dejó patente en su respuesta.

—Así que, señor Aronnax —prosiguió tras unos momentos de reflexión—, ¿no adivina usted qué es lo que debe hacer la gente que no puede escaparse de su prisión?

—No, amigo mío.

—Es muy sencillo, es menester que se las arreglen para quedarse.

—¡Claro que sí! —exclamó Conseil—. ¡Más vale estar dentro que encima o debajo!

—Pero después de haber echado fuera a carceleros, llaverizos y guardianes —añadió Ned Land.

—¿Cómo, Ned? ¡No estará usted pensando seriamente en apoderarse de este buque...!

—Muy seriamente —respondió el canadiense.

—Es imposible.

—¿Y eso por qué, señor? Podría darse alguna oportunidad favorable y no veo qué podría impedirnos que la aprovecháramos. Si no son más que una veintena de hombres a bordo de esta máquina, ¡me imagino que no harán retroceder a dos franceses y un canadiense[85]!

Más valía admitir la proposición del arponero que discutirla. Me contenté con responderle:

—Dejemos que las circunstancias nos lo digan, señor Land, y ya veremos. Pero, hasta entonces, se lo ruego, contenga su impaciencia. La única manera de actuar es mediante la astucia; no es enfureciéndose como propiciaremos que surjan oportunidades favorables. Prométame que aceptará la situación sin demasiada ira.

—Se lo prometo, señor profesor —respondió Ned Land con un tono poco tranquilizador—. Ni una palabra violenta saldrá de mi boca, ni un gesto brutal me traicionará, aunque el servicio de comidas a bordo no funcione con toda la regularidad que sería de desear.

—Cuento con su palabra, Ned —le dije al canadiense.

Después, interrumpimos la conversación y cada uno de nosotros se puso a reflexionar por separado. He de confesar que, a pesar de la convicción del arponero, yo no albergaba ilusión alguna. No admitía que pudieran darse esas oportunidades favorables a que se refería Ned Land. Para que el barco submarino estuviese gobernado con tal seguridad, se requería una tripulación numerosa, y, en consecuencia, si había que luchar, tendríamos que enfrentarnos a un grupo nutrido. Por otra parte, y ante todo, era preciso estar libres, y nosotros no lo estábamos. Ni siquiera veía el medio de huir de aquella celda de acero tan herméticamente cerrada. Y si el extraño comandante del barco tenía un secreto que guardar —lo que parecía bastante probable—, no nos dejaría desenvolvernó libremente a bordo. Ahora bien, ¿se libraría de nosotros por medio de la violencia o nos arrojaría un día a algún rincón de tierra firme? Era algo imposible de saber. Todas las hipótesis me parecían igualmente plausibles y había que ser un arponero para confiar en reconquistar la libertad.

Entonces, me di cuenta de que las ideas de Ned Land se agriaban conforme su cerebro reflexionaba. Poco a poco, oía cómo bramaban los juramentos desde el fondo de su garganta y veía que sus gestos se tornaban amenazadores. Se levantaba, se revolvía como una fiera salvaje enjaulada, golpeaba las paredes con los puños y los pies. El tiempo iba pasando, el hambre se sentía ya cruelmente y el *steward* seguía sin aparecer. Si de verdad tenían buenas intenciones para con nosotros, aquello era olvidar durante mucho tiempo nuestra condición de náufragos.

Ned Land, atormentado por los lamentos de su robusto estómago se encolerizaba cada vez más, y, pese a su palabra, me temía verdaderamente que se desencadenara una explosión cuando se encontrase frente a uno de los hombres de a bordo.

Durante otras dos horas, la cólera de Ned Land fue en aumento. El canadiense llamaba, gritaba, pero en vano. Las murallas de acero

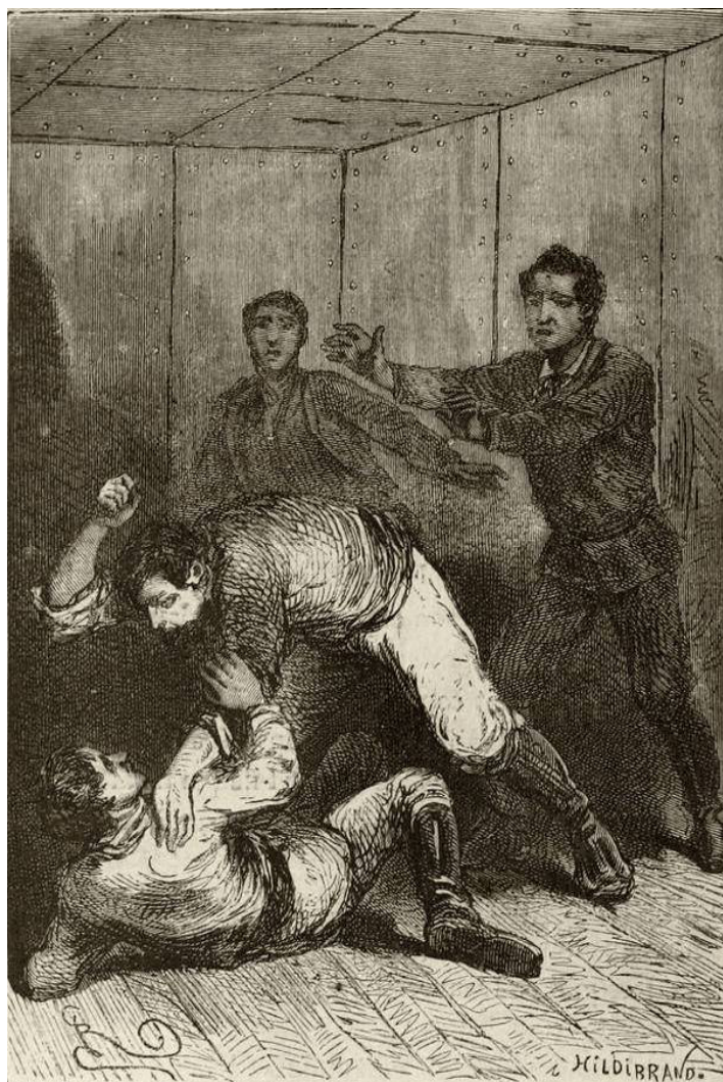
permanecían sordas. Ni siquiera se oía ruido en el interior del barco, que parecía muerto. No se movía, pues habría sentido estremecerse su casco debido al impulso de la hélice. Sumergido, sin duda, en el abismo de las aguas, ya no pertenecía a la tierra. Aquel lúgubre silencio era aterrador.

En cuanto a nuestro abandono, nuestro aislamiento en el fondo de la celda, no me atrevía a calcular cuánto duraba. Las esperanzas que había concebido tras nuestra entrevista con el comandante de a bordo se extinguieron poco a poco. La dulzura de la mirada de aquel hombre, la expresión generosa de su rostro, la nobleza de su porte, todo desaparecía de mi recuerdo. Yo volvía a ver a ese enigmático personaje tal como debía ser: necesariamente despiadado, cruel. Lo sentía ajeno a la humanidad, inaccesible a cualquier sentimiento de piedad, implacable enemigo de sus semejantes a los que debía de profesar un odio imperecedero.

¿Nos iba a dejar perecer de inanición aquel hombre, encerrados en aquella angosta prisión, abocados a las horribles tentaciones a que impulsa el hambre canina? Aquellos espantosos pensamientos cobraron en mi mente una horrible intensidad y, magnificados por la imaginación, me sentí invadir por un terror insensato. Conseil continuaba tranquilo, Ned Land rugía.

En ese momento, se escuchó un ruido del exterior. Resonaron unos pasos sobre las placas de metal. Alguien hurgó en la cerradura, se abrió la puerta y apareció el *steward*.

Antes de que me diera tiempo a hacer un movimiento para impedirselo, el canadiense se había abalanzado sobre el desdichado, lo había tirado por el suelo y le estaba apretando la garganta. Las poderosas manos de Ned Land asfixiaban al *steward*.



Conseil intentaba retirar de las manos del arponero a su víctima ya medio estrangulada e iba yo a unir mis esfuerzos a los suyos cuando, de repente, me dejaron petrificado en mi sitio estas palabras pronunciadas en francés:

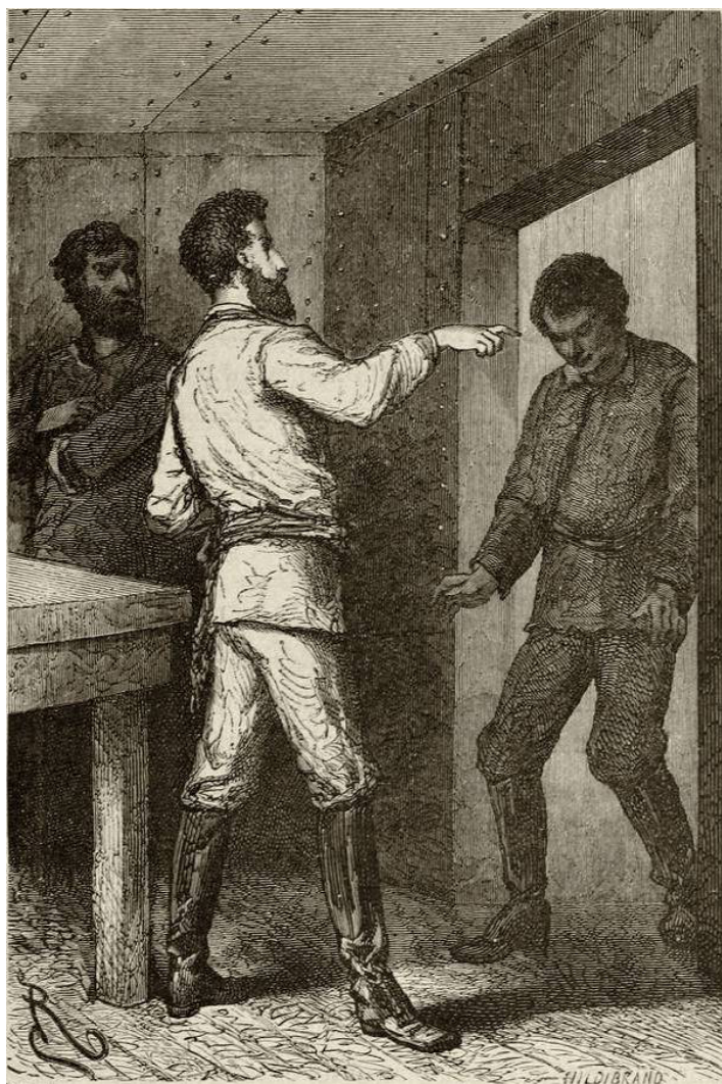
—¡Cálmese, señor Land! Y usted, señor profesor, escúcheme, por favor.

X

El hombre de las aguas

Quien así había hablado era el comandante del navío.

Al oír esas palabras, Ned Land, se levantó súbitamente. A una señal de su jefe, el *steward*, casi estrangulado, salió tambaleándose; pero era tal la autoridad del comandante a bordo, que ni un solo gesto delató el resentimiento que aquel hombre debía abrigar contra el canadiense. Conseil, interesado a su pesar, y yo, estupefacto, aguardábamos en silencio el desenlace de la escena.



El comandante, apoyado en la esquina de la mesa y con los brazos cruzados, nos observaba con profunda atención. ¿Vacilaba en hablar? ¿Se arrepentía de las palabras que acababa de pronunciar en francés? Tal vez fuera así.

Tras unos instantes de silencio que ninguno de nosotros se atrevió a interrumpir, dijo con voz serena y penetrante:

—Señores, no sólo hablo francés, sino también inglés, alemán y latín. Podría haberles respondido desde nuestro primer encuentro, pero primeramente deseaba conocerlos y, después, reflexionar. Su relato a tres voces, absolutamente similar en el fondo, me ha revelado la identidad de cada uno. Sé ahora que el azar me ha puesto en presencia del señor Pierre Aronnax, profesor de historia natural en el Museum de París, y encargado de una misión científica en el extranjero; de Conseil, su criado, y de Ned Land, de origen canadiense y arponero a bordo de la fragata *Abraham Lincoln*, de la Marina nacional de los Estados Unidos de América.

Yo me incliné asintiendo. No se trataba de una pregunta planteada por el comandante, por lo que no había ninguna respuesta que dar. Aquel hombre se expresaba con perfecta fluidez, sin ningún acento. Sus frases eran claras, sus palabras, precisas, y su facilidad de elocución, notable. Y, sin embargo, no «sentía» yo en él a un compatriota.

El hombre reanudó la conversación en estos términos:

—Sin duda, le habrá parecido, señor, que me he demorado bastante en hacerles esta segunda visita. Ello obedece a que, una vez conocidas sus identidades, deseaba meditar qué partido había de tomar respecto de ustedes. He dudado mucho. Las circunstancias más desagradables les han puesto en presencia de un hombre que ha roto sus vínculos con la humanidad. Ustedes han venido a perturbar mi existencia...

—Involuntariamente —dije yo.

—¿Involuntariamente? —replicó el desconocido, alzando ligeramente su tono de voz—. ¿La *Abraham Lincoln* me persigue involuntariamente por todos los mares? ¿Subieron ustedes involuntariamente a bordo de esa fragata? ¿Rebotaron sus balas involuntariamente contra el casco de mi navío? ¿Ned Land me arrojó involuntariamente su arpón?

En sus palabras percibí una irritación contenida. Pero a todas

aquellas recriminaciones tenía yo una respuesta de lo más natural.

—Señor —dije yo—, sin duda ignora todos los debates que han tenido lugar a expensas suyas en América y en Europa. No sabe usted que diversos accidentes provocados por el choque de su ingenio submarino han conmocionado a la opinión pública de los dos continentes. Le ahorraré el relato de las innumerables hipótesis con las cuales se pretendía explicar el inexplicable fenómeno del que sólo usted conocía el secreto. Pero sepa que, al perseguirle hasta los mares septentrionales del Pacífico, la *Abraham Lincoln* creía dar caza a un poderoso monstruo marino del que había que librar al océano a toda costa.

Los labios del comandante se relajaron esbozando media sonrisa; después, con un tono tranquilo, preguntó:

—Señor Aronnax, ¿sería usted capaz de afirmar que su fragata no habría perseguido y disparado sus cañones contra un barco submarino lo mismo que contra un monstruo?

La pregunta me puso en un apuro, pues el comandante Farragut no habría vacilado en hacerlo. Habría creído que su deber era destruir un aparato de ese género lo mismo que un narval gigantesco.

—Comprenderá usted, señor —añadió el desconocido—, que tengo derecho a tratarles como enemigos.

Me abstuve de responder, y con razón. ¿De qué habría servido discutir semejante propuesta, si la fuerza puede destrozar los mejores argumentos?

—He dudado durante mucho tiempo —repitió el comandante—. Nada me obligaba a darles hospitalidad. De haber decidido separarme de ustedes, no habría tenido ningún interés en volver a verles. Les habría vuelto a poner sobre la cubierta de este buque que les había servido de refugio, me habría sumergido bajo las aguas y me habría olvidado de que hubiesen existido. ¿No era ese mi derecho?

—Ese sería quizá el derecho de un salvaje —respondí—, no el de un hombre civilizado.

—¡Señor profesor! —contestó enojado el comandante—. ¡Yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado! He roto con la sociedad entera por motivos que sólo yo tengo derecho a apreciar. ¡Así que no obedezco en absoluto sus reglas y le insto a que no las

invoque jamás ante mí!

Sus palabras fueron tajantes. Un rayo de cólera y de desdén había encendido los ojos del desconocido, y en la vida de aquel hombre adiviné un pasado terrible. No solamente se había situado al margen de las leyes humanas, sino que se había hecho independiente, libre en la más rigurosa acepción de la palabra, fuera de cualquier alcance. ¿Quién osaría perseguirle hasta el fondo de los mares, si ya en su superficie desbarataba todas las trampas que se urdían contra él? ¿Qué navío resistiría al choque de su *monitor* submarino? ¿Qué blindaje, por grueso que fuera, soportaría los embates de su espolón? Entre los hombres, nadie podía pedirle cuentas de sus obras. Dios, si creía en Él, y su conciencia, si la tenía, eran los únicos jueces de los que podía depender.

Estas reflexiones atravesaron veloces mi mente, mientras el extraño personaje callaba, absorto y como ensimismado. Yo lo contemplaba con un pavor teñido de interés, sin duda como Edipo a la Esfinge[86].

Tras un largo silencio, el comandante volvió a tomar la palabra.

—He dudado —dijo—, pero he pensado que mi interés podía conciliarse con esa piedad natural a la que tiene derecho todo ser humano. Ya que la fatalidad los ha traído aquí, se quedarán a bordo. Aquí serán libres, y a cambio de esa libertad (bastante relativa, debo decir) no les impondré más que una condición. Me bastará con su palabra de acatarla.

—Hable, señor —respondí—; supongo que esa condición es de las que un hombre cabal puede aceptar, ¿no es cierto?

—Sí señor, es la siguiente: es posible que ciertos acontecimientos me obliguen a confinarlos en sus camarotes por algunas horas o días, según los casos. Puesto que mi deseo es no tener que utilizar jamás la violencia, espero de ustedes, si llega la ocasión y entonces más que nunca, una obediencia pasiva. Actuando de esa manera, cubro su responsabilidad, les eximo completamente, pues a mí es a quien atañe hacerles imposible que vean lo que no se debe ver, ¿aceptan esta condición?

Por lo tanto, a bordo ocurrían cosas como mínimo singulares, que por nada del mundo debían ver las personas que no se habían situado al margen de las leyes sociales. Entre las sorpresas que el futuro me reservaba, ésta no debía de ser la menor.

—Aceptamos —respondí yo—. Pero le ruego, señor, que me permita hacerle una pregunta, una sola.

—Hable, señor.

—¿Ha dicho usted que seríamos libres a bordo?

—Completamente.

—Entonces quiero preguntarle qué entiende usted por libertad.

—Pues la libertad de ir y venir, de ver, e incluso observar, todo lo que pasa aquí, salvo en escasas y extraordinarias circunstancias; la libertad, en definitiva, de que gozamos nosotros mismos, mis compañeros y yo.

Estaba claro que no nos entendíamos en absoluto.

—Perdón, señor —insistí yo—, pero esa libertad no es más que la que todo prisionero tiene de recorrer su prisión. No puede bastarnos.

—¡Pues, sea como sea, tendrá que bastarles!

—¿Cómo? ¿Tenemos que renunciar para siempre jamás a volver a nuestra patria, a ver a nuestros amigos y a nuestros familiares?

—Sí, señor. ¡Pero renunciar a estar de nuevo uncidos a ese insoportable yugo de la tierra, a la que los hombres consideran la libertad, no será quizá tan doloroso como usted piensa!

—¡Estamos listos! —gritó Ned Land—. ¡Jamás daré mi palabra de que no intentaré escaparme!

—No le pido su palabra, señor Land —respondió fríamente el comandante.

—Señor —respondí sin poder contenerme—. ¡Abusa usted de su posición respecto de nosotros! ¡Eso es crueldad, simple y llanamente!

—¡No, señor, es clemencia! Ustedes son mis prisioneros después del combate. Yo los protejo, pese a que con una simple orden podría haberlos sumido en los abismos del océano. ¡Son ustedes quienes me han atacado! ¡Han venido a sorprender un secreto que nadie en el mundo debe conocer, el secreto de toda mi existencia! ¿Y piensan que voy a devolverlos a esa tierra que no ha de saber nada de mí? ¡Nunca! ¡Al retenerlos aquí no estoy ocultándolos a ustedes, sino a mí mismo!

Esas palabras indicaban que contra la resolución del comandante no valdría ningún argumento.

—Por lo tanto, señor —continué—, ¿no nos deja más opción que

escoger entre la vida y la muerte?

—Exacto.

—Amigos míos —dije yo—, a una cuestión planteada en esos términos no hay nada que responder. Sin embargo, nuestra palabra no nos ata al dueño de este navío.

—Efectivamente, señor —respondió el desconocido.

Después, con una voz más suave, prosiguió:

—Permítame ahora que concluya lo que tengo que decirle. Lo conozco a usted, señor Aronnax. Y usted, ya que no sus compañeros, no tendrá tantas razones para deplorar el azar que lo ha unido a mi destino. Entre los libros que utilizo para mis estudios favoritos, encontrará esa obra que publicó sobre los grandes fondos submarinos. La he leído a menudo. Ha llevado su obra tan lejos como le permitía la ciencia terrestre. Pero no lo sabe usted todo, no lo ha visto todo. Déjeme, pues, decirle, señor profesor, que no lamentará el tiempo transcurrido a bordo de mi barco. Va usted a viajar al país de las maravillas. La admiración y la estupefacción serán probablemente su estado de ánimo habitual. Será difícil que se aburra con el espectáculo que se ofrecerá continuamente ante sus ojos. Voy a volver a ver en una nueva vuelta al mundo submarino (quizá la última, quién sabe) todo lo que he podido estudiar en el fondo de esos mares tantas veces recorridos, y usted será mi compañero de estudios. Desde hoy entra usted en un nuevo elemento, verá lo que aún no ha visto ningún hombre (pues ni mis compañeros ni yo contamos ya) y, gracias a mí, nuestro planeta va a desvelarle sus últimos secretos.

No puedo negarlo, las palabras del comandante me causaron una gran impresión. Me habían tocado en mi punto débil, y por un instante olvidé que la contemplación de esas cosas sublimes no podía valer la libertad perdida. Aunque, para dilucidar esa grave cuestión, contaba con el futuro. Mientras tanto, me contenté con responder:

—Señor, a pesar de que usted haya roto con la humanidad, quiero creer que no habrá renegado de todo sentimiento humano. Somos unos náufragos misericordiosamente recogidos a bordo de su barco, no lo olvidaremos. Tengo presente que, si bien el interés de la ciencia puede absorber hasta la necesidad de libertad, lo que me promete nuestro encuentro me ofrecería grandes compensaciones.

Pensaba que el comandante iba a tenderme la mano para sellar nuestro pacto. No fue así, y lo lamenté por él.

—Una última pregunta —dije, en el momento en que aquel ser inexplicable parecía querer retirarse.

—Hable, señor profesor.

—¿Con qué nombre debo llamarle?

—Señor —respondió el comandante—, para usted yo sólo soy el capitán Nemo[87], y, para mí, sus compañeros y usted no son más que los pasajeros del *Nautilus* [88].

El capitán Nemo llamó y apareció un *steward*. El capitán le dio sus órdenes en aquella lengua extraña e irreconocible. Después, volviéndose hacia el canadiense y Conseil, les dijo:

—En su camarote les espera la comida. Sigan a este hombre.

—¡Eso no hay que rechazarlo! —respondió el arponero.

Conseil y él salieron al fin de aquella celda en la que habíamos permanecido encerrados más de treinta horas.

—Y ahora, señor Aronnax, nuestro almuerzo está preparado. Permítame que le preceda.

—A sus órdenes, capitán.

Seguí al capitán Nemo, y tras cruzar el umbral de la puerta, seguimos una especie de pasillo iluminado eléctricamente, parecido a los corredores de un barco. Tras recorrer unos diez metros, se abrió ante mí una segunda puerta.

Entré en un comedor, decorado y amueblado con gusto severo. En ambos extremos del comedor había unos aparadores de roble con labores de taracea de ébano; sobre sus baldas de línea ondulada refulgían piezas de cerámica y de porcelana y unas cristalerías de valor incalculable. La vajilla resplandecía bajo los rayos que derramaba el techo luminoso, cuya luz tamizaban y suavizaban unas finas pinturas.

En el centro de la sala había una mesa magníficamente servida. El capitán Nemo me indicó el lugar que debía ocupar.

—Siéntese y coma cuanto guste —me dijo—, pues debe de estar muriéndose de hambre.



El almuerzo constaba de numerosos platos cuyo contenido sólo el mar había proporcionado, y de otros manjares cuya naturaleza y origen ignoraba. Debo confesar que estaban buenos, si bien tenían un sabor especial al que me acostumbré fácilmente. Esos alimentos me parecieron ricos en fósforo, por lo que imaginé que procedían del mar.

El capitán Nemo me miraba. No le pregunté nada, pero él adivinó mis pensamientos y respondió espontáneamente a las preguntas que ardía en deseos de formularle.

—La mayor parte de estos alimentos le son desconocidos —me dijo—. Sin embargo, puede degustarlos sin temor. Son sanos y nutritivos. Hace bastante tiempo que he renunciado a los alimentos de la tierra y no por ello estoy menos sano. Mi tripulación, compuesta de hombres vigorosos, se alimenta de la misma manera que yo.

—¿De modo que todos estos alimentos son productos del mar?

—Sí señor profesor, el mar subviene a todas mis necesidades. A veces, echo mis redes de arrastre y las retiro a punto de reventar. En otras ocasiones, salgo a cazar en medio de este elemento que parece ser inaccesible al hombre y cobro las piezas que habitan mis bosques submarinos. Mis rebaños, como los del viejo pastor de Neptuno, se apacientan impávidos en las inmensas praderas del océano. Allí tengo una extensa propiedad que yo mismo exploto, y que la mano del Creador siembra de todo tipo de cosas.

Miré al capitán Nemo con cierta extrañeza y le respondí:

—Comprendo perfectamente, señor, que sus redes le proporcionen excelentes pescados para su mesa; no comprendo tanto que dé usted caza al ganado acuático en sus bosques submarinos; pero lo que ya no comprendo en absoluto es que un filete de carne, por muy pequeño que sea, figure en su menú.

—Señor profesor —me respondió el capitán Nemo—, no utilizo jamás la carne de los animales terrestres.

—A pesar de esto —repliqué señalando un plato en el que aún quedaban algunos filetes.

—Lo que usted cree que es carne, señor profesor, no es más que filete de tortuga marina. Aquí tiene también unos hígados de delfín que le parecerían ragú de cerdo. Mi cocinero es un hábil profesional, que sobresale en la preparación de los variados

productos del océano. Pruebe todos estos manjares: por ejemplo, esta conserva de holoturias que un malayo declararía sin rival en el mundo, o esta crema preparada con la leche de los cetáceos, o el azúcar que obtenemos de los grandes fucos del mar del Norte, y permítame que le ofrezca, por último, una confitura de anémonas equiparable a la de los frutos más sabrosos.

Yo iba probando, más como curioso que como gastrónomo, mientras el capitán Nemo me maravillaba con sus inverosímiles relatos.

—Pero el mar, señor Aronnax —me dijo— esta prodigiosa nodriza, inagotable, no sólo me alimenta, sino que también me viste. La ropa que lleva puesta está tejida con el biso de unos moluscos; teñida con la púrpura de los antiguos y matizada con pigmentos violetas que extraigo de las aplisias del Mediterráneo. Los perfumes que encontrará en el baño de su camarote son producto de la destilación de las plantas marinas. Su cama está hecha con la zostera más suave del océano. Su pluma será una barba de ballena y su tinta la que segrega la jibia o el calamar. Todo lo obtengo del mar, y, del mismo modo, algún día todo regresará a él.

—Ama usted el mar, capitán.

—¡Sí! ¡Lo amo! ¡El mar lo es todo! Cubre las siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en que el hombre jamás está solo, pues siente palpar la vida a su alrededor. El mar no es sino el vehículo de una existencia sobrenatural y prodigiosa; no es sino movimiento y amor; es el infinito viviente, como ha dicho uno de sus poetas. La naturaleza, señor profesor, se manifiesta mediante sus tres reinos: el mineral, el vegetal y el animal. Este último está ampliamente representado por los cuatro grupos de zoófitos, por tres clases de articulados, cinco clases de moluscos, tres clases de vertebrados, los mamíferos, los reptiles y esas innumerables legiones de peces, orden infinito de animales que cuenta con más de trece mil especies, de las que sólo una décima parte pertenece al agua dulce. El mar es la enorme reserva de la naturaleza. Por el mar es por donde el globo comenzó, ¡y quién sabe si no acabará por él! En el mar reina la tranquilidad suprema. El mar no pertenece a los déspotas. En su superficie todavía pueden hacer valer sus inicuos derechos, luchar, devorarse

mutuamente, transportar todos los horrores terrestres. ¡Pero a treinta pies por debajo de su superficie, su poder cesa, su influencia se extingue, su potencia desaparece! ¡Ah, señor, viva, viva usted en el seno de los mares! ¡Sólo aquí está la independencia! ¡Aquí es donde no reconozco a ningún amo! ¡Donde soy libre!

El capitán Nemo calló súbitamente en medio del entusiasmo que le desbordaba. ¿Se había dejado llevar más allá de su habitual reserva? ¿Había hablado demasiado? Durante unos instantes, deambuló muy agitado. Luego, sus nervios se calmaron, su rostro recuperó la frialdad acostumbrada, y volviéndose hacia mí, dijo:

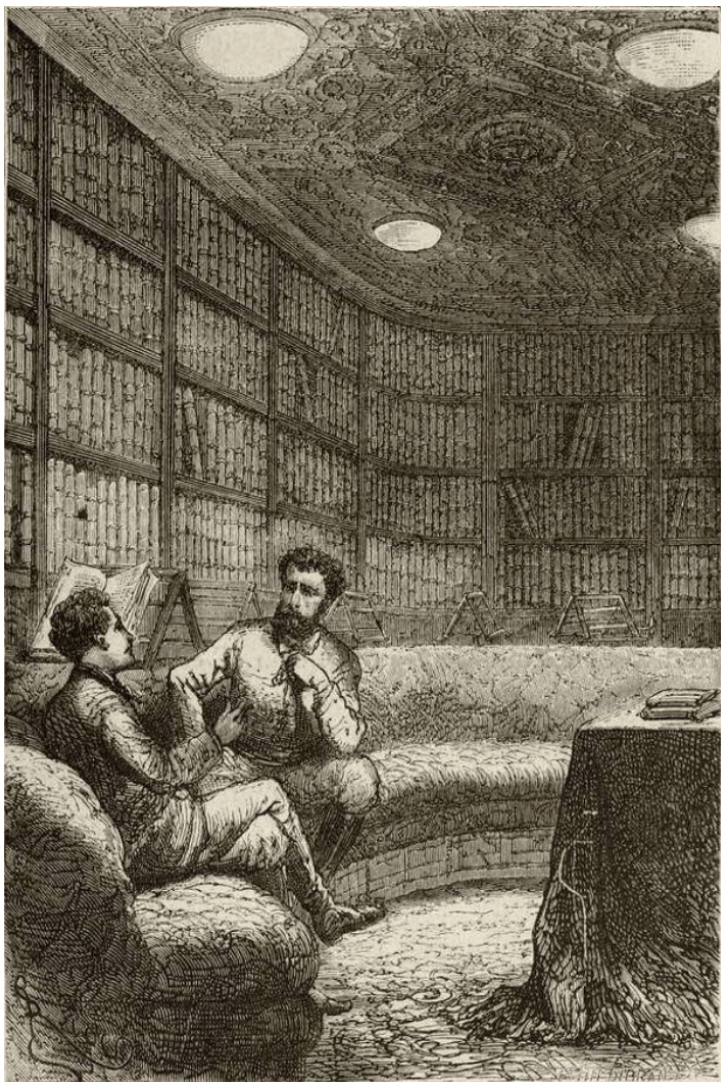
—Ahora, señor profesor, si desea usted visitar el *Nautilus*, estoy a sus órdenes.

XI

El Nautilus

El capitán Nemo se levantó. Yo lo seguí. Se abrió una doble puerta situada al fondo de la sala, y entré en un compartimiento de iguales dimensiones que el que acababa de dejar.

Era una biblioteca. Sobre los amplios anaqueles de unos muebles altos de palisandro negro, con incrustaciones de cobre, reposaba un gran número de libros uniformemente encuadernados. Las estanterías se adaptaban al contorno de la sala, y, en su parte inferior, acababan en amplios divanes tapizados en cuero marrón que ofrecían las curvas más confortables. Unos ligeros atriles móviles, que podían retirarse o acercarse a voluntad, permitían colocar los libros para su lectura. En el centro, había una gran mesa, cubierta de publicaciones, entre las que se veían algunos periódicos ya viejos. La luz eléctrica que inundaba todo este armonioso conjunto surgía de cuatro globos esmerilados instalados en las volutas del techo. Yo contemplaba con auténtica admiración la sala tan ingeniosamente acondicionada, y no podía dar crédito a lo que veían mis ojos.



—Capitán Nemo —dije a mi anfitrión, que acababa de recostarse en un diván—, posee usted una biblioteca que sería el orgullo de más de un palacio de los continentes, y me quedo verdaderamente maravillado al pensar que puede acompañarle a lo más profundo de los mares.

—¿Dónde podría encontrarse más soledad, más silencio, señor profesor? —respondió el capitán Nemo—. ¿Su despacho del Museum le ofrece un sosiego tan completo?

—No, señor. Y debo añadir que es muy pobre en comparación con el suyo. Tiene usted aquí seis o siete mil volúmenes...

—Doce mil, señor Aronnax. Son los únicos lazos que me atan a la tierra. Pero el mundo acabó para mí el día en que mi *Nautilus* se sumergió por vez primera bajo las aguas. Ese día, adquirí mis últimos volúmenes, mis últimas revistas, mis últimos periódicos, y desde entonces quiero creer que la humanidad ya no ha pensado ni escrito más. Esos libros, señor profesor, están a su disposición y podrá utilizarlos libremente.

Di las gracias al capitán Nemo y me acerqué a los estantes de la biblioteca. Abundaban los libros de ciencia, de moral y de literatura escritos en las lenguas más diversas; pero no vi ni una sola obra de economía política: parecían estar severamente proscritas a bordo. Como detalle curioso observé que todos los libros seguían una clasificación alfabética, en cualquier lengua que estuviesen escritos, y esa mezcolanza probaba que el capitán del *Nautilus* habitualmente debía de leer los que su mano tomaba al azar.

Entre los libros, observé las obras maestras de antiguos y modernos, es decir, todo lo que la humanidad ha producido de más hermoso en los campos de la historia, la poesía, la novela y la ciencia, desde Homero a Victor Hugo, desde Jenofonte a Michelet, desde Rabelais a la señora Sand[89]. Pero, concretamente, era la ciencia la que se llevaba la palma en la biblioteca; los libros de mecánica, de balística, de hidrografía, de meteorología, de geografía, de geología, etc., ocupaban un puesto no menos importante que las obras de historia natural, y comprendí que eran la principal materia de estudio del capitán. Pude ver todas las obras de Humboldt y de Arago, los trabajos de Foucault, de Henri Sainte-Claire Deville, de Chasles, de Milne-Edwards, de Quatrefages, de Tyndall, de Faraday, de Berthelot, del abad Secchi, de Petermann,

del comandante Maury, de Agassiz[90], etc., las memorias de la Academia de Ciencias, los boletines de las diversas sociedades de geografía, etc... Y, en un lugar preeminente, los dos tomos que quizá me habían procurado la acogida relativamente caritativa del capitán Nemo. Entre las obras de Joseph Bertrand[91], su libro intitulado *Los fundadores de la astronomía* me dio incluso una fecha segura: como yo sabía que había aparecido en el transcurso de 1865, deduje que la construcción del *Nautilus* no iba más allá de esa fecha. Así pues, desde hacía tres años como máximo, el capitán Nemo había comenzado su existencia submarina. Además, confiaba en encontrar obras todavía más recientes que me permitieran determinar la fecha exacta; pero me sobraba el tiempo para hacer esa investigación y no quise retrasar más nuestro paseo a través de las maravillas del *Nautilus*.

—Señor —dije al capitán—, le agradezco que haya puesto a mi disposición esta biblioteca, que encierra tesoros de la ciencia que no pienso desaprovechar.

—Esta sala no es tan sólo una biblioteca —dijo el capitán Nemo—. Es también un fumadero.

—¿Un fumadero? —exclamé—. ¿Pero es que se fuma a bordo?

—Por supuesto.

—Entonces, señor, me veo obligado a creer que ha conservado usted relaciones con La Habana.

—En absoluto —respondió el capitán—. Acepte este puro, señor Aronnax; aunque no venga de La Habana, si es usted un entendido quedará satisfecho.

Tomé el puro que se me ofrecía, cuya forma recordaba al «londres»; pero parecía fabricado con hojas de oro. Lo encendí en un pequeño brasero que descansaba sobre una elegante peana de bronce y aspiré las primeras bocanadas con la voluptuosidad del fumador que se ha pasado dos días sin fumar.

—Es excelente —le dije—, pero no es tabaco.

—No —respondió el capitán—, este tabaco no viene ni de La Habana ni de Oriente. Es una especie de alga, rica en nicotina, que me proporciona el mar, aunque no muy abundantemente. ¿Echa usted de menos los «londres», señor?

—Capitán, a partir de hoy los desprecio.

—Entonces, fume a placer y sin preocuparse por el origen de

estos puros. Ninguna compañía tabaquera los ha controlado, pero no por ello dejan de ser buenos, me parece a mí.

—Al contrario.

En esos momentos, el capitán Nemo abrió una puerta situada frente a aquella por la que había entrado en la biblioteca, y pasé a un salón inmenso y espléndidamente iluminado.

Era un amplio cuadrilátero de esquinas achaflanadas, de diez metros de largo, seis de ancho y cinco de alto. Un techo luminoso, decorado con delicados arabescos, difundía una luz clara y suave sobre todas las maravillas apiñadas en aquel museo. En verdad se trataba de un museo, donde una mano inteligente y pródiga había reunido todos los tesoros de la naturaleza y del arte, con ese abigarramiento de artista que distingue el taller de un pintor.



Una treintena de cuadros de maestros, con marcos uniformes y separados por refulgentes panoplias, adornaban las paredes revestidas con tapices de motivos severos. Vi telas valiosísimas que, en su mayor parte, yo había admirado en las colecciones privadas de Europa y en exposiciones de pintura. Las diferentes escuelas de maestros antiguos estaban representadas por una *madonna* de Rafael, una virgen de Leonardo da Vinci, una ninfa de Correggio, una mujer de Tiziano, una adoración de Veronese, una asunción de Murillo, un retrato de Holbein, un fraile de Velázquez, un martirio de Ribera, una *kermesse* de Rubens, dos paisajes flamencos de Teniers, tres cuadritos de género de Gerard Dow, Metsu y Paul Potter, dos telas de Géricault y Prud'hon, algunas marinas de Backhuysen y Vernet. Entre las obras de la pintura moderna, aparecían cuadros firmados por Delacroix, Ingres, Decamps, Troyon, Meissonier, Daubigny[92], etc., y algunas admirables reducciones de estatuas de mármol o de bronce, copiadas de los más bellos modelos de la antigüedad, se alzaban sobre sus pedestales en las esquinas de ese magnífico museo. El estado de estupefacción que me había vaticinado el comandante del *Nautilus* comenzaba ya a adueñarse de mí.

—Señor profesor —dijo entonces aquel extraño hombre—, espero que disculpe la falta de ceremonial con que le recibo y el desorden que reina en el salón.

—Señor —respondí yo—, sin pretender conocer su identidad, ¿me equivoco si reconozco en usted a un artista?

—Como mucho, un aficionado al arte. En otros tiempos, me gustaba coleccionar esas hermosas obras creadas por la mano del hombre. Buscaba con avidez, infatigable como un hurón, y pude reunir algunos objetos de precio elevado. Son mis últimos recuerdos de esa tierra que ya está muerta para mí. A mis ojos, sus artistas modernos son ya antiguos; tienen dos o tres mil años de existencia y los confundo en mi mente. Los maestros no tienen edad.

—¿Y esos músicos? —pregunté, señalando las partituras de Weber, Rossini, Mozart, Beethoven, Haydn, Meyerbeer, Hérold, Wagner, Auber, Gounod[93] y otros muchos, diseminadas sobre un órgano de gran tamaño que ocupaba una de las paredes del salón.

—Esos músicos —me respondió el capitán Nemo— son contemporáneos de Orfeo[94], pues las diferencias cronológicas

desaparecen en la memoria de los muertos... ¡Y yo estoy muerto, señor profesor, tan muerto como sus amigos que reposan a seis pies bajo tierra!

El capitán Nemo calló y pareció perderse en una profunda meditación. Yo lo contemplaba con una viva emoción, analizando en silencio las peculiaridades de su rostro. Acodado sobre la esquina de una preciosa mesa con un mosaico en su superficie, ya no me veía, había olvidado mi presencia.

Respeté su recogimiento y continué pasando revista a los objetos que enriquecían el salón.

Junto a las obras de arte, las curiosidades procedentes de la naturaleza ocupaban un lugar muy importante. Consistían principalmente en plantas, conchas y otros productos del océano, que debían de ser hallazgos del capitán Nemo. En medio del salón, un surtidor de agua, iluminado eléctricamente, caía sobre una pila hecha de un solo taclobo. Esta concha, proporcionada por la tridacna, el mayor de los moluscos acéfalos, medía en sus bordes, rodeados de un delicado festón, una circunferencia de aproximadamente seis metros; por lo tanto, sus dimensiones eran superiores a las hermosas tridacnas que la República de Venecia ofreció a Francisco I[95] y que la iglesia de Saint-Sulpice[96] en París convirtió en dos gigantescas pilas de agua bendita.

En torno a la pila, y dentro de elegantes vitrinas fijadas por unas armaduras de cobre, estaban clasificados y etiquetados los productos del mar más preciosos que jamás se hubiesen ofrecido a la mirada de un naturalista. Se podrá comprender la alegría que sentí como profesor.

El tipo de los zoófitos estaba representado por unos curiosos especímenes de sus dos grupos de pólipos y equinodermos. Del primer grupo, había unas tubíporas, unas gorgonias dispuestas en abanico, suaves esponjas de Siria, isinos de las Molucas, pennátulas, una admirable virgu laria de los mares de Noruega, ombelularias variadas, alcionarios, toda una serie de esas madréporas que mi maestro Milne-Edwards ha clasificado tan sagazmente en secciones, y entre las que observé unas adorables flabelinas, unas oculinas de la isla Borbón[97], el «carro de Neptuno» de las Antillas, soberbias variedades de corales y, finalmente, todas las especies de esos curiosos políperos que al congregarse forman islas enteras

destinadas a convertirse un día en continentes. Entre los equinodermos, que se distinguen por su envoltura espinosa, las asterias, las estrellas de mar, los pentacrinos, las comátulas, los asterofitones, los erizos de mar, los cohombros de mar, etc., representaban la colección completa de los individuos de ese grupo.

Un conchiliólogo un poco nervioso se habría quedado estupefacto ante otras vitrinas más numerosas donde estaban clasificadas las muestras del orden de los moluscos. Me faltaría tiempo para describir por completo la colección que vi, de un valor incalculable. Entre esos productos citaré, para dejar constancia solamente, el elegante martillo real del océano Índico, cuyas manchas blancas regulares destacaban vivamente sobre un fondo rojo y marrón; una ostra espinosa imperial, de colores vivos, toda erizada de agujones, raro espécimen en los museos europeos y cuyo valor calculaba yo en veinte mil francos; un martillo común de los mares de Nueva Holanda[98], que difícilmente puede uno conseguir; unos berberechos exóticos del Senegal, frágiles conchas blancas bivalvas que un soplo habría quebrado como una pompa de jabón; diversas variedades de los aspergilos de Java, especie de tubos calcáreos con repliegues foliáceos en sus bordes y muy apreciados por los aficionados; toda una serie de trocos, unos de color amarillo verdoso, pescados en los mares de América, otros de un color pardo rojizo, que gustan de las aguas de Nueva Holanda, unos terceros, venidos del golfo de México y dignos de mencionar por su concha imbricada, junto a unas estelarias encontradas en los mares australes, y finalmente, el más raro de todos, el magnífico espolón de Nueva Zelanda; luego, las admirables tellinas sulfuradas, preciosas variedades de bivalvos, citereas y venus; el troco trenzado de las costas de Tranquebar[99]; el turbo marmóreo, de rutilante nácar; los papagayos verdes de los mares de la China; el cono casi desconocido del género de los *Coenodulli*; todas las variedades de porcelanas que sirven de moneda en la India y en África; la «gloria del mar», la concha más preciosa de las Indias Orientales; por último: litorinas, delfinulas, turritelas, yantinas, óvulas, volutas, olivas, mitras, cascós, porfirias, buccinos, arpas, múrices, tritones, ceritios, fusus, estrómbidos, arañas, lapas, híalas, cleodoras, conchas delicadas y frágiles que la ciencia ha bautizado con los nombres más encantadores.

Más allá, dentro de aparadores especiales, se derramaban rosarios de perlas de belleza inigualable, que la luz eléctrica respunteaba con destellos ígneos, perlas rosadas, arrancadas a las nacras del mar Rojo, perlas verdes de la haliótide iris, perlas doradas, azules, negras, curiosos productos de diversos moluscos de todos los océanos y de ciertos mejillones de las corrientes de agua del Norte; por último, varias muestras de un precio incalculable que habían destilado las madreperlas más raras. Algunas de esas perlas sobrepasaban el grosor de un huevo de paloma; valían tanto o más que la que el viajero Tavernier[100] vendió por tres millones al shah de Persia y superaban a la famosa perla del imán de Mascate[101], que yo creía sin rival en el mundo.

Decididamente, era imposible calcular el valor de aquella colección. El capitán Nemo había tenido que desembolsar millones para adquirir aquellos ejemplares; yo me estaba preguntando de qué fuente se surtiría para satisfacer sus fantasías de coleccionista, cuando fui interrumpido por las siguientes palabras:

—Está usted examinando mis conchas, señor profesor. En efecto, pueden interesar a un naturalista; pero para mí su encanto aún es mayor, pues las he recogido todas con mis propias manos y ni un mar del globo ha escapado a mi búsqueda.

—Comprendo, capitán, comprendo la alegría de pasearse en medio de esas riquezas. Es usted de esas personas que han reunido por sí mismas sus tesoros. Ningún museo de Europa posee una colección parecida de productos del océano. ¡Pero si agoto así mi admiración, qué me quedará para el barco que la lleva! Pese a que no quiero penetrar secretos que son sólo suyos, he de confesar que el *Nautilus*, la fuerza motriz que encierra en él, los aparatos que permiten gobernarlo y el agente tan poderoso que lo anima, todo ello excita extremadamente mi curiosidad. Veo que en las paredes del salón hay instrumentos cuya función desconozco. ¿Puedo saber...?

—Señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo—, le he dicho que sería usted libre a bordo y, en consecuencia, ninguna parte del *Nautilus* le está vedada. Así pues, puede visitarlo con detenimiento, y para mí será un placer servirle de cicerone.

—No sé cómo agradecerse, capitán, pero no abusaré de su amabilidad. Le preguntaré únicamente a qué uso están destinados

estos instrumentos de física...

—Señor profesor, en mi camarote se encuentran otros instrumentos idénticos, y allí tendré el placer de explicarle su uso. Pero, pasemos antes a visitar el camarote que se le ha reservado. Es preciso que sepa usted como estará instalado a bordo del *Nautilus*.

Seguí al capitán Nemo, que me hizo pasar a los corredores del navío por una de las puertas situadas en cada chaflán del salón. Me condujo hacia proa y allí encontré no ya un camarote, sino una habitación elegante, con cama, lavabo y otros muebles.

No pude menos de dar las gracias a mi anfitrión.

—Su camarote está contiguo al mío —me dijo él abriendo una puerta—, y el mío da al salón que acabamos de dejar.

Entré en el camarote del capitán. Tenía un aspecto severo, casi cenobial. Un lecho de hierro, una mesa de trabajo, algunos muebles para el aseo. Todo iluminado por una media luz. Nada que fuera especialmente confortable, había lo estricto necesario solamente.



El capitán Nemo me señaló una silla.

—Siéntese, por favor —me dijo.

Me senté, y él tomó la palabra en los siguientes términos:

XII

Todo gracias a la electricidad

—Señor —dijo el capitán Nemo, mostrándome los instrumentos instalados en su camarote—, estos son los aparatos que requiere la navegación del *Nautilus*. Aquí y en el salón, siempre los tengo a la vista: me indican la situación y el rumbo exactos en medio del océano. Algunos le serán conocidos, como el termómetro, que marca la temperatura interior del *Nautilus*, el barómetro, que indica la presión del aire y predice los cambios de tiempo; el higrómetro, que señala el grado de humedad de la atmósfera; el *storm-glass*, cuya mezcla, al descomponerse, anuncia la llegada de tormentas; la brújula, que dirige mi ruta; el sextante, que me indica la latitud por la altura del sol; los cronómetros, que me permiten calcular la longitud y, finalmente, los catalejos de día y de noche, que me sirven para otear todos los puntos del horizonte cuando el *Nautilus* emerge a la superficie de las aguas.

—Son los instrumentos habituales de un navegante —respondí—, y conozco su funcionamiento. Pero aquí hay otros que deben de responder a las particulares exigencias del *Nautilus*. Ese cuadrante que veo ahí y que recorre una aguja móvil, ¿no es un manómetro?

—En efecto, es un manómetro. Se encuentra en comunicación con el agua, cuya presión exterior indica, y también marca la profundidad a que se encuentra mi aparato.

—¿Y ese nuevo tipo de sondas?

—Son sondas termométricas, que nos informan de la temperatura de las distintas capas de agua.

—¿Y el resto de instrumentos? No acierto a averiguar cuál puede

ser su misión.

—Llegados a este punto, señor profesor, debo darle algunas explicaciones —dijo el capitán Nemo—. Escúcheme.

Guardó silencio durante unos instantes y, a continuación, dijo:

—Existe un agente poderoso, obediente, rápido, sencillo, que se adapta a todos los usos y que reina a bordo como un soberano. Todo funciona gracias a él. Me ilumina, me da calor, es el alma de mis aparatos mecánicos. Este agente es la electricidad.

—¡La electricidad! —exclamé yo con bastante sorpresa.

—Sí, señor.

—Pero, capitán, usted dispone de una gran rapidez de movimientos, que no concuerda con el poder de la electricidad. Hasta ahora, su potencia dinámica sigue siendo bastante limitada, y no ha podido generar más que pequeñas fuerzas.

—Señor profesor —respondió el capitán Nemo—, mi electricidad no es la de todo el mundo, y eso es todo lo que puedo decirle.

—No insistiré, señor; me contentaré con sorprenderme ante semejante resultado. Sin embargo, permítame que le formule una sola pregunta, aunque, si le parece indiscreta, no responda. Los elementos que usted emplea para producir ese maravilloso agente deben consumirse enseguida. El zinc, por ejemplo, ¿cómo lo sustituye usted, si no guarda ningún contacto con la tierra?

—La pregunta que me hace tendrá su respuesta —respondió el capitán Nemo—. Le diré, en primer lugar, que en el fondo de los mares existen minas de zinc, de hierro, de plata y de oro cuya explotación sería viable. Pero yo no he utilizado ninguno de esos metales de la tierra sino que he querido extraer exclusivamente del mar los medios para producir mi electricidad.

—¿Del mar?

—Sí, señor profesor, y no me faltan medios para ello. Habría podido obtener la electricidad gracias a la diferencia de temperaturas que experimenta un circuito formado por hilos sumergidos a distintas profundidades, pero he preferido emplear un sistema más práctico.

—¿Cuál?

—Ya conoce usted la composición del agua de mar: en mil gramos hay noventa y seis centésimas y media de agua frente a dos centésimas con dos tercios aproximadamente de cloruro sódico;

después, en pequeñas cantidades, hay cloruros magnésico y potásico, bromuro de magnesio, sulfato de magnesio, sulfato y carbonato cálcicos. Por consiguiente, se dará usted cuenta de que el cloruro sódico aparece en una proporción notable. Pues bien: es el sodio lo que extraigo del agua de mar, y con sodio fabrico mis elementos.

—¿El sodio?

—Sí señor. Mezclado con el mercurio, forma una amalgama que hace las funciones del zinc en los elementos Bunsen [102]. El mercurio no se gasta jamás. Sólo el sodio se consume, y el propio mar me lo proporciona. Además, debe usted saber que las pilas de sodio son las más potentes y que su fuerza electromotriz es doble que la de las pilas de zinc.

—Comprendo perfectamente, capitán, las excelencias del sodio en las condiciones que usted lo encuentra. El mar lo contiene. Bien. Pero todavía hace falta fabricarlo, extraerlo, en una palabra. ¿Cómo lo hace? Lógicamente, sus pilas pueden servir para la extracción; pero si no yerro, el gasto de sodio que necesitan los aparatos eléctricos superaría la cantidad extraída. Por lo tanto, el resultado sería que para producirlo consumiría más cantidad de la que produciría.

—Señor profesor, por eso no lo extraigo mediante la pila sino que empleo simplemente el calor del carbón mineral.

—¿Mineral? —recalqué yo.

—Digamos carbón de mar, si lo desea —respondió el capitán Nemo.

—¿Puede usted explotar minas submarinas de hulla?

—Señor Aronnax, ya me verá usted manos a la obra. Sólo le ruego un poco de paciencia, pues tendrá tiempo de ser paciente. Recuerde tan sólo esto: todo se lo debo al océano; produce la electricidad, y la electricidad da al *Nautilus* calor, luz, movimiento: en una palabra, la vida.

—Pero no el aire que usted respira.

—¡Oh! Podría fabricar el aire necesario para mi consumo, pero es inútil, ya que emergo a la superficie cuando me apetece. Sin embargo, si la electricidad no me proporciona el aire respirable, al menos sirve para poner en marcha las potentes bombas que lo almacenan en unos depósitos especiales, lo que me permite

prolongar, según la velocidad, y durante el tiempo que yo quiera, mi permanencia en las capas profundas.

—Capitán —respondí yo—, me quedo admirado. Evidentemente, usted ya ha descubierto lo que los hombres hallarán sin duda algún día: la verdadera potencia dinámica de la electricidad.

—No sé si la encontrarán —respondió fríamente el capitán Nemo—. En todo caso, ya conoce usted la primera aplicación que he conseguido de este precioso agente. Él es quien nos ilumina con una uniformidad y una continuidad de las que carece la luz solar. Ahora, mire este reloj: es eléctrico y funciona con una regularidad que desafía la de los mejores cronómetros. Lo he dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos, pues para mí no existe ni noche ni día, ni sol ni luna, sino solamente esta luz artificial que llevo hasta el fondo de los mares. Observe usted: en este momento son las diez de la mañana.

—Así es.

—Otra aplicación de la electricidad. Ese indicador instalado ante nosotros sirve para señalar la velocidad del *Nautilus*. Un cable eléctrico lo conecta a la hélice de la corredera, y su aguja me indica la velocidad real del navío. Mire, en este momento navegamos a quince millas por hora, una velocidad moderada.

—Es maravilloso —respondí yo—, y ahora comprendo, capitán, que ha tenido usted razón al emplear este agente, llamado a sustituir al viento, al agua y al vapor.

—Aún no hemos concluido, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo levantándose—, y si es tan amable de seguirme, visitaremos la popa del *Nautilus*.

Yo conocía ya toda la parte de la proa del barco submarino, cuya distribución exacta, partiendo desde el centro hasta el espolón, era como sigue: el comedor, de cinco metros, separado de la biblioteca por un mamparo estanco, es decir: donde no podía penetrar el agua; la biblioteca, de cinco metros; el gran salón, de diez metros, separado del camarote del capitán por un segundo mamparo estanco; el camarote del capitán, de cinco metros; el mío, de dos metros y medio y, finalmente, un depósito de aire de siete metros y medio que llegaba hasta la roda. En total: treinta y cinco metros de longitud. En los mamparos estancos se habían practicado unas portas que cerraban herméticamente mediante obturadores de

caucho, que garantizaban así una total seguridad a bordo del *Nautilus* en caso de que se declarase una vía de agua.

Seguí al capitán Nemo a través de los corredores situados en las bandas y llegué al centro del buque. Allí había una especie de pozo que se abría entre dos mamparos. Una escala de hierro fijada a la pared conducía a su extremo superior. Pregunté al capitán para qué servía dicha escala.

—Lleva al bote —respondió él.

—¡Cómo! ¿Tiene usted un bote? —pregunté bastante sorprendido.

—Por supuesto. Una excelente embarcación, ligera e insumergible, que puede servir para pescar o bien para el recreo.

—Entonces, cuando desee embarcarse en el bote, se verá obligado a volver a la superficie del mar, ¿no?

—De ninguna manera. El bote está adherido a la parte superior del casco del *Nautilus* y ocupa una cavidad especialmente preparada para recibirlo. Su puente lo cubre por completo, es absolutamente estanco y está fijado por sólidos pernos. Esta escala conduce a un agujero de hombre practicado en el casco del *Nautilus*, que comunica con otro idéntico en el costado del bote. Por esta doble abertura me introduzco en la embarcación. Se cierra una, la del *Nautilus*; cierro luego la del bote, mediante unos tornillos de presión, largo los pernos, y la embarcación se remonta con una prodigiosa velocidad a la superficie del mar. Abro entonces la escotilla del puente, cuidadosamente cerrada hasta entonces, arbo lo el palo, izo la vela o empuño los remos, y navego [103].

—¿Pero cómo regresa usted a bordo?

—No regreso yo, señor Aronnax, es el *Nautilus* el que regresa.

—¿Le da usted la orden?

—Así es. Gracias a un cable eléctrico mantengo la comunicación, le envío un telegrama y con eso basta.

—¡Claro! —exclamé, apabullado ante tales maravillas—. ¡Nada más sencillo!

Tras pasar el hueco de la escalera que culminaba en la plataforma de cubierta, vi un camarote de dos metros de largo donde Conseil y Ned Land, encantados con su comida, estaban ocupados devorándola a buenas dentelladas. Después, se abrió una puerta sobre la cocina, de tres metros de larga, situada entre las

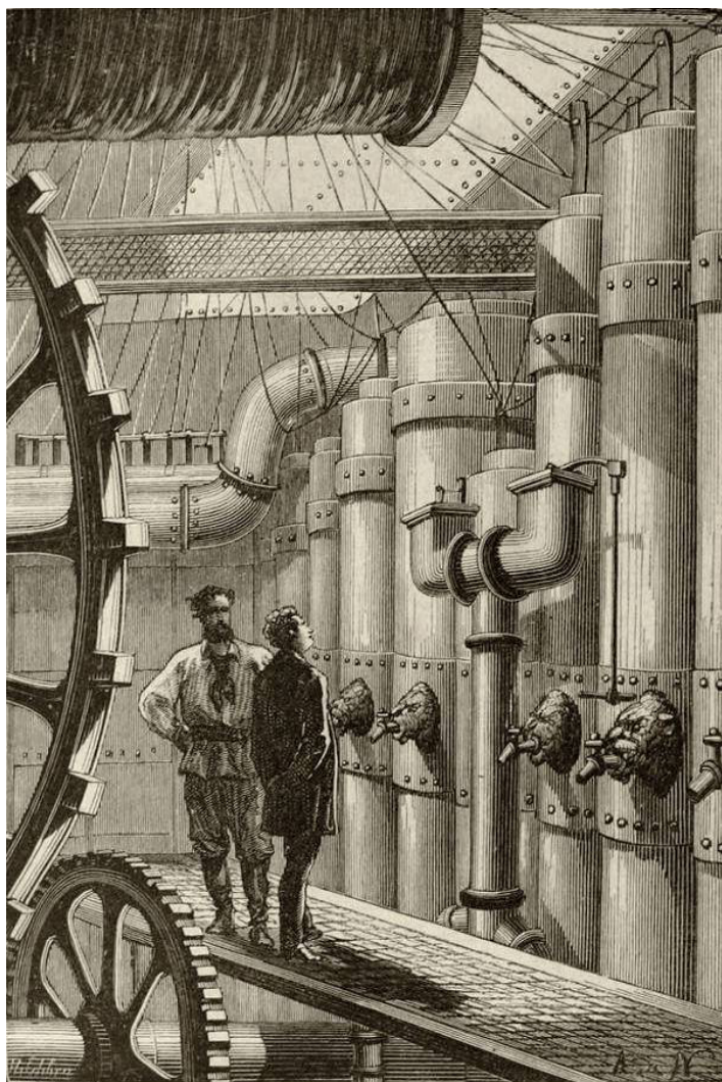
amplias gambuzas de a bordo.

Allí, la electricidad, más potente y obediente que el mismo gas, servía para realizar todas las operaciones culinarias. Los cables que llegaban a los fogones comunicaban a unas placas de platino un calor que se distribuía y mantenía regularmente. Asimismo, calentaban unos aparatos de destilación que, gracias al proceso de vaporización, suministraban una excelente agua potable. Junto a esta cocina estaba situado un confortable cuarto de baño de cuyos grifos manaba agua fría o caliente a placer.

Contiguo a la cocina estaba el puesto de la tripulación, de cinco metros de largo. Pero la puerta estaba cerrada y no pude ver su acondicionamiento, que quizá me habría aclarado el número de hombres necesario para maniobrar el *Nautilus*.

Al fondo había un cuarto mamparo estanco, que separaba este puesto del cuarto de máquinas. Se abrió una puerta y me encontré en ese compartimiento donde el capitán Nemo —indudablemente, ingeniero de primer orden— había emplazado sus aparatos de locomoción.

El cuarto de máquinas, muy bien iluminado, no medía menos de veinte metros de longitud. Estaba dispuesto en dos partes diferenciadas: la primera contenía los elementos que producían la electricidad, y la segunda, la maquinaria que transmitía el movimiento a la hélice.



Al principio, me quedé sorprendido por el olor *sui generis* que impregnaba el compartimiento. El capitán Nemo se dio cuenta de mi impresión.

—Son emanaciones de gases producidas por el uso del sodio —me dijo—, pero es un inconveniente de poca relevancia. Además, todas las mañanas purificamos el aire del barco ventilándolo en la superficie.

No obstante, yo examinaba con el lógico interés la máquina del *Nautilus*.

—Ve usted —me dijo el capitán Nemo—, utilizo los elementos Bunsen, y no los Ruhmkorff[104], que no habrían servido. Los de Bunsen no son numerosos y, en cambio, sí son fuertes y grandes; después de haberlos experimentado ya puedo afirmar que su resultado es superior. La electricidad producida va a popa en donde actúa a través de electroimanes de grandes dimensiones sobre un sistema especial de palancas y engranajes que transmiten el movimiento al árbol de la hélice. Ésta, cuyo diámetro es de seis metros y su paso de siete metros y medio, puede alcanzar hasta ciento veinte revoluciones por segundo.

—¿Y entonces obtiene...?

—Una velocidad de cincuenta millas por hora.

Ése era otro misterio, pero no insistí en dilucidarlo. ¿Cómo podía actuar la electricidad con semejante potencia? ¿Cuál era el origen de esa fuerza casi ilimitada? ¿Acaso radicaba en su excesiva tensión, obtenida por bobinas de un nuevo tipo? ¿En su transmisión, que un sistema de palancas desconocidas[105] podía aumentar hasta el infinito? Eso era lo que yo no podía comprender.

—Capitán Nemo —dije yo—, constato los resultados y no voy a intentar explicarlos. He visto el *Nautilus* maniobrar ante la *Abraham Lincoln* y sé a qué atenerme sobre su velocidad. Pero navegar no basta. ¡Hay que ver adonde se va! ¡Es preciso poder dirigirse a babor o a estribor, hacia arriba o hacia abajo! ¿Cómo alcanza usted las grandes profundidades, donde encuentra una resistencia creciente que se puede evaluar en centenares de atmósferas? ¿Cómo vuelve usted a emerger a la superficie del océano? En definitiva, ¿cómo se mantiene usted en el punto que más le conviene? ¿Soy indiscreto al preguntárselo?

—De ningún modo, señor profesor —me respondió el capitán

tras una ligera vacilación—, puesto que no ha de abandonar jamás este barco submarino. Venga al salón. Es nuestro verdadero gabinete de trabajo, y allí se enterará de todo lo que ha de saber sobre el *Nautilus*.

XIII

Algunas cifras

Un instante después, estábamos sentados en un diván del salón, con el puro en la boca. El capitán desplegó ante mis ojos un plano en el que figuraban la planta, sección y alzado del *Nautilus*. Después, comenzó su descripción en los siguientes términos:



—Aquí tiene, señor Aronnax, las distintas dimensiones del barco en que navega. Se trata de un cilindro muy alargado, con los extremos cónicos. Se asemeja notablemente a la forma de un puro, forma ya adoptada en Londres en diversas construcciones del mismo género. La eslora de este cilindro, de extremo a extremo, es exactamente de setenta metros, y su manga en el fuerte es de ocho metros. Ya ve que no está construido guardando escrupulosamente una proporción de uno a diez, como sus *steamers* de gran velocidad, pero sus líneas son lo suficientemente largas y sus curvas lo bastante prolongadas para que el agua desplazada escape sin dificultad y no oponga ningún obstáculo a su marcha.

»Conociendo estas dos dimensiones podrá obtener por simple cálculo la superficie y el volumen del *Nautilus*. Su superficie es de mil once metros cuadrados y cuarenta y cinco centésimas; su volumen, de mil quinientos metros cúbicos y dos décimas —lo que equivale a decir que, en inmersión completa, desplaza o pesa mil quinientos metros cúbicos o toneladas.

»Al trazar los planos de este navío destinado a la navegación submarina, mi objetivo era que, manteniéndose en equilibrio en el agua, se sumergiera nueve décimas partes y sólo emergiera una décima. Por lo tanto, en esas condiciones, no debía desplazar más que nueve décimas de su volumen, o sea: mil trescientos cincuenta y seis metros cúbicos con cuarenta y ocho centésimas o, lo que es igual, pesar ese mismo número de toneladas. Al construirlo con arreglo a las dimensiones mencionadas, no podía rebasar ese peso.

»El *Nautilus* se compone de dos cascos, uno interno y otro externo, unidos entre sí por unos hierros en forma de T que le confieren una rigidez extrema. En efecto, gracias a esta disposición celular, resiste como un bloque, como si fuera macizo. Su forro no puede ceder; se adhiere por sí solo y no por la presión de los roblones, y la homogeneidad de su construcción, gracias al perfecto ensamblaje de los materiales, le permite desafiar los mares más violentos.

»Ambos cascos están fabricados con planchas de acero cuya densidad con relación al agua es de siete a ocho décimas. El primero no tiene menos de cinco centímetros de grosor y pesa trescientas noventa y cuatro toneladas con noventa y seis décimas. El segundo, más la quilla, que con cincuenta centímetros de altura y

veinticinco de anchura pesa por sí sola sesenta y dos toneladas, junto con la máquina, el lastre, los diversos accesorios y aparatos, los mamparos y los codales internos pesan novecientas sesenta y una toneladas con sesenta y dos centésimas, que, añadidas a las trescientas noventa y cuatro toneladas con noventa y seis centésimas, suman el total requerido de mil trescientas cincuenta y seis toneladas con cuarenta y ocho centésimas. ¿Comprendido?

[106]

—Comprendido —respondí.

—Así pues, cuando el *Nautilus* se encuentra a flote en esas condiciones —prosiguió el capitán—, emerge una décima parte. Ahora bien, lo que ocurre, señor profesor, es que si se dispone de unos depósitos con una capacidad igual a esa décima parte (es decir, que puedan contener ciento cincuenta toneladas con setenta y dos centésimas), y se inundan de agua, el barco desplazaría o pesaría mil quinientas siete toneladas y estaría completamente sumergido. Y así es: esos depósitos se encuentran en la parte inferior del *Nautilus*. Abro las espitas, se inundan los depósitos, y el barco al hundirse se empareja con la superficie del agua.

—Bien, capitán, pero así llegamos a la verdadera dificultad. Que pueda usted nivelarse con la superficie del océano lo comprendo. Pero más abajo, al sumergirse por debajo de esta superficie, ¿no sufrirá su aparato submarino la presión y, por consiguiente, experimentará un empuje de abajo hacia arriba que debemos calcular en una atmósfera por cada treinta pies de agua, es decir: alrededor de un kilogramo por centímetro cuadrado?

—Exactamente, señor.

—Entonces, a menos que inunde el *Nautilus* entero, no consigo ver cómo puede llevarlo al interior de las masas líquidas.

—Señor profesor —respondió el capitán Nemo—, no hay que confundir la estática con la dinámica porque, en ese caso, nos exponemos a cometer graves errores. Alcanzar las regiones profundas del océano supone muy poco esfuerzo, pues los cuerpos tienen tendencia a dirigirse al fondo. Siga usted mi razonamiento.

—Adelante, capitán.

—Cuando hube de determinar el incremento del peso que debía aplicar al *Nautilus* para sumergirlo, sólo tuve que preocuparme de la reducción de volumen que el agua de mar experimenta a medida

que sus capas se hacen cada vez más profundas.

—Es evidente —respondí.

—Aunque el agua no es absolutamente imposible de comprimir, sí que es, por el contrario, muy poco compresible. Según los cálculos más recientes, esta reducción sólo es de cuatrocientas treinta y seis diezmillonésimas por atmósfera, o por cada treinta pies de profundidad. Si se trata de descender a mil metros, tengo entonces en cuenta la reducción del volumen bajo una presión equivalente a la de una columna de agua de mil metros, es decir, bajo una presión de cien atmósferas. Esta reducción será entonces de cuatrocientas treinta y seis cienmilésimas. En consecuencia, debía incrementar el peso de manera que pesara ciento trece toneladas con setenta y siete centésimas, en vez de mil quinientas siete toneladas con dos décimas. El aumento no será, por lo tanto, más que de seis toneladas con cincuenta y siete centésimas.

—¿Solamente?

—Solamente, señor Aronnax, y el cálculo es fácil de verificar. Ahora bien, dispongo de depósitos suplementarios capaces de embarcar cien toneladas. Puedo descender a profundidades considerables. Cuando quiero remontar a la superficie y mantenerme a flor de agua, me basta con expulsar esta agua y vaciar por completo todos los depósitos, si deseo que el *Nautilus* emerja una décima parte de su capacidad total.

A estos argumentos, respaldados por las cifras, no tenía yo nada que objetar.

—Admito sus cálculos, capitán —respondí—, y no seré yo quien los ponga en entredicho, ya que la experiencia le da la razón a diario. Pero sospecho que hemos llegado a una dificultad real.

—¿Cuál, señor?

—Cuando se encuentra a mil metros de profundidad, las paredes del *Nautilus* soportan una presión de cien atmósferas. Si quiere usted vaciar los depósitos suplementarios para aligerar su barco y volver a la superficie, es preciso que las bombas venzan esa presión de cien atmósferas que equivale a cien kilogramos por centímetro cuadrado. De ahí una potencia...

—Que sólo la electricidad podía proporcionarme —se apresuró a decir el capitán Nemo—. Le repito, señor, que el poder dinámico de mis máquinas es casi infinito. Las bombas del *Nautilus* tienen una

fuerza prodigiosa y usted ha debido verlo cuando sus chorros de agua se lanzaron como un torrente sobre la *Abraham Lincoln*. Además, sólo utilizo los depósitos suplementarios para alcanzar profundidades medias de entre mil quinientos y dos mil metros, con el fin de no dañar mis aparatos. Aunque, cuando me apetece visitar las profundidades del océano a dos o tres leguas por debajo de su superficie, realizo maniobras más largas, pero no por ello menos infalibles.

—¿Cuáles, capitán? —pregunté.

—Eso me lleva naturalmente a decirle cómo se tripula el *Nautilus*.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Para gobernar este barco a babor o estribor, en una palabra, para desplazarnos siguiendo un plano horizontal, me sirvo de un gobernalle ordinario de pala ancha, fijado en la parte posterior del codaste y accionado mediante una rueda y un mecanismo de poleas. Pero también puedo mover el *Nautilus* de arriba a abajo y de abajo a arriba, o sea, en un plano vertical, mediante dos planos inclinados, fijados a sus costados sobre su centro de flotación; son unos planos móviles, capaces de adoptar todas las posiciones, que se maniobran desde el interior mediante poderosas palancas. Si estos planos se mantienen paralelos al barco, éste se mueve horizontalmente. Si se inclinan, el *Nautilus*, con arreglo a dicha inclinación y gracias al impulso de su hélice, bien se hunde siguiendo la diagonal que me convenga, bien emerge siguiendo dicha diagonal. E incluso, si quiero volver más rápidamente a la superficie, embrago la hélice y la presión de las aguas hace subir verticalmente al *Nautilus* como un globo que, inflado con hidrógeno, se elevara rápidamente por los aires.

—¡Bravo, capitán! —exclamé—. ¿Pero cómo puede el timonel seguir en medio de las aguas el rumbo que usted le marca?

—El timonel está situado en una torreta acristalada que sobresale en la parte superior del casco del *Nautilus*, y que va protegida por unos cristales lenticulares.

—¿Cristales capaces de resistir a esas presiones?

—Por supuesto. El cristal, aunque es frágil al choque, ofrece una resistencia considerable. En experiencias de pesca con luz eléctrica efectuadas en 1864 en pleno mar del Norte se ha comprobado cómo

unas placas de este material, de un grosor de siete milímetros solamente, resistían una presión de dieciséis atmósferas, al tiempo que dejaban pasar potentes rayos calóricos que le repartían desigualmente el calor. Pero los cristales que yo utilizo tienen un grosor de veintiún centímetros en su centro, es decir: treinta veces más que aquéllos.

—Lo admito, capitán Nemo; pero, a fin de cuentas, para ver, es preciso que la luz disipe las tinieblas, y me pregunto cómo en medio de esta oscuridad de las aguas...

—Detrás de la torreta del timonel hay instalado un poderoso reflector eléctrico, cuyos rayos iluminan el mar hasta media milla de distancia.

—¡Ah! ¡Bravo, tres veces bravo, capitán! ¡Ahora me explico la fosforescencia del supuesto narval, que tanto ha intrigado a los sabios! A propósito, quisiera preguntarle si el abordaje entre el *Nautilus* y el *Scotia*, que tan gran eco tuvo, fue el resultado de un choque fortuito.

—Puramente fortuito, señor. Yo navegaba a dos metros por debajo de la superficie de las aguas cuando el choque se produjo. Pero pude apreciar que no había tenido consecuencias graves.

—Así es, señor. Pero, en cuanto a su encuentro con la *Abraham Lincoln*...

—Señor profesor, lo lamento por tratarse de uno de los mejores navíos de la valerosa Armada americana, ¡pero me estaban atacando y tuve que defenderme! No obstante, me limité a dejar la fragata en un estado en que era incapaz de dañarme: no tendrá problemas para reparar sus averías en el puerto más cercano.

—¡Ah, comandante! —exclamé con convicción—. ¡Su *Nautilus* es realmente un buque maravilloso!

—¡Sí, señor profesor —respondió con verdadera emoción el capitán Nemo—, y lo amo como si fuera carne de mi carne! Si a bordo de uno de sus navíos sometidos a los azares del océano todo se convierte en un peligro, si en este mar la primera impresión es el sentimiento del abismo (como tan bien expresó el holandés Jansen), por debajo de su superficie y a bordo del *Nautilus*, el corazón del hombre ya no tiene nada que temer. No hay deformación por la que amedrentarse, pues el doble casco de este barco tiene la rigidez del hierro; no hay arboladura que el cabeceo o el balanceo hagan

peligrar; ni velas que el viento arrebate; ni calderas que el vapor destroce; ni incendios por los que preocuparse, puesto que este aparato está hecho de acero y no de madera; ni carbón que se agote, ya que la electricidad es su agente propulsor; ni abordaje que temer, puesto que es el único que navega por aguas profundas; ni temporal que capear, ya que a unos metros debajo de las aguas se halla la calma absoluta. Helo aquí, señor: ¡éste es el navío por antonomasia! Y si es cierto que el ingeniero tiene más confianza en el barco que el constructor y el constructor más que el propio capitán, comprenderá entonces con qué abandono me fío de mi *Nautilus*, ya que soy a la vez su capitán, su constructor y su ingeniero.

El capitán Nemo hablaba con una elocuencia arrebatadora. El fuego de su mirada y la pasión de sus gestos lo transfiguraban. ¡Sí! ¡Amaba su barco como un padre ama a su hijo!

Pero se imponía una pregunta, indiscreta quizá, y no pude privarme de formulársela.

—¿Así que es usted ingeniero, capitán Nemo?

—Sí, señor profesor —me respondió—, he estudiado en Londres, en París y en Nueva York, cuando era un habitante de los continentes terrestres.

—¿Pero cómo ha podido construir en secreto este admirable *Nautilus*?

—Cada una de sus partes, señor Aronnax, me ha llegado de un lugar diferente del planeta y a un destino encubierto. La quilla ha sido forjada en Le Creusot; el árbol de la hélice, en Pen y Cía., de Londres; las chapas de acero de su casco, en Leard, de Liverpool; la hélice, en Scott, de Glasgow. Los depósitos los fabricó Cail y Cía., de París; la máquina, Krupp, en Prusia; el espolón fue hecho en los talleres de Motala, en Suecia; los instrumentos de precisión, en Hart Brothers, de Nueva York, etc. Cada uno de estos proveedores recibió mis planos con nombres diferentes.

—Pero tuvo usted que montar y ajustar las partes fabricadas... —insistí.

—Señor profesor, había situado mis astilleros en un islote desierto en medio del océano. Allí, mis obreros, es decir, mis arriesgados compañeros, a quienes instruí y formé, y yo acabamos nuestro *Nautilus*. Después, una vez finalizada la operación, el fuego

destruyó toda huella de nuestro paso por ese islote, que yo habría hecho volar si hubiera podido.



—En ese caso, ¿debo creer que el precio de coste de este buque es excesivo?

—Señor Aronnax, un navío de hierro cuesta mil ciento veinticinco francos por tonelada. El *Nautilus* tiene un arqueado de mil quinientas. En consecuencia, asciende a un millón seiscientos ochenta y siete mil francos[107], es decir, dos millones incluido su acondicionamiento, o cuatro o cinco millones con las obras de arte y colecciones que atesora.

—Una última pregunta, capitán Nemo.

—Adelante, señor profesor.

—¿Quiere eso decir que es usted rico?

—Infinitamente rico, señor; podría pagar los diez mil millones de deuda de Francia sin ningún problema.

Miré fijamente al extraño personaje que me hablaba así. ¿Abusaba de mi credulidad? El futuro se encargaría de revelármelo.

XIV

El río Negro

Se calcula que la parte del globo terrestre ocupada por las aguas es de tres millones ochocientos treinta y dos mil quinientos cincuenta y ocho miriámetros cuadrados, es decir: más de treinta y ocho millones de hectáreas. Esta masa líquida equivale a dos mil doscientos cincuenta millones de millas cúbicas y podría formar una esfera de un diámetro de sesenta leguas cuyo peso sería de tres quintillones de toneladas. Para comprender esa cifra es necesario aclarar que un quintillón es a mil millones lo que mil millones son a la unidad o, dicho de otro modo, que hay tantos miles de millones en un quintillón como unidades en mil millones. Esta masa líquida equivale aproximadamente a la cantidad de agua que verterían todos los ríos de la Tierra durante cuarenta mil años.

Durante las épocas geológicas, al período del fuego sucedió el período del agua. Al principio, el océano fue universal. Luego, poco a poco, en las épocas silúricas, aparecieron cimas de montañas, emergieron islas, que desaparecieron bajo diluvios parciales, reaparecieron, se soldaron, formaron continentes y, finalmente, las tierras se fijaron geográficamente tal como ahora las vemos. Lo sólido había conquistado a lo líquido treinta y siete millones seiscientos cincuenta y siete millas cuadradas, es decir: doce mil novecientos dieciséis millones de hectáreas.

La configuración de los continentes permite dividir las aguas en cinco grandes partes: el océano Glacial Ártico, el océano Glacial Antártico, el océano Índico, el océano Atlántico y el océano Pacífico.

El océano Pacífico se extiende de Norte a Sur, entre los dos

círculos polares, y de Oeste a Este, entre Asia y América, abarcando ciento cuarenta y cinco grados de longitud. Es el más tranquilo de los mares; sus corrientes son anchas y lentas; sus mareas, de mediana amplitud; las lluvias, abundantes. Ése era el océano que mi destino me llamaba a recorrer en las más extrañas condiciones.

—Señor profesor —me dijo el capitán Nemo—, si le parece bien, vamos a marcar exactamente nuestra posición y a fijar el punto de partida de este viaje. Son las doce menos cuarto. Vamos a emerger.

El capitán pulsó tres veces un timbre eléctrico. Las bombas comenzaron a expulsar el agua de los depósitos; la aguja del manómetro iba marcando según las diferentes presiones el movimiento emergente del *Nautilus*, hasta que se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el capitán.

Me dirigí a la escala central, que culminaba en la plataforma. Subí los peldaños metálicos y, a través de las escotillas abiertas, llegué a la cubierta del *Nautilus*.

La plataforma sobresalía solamente ochenta centímetros. La proa y la popa del *Nautilus* tenían esa disposición fusiforme por la que se le podía comparar justamente con un largo puro. Observé que sus placas de acero, ligeramente imbricadas, se asemejaban a las escamas que revisten los cuerpos de los grandes reptiles terrestres. Entonces, pude explicarme sin más complicaciones cómo, pese a utilizar los mejores anteojos, todo el mundo había creído que ese buque era un animal marino.

Hacia el centro de la cubierta, el bote, inserto en el casco del buque, formaba una ligera protuberancia. En la proa y en la popa, se elevaban dos torretas de mediana altura, con las paredes inclinadas y en parte cerradas por espesos vidrios lenticulares: una estaba destinada al timonel que dirigía el *Nautilus*, y en la otra brillaba el potente fanal eléctrico que alumbraba su singladura.

La mar estaba magnífica, y el cielo puro. Apenas se dejaban sentir las ondulaciones del océano en el largo vehículo. Una ligera brisa del Este rizaba la superficie de las aguas. El horizonte, libre de brumas, se prestaba a las mejores observaciones.

No teníamos nada a la vista. Ni escollos, ni islotes. Ni tampoco la *Abraham Lincoln*. Sólo la inmensidad desierta.

El capitán Nemo, provisto de su sextante, tomó la altura del sol para averiguar su latitud. Durante unos minutos aguardó a que el

astro alcanzara el cenit en el horizonte. Mientras efectuaba sus observaciones, no se estremecía ni uno solo de sus músculos; el instrumento no se habría mantenido más inmóvil en una mano de mármol.



—Son las doce del mediodía —dijo—. Señor profesor, cuando usted guste...

Dirigí una última mirada a ese mar un poco amarillento de los parajes cercanos a la costa japonesa y volví a bajar al gran salón.

Una vez allí, el capitán marcó su situación y calculó cronométricamente la longitud, que estableció gracias a precedentes observaciones de los ángulos horarios. Después, me dijo:

—Señor Aronnax, nos encontramos a ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud Oeste... [108]

—¿De qué meridiano? —pregunté con anhelo, esperando que la respuesta del capitán sirviera para revelarme su nacionalidad.

—Señor —me respondió él—, tengo varios cronómetros sincronizados con los meridianos de París, Greenwich y Washington. Pero, en su honor, utilizaré el de París.

Esa respuesta no me aclaraba nada. Me incliné y el comandante repitió:

—Treinta y siete grados y quince minutos de longitud [109] al Oeste del meridiano de París y treinta grados y siete minutos de latitud Norte, lo que significa que nos hallamos a unas trescientas millas de las costas del Japón. Hoy, 8 de noviembre, a las doce del mediodía, comienza nuestro viaje de exploración bajo las aguas.

—¡Que Dios nos proteja! —respondí.

—Y ahora, señor profesor —añadió el capitán—, le dejo con sus estudios. He puesto rumbo Esnordeste, a cincuenta metros de profundidad. Aquí tiene cartas náuticas de gran escala donde podrá seguir la travesía. El salón está a su disposición. Con su permiso, me retiraré.

El capitán Nemo se despidió. Yo me quedé solo, absorto en mis cavilaciones. Todas giraban en torno al comandante del *Nautilus*. ¿Llegaría algún día a saber a qué nación pertenecía ese hombre extraño que se vanagloriaba de no pertenecer a ninguna? El odio que profesaba a la humanidad, ese odio que quizá ansiaba una terrible venganza, ¿quién lo había provocado? ¿Era uno de esos sabios desconocidos, uno de esos genios «a los que se ha menospreciado», según la expresión de Conseil, un moderno Galileo, o bien uno de esos hombres de ciencia como el americano Maury, cuya carrera quedó truncada por las revoluciones políticas? Aún era pronto para saberlo. Él, que tenía mi vida entre sus manos,

me acogía fría pero hospitalariamente, a mí, a quien el azar acababa de arrojar a bordo de su buque. Sin embargo, nunca había estrechado la mano que yo le tendía, y nunca me había tendido la suya.

Durante una hora entera permanecí sumido en estas reflexiones, intentando aclarar ese misterio que tanto me interesaba. Después, mi mirada se posó sobre el gran planisferio desplegado encima de la mesa, y señalé con el dedo el punto exacto donde se cruzaban la longitud y la latitud observadas.

El mar tiene sus ríos, como los continentes. Son corrientes especiales, reconocibles por su temperatura y color. La más notable de éstas se conoce con el nombre de *Gulf Stream* [110]. La ciencia ha descubierto en el planeta la dirección de cinco corrientes principales: una en el Atlántico Norte, la segunda en el Atlántico Sur, la tercera en el Pacífico Norte, la cuarta en el Pacífico Sur y la quinta en el océano Índico Sur. Es incluso probable que otrora existiese una sexta corriente en el océano Índico Norte, cuando los mares de Aral y Caspio, unidos a los grandes lagos de Asia, sólo formaban una misma y única extensión de agua.

En el punto indicado en el planisferio, avanzaba una de esas corrientes, el *Kuro Shivo* de los japoneses, el río Negro, que, tras nacer en el golfo de Bengala, donde lo calientan los rayos perpendiculares del sol de los Trópicos, atraviesa el estrecho de Malacca, perlonga la costa de Asia y circunda el Pacífico Norte hasta las islas Aleutianas, acarreando troncos de alcanforeros y otros productos indígenas y hendiendo con el puro añil de sus cálidas aguas las aguas del océano. Era ésa la corriente que el *Nautilus* iba a recorrer. Yo la seguía con la mirada, la veía perderse en la inmensidad del Pacífico y me sentía arrastrado por ella; entonces, Ned Land y Conseil aparecieron en la puerta del salón.



Mis dos valerosos compañeros se quedaron petrificados al contemplar las maravillas expuestas ante sus ojos.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —exclamó el canadiense—. ¿En el Museo de Quebec?

—Si al señor no le molesta —replicó Conseil—, más bien parece el palacio de Sommerard[111].

—Amigos míos —respondí, haciéndoles un gesto para que entraran—, no estamos ni en el Canadá ni en Francia, sino a bordo del *Nautilus*, y a cincuenta metros bajo el nivel del mar.

—Hemos de creer una vez más al señor, puesto que el señor lo afirma —respondió Conseil—; pero, francamente, este salón está concebido para asombrar incluso a un flamenco como yo.

—Admírate, amigo mío, y observa, pues, para un clasificador de tu talla, aquí no falta material para trabajar.

No era necesario alentar a Conseil. El buen muchacho, inclinado sobre las vitrinas, murmuraba ya palabras de la lengua de los naturalistas: clase de los gasterópodos, familia de los buccínidos, género de las porcelanas, especie *Cypræa madagascariensis*, etc.

Mientras tanto, Ned Land, bastante poco amigo de la conquiliología, me interrogaba acerca de mi entrevista con el capitán Nemo. ¿Había descubierto yo quién era, de dónde venía, adonde iba, hacia qué profundidades nos arrastraba? En definitiva, mil preguntas a las que no me dejaba tiempo de responder.

Le dije todo lo que sabía, o más bien todo lo que no sabía, y le pregunté qué había visto u oído él por su parte.

—¡Ni he visto, ni he oído! ¡Nada! —respondió el canadiense—. Ni siquiera he visto a la tripulación de este barco. ¿No será, por casualidad, también eléctrica?

—¿Eléctrica?

—¡Pues está uno tentado de creerlo! Pero usted, señor Aronnax —me preguntó Ned Land, que seguía con su idea fija—, ¿no podría decirme cuántos hombres hay a bordo? ¿Diez, veinte, cincuenta, cien?

—No sabría qué responderle, Ned. Además, créame, abandone de momento la idea de apoderarse del *Nautilus* o de huir. Este barco es una obra maestra de la industria moderna y lamentaría no haberlo visto. Muchas personas aceptarían la situación por la que atravesamos, aunque sólo fuera por pasearse a través de estas

maravillas. Por lo tanto, manténgase usted tranquilo e intentemos ver qué pasa alrededor de nosotros.

—¡Ver! —gritó el arponero—. ¡Pero si no se ve nada, no veremos nada en esta prisión de acero! Avanzamos y navegamos a ciegas...

Ned Land acababa de pronunciar estas palabras cuando, súbitamente, se hizo la oscuridad, una oscuridad absoluta. El techo luminoso se apagó tan rápidamente que mis ojos sufrieron una sensación dolorosa, similar a la que produce el paso contrario de las profundas tinieblas a la luz más deslumbrante.

Nos quedamos mudos, sin movernos siquiera, sin saber qué sorpresa, agradable o desagradable, nos aguardaba. Entonces oímos algo, como un objeto que se deslizara, como si se maniobraran unas escotillas en los costados del *Nautilus*.

—¡Es el final del final! —dijo Ned Land.

—Orden de las hidromedusas —murmuró Conseil.

De repente, se hizo la luz a cada lado del salón, a través de dos aberturas oblongas. Las masas líquidas aparecieron intensamente iluminadas por los efluvios eléctricos. Dos placas de cristal nos separaban del mar. Al principio, me estremecí al pensar que esta frágil pared podría romperse, pero unos sólidos armazones de cobre la sujetaban y le daban una resistencia casi infinita.

El mar era perfectamente visible en un radio de una milla alrededor del *Nautilus*. ¡Qué espectáculo! ¿Qué pluma podría describirlo? ¿Quién podría pintar los efectos de la luz a través de las capas transparentes y la delicadeza de sus sucesivas degradaciones hasta las capas inferiores y superiores del océano?

Se conoce la diafanidad del mar. Se sabe que su limpidez supera a la del agua de roca. Las sustancias minerales y orgánicas que tiene en suspensión aumentan incluso su transparencia. En ciertas partes del océano, en las Antillas, ciento cuarenta y cinco metros de agua dejan ver el lecho de arena con una nitidez sorprendente, y la fuerza de penetración de los rayos solares no parece detenerse hasta una profundidad de trescientos metros. Pero, en ese medio fluido que recorría el *Nautilus*, el resplandor eléctrico se producía en el interior mismo de las aguas. Ya no se trataba de agua luminosa, sino de luz líquida.

Si admitimos la tesis de Erhemberg[112], que cree en una

iluminación fosforescente de los fondos submarinos, la naturaleza ha reservado para los habitantes del mar uno de sus más prodigiosos espectáculos, del que teníamos una muestra en los miles de juegos de esa luz. A cada lado, había una ventana abierta sobre aquellos abismos inexplorados. La oscuridad del salón realzaba la claridad exterior, mientras que mirábamos como si aquel puro cristal hubiese sido la vitrina de un inmenso acuario.



El *Nautilus* parecía no moverse. Faltaban los puntos de referencia. A veces, sin embargo, las líneas de agua, divididas por su espolón, pasaban ante nuestros ojos con una velocidad extraordinaria.

Maravillados y acodados sobre las vitrinas, ninguno de nosotros había roto aún ese silencio de estupefacción, cuando Conseil dijo:

—¿No quería ver, amigo Ned? Pues bien, ¡ahora puede ver!

—¡Curioso, curioso! —repetía el canadiense, que, olvidando su ira y sus proyectos de evasión, experimentaba una irresistible atracción—. ¡Y hasta de más lejos vendría uno para admirar este espectáculo!

—¡Ah! —exclamé—. ¡Comprendo la vida de este hombre! ¡Se ha hecho un mundo aparte que le reserva sus maravillas más extraordinarias!

—Bueno, ¿y los peces? —preguntó el canadiense—. ¡No veo peces!

—¿Y qué más le da, amigo Ned —respondió Conseil—, si no los conoce?

—¿Cómo que no? ¡Está usted hablando con un pescador! —exclamó Ned Land.

Entonces, se entabló una discusión entre los dos amigos, puesto que conocían los peces, pero cada uno de muy diferente manera.

Todo el mundo sabe que los peces forman la cuarta y última clase del tipo de los vertebrados[113]. Se les ha definido muy exactamente como: «vertebrados de circulación doble y sangre fría, que respiran por las branquias y están destinados a vivir en el agua». Forman dos series distintas: la de los peces óseos, es decir, aquellos cuya espina dorsal está hecha de vértebras óseas, y la de los peces cartilaginosos, o sea, aquellos cuya espina dorsal está hecha de vértebras cartilaginosas.

El canadiense conocía quizá esta distinción, pero Conseil sabía mucho más, y al estar entonces unido a Ned por la amistad, no podía tolerar que estuviese menos instruido que él. Así pues, le dijo:

—Amigo Ned, usted es un matador de peces; es decir, un pescador muy hábil. Ha capturado un gran número de esos interesantes animales. Pero apuesto lo que quiera a que no sabe usted cómo clasificarlos.

—Sí —respondió serio el arponero—. ¡Se los clasifica en peces

comestibles y en peces no comestibles!

—Ese ejemplo es digno de un glotón —respondió Conseil—. Pero, dígame, ¿conoce la diferencia entre los peces óseos y los cartilaginosos?

—Quizá sí, Conseil.

—¿Y cómo se subdividen esas dos grandes clases?

—Ni la menor idea —respondió el canadiense.

—¡Pues bien, amigo Ned, escúcheme y apréndaselo! Los peces óseos se subdividen en seis órdenes. El primero está formado por los acantopterigios, cuya mandíbula superior es completa y móvil, y cuyas branquias adoptan la forma de un peine. Este orden comprende quince familias, es decir, las tres cuartas partes de los peces conocidos. Tipo: la perca común.

—Y bien rica que está —apostilló Ned Land.

—Segundo —prosiguió Conseil—: los peces abdominales, que tienen las aletas ventrales suspendidas bajo el abdomen y por detrás de las pectorales, sin estar adheridas a las espinas dorsales. Es un orden que se divide en cinco familias y abarca la mayor parte de los peces de agua dulce. Tipos: la carpa y el lucio.

—¡Bah! —exclamó el canadiense con cierto desprecio—. ¡Peces de agua dulce!

—Tercero —dijo Conseil—: los subbranquiales, cuyas ventrales están adheridas bajo las pectorales y directamente suspendidas de las espinas dorsales. Este orden agrupa a cuatro familias. Tipos: platijas, gallos, rodaballos, barbadás, lenguados, etc.

—¡Excelentes! ¡Excelentes! —voceaba el arponero, que sólo valoraba los peces en tanto que pescado.

—Cuarto —continuó Conseil perseverante—: los ápodos, de cuerpo alargado, desprovistos de aletas ventrales y revestidos de una piel gruesa y a menudo viscosa; este orden sólo comprende una familia. Tipos: la anguila y el gimnoto.

—¡Mediocre, mediocre! —respondió Ned Land.

—Quinto —dijo Conseil—: los lofobranquios, que tienen mandíbulas completas y libres, pero cuyas branquias están formadas por pequeños copetes, dispuestos a pares a lo largo de los arcos branquiales. Este orden sólo cuenta con una familia. Tipos: los hipocampos y los pegasos dragones.

—¡Malos, malos! —replicó el arponero.

—Sexto y último —dijo Conseil—: los plectognatos, cuyo maxilar está firmemente fijado por el lado del intermaxilar que forma la mandíbula, y cuyo arco palatino se adhiere mediante una sutura al cráneo, quedando así inmóvil; es un orden que carece de auténticas ventrales y que consta de dos familias. Tipos: los tetrodóntidos y los peces luna.

—¡Capaces de deshonor cualquier puchero! —exclamó el canadiense.

—¿Ha comprendido, amigo Ned? —inquirió el docto Conseil.

—Ni lo más mínimo, amigo Conseil —respondió el arponero—. Pero siga, que es muy interesante.

—En cuanto a los peces cartilaginosos —prosiguió imperturbable Conseil—, sólo están representados por tres órdenes.

—Mucho mejor —dijo Ned.

—Primero: los ciclóstomos, cuyas mandíbulas están soldadas en un anillo móvil y cuyas branquias se abren por numerosos orificios; este orden sólo tiene una familia. Tipo: la lamprea.

—Hay que saber apreciarla —replicó Ned Land.

—Segundo: los selacios, con branquias similares a las de los ciclóstomos, pero cuya mandíbula inferior es móvil. Este orden, el más interesante de la clase, incluye dos familias. Tipos: las rayas y los escualos.

—¿Qué? —exclamó Ned—. ¿Rayas y tiburones en el mismo orden? Pues bien, amigo Conseil, por el bien de las rayas le recomiendo que no los ponga juntos en el mismo bocal.

—Tercero —siguió Conseil—: los esturiónidos, de branquias abiertas, por lo general, por una única hendidura provista de un opérculo; este orden incluye cuatro géneros. Tipo: el esturión.

—¡Ah, amigo Conseil! A mi juicio, ha reservado usted lo mejor para el final. ¿Eso es todo?

—Sí, Ned —respondió Conseil—, pero tenga usted en cuenta que saber eso es como no saber nada todavía, pues las familias se subdividen en géneros, en subgéneros, en especies, en variedades...

—Bueno, amigo Conseil —dijo el arponero, inclinándose sobre el cristal de la escotilla—, ahí tenemos unas variedades que pasan.

—Sí, peces —exclamó Conseil—. Es como si estuviéramos en un acuario.

—No —respondí yo—, pues el acuario no es más que una jaula,

y esos peces son libres como un pájaro en el aire.

—¡Venga, amigo Conseil! Désígnelos, désígnelos por sus nombres —decía Ned Land.

—Yo —respondió Conseil— no soy capaz. Eso es competencia de mi señor.

Así era, el buen muchacho, empedernido clasificador, no era naturalista, y de hecho no sé si habría distinguido un atún de un bonito. En una palabra, era lo contrario del canadiense, que nombraba a todos los peces sin vacilar.

—Un pez ballesta —había dicho yo.

—Sí, pero un pez ballesta chino —replicó Ned Land.

—Género de los balistidos, familia de los esclerodermos, orden de los plectognatos —murmuró Conseil.

Decididamente, entre ambos, Ned y Conseil, habrían formado un naturalista notable.

El canadiense no se había equivocado. Un banco de peces ballesta, de cuerpo comprimido, con la piel granulosa y armados con un aguijón en su dorsal, retozaban en torno al *Nautilus* y agitaban las cuatro hileras de aguijones que erizaban cada lado de su cola. Nada más admirable que su librea, gris por encima y blanca por debajo, cuyas máculas de oro centelleaban en el oscuro remolino de la corriente. Entre aquellos peces, se desplegaban unas rayas cual manteles abandonados al viento, y entre ellas vi, para mi gran regocijo, aquella raya china, amarillenta en su parte superior y de un tenue color rosado bajo el vientre, armada con tres aguijones detrás de los ojos; especie rara, e incluso de dudosa existencia en tiempos de Lacépède, que sólo la había podido contemplar en una carpeta de dibujos japoneses[114].

Durante dos horas, todo un ejército acuático fue dando escolta al *Nautilus*. En medio de sus juegos, de sus saltos, mientras rivalizaban en belleza, esplendor y velocidad, distinguí el budión verde; el salmonete de roca, marcado con una doble raya negra; el gobio dorado, de caudal redondeada, de color blanco y manchado de violeta en el lomo; el estornino, admirable especie de caballa de aquellos mares, con el cuerpo azul y la cabeza plateada; brillantes azurores, cuyo nombre por sí solo supera cualquier descripción; dentones, con las aletas abigarradas de azul y de amarillo; esparos de franjas, realzados con una banda negra en su caudal; esparos

zonéforos, igualmente encorsetados en sus seis cinturones; aulóstomos, verdaderos bocas de flauta o trompeteros, algunos de cuyos ejemplares alcanzaban una longitud de un metro; salamandras del Japón; morenas equídneas, largas serpientes de seis pies, de ojos vivos y pequeños y con una enorme boca plagada de dientes, etcétera.



Nuestra admiración no disminuía. Nuestras interjecciones no cesaban. Ned nombraba a los peces, Conseil los clasificaba, y yo me extasiaba ante la vivacidad de sus movimientos y la belleza de sus formas. Nunca había tenido ocasión de acechar en medio de las aguas a esos animales vivos y, además, libres en su elemento natural.

No citaré todas las variedades que pasaron ante nuestros ojos deslumbrados: toda esa colección de los mares del Japón y de China. Los peces acudían, más numerosos que los pájaros en el aire, atraídos sin duda por el cegador foco de luz eléctrica.

De repente, se encendió la luz en el salón. Las escotillas metálicas se cerraron. La encantadora visión desapareció. Pero, durante un buen rato seguí soñando, hasta que mi mirada se fijó en los instrumentos suspendidos de las paredes. La brújula seguía indicando rumbo Nornordeste[115], el manómetro indicaba una presión de cinco atmósferas, correspondiente a una profundidad de cincuenta metros, y la corredera eléctrica señalaba una velocidad de quince millas por hora.

Yo esperaba al capitán Nemo, pero no apareció. El reloj marcaba las cinco.

Ned Land y Conseil regresaron a su camarote. Yo volví al mío, donde tenía la cena servida. Se componía de una sopa de tortuga, preparada con los ejemplares más delicados de carey, un salmonete de carne blanca y ligeramente hojaldrada, y cuyo hígado, preparado aparte, se convirtió en un manjar delicioso; por último, filetes de holacanto emperador, cuyo sabor me pareció superior al del salmón.

Pasé la tarde leyendo, escribiendo, reflexionando. Después, tras apoderarse el sueño de mí, me estiré en el lecho de zostera y me dormí profundamente, mientras el *Nautilus* se deslizaba a través de la rápida corriente del río Negro.

XV

Una invitación por carta

Al día siguiente, 9 de noviembre, me desperté después de un largo sueño de doce horas. Conseil vino, según su costumbre, a saber «cómo había pasado la noche el señor» y a ofrecerme sus servicios. Había dejado a su amigo canadiense durmiendo como a alguien que no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida.

Dejé al buen muchacho charlar a placer, sin pararme a responderle. Yo estaba preocupado por la ausencia del capitán Nemo durante la víspera, aunque confiaba en volver a verlo aquel día.

Me vestí con mi traje de biso, cuya naturaleza provocó las reflexiones de Conseil. Le expliqué que estaba fabricado con los filamentos brillantes y sedosos que unen a las rocas las nacras, especie de conchas muy abundantes en las orillas del Mediterráneo. Antiguamente, se confeccionaba con ellas bellos tejidos, medias y guantes, pues eran al tiempo suaves y muy calientes. Así pues, la tripulación del *Nautilus* podía vestirse a buen precio, sin pedir nada ni a los algodoneros, ni a las ovejas, ni a los gusanos de seda de la tierra.

Cuando me hube vestido, me dirigí al gran salón. Estaba vacío.

Me sumergí en el estudio de aquellos tesoros de la conquiliología que abarrotaban las vitrinas. Examiné también unos grandes herbarios llenos de las más raras plantas marinas, y que, pese a estar secas, conservaban sus admirables colores. Entre aquellos preciosos hidrofitos, vi cladostefos verticilados; padinas pavonias; caulerpas de hoja apampanada; calitamnios graníferos; delicadas ceramiáceas de tonalidades escarlata; agaros dispuestos en

forma de abanico; acetabularios, similares a unos bonetes de hongos hundidos y que durante mucho tiempo fueron clasificados entre los zoófitos, y, por último, toda una serie de laminarias.

Así transcurrió la jornada entera sin que el capitán Nemo me hiciera el honor de visitarme. Las escotillas del salón permanecieron cerradas. Quizá no querían abrumarnos con toda aquella belleza. El rumbo del *Nautilus* se mantuvo en Esnordeste, su velocidad a doce millas y su profundidad entre cincuenta y sesenta metros.

Al día siguiente, 10 de noviembre, el mismo abandono, la misma soledad. No vi a ningún miembro de la tripulación. Ned y Conseil pasaron la mayor parte del día conmigo, sorprendidos por la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaría enfermo aquel hombre singular? ¿Querría modificar sus proyectos para con nosotros?

Después de todo, tal como observó Conseil, disfrutábamos de una completa libertad y estábamos delicada y abundantemente alimentados. Nuestro anfitrión respetaba los términos del acuerdo. No podíamos quejarnos y, además, por las particulares características de nuestro destino, que nos reservaba tan espléndidas compensaciones, aún no teníamos derecho a acusarlo de nada.

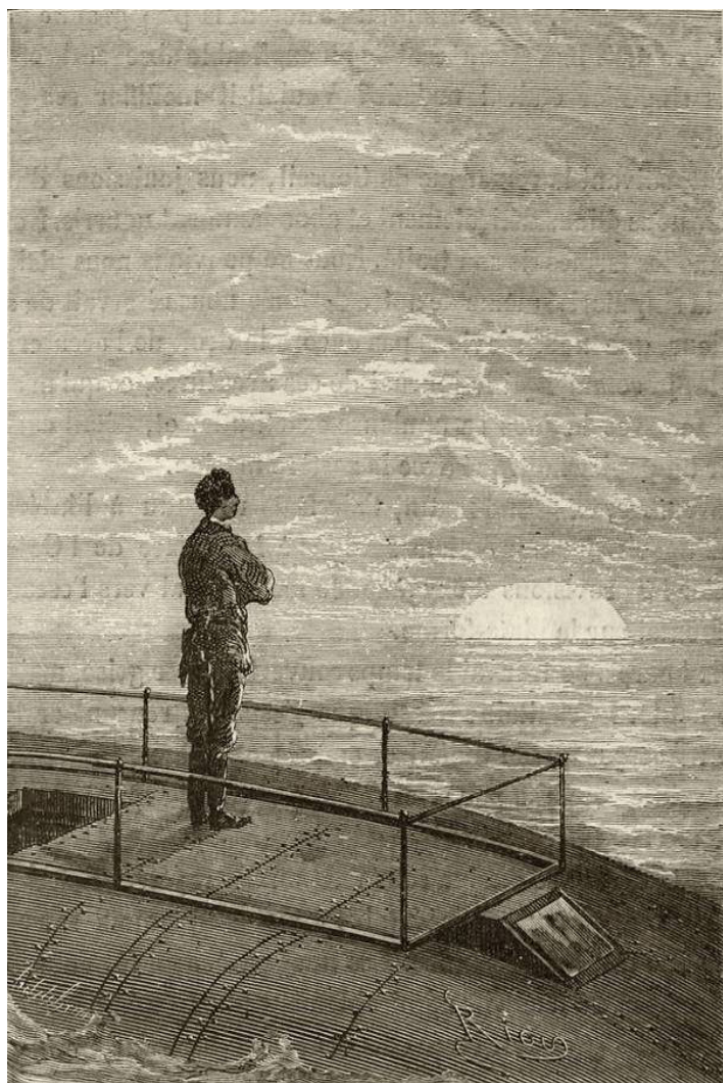
Aquel día comencé a escribir el diario de estas aventuras, lo que me ha permitido contarlas con la más escrupulosa exactitud; el detalle curioso es que lo hice sobre papel fabricado con la zosteria marina.

El 11 de noviembre, muy temprano, el aire fresco que invadía el interior del *Nautilus* me sirvió como señal de que habíamos vuelto a la superficie del océano a fin de renovar las provisiones de oxígeno. Me dirigí hacia la escala central y subí a cubierta.

Eran las seis de la mañana. Me encontré con el cielo cubierto y el mar gris, pero en calma. Apenas había un ligero oleaje. ¿Acudiría el capitán Nemo, a quien yo pensaba encontrar? No vi más que al timonel, recluso en su torreta de cristal. Sentado sobre el saliente del bote, inspiré con delectación las emanaciones salinas.

Poco a poco, la bruma fue aclarándose debido a la acción de los rayos solares. El astro radiante despuntaba por el horizonte oriental. El mar se inflamó por efecto de su mirada como un reguero de pólvora. Las nubes, diseminadas en las alturas, se tiñeron de tonos vivos admirablemente matizados, y numerosas «lenguas de

gato [116] » anunciaron viento para toda la jornada.



¡Mas que podría hacer el viento contra el *Nautilus*, al que ni las tempestades podían intimidar!

Así pues, yo contemplaba con admiración ese dichoso amanecer, tan alegre, tan vivificante, cuando oí que alguien subía hacia cubierta.

Me disponía a saludar al capitán Nemo, pero fue su segundo —al que ya había visto durante la primera visita del capitán— quien apareció. Avanzó hacia la plataforma y no pareció darse cuenta de mi presencia. Con su poderoso catalejo, escrutó todos los puntos del horizonte con suma atención. Después, una vez concluido el examen, se aproximó a la escotilla y pronunció una frase cuyos términos exactos son como sigue. La he retenido porque cada mañana se reproducía en idénticas condiciones:

«*Nautron respoc lorni virch*».

No podría decir qué significaba.

Tras pronunciar esas palabras, el segundo volvió a bajar. Pensé que el *Nautilus* iba a reanudar su navegación submarina. Bajé por la escotilla y a través de los corredores regresé a mi camarote.

Así, transcurrieron cinco días sin que la situación sufriera cambio alguno. Cada mañana subía a cubierta. El mismo individuo pronunciaba la misma frase. El capitán Nemo no aparecía.

Ya estaba convencido de que no lo volvería a ver, cuando, el 16 de noviembre, al regresar a mi habitación con Ned y Conseil, encontré una nota que iba dirigida a mí.

La abrí con impaciencia. Estaba escrita con una grafía clara y segura, pero con cierto aire gótico que hacía recordar los caracteres alemanes.

La nota estaba redactada en los siguientes términos:

Señor profesor Aronnax, a bordo del *Nautilus*.

16 de noviembre de 1867.

El capitán Nemo tiene el honor de invitar al profesor Aronnax a una cacería que tendrá lugar mañana por la mañana en sus bosques de la isla de Crespo, y espera que no haga ningún obstáculo para que el señor profesor pueda asistir a la misma. Igualmente, verá con agrado que sus compañeros le acompañen.

El comandante del *Nautilus*,
Capitán Nemo.

—¡Una cacería! —exclamó Ned.

—¡Y en sus bosques de la isla de Crespo! —añadió Conseil.

—Pero, entonces, ¿este individuo baja a tierra? —repuso Ned Land.

—Me parece que está bien claro —dije yo relejendo la carta.

—¡Bien! Es menester aceptar —replicó el canadiense—. Una vez en tierra firme ya nos despabilaremos para tomar una decisión. Además, no me molestaría comer unas tajadas de caza fresca.

Sin intentar conciliar lo que había de contradictorio entre la manifiesta aversión del capitán Nemo por continentes e islas y su invitación a la cacería en aquellos bosques, me contenté con responder:

—Veamos en primer lugar qué es la isla de Crespo.

Consulté el planisferio y, a 32° 40' de latitud Norte y 167° 50' de longitud Oeste, encontré un islote, descubierto en 1801 por el capitán Crespo, que en las antiguas cartas españolas se denominaba Roca de la Plata[117]. Estábamos, así pues, a mil ochocientas millas de nuestro punto de partida, y el rumbo levemente modificado del *Nautilus* le llevaba hacia el Sudeste.

Mostré a mis compañeros esa pequeña roca perdida en medio del Pacífico Norte.

—Si el capitán Nemo toca tierra algunas veces —les dije—, al menos elige islas absolutamente desiertas.

Ned Land movió la cabeza sin responder, luego, Conseil y él salieron. Tras una cena que me fue servida por el *steward* mudo e impasible, me dormí, no sin cierta preocupación.

Al despertarme al día siguiente, 17 de noviembre, sentí que el *Nautilus* estaba absolutamente inmóvil. Me vestí con presteza y entré en el gran salón.

Allí estaba el capitán Nemo. Me esperaba, se levantó, saludó y me preguntó si me apetecía acompañarle.

Como no hizo alusión alguna a su ausencia durante esos ocho días, me abstuve de referirme a ello y respondí simplemente que mis compañeros y yo estábamos dispuestos a seguirle.

—Señor —añadí yo—, querría hacerle una pregunta.

—Adelante, señor Aronnax, y, si puedo responder, responderé.

—Pues bien, capitán, ¿cómo es posible que usted, que ha roto todos los lazos con la tierra, posea bosques en la isla de Crespo?

—Señor profesor —me respondió el capitán—, los bosques que poseo no necesitan ni la luz ni el calor del sol. Ni los leones, ni los tigres, ni las panteras, ni cuadrúpedo alguno campa por ellos. Nadie más que yo los conoce, y sólo crecen para mí. No se trata de bosques terrestres, ni mucho menos, sino de bosques submarinos.

—¡Bosques submarinos! —exclamé yo.

—Sí, señor profesor.

—¿Y me está ofreciendo usted conducirme a ellos?

—Exacto.

—¿A pie?

—Y a pie enjuto, además.

—¿De cacería?

—De cacería.

—¿Escopeta en mano?

—Escopeta en mano.

Miré al comandante del *Nautilus* con un aire que no tenía nada de halagador para su persona.

«Decididamente, está mal de la cabeza —pensé—. Ha tenido un acceso que le ha durado ocho días y que incluso todavía le dura. ¡Qué lástima! ¡Más valía extraño que loco!».

Esa reflexión se traslucía claramente de mi cara, pero el capitán Nemo se limitó a invitarme a seguirle, y yo lo seguí resignado a todo.

Llegamos al comedor donde la mesa estaba ya lista.

—Señor Aronnax —me dijo el capitán—, le ruego que compartamos sin protocolos el almuerzo. Hablaremos mientras almorzamos. Aunque le he prometido un paseo por el bosque, no he dicho que vayamos a encontrar un restaurante. Almuerce, pues, pensando en que quizá cenará bastante tarde.

Hice los honores a la comida. Se componía de diversos pescados y de rebanadas de holoturias, excelentes zoófitos, acompañadas de unas algas muy aperitivas, tales como la *Porphyria laciniata* y la *Laurentia primafetida*. La bebida se componía de agua límpida a la que, siguiendo el ejemplo del capitán, añadí unas gotas de un licor fermentado, extraído, según la moda kamchatkiana, del alga

conocida con el nombre de *Rhodimenia palmata*.



El capitán Nemo empezó a comer sin pronunciar una sola palabra. Un poco más tarde, me dijo:

—Señor profesor, cuando le he propuesto que viniera a cazar a mis bosques de la isla de Crespo, ha creído que yo incurría en una contradicción conmigo mismo. Cuando le he dicho que se trataba de bosques submarinos, ha pensado usted que estaba loco. Señor profesor, no hay que juzgar nunca a los hombres a la ligera.

—Pero, capitán, créame...

—Escúcheme, y ya verá usted si debe acusarme de locura o contradicción.

—Le escucho.

—Señor profesor, usted sabe tan bien como yo que el hombre puede vivir bajo el agua a condición de que lleve consigo la provisión de aire respirable que necesita. En los trabajos submarinos, el obrero, vestido con un traje impermeable y con una cápsula de metal colocada sobre la cabeza, recibe el aire del exterior por medio de bombas impelentes y de reguladores de escape.

—Con ese sistema funcionan las escafandras —dije yo.

—En efecto, pero en esas condiciones, el hombre no es libre. Está unido a la bomba que le envía el aire por un tubo de goma, una auténtica cadena que le amarra a tierra; si tuviéramos que estar ligados de tal manera al *Nautilus*, no podríamos ir muy lejos.

—¿Y cuál es el medio para liberarse? —pregunté.

—Emplear el aparato Rouquayrol-Denayrouze [118], inventado por dos de sus compatriotas y que yo he perfeccionado para mi uso; así podrá usted afrontar esas nuevas condiciones fisiológicas sin que sus órganos padezcan lo más mínimo. Está compuesto de un depósito de chapa gruesa, en el que almaceno el aire a una presión de cincuenta atmósferas. Ese depósito se puede llevar a la espalda sujeto por medio de tirantes como el macuto de un soldado. Su parte superior forma una caja de la que el aire, mantenido por un mecanismo de fuelle, no puede escaparse más que a su presión normal. En el aparato Rouquayrol, tal como se viene utilizando, dos tubos de goma que salen de esa caja desembocan en una especie de máscara que aprisiona la nariz y la boca del operario; uno sirve para introducir el aire inspirado, el otro para dejar salir el aire espirado, y la lengua cierra éste o aquél según las necesidades de la

respiración. Pero yo, que tengo que hacer frente a presiones considerables en el fondo de los mares, me he visto obligado a introducir la cabeza en una esfera de cobre, como la de las escafandras, y es a esa esfera adonde van a parar los dos tubos de inspiración y de espiración.

—Perfecto, capitán Nemo, pero el aire que lleva usted se debe gastar enseguida y cuando no contiene más del quince por ciento de oxígeno se vuelve irrespirable.

—Sin duda, pero ya se lo he dicho, señor Aronnax, las bombas del *Nautilus* me permiten almacenarlo a una presión considerable, y, en esas condiciones, el depósito del aparato puede proporcionar aire respirable durante nueve o diez horas.

—No tengo ninguna objeción que formular —respondí—. Sólo deseo preguntarle, capitán, ¿cómo puede iluminar su camino en el fondo del océano?

—Con el aparato Ruhmkorff, señor Aronnax. Si el primero del que hablamos se lleva a la espalda, este otro va ceñido a la cintura. Se compone de una pila de Bunsen que pongo en marcha no con bicromato de potasio, sino con sodio. Una bobina de inducción recoge la electricidad producida y la dirige hacia una linterna de un modelo especial. En la linterna hay un serpentín de vidrio, que contiene solamente un residuo de gas carbónico. Cuando el aparato funciona, el gas se torna luminoso, proporcionando una luz blanquecina y continua. Pertrechado de ese modo, respiro y veo.

—Capitán Nemo, a todas mis objeciones me da usted unas respuestas tan aplastantes que ya no me atrevo a dudar. No obstante, si bien estoy obligado a admitir los aparatos Rouquayrol y Ruhmkorff, me permito expresar mis reservas sobre el fusil con el que quiere armarme.

—No se trata, claro está, de un fusil de pólvora —respondió el capitán.

—¿Así pues, es un fusil de aire?

—Exacto. ¿Cómo quiere usted que fabrique pólvora a bordo, careciendo como carezco de salitre, azufre y carbón?

—Además, hay que tener en cuenta —dije— que para tirar bajo el agua, en un medio ochocientas cincuenta y cinco veces más denso que el aire, hará falta vencer una resistencia considerable.

—Eso no es ningún problema. Existen algunos cañones,

perfeccionados después de Fulton por los ingleses Philippe Coles[119] y Burley, por el francés Furcy y por el italiano Landi, que van provistos de un sistema especial de cierre y que pueden disparar en esas condiciones. Pero, se lo repito, al no tener pólvora la he substituido por aire a alta presión, que las bombas del *Nautilus* me proporcionan en abundancia.

—Pero, ese aire se agotará rápidamente.

—¡Bien! ¿Y no tengo yo mi depósito Rouquayrol, que, en caso necesario, me lo puede suministrar? Para eso basta con una espita *ad hoc*. Además, señor Aronnax, ya verá por sí mismo que durante nuestras cacerías submarinas no se hace mucho gasto de aire ni de balas.

—Sin embargo, me parece que en esa semioscuridad, y en medio de ese líquido tan denso en comparación con la atmósfera, los disparos no pueden llegar muy lejos y difícilmente pueden ser mortales.

—Señor, con ese fusil todos los disparos son mortales: tan pronto como un animal queda tocado, por muy levemente que sea, cae fulminado.

—¿Por qué?

—Porque mi fusil no dispara balas comunes y corrientes, sino pequeñas cápsulas de vidrio —inventadas por el químico austríaco Leniebroek— de las que tengo provisión en abundancia. Esas cápsulas de vidrio, recubiertas de un forro de acero, y rematadas por un casquillo de plomo son auténticas botellas de Leyden, en las que la electricidad está concentrada a muy alta tensión [120]. Con el más leve choque, se descargan, y el animal, por poderoso que sea, cae muerto. Debo añadir que el calibre de esas cápsulas no es de más del cuatro y que la carga de un fusil ordinario podría contener diez.

—No discuto más —respondí levantándome de la mesa—, y no me queda más que coger mi fusil. Además, adonde usted vaya, allí iré yo.

El capitán Nemo me condujo hacia la popa del *Nautilus*; al pasar delante del camarote de Ned y de Conseil, llamé a mis dos compañeros, que nos siguieron inmediatamente.

Después, llegamos a una cabina, situada a babor junto a la sala de máquinas, en la que debíamos ponernos los trajes para el paseo.

XVI

Paseo por la llanura

Aquella cabina era, en realidad, el arsenal y el vestuario del *Nautilus*. Una docena de escafandras, colgadas de la pared, esperaban a los paseantes.

Ned Land, al verlas, dejó de manifiesto su repugnancia a enfundarse una de aquéllas.

—Pero, mi querido Ned —le dije—, los bosques de la isla de Crespo son bosques submarinos.

—¡Pues muy bien! —dijo decepcionado el arponero, que veía desvanecerse sus sueños de carne fresca—. Y usted, señor Aronnax, ¿va a meterse en uno de esos trajes?

—No hay más remedio, Ned.

—Allá usted, señor —respondió el arponero encogiéndose de hombros—, pero lo que es yo, como no sea por la fuerza, no pienso meterme ahí adentro en la vida.

—No se le obligará, señor Land —dijo el capitán Nemo.

—¿Y Conseil se va a arriesgar? —preguntó Ned.

—Yo sigo al señor adonde el señor vaya —respondió Conseil.

A una llamada del capitán, dos hombres de la tripulación vinieron para ayudarnos a ponernos aquellos pesados trajes impermeables, hechos de caucho, sin costuras, y preparados de manera que pudieran soportar presiones considerables. Habrían podido compararse con armaduras a la vez flexibles y resistentes. Los trajes estaban compuestos de pantalón y chaqueta. El pantalón remataba en unas gruesas botas provistas de pesadas suelas de plomo. El tejido de la chaqueta se mantenía gracias a unas cinchas de cobre que acorazaban el pecho, defendiéndolo del embate de las

aguas y permitiendo el libre funcionamiento de los pulmones; sus mangas acababan en forma de guantes flexibles, que no ocasionaban ningún impedimento para los movimientos de las manos.

Era evidente cuánto distaban esas escafandras perfeccionadas de aquellos trajes informes, como las corazas de corcho, las sobrevestes, los trajes de mar, los cofres, etc., que fueron inventados y utilizados en el siglo XVIII.

El capitán Nemo, junto con uno de sus compañeros —una especie de Hércules[121] que debía de tener una fuerza prodigiosa —, Conseil y yo nos introdujimos inmediatamente en las escafandras. Sólo nos quedaba encajar las respectivas esferas metálicas sobre nuestras cabezas. Pero antes de proceder a esa operación, solicité permiso al capitán para examinar los fusiles que íbamos a utilizar.

Uno de los hombres del *Nautilus* me mostró un fusil simple, cuya culata, fabricada en chapa de acero y hueca en su interior, era de considerables dimensiones. Servía de depósito para el aire comprimido, que escapaba hasta el tubo de metal mediante una válvula accionada por un gatillo. Una caja de proyectiles, situada en el hueco de la culata, almacenaba unas veinte balas eléctricas que pasaban automáticamente al cañón del fusil por medio de un resorte. Tan pronto como se efectuaba un disparo, la bala siguiente estaba lista para salir.

—Capitán Nemo —le dije—, esta arma es perfecta y de fácil manejo. Ansio poder probarla. Pero ¿cómo vamos a descender al fondo del mar?

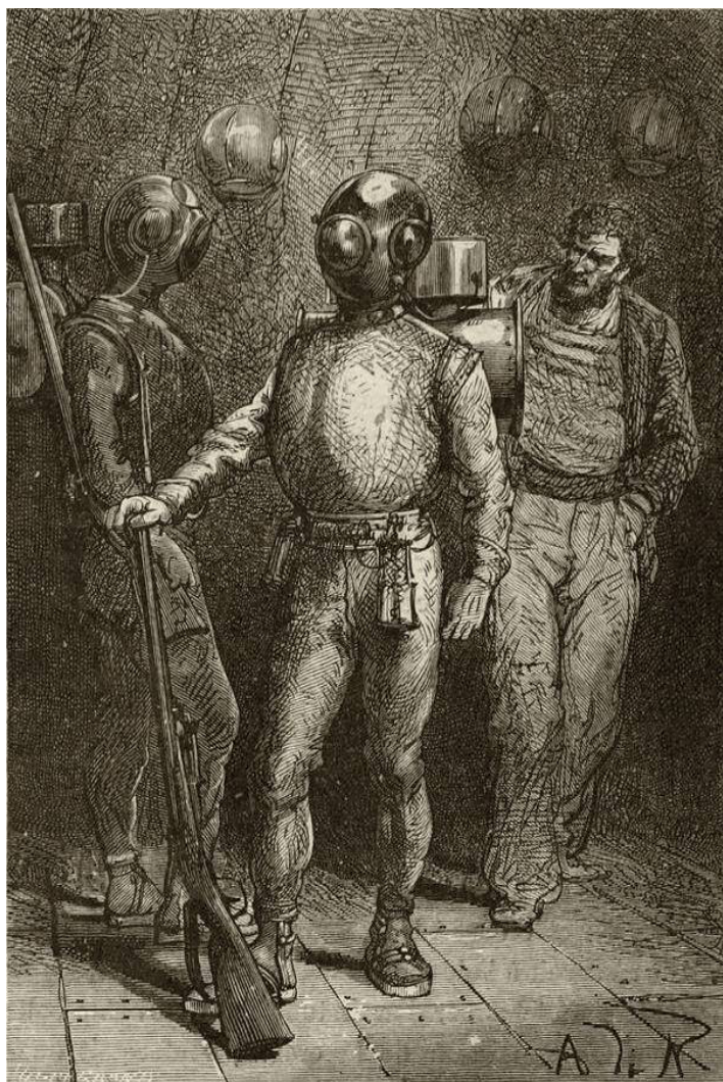
—En estos momentos, señor profesor, el *Nautilus* está cubierto por diez metros de agua y no tenemos más que salir.

—¿Cómo vamos a salir?

—Ahora lo verá.

El capitán Nemo introdujo la cabeza en el casco esférico. Conseil y yo hicimos lo mismo, mientras oíamos al canadiense que nos lanzaba un irónico «buena caza». La parte superior de nuestro atavío consistía en una arandela de cobre aterrajado sobre la que se enroscaba el casco metálico. Tres aberturas, protegidas por gruesos vidrios, permitían ver en todas las direcciones girando simplemente la cabeza dentro de la esfera. Una vez colocado el casco en su sitio,

los aparatos Rouquayrol, que cargábamos en la espalda, comenzaron a funcionar y respiré cómodamente.



Con la lámpara Ruhmkorff al cinto y el fusil en la mano, estaba listo para salir. Pero, a fuer de sincero, me habría resultado imposible dar un paso encerrado en aquel pesado traje y clavado al suelo por las suelas de plomo.

Sin embargo, esa circunstancia ya estaba prevista, puesto que noté que me empujaban a un camarotillo contiguo al vestuario. Mis compañeros, empujados de igual manera, me seguían. Oí cómo se cerraba a nuestras espaldas una puerta con obturadores. Un instante después, nos envolvió una profunda oscuridad.

Tras unos minutos, mis oídos percibieron un silbido agudo. Desde los pies hasta el pecho se adueñaba de mí una sensación de frío. Evidentemente, en el interior del barco se había dado paso mediante una llave al agua exterior, que nos invadía e iba llenando rápidamente el camarote. Se abrió entonces una segunda puerta, situada a una banda del *Nautilus*. Una luz tenue nos iluminó, e instantes después pisábamos el fondo del mar.

¿Cómo podría describir ahora la impresión que me causó aquel paseo bajo las aguas? ¡No bastan las palabras para evocar esas maravillas! Si hasta un pincel sería incapaz de reproducir los especiales matices del elemento líquido, ¿cómo podría hacerlo la pluma?

El capitán Nemo abría el camino y su compañero nos seguía a unos pasos. Conseil y yo nos manteníamos uno junto al otro, como si hubiera sido posible intercambiar algunas palabras a través de nuestros caparazones metálicos. Yo ya no sentía el peso del traje, de las botas, de la reserva de aire, ni el peso de la gruesa esfera, en medio de la cual mi cabeza se balanceaba como una almendra en su cáscara. Todos esos cuerpos, sumergidos en el agua, perdían una parte de su peso igual al del líquido desplazado; me sentía fascinado por esa ley física descubierta por Arquímedes [122]. Había dejado de ser una masa inerte y mi libertad de movimientos era relativamente grande.

La luz, que iluminaba el suelo hasta treinta pies por debajo de la superficie del océano, me sorprendió por su potencia. Los rayos solares atravesaban fácilmente aquella masa acuosa y difuminaban su coloración. Podía distinguir fácilmente los objetos a una distancia de cien metros. Más allá, los fondos se desvanecían en delicadas degradaciones de ultramar, luego azuleaban en

lontananza y se esfumaban en medio de una vaga oscuridad. En realidad, el agua que me envolvía era una especie de aire, más denso que la atmósfera terrestre, pero casi tan diáfano. Por encima de mí, vislumbraba la superficie del mar en calma.

Caminábamos sobre una arena fina, una superficie uniforme, sin el fruncido de las playas que conservan las huellas del oleaje. Como un auténtico reflector, aquella alfombra cegadora devolvía el resol con una intensidad sorprendente. De ahí provenía la inmensa reverberación que penetraba todas las moléculas líquidas. ¿Se me creará si afirmo que a una profundidad de treinta pies podía ver como si estuviera a la luz del día?

Durante un cuarto de hora, paseé por la ardiente arena cubierta de un sutil polvo de conchas. El casco del *Nautilus*, cuya silueta parecía un largo escollo, iba desapareciendo paulatinamente, pero cuando cayera la noche en medio de las aguas, su fanal orientaría nuestro regreso a bordo, proyectando sus rayos con perfecta nitidez: efecto difícil de comprender para quien sólo ha visto en tierra esas capas blanquecinas tan vivamente marcadas. Aquí, el polvo del que está saturado el aire les da la apariencia de una neblina luminosa, pero, en el mar y bajo el mar, los rayos de luz eléctrica se transmiten con incomparable pureza.

Mientras tanto, continuábamos caminando por aquella vasta llanura de arena que parecía ilimitada. Con la mano, iba apartando las cortinas líquidas, que se volvían a cerrar a mi paso; mis huellas se borraban por la presión del agua.

De repente, algunos objetos, casi imperceptibles en la lejanía, iban tomando forma. Reconocí unos magníficos primeros planos de rocas, cubiertas de zoófitos de las especies más hermosas; al principio, me asombró un efecto característico de ese medio.

Eran entonces las diez de la mañana. Los rayos del sol atravesaban la superficie del mar en un ángulo bastante oblicuo y, al contacto de su luz, descompuesta por la refracción como a través de un prisma, las flores, rocas, plantas, conchas y pólipos ornaban sus bordes con los siete colores del espectro solar. Era una maravilla, una fiesta para la vista, ese abigarramiento de tonos coloreados, un verdadero caleidoscopio de verde, amarillo, anaranjado, violeta, añil, azul, en una palabra, ¡toda la paleta de un arrebatado colorista! ¡Qué pena no poder comunicarle a Conseil las

intensas sensaciones que me acudían al cerebro y rivalizar con él en interjecciones de admiración! ¡No poder intercambiar mis pensamientos por medio de signos convenidos, como hacían el capitán Nemo y su compañero! Al no tener otra solución, me hablaba a mí mismo, gritaba en la esfera de cobre que tocaba mi cabeza, gastando quizá en vanas palabras más aire del necesario.

Ante aquel espléndido espectáculo, Conseil se había detenido, como yo. Como era natural, el buen muchacho, al ver los ejemplares de zoófitos y de moluscos, clasificaba, no paraba de clasificar. Por el suelo abundaban pólipos y equinodermos. Isinos variados; cornularias, que viven aisladas; matas de oculinas vírgenes, designadas antaño con el nombre de «coral blanco»; fungias enhiestas en forma de setas; anémonas, adheridas con su disco muscular y que semejaban un parterre de flores, abigarrado con porpitas que lucían su gargantilla de tentáculos azules; estrellas de mar que convertían la arena en una constelación; asterofitones verrucosos, finos encajes bordados por las manos de las náyades[123], cuyos festones se dejaban mecer por las suaves ondulaciones que nuestra marcha provocaba. Sentía una gran pena al aplastar a mi paso los brillantes especímenes de moluscos que cubrían el suelo por millares, los peines concéntricos, los martillos, los donácidos, verdaderas conchas saltarinas, los trocos, los cascos rojos, los estrómbidos de alas de ángel, las afisias y tantos otros productos del inagotable océano.

Pero teníamos que seguir caminando, y continuamos nuestra marcha, mientras que sobre nuestras cabezas vagaban grupos de fisalias, dejando sus tentáculos de azul ultramar flotar al arrastre, medusas cuya ombrela de tonos opalinos o rosa suave, ribeteada por una franja de azul, nos protegía de los rayos solares, y unas pelagias panópiras que, en la oscuridad, habrían jalonado nuestro camino con sus destellos fosforescentes.

Todas esas maravillas pude entreverlas en el espacio de un cuarto de milla, casi sin detenerme y siguiendo al capitán Nemo, que me llamaba con un gesto. Después, la estructura del suelo se modificó. A la llanura de arena sucedió una capa de limo viscoso que los americanos denominan oaze[124], compuesta únicamente de conchas silíceas o calcáreas. A continuación, recorrimos una pradera de algas, plantas pelágicas que las aguas aún no habían

arrancado, donde la vegetación era muy tupida. Esas «praderas», con un entramado bien compacto, suaves a los pies, habrían podido competir con las alfombras más mullidas tejidas por las manos del hombre. Pero, al mismo tiempo que la vegetación se desplegaba a nuestros pasos, no abandonaba nuestras cabezas. Un ligero arco de plantas marinas, clasificadas en la exuberante familia de las algas, de las que se conocen más de dos mil especies, se cruzaba en la superficie de las aguas. Veía flotar largas cintas de fucos, unos como globos y otros tubulares; laurencias; cladostefos, de tan sutil follaje, y rodimenias palmeadas, similares a abanicos de cactus. Observé que las plantas verdes se mantenían más próximas a la superficie del mar, mientras que las rojas ocupaban una profundidad media, dejando a los hidrofitos negros o pardos la tarea de formar los jardines y arriates de las capas más profundas del océano.

Las algas son un auténtico prodigio de la creación, una de las maravillas de la flora universal. Esta familia produce tanto los vegetales más pequeños como los más grandes del planeta. Pues, al igual que se han contabilizado cuarenta mil de esas diminutas plantas en un espacio de cinco milímetros cuadrados, de la misma manera se han recogido fucos cuya longitud rebasaba los quinientos metros.

Habíamos abandonado el *Nautilus* hacía ya una hora y media. Era casi mediodía. Me percaté de ello por la perpendicularidad de los rayos solares, que ya no se refractaban. La magia de los colores se esfumó poco a poco, y los matices de la esmeralda y del zafiro se borraron de nuestro firmamento. Caminábamos a un paso regular, que resonaba sobre el suelo con extraña intensidad. El más mínimo ruido se transmitía con una velocidad a la que no está acostumbrado el oído en la tierra. En efecto, el agua es mejor vehículo del sonido que el aire y se propaga a una velocidad cuatro veces superior.

En aquellos momentos, el suelo descendía formando una pronunciada pendiente. La luz adquirió unos tintes uniformes. Alcanzamos una profundidad de cien metros, lo que suponía soportar una presión de diez atmósferas. Pero el traje de escafandrista estaba hecho de tal manera que la presión no me molestaba en absoluto. Únicamente noté una ligera molestia en las articulaciones de los dedos, que tampoco tardó en desaparecer. La

fatiga que me había provocado ese paseo de dos horas, pese a ir cargado con un equipo al que no estaba acostumbrado, era nula. Efectuaba mis movimientos, ayudados por el agua, con sorprendente facilidad.

Tras llegar a trescientos pies de profundidad, volví a observar los rayos del sol, ya débiles. A su resplandor intenso había sucedido un crepúsculo rojizo, un término medio entre el día y la noche. Sin embargo, se veía lo suficiente como para orientarse, y todavía no era necesario utilizar los aparatos Ruhmkorff.

Entonces, el capitán Nemo se detuvo; esperó que llegara junto a él y me indicó con el dedo unas masas oscuras que surgían en la penumbra a corta distancia.

«Es el bosque de la isla de Crespo», pensé, y estaba en lo cierto.



XVII

Un bosque submarino

Habíamos alcanzado el lindero del bosque, sin duda uno de los más hermosos de los inmensos dominios del capitán Nemo. Al considerarlo propiedad suya, el capitán se había arrogado sobre ésta los mismos derechos que tenían los primeros hombres en los primeros días del mundo. Y, a decir verdad, ¿quién hubiese podido disputarle la posesión de aquel predio submarino?, ¿qué otro pionero más audaz se podría aventurar, blandiendo la segur, a desbrozar la umbría maleza?

El bosque estaba formado por grandes plantas arborescentes, y, tan pronto como nos adentramos por sus amplios arcos, me admiré, sorprendido por la singular disposición de sus ramas, que nunca antes había observado.

Ni las hierbas que cubrían el suelo ni las ramas que brotaban de los arbustos se arrastraban, ni se curvaban ni se extendían en un plano horizontal. Todas ascendían a la superficie del océano. No había filamentos ni cintas, por delgados que fueran, que no se mantuvieran rectos como barras de hierro. Los fucos y las lianas crecían con arreglo a una línea rígida y perpendicular, impuesta por la densidad del elemento que los había generado. Inmóviles, las plantas recuperaban inmediatamente su primigenia posición al apartarlas con la mano: era el reino de la verticalidad.

Enseguida, me acostumbré a aquella extraña arquitectura, así como a la relativa oscuridad que nos envolvía. El suelo del bosque estaba sembrado de afilados bloques de piedra, difíciles de evitar. La flora submarina me pareció allí bastante completa, incluso más rica de lo que podría ser en las zonas árticas o tropicales, donde sus

productos son menos numerosos. Pero, durante unos minutos, confundí involuntariamente los reinos entre sí, tomando por hidrofitos unos zoófitos: animales por plantas. ¿Y quién no se habría equivocado? ¡La fauna y la flora van de la mano en el mundo submarino!

Observé que todos los representantes del reino vegetal se mantenían en el suelo únicamente gracias a una adherencia superficial. Carentes de raíces, indiferentes al cuerpo sólido, arena, concha, caparazón o guijarro, que les sirve de peana, sólo le piden un punto de apoyo, no la vitalidad. Estas plantas sólo proceden de ellas mismas y el principio de su existencia radica en el agua que las sostiene y las nutre. En vez de hojas, de la mayor parte de plantas brotaban lengüetas con formas caprichosas, limitadas a una gama restringida de colores que comprendía solamente rosa, carmín, verde y tonos aceitunados, leonados y marrones. Volví a ver, pero ya no secas como los especímenes del *Nautilus*, padinas pavonias, desplegadas como abanicos que parecían tentar a la brisa; ceramias escarlatas; laminarias que extendían sus jóvenes brotes comestibles; nereocistis filiformes y onduladas, que se desplegaban a una altura de hasta quince metros; ramilletes de acetabularias, cuyos talos culminan en forma de sombrilla, y un sinnúmero de otras plantas pelágicas, todas carentes de flores. «¡Curiosa anomalía, extraño elemento —dijo un brillante naturalista— donde florece el reino animal y no el reino vegetal!».

Entre los diferentes arbustos, tan grandes como los árboles de las zonas templadas, y bajo su sombra húmeda, proliferaban auténticos matorrales de flores vivas: hileras de zoófitos, sobre los que se extendían meandrinas rayadas por surcos tortuosos; cariofilas amarillentas de tentáculos diáfanos; matas de zoantarios en forma de hierba; y, para completar el espejismo, los peces mosca volaban de rama en rama, como un enjambre de colibríes, mientras que unos lepisacantos, de mandíbula erizada y escamas aguzadas, junto con unos dactilópteros y monocentros, se levantaban a nuestro paso, como una bandada de agachadizas.

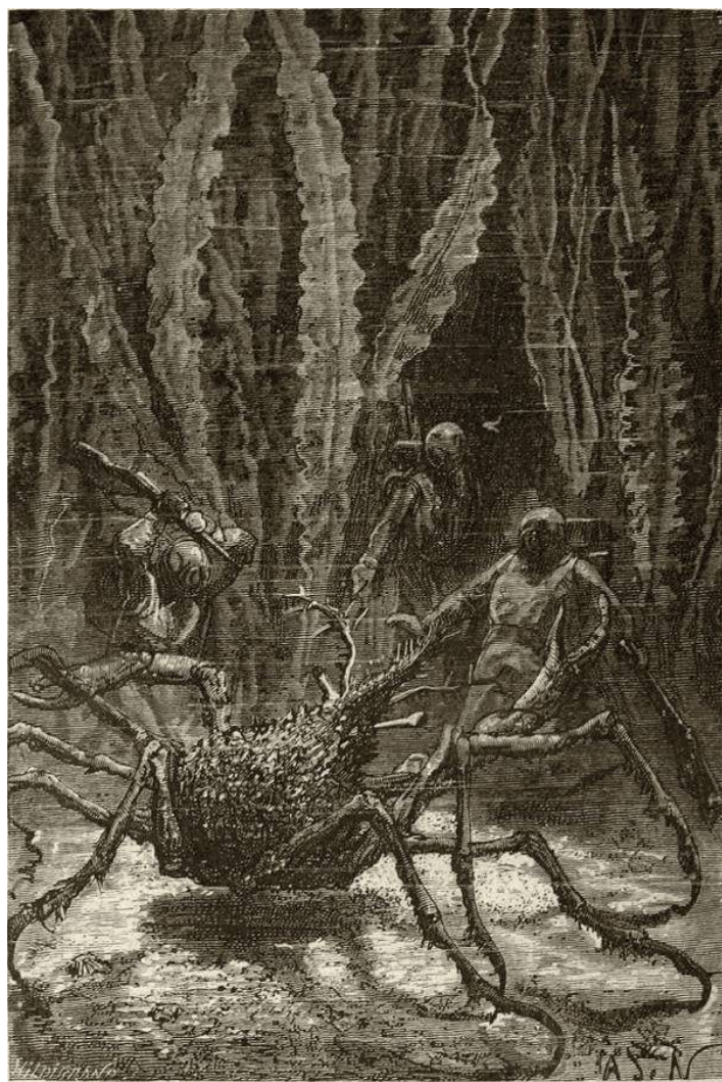
Hacia la una, el capitán Nemo dio orden de que nos detuviésemos. A mí me satisfizo la idea, y nos estiramos bajo una pérgola de alarias cuyas largas y delgadas hojas apuntaban como flechas.

Aquel momento de descanso me pareció delicioso. Sólo nos faltaba el encanto de la conversación. Pero era imposible hablar e imposible responder. Acerqué, sin embargo, mi gran casco de cobre al de Conseil. Vi brillar de contento los ojos del valiente muchacho, que, como muestra de satisfacción, se sacudía en su caparazón con el aire más cómico del mundo.

Después de cuatro horas de caminata, me extrañó mucho no sentir una violenta necesidad de comer. No podría decir a qué obedecía aquel comportamiento de mi estómago. Sí experimentaba, por el contrario, un insuperable deseo de dormir, como les ocurre a todos los buzos. Tras el grueso vidrio, cerré los ojos inmediatamente y caí presa de una invencible somnolencia que sólo había podido combatir hasta entonces el movimiento de la marcha. El capitán Nemo y su robusto compañero, tendidos en aquel límpido cristal, nos daban ejemplo con su sueño.

No puedo calcular cuánto tiempo permanecí así, dominado por el sopor, pero cuando me desperté me pareció que el sol declinaba en el horizonte. El capitán Nemo se había levantado ya y yo comenzaba a desentumecer mis miembros, cuando una inesperada aparición hizo que me pusiera bruscamente de pie.

A unos pasos de nosotros, una monstruosa araña de mar, de un metro de altura, me miraba con sus ojos turbios, dispuesta a abalanzarse sobre mí. Aunque mi traje de escafandrista era lo bastante grueso para defenderme de las mordeduras del animal, no pude contener un movimiento de horror. Conseil y el marinero del *Nautilus* se despertaron en ese momento. El capitán Nemo señaló a su compañero el espantoso crustáceo, que inmediatamente fue abatido de un culatazo; vi las horribles patas del monstruo retorcerse en medio de terribles convulsiones.



Ese encuentro me hizo pensar que otros animales más temibles debían de vagar por aquellos fondos oscuros, y que mi escafandra no me protegería contra sus ataques. No había previsto esa posibilidad hasta entonces, y decidí mantenerme alerta en lo sucesivo. Supuse que aquel alto era el final de nuestro paseo, pero me equivocaba, y, en lugar de regresar al *Nautilus*, el capitán Nemo prosiguió su audaz expedición.

La depresión del suelo se hacía más patente, con una pendiente cada vez más acusada que nos condujo a grandes profundidades. Sería en torno a las tres cuando alcanzamos un valle angosto, excavado entre altas paredes cortadas a pico, y situado a ciento cincuenta metros de profundidad. Gracias a la perfección de nuestros aparatos, superábamos así en noventa metros el límite que la naturaleza parecía haber impuesto hasta entonces a las incursiones submarinas del hombre.

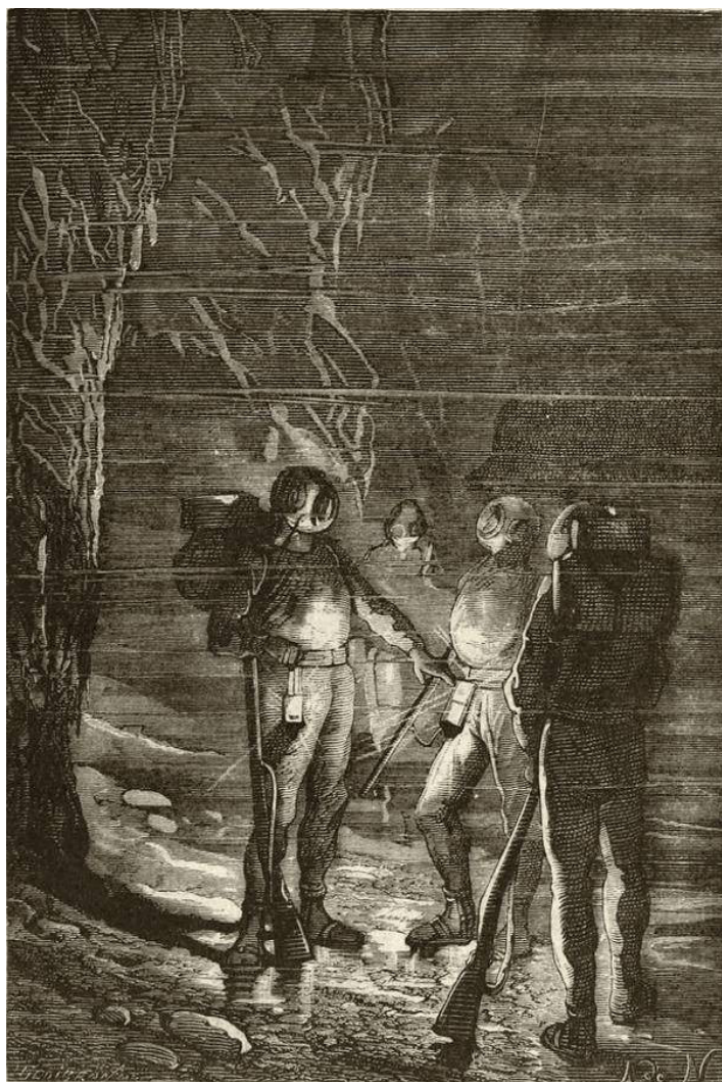
Escribo ciento cincuenta metros aunque ningún instrumento me permitía calcular esta profundidad. Pero yo sabía que incluso en los mares más límpidos los rayos solares no pueden penetrar más allá. La oscuridad se hizo impenetrable. A diez pasos, ningún objeto era ya visible. Caminaba a tientas cuando de repente vi brillar una luz blanca muy intensa. El capitán Nemo acababa de conectar su aparato eléctrico y su compañero lo imitó. Conseil y yo seguimos su ejemplo. Enroscando un tornillo, puse en contacto la bobina con el serpentín de vidrio, y el mar, alumbrado por nuestras cuatro linternas, resplandeció en un radio de veinticinco metros.

El capitán Nemo continuó adentrándose en las oscuras profundidades del bosque, cuyos árboles se tornaban cada vez más escasos. Observé que la vida vegetal desaparecía más rápidamente que la vida animal. Las plantas pelágicas abandonaban un suelo ya árido, por el que todavía pululaba un prodigioso número de animales, zoófitos, articulados, moluscos y peces.

Al tiempo que caminaba, pensaba que la luz de nuestros aparatos Ruhmkorff debía atraer necesariamente a algunos habitantes de aquellas sombrías capas. Pero aunque se nos acercaron, lo hicieron a una distancia deplorable para unos cazadores. Varias veces, vi al capitán Nemo detenerse y echarse el fusil al hombro; después, tras unos instantes de observación, se volvía a levantar y reanudaba la marcha.

Por fin, aproximadamente a las cuatro, acabó aquella maravillosa expedición. Una pared de rocas soberbias e imponentes se alzaba ante nosotros: gigantescos bloques apilados cual un enorme farallón de granito horadado de sombrías espeluncas, donde no se vislumbraba ninguna rampa practicable. Eran los cantiles de la isla de Crespo: era la tierra.

El capitán se detuvo de repente. Con un gesto nos ordenó parar, y pese a lo deseoso que estaba yo de franquear aquella muralla, tuve que detenerme. Allí acababan los dominios del capitán Nemo. No quería rebasarlos. Más allá, estaba la porción del globo que no debía de pisar nunca más.



Entonces, dio comienzo el regreso. El capitán Nemo había vuelto a la cabeza de su pequeña tropa, comportándose siempre sin vacilar. Creí apercibirme de que no seguíamos el mismo camino para regresar al *Nautilus*. La nueva ruta, muy empinada, y por consiguiente muy penosa, nos llevó rápidamente a la superficie del mar. Sin embargo, el regreso a las capas superiores no fue tan repentino como para que la descompresión tuviera lugar demasiado rápidamente, lo que habría podido producir en nuestros organismos graves desarreglos y ocasionar esas lesiones internas de tan nefastas consecuencias para los buzos. Muy pronto, la luz reapareció y se intensificó, y, con el sol ya bajo en el horizonte, la refracción envolvió de nuevo los objetos con una aureola espectral.

A diez metros de profundidad, caminábamos en medio de un sinfín de pececillos de todas las especies, más numerosos que los pájaros en el aire y también más ágiles, pero no se nos había puesto a tiro ninguna pieza acuática digna de un disparo.

En esos momentos, vi cómo el arma del capitán, bien encarada, apuntaba entre los arbustos hacia un objeto en movimiento. El disparo sonó, oí un débil silbido, y un animal cayó fulminado a unos pasos de nosotros.

Era una magnífica nutria marina, un enhidro, el único cuadrúpedo exclusivamente marino. Aquella nutria, de un metro y medio, debía de tener un precio muy elevado. Su piel, de color marrón tostado por encima y plateado por debajo, era una de esas admirables pieles tan apreciadas en los mercados rusos y chinos; la finura y el lustre de su pelaje garantizaban un valor de dos mil francos como mínimo. Durante un buen rato, admiré ese curioso mamífero de cabeza redondeada y adornada con unas orejas cortas, ojos redondos, bigotes blancos parecidos a los del gato, pies palmeados y unguiculados y cola tupida. Ese precioso carnívoro, cazado y acosado por los pescadores, se ha vuelto extremadamente raro y se refugia principalmente en las zonas boreales del Pacífico, donde, a ciencia cierta, no tardará en extinguirse su especie.

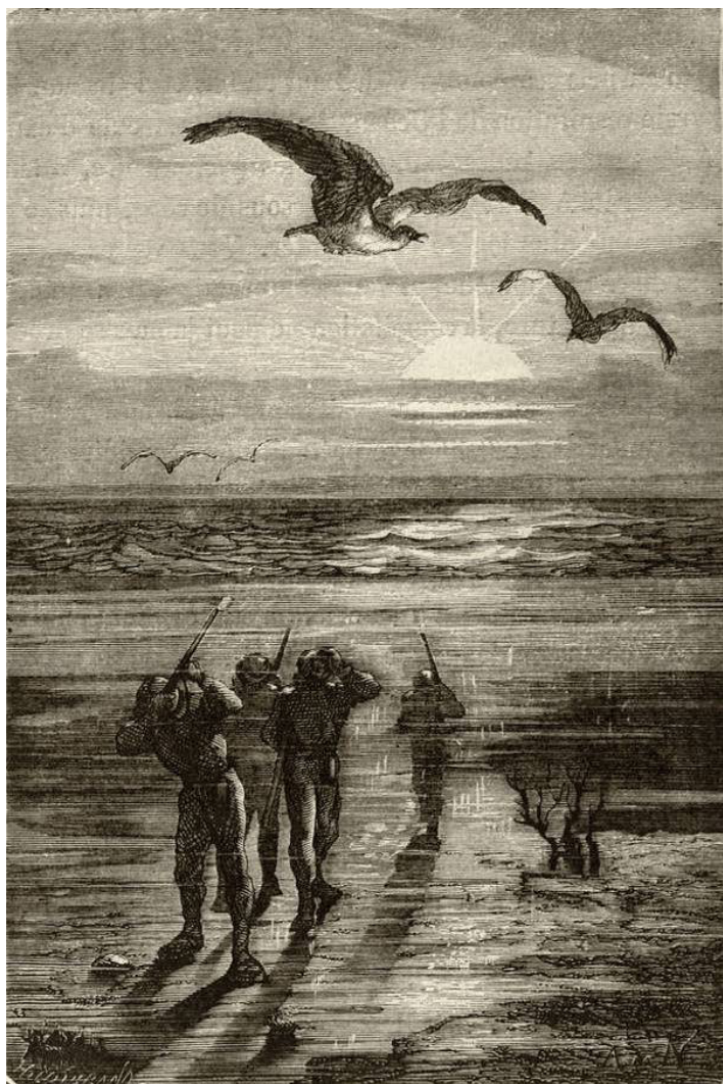
El compañero del capitán Nemo vino a hacerse cargo del animal, se lo echó al hombro y reanudamos la caminata.

Durante una hora, nuestros pasos nos llevaron a través de una llanura de arena. A menudo subía a menos de dos metros de la superficie de las aguas. Entonces se veía cómo nuestra imagen,

claramente reflejada, se dibujaba invertida, y por encima de nosotros aparecía un grupo idéntico, que reproducía nuestros movimientos y nuestros gestos, en todo punto parecido a nosotros con la excepción de que caminaba con la cabeza hacia abajo y los pies por el aire.

Otro efecto digno de destacar era el paso de densas nubes que se formaban y desvanecían rápidamente; pero, al reflexionar, comprendí que aquellas supuestas nubes sólo se debían al espesor variable de las grandes olas del fondo, y reparé incluso en las algodonosas estelas cuyas crestas deshechas multiplicaban sobre las aguas. Ni siquiera me pasaba inadvertida la sombra de las grandes aves que volaban sobre nuestras cabezas, pues las sorprendía mientras acariciaban raudas la superficie del mar.

En aquella ocasión fui testigo de uno de los más certeros disparos que jamás haya estremecido las fibras de un cazador. Una gran ave, de amplia envergadura, nítidamente visible, se aproximaba planeando. El compañero del capitán Nemo apuntó y le disparó cuando se encontraba a unos metros solamente por encima de las olas. El animal cayó fulminado y su caída lo precipitó al alcance del diestro cazador, que se apoderó de él. Era un albatros de la clase más hermosa, admirable ejemplar de las aves pelágicas.



Ese incidente no había interrumpido nuestra marcha. Durante dos horas, avanzamos tanto por llanos arenales como por praderas de algas, duras de atravesar. Francamente, ya no podía más cuando vislumbré una tenue luz que disipaba, a media milla, la oscuridad de las aguas. Era el fanal del *Nautilus*. Veinte minutos más, y nos encontraríamos a bordo; allí respiraría cómodamente, pues tenía la sensación de que el depósito me suministraba un aire muy pobre en oxígeno. Pero no contaba con un encuentro que retrasó un poco nuestra llegada.

Me había quedado rezagado unos veinte pasos, cuando vi al capitán Nemo volver bruscamente hacia mí. Con su mano vigorosa, me hizo echarme al suelo, mientras que su compañero hacía otro tanto con Conseil. Al principio, no supe muy bien qué pensar de ese brusco ataque, pero me tranquilicé al observar que el capitán se tendía cerca de mí y permanecía inmóvil.

Así pues, estaba tendido en el suelo, y precisamente al abrigo de una mata de algas, cuando, al levantar la cabeza, vi unas enormes masas que pasaban con estrépito lanzando destellos fosforescentes.

¡La sangre se me heló en las venas! Había reconocido los formidables escualos que nos amenazaban. Era un par de tintoreras, terribles tiburones de enorme cola, de mirada turbia y vidriosa, que destilan una sustancia fosforescente a través de orificios abiertos alrededor del morro. ¡Monstruosas luciérnagas que pueden triturar a un hombre entero con sus mandíbulas de hierro! Ignoro si Conseil se ocupaba en clasificarlos pero, por lo que a mí respecta, yo observaba su vientre argénteo y su hocico formidable erizado de dientes desde un punto de vista poco científico: más bien como víctima que como naturalista.

Afortunadamente, esos voraces animales tienen mala vista y pasaron sin vernos, rozándonos con sus aletas parduscas; así escapamos como de milagro de un peligro con toda certeza más grande que el de encontrarse con un tigre en plena selva.

Una media hora después, guiados por la estela eléctrica, llegamos al *Nautilus*. La puerta exterior había permanecido abierta y el capitán Nemo la volvió a cerrar en cuanto entramos en la primera cabina. Después, apretó un botón. Oí trabajar las bombas en el interior del buque, sentí evacuarse el agua en torno a mí y, en unos instantes, la cabina se vació por completo. Acto seguido, la

puerta interior se abrió y pasamos al vestuario.

Allí, con bastante trabajo, nos quitamos nuestras escafandras. Extenuado, cayéndome de hambre y sueño, regresé a mi camarote, absolutamente fascinado por aquella sorprendente expedición por el fondo de los mares.

XVIII

Cuatro mil leguas bajo el Pacífico

El día siguiente por la mañana, 18 de noviembre, me encontraba perfectamente recuperado del cansancio de la víspera; subí a cubierta en el momento en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba su frase cotidiana, y entonces pensé que se refería al estado de la mar o que, tal vez, quería decir: «Nada a la vista».

Efectivamente, el océano estaba desierto: ni una vela en el horizonte. Las estribaciones de la isla de Crespo habían desaparecido durante la noche. El mar absorbía los colores del espectro, a excepción de los rayos azules, y los reflejaba en todas direcciones, engalanándose con una maravillosa tintura de índigo. Sobre las aguas ondulantes, se dibujaban regularmente anchas franjas parecidas al moaré.

Estaba contemplando el magnífico aspecto del océano cuando llegó el capitán Nemo, que no pareció darse cuenta de mi presencia, para realizar una serie de observaciones astronómicas; una vez concluida la operación, fue a apoyarse en la torreta del fanal y su mirada se perdió por la superficie del océano.

Mientras tanto, habían subido a cubierta unos veinte marineros del *Nautilus*, hombres vigorosos y de complexión fuerte. Venían a retirar las redes que se habían puesto al arrastre durante la noche. Era claro que aquellos marinos pertenecían a naciones diferentes, aunque en todos se podía adivinar el tipo europeo. Reconocí, sin riesgo de equivocarme, a irlandeses, franceses, algunos eslavos y un griego o candiota[125]. Por lo demás, eran parcos de palabras y entre ellos hablaban únicamente en aquel extraño idioma, cuyo origen me resultaba impenetrable. Así pues, tuve que renunciar a

hacerles preguntas.

Izaron las redes a bordo, una especie de redes de arrastre similares a las de las costas normandas: enormes bolsas que una verga flotante y una cadena amarrada en las mallas inferiores mantienen entreabiertas. Esas bolsas o copos, arrastradas por unos brazos de hierro, barrían el fondo del océano y recogían todos los productos que encontraban a su paso. Aquel día, trajeron unas curiosas muestras de esos parajes ricos en peces: rapes, cuyos cómicos movimientos les han valido el calificativo de «histriones»; carites negros, provistos de sus antenas; peces ballesta ondulados y rodeados de listas rojas; tetrodóntidos en forma de media luna, cuyo veneno es extremadamente sutil; algunas lampreas aceitunadas; macrorrincos, cubiertos de escamas plateadas; triquiúridos, cuya potencia eléctrica es igual a la del gimnoto y del torpedo[126]; notópteros espinosos, con bandas marrones y transversales; gádidos verduscos; ciertas especies de góbidos, etc.; por último, había también algunos peces de proporciones más vastas: una macarela de cabeza prominente, de un metro de largo; varios carites pintados, hermosos escómbridos recamados de azul y plata, y tres magníficos atunes, que pese a su velocidad natatoria no habían podido salvarse de la red barredera.

Calculé que la red acarreaba más de mil libras de pescado. Era una buena pesca, pero no sorprendente. Estas redes se ponen al arrastre durante varias horas y encierran en su prisión de mallas a todo un enjambre de seres acuáticos. No íbamos, pues, a estar faltos de víveres de excelente calidad, ya que la rapidez del *Nautilus* y la atracción de su luz eléctrica podían renovarlos sin cesar.

Los diversos productos marinos fueron inmediatamente arriados por la escotilla hacia las gambuzas; unos, destinados a comerlos fríos, otros, a ser conservados.

Una vez acabada la pesca y renovada la provisión de aire, pensé que el *Nautilus* iba a reanudar su excursión submarina, y ya me disponía a volver a mi camarote, cuando el capitán Nemo me dijo sin otro preámbulo:

—Contemple el océano, profesor: ¿No está dotado de una vida real? ¿No atraviesa por momentos de ira y de ternura? Ayer, se durmió como nosotros, y helo aquí que se despierta tras pasar una noche apacible.

¡Ni buenos días, ni buenas tardes! Se habría dicho que aquel extraño personaje continuaba una conversación ya comenzada conmigo.

—¡Mire! —prosiguió—. ¡Se despierta con las caricias del sol! ¡Va a revivir su existencia diurna! Seguir el juego de su organismo es un interesante objeto de estudio. Posee pulso, arterias, tiene espasmos; tengo que darle la razón a Maury, ese sabio que ha descubierto en el mar una circulación tan real como la sanguínea en los animales.

Era indudable que el capitán Nemo no esperaba de mí ninguna respuesta, por ello me pareció inútil abundar en expresiones como «evidentemente», «con toda seguridad» y «tiene usted razón». Más bien, hablaba para sí mismo, tomándose bastante tiempo entre cada frase. Era una reflexión en voz alta.

—Sí —dijo—, el océano posee una verdadera circulación, y, para que surja, al Creador de todas las cosas le ha bastado con multiplicar el calor, la sal y los animáculos en él. En efecto, el calor crea densidades diferentes, que llevan las corrientes y las contracorrientes. La evaporación, nula en las regiones hiperbóreas, muy activa en las zonas ecuatoriales, constituye un intercambio permanente de aguas tropicales y de aguas polares. Además, he detectado las corrientes que van de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba y forman la verdadera respiración del océano. He visto la molécula del agua marina, calentada en la superficie, volver a descender hacia las profundidades, alcanzar su máxima densidad a dos grados bajo cero y, luego, enfriándose de nuevo, tornarse más ligera y volver a ascender. Verá en los polos las consecuencias de ese fenómeno, y comprenderá por qué, gracias a esta ley de la previsor naturalaleza, la congelación sólo puede producirse en la superficie de las aguas.

Mientras el capitán Nemo acababa su frase, yo me decía: «¡El Polo! ¿No pretenderá este audaz personaje conducirnos hasta allá?».

Sin embargo, el capitán Nemo se había callado, y miraba el elemento tan exhaustiva y tan incesantemente estudiado por él. Después, prosiguió:

—Las sales —dijo— se encuentran en una cantidad considerable en el mar, profesor, y si extrajéramos todas las que contiene en solución, obtendríamos una masa de cuatro millones y medio de leguas cúbicas, que, extendida sobre el globo, formaría una capa de

diez metros de espesor. No crea que la presencia de las sales obedece a un capricho de la naturaleza. No. Las sales hacen que las aguas marinas sean menos evaporables e impiden que los vientos levanten una cantidad demasiado grande de vapor, que, al precipitarse, sumergiría las zonas templadas. ¡Qué inmensa tarea: ser el moderador de la economía general del globo!

El capitán Nemo se detuvo, incluso se levantó, dio algunos pasos sobre cubierta, y de nuevo se dirigió a mí:

—En cuanto a los infusorios —prosiguió—, esos miles de millones de animales microscópicos que existen a millones en una gotita de agua, y de los que hacen falta ochocientos mil para obtener un miligramo de peso, su función no es menos importante. Absorben las sales marinas, asimilan los elementos sólidos del agua y, como verdaderos creadores de continentes calcáreos, fabrican corales y madréporas. Y entonces la gota de agua, privada de su alimento mineral, se aligera, vuelve a subir a la superficie y absorbe las sales abandonadas por la evaporación, se hace pesada, vuelve a bajar y a suministrar a los animales microscópicos nuevos elementos para absorber. De ahí surge una doble corriente, ascendente y descendente, ¡el movimiento continuo, la vida que no cesa! La vida, más intensa que en los continentes, más exuberante, más infinita, expandiéndose por doquier en este océano, elemento de muerte para el hombre, se ha dicho, mas elemento de vida para miríadas de animales... ¡y para mí!

Cuando el capitán Nemo hablaba así, se transfiguraba y provocaba en mí una extraordinaria emoción.

—¡Además —añadió—, aquí está la verdadera existencia! Yo podría concebir la fundación de ciudades náuticas, de aglomeraciones de casas submarinas, que, como el *Nautilus*, emergerían cada mañana a la superficie de los mares para respirar, ¡ciudades libres, como ninguna otra, ciudades independientes! Y, sin embargo, quién sabe si algún déspota...

El capitán Nemo interrumpió su frase con un gesto violento. Después, se dirigió directamente a mí, como si quisiera alejar una idea funesta:

—Señor Aronnax —me preguntó—, ¿sabe usted cuál es la profundidad del océano?

—Conozco lo que los principales sondeos nos han enseñado,

capitán.

—¿Podría citármelos, para que, en caso necesario, los corrija?

—Algunos que me vienen a la memoria —respondí— son los siguientes: si no me equivoco, la profundidad media que se atribuye al Atlántico Norte es de ocho mil doscientos metros, mientras que en el Mediterráneo es de dos mil quinientos metros. Los sondeos más destacables se han hecho en el Atlántico Sur, cerca del paralelo treinta y cinco, y sus resultados son de doce mil metros, catorce mil noventa y un metros y quince mil ciento cuarenta y nueve metros. En definitiva, se estima que si el fondo del mar estuviese nivelado, su profundidad media sería de siete kilómetros aproximadamente.

—Bien, profesor —respondió el capitán Nemo—, le mostraremos cosas mejores, espero. En cuanto a la profundidad media de esta parte del Pacífico le diré que tan sólo es de cuatro mil metros.

Una vez dicho eso, el capitán Nemo se dirigió hacia la escotilla y desapareció por la escala. Lo seguí y volví al gran salón. La hélice se puso enseguida en movimiento y la corredera marcó una velocidad de veinte millas por hora.

Durante los días, durante las semanas que transcurrieron, el capitán Nemo no fue pródigo en visitas. No lo vi más que a escasos intervalos. Su segundo marcaba regularmente la posición, que yo encontraba trasladada a la carta náutica, de manera que podía seguir exactamente la ruta del *Nautilus*.

Conseil y Land pasaban mucho tiempo conmigo. Conseil había explicado a su amigo las maravillas de nuestra expedición, y el canadiense lamentaba no habernos acompañado. Sin embargo, yo confiaba en que volviera a presentarse la ocasión de visitar los bosques oceánicos.

Casi a diario, durante algunas horas, se abrían las escotillas del salón, y nuestros ojos no se cansaban de ahondar en los misterios del mundo submarino.

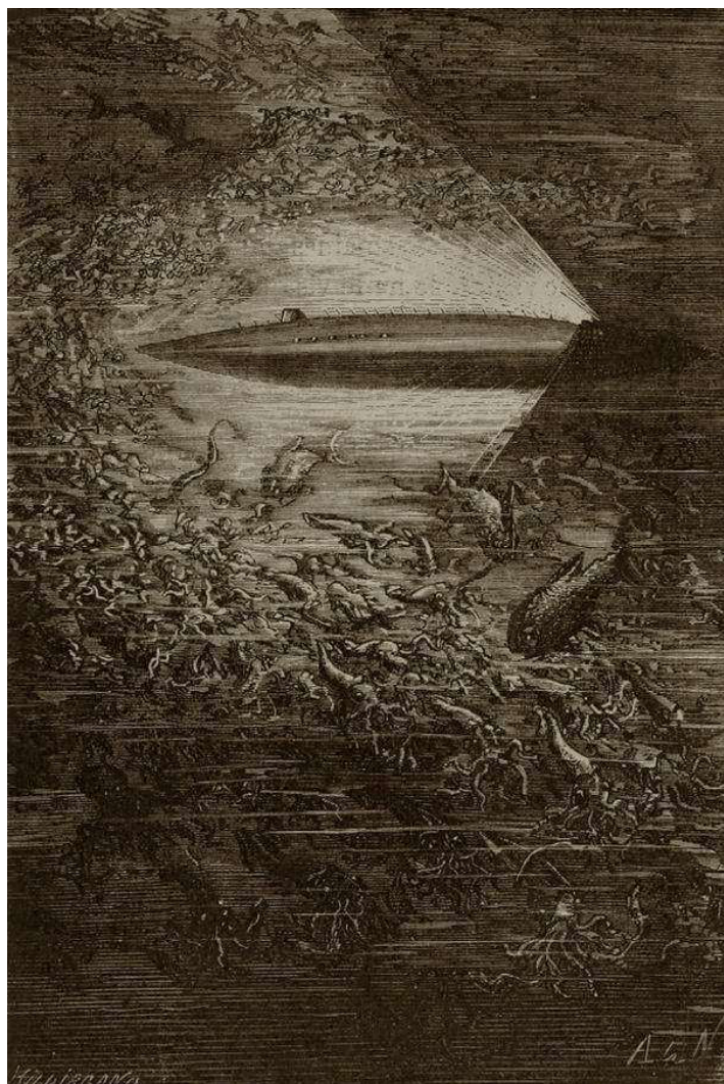
El *Nautilus* mantenía rumbo al Sudeste, entre cien y ciento cincuenta metros de profundidad. Un día, sin embargo, por no se qué capricho, se dejó llevar en diagonal por medio de sus planos inclinados, alcanzó las capas de agua situadas a dos mil metros. El termómetro indicaba una temperatura de 4,25°, temperatura que, a esa profundidad, parece ser común a todas las latitudes.

El 26 de noviembre, a las tres de la mañana, el *Nautilus* cruzó el

Trópico de Cáncer a 172° de longitud. El 27, pasó junto a las islas Sandwich, en las que el ilustre Cook halló la muerte el 14 de febrero de 1779[127]. A la sazón, habíamos navegado cuatro mil ochocientas sesenta leguas desde nuestro punto de partida. Por la mañana, cuando llegué a cubierta, vi a dos millas a sotavento Hawaii, la mayor de las siete islas que forman este archipiélago. Pude ver con claridad su lindero cultivado, las diversas cadenas de montañas que corren en paralelo a la costa y sus volcanes, dominados por el Mauna Kea, que se eleva a cinco mil metros sobre el nivel del mar. Entre otros ejemplares de estos parajes, las redes nos trajeron flabelarias pavonias, pólipos comprimidos de forma graciosa que son característicos de esta parte del océano.

El *Nautilus* mantuvo su rumbo del Sudeste. El 1 de diciembre, cortó el Ecuador a 142° de longitud, y el 4 del mismo mes, tras una rápida singladura sin incidentes, avistamos el archipiélago de las Marquesas. A tres millas, a 8° 57' de latitud Sur y 139° 32' de longitud Oeste, distinguí la punta Martín de Nuku Hiva, la principal isla del grupo, que pertenece a Francia. Vi solamente las montañas recubiertas de bosques que se perfilaban en el horizonte, pues el capitán Nemo no gustaba de acercarse a tierra. Allí, las redes nos aportaron otros hermosos especímenes de pescado: lampugas de aletas azuladas y cola dorada, cuya carne no tiene rival en el mundo; hologimnosos, desprovistos prácticamente de escamas pero de sabor exquisito; osteorrincos, de mandíbula ósea, y carites amarillentos, que valían por bonitos, todos ellos dignos de figurar en el menú de a bordo.

Tras haber dejado esas islas encantadoras, protegidas por la enseña francesa, el *Nautilus* recorrió aproximadamente dos mil millas entre el 4 y el 11 de diciembre. A lo largo de la travesía, encontramos un inmenso banco de calamares, curiosos moluscos muy cercanos a la jibia. Los pescadores franceses los designan con el nombre de *encornets*, pertenecen a la clase de los cefalópodos y a la familia de los dibranquios, entre los que se incluyen la jibia y el argonauta. Estos animales fueron atentamente estudiados por los naturalistas de la Antigüedad, y eran fuente de numerosas metáforas para los oradores del ágora, al tiempo que un excelente plato en la mesa de los ricos ciudadanos, si hemos de creer a Ateneo, médico griego que vivió antes que Galeno[128].



Durante la noche del 9 al 10 de diciembre, el *Nautilus* se encontró con ese ejército de moluscos, pues es de noche cuando suelen hacer vida. Podían contarse por millones. Emigraban de las zonas tibias a las más calientes, siguiendo el itinerario de los arenques y de las sardinas. Los observábamos a través de los espesos cristales, nadando a reculones con extraordinaria velocidad, moviéndose mediante su tubo locomotor, persiguiendo a los peces y a los moluscos, engullendo a los pequeños para caer a su vez víctimas de los grandes, y agitando en una indescriptible confusión los diez pies que la naturaleza les ha implantado en la cabeza, como una cabellera de serpientes neumáticas. El *Nautilus*, a pesar de su velocidad, navegó durante varias horas en medio de ese tropel de animales, y sus redes pescaron una incalculable cantidad, lo que me permitió reconocer las nueve especies que d'Orbigny [129] clasificó como pertenecientes al océano Pacífico.

Como se puede ver, durante la travesía el mar nos mostraba incesantemente sus más maravillosos espectáculos. Los transformaba sin darnos tregua. Cambiaba su decorado y su puesta en escena para placer de nuestros ojos, de modo que no sólo podíamos contemplar las obras del Creador en medio del elemento líquido, sino incluso penetrar en los más temibles misterios del océano.

Durante la jornada del 11 de diciembre, estaba entretenido leyendo en el gran salón. Ned Land y Conseil observaban las aguas luminosas por las escotillas entreabiertas. El *Nautilus* permanecía inmóvil. Con los depósitos llenos, se mantenía a una profundidad de mil metros, región poco habitada de los océanos, donde los grandes peces eran los únicos en aparecer, y en contadas ocasiones.

En esos momentos leía yo un libro encantador de Jean Macé [130], *Los servidores del estómago*, y saboreaba sus ingeniosas lecciones, cuando Conseil interrumpió mi lectura.

—¿Puede venir un instante el señor? —me dijo en un extraño tono de voz.

—¿Qué pasa, Conseil?

—Mire el señor.

Yo me levanté, apoyé los codos contra el cristal y miré.

Bañada por la luz eléctrica, una enorme masa negruzca, inmóvil, se hallaba suspendida en medio de las aguas. Observé atentamente,

intentando reconocer la naturaleza de tan gigantesco cetáceo. Pero un pensamiento atravesó fulgurante mi mente.

—¡Un buque! —exclamé.

—Sí —respondió el canadiense—, un barco desmantelado que se ha ido a pique.



Ned Land no se equivocaba. Estábamos ante un buque cuyos obenques cortados pendían aún de las cadenas. El casco parecía estar en buen estado y su naufragio había ocurrido hacía unas horas como mucho. Tres troncos de mástil aserrados a dos pies por encima del puente, indicaban que el barco, peligrosamente escorado, había tenido que sacrificar su arboladura. Pero, recostado por el flanco, había hecho agua y todavía daba de banda a babor. Triste espectáculo el de aquella carcasa perdida bajo las olas, pero más triste aún era el aspecto del puente, donde yacían algunos cadáveres, amarrados con cuerdas. Conté cuatro —cuatro hombres de los que uno se mantenía de pie, a la rueda del timón—, luego una mujer, medio asomada por la claraboya de la toldilla, con un niño en sus brazos. Era una mujer joven. Pude reconocer, intensamente iluminados por los focos del *Nautilus*, sus rasgos, aún no descompuestos por el agua. En un esfuerzo supremo, había elevado por cima de su cabeza a su hijo, pobre criatura que se abrazaba al cuello de su madre. La posición de los cuatro marineros me pareció aterradora, retorcidos como estaban en sus movimientos convulsivos y haciendo un último esfuerzo por desligarse de las cuerdas que los ataban al buque. Solo, más tranquilo, con el semblante grave, los cabellos grises pegados a la frente, la mano crispada sobre la rueda del timón, el timonel parecía seguir dirigiendo a través de las profundidades del océano su tres palos naufragado.

¡Qué escena! Permanecíamos en silencio, con el corazón palpitante, ante ese naufragio captado en directo y, valga la expresión, fotografiado en su último minuto. ¡Y ya se veían aparecer, con los ojos encendidos, unos enormes escualos, atraídos por el manjar de la carne humana!

Sin embargo, el *Nautilus*, avanzando, giró en torno al barco sumergido, y, por un instante, pude leer en el espejo de popa:

Florida, Sunderland [131].

XIX

Vanikoro

Ese terrible espectáculo inauguraba la serie de catástrofes marítimas que el *Nautilus* iba a encontrar en su periplo. Desde que navegábamos por mares más frecuentados, encontramos a menudo cascos naufragados que acababan de pudrirse entre dos aguas, y, a mayor profundidad, cañones, balas, anclas, cadenas y millares de objetos de hierro que el óxido corroía.

El *Nautilus*, donde vivíamos como aislados, seguía, pues, avanzando, y el 11 de diciembre llegamos a la altura de las Pomotú, antiguo «grupo peligroso» de Bougainville[132], que ocupa una extensión de quinientas leguas desde el Este-Sudeste al Oeste-Noroeste, entre 13° 30' y 23° 50' de latitud Sur y 125° 30' y 151° 30' de longitud Oeste, desde la isla Ducie hasta la isla Lazareff. Este archipiélago tiene una superficie de trescientas setenta leguas cuadradas y está formado por unos sesenta grupos de islas, entre los que figura el grupo Gambier, al que Francia ha impuesto su protectorado. Son islas coralígenas. Lenta, pero continuamente levantadas por el trabajo de los pólipos, algún día acabarán enlazadas unas con otras. La nueva isla se soldará más tarde con los archipiélagos vecinos, y desde Nueva Zelanda y Nueva Caledonia hasta las Marquesas se extenderá un quinto continente.

Al exponer esta teoría ante el capitán Nemo, éste respondió fríamente:

—No son nuevos continentes lo que necesita la tierra, sino nuevos hombres.

Los azares de su navegación habían conducido al *Nautilus*

precisamente a la isla de Clermont-Tonnerre[133], una de las más curiosas del grupo, descubierto en 1822 por el capitán Bell, de la *Minerve*. Eso me permitió estudiar el sistema madreporico al que deben su origen las islas de este océano.

Las madreporas, que hay que guardarse de confundir con los corales, poseen un tejido revestido de una costra calcárea; las modificaciones de su estructura han conducido a Milne-Edwards, mi ilustre maestro, a clasificarlas en cinco secciones. Los animáculos que secretan el pólipo viven a millares en el fondo de sus celdas. Sus depósitos calcáreos se convierten en rocas, arrecifes, islotes, islas. Ora forman un anillo circular, rodeando una laguna o un pequeño lago interior, al que unas brechas ponen en comunicación con el mar, ora erigen unas barreras de arrecifes similares a las que existen en las costas de Nueva Caledonia y en diversas islas de las Pomotú. Y aun en otros lugares, como en las islas de la Reunión y Mauricio, levantan unos arrecifes dentados, altos murallones rectos, junto a los cuales las profundidades del océano son considerables.

Mientras navegábamos a tan sólo unos cables de las escarpas de la isla de Clermont-Tonnerre, admiré la colosal obra realizada por aquellos microscópicos trabajadores. Esas murallas eran, principalmente, producto de la labor de los madreporerarios designados con los nombres de miléporas, porites, astreas y meandrinas. Esos pólipos se desarrollan fundamentalmente en las capas agitadas de la superficie del mar, y, por consiguiente, comienzan por su parte superior las substrucciones, que se hunden poco a poco con los restos de las secreciones que las soportan. Estas, al menos, la teoría del Sr. Darwin[134], que explica así la creación de los atolones, teoría a mi juicio más acertada que la que da como base de los trabajos madreporicos cumbres de montañas o de volcanes sumergidos a unos pies por debajo del nivel del mar.

Pude observar de muy cerca esas curiosas murallas, pues, a plomo, la sonda marcaba más de trescientos metros de profundidad, y nuestros haces eléctricos hacían refulgir la brillante masa calcárea.

Respondiendo a una pregunta de Conseil sobre la duración del crecimiento de esas colosales barreras, le causé una gran sorpresa al decirle que los sabios calculaban su crecimiento en un octavo de pulgada por siglo.

—Entonces, para levantar esas murallas —replicó—, ¿han sido necesarios...?

—Ciento noventa y dos mil años, querido Conseil, lo que alarga de manera notable los días bíblicos. Por otra parte, la formación de la hulla, es decir, la mineralización de los bosques arrasados por los diluvios exigió un período de tiempo mucho más considerable. He de añadir que los días de la *Biblia* no son más que épocas, y no el intervalo que transcurre entre dos amaneceres, ya que, según la propia *Biblia*, el sol no data del primer día de la Creación.

Cuando el *Nautilus* volvió a la superficie del océano, contemplé en toda su extensión la isla de Clermont-Tonnerre, baja y boscosa. Sin duda, sus rocas madreporicas fueron fertilizadas por las trombas de agua y las tormentas. Un día, una semilla, arrancada de las tierras vecinas por el huracán, cayó sobre las capas calcáreas, mezcladas con detrito de peces y de plantas marinas, que formaron el humus vegetal. Una nuez de coco, mecida por las olas, llegó a esta costa nueva. El germen arraigó. El árbol, al crecer, detuvo el vapor del agua. Nació un arroyo. Poco a poco, la vegetación fue ganando terreno. Algunos animálculos, gusanos e insectos llegaron a las islas sobre troncos arrancados por el viento. Las tortugas arribaron para la freza. Los pájaros anidaron en los árboles jóvenes. De esta manera, la vida animal se desarrolló, y, atraído por la vegetación y la fertilidad, apareció el hombre. Así se formaron esas islas, inmensas obras de animales microscópicos.

Por la tarde, Clermont-Tonnerre se fue difuminando en lontananza, y el rumbo del *Nautilus* se modificó de manera sensible. Tras haber cortado el Trópico de Capricornio a 135° de longitud, navegó hacia el Oeste-Noroeste, remontando toda la zona intertropical. Aunque el sol del verano fue pródigo con sus rayos, no sufríamos en modo alguno el calor, pues, a treinta o cuarenta metros bajo el agua, la temperatura no superaba los diez o doce grados.

El 15 de diciembre, dejamos al Este el seductor archipiélago de la Sociedad y la graciosa Tahití, la reina del Pacífico. Por la mañana, a algunas millas a sotavento, distinguí las altas cumbres de esa isla. Sus aguas proporcionaron a nuestras mesas excelentes pescados, caballas, bonitos, albacoras y ejemplares de una serpiente marina denominada murenofis.

El *Nautilus* había cubierto ocho mil cien millas. Nueve mil setecientas veinte millas marcaba la corredera cuando pasamos entre el archipiélago de Tonga Tabú, donde perecieron las tripulaciones del *Argo*, del *Port-au-Prince* y del *Duke of Portland*, y el archipiélago de los Navegantes, donde murió el capitán de Langle[135], amigo de La Pérouse. Más tarde, llegamos al archipiélago de las Viti[136], donde los salvajes asesinaron a los marineros del *Union* y al capitán Bureau, de Nantes, comandante del *Aimable Joséphine*.

Este archipiélago, que ocupa una extensión de cien leguas de Norte a Sur y noventa leguas de Este a Oeste, está situado entre 6° y 2° de latitud Sur y 174° y 179° de longitud Oeste. Se compone de una serie de islas, islotes y escollos, entre los que destacan las islas de Viti Levu, Vanua Levu y Kandavu.

Fue Tasman quien descubrió este grupo en 1643, el mismo año en que Torricelli inventaba el barómetro y Luis XIV[137] subía al trono. Cada quien es libre de pensar cuál de estos hechos fue más útil a la humanidad. A continuación, llegaron Cook, en 1714[138] y d'Entrecasteaux en 1793; finalmente Dumont d'Urville[139], en 1827, desembrolló todo el caos geográfico de este archipiélago. El *Nautilus* se acercó a la bahía de Wailea, escenario de las terribles aventuras del capitán Dillon[140], el primero en aclarar el misterio del naufragio de La Pérouse.

Esta bahía, dragada en varias ocasiones, nos proporcionó ostras excelentes y en abundancia. Comimos sin medida, tras abrirlas en nuestra propia mesa, siguiendo el precepto de Séneca[141]. Esos moluscos pertenecían a la especie conocida con el nombre de *Ostrea lame llosa*, que es muy común en Córcega. El banco de Wailea debía de ser enorme, y si no fuera por las múltiples causas que provocan su destrucción, esas aglomeraciones podrían acabar cegando las bahías, ya que en un solo individuo se cuentan hasta dos millones de huevos.

Si Ned Land no tuvo que arrepentirse de su glotonería en aquella ocasión fue porque la ostra es el único alimento que jamás provoca indigestiones. En efecto, hacen falta no menos de dieciséis docenas de esos moluscos acéfalos para obtener los trescientos quince gramos de sustancia nitrogenada necesarios para el alimento de un

solo hombre.

El 25 de diciembre, el *Nautilus* navegaba en medio del archipiélago de las Nuevas Hébridas, que Quirós[142] descubrió en 1606, Bougainville exploró en 1768, y al que Cook dio su nombre actual en 1773. Ese grupo se compone principalmente de nueve grandes islas y forma una franja de ciento veinte leguas de Nornoroeste a Sursudeste comprendida entre 15° y 2° de latitud Sur, y entre 164° y 168° de longitud. Pasamos bastante cerca de la isla de Auru, que, en el momento de las observaciones de mediodía, apareció como una masa de bosques verdes, dominada por un pico de gran altura.

Era el día de Navidad, y me dio la impresión de que Ned Land añoraba profundamente la celebración del *Christmas*, verdadera fiesta familiar de la que los protestantes son tan fanáticos.

No había visto al capitán Nemo desde hacía ocho días, hasta que el 27 por la mañana entró en el gran salón, sin perder ese aire de quien le ha dejado a uno hace sólo cinco minutos. Estaba yo ocupado en reconocer en el planisferio la ruta del *Nautilus*. El capitán se acercó, puso un dedo en un punto de la carta y pronunció una sola palabra:

—Vanikoro.

Aquel nombre tuvo una resonancia mágica. Eran los islotes adonde fueron a perderse los navíos de La Pérouse. Yo me levanté súbitamente.

—¿El *Nautilus* nos lleva a Vanikoro? —pregunté.

—Sí, profesor —respondió el capitán.

—¿Y podré visitar esas islas célebres donde se hundieron las corbetas *Boussole* y *Astrolabe*?

—Si así lo desea, profesor.

—¿Cuándo llegaremos a Vanikoro?

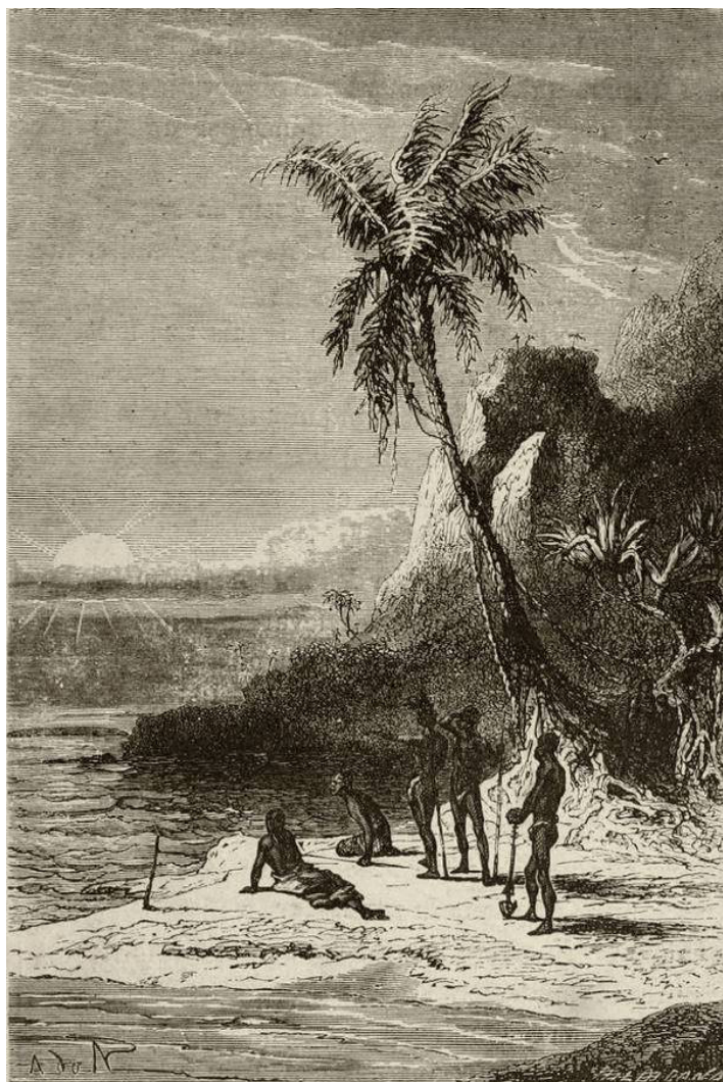
—Ya hemos llegado, profesor.

Seguido por el capitán Nemo subí a cubierta y, desde allí, mi mirada recorrió ávidamente el horizonte.

Por el Nordeste, emergían dos islas volcánicas de desiguales dimensiones, rodeadas por un arrecife de corales que medía cuarenta millas de perímetro. Estábamos ante la isla de Vanikoro propiamente dicha, a la que Dumont d'Urville impuso el nombre de isla de la Recherche, y precisamente ante la pequeña rada de Vanu,

situada a 16° 4' de latitud Sur y 164° 32' de longitud Este. La tierra parecía cubierta de vegetación desde la playa hasta las cumbres del interior, dominado por el monte Kapogo, de cuatrocientas setenta toesas de altitud.

El *Nautilus*, tras haber cruzado el cinturón exterior de rocas por un estrecho paso, se encontró en medio de rompientes, donde el mar alcanzaba entre treinta y cuarenta brazas de profundidad. Bajo la verde sombra de los mangles, divisé a unos salvajes, los cuales mostraron una enorme sorpresa conforme nos acercábamos. ¿No verían en aquel largo cuerpo negruzco que avanzaba a flor de agua un cetáceo formidable del que tenían que desconfiar?



En esos momentos, el capitán Nemo, me preguntó qué sabía yo del naufragio de La Pérouse.

—Lo que todo el mundo sabe, capitán —le respondí.

—¿Y podría decirme qué es lo que todo el mundo sabe? —me preguntó con un tono levemente irónico.

—Por supuesto.

Le conté lo que habían hecho público los últimos trabajos de Dumont d'Urville que, en resumen, viene a ser como sigue.

La Pérouse y su segundo, el capitán de Langle, fueron enviados por Luis XVI[143] en 1785 a realizar un viaje de circunnavegación. Mandaban las corbetas *Boussole* y *Astrolabe*, que nunca regresaron.

En 1791, el Gobierno francés, lógicamente preocupado por la suerte de las dos corbetas, armó dos grandes urcas, la *Recherche* y la *Espérance*, que zarparon de Brest el 28 de septiembre a las órdenes de Bruni d'Entrecasteaux. Dos meses después, gracias al informe de un tal Bowen, capitán del *Albermale*, nos enteramos de que se habían visto restos de navíos naufragados en las costas de Nueva Georgia. Pero d'Entrecasteaux, que ignoraba esa noticia —bastante insegura, por otra parte—, se dirigió hacia las islas del Almirantazgo, designadas en un informe del capitán Hunter como el lugar del naufragio de La Pérouse.

Su búsqueda fue en vano. La *Espérance* y la *Recherche* pasaron incluso frente a Vanikoro sin detenerse; de hecho, aquel viaje fue sumamente infortunado, pues costó la vida a d'Entrecasteaux, a dos de sus segundos y a varios marineros de la tripulación.

Fue un curtido marino del Pacífico, el capitán Dillon, el primero que halló restos indiscutibles de los naufragos. El 15 de mayo de 1824, su navío, el *Saint Patrick*, pasó cerca de la isla de Tikopia, una de las Nuevas Hébridas. Allí, un lascar[144] que se le había acercado en una piragua le vendió la empuñadura de plata de una espada, que llevaba unos caracteres burilados. Aquel individuo le aseguró, además, que, seis años atrás, durante una estancia suya en Vanikoro, había visto a dos europeos, miembros de las tripulaciones de unos navíos naufragados hacía tiempo en los arrecifes de la isla.

Dillon adivinó que se trataba de los navíos de La Pérouse, cuya desaparición había conmovido al mundo entero. Quiso acercarse a Vanikoro, donde según el *lascar* había numerosos restos del naufragio, mas los vientos y las corrientes se lo impidieron.

Dillon regresó a Calcuta. Allí, logró que la Sociedad Asiática y la Compañía de las Indias se interesaran por su descubrimiento. Se puso a su disposición un navío, al que bautizó como *Recherche*, y zarpó el 23 de enero de 1827 acompañado por un agente francés.

La *Recherche*, tras haber recalado en varios puntos del Pacífico, fondeó frente a Vanikoro el 7 de julio de 1827, en la misma rada de Vanu donde se encontraba el *Nautilus* hace un momento.

Allí, recogió numerosos restos del naufragio, utensilios de hierro, anclas, estrobos de los motones, morteros de marina, balas del dieciocho, piezas de los instrumentos de astronomía, fragmentos del coronamiento y una campana de bronce con la inscripción: «*Bazin me hizo*», marca de la fundición del arsenal de Brest hacia 1785. Ya no había duda posible.

Dillon permaneció en el lugar del siniestro hasta el mes de octubre, completando sus informaciones. Después, partió de Vanikoro, arrumbó hacia Nueva Zelanda, recaló en Calcuta, el 7 de abril de 1828, y se dirigió a Francia, donde fue acogido con grandes muestras de simpatía por Carlos X[145].

Pero, mientras eso ocurría, Dumont d'Urville, sin estar al corriente de los trabajos de Dillon, había zarpado ya para buscar en otro lugar la escena del naufragio. Y, en efecto, habían llegado noticias de un ballenero de que los salvajes de la Luisiada [146] y de Nueva Caledonia tenían en su poder unas medallas y una cruz de San Luis[147].

Dumont d'Urville, al mando de la *Astrolabe*, se había hecho pues a la mar, y dos meses después de que Dillon hubiese zarpado de Vanikoro, echó anclas ante Hobart Town. Allí se enteró de los resultados obtenidos por la expedición de Dillon y, además, supo que un tal James Hobbs[148], segundo del *Union* de Calcuta, tras desembarcar en una isla situada a 8° 18' de latitud y 156° 30' de longitud Este, había observado las barras de hierro y los tejidos rojos que utilizaban los nativos de dichos parajes.

Dumont d'Urville, bastante perplejo, y dudando de si debía dar crédito a los relatos aparecidos en periódicos poco dignos de confianza, se decidió al final a lanzarse tras los pasos de Dillon.

El 10 de febrero de 1828, la *Astrolabe* se presentó delante de Tikopia, tomó como intérprete y guía a un desertor instalado en esa

isla, se hizo a la mar rumbo a Vanikoro, que avistó el 12 de febrero, perlongó sus arrecifes hasta el 14, y el 20 ancló dentro de la barrera, en la rada de Vanu.

El día 23, varios oficiales recorrieron la isla y trajeron algunos restos poco importantes. Los indígenas, valiéndose de escapatorias y evasivas se negaban a llevarlos al lugar del siniestro. Esa conducta, muy sospechosa, les hizo creer que habían maltratado a los náufragos, pues, en efecto, parecían temer que Dumont d'Urville hubiese venido a vengar a La Pérouse y a sus infortunados compañeros.

Sin embargo, el día 26, convencidos mediante regalos, y comprendiendo que no tenían que temer ninguna represalia, condujeron al segundo, el Sr. Jacquinet [149], al lugar del naufragio.

Allí, a tres o cuatro brazas de profundidad, entre los arrecifes de Pacu y Vanu, yacían anclas, cañones y lingotes de hierro y plomo, incrustados en las concreciones calcáreas. Dirigieron la chalupa y la ballenera de la *Astrolabe* hacia ese lugar y, tras arduos trabajos, sus tripulaciones consiguieron retirar un ancla que pesaba mil ochocientas libras, un cañón del ocho, de fundición, un lingote de plomo y dos morteros de cobre.

Dumont d'Urville, tras preguntar a los indígenas, supo que La Pérouse, después de haber perdido sus dos navíos en los escollos de la isla, había construido un navío más pequeño, que acabaría perdiéndose también... ¿Dónde? No se sabía.

El capitán de la *Astrolabe* mandó después construir, bajo unos mangles, un cenotafio a la memoria del célebre navegante y de sus compañeros. Se trataba de una simple pirámide cuadrangular, asentada sobre una base de corales, y en la que no había ninguna quincalla que pudiese tentar la codicia de los indígenas [150].

Hecho eso, Dumont d'Urville quiso reanudar la travesía, pero su tripulación estaba minada por la fiebre provocada por lo malsano de esas costas; él mismo también estaba muy enfermo, de modo que no pudo llevar anclas hasta el día 17 de marzo.

Sin embargo, el Gobierno francés temiendo que Dumont d'Urville no estuviese enterado de los hallazgos de Dillon, había enviado a Vanikoro la corbeta la *Bayonnaise*, al mando de Legoarant de Tromelin [151], que se encontraba estacionado en la costa Oeste de América. La *Bayonnaise* fondeó delante de Vanikoro

unos meses después de la partida de la *Astrolabe*, no halló ningún documento nuevo, pero pudo cerciorarse de que los salvajes habían respetado el mausoleo de La Pérouse [152].

En esencia, ese fue el relato que conté al capitán Nemo.

—Por lo tanto —me dijo—, ¿no se sabe aún adónde fue a hundirse ese tercer navío construido por los náufragos en la isla de Vanikoro?

—No. No se sabe.

El capitán Nemo no respondió nada y me hizo una seña para que lo siguiera hasta el gran salón. El *Nautilus* se sumergió unos metros por debajo de las olas y las escotillas se abrieron.

Acudí corriendo a la escotilla, y bajo las incrustaciones de corales, revestidos de fungias, sifónulas, alcionarios, cariofilas, a través de miríadas de peces encantadores, como doncellas, glifisidontes, penféridos, holocentros de Bengala y candiles, reconocí unos restos que las dragas no habían podido arrancar: zunchos de hierro, anclas, cañones, balas, un aparejo de cabrestante y una roda, piezas procedentes de los navíos naufragados y ahora recubiertas de flores vivas.

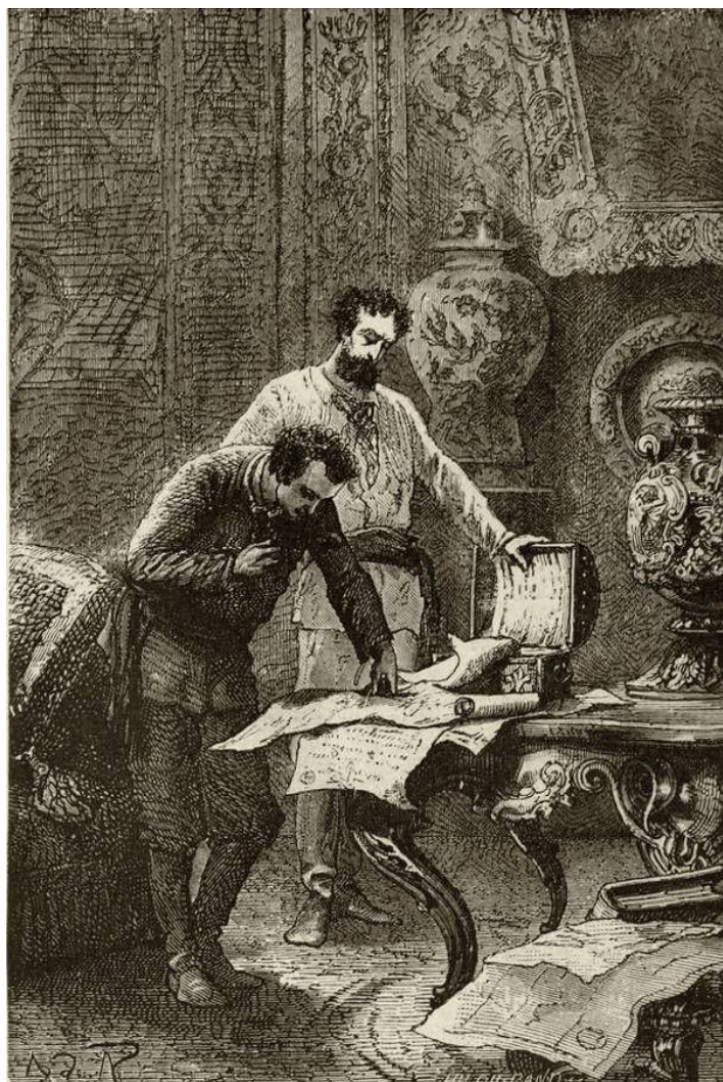
Y mientras yo miraba esos restos desolados, el capitán Nemo me dijo con voz grave:

—El capitán La Pérouse zarpó el 7 de diciembre de 1785 con sus navíos la *Boussole* y la *Astrolabe*. Echó primero el ancla en Botany Bay, visitó el archipiélago de los Amigos y Nueva Caledonia, se dirigió hacia Santa Cruz y recaló en Namuka, una de las islas del grupo Hapai. Posteriormente, sus navíos llegaron a los arrecifes desconocidos de Vanikoro. La *Boussole*, que iba delante, encalló en la costa meridional. La *Astrolabe* vino en su ayuda y también se fue a pique. El primer buque quedó destruido casi de inmediato. El segundo, encallado a sotavento, resistió algunos días. Los nativos dispensaron una acogida bastante buena a los náufragos, los cuales se instalaron en la isla y construyeron un barco más pequeño con los restos de los dos grandes. Algunos marineros se quedaron voluntariamente en Vanikoro. Los demás, debilitados y enfermos, partieron con La Pérouse. Se dirigieron hacia las islas Salomón y perecieron con todo el equipo en la costa occidental de la isla principal del grupo, entre los cabos Decepción y Satisfacción.

—¿Y cómo lo sabe usted? —exclamé.

—Mire lo que encontré en el lugar mismo de ese último naufragio.

El capitán Nemo me mostró una caja de hojalata, con las armas de Francia grabadas, totalmente corroída por las aguas salinas. La abrió y vi un pliego de papeles, amarillentos pero todavía legibles.



¡Eran las instrucciones del ministro de Marina al capitán de La Pérouse, anotadas al margen por Luis XVI de su puño y letra!

—¡Ah! ¡Qué muerte más hermosa para un marino! —exclamó el capitán Nemo—. Esa última morada de coral es una tumba tranquila. ¡Quiera el Cielo que mis compañeros y yo no tengamos otra distinta!

El estrecho de Torres

Durante la noche del 27 al 28 de diciembre, el *Nautilus* abandonó los parajes de Vanikoro a una velocidad excesiva. Puso rumbo al Sudoeste, y, en tres días, surcó las setecientas cincuenta leguas que separan el grupo de La Pérouse de la punta Sudeste de Papuasía.

El día de Año Nuevo de 1868, muy temprano, Conseil y yo nos encontramos en cubierta.

—Señor —me dijo el valiente muchacho—, ¿me permite el señor que le desee un feliz año nuevo?

—Cómo no, Conseil, exactamente igual que si estuviésemos en París, en mi despacho del *Jardín des plantes*. Acepto tu felicitación y te la agradezco. No obstante, querría preguntarte qué entiendes por «un feliz año», vistas las circunstancias en que nos encontramos. ¿Será éste el año en que concluirá nuestra reclusión, o el año en que proseguirá este extraño viaje?

—La verdad —respondió Conseil— es que no sé muy bien qué responderle al señor. Es cierto que vemos cosas curiosas, y que, desde hace dos meses, no hemos tenido tiempo de aburrirnos. La última maravilla siempre es la más sorprendente, y si la progresión se mantiene, no sé cómo va a acabar esto. A mi parecer, nunca volveremos a encontrar una ocasión semejante.

—Nunca, Conseil.

—Por otra parte, el señor Nemo, que hace honor a su nombre latino, no resulta más molesto que si no existiera.

—Así es, Conseil.

—Pienso, pues, si el señor me lo permite, que un buen año sería

el que nos permitiese verlo todo.

—¿Verlo todo, Conseil? Quizá sería un poco largo. ¿Y qué piensa Ned Land?

—Ned Land piensa exactamente lo contrario que yo —respondió Conseil—. Es un espíritu positivo y su estómago es imperioso. Mirar los peces y no parar de comérselos no le basta. La falta de vino, de pan y de carne no cuadra mucho con un buen sajón habituado a los bistecs y al que el *brandy* o la ginebra, en una proporción moderada, no le asustan lo más mínimo.

—A mí, Conseil, no es eso lo que me atormenta, en absoluto; me adapto bastante bien al régimen de a bordo.

—Yo también —respondió Conseil—. Yo tengo tanto interés en quedarme como Ned Land en fugarse. Por lo que, si el año que comienza no es bueno para mí, lo será para él, y viceversa. De esta manera, siempre habrá alguien satisfecho. Bien, para concluir, deseo al señor lo que el señor guste.

—Gracias, Conseil. Lo único que te pido es que dejemos la cuestión de los aguinaldos para más tarde y que, de manera provisional, los sustituyamos por un buen apretón de manos. Es lo único que llevo encima.

—Nunca ha sido tan generoso el señor —respondió Conseil.

En ese momento, el muchacho se marchó.

El 2 de enero, habíamos navegado once mil trescientas cuarenta millas, es decir: cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japón. Ante el espolón del *Nautilus* se abrían los peligrosos parajes del mar de Coral, en la costa Nordeste de Australia. Nuestro navío costeaba a una distancia de algunas millas el temible banco en que los buques de Cook estuvieron a punto de naufragar, el 10 de junio de 1770 [153]. La embarcación que mandaba Cook colisionó contra un arrecife y no se fue a pique gracias a que el trozo de coral, desprendido con el choque, se quedó incrustado en el casco entreabierto.

Habría deseado ardientemente visitar ese arrecife de trescientas sesenta leguas de longitud, contra el que el mar, siempre agitado, batía con una intensidad formidable, comparable al estruendo de los truenos. Pero en esos instantes, los planos inclinados del *Nautilus* nos llevaban a grandes profundidades, y ya no pude ver nada de aquellas altas murallas coralígenas. Hube de conformarme

con las diversas muestras de peces que trajeron nuestras redes. Observé, entre otros, albacoras, especie de escómbridos tan grandes como los atunes, de flancos azulados y surcados por franjas transversales que desaparecen con la vida del animal. Estos peces nos acompañaban por cardúmenes enteros y abastecieron nuestra mesa con una carne exquisita y delicada. Capturamos también un gran número de espáridos de la especie *vector*, de medio decímetro y con sabor a dorada, y pirapedes voladores, auténticas golondrinas submarinas que, en las noches oscuras, fustigan alternativamente aires y aguas con sus halos fosforescentes. Entre los moluscos y los zoófitos, encontré en las mallas de la arrastrera diversas especies de alcionarios, erizos de mar, peces martillo, espolones, solarios, ceritias, híasas. La flora estaba representada por bellas algas flotantes, laminarias y macrocistos, impregnadas del mucílago que exudaban a través de sus poros, y entre las que recogí una admirable *Nemastoma gelianiroides*, que pasó a engrosar las curiosidades del museo.

Dos días después de haber atravesado el mar de Coral, el 4 de enero, avistamos las costas de Papuasía. El capitán Nemo me indicó que su intención era entrar en el océano Índico por el estrecho de Torres. Su comunicación se limitó a eso. Ned observó con agrado que esta ruta lo acercaba a los mares europeos.

El estrecho de Torres tiene la reputación de ser no menos peligroso por los escollos de que está plagado cuanto por los salvajes que pueblan sus costas. Separa la gran isla de Papuasía, también llamada Nueva Guinea, de Nueva Holanda.

Papuasia tiene cuatrocientas leguas de longitud por ciento treinta leguas de anchura, y una superficie de cuarenta mil leguas geográficas. Está situada a 0° 19' y 10° 2' de latitud Sur y a 128° 23' y 146° 15' de longitud. A mediodía, mientras que el segundo de a bordo tomaba la altura del sol, pude ver las cumbres de los montes Arfalxs, que se elevan formando grandes terrazas hasta culminar en agudos pitones.

Esta tierra, descubierta en 1511 por el portugués Francisco Serrano, fue visitada sucesivamente por don José de Meneses, en 1526, por Grijalva en 1527, por el general español Alvar de Saavedra en 1528, por Juigo Ortez en 1545, por el holandés Schouten en 1616, por Nicolas Struick en 1753, por Tasman,

Dampier, Fumel, Carteret, Edwards, Bougainville, Cook, Forrest, Mac Cluer, por d'Entrecasteaux en 1792, por Duperrey[154] en 1823, y por Dumont d'Urville en 1827. «Es la cuna de los negros que ocupan toda Malasia», ha declarado el Sr. de Rienzi[155], y no podía ni imaginarme que los avatares de la navegación iban a llevarme en presencia de los temibles andamanes.

El *Nautilus* arribó, pues, a las puertas del estrecho más peligroso del globo, que los más audaces navegantes apenas se atreven a cruzar, estrecho que Luis Paz de Torres[156] afrontó al volver de los mares del Sur, en la Melanesia, y en donde en 1840 las corbetas zozobradas de Dumont d'Urville estuvieron a punto de perderse totalmente[157]. El propio *Nautilus*, superior a todos los peligros de la mar, iba a enfrentarse con los arrecifes coralinos.

El estrecho de Torres tiene aproximadamente treinta y cuatro leguas de anchura, pero está obstruido por una incalculable cantidad de islas, de islotes, de rompientes, de rocas, que hacen que su navegación sea casi impracticable. Teniendo eso en cuenta, el capitán Nemo adoptó todas las precauciones necesarias para su travesía. El *Nautilus* flotaba a flor de agua y avanzaba a una velocidad moderada. Su hélice, como la caudal de un cetáceo, batía las olas con lentitud.

Aprovechando la situación, mis dos compañeros y yo habíamos tomado sitio en cubierta, desierta como de costumbre. Ante nosotros se alzaba la torreta del timonel, quien entonces, si no me equivoco, debía de ser el propio capitán Nemo gobernando su *Nautilus*.

Tenía a la vista las excelentes cartas del estrecho de Torres elaboradas y trazadas por el ingeniero hidrógrafo Vincendon Dumoulin y por el alférez de navío Coupvent-Desbois[158] —almirante en la actualidad—, que formaban parte del estado mayor de Dumont d'Urville durante su último viaje de circunnavegación. Junto con las del capitán King[159], son las mejores cartas para desentrañar el embrollo de este estrecho paso, y yo las consultaba con escrupulosa atención.

En torno al *Nautilus*, el mar hervía furibundo. La corriente de olas que iba del Sudeste al Noroeste con una velocidad de dos millas y media, se rompía contra los corales cuya testuz emergía acá

y allá.

—¡Esto es lo que se llama mala mar! —me dijo Ned Land.

—Así es, detestable —repliqué yo—, y no muy propicia para un barco de las características del *Nautilus*.

—¡Falta hace —prosiguió el canadiense— que este maldito capitán esté bien seguro de su rumbo, porque ahí veo unos escollos de coral que harían trizas su casco con tan sólo rozarlo!

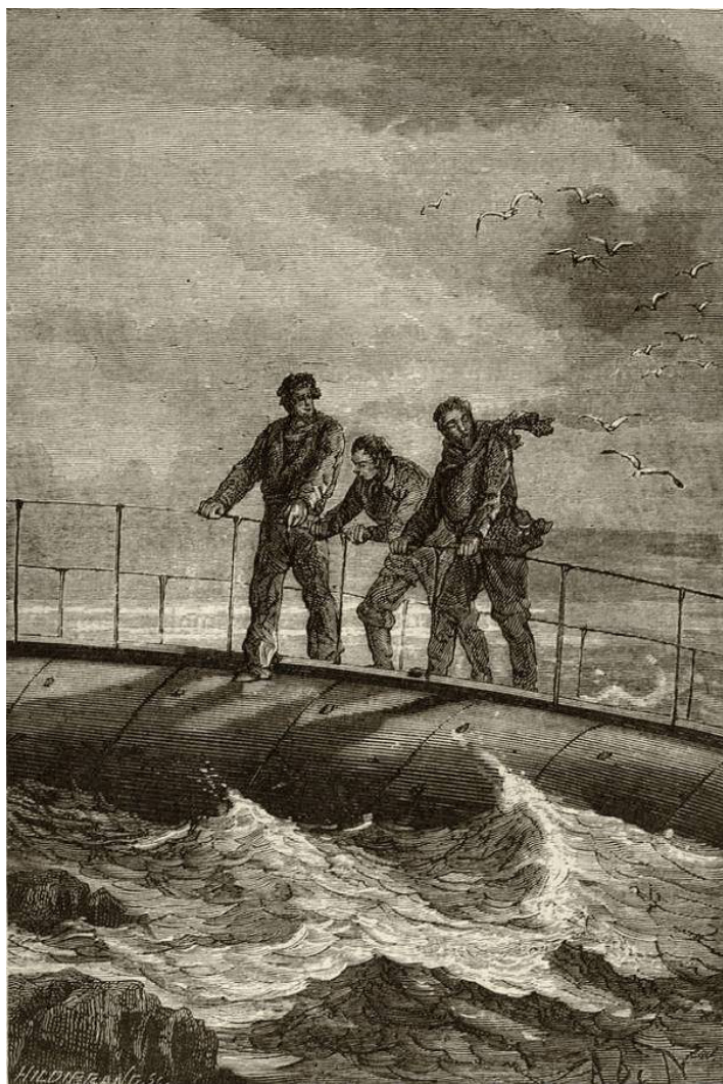
En efecto, la situación era peligrosa, pero el *Nautilus* parecía deslizarse como por encanto en medio de los rabiosos escollos. No seguía exactamente la ruta del *Astrolabe* y de la *Zélée* que resultó nefasta a Dumont d'Urville. Se dirigió más al Norte, costó la isla Murray y volvió al Sudoeste, hacia el paso de Cumberland. Yo creía que iba a adentrarse en él resueltamente, pero remontó hacia el Noroeste y, a través de una gran cantidad de islas e islotes poco conocidos, se dirigió hacia la isla de Tound y el canal del Mal Tiempo.

Me preguntaba si el capitán Nemo, imprudente hasta la locura, quería meter su buque en aquel paso en que tocaron las dos corbetas de Dumont d'Urville; entonces, modificó por segunda vez su rumbo y cortó derecho hacia el Oeste, para poner proa a la isla de Gueboroar.

Eran entonces las tres de la tarde. Las olas se deshacían, la marea casi llegaba a pleamar. El *Nautilus* se acercó a aquella isla, que parece que estoy viendo aún con su espléndido lindero de pandáneos. La estábamos costeano a menos de dos millas.

De repente, caí derribado por un choque. El *Nautilus* acababa de embestir un escollo y se había quedado inmóvil, ligeramente escorado a babor.

Cuando me incorporé, vi en cubierta al capitán Nemo y al segundo de a bordo. Evaluaban la situación del barco, intercambiando algunas palabras en su incomprensible idioma.



La situación era la siguiente: a dos millas a estribor aparecía la isla de Gueboroar, cuya costa se redondeaba del Norte al Oeste como un inmenso brazo. Hacia el Sur y el Este aparecían ya algunas masas de coral que la yusente dejaba al descubierto. Habíamos encallado de lleno y, además, en uno de esos mares en que las mareas son mediocres, lo que era una circunstancia fastidiosa para reflotar el *Nautilus*. No obstante, gracias a la solidez de su casco, el buque no había sufrido daño alguno. Pero, si bien no podía hundirse ni abrirse, sí corría el serio riesgo de quedarse para siempre jamás atrapado en los escollos, y eso hubiera supuesto el final del ingenio submarino del capitán Nemo.

Estaba yo sumido en estas reflexiones, cuando el capitán, frío y sereno, sin perder su autodomínio y sin mostrar ni emoción ni contrariedad, se acercó:

—¿Un accidente? —le pregunté.

—No, un incidente —me respondió él.

—Pero un incidente que quizás le obligará a volver a ser un habitante de esas tierras de las que huye usted —repliqué yo.

El capitán Nemo me miró de modo un tanto especial e hizo un gesto de negación. Eso bastaba para decirme claramente que nada lo obligaría a volver a pisar un continente. Después, dijo:

—No crea, señor Aronnax, que el *Nautilus* está perdido. Todavía le transportará en medio de las maravillas del océano. Nuestro viaje no ha hecho sino comenzar y no tengo intención de privarme tan pronto del honor de su compañía.

—Sin embargo, capitán Nemo —proseguí yo, sin hacer caso a la ironía de la frase—, el *Nautilus* ha encallado con la marea alta. Como sabe, las mareas no son fuertes en el Pacífico, y, si no puede deslastrar al *Nautilus*, cosa que me parece imposible, no veo cómo podrá reflotarlo.

—Las mareas no son fuertes en el Pacífico, tiene usted razón, profesor —respondió el capitán Nemo—, pero, en el estrecho de Torres, se puede hallar todavía una diferencia de un metro y medio entre el nivel de la pleamar y el de la bajamar. Hoy es 4 de enero, y dentro de cinco días tendremos luna llena. Mucho me extrañaría que este amable satélite no levantara las masas de agua y me hiciera así un favor que sólo a él quiero deberle.

Una vez dicho eso, el capitán Nemo, seguido de su segundo,

volvió a bajar al interior del *Nautilus*. En cuanto al barco, no se movía y permanecía inmóvil, como si los pólipos coralinos lo hubiesen ya engastado en su indestructible cemento.

—¿Y bien, señor? —me dijo Ned Land, que se acercó después de que el capitán se hubiera marchado.

—Pues bien, amigo Ned, esperaremos tranquilamente la marea del día 9, puesto que parece que la luna tendrá la gentileza de volvernos a poner a flote.

—¿Tan simple y llanamente?

—Tan simple y llanamente.

—¿Y este capitán no va a echar las anclas mar adentro, aplicar la máquina a las cadenas y hacer todo lo posible para halar?

—¡Si la marea bastara...! —respondió Conseil.

El canadiense miró a Conseil y después se alzó de hombros. Era el marino quien hablaba así.

—Señor —repuso—, puede usted creerme si le digo que este montón de hierro no volverá jamás a navegar, ni sobre ni bajo el mar. No es más que chatarra para vender al peso. Por lo tanto, creo que ha llegado el momento de dejar al paio al capitán Nemo.

—Querido Ned —respondí—, yo no he perdido la confianza como usted en el valiente *Nautilus*, y dentro de cuatro días sabremos a qué atenernos respecto de las mareas del Pacífico. Además, la idea de huir podría ser oportuna siuviésemos a la vista las costas de Inglaterra o de la Provenza, pero en los parajes de Papuasía ya es otra cosa, y siempre habrá tiempo de contemplar esta posibilidad extrema si el *Nautilus* no consigue desencallarse, lo que me parecería un problema grave.

—¿Pero no podríamos tocar tierra por lo menos? —prosiguió Ned Land—. Ahí tenemos una isla. En esa isla hay árboles; bajo esos árboles, animales terrestres portadores de ricas chuletas y filetes, a los que daría con gusto unos cuantos bocados.

—Ahora, el amigo Ned tiene razón —dijo Conseil—; yo me inclino de su parte. ¿No podría obtener el señor de su amigo el capitán Nemo que nos transportase a tierra, aunque sólo fuese para no perder el hábito de pisar con nuestros pies las partes sólidas de nuestro planeta?

—Puedo preguntarle —respondí—, pero se negará.

—Arriéguese, señor —dijo Conseil—, y sabremos a qué

atenernos sobre la amabilidad del capitán.

Para gran sorpresa mía, el capitán Nemo me concedió el permiso que le solicitaba y lo hizo con suma amabilidad y diligencia, sin obligarme a prometer siquiera que volveríamos a bordo. Pero una huida a través de las tierras de Nueva Guinea hubiese sido muy peligrosa y no le habría aconsejado a Ned Land que la intentase. Más valía ser prisionero a bordo del *Nautilus* que caer en las manos de los nativos de Papuasía.

El bote fue puesto a nuestra disposición para la mañana del día siguiente. No intenté averiguar si el capitán Nemo nos iba a acompañar. Incluso pensé que no contaríamos con ningún hombre de la tripulación y que Ned Land sería el único encargado de dirigir la embarcación. Además, estábamos a dos millas como máximo de la tierra, y para el canadiense no era más que un juego conducir ese ligero bote entre las líneas de arrecifes tan funestas para los grandes buques.

A la mañana siguiente, 5 de enero, el bote, con el puente desmontado, fue sacado de su cavidad y lanzado al mar desde lo alto de la cubierta. Dos hombres bastaron para esta operación. Los remos estaban en la embarcación y no nos quedaba más que ocupar nuestros puestos.

A las ocho, armados con fusiles y hachas, salíamos del *Nautilus*. La mar estaba bastante tranquila. Una suave brisa soplaba desde tierra. Conseil y yo como remeros bogábamos vigorosamente, y Ned manejaba el timón en los estrechos pasos que dejaban los escollos. El bote era de fácil manejo y avanzaba rápidamente.

Ned Land no podía contener su alegría. Era un prisionero fugitivo de su prisión y no se paraba a pensar que tendría que regresar a ella.

—¡Carne! —repetía—. ¡Vamos a comer carne, y qué carne! ¡Caza auténtica! ¡Qué pena no tener pan! No digo yo que el pescado no sea algo bueno, pero no hay que abusar, y un trozo de venado fresco, asado a la brasa, será un agradable cambio de nuestro menú diario.

—¡Glotón! —le amonestó Conseil—. Se me hace la boca agua.

—Todavía hay que averiguar —dije— si hay caza en estos bosques y si ésta no es de tal tamaño que los cazadores acaben cazados.

—¡Muy bien, señor Aronnax! —respondió el canadiense, cuyos dientes parecían estar afilados como el tajo de un hacha—. Pues comeré tigre, solomillo de tigre, si no hay otro cuadrúpedo en esta isla.

—El amigo Ned empieza a ser preocupante —respondió Conseil.

—Sea cual sea —repuso Ned Land—, todo animal de cuatro patas sin plumas, o de dos patas con plumas, recibirá el saludo de mi primer disparo.

—Bien —repliqué—. El señor Land vuelve con sus imprudencias.

—No tema, señor Aronnax —respondió el canadiense—, y reme con fuerza. No pido ni veinticinco minutos para ofrecerles un banquete de mi invención.

A las ocho y media, el bote del *Nautilus* se posaba suavemente sobre una playa de arena, luego de atravesar sin contratiempos el anillo coralígeno que rodeaba la isla de Gueboroar.

Unos días en tierra

Al tocar tierra me sentí profundamente impresionado. Ned Land tanteaba la arena con los pies como si fuera a tomar posesión. Sin embargo, tan sólo hacía dos meses que éramos, según la expresión del capitán Nemo, los «pasajeros del *Nautilus*», es decir, en realidad, los prisioneros de su comandante.

En unos minutos, ya estábamos a una distancia de tiro de fusil de la costa. El suelo era casi enteramente madreporico, pero algunas torrenteras secas, sembradas de restos graníticos, ponían de relieve que el origen de la isla se debía a una formación primordial. Todo el horizonte se escondía tras una cortina de bosques admirables. Unos árboles enormes, que en ocasiones alcanzaban doscientos pies de altura, se entrelazaban mediante guirlandas de lianas, auténticas hamacas naturales mecidas por una dulce brisa. Había mimosas, ficus, casuarinas, tecas, hibiscos, pandáneos y palmeras mezclados profusamente; al abrigo de su bóveda verdeante, al pie de sus gigantescos estípites, crecían orquídeas, leguminosas y helechos.



Pero el canadiense, sin observar todas aquellas hermosas muestras de la flora de Papuasía, abandonó lo agradable por lo útil. Vio un cocotero, echó abajo algunos de sus frutos, los partió y bebimos su leche y comimos su pulpa con una delectación que significaba nuestra protesta contra el régimen alimenticio del *Nautilus*.

—¡Excelente! —exclamaba Ned Land.

—¡Exquisito! —respondía Conseil.

—No creo —dijo el canadiense— que su capitán Nemo se oponga a que llevemos una carga de cocos a bordo, ¿no?

—Creo que no —respondí—. ¡Pero no querrá probarlos!

—Peor para él —dijo Conseil.

—Y mejor para nosotros —repuso Ned Land—. Tocaremos a más.

—Una palabra solamente, Ned —dije al arponero que se aprestaba a arrasar otro cocotero—: el coco es algo bueno, pero antes de llenar el bote de cocos, me parece que sería sensato ver si la isla puede ofrecernos cualquier otro producto no menos útil. Unas verduras frescas serían bien recibidas en la despensa del *Nautilus*.

—El señor tiene razón —dijo Conseil—. Propongo que reservemos tres plazas en nuestra embarcación, una para las frutas, otra para las verduras y otra para la caza, de la que aún no he visto el menor rastro.

—Conseil, nunca hay que perder la esperanza —replicó el canadiense.

—Continuemos la excursión —dije yo—; pero hemos de permanecer alerta. Aunque la isla parezca deshabitada, podría cobijar a algunos individuos que serían menos escrupulosos que nosotros sobre la naturaleza de su caza.

—¡Ñac, ñac! —hizo Ned Land, con un movimiento de su mandíbula muy significativo.

—¡Pero bueno, Ned! —exclamó Conseil.

—¡A fe mía —replicó el canadiense— que empiezo a entender el encanto de la antropofagia!

—¡Ned, Ned! ¿Pero qué dice este hombre? —dijo Conseil—. ¡Usted, antropófago! Ya no estaré seguro a su lado. ¡Y encima compartimos camarote! ¿Voy a despertarme un día medio

devorado?

—Amigo Conseil, lo aprecio a usted mucho, pero no lo suficiente como para comérmelo sin necesidad.

—No me fío, no me fío —respondió Conseil—. ¡A cazar! Es absolutamente necesario que cobremos alguna pieza para satisfacer a este caníbal, o de lo contrario una mañana de éstas el señor no encontrará más que trozos de criado para servirle.

Mientras que se intercambiaban estas palabras, íbamos penetrando por las sombrías bóvedas del bosque, y durante dos horas, lo recorrimos en todos los sentidos.

El azar nos fue propicio en esta búsqueda de vegetales comestibles, y uno de los productos más útiles de las zonas tropicales nos proporcionó un valioso alimento, del que carecíamos a bordo.

Me refiero al árbol del pan, muy abundante en la isla de Gueboroar, donde pude observar una variedad sin semillas que lleva en malayo el nombre de *rima*.

Ese árbol se distinguía de los demás por tener un tronco recto y de cuarenta pies de altura. Su copa, graciosamente redondeada y formada por grandes hojas multilobuladas, bastaba para que un naturalista identificara al artocarp, que fue transplantado con éxito a las islas Mascareñas. De su masa verde colgaban grandes frutos globulosos, de un decímetro de anchura y provistos de rugosidades exteriores que adoptaban una disposición hexagonal. Útil vegetal con el que la naturaleza ha obsequiado a las regiones que carecen de trigo y que, sin exigir ningún cultivo, da frutos durante ocho meses al año.

Ned Land lo conocía bien. Ya había comido durante sus numerosos viajes, y sabía preparar su sustancia comestible. Además, al verlo, su deseo se avivó aún más y no se pudo contener durante más tiempo.

—¡Señor —me dijo—, que me muera si no pruebo la pasta del árbol del pan!

—Adelante, amigo Ned, pruébela a gusto. Estamos aquí para hacer experimentos, hagámoslos.

—No me llevará mucho tiempo —respondió el canadiense.

Y, armado con una lente, encendió un fuego de leña seca que chisporroteó alegremente. Mientras tanto, Conseil y yo escogíamos

los mejores frutos del artocarp. Algunos no habían alcanzado todavía un grado suficiente de madurez, y su recia piel encerraba una pulpa blanca pero poco fibrosa. Otros, en gran cantidad, amarillentos y gelatinosos, sólo esperaban el momento de que los recogieran.

Estos frutos carecían de semilla. Conseil trajo una docena para Ned Land, que los colocó sobre las brasas tras haberlos cortado en anchas rodajas, y mientras tanto, iba repitiendo una y otra vez:

—¡Ya verá, señor, qué bueno es este pan!

—Sobre todo después de tanto tiempo como hace que estamos privados de él —dijo Conseil.

—No es ni siquiera pan —añadió el canadiense—. Es un delicado pastel. ¿Nunca lo ha probado, señor?

—No, Ned.

—Pues bien, prepárese a comer algo succulento. Si después de esto no vuelve a comerlo, habré dejado de ser el rey de los arponeros.

Al cabo de unos minutos, la parte de los frutos expuesta al fuego quedó completamente carbonizada. En su interior, aparecía una pasta blanca, como una miga tierna, cuyo sabor recordaba al de la alcachofa.

He de reconocer que el pan era excelente y que lo comí con fruición.

—Desgraciadamente —dije—, esta pasta no puede conservarse fresca, y me parece inútil hacer acopio de ella para llevárnosla a bordo.

—¡Pero bueno, señor! —exclamó Ned Land—. Está usted hablando como un naturalista, pero yo voy a actuar como un panadero. Conseil, recoja usted esos frutos: los recuperaremos a nuestra vuelta.

—¿Y cómo los va a preparar? —pregunté al canadiense.

—Fabricando con la pulpa una pasta fermentada que se conservará indefinidamente y no se echará a perder. Cuando quiera utilizarla, la pondré a cocer en la cocina de a bordo; a pesar de su sabor un poco ácido, les parecerá excelente.

—Me parece, Ned, que no le falta de nada a este pan...

—Sí, señor profesor —respondió el canadiense—, falta fruta o como mínimo algo de verdura.

—Entonces, tenemos que buscar la fruta y la verdura.

Una vez que acabamos la recolección, nos pusimos en camino para completar aquella cena «terrestre».

Nuestra búsqueda no fue en vano, y, hacia mediodía, habíamos conseguido una amplia provisión de bananas. Esos deliciosos productos de las zonas tórridas maduran durante todo el año, y los malayos, que les han dado el nombre de *pisang*, los comen crudos. Además de las bananas, recogimos unos enormes *jaks* de sabor muy intenso, unos mangos succulentos y unas pinas de tamaño inverosímil. La recolección ocupó una buena parte de nuestro tiempo, lo que, por otra parte, tampoco cabía lamentar.

Conseil no apartaba la vista de Ned. El arponero iba abriendo camino, y, durante nuestra marcha a través del bosque, recogía con mano segura frutos excelentes destinados a completar su provisión.

—Bien —inquirió Conseil—. ¿No le falta ya nada, amigo Ned?

—¡Hum! —gruñó el canadiense.

—¡Qué! ¿Todavía se queja?

—Todas esas verduritas no pueden valer por una comida —repuso Ned—. Son el final de una comida, tan sólo es un postre. Pero ¿y la sopa?, ¿y el asado?

—En efecto —dije yo—, Ned nos había prometido unas chuletas, que me parecen bastante problemáticas.

—Señor —respondió el canadiense—, no solamente no ha concluido la cacería, sino que ni siquiera ha comenzado. ¡Paciencia! Acabaremos por encontrar algún animal de pluma o pelos, y, si no es en este lugar, será en otro...

—Y si no es hoy, será mañana —añadió Conseil—, pues no debemos alejarnos mucho. Propongo que regresemos ya al bote.

—¡Cómo! ¿Ya? —exclamó Ned.

—Debemos estar de vuelta antes de la noche —dije yo.

—Pero bueno, ¿qué hora es? —preguntó el canadiense.

—Las dos, por lo menos —respondió Conseil.

—¡Cómo pasa el tiempo en tierra firme! —exclamó Ned Land con un suspiro de pesar.

—¡En marcha! —añadió Conseil.

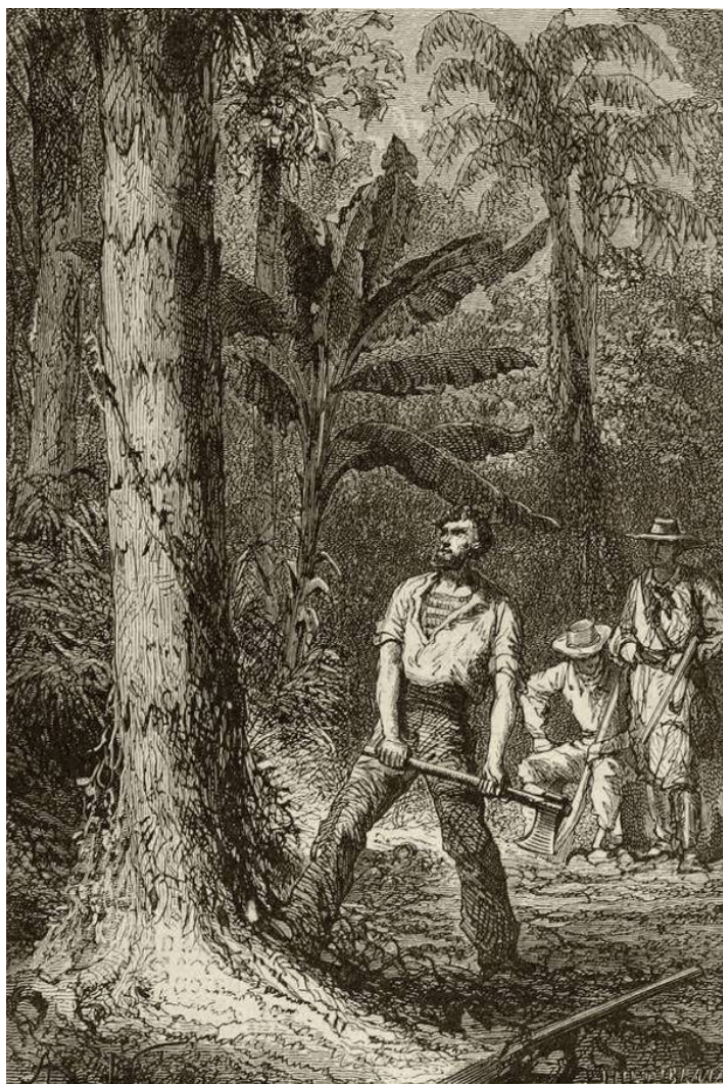
Así pues, regresamos a través del bosque y fuimos completando nuestra cosecha con una abundante provisión de palmitos, que tuvimos que recoger en la copa de los árboles, además de pequeñas

judías, que reconocí por ser los *abru* de los malayos, y ñames de calidad superior.

Cuando llegamos al bote, estábamos sobrecargados. No obstante, a Ned Land todavía no le parecían suficientes los víveres recogidos. Pero la suerte le favoreció. En el momento de embarcarse, vio unos árboles de veinticinco a treinta pies de altura, que pertenecían a la especie de las palmeras. Esos árboles, tan valiosos como el artocarp, se cuentan justamente entre los productos más útiles de Malasia.

Eran sagúes, vegetales silvestres que se reproducen, como las moreras, mediante sus retoños y sus semillas.

Ned Land conocía la manera de tratar esos árboles. Tomó el hacha y, manejándola con gran energía, derribó enseguida dos o tres sagúes, cuya madurez se reconocía por el polvo blanco que salpicaba sus palmas.



Lo miré actuar más como naturalista que como una persona hambrienta. Comenzó por quitarle a cada tronco una capa de corteza, de una pulgada de espesor, que recubría una red de fibras alargadas y entrelazadas que formaban nudos inextricables y estaban adheridas entre sí por una especie de harina gomosa. Esa harina era el sagú, sustancia comestible que sirve de alimento básico para la población melanesia.

Ned Land se contentó, por lo pronto, con hacer tarugos de los troncos, como hubiese hecho con la leña, y postergó la extracción de la harina; más tarde, la pasaría por un cedazo a fin de separarla de sus ligamentos fibrosos, haría que la humedad se evaporase al sol y la dejaría endurecerse en unos moldes.

Finalmente, a las cinco de la tarde, cargados con todas nuestras riquezas, abandonamos la orilla de la isla y, media hora después, alcanzamos el *Nautilus*. No apareció nadie a nuestra llegada. El enorme cilindro metálico parecía desierto. Tras haber embarcado las provisiones, bajé a mi camarote. La cena estaba esperándome. Comí y luego me dormí.

Al día siguiente, 6 de enero, no hubo ninguna novedad a bordo. Ni un ruido en el interior, ni un signo de vida. El bote permanecía junto al barco, donde lo habíamos dejado. Decidimos regresar a la isla de Gueboroar. Ned Land esperaba tener más fortuna que en la víspera como cazador, y deseaba visitar otra parte del bosque.

Al amanecer, ya estábamos en camino. La embarcación, llevada por la corriente que se dirigía a tierra, alcanzó la isla en pocos instantes.

Desembarcamos, y, pensando que era mejor fiarse del instinto del canadiense, seguimos a Ned Land, cuyas largas piernas amenazaban con dejarnos atrás.

Ned Land remontó la costa hacia el Oeste, luego, vadeando algunas torrenteras, ganó la altiplanicie bordeada de bosques impresionantes. Algunos martines pescadores merodeaban a lo largo de los cursos de agua, pero no dejaban que nos acercásemos. Su circunspección era la prueba de que aquellos volátiles sabían a qué atenerse sobre unos bípedos de nuestra especie, y llegué a la conclusión de que si la isla no estaba habitada, al menos había seres humanos que la frecuentaban.

Tras haber atravesado una tupida pradera, llegamos al lindero

de un bosquecillo animado por el trino y el vuelo de numerosas aves.

—De momento no hay más que pájaros —dijo Conseil.

—¡Pero algunos de éstos son comestibles! —respondió el arponero.

—Ninguno, amigo Ned —replicó Conseil—, pues no veo sino simples papagayos.

—Amigo Conseil —respondió gravemente Ned—, el papagayo es el faisán de quienes no tienen otra cosa que comer.

—Y yo añadiría —dije—, que esta ave, preparada adecuadamente, se merece un buen trinchado.

En efecto, bajo el denso follaje del bosque, una nube de papagayos revoloteaba de rama en rama, a la espera tan sólo de una educación más cuidada para hablar la lengua humana. Por lo pronto, chismorreaban en compañía de cotorras y de graves cacatúas que parecían meditar algún problema filosófico, mientras que unos periquitos de un rojo deslumbrante pasaban como un trozo de estameña llevado por la brisa, en medio de cálaos de vuelo estrepitoso, de papúas teñidos con los más finos matices del azul y de toda una variedad de volátiles encantadores, aunque, por lo general, poco comestibles.

No obstante, faltaba en la colección un ave propia de estas tierras, que jamás ha rebasado el límite de las islas de Arrú y de las islas de los Papúas. Pero la suerte me iba a permitir admirarla en breve.

Luego de haber atravesado un monte bajo de mediocre espesor, llegamos a una llanura de densos matorrales. Entonces, vi como levantaban el vuelo unos magníficos pájaros a los que la disposición de sus plumas les obligaba a dirigirse contra el viento. Su vuelo ondulado, la gracia de sus piruetas aéreas y el tornasol de su colorido atraían y encandilaban la vista. No tuve dificultad alguna en reconocerlos.

—¡Aves del paraíso! —exclamé.

—Orden de los paseriformes, sección de los clistómeros —respondió Conseil.

—¿Familia de los perdigones? —preguntó Ned Land.

—No lo creo, Ned. Pero cuento con su habilidad para atrapar uno de estos encantadores productos de la naturaleza tropical.

—Lo intentaremos, señor profesor, aunque estoy más acostumbrado a manejar el arpón que el fusil.

Los malayos, que mantienen un intenso comercio de esas aves con los chinos, disponen de varios medios para atraparlas que nosotros no podíamos emplear. Ora se valen de lazos en las copas de los árboles elevados, morada favorita de las aves del paraíso, ora los atrapan con liga tenaz, que paraliza sus movimientos. Llegan incluso a envenenar las fuentes en las que estos pájaros suelen beber. Nosotros, sin embargo, estábamos obligados a cazarlas al vuelo, lo que nos dejaba pocas oportunidades de alcanzarlas. Y así fue: acabamos malgastando una parte de nuestras municiones.

Hacia las once de la mañana, habíamos franqueado las primeras crestas de las montañas que forman el centro de la isla, y aún no nos habíamos cobrado ni una pieza. El hambre nos daba punzadas. Los cazadores habían confiado su suerte a la caza y habían errado el disparo. Afortunadamente, Conseil, para gran sorpresa suya, mató dos pájaros de un tiro y nos aseguró el almuerzo. Derribó un pichón blanco y una torcaz, que, rápidamente desplumados y ensartados en un espetón, se asaron ante un fuego ardiente de leña seca. Mientras que esos interesantes animales se iban haciendo, Ned preparó unos frutos del artocarp. Después, devoramos el pichón y la torcaz hasta los huesos y nos parecieron excelentes. La nuez moscada, de la que habitualmente se alimentan, perfuma su carne y la convierte en un delicioso manjar.

—Es como si los capones se criaran con trufas —dijo Conseil.

—Y ahora, Ned, ¿qué le falta? —pregunté al canadiense.

—Una pieza de cuatro patas, señor Aronnax —respondió Ned Land—. Las palomas no son más que aperitivos y tapas. Así que, hasta que no haya conseguido un animal con chuletas, no estaré contento.

—Ni yo, Ned, si no atrapo un ave del paraíso.

—Prosigamos, pues, con la caza —respondió Conseil—, pero en dirección del mar. Hemos llegado a las primeras pendientes de la montaña y creo que es mejor regresar a la zona de los bosques.

Era un juicio sensato, y actuamos en consecuencia. Tras una hora de caminata, habíamos alcanzado un auténtico bosque de sagúes. Algunas serpientes inofensivas huían a nuestro paso. Al acercarnos, las aves del paraíso se echaban a volar y, a decir

verdad, ya había perdido las esperanzas de alcanzarlas, cuando Conseil, que iba delante, se agachó súbitamente, dio un grito de triunfo y se volvió hacia mí portando una de estas magníficas aves.

—¡Ah! ¡Bravo, Conseil! —exclamé.

—El señor es muy amable —respondió Conseil.

—No, muchacho. Has dado un golpe maestro. ¡Coger una de estas aves vivas y con la mano!

—Si el señor la examina de cerca, verá que no tengo mucho mérito.

—¿Por qué, Conseil?

—Porque está borracha como una cuba.

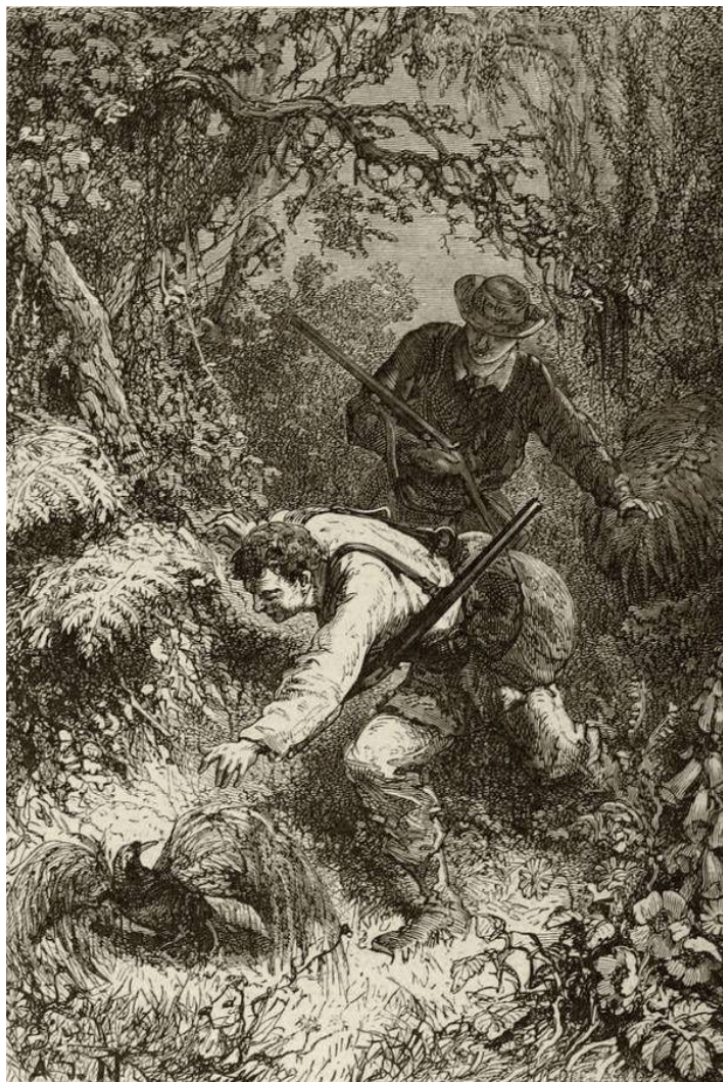
—¿Borracha?

—Sí, señor, borracha de las nueces moscadas que devoraba bajo esa mirística, de donde la he cogido. ¡Vea usted, amigo Ned, vea los monstruosos estragos que causa la intemperancia!

—¡Por mil diablos! —replicó el canadiense—. ¡Para la cantidad de ginebra que he bebido desde hace dos meses no hay por qué echármelo en cara!

Mientras tanto, yo examinaba ese curioso pájaro. Conseil no se equivocaba. El ave del paraíso, aturdida por el jugo embriagador, había quedado reducida a la impotencia. No podía volar. Apenas se tenía sobre las patas. Pero eso me preocupaba poco y la dejé dormir su borrachera de moscadas.

Aquel pájaro pertenecía a la más bella de las ocho especies que se pueden contar en Papúa y en las islas vecinas. Pertenecía al tipo «gran esmeralda», uno de los más raros. Medía treinta centímetros de longitud. Su cabeza era relativamente pequeña, sus ojos estaban situados cerca de la comisura del pico, y también eran pequeños. Pero presentaba una admirable armonía de colores: tenía el pico amarillo, las patas y uñas marrones; las alas avellanadas, pero púrpuras en sus extremos; la cabeza y la parte posterior del cuello, amarillo pálido; color esmeralda en la garganta, y castaños el vientre y la pechuga. Dos filamentos córneos y velludos subían por encima de su cola, prolongada por unas plumas largas, muy ligeras, de admirable finura, y completaban el conjunto de ese maravilloso pájaro que los indígenas llaman el «ave del sol».



Yo deseaba ardientemente poder llevar a París ese soberbio espécimen de ave del paraíso, para donarlo al *Jardin des plantes*, que no posee ninguno vivo.

—¿Pero tan raro es? —preguntó el canadiense, con el tono del cazador que valora poco la caza desde el punto de vista artístico.

—Muy raro, mi valiente compañero, y sobre todo muy difícil de atrapar vivo. Incluso muertos, estos pájaros son también objeto de un importante tráfico. Los nativos han ideado un procedimiento para fabricarlos como se fabrican perlas o diamantes.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Es posible fabricar aves del paraíso falsas?

—Sí, Conseil.

—¿Y el señor conoce el procedimiento de los indígenas?

—Sí. Durante el monzón del Este, las aves del paraíso pierden esas magníficas plumas que rodean su cola, a las que los naturalistas han llamado plumas subalares. Son esas plumas las que recogen los falsificadores de pájaros, y las adaptan con habilidad a cualquier pobre papagayo previamente mutilado. Después tiñen la sutura, barnizan el pájaro y envían a los museos y a los aficionados de Europa esos productos de su singular industria.

—Bueno —dijo Ned Land—, si no es el pájaro, al menos son sus plumas, y, mientras no esté destinado a que se lo coman, no lo veo mal.

Pero si mis deseos estaban colmados por la posesión del ave del paraíso, los del cazador canadiense no lo estaban. Afortunadamente, hacia las dos, Ned Land abatió un magnífico jabalí, de los que los nativos llaman *bari-utang*. El animal llegaba en el momento oportuno para proporcionarnos auténtica carne de cuadrúpedo, y fue muy bien recibido. Ned Land se mostró muy ufano por su disparo. El jabalí, herido por la bala eléctrica, había caído fulminado.

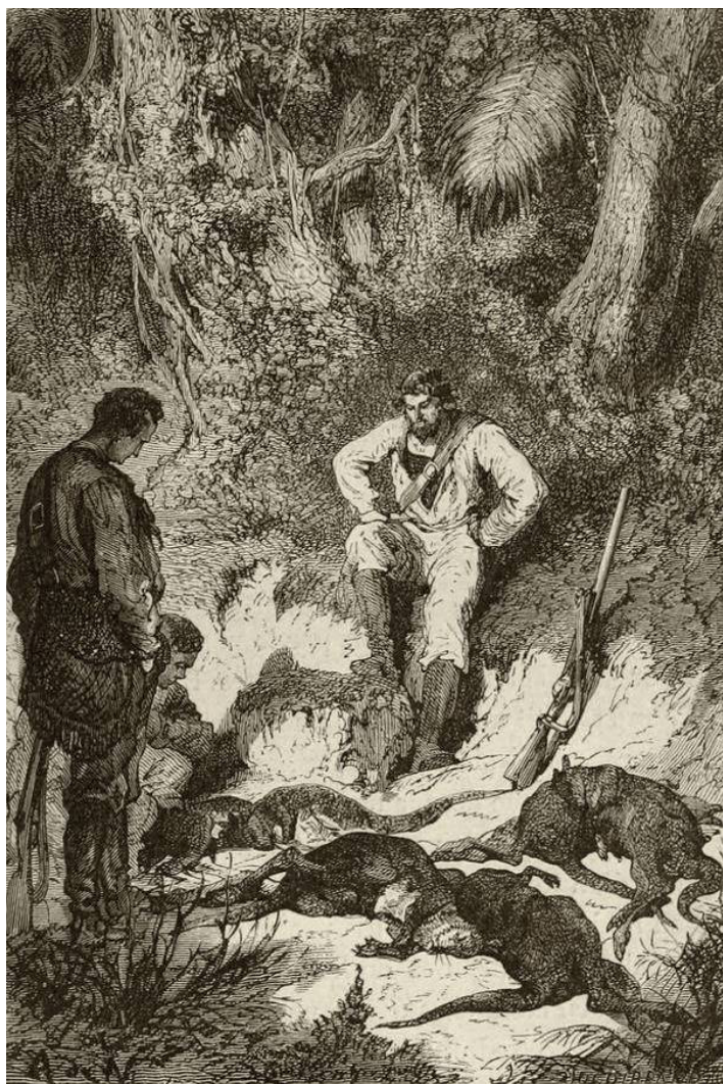
El canadiense lo desolló y evisceró con maestría, separando una media docena de chuletas que constituirían nuestro asado para la cena. Después volvimos a la caza, que aún habría de estar marcada por la puntería de Ned y de Conseil.

Así fue, los dos amigos, batiendo los matojos, levantaron un grupo de canguros que huyeron saltando sobre sus ágiles patas. Pero los animales no huyeron tan rápidamente como para que la

cápsula eléctrica no pudiera detenerlos en su carrera.

—¡Ah, señor profesor! —exclamó Ned Land, a quien la furia del cazador se le subía a la cabeza—. ¡Qué carne más exquisita, sobre todo en estofado! ¡Menudas provisiones para el *Nautilus*! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cinco al suelo! ¡Y cuando pienso que devoraremos toda esta carne, y que esos imbéciles de a bordo no catarán bocado!

Me parece que si el canadiense, en el exceso de su alegría, no hubiera hablado tanto, habría acabado con el grupo entero. Pero se conformó con una docena de esos interesantes marsupiales, que forman el primer orden de los mamíferos aplacentarios, según nos informó Conseil.



Aquellos animales eran de talla pequeña. Era una especie de «canguros-conejos [160]» que viven habitualmente en los huecos de los árboles y cuya velocidad es extrema. Pese a ser de mediano tamaño, su carne es muy apreciada.

Estábamos muy satisfechos de los resultados de nuestra cacería. El feliz Ned se proponía regresar al día siguiente a la isla encantada, a la que quería despoblar de todos sus mamíferos comestibles. Pero no contaba con los acontecimientos.

A las seis de la tarde habíamos vuelto a la playa. Nuestro bote estaba varado en su lugar habitual. El *Nautilus*, semejante a un largo escollo, emergía de las aguas a dos millas de la orilla.

Sin más demora, Ned Land se ocupó del importante asunto de la cena. Se manejaba admirablemente con todos los preparativos culinarios. Las chuletas de *bari-utang*, asadas a la brasa, desprendieron al punto un delicioso aroma que perfumó la atmósfera...

Pero me estoy dando cuenta que voy por el mismo camino que el canadiense. ¡Heme aquí en éxtasis ante un asado de jabalí fresco! ¡Que se me perdone, como yo he perdonado a Ned Land, y por los mismos motivos!

En definitiva, la cena fue excelente. Dos torcaces completaron el extraordinario menú. La pasta de sagú, el pan del artocarp, algunos mangos y una media docena de piñas más el licor fermentado de algunos cocos nos pusieron contentos. Creo incluso que las ideas de mis dignos compañeros no eran todo lo nítidas que habría sido de desear.

—¿Y si no regresáramos esta noche al *Nautilus*? —dijo Conseil.

—¿Y si no regresáramos nunca? —añadió Ned Land.

En ese momento una piedra vino a caer a nuestros pies y cortó en seco la propuesta del arponero.

El rayo del capitán Nemo

Habíamos dirigido la mirada hacia el bosque, sin levantarnos. Mi mano se detuvo en su movimiento hacia la boca; la de Ned Land acabó su camino.

—Las piedras no caen del cielo —dijo Conseil—; de lo contrario, hay que denominarlas aerolitos.

Una segunda piedra, cuidadosamente redondeada, arrebató de la mano de Conseil un sabroso muslo de torcaz, lo que dio aún más peso a su argumento.

Puestos en pie los tres, con el fusil al hombro, estábamos dispuestos a responder a cualquier ataque.

—¿Son monos? —preguntó Ned Land.

—Poco les falta —respondió Conseil—. Son salvajes.

—¡Al bote! —exclamé, dirigiéndome hacia el mar.

Era preciso batirse en retirada puesto que una veintena de nativos, armados con arcos y hondas, aparecían a unos cien pasos por el lindero de un bosquecillo que ocultaba a la derecha el horizonte.

Teníamos varado el bote a diez toesas de nosotros.

Los salvajes se iban aproximando sin correr, pero prodigaban los gestos más hostiles, arrojándonos una lluvia de piedras y flechas.

Ned Land no había querido abandonar sus provisiones y, pese a la inminencia del peligro, con el jabalí debajo de un brazo y los canguros debajo del otro, corría con cierta velocidad.

En dos minutos, llegamos a la playa. Cargar el bofe con las provisiones y las armas, empujarlo al mar y aparejar ambos remos fue cuestión de un momento. No habíamos avanzado ni dos cables,

cuando cien salvajes, aullando y gesticulando, se metieron en el agua hasta la cintura. Miré por si su aparición atraía la presencia de hombres sobre la cubierta del *Nautilus*. Nada. El enorme buque, recostado, permanecía absolutamente desierto.

Veinte minutos más tarde, subíamos a bordo. Las escotillas estaban abiertas. Tras abozar el bote, entramos al interior del *Nautilus*.

Bajé al salón, de donde se escapaban algunos acordes. El capitán Nemo estaba allí, inclinado sobre su órgano e inmerso en un éxtasis musical.

—¡Capitán! —lo llamé.

No me oyó.

—¡Capitán! —insistí yo, tocándole con la mano.

Se sobresaltó y, girándose, me dijo:

—¡Ah! ¿Es usted, profesor? Bueno, ¿han tenido buena cacería, han herborizado con éxito?

—Sí capitán —respondí yo—, pero desgraciadamente nos hemos traído detrás una compañía de bípedos cuya proximidad me resulta inquietante.

—¿Qué bípedos?

—Salvajes.

—¡Salvajes! —respondió el capitán Nemo irónicamente—. ¿Y usted se extraña, señor profesor, de que tras poner el pie sobre una de las tierras del globo se encuentre con salvajes? ¡Salvajes! ¿Y dónde no hay salvajes? Además, ¿acaso son peores que los demás éstos que usted llama salvajes?

—Pero, capitán...

—Yo le puedo asegurar, señor, que me he encontrado con salvajes por doquier.

—¡Muy bien! —respondí—. Pero, si no quiere usted recibirlos a bordo del *Nautilus*, haría bien en tomar algunas precauciones.

—Tranquilícese, profesor, no hay nada de qué preocuparse.

—Pero esos nativos son numerosos.

—¿Cuántos ha contado?

—Un centenar, por lo menos.

—Señor Aronnax —respondió el capitán Nemo, cuyos dedos se habían vuelto a posar sobre las teclas del órgano—, ni aunque se reunieran todos los indígenas de Papuasias en esa playa, tendría el

Nautilus nada que temer de sus ataques.

Los dedos del capitán Nemo recorrían el teclado del instrumento, y pude observar que sólo tocaba el teclado de sostenidos, lo que imprimía a sus melodías un color marcadamente escocés. Inmediatamente, olvidó mi presencia y se sumió en un ensueño que ya no quise perturbar.

Volví a subir a cubierta. La noche ya había caído, pues en latitudes bajas como aquéllas, el sol se pone rápidamente y sin crepúsculo. Apenas se podía distinguir la isla de Gueboroar, pero las numerosas hogueras encendidas en la playa eran la prueba de que los nativos no pensaban abandonarla.

Permanecí solo durante unas horas, pensando en los indígenas a veces —pero sin sentir temor, ya que la imperturbable confianza del capitán se había apoderado de mí—, y olvidándome de ellos a ratos, para admirar el esplendor de la noche de los trópicos. Mis recuerdos viajaban hasta Francia, siguiendo las estrellas zodiacales que iban a iluminarla al cabo de unas horas. La luna brillaba en medio de las constelaciones del cénit.

Entonces pensé que nuestro fiel y amable satélite regresaría dos días más tarde a ese mismo lugar para levantar las olas y arrancar al *Nautilus* de su lecho de coral. Hacia medianoche, viendo que todo estaba tranquilo sobre las olas ensombrecidas y bajo los árboles de la orilla, volví a mi camarote y me dormí apaciblemente.

La noche transcurrió sin ningún contratiempo. Los papúas se asustaban, sin duda, con sólo contemplar el monstruo encallado en la bahía, pues las escotillas, que habían quedado abiertas, les habrían facilitado el acceso al interior del *Nautilus*.

A las seis de la mañana del 8 de enero, subí de nuevo a cubierta. Las sombras del alba se desvanecían. Después, la isla nos mostró, a través de sus brumas disipadas, sus playas y, a continuación, sus cumbres.

Los indígenas permanecían allí, más numerosos que en la víspera —quinientos o seiscientos, quizá—. Algunos, aprovechando la marea baja, habían avanzado hacia los arrecifes coralinos, a menos de dos cables del *Nautilus*. Los distinguí fácilmente. Se trataba, efectivamente, de auténticos papúas, de complexión atlética, hombres de una raza hermosa, de frente ancha y despejada, nariz gruesa, pero no aplastada, y dientes blancos. Su cabellera

lanosa, teñida de rojo, destacaba sobre sus cuerpos negros y relucientes como los de los nubios. Del lóbulo de sus orejas, perforado y distendido, colgaban sartas de huesos. Por lo general, los salvajes iban desnudos. Entre ellos, distinguí a algunas mujeres, vestidas desde las caderas a la rodilla con una auténtica crinolina de hierbas ceñida por un cinturón vegetal. Algunos jefes habían adornado su cuello con collares en forma de media luna y otros de abalorios rojos y blancos. Casi todos, armados con arcos, flechas y escudos, llevaban a sus espaldas una especie de red que contenía esas piedras redondeadas que tan diestramente lanzaban con sus hondas.

Uno de los jefes se encontraba muy cerca del *Nautilus* y lo examinaba atentamente. Debía de tratarse de un *mado* de alto rango, puesto que iba ataviado con un sayo de hojas de banano, con muescas en los bordes y teñido de colores deslumbrantes.

No me habría sido difícil acabar con aquel indígena, que se encontraba a escasa distancia, pero creí más oportuno esperar a que se produjeran manifestaciones verdaderamente hostiles. Entre europeos y salvajes, conviene que los europeos sean quienes respondan, y no quienes ataquen.

Durante todo el tiempo que duró la marea baja, los indígenas merodearon junto al *Nautilus*, pero no se mostraron ruidosos. Yo los oía repetir frecuentemente la palabra «*assai*», y por sus gestos comprendí que me invitaban a llegarme a tierra, invitación que creí juicioso declinar.



Así pues, aquel día, el bote no abandonó el buque, para gran desilusión del arponero Land, que no pudo completar sus provisiones. El hábil canadiense empleó su tiempo en preparar las carnes y las harinas que había traído de la isla de Gueboroar. En cuanto a los salvajes, volvieron a tierra hacia las once de la mañana, tan pronto como los escollos de coral comenzaron a desaparecer bajo el oleaje de la marea alta. Pero vi cómo su número aumentaba considerablemente en la playa. Era probable que viniesen de las islas vecinas o de Papuasias propiamente dicha. Sin embargo, yo no había visto una sola piragua indígena.

Al no tener nada mejor que hacer, pensé en dragar las bellas y límpidas aguas en que nos encontrábamos, repletas de conchas, zoófitos y plantas pelágicas. Era, además, la última jornada que iba a pasar en esos parajes el *Nautilus*, si es que salía a flote con la pleamar del día siguiente, como había prometido el capitán Nemo.

Llamé a Conseil, que me trajo una red barredera ligera, más o menos similar a las que sirven para pescar las ostras.

—¿Y esos salvajes? —me preguntó Conseil—. No se ofenda el señor, pero no me parecen muy peligrosos.

—Pues, a pesar de su apariencia, son antropófagos, muchacho.

—Se puede ser antropófago y buena persona —respondió Conseil—; como se puede ser glotón y honrado. Lo uno no excluye lo otro.

—De acuerdo, Conseil. Te concedo que se trata de antropófagos honrados y que devoran honradamente a sus prisioneros. No obstante, como no me apetece nada ser devorado, aun honradamente, me mantendré alerta, pues el comandante del *Nautilus* no parece que haya adoptado precaución alguna. Y ahora, ¡manos a la obra!

Durante dos horas, pescamos con ahínco, pero sin conseguir capturar ninguna pieza rara. La red barredera se llenó de orejas de Midas, arpas y melanias; pero, sobre todo, de los más bellos martillos que había visto hasta entonces. También capturamos holoturias, ostras perlíferas y una docena de pequeñas tortugas, que apartamos para las gambuzas de a bordo.

Pero, cuando menos me lo esperaba, puse la mano sobre una maravilla, debería de decir sobre una deformidad natural muy rara de encontrar. Conseil había echado la barredera, y, al izarla, subía

repleta de diversas conchas bastante comunes; de repente, Conseil me vio sumergir rápidamente los brazos en la red, retirar una concha y dar un grito de conchiliólogo, es decir: el grito más penetrante que pueda lanzar una garganta humana.

—¡Eh! ¿Qué le ocurre al señor? —preguntó Conseil, muy sorprendido—. ¿Ha sido mordido el señor?

—No, muchacho, ¡pero de buena gana habría dado un dedo por mi descubrimiento!

—¿Qué descubrimiento?

—Esta concha —dije, mostrándole mi trofeo.

—Pero si es simplemente una oliva porfiria, género de las olivas, orden de los pectinibranquios, clase de los gasterópodos, tipo de los moluscos...

—¡Sí Conseil, pero en lugar de enrollarse de derecha a izquierda, esta oliva lo hace de izquierda a derecha!

—¿Es eso posible? —exclamó Conseil.

—Sí, muchacho, es una concha levógira.

—¡Una concha levógira! —repetía Conseil, con el corazón palpitante.

—Observa su espira.

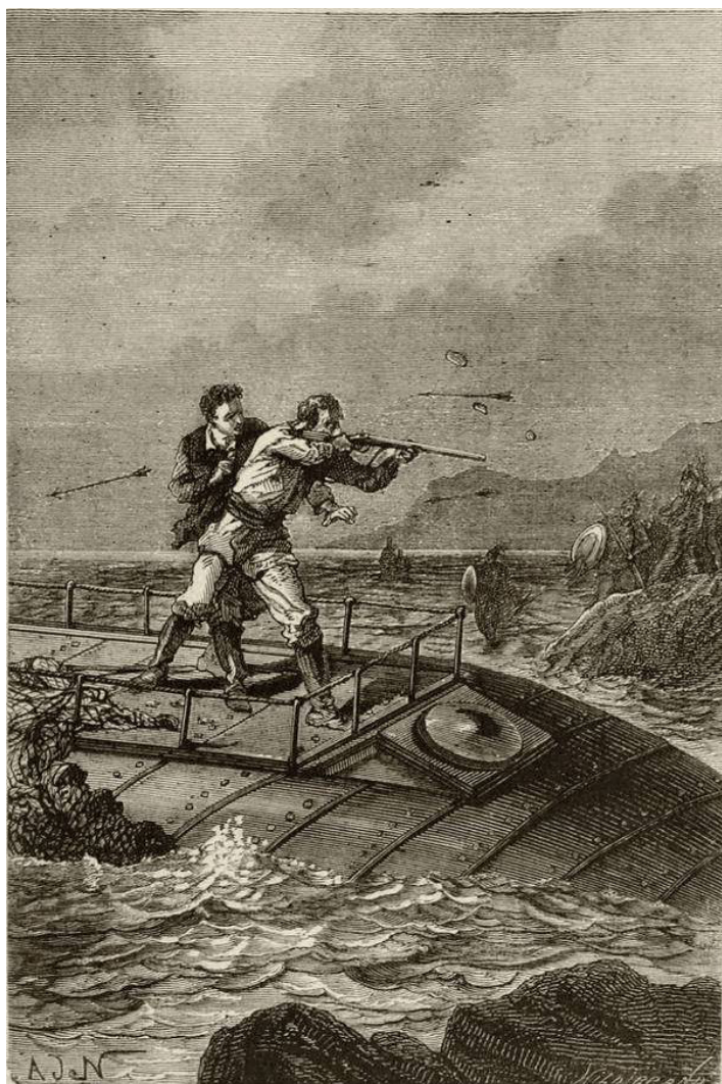
—¡Ah! ¡El señor puede creerme —dijo Conseil tomando la preciosa concha con mano trémula—, si le digo que nunca he experimentado una emoción similar!

Y había razón para estar emocionado. En efecto, sabemos, como lo han hecho observar los naturalistas, que una de las leyes de la naturaleza es la dextrorsidad. Los astros y sus satélites, en sus movimientos de traslación y de rotación, se mueven de derecha a izquierda. El hombre utiliza mucho más a menudo la mano derecha que la izquierda, y, por consiguiente, sus instrumentos y aparatos, escaleras, cerraduras, resortes de relojes, etc., están concebidos de manera que se puedan utilizar de derecha a izquierda. Y también la naturaleza ha seguido por regla general esta ley para enrollar sus conchas. Son todas dextrógiras, con raras excepciones, y si por casualidad presentan una espira levógira, los aficionados las pagan a precio de oro.

Conseil y yo estábamos inmersos en la contemplación de nuestro tesoro, y yo me prometía ya enriquecer el Museum cuando una piedra, inoportunamente lanzada por un indígena, hizo añicos el

precioso objeto que Conseil tenía en la mano.

Lancé un grito de desesperación. Conseil se abalanzó sobre su fusil y apuntó hacia un salvaje que balanceaba su honda a diez metros de él. Quise detenerle, pero su disparo partió y rompió la pulsera de amuletos que colgaba del brazo del indígena.



—¡Conseil! —exclamé—. ¡Conseil!

—¡Qué! ¿No ve el señor que ese caníbal ha comenzado el ataque?

—¡Una concha no vale la vida de un hombre! —le dije.

—¡Ah, maldito! —gritó Conseil—. ¡Habría preferido que me rompiera un hombro!

Conseil era sincero, pero no estaba yo de acuerdo con él. Sin embargo la situación había cambiado desde hacía unos instantes y no nos habíamos dado cuenta. Una veintena de piraguas rodeaban el *Nautilus*. Las piraguas, ahuecadas en troncos de árboles, largas, estrechas, muy marineras, se equilibraban mediante un doble catamarán de bambú que flotaba en la superficie del agua. Los remeros, semidesnudos, las manejaban con pericia; yo no podía evitar la preocupación al verlos avanzar.

Era evidente que aquellos papúas ya habían tenido relaciones con los europeos, y que conocían sus embarcaciones. Pero ¿qué podían pensar de ese largo cilindro de hierro encallado en la bahía, sin mástiles, sin chimenea? Nada bueno, ya que, en principio, se mantuvieron a una distancia respetuosa. Sin embargo, al verlo inmóvil, iban recobrando paulatinamente la confianza e intentaban familiarizarse con él. Pero, precisamente, era esta familiarización lo que había que impedir. Nuestras armas, a las que les faltaba la detonación, no podían producir más que un efecto mediocre sobre los indígenas, que sólo tienen respeto por los artilugios que hacen ruido. El rayo, sin el tremolar del trueno, asustaría poco a los hombres, aunque el peligro esté precisamente en el relámpago y no en el ruido.

En ese momento, las piraguas se aproximaron aún más al *Nautilus*, y una nube de flechas se abatió sobre él.

—¡Demonios! ¡Está granizando! —exclamó Conseil—. ¡Y quizá se trate de un granizo envenenado!

—Tenemos que avisar al capitán Nemo —dije yo, entrando por la escotilla.

Bajé al salón. No encontré a nadie. Me apresuré a llamar a la puerta, que daba a la habitación del capitán.

Un «adelante» me respondió. Entré y me encontré al capitán Nemo sumido en un cálculo en el que no faltaban las x y otros signos de álgebra.

—¿Le molesto? —pregunté cortésmente.

—Así es, señor Aronnax —respondió el capitán—, pero supongo que tiene usted serias razones para verme, ¿no es cierto?

—Muy serias. Las piraguas de los nativos nos rodean, y dentro de unos minutos seguramente nos habrán asaltado varios centenares de salvajes.

—¡Ah! —exclamó el capitán Nemo—. ¿Han venido con sus piraguas?

—Sí, señor.

—Pues bien, señor profesor, basta con cerrar las escotillas.

—Exactamente, y yo venía a decirle...

—No hay nada más sencillo —dijo el capitán Nemo.

Y, apretando un botón eléctrico, transmitió una orden al puesto de la tripulación.

—Ya está, profesor —me dijo tras unos instantes—. El bote está en su sitio y las escotillas están cerradas. No irá usted a temer, me imagino, que esos señores derriben unas murallas que ni las balas de su fragata han podido atravesar.

—No, capitán, pero existe todavía otro peligro.

—¿Cuál, señor?

—Que mañana, a la misma hora, será necesario volver a abrir las escotillas para renovar el aire del *Nautilus*...

—No le contradigo, profesor, ya que nuestro barco respira igual que los cetáceos.

—Pero, si en ese momento los papúas ocupan la cubierta, no sé cómo podría usted impedirles que entrasen.

—Entonces, ¿supone usted que subirán a bordo?

—Estoy convencido.

—Pues bien, en ese caso, ¡que suban! No veo ninguna razón para impedirselo. En el fondo, esos papúas son unos pobres diablos, y no quiero que mi visita a la isla de Gueboroar le cueste la vida a uno sólo de esos desdichados.

Una vez dicho eso, me iba a retirar, pero el capitán Nemo me retuvo y me invitó a sentarme junto a él. Me preguntó con interés sobre nuestras excursiones a tierra y la cacería, y no pareció entender esa necesidad de carne que apasionaba al canadiense. Después, la conversación tocó diversos asuntos, y, aunque no fue más comunicativo, el capitán Nemo se mostró más amable.

Entre otras cosas, llegamos a hablar de la situación del *Nautilus*, encallado en el estrecho en que el propio Dumont d'Urville estuvo a punto de perderse. Después, el capitán me comentó a este propósito:

—Fue uno de sus grandes marinos; d'Urville fue uno de sus navegantes más inteligentes. Es el capitán Cook de ustedes, los franceses. ¡Desdichado sabio! Desafiar los bancos de hielo del Polo Sur, los corales de Oceanía, los caníbales del Pacífico, para morir miserablemente en un tren[161]. Si aquel hombre enérgico pudo reflexionar en los últimos segundos de su existencia, ¿se imagina usted cuáles fueron sus pensamientos postreros?

Al hablar así, el capitán Nemo parecía conmovido y, a mi juicio, hay que consignar esa emoción en su activo.

Después, con el mapa en la mano, repasamos los trabajos del navegante francés, sus viajes de circunnavegación, su doble tentativa en el Polo Sur, que condujo al descubrimiento de las tierras Adelia y de Luis Felipe, y, por último, sus cartas hidrográficas de las principales islas de Oceanía.

—Lo que su d'Urville hizo en la superficie de los mares —me dijo el capitán Nemo—, yo lo he hecho en el interior del océano, y más cómoda y exhaustivamente que él. La *Astrolabe* y la *Zélée*, incesantemente azotadas por los huracanes, no podrían ponerse a la altura del *Nautilus*, tranquilo gabinete de trabajo, y auténticamente sedentario en medio de las aguas.

—Sin embargo, capitán —le dije yo—, hay un punto de similitud entre las corbetas de Dumont d'Urville y el *Nautilus*.

—¿Cuál, señor?

—El hecho de que el *Nautilus* haya encallado como ellas.

—El *Nautilus* no está encallado, señor —me respondió fríamente el capitán Nemo—. El *Nautilus* está concebido para reposar sobre el lecho de los mares, y los penosos trabajos y maniobras a que se vio obligado d'Urville para reflotar sus corbetas no los tendré que hacer yo. La *Astrolabe* y la *Zélée* estuvieron a punto de perecer, pero mi *Nautilus* no corre ningún peligro. Mañana, en la fecha señalada, a la hora prevista, la marea lo levantará suavemente y volverá a su navegación a través de los mares.

—Capitán —le dije—, no dudo...

—Mañana —añadió el capitán Nemo levantándose—, mañana, a las dos y cuarenta de la tarde, el *Nautilus* flotará y abandonará sin averías el estrecho de Torres.

Una vez pronunciadas esas palabras en un tono muy seco, el capitán Nemo se inclinó ligeramente. Era la señal de que se despedía de mí, y regresé a mi camarote.

Allí me encontré con Conseil, que quería conocer el resultado de mi entrevista con el capitán.

—Muchacho —respondí yo—, cuando he dado la impresión de creer que su *Nautilus* estaba amenazado por los nativos de Papuasias, el capitán me ha respondido muy irónicamente. Por consiguiente, sólo tengo una cosa que decirte: ten confianza en él y ve a dormir tranquilamente.

—¿El señor no necesita mis servicios?

—No, Conseil. ¿Qué está haciendo Ned Land?

—Que el señor me disculpe —respondió Conseil—, pero el amigo Ned está preparando un paté de canguro que será una delicia.

Una vez solo, me acosté, pero dormí bastante mal. Oía el ruido de los salvajes que pisoteaban la cubierta y proferían unos gritos ensordecedores. Transcurrió así la noche, sin que la tripulación saliera de su inercia habitual. La presencia de los caníbales les causaba tanta preocupación como pueden causar las hormigas que corren sobre las empalizadas de un fuerte a los soldados de la guarnición.

A las seis de la mañana, me levanté. Aún no se habían abierto las escotillas. Por lo tanto, el aire del interior no se había renovado, pero los depósitos, cargados para prevenir cualquier eventualidad, funcionaron a su debido tiempo y aportaron unos metros cúbicos de oxígeno a la atmósfera enrarecida del *Nautilus*.

Trabajé en mi camarote hasta el mediodía, sin haber visto en ningún momento al capitán Nemo. A bordo, no parecía que se estuviese haciendo ningún preparativo para zarpar.

Esperé un poco más y luego me dirigí al gran salón. El péndulo marcaba las dos y media. Diez minutos más tarde, el nivel del agua debería de haber alcanzado el máximo, y, si el capitán Nemo no me había hecho una promesa temeraria, el *Nautilus* estaría inmediatamente desencallado. Si no, pasarían bastantes meses antes

de que pudiese abandonar su lecho de coral.

Entre tanto, se dejaban sentir unas sacudidas precursoras en el casco del barco. Oía cómo arañaban el casco las asperezas calcáreas del fondo coralino.

A las dos y treinta y cinco minutos, el capitán Nemo apareció en el salón.

—Vamos a zarpar —dijo.

—¡Ah! —exclamé yo.

—He dado orden de abrir las escotillas.

—¿Y los papúas?

—¿Los papúas? —respondió el capitán Nemo, alzando ligeramente los hombros.

—¿No van a penetrar en el interior del *Nautilus*?

—¿Cómo?

—Pasando por las escotillas que habrá abierto.

—Señor Aronnax —respondió tranquilamente el capitán Nemo —, no se entra así como así por las escotillas del *Nautilus*, incluso cuando están abiertas.

Yo miré al capitán.

—¿No comprende usted? —me dijo.

—En absoluto.

—Muy bien, venga y lo verá.

Me dirigí hacia la escalera central. Allí, Ned Land y Conseil, muy intrigados, miraban a algunos hombres de la tripulación que abrían las escotillas, mientras que afuera resonaban gritos de rabia y espantosas vociferaciones.

Se corrieron las portas del exterior. Aparecieron veinte rostros horribles. Pero el primer indígenua que puso la mano sobre la baranda de la escalera, expelido hacia atrás por no sé qué fuerza invisible, se dio a la huida, dando gritos horrorosos y unas zancadas espantosas.

Otros diez compañeros suyos corrieron similar suerte.



Conseil estaba fascinado. Ned Land, dejándose llevar por sus instintos violentos, se abalanzó a la escalera. Pero, tan pronto como puso ambas manos sobre la baranda, cayó fulminado a su vez.

—¡Por mil diablos! —gritó—. ¡Me ha partido un rayo!

Esa palabra lo explicaba todo. No era una baranda, sino un cable de metal enteramente cargado con la electricidad de a bordo lo que desembocaba en la cubierta. Cualquiera que la tocaba sentía una formidable sacudida —y esta sacudida habría sido mortal si el capitán Nemo hubiera puesto en el conductor toda la corriente de sus aparatos. En verdad, habríase dicho que entre sus asaltantes y él había tendido una red eléctrica que nadie podía franquear impunemente.

Mientras tanto, los papúas espantados se habían batido en retirada, presa del pánico. Nosotros, medio riendo, consolábamos y dábamos fricciones al desdichado Ned Land, que juraba como un poseso.

Y en aquellos momentos, el *Nautilus*, levantado por las últimas ondulaciones de la corriente, abandonó su lecho de coral en el minuto cuarenta exactamente fijado por el capitán. Su hélice batía las aguas con majestuosa lentitud. Su velocidad fue incrementándose poco a poco, y, navegando por la superficie del océano, abandonó sano y salvo los peligrosos pasajes del estrecho de Torres.

XXIII

Ægri somnia [162]

Al día siguiente, 10 de enero, el *Nautilus* prosiguió su marcha entre dos aguas, pero con una velocidad notable, que no pude menos de calcular en treinta y cinco millas por hora. La velocidad de la hélice era tal que no podía ni seguir sus revoluciones ni contarlas.

Cuando pensaba que aquel maravilloso agente eléctrico, además de dar movimiento, calor y luz al *Nautilus*, también lo protegía contra los ataques exteriores, transformándolo en un arca sagrada que nadie podía profanar sin ser fulminado, mi admiración era ya sin límites y, del aparato, ésta pasaba inmediatamente al ingeniero que la había creado.

Navegábamos directamente hacia el Oeste, y, el 11 de enero, doblamos el cabo Wessel, situado a 135° de longitud y 10° de latitud Norte, que forma la punta Este del golfo de Carpentaria. Todavía abundaban los arrecifes, pero estaban más diseminados y aparecían marcados en el mapa con extrema precisión. El *Nautilus* evitó fácilmente los rompientes de Money, a babor, y los arrecifes Victoria, a estribor, situados a 130° de longitud y en el décimo paralelo, que seguíamos rigurosamente.

El 13 de enero, el capitán Nemo, tras llegar al mar de Timor, avistó la isla homónima a 122° de longitud. Esta isla se extiende en una superficie de mil seiscientas veinticinco leguas cuadradas y está gobernada por rajás. Dichos príncipes se autodenominan «hijos de los cocodrilos», es decir: nacidos de la más alta estirpe a que puede aspirar un ser humano. Esos ancestros escamosos pululan en los ríos de la isla y son objeto de una veneración particular. Se los protege,

se los mima, se los adula, se los alimenta e, incluso, se les da doncellas en ofrenda; ¡pobre del extranjero que ose levantar la mano sobre esos reptiles sagrados!

Pero el *Nautilus* no tuvo ningún trato con esas repulsivas bestias. No pudimos distinguir Timor más que un instante, a mediodía, mientras que el segundo de a bordo tomaba la posición. Igualmente, sólo llegamos a entrever la pequeña isla de Roti, que forma parte del grupo y es famosa por sus mujeres, cuya belleza goza de una reputación muy acreditada en los mercados malayos.

A partir de ese momento, el derrotero del *Nautilus*, en latitud, giró hacia el Sudoeste. Se puso rumbo hacia el océano Índico. ¿Adónde nos arrastraría la fantasía del capitán Nemo? ¿Subiría hacia las costas de Asia? ¿Se aproximaría a las orillas de Europa? Resoluciones poco probables por parte de un hombre que huía de los continentes habitados. ¿Descendería pues hacia el Sur? ¿Se dispondría a doblar el cabo de Buena Esperanza, luego el cabo de Hornos y continuar así hasta el Polo antártico? ¿Regresaría a los mares del Pacífico, donde su *Nautilus* podría navegar cómoda y libremente? El futuro se encargaría de respondernos.

Después de haber franqueado los escollos de Cartier, de Hibernia, de Seringapatam y de Scott, últimos esfuerzos del elemento sólido contra el elemento líquido, el 14 de enero habíamos perdido de vista cualquier asomo de tierra. La velocidad del *Nautilus* había disminuido notablemente, y, muy caprichoso en su navegación, tan pronto nadaba en medio de las aguas como flotaba en su superficie.

Durante ese período del viaje, el capitán Nemo llevó a cabo interesantes experimentos sobre las diversas temperaturas del mar en capas diferentes. En condiciones normales, dichos datos se obtienen por medio de instrumentos bastante complicados, cuyos resultados son como mínimo dudosos, ya sean sondas termométricas, cuyos vidrios se rompen frecuentemente por la presión de las aguas, ya sean aparatos basados en la variación de resistencia de los metales a las corrientes eléctricas. Los resultados así obtenidos no pueden ser debidamente verificados. Pero el capitán Nemo iba por sí mismo a las profundidades del mar a buscar esa temperatura, y su termómetro, en comunicación con las diferentes capas líquidas, le indicaba inmediata y ciertamente el

grado en cuestión.

Así fue como recargando sus depósitos unas veces, o descendiendo oblicuamente mediante sus planos inclinados otras, el *Nautilus* alcanzó sucesivamente profundidades de tres, cuatro, cinco, siete, nueve y diez mil metros, y como resultado definitivo de esos experimentos se obtuvo que, en todas las latitudes, el mar tenía una temperatura constante de cuatro grados y medio a una profundidad de mil metros.

Yo seguía los experimentos con el más vivo interés. El capitán Nemo los realizaba con auténtica pasión. En ocasiones, me preguntaba yo con qué objetivo efectuaría sus observaciones. ¿Sería en provecho de sus semejantes? No era probable, pues uno u otro día sus trabajos deberían de perecer con él en algún mar ignorado: a no ser que fuese yo el destinatario del resultado de sus experimentos. Pero eso equivalía a admitir que mi extraño viaje tendría un final, y ese final aún no lo podía divisar.

Sea como fuere, el capitán Nemo me informó igualmente sobre diversas cifras obtenidas por él, con las que establecía la proporción de las distintas densidades del agua en los principales mares del globo. A raíz de ello, saqué una enseñanza personal que no tenía nada de científico.

Ocurrió la mañana del 15 de enero. El capitán, con quien paseaba por cubierta, me preguntó si conocía las distintas densidades de las aguas marinas. Le respondí con una negativa, y añadí que la ciencia carecía de datos fidedignos a ese respecto.

—Esas observaciones ya las he efectuado yo —me dijo—, y puedo afirmar que son ciertas.

—Bien —respondí—, pero el *Nautilus* es un mundo aparte, y los secretos de sus sabios no llegan a la tierra.

—Tiene usted razón, profesor —me dijo tras unos instantes de silencio—. Es un mundo aparte. Es tan extraño a la tierra como los planetas que acompañan al globo alrededor del sol; y nadie conocerá jamás los trabajos de los sabios de Saturno o de Júpiter. Sin embargo, y ya que el azar ha unido nuestras existencias, puedo comunicarle el resultado de mis observaciones.

—Le escucho, capitán.

—Usted sabe, profesor, que el agua marina es más densa que el agua dulce, pero esta densidad no es uniforme. En efecto,

supongamos que la densidad del agua dulce es igual a uno: sobre esa base, se encuentra: uno con veintiocho milésimas en las aguas del Atlántico; uno con veintiséis milésimas en las aguas del Pacífico; uno con treinta milésimas en las aguas del Mediterráneo...

«¡Ah! —pensé yo para mis adentros—. ¿Así es que se aventura a navegar por las aguas del Mediterráneo?».

—... uno con dieciocho milésimas en las aguas del mar Jónico, y uno con veintinueve milésimas en las aguas del Adriático.

Decididamente, el *Nautilus* no rehuía los mares frecuentados de Europa y, de ese modo, concluí que nos llevaría —quizá en poco tiempo— hacia continentes más civilizados. Pensé que Ned Land, al conocer la noticia, reaccionaría con una satisfacción muy natural.

Durante varios días, el tiempo se nos pasó realizando experimentos de todo tipo, que abarcaban desde los grados de salinidad de las aguas a diferentes profundidades, hasta su electrización, coloración y transparencia; en todo momento, el capitán Nemo hizo gala de un ingenio sólo equiparable a su buena disposición hacia mí. Después, no volví a verlo durante varios días más, y me quedé de nuevo como aislado a bordo.

El 16 de enero, el *Nautilus* pareció dormirse a tan sólo unos metros por debajo del nivel del mar. Sus aparatos eléctricos dejaron de funcionar, y su hélice inmóvil hacía que vagara a merced de la corriente. Supuse que la tripulación procedía a reparaciones interiores, necesarias por la violencia de los movimientos de la máquina.

Mis compañeros y yo fuimos entonces testigos de un curioso espectáculo. Las escotillas del salón estaban abiertas y, como el fanal del *Nautilus* no estaba encendido, reinaba una vaga oscuridad en medio de las aguas. El cielo, tempestuoso y cubierto de gruesos nubarrones, no confería a las capas del océano más que una claridad insuficiente.

Observaba yo el estado de la mar en esas condiciones, y los peces más grandes me parecían nada más que unas sombras apenas dibujadas, cuando el *Nautilus* se encontró de repente transportado a plena luz. Al principio, pensé que habían vuelto a encender el fanal, que proyectaba su resplandor eléctrico a la masa líquida. Me equivocaba, y, tras una rápida observación, reconocí mi error.

El *Nautilus* flotaba en medio de una capa fosforescente, que en

aquella oscuridad resultaba deslumbrante. La producían miríadas de animalillos luminosos cuyo brillo se incrementaba al deslizarse sobre el casco metálico del aparato. Entonces, pude distinguir un relampagueo en medio de las capas luminosas, semejante a las coladas de plomo fundido en un horno o a masas metálicas al rojo vivo: de manera que, por contraste, algunas porciones luminosas resultaban oscuras en aquel medio ígneo, donde parecía estar prohibida cualquier sombra. No. No se trataba ya de la irradiación suave de nuestra iluminación habitual. ¡Había en ella un vigor y un movimiento insólitos! ¡Aquella luz parecía estar viva!

En efecto, era una aglomeración infinita de infusorios pelágicos, de noctilucas miliarias, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana, provistos de un flagelo filiforme, y de los que se ha contado hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. Su luz estaba además duplicada por los resplandores particulares de medusas, asterias, aurelias, fóladas dátiles y otros zoófitos fosforescentes, impregnados de la viscosidad de las materias orgánicas descompuestas por el mar, y quizá de las mucosidades secretadas por los peces.

Durante varias horas, el *Nautilus* estuvo flotando en aquellas olas brillantes y nuestra admiración se acrecentó al observar los grandes animales marinos jugar como salamandras. Pude ver allí, en medio de ese fuego incombustible: marsopas elegantes y rápidas; infatigables payasos marinos y unos histióforos, peces vela de tres metros de longitud, inteligentes anunciadores de los huracanes, cuya formidable espada golpeaba a veces el cristal de la escotilla del salón. Después, aparecieron unos peces más pequeños: peces ballesta variados; escomberoides saltadores; cirujanos nasones, y otros centenares que fustigaban en su carrera la luminosa atmósfera.

¡Parecía ser fruto de un sortilegio aquel maravilloso espectáculo! ¿Quizá alguna condición atmosférica aumentaba la intensidad de este fenómeno? ¿Podría ser que estuviera desencadenándose en la superficie del mar alguna tempestad? Pero, a aquella profundidad de unos metros, el *Nautilus* no notaba su furor y se mecía apaciblemente en medio de las aguas tranquilas.

De esa manera navegábamos, incesantemente maravillados por algún nuevo prodigio. Conseil observaba y clasificaba sus zoófitos,

sus articulados, sus moluscos y sus peces. Los días se desgranaban rápidamente y yo había dejado ya de contarlos. Ned, siguiendo su costumbre, intentaba cambiar el régimen alimentario. Como auténticos caracoles, nos habíamos habituado a nuestro caparazón, y puedo afirmar que es fácil convertirse en un auténtico caracol.

Así pues, la vida a bordo nos parecía sencilla, natural, y no imaginábamos ya que hubiera una vida diferente en la superficie del globo terrestre, hasta que un suceso vino a recordarnos lo extraño de nuestra situación.

El 18 de enero, el *Nautilus* se hallaba a 105° de longitud y 15° de latitud meridional. El tiempo era amenazador, la mar estaba dura y picada. Soplabla del Este un viento frescachón. El barómetro, en descenso desde hacía varios días, anunciaba una próxima lucha de los elementos.

Yo había subido a la cubierta en el momento en que el segundo tomaba sus medidas de los ángulos horarios. Esperaba, según la costumbre, que la frase cotidiana fuese pronunciada. Pero aquel día fue sustituida por otra frase no menos incomprensible. Casi inmediatamente, vi aparecer al capitán Nemo, el cual, provisto de un catalejo, dirigió su mirada hacia el horizonte.

Durante unos minutos, el capitán permaneció inmóvil, sin dejar de mirar el punto enfocado en su objetivo. Después, bajó el catalejo e intercambió una decena de palabras con su segundo. Éste parecía ser víctima de una emoción que a duras penas intentaba refrenar. El capitán Nemo más dueño de sí, mantenía su aplomo. Parecía formular algunas objeciones a las que el segundo respondía con afirmaciones. Al menos, así me pareció a mí, a juzgar por la diferencia de su tono y de sus gestos.

Por mi parte, y pese a haber oteado escrupulosamente el horizonte en la dirección indicada, no pude apreciar nada. El cielo y el agua se confundían en la línea del horizonte absolutamente nítida.

Sin embargo, el capitán Nemo deambulaba de uno a otro extremo de la cubierta sin mirarme, tal vez sin verme. Su paso era firme, pero menos regular que de costumbre. A veces, se detenía, y con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba el mar. ¿Qué podía buscar en ese inmenso espacio? El *Nautilus* se encontraba entonces a varios centenares de millas de la costa más próxima.

El segundo había vuelto a coger su lente y escudriñaba obstinadamente el horizonte, yendo y viniendo, golpeando con el pie, en contraste con su jefe por su agitación nerviosa.

El misterio tenía que aclararse por fuerza, y pronto, ya que, a una orden del capitán Nemo, la máquina, incrementando su potencia de propulsión, imprimió a la hélice una rotación más rápida.

En aquellos momentos, el segundo volvió a señalar algo al capitán. Éste suspendió su paseo y dirigió el catalejo hacia el punto indicado. Lo observó con atención. Por mi parte, bajé al salón profundamente intrigado y regresé con un excelente catalejo del que me servía a menudo. Después, apoyándolo sobre la torreta del fanal, que formaba un saledizo delante de la cubierta, me dispuse a recorrer toda la línea del cielo y del mar.

Pero ni siquiera había podido poner el ojo en el ocular cuando el instrumento me fue rápidamente arrebatado de las manos.

Me volví. El capitán Nemo estaba ante mí, pero no lo podía reconocer. Su semblante estaba transfigurado. Sus ojos, brillando con un destello sombrío, se perdían bajo el ceño fruncido. Se podían ver sus dientes, casi al descubierto. Su cuerpo rígido, sus puños cerrados y su cabeza hundida entre los hombros eran pruebas del violento odio que despedía toda su persona. Ya no se movía. El catalejo, caído de sus manos, había rodado a sus pies.



¿Era yo, pues, quien involuntariamente había provocado esa actitud de cólera? ¿Se imaginaba aquel incomprensible personaje que había sorprendido algún secreto prohibido a los huéspedes del *Nautilus*?

No. No era yo el objeto de su odio; el capitán Nemo no me miraba a mí; su vista continuaba obstinadamente fija en aquel punto impenetrable del horizonte.

Finalmente, el capitán Nemo recuperó su autodomínio. Su rostro, tan profundamente alterado, recobró su calma habitual. Dirigió a su segundo algunas palabras en su extraña lengua y luego se volvió hacia mí.

—Señor Aronnax —me conminó—, tengo que exigirle que cumpla uno de los compromisos que contrajo conmigo.

—¿De qué se trata, capitán?

—Es preciso que usted y sus compañeros acepten que les encierre hasta el momento en que estime oportuno devolverles la libertad.

—Usted manda —le respondí yo mirándolo fijamente—. Pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—Ninguna, señor.

Así pues, no había margen para réplicas; simplemente, debía obedecer, puesto que cualquier acto de resistencia habría sido imposible.

Volví a bajar al camarote que ocupaban Ned Land y Conseil y les comuniqué las órdenes del capitán. Huelga decir cómo las acogió el canadiense. Además, no hubo tiempo para más explicaciones. Cuatro hombres de la tripulación esperaban a la puerta y nos condujeron a la celda en que habíamos pasado nuestra primera noche a bordo del *Nautilus*.

Ned Land quiso protestar, pero, por toda contestación, la puerta se cerró tras él.

—¿Puede explicarnos el señor qué significa todo esto? —preguntó Conseil.

Conté a mis compañeros lo que había ocurrido y se quedaron tan sorprendidos como yo y no menos perplejos.

Me encontraba sumido en un abismo de reflexiones y sin poder alejar de mi pensamiento la extraña imagen del capitán Nemo. Era incapaz de hilvanar dos ideas lógicas y estaba perdido considerando

las más absurdas hipótesis; entonces, unas palabras de Ned Land me sacaron de ese estado de ánimo:

—¡Vaya! ¡El almuerzo está servido!

En efecto, la mesa estaba preparada. Era evidente que el capitán Nemo había dado esa orden al mismo tiempo que hacía acelerar la velocidad del *Nautilus*.

—¿Me permite el señor que le haga una recomendación? —me preguntó Conseil.

—Sí, muchacho —respondí yo.

—Pues bien, el señor debería tener la bondad de almorzar. Es lo más prudente, puesto que no sabemos qué puede suceder.

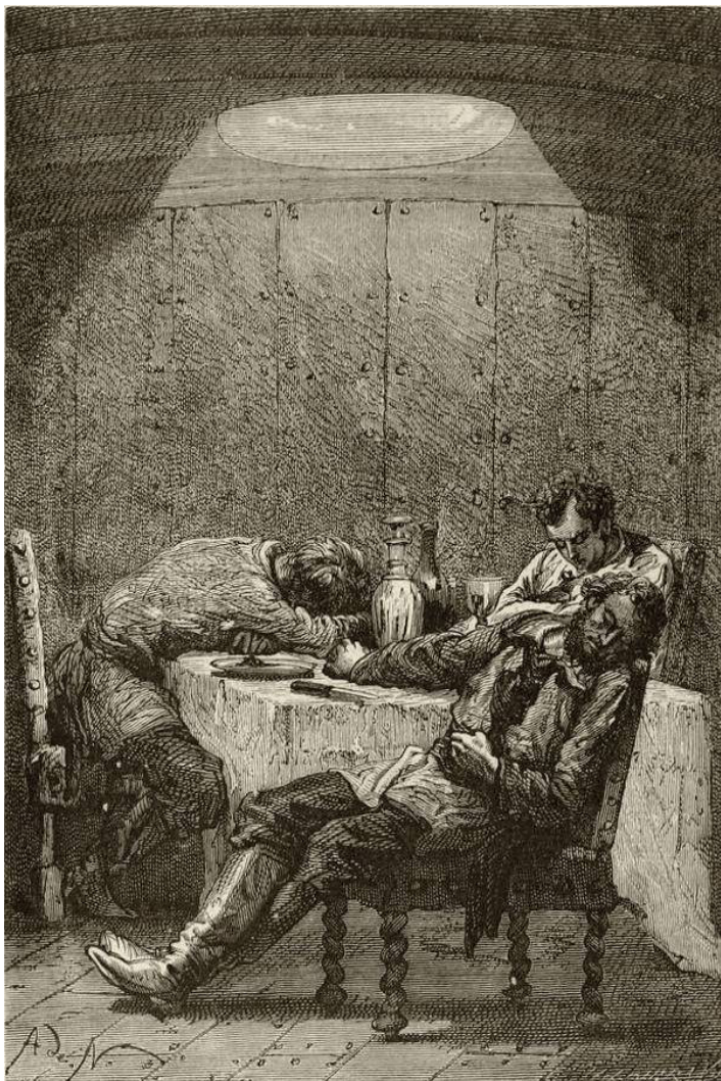
—Tienes razón, Conseil.

—Desgraciadamente —dijo Ned Land—, nos han vuelto a poner el menú de a bordo.

—Amigo Ned —replicó Conseil—: ¿Qué diría usted si no se nos hubiera servido ni almuerzo?

Este razonamiento frenó en seco las recriminaciones del arponero.

Nos pusimos a la mesa. La comida transcurrió silenciosamente. Yo comí poco. Conseil «se esforzó», por prudencia, y Ned Land, pese a todo, no perdió bocado. Después, una vez concluido el almuerzo, cada uno de nosotros se apoyó en su rincón.



En esos momentos, el globo luminoso que iluminaba la celda se apagó y nos dejó en una oscuridad profunda. Ned Land no tardó en dormirse, y Conseil se dejó atrapar asimismo por un profundo sopor, cosa que me extrañó. Precisamente, me estaba preguntando qué podría haberle provocado esa imperiosa necesidad de dormir, cuando sentí cómo mi cerebro se impregnaba de un sueño intenso. Quería mantener los ojos abiertos, pero se me cerraban involuntariamente. Era víctima de una alucinación dolorosa. Sin duda, habían añadido sustancias somníferas a los alimentos que acabábamos de tomar. Al parecer, no bastaba sólo con la prisión para no participar de los proyectos del capitán Nemo, sino que incluso era necesario recurrir a narcotizarnos.

Oí cerrarse las escotillas. Las ondulaciones del mar, que provocaban un ligero movimiento de balanceo, cesaron. ¿Había abandonado el *Nautilus* la superficie del océano? ¿Había penetrado en las capas inmóviles de las aguas?

Quise resistir al sueño, mas fue imposible. Mi respiración se debilitaba. Sentía un frío mortal que helaba mis miembros, pesados y como paralizados. Los párpados, auténticas semiesferas de plomo, cayeron sobre mis ojos. No pude volver a abrirlos. Un sueño mórbido, asaltado por alucinaciones, se apoderó de todo mi ser. Después, las visiones desaparecieron y me dejaron en un completo anonadamiento.

XXIV

El reino de coral

Al despertarme al día siguiente, me extrañó lo despejada que tenía la mente. Para sorpresa mía, me encontraba en mi camarote. Supuse que mis compañeros también debían de haber sido trasladados al suyo, sin que se dieran cuenta como yo. Ignoraban lo que había ocurrido esa noche, como lo ignoraba yo mismo, y para desvelar ese misterio sólo podía contar con lo que el azar nos deparase.

Pensé entonces en salir de mi camarote. ¿Volvía a ser libre o seguía siendo un prisionero? Completamente libre. Abrí la puerta, atravesé los corredores y subí por la escala central. Las escotillas, cerradas la víspera, estaban abiertas. Llegué a cubierta.

Ned Land y Conseil me esperaban allá. Les pregunté, pero no sabían nada. Dormidos con un sueño profundo que no les había dejado ningún recuerdo, se habían sorprendido enormemente de verse de nuevo en su camarote.

En cuanto al *Nautilus*, nos pareció tranquilo y misterioso, como de costumbre. Navegaba por la superficie del mar a una velocidad moderada. Nada parecía haber cambiado a bordo.

Ned Land, con sus ojos penetrantes, observó el mar. Estaba desierto. El canadiense no apreció nada nuevo en el horizonte, ni velas ni tierras. Se dejaba sentir una fuerte brisa del Oeste, y el viento, que arremolinaba largas olas, imprimía al aparato un balanceo muy perceptible.

El *Nautilus*, tras haber renovado sus reservas de aire, se mantuvo a una profundidad media de quince metros, de manera que podía volver rápidamente a la superficie marina, operación que,

contrariamente a lo que solía ocurrir, fue practicada varias veces durante la jornada del 19 de enero. El segundo subía entonces a cubierta y la frase habitual resonaba en el interior del navío.

El capitán Nemo no apareció. Del resto de la tripulación, sólo vi al impasible *steward*, que me sirvió con su mutismo y precisión acostumbrados.

Hacia las dos, estaba yo en el salón, ocupado en clasificar mis notas, cuando el capitán abrió la puerta y apareció. Lo saludé. Me devolvió un saludo casi imperceptible, sin dirigirme la palabra. Volví a mi trabajo, confiando en que tal vez me daría explicaciones sobre lo que había sucedido la noche anterior. Pero no fue así. Lo miré. Su rostro me pareció cansado; el sueño no había refrescado sus ojos enrojecidos; de su aspecto se desprendía una profunda tristeza, un auténtico pesar. Iba y venía, se sentaba y se volvía a levantar; tan pronto cogía un libro al azar, como lo abandonaba, consultaba sus instrumentos sin tomar sus notas habituales y parecía no poder mantenerse un instante en el mismo sitio.

Por fin, se dirigió hacia mí y me preguntó:

—¿Es usted médico, señor Aronnax?

Su pregunta me resultaba tan imprevista que me quedé mirándolo sin contestar.

—¿Es usted médico? —repitió—. Algunos de sus colegas estudiaron medicina, como Gratiolet, Moquin-Tandon [163] y otros.

—Así es —dije yo—. Soy médico y he trabajado como interno en hospitales. Ejercí la medicina durante varios años antes de entrar en el Museum.

—Bien, señor.

Sin duda, mi respuesta había satisfecho al capitán Nemo. Pero, al no saber yo adonde quería ir a parar, esperé nuevas preguntas, reservándome el derecho de responder según las circunstancias.

—Señor Aronnax —me dijo el capitán—: ¿Aceptaría usted atender a uno de mis hombres?

—¿Hay alguien enfermo a bordo?

—Sí.

—Estoy dispuesto a acompañarle.

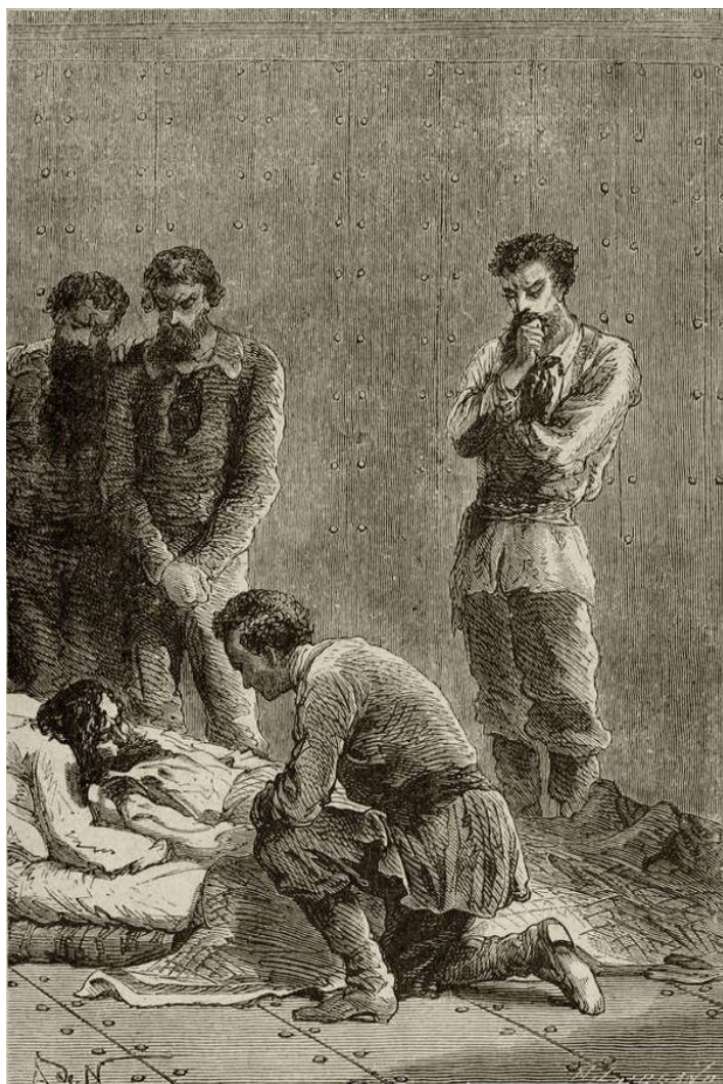
—Sígame.

He de confesar que el corazón me palpitaba con fuerza. No sé por qué, veía cierta conexión entre la enfermedad de un hombre de

la tripulación y los sucesos de la víspera, y ese misterio me preocupaba al menos tanto como el enfermo.

El capitán Nemo me condujo a la popa del *Nautilus* y me hizo entrar en un camarote situado cerca del puesto de los marineros.

Allí, en un camastro, yacía un hombre de unos cuarenta años, de rostro enérgico, un auténtico exponente de anglosajón.



Me incliné sobre él. No era exactamente un enfermo, sino un herido. Su cabeza, envuelta en un vendaje sanguinolento, descansaba sobre una almohada doble. Lo desvendé, y él, mirándome fijamente con sus grandes ojos, me dejó actuar sin exhalar ni un solo lamento.

La herida era horrible. El cráneo, hundido por un instrumento contundente, dejaba el cerebro al descubierto; la masa encefálica había sufrido una profunda atrición.

Se habían formado unos coágulos sanguíneos en la masa difluente, que adquiriría un color de heces de vino. Había sufrido a la vez contusión y conmoción cerebral. La respiración del enfermo era lenta y algunos movimientos espasmódicos sacudían su cara. La flegmasía cerebral era completa y provocaba la parálisis de los sentidos y de los movimientos.

Tomé el pulso al herido. Era intermitente. Las extremidades del cuerpo se enfriaban ya y vi que la muerte se aproximaba, sin que me pareciera posible alejarla. Le coloqué un apósito al desdichado, volví a vendarle la cabeza y me dirigí al capitán Nemo.

—¿Cómo se ha hecho esta herida? —le pregunté.

—¡Qué importa! —respondió evasivamente el capitán—. Una de las palancas de la máquina se rompió con un choque del *Nautilus* y lo golpeó. ¿Cuál es su opinión sobre su estado?

Yo vacilaba en pronunciarme.

—Puede usted hablar —me dijo el capitán—. Ese hombre no entiende el francés.

Miré una vez más al herido y respondí:

—Este hombre habrá muerto antes de dos horas.

—¿No hay nada que pueda salvarle?

—Nada.

Las manos del capitán Nemo se crisparon, y de aquellos ojos que yo no creía hechos para llorar rodaron unas lágrimas.

Durante unos instantes, seguí observando al moribundo, cuya vida le iba abandonando poco a poco. Su palidez se acentuaba aún más por efecto del resplandor de la luz eléctrica que bañaba su lecho de muerte. Miré su rostro inteligente, surcado por arrugas prematuras, que la desgracia, o tal vez la miseria, habían trazado desde hacía tiempo. Intenté sorprender el secreto de la vida en las últimas palabras que escaparan de sus labios.

—Puede usted retirarse, señor Aronnax —me dijo el capitán Nemo.

Dejé al capitán en el camarote del moribundo y regresé al mío, muy conmovido por esta escena. Durante toda la jornada, estuve sobresaltado por siniestros presentimientos. Por la noche, dormí mal y, entre mis sueños frecuentemente interrumpidos, creí oír suspiros lejanos y una especie de salmodia fúnebre. ¿Sería el oficio de difuntos, musitado en aquella lengua incomprensible para mí?

Al día siguiente por la mañana, subí al puente. El capitán Nemo me había precedido. En cuanto me vio, se dirigió a mí.

—Profesor —me dijo—, ¿le apetecería hacer hoy una excursión submarina?

—¿Con mis compañeros? —pregunté yo.

—Si así lo desean.

—Estamos a sus órdenes, capitán.

—Vayan a ponerse las escafandras, pues.

Del moribundo o muerto no se habló nada. Me reuní con Ned Land y Conseil. Les di a conocer la propuesta del capitán Nemo. Conseil se apresuró a aceptar y, en esta ocasión, el canadiense se mostró sumamente dispuesto a seguirnos.

Eran las ocho de la mañana. A las ocho y media, nos habíamos vestido para el nuevo paseo, y nos habíamos provisto de dos aparatos de iluminación y de respiración. La doble puerta se abrió y, acompañados por el capitán Nemo, a quien seguía una docena de hombres de la tripulación, tocamos el suelo a de diez metros de profundidad en el lugar donde reposaba el *Nautilus*.

Una ligera pendiente conducía a un fondo accidentado a unas quince brazas de profundidad. Aquel fondo era totalmente diferente del que yo había visitado durante mi primera excursión bajo las aguas del océano Pacífico. Allí no había arena fina ni praderas submarinas, ni bosques pelágicos. Reconocí inmediatamente la región maravillosa que el capitán Nemo nos permitía contemplar aquel día: era el reino del coral.

Dentro del tipo de los zoófitos y de la clase de los alcionarios, se puede distinguir el orden de los gorgonarios, compuesto por tres grupos: los gorgonianos, los isidianos y los coralinos. A este último pertenece el coral, curiosa sustancia que fue sucesivamente clasificada en los reinos mineral, vegetal y animal. Remedio para

los antiguos, joya para los modernos, hubo que aguardar a 1694 para que el marsellés Peyssonnel² lo clasificara definitivamente en el reino animal.

El coral es un conjunto de animálculos, reunidos en un pólipo de naturaleza quebradiza y pétrea. Esos pólipos tienen un progenitor único, que los produce por gemación, y poseen una existencia propia, al tiempo que participan de la vida común. Es, pues, una especie de socialismo natural. Yo conocía los últimos trabajos hechos sobre ese extraño zoófito, que se mineraliza y al mismo tiempo se convierte en árbol, según la justa observación de los naturalistas. No había nada más interesante para mí que visitar uno de esos bosques petrificados que la naturaleza ha plantado en el fondo de los mares.

Encendimos los aparatos Ruhmkorff y seguimos un banco de coral en vías de formación, que, con el paso del tiempo, llegará a cerrar esa parte del océano Índico. El camino estaba bordeado de vegetación inextricable, formada por arbustos enmarañados y cubiertos de florecillas en forma de estrellitas con puntas blancas. Sin embargo, a diferencia de las plantas de la tierra, esas arborescencias, fijadas a las rocas del suelo se dirigían todas de arriba hacia abajo.

La luz producía mil efectos encantadores, mezclándose en medio de aquellas ramificaciones tan intensamente coloreadas. Me parecía ver los tubos membranosos y cilíndricos temblar bajo la ondulación de las aguas. Estaba tentado de coger sus frescas corolas adornadas por tentáculos delicados, recién brotadas unas, otras con las yemas apenas insinuadas, mientras que unos peces gráciles y de veloces aletas las rozaban al pasar como si fuesen bandadas de pájaros. Pero tan pronto como aproximaba mi mano a aquellas flores vivientes, a aquellos sensibles seres animados, la alarma corría por la colonia. Las corolas blancas se escondían en sus estuches rojos, las flores se desvanecían bajo mi mirada, y el sotobosque se trocaba en un bloque de pezones pétreos.

El azar me había puesto en presencia de las más hermosas muestras de este zoófito. Aquel coral era tan valioso como el que se pesca en el Mediterráneo, en las costas de Francia, de Italia y de Berbería. Por sus tonos vivos justificaba los nombres poéticos de *flor de sangre* y *espuma de sangre* que el comercio da a sus más

bellos productos. El coral se vende hasta a quinientos francos el kilo, y, en aquel lugar, las capas líquidas cubrían la fortuna de toda una legión de comerciantes de coral. Esta preciosa materia, mezclada a menudo con otros políperos, formaba entonces unos bloques compactos e inextricables, denominados «*macciota*», sobre los que observé admirables especímenes de coral rosáceo.

Conforme avanzábamos, los matorrales se tornaban más tupidos, las arborizaciones crecían. Unos auténticos bosquecillos petrificados y unas amplias bóvedas, ejemplos de una arquitectura quimérica, se abrían a nuestros pasos. El capitán Nemo avanzó por una oscura galería, cuya suave pendiente nos condujo a una profundidad de cien metros. La luz de nuestros serpentines producía a veces unos efectos mágicos, aferrándose a las rugosas asperezas de aquellos arcos naturales y a las pechinas, dispuestas como candelabros, a las que adornaba con chispas de fuego. Entre los arbustos coralinos, observé otros pólipos no menos curiosos: melitas; iris de ramificaciones articuladas; después, algunas matas de coralinas, unas verdes, otras rojas, verdaderas algas engarzadas en sus sales calcáreas, que los naturalistas, tras amplias discusiones, han clasificado definitivamente en el reino vegetal. Aunque, de acuerdo con las observaciones de un pensador, «quizá sea ese el punto real en que la vida oscuramente comienza a despertar de su sueño de piedra, sin desprenderse todavía de su rudo punto de partida».

Por fin, tras dos horas de marcha habíamos alcanzado una profundidad de trescientos metros aproximadamente, es decir, el límite extremo en que el coral comienza a formarse. Pero allí, ya no eran los matorrales aislados, ni los modestos arbustos de bajo tallo. Había un bosque inmenso, grandes vegetaciones minerales, enormes árboles petrificados, reunidos por guirlandas de elegantes plumarias, lianas de mar, todas adornadas de matices y de reflejos. Pasábamos libremente bajo su alto ramaje perdido en la sombra de las olas, mientras que a nuestros pies los tubíporos, las meandrinas, las astreas, las fungias y las cariofilas, formaban una alfombra de flores, sembrada de deslumbrantes gemas.

¡Qué indescriptible espectáculo! ¡Ah, qué lástima no poder comunicarnos nuestras sensaciones! ¡Por qué estábamos aprisionados en aquella máscara de cristal y de hierro! ¡Por qué nos estaba vedado comunicarnos! ¡Qué pena no vivir como los peces

que habitan el líquido elemento, o más bien como los anfibios, que durante largas horas pueden recorrer a voluntad el doble ámbito terrestre y marino!

Entretanto, el capitán Nemo se había detenido. Mis compañeros y yo detuvimos nuestra marcha; al girarme, vi que sus hombres formaban un semicírculo en torno al capitán. Miré con más atención y observé que cuatro de ellos llevaban a hombros un objeto de forma oblonga.

Nos hallábamos en el centro de un vasto claro, rodeado de las altas arborizaciones del bosque submarino. Nuestras lámparas proyectaban en aquel espacio una claridad crepuscular que alargaba desmesuradamente las sombras en el suelo. En el límite del claro, la oscuridad volvía a ser profunda y sólo recogía pequeñas chispas retenidas por las vivas aristas del coral.

Ned Land y Conseil estaban cerca de mí. Nos miramos y pensé que iba a asistir a una extraña escena. Al observar el suelo, vi que en algunos puntos estaba abombado por ligeras extumescencias incrustadas de depósitos calcáreos y dispuestas con una regularidad que delataba la mano del hombre.

En medio del claro, en un pedestal de rocas hacinadas toscamente, se alzaba una cruz de coral que extendía sus largos brazos: se habría dicho que era de sangre petrificada.

A una señal del capitán Nemo, uno de sus hombres avanzó y, a algunos pasos de la cruz, comenzó a excavar en el suelo con un pico que sacó de su cinturón.

¡Entonces lo comprendí todo! El claro era un cementerio; la fosa, una tumba; el objeto oblongo, el cuerpo del hombre muerto por la noche. El capitán Nemo y los suyos venían a enterrar a su compañero en esa morada común, en el fondo del océano inaccesible.

No, jamás había estado mi espíritu sobreexcitado hasta ese extremo. Nunca hasta entonces habían invadido mi cerebro unas ideas más impresionantes. No quería ver lo que estaban viendo mis ojos.

Mientras tanto, la sepultura iba cobrando forma poco a poco. Los peces escapaban en todas direcciones de su descanso perturbado. Yo oía resonar sobre el suelo calcáreo el hierro del pico, que a veces arrancaba destellos al chocar contra algún sílex perdido

en el fondo de las aguas. La fosa se iba alargando y ensanchando y pronto fue lo suficientemente profunda para acoger el cuerpo.

Entonces, los porteadores se aproximaron. El cuerpo, envuelto en un sudario de biso blanco, descendió a su húmeda tumba. El capitán Nemo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y todos los amigos de aquel que les había amado se arrodillaron en actitud de plegaria... Mis dos compañeros y yo nos inclinamos religiosamente.



La tumba fue entonces recubierta con los restos extraídos del suelo, que formaron un ligero túmulo.

Hecho esto, el capitán Nemo y sus hombres se volvieron a poner en pie; después, se acercaron a la tumba, hicieron una nueva genuflexión y extendieron sus manos en señal del adiós definitivo...

Entonces, el cortejo fúnebre volvió rumbo al *Nautilus*, pasando de nuevo bajo los arcos del bosque, en medio de los matojos, a lo largo de los arbustos de coral y sin dejar de ascender.

Finalmente, apareció el fanal de a bordo. Su estela luminosa nos guió hasta el *Nautilus*. A la una, estábamos de vuelta.

Una vez que me mudé de ropa, volví a subir a la cubierta, y, víctima de una terrible obsesión de ideas, fui a sentarme cerca del fanal.

El capitán Nemo se me unió. Me levanté y le dije:

—De modo que, según mis previsiones, ese hombre murió la noche pasada.

—Sí, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo.

—¿Y reposa ahora junto a sus compañeros en el cementerio de coral?

—¡Sí, olvidados de todos, pero no de nosotros! Nosotros excavamos la tumba y los pólipos se encargan de sepultar a nuestros muertos para la eternidad.

Ocultándose con las manos crispadas el rostro, en un gesto brusco, el capitán intentó en vano contener un sollozo. Después, añadió:

—Ése es nuestro apacible cementerio, a unos centenares de pies bajo la superficie del mar.

—Al menos, sus muertos reposan tranquilos, capitán, lejos del alcance de los tiburones.

—Sí, señor —respondió gravemente el capitán Nemo—, de los tiburones y de los hombres.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

VINGT MILLE LIEUES
SOUS

LES MERS



DEUXIEME PARTIE

HILDEBRAND SC

SEGUNDA
PARTE

I

El océano Índico

Aquí da comienzo la segunda parte de este viaje bajo los mares. La primera concluyó con la conmovedora escena del cementerio de coral, que se ha quedado profundamente grabada en mi ánimo. Así pues, la vida del capitán Nemo transcurría por entero en el seno de este mar inmenso; ni siquiera había olvidado preparar su tumba en el más impenetrable de sus abismos. Allí, ningún monstruo del océano podría perturbar el último sueño de los huéspedes del *Nautilus*, de aquellos amigos, ligados unos a otros tanto en la muerte como en la vida. «¡Ningún hombre, tampoco!», había añadido el capitán.

¡Una vez más la misma desconfianza, cruel, implacable, hacia la sociedad humana!

A mí ya no me bastaban las hipótesis que satisfacían a Conseil. El buen muchacho persistía en la idea de ver al comandante del *Nautilus* como uno de esos sabios ignorados que responden a la indiferencia de la humanidad con desprecio. Aún más, era para él un genio incomprendido, que, harto de las decepciones en la tierra, había tenido que refugiarse en ese lugar inaccesible donde podía dar rienda suelta a sus instintos. Pero, a mi juicio, esta hipótesis sólo explicaba una de las caras del capitán Nemo.

En efecto, el misterio de la última noche, durante la cual habíamos permanecido encadenados en la prisión y en el sueño, la precaución violentamente tomada por el capitán de arrebatarme el catalejo dispuesto a escrutar el horizonte, la herida mortal de aquel hombre debida a un choque inexplicable del *Nautilus*, todo eso me

llevaba a encarar el asunto de otra manera. No. El capitán Nemo no se contentaba con huir de los hombres. Su formidable máquina no servía únicamente a sus instintos de libertad, sino quizás también a los intereses de no sé qué terribles represalias.

En estos momentos, sin embargo, nada me parece claro; a través de estas tinieblas, no me llega sino un leve atisbo de luz, y debo limitarme a escribir, por decirlo de algún modo, al dictado de los hechos.

Por otra parte, nada nos ata al capitán Nemo. Él sabe que es imposible escaparse del *Nautilus*. Ni siquiera hemos aceptado ser prisioneros bajo palabra. Tampoco hemos comprometido nuestra palabra de honor. Somos, lisa y llanamente, cautivos, prisioneros a quienes por una apariencia de cortesía se les da el nombre de huéspedes. De todas maneras, Ned Land no ha renunciado todavía a recuperar su libertad. Es seguro que aprovechará la primera ocasión que el destino le brinde. Yo actuaré como él, sin duda; pero me pesará llevarme lo que la generosidad del capitán nos haya permitido conocer de los misterios del *Nautilus*. Después de todo, ¿hay que odiar a este hombre o admirarlo?, ¿es una víctima o un verdugo? Para ser sincero, antes de abandonarlo para siempre, querría haber dado la vuelta al mundo submarino, cuyos inicios han sido tan magníficos. Querría haber observado la serie completa de las maravillas que atesoran los mares del globo. Querría haber visto lo que ningún hombre ha visto todavía, aun cuando tuviera que pagar con mi vida este insaciable afán de conocimiento. ¿Qué he descubierto hasta ahora? Nada o casi nada, ya que por lo pronto sólo hemos recorrido seis mil leguas a través del Pacífico.

No obstante, sé con certeza que el *Nautilus* se aproxima a tierras habitadas y que, si surge alguna oportunidad de evadirnos, sería cruel sacrificar a mis compañeros por mi pasión por lo desconocido. Tendré que seguirlos, puede que incluso guiarlos. Pero ¿se dará alguna vez esta ocasión? La persona a la que se priva de su libre arbitrio por la fuerza desea una ocasión semejante, mas el sabio, el curioso, la teme.

Aquel día, 21 de enero de 1868, a las doce del mediodía, el segundo vino a tomar la altura del sol. Yo subí a cubierta, encendí un puro y seguí de cerca la operación. Me parecía evidente que aquel hombre no entendía el francés, ya que en varias ocasiones

había hecho yo algunas reflexiones en voz alta que, si las hubiera comprendido, deberían haberle arrancado algún signo involuntario de atención, y, sin embargo, había permanecido impassible y mudo.

Mientras el segundo observaba por medio del sextante, uno de los marineros del *Nautilus*, aquel hombre valiente que nos acompañó en nuestra primera excursión submarina a la isla de Crespo, se acercó a limpiar los cristales del fanal. Entonces, pude examinar la instalación de aquel aparato, cuyos anillos lenticulares, dispuestos como los de los faros, multiplicaban por cien su potencia, además de permitir que se aprovechara al máximo su rendimiento. La lámpara eléctrica estaba fabricada de forma que pudiera dar toda su capacidad de iluminación. Su luz se producía en el vacío, lo que garantizaba su regularidad y su intensidad a la vez. Este vacío servía también para limitar el desgaste de las puntas de grafito entre las que se crea el arco luminoso. Era éste un ahorro importante para el capitán Nemo, que no habría podido renovarlas con facilidad. Pero, en esas condiciones, su consunción era casi inapreciable.

Cuando el *Nautilus* se preparaba para reanudar su navegación submarina, volví a bajar al salón. Las escotillas se cerraron y se puso rumbo directamente al Oeste.

Entonces, atravesábamos las aguas del océano Índico, vasta llanura líquida con un contenido de quinientos cincuenta millones de hectáreas y cuyas aguas son tan transparentes que provocan vértigo a quien se asoma a su superficie. El *Nautilus* se mantenía, por lo general, entre los doscientos y los trescientos metros de profundidad. Y así transcurrieron algunos días. A cualquier otro que no hubiera sido yo, con mi inmenso amor por el mar, las horas le habrían parecido sin duda largas y monótonas; pero los paseos cotidianos por cubierta, donde me empapaba del aire vivificante del océano, junto con el espectáculo que ofrecían aquellas ricas aguas a través de los cristales del salón, la lectura de los libros de la biblioteca y la redacción de mis notas, ocupaban todo mi tiempo y no me concedían ni un momento para la holganza o el tedio.

La salud de todos nosotros se mantenía en un estado muy satisfactorio. El régimen de a bordo nos resultaba perfectamente apropiado y, en lo que a mí se refiere, habría prescindido sin problemas de las variantes que Ned Land, por espíritu de

contradicción, se ingeniaba para proponernos. Además, a aquella temperatura constante, ni siquiera había que tener miedo de los resfriados, que, llegado el caso, podríamos haber combatido con la carne delicada de la madreporaria *Dendrophyllia*, conocida en la Provenza con el nombre de «hinojo de mar» y de la que teníamos una pequeña reserva a bordo por ser un excelente remedio contra la tos.

Durante algunos días, vimos una gran cantidad de aves acuáticas, palmípedos y gaviotas de todos tipos. Algunas, certeramente abatidas y preparadas según una receta especial, se convirtieron en platos muy aceptables. Entre los grandes voladores, aves que se desplazan a largas distancias de cualquier punto de tierra y descansan de la fatiga del vuelo sobre las olas, pude distinguir magníficos albatros, pájaros que pertenecen al suborden de los longipennes, con sus gritos discordantes cual rebuznos de asnos. La familia de las pelecaniformes estaba representada por rápidos rabihorcados que pescaban con presteza los peces de la superficie, y por numerosos faetónidos o rabijuncos, entre otros el rabijunco de cola roja, del tamaño de una paloma y cuyo plumaje es blanco y matizado de tonos rosados, lo que realza el color negro de las alas.



Las redes del *Nautilus* nos trajeron varios tipos de tortugas marinas del género carey, con el caparazón abombado, cuya concha goza de tanto aprecio. Esos reptiles se sumergen fácilmente y pueden mantenerse bastante tiempo bajo el agua cerrando la válvula carnosa situada en el orificio externo de su canal nasal. Algunos careys dormían aún encogidos en su caparazón y al abrigo de los animales marinos cuando fueron capturados. Por lo general, la carne de aquellas tortugas era mediocre, pero sus huevos resultaban un manjar exquisito.

En cuanto a los peces, continuaban despertando nuestra admiración cuando sorprendíamos a través de las escotillas abiertas los secretos de su vida acuática. Observé a varias especies que no había podido ver hasta entonces.

Puedo citar, sobre todo, los ostraciónidos o peces cofre, típicos del mar Rojo, del mar de las Indias y de esa parte del océano que baña las costas de la América equinoccial. Esos peces, como las tortugas, los tatúes, los erizos y los crustáceos están protegidos por una coraza que, en realidad, no es ni cretácea ni pétreo, sino auténticamente ósea. Tan pronto adopta la forma de un cuerpo sólido triangular como de un cuerpo sólido cuadrangular.

Entre los triangulares, observé algunos de medio decímetro de longitud, de carne sabrosa y sabor exquisito, con la cola pardusca y las aletas amarillas, y cuya aclimatación puedo aconsejar incluso en aguas dulces, a las que, por otra parte, numerosos peces se acostumbran sin ningún inconveniente. Citaré también los ostraciónidos cuadrangulares, con cuatro tubérculos que realzaban sus dorsales; ostraciónidos salpicados de puntos blancos en la parte inferior del cuerpo, que se pueden domesticar como pájaros; trigones, provistos de aguijones formados por la prolongación de su cubierta ósea y a los que su singular ronquido les vale el nombre de «cerdos marinos», y, después, dromedarios con grandes jorobas en forma de cono, de carne dura y coriácea.

Entre las notas cotidianas redactadas por Conseil, destacan también algunos peces del género de los tetrodóntidos, típicos de estos mares; tamboriles collaretes de lomo rojo y vientre blanco, que se distinguen por tener tres filas longitudinales de filamentos; eléctricos, de siete pulgadas de longitud, adornados con los colores más vivos. Además, como muestras de otros géneros, unos ovoides,

parecidos a un huevo, de color marrón casi negro, surcados de bandas blancas y que carecen de caudal; diodóntidos, auténticos puercoespines de los mares, provistos de aguijones y capaces de inflarse, formando un globo erizado de dardos; hipocampos, comunes a todos los océanos; pegasos voladores, de morro alargado, que con sus aletas pectorales, muy amplias y dispuestas en forma de alas, pueden, si no volar, lanzarse siquiera a los aires; pegasos de espátula, cuya caudal está cubierta por numerosos anillos con escamas; macrognatos de anchas mandíbulas, excelentes peces de veinticinco centímetros de longitud, que despiden reflejos con los colores más agradables; caliomoros lívidos, cuya cabeza presenta ciertas rugosidades; miríadas de babosas saltadoras, con franjas negras y anchas aletas pectorales, que se deslizaban por la superficie de las aguas a una velocidad prodigiosa; deliciosos histióforos, que pueden izar sus aletas como otras tantas velas desplegadas a las corrientes favorables; kurtos espléndidos, a los que la naturaleza ha regalado amarillo, azul celeste, plata y oro; tricópteros, cuyas alas están formadas por filamentos; cótidos, siempre manchados de légamo, capaces de emitir gruñidos; triglas, cuyo hígado se considera venenoso; budiones, que llevan en los ojos una especie de anteojera móvil; por último, unos peces mariposa, con el morro alargado en forma de cerbatana, auténticos papamoscas del océano, armados con un fusil que ni siquiera previeron los Chassepot ni los Remington[164], y capaces de matar a los insectos lanzándoles una simple gota de agua.

Dentro del octogésimo nono género de peces clasificados por Lacépède, perteneciente a la segunda subclase de los óseos, caracterizados por un opérculo y una membrana branquial, distinguí la escorpena, cuya cabeza está tachonada de aguijones y que sólo posee una aleta dorsal; estos animales están revestidos o privados de pequeñas escamas, según el subgénero al que pertenecen. El segundo subgénero se nos presentó en forma de batracoides con franjas amarillas, de tres a cuatro decímetros de longitud, con una cabeza de aspecto fantástico. En cuanto al primer subgénero, vimos varios especímenes de ese raro pez justamente apodado «sapo de mar», un pez con una cabeza enorme, ora hundida por profundas depresiones, ora inflada de protuberancias, erizada de aguijones y sembrada de tubérculos, posee unos cuernos

irregulares y atroces, su cuerpo y su caudal están recubiertos de callosidades y sus picaduras provocan peligrosas heridas: es repugnante y horrendo.

Del 21 al 23 de enero, el *Nautilus* marchó a razón de doscientas cincuenta leguas por día, es decir: quinientas cuarenta millas, o veintidós millas por hora. Si pudimos reconocer a nuestro paso las diversas variedades de peces, fue porque éstos, atraídos por el resplandor eléctrico, buscaban nuestra compañía. La mayoría, distanciados por la velocidad del *Nautilus*, se quedaban enseguida atrás, aunque algunos conseguían mantenerse durante cierto tiempo en su estela.

El día 24, por la mañana, a 12° 5' de latitud Sur y 94° 33' de longitud, nos encontramos frente a la isla Keeling[165], elevación madreporica plantada de magníficos cocoteros, que fue visitada por el Sr. Darwin y el capitán Fitz-Roy[166]. El *Nautilus* pasó a poca distancia de los acantilados de esta isla desierta. Sus dragas nos trajeron numerosas muestras de pólipos y de equinodermos y curiosas conchas de moluscos. Algunos preciosos productos de la especie de las delfínulas enriquecieron los tesoros del capitán Nemo, a los que añadí una astrea provista de punta, especie de pólipo parásito que, a menudo, se fija sobre una concha.

Muy pronto, la isla Keeling desapareció en el horizonte y entonces se arrumbó al Noroeste, hacia el extremo de la península india.

—Tierras civilizadas —me dijo Ned Land—. Serán mejores que las islas de Papuasía, donde hay más salvajes que cabritillos. En esta tierra india, señor profesor, hay carreteras, ferrocarriles, ciudades inglesas, francesas e indias. No haría uno ni cinco millas de viaje sin encontrarse con un compatriota. En fin, ¿no ha llegado el momento de dejar en la estacada al capitán Nemo?

—No, Ned, no —respondí con un tono muy firme—. Esperemos que las cosas se presenten por sí solas. El *Nautilus* se está acercando a los continentes habitados. Regresa a Europa, dejemos que nos lleve. Una vez que nos encontremos en nuestras aguas, veremos cómo nos aconseja obrar la prudencia. Además, no creo que el capitán Nemo nos permita ir a cazar en las costas de Malabar o de Coromandel[167] como fue el caso con los bosques de Nueva Guinea.

—¡Muy bien, señor! ¿No podemos prescindir de su autorización?

No respondí al canadiense. No quería discutir. En el fondo, mi mayor empeño era aprovechar al máximo lo que me deparase el destino que me había conducido a bordo del *Nautilus*.

A partir de la isla Keeling, nuestra marcha se volvió por regla general más lenta. También fue más caprichosa, y nos llevó frecuentemente a grandes profundidades. En varias ocasiones, se utilizaron los planos inclinados que las palancas interiores podían colocar oblicuamente a la línea de flotación. Así, descendimos hasta dos y tres kilómetros, pero sin llegar jamás a tocar los grandes fondos de ese mar indio que ni siquiera han podido alcanzar las sondas de trece mil metros. En cuanto a la temperatura de las capas bajas, el termómetro indicaba constantemente cuatro grados. Observé que en las capas superiores el agua estaba siempre más fría sobre los grandes fondos que en alta mar.

El 25 de enero, con el océano absolutamente desierto, el *Nautilus* pasó la jornada en su superficie, batiendo las olas con su poderosa hélice y haciéndolas saltar a gran altura. ¿Cómo no se le habría tomado por un gigantesco cetáceo, al verlo en esas condiciones? Pasé las tres cuartas partes del día en cubierta. Miraba el mar. Nada en el horizonte, a no ser, hacia las cuatro de la tarde, un gran *steamer* que navegaba al Oeste en sentido contrario al nuestro. Su arboladura fue visible durante unos instantes, pero no podía distinguir al *Nautilus*, que iba demasiado a flor de agua. Pensé que ese barco a vapor pertenecía a la línea Peninsular y Oriental que presta servicio entre la isla de Ceilán y Sydney, con escalas en la punta del Rey Jorge y en Melbourne.

A las cinco de la tarde, antes del rápido crepúsculo que enlaza el día con la noche en las zonas tropicales, Conseil y yo nos quedamos maravillados por un curioso espectáculo.

Se trataba de un encantador animal, cuyo encuentro, según los antiguos, era presagio de buena suerte. Aristóteles, Ateneo, Plinio y Opiano[168] habían estudiado sus costumbres y agotado en sus alabanzas toda la poesía de los sabios de Grecia e Italia. Lo llamaron *nautilus* y *pompylius*. Pero la ciencia moderna no ha ratificado su denominación, y ese molusco ahora es conocido con el nombre de «argonauta».

Quien hubiera consultado a Conseil, se habría enterado por boca

del buen muchacho de que el tipo de los moluscos se divide en cinco clases: la primera clase, los cefalópodos, cuyos miembros se presentan o bien desnudos o bien dotados de concha, comprende dos familias, la de los dibranquios y la de los tetrabranquios, que se distinguen por el número de sus branquias; la familia de los dibranquios comprende tres géneros, el argonauta, el calamar y la jibia, y la familia de los tetrabranquios no contiene más que uno, el nautilo. Si, después de esta nomenclatura, un espíritu rebelde hubiese confundido al argonauta, que es *acetabulífero*, es decir: portador de ventosas, con el nautilo, que es *tentaculífero*, es decir: provisto de tentáculos, no habría tenido perdón.

Pues bien, por la superficie del océano viajaba un tropel de argonautas que podíamos calcular en varios centenares. Pertenecían a la especie de los argonautas tuberculados, que es característica de los mares de la India.



Esos graciosos moluscos se desplazaban a reculones por medio de su tubo locomotor y expulsando por dicho tubo el agua que habían aspirado. De sus ocho tentáculos, seis, alargados y delgados, flotaban sobre el agua, mientras que los otros dos, redondeados como un abanico, se tendían al viento formando una vela ligera. Yo podía distinguir su concha espiraliforme y ondulada, que Cuvier compara justamente a una elegante chalupa. Auténtico barco, en efecto, que transporta al animal que lo ha secretado sin que esté adherido a él.

—El argonauta es libre de abandonar la concha que lo alberga —dije a Conseil—, mas nunca lo hace.

—Al igual que el capitán Nemo —respondió atinadamente Conseil—. Por eso habría sido mejor que hubiera llamado a su buque el *Argonauta*.

Durante una hora aproximadamente, el *Nautilus* flotó en medio de esos centenares de moluscos. Después, no sé qué pánico se apoderó súbitamente de ellos; como si hubieran obedecido a una señal, todas las velas fueron inmediatamente arriadas, los brazos se replegaron, los cuerpos se contrajeron, las conchas al dar la vuelta cambiaron su centro de gravedad y toda la flotilla desapareció bajo la superficie del mar. Fue instantáneo, y nunca se habrá visto buques de una escuadra maniobrar con tanta coordinación.

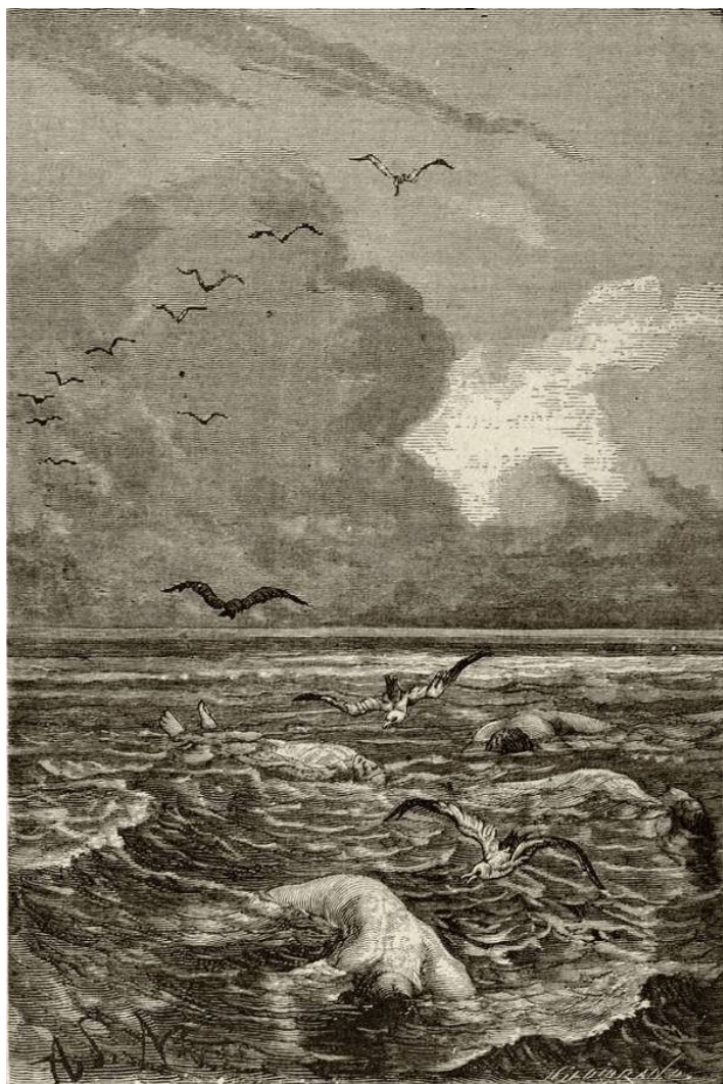
En esos momentos, la noche cayó súbitamente, y las olas, apenas rizadas por la brisa, lamían apaciblemente los flancos del *Nautilus*.

El día siguiente, 26 de enero, atravesamos el Ecuador por el meridiano ochenta y dos y entramos en el hemisferio boreal.

Durante ese día, nos hizo de séquito una formidable legión de escualos, terribles animales que pululan en esos mares y los hacen extremadamente peligrosos. Eran escualos «philipps», de lomo pardo y vientre blancuzco, armados con once filas de dientes; escualos de ocelos, que tienen en el cuello una gran mancha negra rodeada por un círculo blanco, semejante a un ojo; escualos «isabel» con el hocico redondeado y manchado de puntos oscuros. A menudo, esos poderosos animales se precipitaban contra el cristal del salón con una violencia inquietante. Entonces, Ned Land no podía contenerse. Quería volver a subir a la superficie del mar y arponear a aquellos monstruos, sobre todo a ciertas musolas, cuya boca está claveteada de dientes dispuestos como un mosaico, y a los

grandes tigres, de cinco metros de longitud, que provocaban a Ned con una especial insistencia. Pero el *Nautilus* aumentó su velocidad y dejó fácilmente atrás a los tiburones más veloces.

El 27 de enero, en las embocaduras del gran golfo de Bengala, nos encontramos en varias ocasiones con un siniestro espectáculo: cadáveres que flotaban en la superficie del agua. Eran los muertos de los pueblos indios, arrastrados por el Ganges hasta alta mar, y que los buitres, los únicos sepultureros del país, no habían acabado de devorar. Pero no faltaban escualos para ayudarlos en su macabra tarea.



Hacia las siete de la tarde, el *Nautilus* a media inmersión, navegó en medio de un mar de color lechoso. El océano parecía haberse convertido en leche hasta donde alcanzaba la vista. ¿Sería el efecto de los rayos lunares? No, pues la luna, de apenas dos días, estaba aún perdida bajo el horizonte, tras los rayos del sol. Todo el cielo, pese a estar iluminado por esa irradiación sideral, parecía negro en contraste con la blancura de las aguas.

Conseil no podía dar crédito a lo que veían sus ojos y me preguntaba por las causas de tan singular fenómeno. Afortunadamente, estaba yo en condiciones de responderle.

—Es lo que se llama un mar de leche —le dije yo—. Es una enorme extensión de olas blancas que se ve frecuentemente en las costas de Amboina[169] y en estos parajes.

—Pero —preguntó Conseil—, ¿puede el señor informarme de las causas que producen tal efecto? ¡Pues supongo que el agua no se ha transformado en leche!

—No, Conseil, y esta blancura que te sorprende se debe solamente a la presencia de miríadas de infusorios, una especie de diminutas luciérnagas, de aspecto gelatinoso e incoloro, tan gruesos como un cabello y cuya longitud no rebasa la quinta parte de un milímetro. Algunos infusorios se adhieren entre sí en un espacio de varias leguas.

—¡Varias leguas! —exclamó Conseil.

—Sí, muchacho, y no pretendas calcular el número de esos infusorios. No lo conseguirías, pues, si no me equivoco, algunos navegantes han surcado mares de leche durante más de cuarenta millas. No sé si Conseil tuvo en cuenta mi recomendación, pero pareció sumirse en profundas reflexiones, intentando sin duda evaluar cuántas quintas partes de milímetro caben en cuarenta millas cuadradas. Mientras tanto, yo continuaba observando el fenómeno. Durante varias horas, el *Nautilus* se abrió paso con su espolón a través de las olas blanquecinas y observé que se deslizaba silencioso por el agua jabonosa, como si estuviese flotando en los remolinos de espuma que dejan a veces entre sí las corrientes y contracorrientes de las bahías.

Hacia medianoche, el mar recobró de pronto su color normal, pero a popa, y hasta los límites del horizonte, el cielo seguía reflejando la blancura de las olas y durante mucho tiempo pareció

estar impregnado de los vagos resplandores de una aurora boreal.

II

Una nueva proposición del capitán Nemo

El 28 de febrero[170], cuando el *Nautilus* emergió al mediodía, a 9° 4' de latitud Norte, aparecimos frente a una costa que quedaba a unas ocho millas al Oeste. En primer lugar, observé una aglomeración de montañas, de aproximadamente dos mil pies de altura, modeladas en formas muy caprichosas. Una vez marcada nuestra posición, regresé al salón y, después de que hubieran transpuesto las mediciones a la carta de navegación, reconocí que nos encontrábamos frente a la isla de Ceilán, esa perla que pende del lóbulo inferior de la península Índica.

Fui a buscar en la biblioteca algún libro relativo a la isla, una de las más fértiles del planeta, y precisamente hallé un volumen de Sir H. C., Esq. [171], intitulado *Ceylon and the Cingalese*. Una vez en el salón, tomé nota de la posición de Ceilán, a la que la Antigüedad había denominado con tantos nombres diferentes. Está situada entre 5° 55' y 9° 49' de latitud Norte, y entre 79° 41' y 82° 4' de longitud al Este del meridiano de Greenwich. Tiene doscientas setenta y cinco millas de longitud, ciento cincuenta millas de anchura máxima, novecientas millas de perímetro y veinticuatro mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas de superficie, es decir, levemente inferior a la de Irlanda.

En esos momentos, aparecieron el capitán Nemo y su segundo.

El capitán echó un vistazo a la carta. Después, dirigiéndose a mí, dijo:

—La isla de Ceilán. Una tierra célebre por sus pesquerías de perlas. ¿Le apetecería visitar una, señor Aronnax?

—Por supuesto, capitán.

—Será cosa fácil, aunque si bien veremos las pesquerías, no veremos a los pescadores. La explotación anual no ha empezado todavía, pero no importa. Voy a dar la orden de dirigirnos hacia el golfo de Manaar, adonde llegaremos esta noche.

El capitán dirigió unas palabras a su segundo, que salió inmediatamente. El *Nautilus* volvió a sumergirse en su líquido elemento; el manómetro marcó una profundidad de treinta pies.

Con la carta a la vista, traté de localizar el golfo de Manaar. Comprobé que estaba situado en el noveno paralelo, en la costa Noroeste de Ceilán. Estaba formado por una línea alargada de la pequeña isla de Manaar. Para alcanzarlo, era preciso remontar toda la ribera occidental de Ceilán.

—Señor profesor —me dijo el capitán Nemo—, se pescan perlas en el golfo de Bengala, en el mar de las Indias, en los mares de China y del Japón, en los mares del Sur de América, en el golfo de Panamá y en el golfo de California, pero es en Ceilán donde se obtienen los mejores resultados. Llegamos un poco pronto, es cierto. Los pescadores sólo se reúnen en el golfo de Manaar durante el mes de marzo, y allí, a lo largo de treinta días, sus trescientos barcos practican esa lucrativa explotación de los tesoros de la mar. Cada barco cuenta con diez remeros y diez pescadores. Éstos, divididos en dos grupos, se sumergen alternativamente y descienden a una profundidad media de doce metros, gracias a una pesada piedra que sujetan entre sus pies y que está atada por una cuerda al barco.

—¿De modo que siguen utilizando ese medio primitivo?

—Así es —me respondió el capitán Nemo—, pese a que las pesquerías pertenecen al pueblo más industrial del globo, los ingleses, a quienes el Tratado de Amiens las cedió en 1802[172].

—Me parece que la escafandra que usted utiliza sería de gran utilidad en semejante operación.

—Sí, pues esos pobres pescadores no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua. El inglés Perceval, en el relato de su viaje a Ceilán, refiere el caso de un cafre capaz de permanecer cinco minutos sin subir a la superficie, pero ese hecho me parece poco creíble[173]. Sé que algunos buzos llegan hasta cincuenta y siete segundos, y los más hábiles hasta ochenta y siete; sin embargo, son escasos, y los pobres, al subir a la superficie, expulsan por los oídos y la nariz agua teñida de sangre. Creo que el promedio de tiempo

que los pescadores pueden aguantar es de treinta segundos, durante los cuales se apresuran a introducir en una red cuantas madreperlas consiguen arrancar. Por lo general, esos pescadores no llegan a viejos, la vista se les debilita, se les ulceran los ojos y tienen el cuerpo plagado de heridas; a menudo, incluso sufren ataques de apoplejía en el fondo del mar.

—Sí —dije—. Es un oficio penoso y que sólo sirve para dar satisfacción a algunos caprichos. Pero, dígame, capitán, ¿qué cantidad de ostras puede pescar un barco en una jornada?

—Entre cuarenta y cincuenta mil, aproximadamente. Incluso se comenta que en 1814, el gobierno inglés hizo pescar por su propia cuenta y que, en veinte jornadas de trabajo, sus buzos consiguieron setenta y seis millones de ostras.

—Al menos —pregunté—, ¿están suficientemente remunerados esos pescadores?

—Apenas, señor profesor. En Panamá, sólo ganan un dólar por semana. Normalmente, ganan un sol por cada ostra que contenga una perla, pero ¡cuántas pescan que no contienen ninguna!

—¡Un sol a esas pobres gentes que están enriqueciendo a sus amos! ¡Es odioso!

—Así pues, señor profesor —me dijo el capitán Nemo—, sus compañeros y usted visitarán el banco de Manaar, y si por casualidad algún pescador madrugador se encuentra ya allí, lo veremos trabajar.

—De acuerdo, capitán.

—A propósito, señor Aronnax, imagino que no tendrá usted miedo de los tiburones.

—¿De los tiburones? —exclamé asombrado.

La pregunta me pareció, como mínimo, ociosa.

—¿Qué me dice? —preguntó el capitán Nemo.

—He de confesarle, capitán, que todavía no estoy muy familiarizado con ese tipo de peces.

—Nosotros ya estamos acostumbrados —replicó el capitán Nemo—, y con el tiempo ustedes también se acostumbrarán. Además, iremos armados, y, de paso, quizá podamos cazar algún tiburón. Es una caza interesante. Hasta mañana, señor profesor... y bien temprano.

Tras haber dicho eso en un tono desenvuelto, el capitán Nemo

abandonó el salón.

Si a uno lo invitaran a cazar osos en las montañas de Suiza, diría: «¡Muy bien, mañana iremos a la caza del oso!». Si, por el contrario, le invitaran a uno a cazar leones en las llanuras del Atlas[174] o tigres en las junglas de la India, diría: «¡Ahá, parece que vamos a cazar leones, o tigres!». Pero si la invitación fuera para cazar tiburones en su elemento natural, quizá pediría uno que le dejaran reflexionar antes de aceptarla.

Me pasé la mano por la frente, en la que afloraban algunas gotas de sudor frío.

«Reflexionemos —me dije—, y tomémonos nuestro tiempo. Cazar nutrias en los bosques submarinos, como hemos hecho en los bosques de la isla de Crespo, tiene un pase. ¡Pero correr por el fondo de los mares, cuando se está prácticamente seguro de encontrar escualos, es otra cosa! Ya sé yo que en algunos países, en las islas Andamanes sobre todo, los negros no vacilan en atacar a los tiburones con un puñal en una mano y un lazo en la otra, pero también sé que muchos de los que se enfrentan a esos terribles animales no vuelven vivos. Además, yo no soy negro y aunque fuera negro no creo que, en este caso, esté fuera de lugar una ligera vacilación por mi parte».

Al punto, empecé a soñar despierto con tiburones, a pensar en esas enormes mandíbulas armadas capaces de partir a un hombre en dos. Empecé incluso a sentir cierto dolor en torno a los riñones. Además, no podía digerir la absoluta frialdad con la que el capitán había cursado su deplorable invitación. ¡Ni que saliéramos a cazar un inofensivo zorro en cualquier bosque!

«Bueno —pensé—, Conseil no querrá venir de ningún modo, y eso me dispensará de acompañar al capitán».

En cuanto a Ned Land, confieso que no me sentía tan seguro de su sensatez. Un peligro, por muy grande que fuera, siempre encerraba algún atractivo para su espíritu combativo.

Reanudé mi lectura del libro de Sirr, pero ya lo hojeaba maquinalmente. Entre las líneas veía mandíbulas formidablemente abiertas.

En esos momentos, entraron Conseil y el canadiense, con aspecto tranquilo e incluso jovial. No sabían lo que les esperaba.

—¡Vaya, señor! —me dijo Ned Land—. Su capitán Nemo (¡que el

diablo se lo lleve!) acaba de hacernos una proposición muy amable.

—¡Ah! —exclamé—. Están enterados...

—Que el señor perdone —respondió Conseil—, pero el comandante del *Nautilus* nos acaba de invitar a visitar mañana, en compañía del señor, las magníficas pesquerías de Ceilán. Lo ha hecho en términos excelentes y se ha comportado como un auténtico caballero.

—¿No les ha dicho nada más?

—Nada, señor —respondió el canadiense—, sino que también le había hablado a usted de esa excursioncita.

—En efecto —dije yo—. ¿Y no les ha dado ningún detalle más sobre...?

—Ninguno, señor naturalista. Pero nos acompañará usted, ¿no es cierto?

—Yo... ¡Sin duda! Veo que le agrada la idea, señor Land.

—Sí, es algo curioso, muy curioso.

—Y peligroso, tal vez —insinué.

—¡Peligrosa! —respondió Ned Land—. ¡Una simple excursión a un banco de ostras!

Decididamente, el capitán Nemo había considerado inútil poner sobre aviso a mis compañeros acerca de los tiburones. Yo los miraba preocupado y como si les faltase ya algún miembro. ¿Debía prevenirlos? Sí, por supuesto, pero no tenía mucha idea de cómo hacerlo.

—Señor —me dijo Conseil—, ¿podría darnos el señor algún detalle sobre la pesca de las perlas?

—¿Sobre la pesca misma —pregunté yo—, o sobre los incidentes que...?

—Sobre la pesca misma —respondió el canadiense—. Antes de entrar en el terreno, es conveniente conocerlo.

—¡Bien! Siéntense, amigos míos, y les diré todo lo que el inglés Sirr acaba de enseñarme a mí mismo.

Ned y Conseil se sentaron en un diván y, de entrada, el canadiense me preguntó:

—Señor, ¿qué es una perla?

—Querido Ned —respondí—, para el poeta la perla es una lágrima del mar; para los Orientales, es una gota de rocío solidificada; para las damas, es una joya de forma oblonga, de

resplandor hialino, de una materia nacarada, que lucen en los dedos, en el cuello o en la oreja; para el químico, es una mezcla de fosfato con un carbonato de calcio con un poco de gelatina y, por último, para el naturalista, es una simple secreción patógena del órgano que produce el nácar en ciertos bivalvos.

—Tipo de los moluscos —dijo Conseil—, clase de los acéfalos, orden de los testáceos.

—Exactamente, sabio Conseil. Ahora bien, entre los testáceos, la oreja de mar iris, las peonzas, las tridacnas y las nacras marinas, en una palabra: todos aquellos moluscos que segregan nácar, o sea, esa sustancia azul, azulada, violeta o blanca que recubre el interior de sus valvas, son capaces de producir perlas.

—¿Los mejillones también? —preguntó el canadiense.

—Sí, los mejillones de algunos cursos de agua de Escocia, el País de Gales, Irlanda, Sajonia, Bohemia y Francia.

—¡Estupendo! A partir de ahora les prestaremos más atención —respondió el canadiense.

—Pero —repuse—, el molusco por excelencia que destila la perla es la ostra perlífera, la *Meleagrina margaritifera*, la preciosa madreperla. La perla no es más que una concreción nacarada que adquiere una forma esferoidal. O bien se adhiere a la concha de la ostra o bien se incrusta entre los pliegues del animal. En las valvas, la perla está adherida, mientras que en las carnes está libre. Pero siempre tiene por núcleo un pequeño cuerpo duro, ya sea un óvulo estéril o un grano de arena, en torno al cual la materia nacarada se va depositando a lo largo de varios años, sucesivamente y por capas delgadas y concéntricas.

—¿Se pueden encontrar varias perlas en una misma ostra? —preguntó Conseil.

—Sí, muchacho. Hay algunas madreperlas que son un auténtico joyero. Se ha hablado incluso de una ostra, aunque me permito ponerlo en duda, que contenía no menos de ciento cincuenta tiburones.

—¡Ciento cincuenta tiburones! —exclamó Ned Land.

—¿He dicho tiburones? —exclamé—. Quiero decir ciento cincuenta perlas. Tiburones no tendría ningún sentido.

—Así es —dijo Conseil—. ¿Nos puede explicar ahora el señor por qué medios se extraen esas perlas?

—Se procede de dos maneras: a menudo, cuando las perlas están adheridas a las valvas, los pescadores las arrancan con pinzas, pero lo más normal es extender las madreperlas en esteras de esparto que cubren la orilla. Así, mueren al aire libre, y, al cabo de diez días, se encuentran en un estado de putrefacción satisfactorio. Entonces las sumergen en grandes depósitos de agua marina, después las abren y las lavan. En ese momento comienza el doble trabajo de los extractores de perlas. En primer lugar, separan las placas de nácar conocidas en el comercio con los nombres de *franca plateada*, *bastarda blanca* y *bastarda negra*, que se entregan por cajas de ciento veinticinco a ciento treinta kilogramos. Luego, extraen la parénquima de la ostra, la hierven y la tamizan para extraer hasta las perlas más pequeñas.

—¿El precio de las perlas varía según su tamaño? —preguntó Conseil.

—No solamente según su tamaño —respondí—, sino también según su forma, según sus aguas, es decir, el color, y según su oriente, es decir, ese brillo tornasolado y esmaltado que las hace parecer tan encantadoras a la vista. Las perlas más preciosas son llamadas perlas vírgenes o parangones: se forman aisladamente en el tejido del molusco, son blancas, a menudo opacas, pero a veces tienen una transparencia opalina y comúnmente son esféricas o piriformes. Las esféricas se utilizan para hacer pulseras, mientras que con las piriformes se hacen pendientes; y como son las más hermosas, se venden por unidades. Las restantes son perlas adheridas a la concha de la ostra, y dado que son más irregulares se venden al peso. Por último, a una categoría inferior pertenecen las perlas de menor tamaño, conocidas con los nombres de «simiente», «grano de perla» o «aljófar»; se venden según sus dimensiones y sirven sobre todo para confeccionar los adornos en los paramentos eclesiásticos.

—Pero el trabajo de separar las perlas según su tamaño, ha de ser largo y difícil —dijo el canadiense.

—No, amigo mío. Ese trabajo se hace por medio de once tamices o cribas que tienen un número variable de agujeros. Las perlas que quedan en los tamices de entre veinte y ochenta agujeros son de primer orden. Las que no se escapan de las cribas de cien a ochocientos agujeros son de segundo orden. Por último, las perlas

para las que se emplean los cedazos de novecientos a mil agujeros forman el aljófár.

—Es ingenioso —dijo Conseil—. Y veo que la división y clasificación de las perlas se realiza de manera mecánica. ¿Podría el señor indicarnos qué beneficios se obtienen de la explotación de los bancos de ostras perlíferas?

—Si nos atenemos al libro de Sirr —respondí—, las pesquerías de Ceilán están arrendadas por una cifra anual de tres millones de escualos.

—¡De francos! —repuso Conseil.

—¡Sí, de francos! Tres millones de francos —rectifiqué—. Pero creo que esas pesquerías no producen más que en otras ocasiones. Lo mismo ocurre con las pesquerías americanas, que, en el reinado de Carlos V [175], producían cuatro millones de francos, que en la actualidad se han visto mermados a sus dos terceras partes. En definitiva, se puede calcular en nueve millones de francos el rendimiento general de la explotación de las perlas.

—Pero —preguntó Conseil—, ¿no se habla de algunas perlas célebres cuya cotización ha alcanzado precios elevadísimos?

—Sí, muchacho. Se cuenta que César ofreció a Servilia [176] una perla valorada en ciento veinte mil francos de nuestra época.

—Incluso he oído comentar —dijo el canadiense— que cierta dama de la antigüedad bebía perlas en vinagre.

—Cleopatra [177] —dijo Conseil.

—Ese brebaje debía de tener mal sabor —añadió Ned Land.

—Detestable, amigo Ned —respondió Conseil—; pero un vasito de vinagre que cuesta un millón ciento cincuenta mil francos, no está mal de precio.

—Lamento no haberme casado con esa dama —dijo el canadiense, moviendo su brazo de modo poco tranquilizador.

—¡Ned Land: marido de Cleopatra! —exclamó Conseil.

—Pues yo he estado a punto de casarme, Conseil —replicó seriamente el canadiense—, y no tengo la culpa de que el asunto no saliera bien. Incluso había comprado un collar de perlas a Kat Tender, mi prometida, que, encima, se casó con otro. Aquel collar no me había costado más de un dólar y medio, y sin embargo —espero que el señor profesor me crea— las perlas que lo componían no habrían pasado por el tamiz de veinte agujeros.

—Mi buen Ned —respondí yo riendo—, eran perlas artificiales, simples glóbulos de vidrio impregnados en su interior de esencia de Oriente.

—¡Eh! Esa esencia de Oriente —respondió el canadiense— debe de ser cara.

—Tan cara como nada. No es más que el albetto, la sustancia plateada de las escamas del alburno, recogida en el agua y conservada en amoníaco. No tiene ningún valor.

—Será por eso, tal vez, por lo que Kat Tender se casó con otro —respondió filosóficamente Ned Land.

—Volviendo a las perlas de precio elevado, no creo que ningún soberano haya llegado jamás a poseer una superior a la del capitán Nemo.

—Ésta —dijo Conseil—, mostrando la magnífica joya guardada en su vitrina.

—Seguramente no me equivoco si calculo su valor en dos millones de...

—¡Francos! —exclamó Conseil.

—Sí —dije—. Dos millones de francos, y el único trabajo del capitán habrá sido el de recogerla.

—¡Eh! —exclamó Ned Land—. ¿Quién dice que mañana, durante nuestro paseo, no nos encontraremos con su pareja?

—¡Bah! —exclamó Conseil.

—¿Y por qué no?

—¿Para qué nos servirían los millones a bordo del *Nautilus*?

—A bordo, para nada —dijo Ned Land—, pero en otro sitio...

—¡Oh, en otro sitio! —dijo Conseil sacudiendo la cabeza.

—En realidad —dije—, Ned Land tiene razón. Si alguna vez lleváramos a Europa o a América una perla de varios millones, por lo menos serviría para darle una gran credibilidad y, al mismo tiempo, un gran precio al relato de nuestras aventuras.

—Ya lo creo —dijo el canadiense.

—Pero —dijo Conseil, que siempre se decantaba del lado instructivo de las cosas—, ¿no es peligrosa la pesca de las perlas?

—No —respondí firmemente—, sobre todo si se adoptan ciertas precauciones.

—¿Qué peligros tiene este oficio? —dijo Ned Land—. Como no sea tragar un poco de agua salada...

—Exactamente, como usted dice, Ned. A propósito —dije yo, intentando utilizar el tono desenvuelto del capitán Nemo—, ¿no tiene usted miedo de los tiburones, Ned?

—¡Yo! —respondió el canadiense—. ¡Un arponero profesional! ¡Mi trabajo es burlarme de ellos!

—No se trata —dije— de pescarlos con un arpón, izarlos al puente del buque, cortarles la cola a hachazos, abrirles el vientre, arrancarles el corazón y lanzarlo al mar.

—Entonces, ¿se trata de...?

—Sí, precisamente.

—¿En el agua?

—En el agua.

—¡La verdad es que con un buen arpón...! ¿Sabe usted, señor? Esos tiburones son unos animales bastante mal hechos. Tienen que dar un giro sobre el vientre para hincarle a uno los dientes, y, mientras tanto...

Ned Land tenía una manera de decir «hincarle a uno los dientes» que me provocaba escalofríos.

—Bien, y tú Conseil, ¿qué piensas de esos escualos?

—Yo —dijo Conseil—, seré franco con el señor.

«Menos mal», pensé.

—Si el señor se enfrenta a los tiburones —dijo Conseil—, no veo por qué razón su fiel criado no les iba a hacer frente con él.

III

Una perla de diez millones

Llegó la noche. Me acosté. Dormí bastante mal. Los escualos desempeñaron un importante papel en mis sueños, y me pareció muy justa y muy injusta al mismo tiempo esa etimología que se atribuye al término francés para designar al tiburón, *requin*, según la cual procede de la palabra *réquiem* [178].

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, me despertó el *steward* que el capitán Nemo había puesto especialmente a mi servicio. Me levanté rápidamente, me vestí y pasé al salón.

El capitán Nemo me esperaba allí.

—Señor Aronnax —me dijo—, ¿está usted listo para partir?

—Estoy listo.

—Sígame, por favor.

—¿Y mis compañeros, capitán?

—Ya están preparados y nos esperan.

—¿No nos vamos a poner las escafandras? —pregunté.

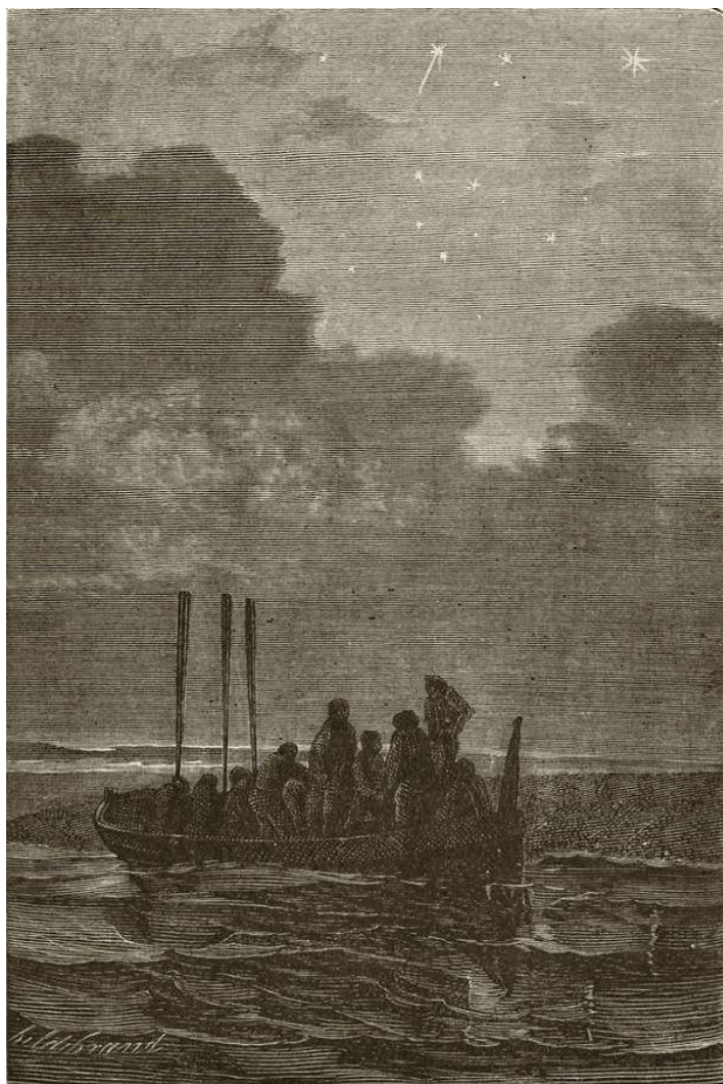
—Todavía no. No he dejado que el *Nautilus* se aproximara demasiado a la costa, y nos encontramos a bastante distancia del banco de Manaar; pero he ordenado que preparen el bote para conducirnos al punto exacto de desembarco, así nos ahorraremos un trayecto bastante largo. Lleva nuestros equipos de buceo, que nos pondremos en el momento en que dé comienzo la expedición submarina.

El capitán Nemo me condujo a la escala central, cuyos peldaños conducían a cubierta. Ned y Conseil ya estaban allí, encantados con la «partida de caza» que se preparaba. Cinco marineros del *Nautilus*

nos esperaban en el bote, abozado contra el borde y con los remos armados.

Aún era noche cerrada. Las nubes cubrían el cielo y sólo dejaban ver unas pocas estrellas. Yo dirigía mi mirada hacia tierra, pero no veía más que una línea difusa que ocultaba las tres cuartas partes del horizonte, del Sudoeste al Noroeste. El *Nautilus*, que había costeado durante la noche el litoral de Ceilán, se encontraba al Oeste de la bahía, o mejor dicho de ese golfo formado por la tierra y la isla de Manaar. Bajo las aguas sombrías, se extendía el banco de madreperlas, inagotable campo de perlas cuya extensión rebasa las veinte millas.

El capitán Nemo, Conseil, Ned Land y yo tomamos asiento en la popa del bote. El patrón de la embarcación se puso al timón; sus cuatro compañeros empujaron con los remos, se largó la boza y desbordamos.



El bote se dirigió hacia el Sur. Los remeros no se apresuraban. Observé que sus bogadas, que calaban vigorosamente en el agua, se sucedían de diez en diez segundos, conforme al método generalmente usado en las marinas de guerra. Mientras la embarcación corría con su arrancada, las gotitas líquidas golpeaban el fondo negro de las aguas crepitando como chispas de plomo fundido. El ligero oleaje procedente de mar abierto imprimía al bote un suave balanceo, mientras que las crestas de las olas salpicaban a proa.

Permanecíamos en silencio. ¿En qué pensaba el capitán Nemo? Quizá en la tierra a la que se aproximaba, que le parecía demasiado cercana, contrariamente a la opinión del canadiense, a quien le parecía demasiado alejada. Conseil iba como un simple curioso.

Hacia las cinco y media, los primeros albores en el horizonte hicieron destacarse más nítidamente la línea superior de la costa. Era bastante llana al Este y se elevaba un poco hacia el Sur. Cinco millas nos separaban todavía de ella, y la orilla se confundía con las aguas brumosas. Entre la tierra y nosotros, el mar estaba desierto. Ni un barco, ni un buzo. Reinaba una profunda soledad en el lugar en que se daban cita los pescadores de perlas. Tal como el capitán Nemo me había anunciado, llegábamos a esos parajes con un mes de antelación.

A las seis, se hizo de día súbitamente, con esa rapidez particular de las regiones tropicales, que no conocen ni la aurora ni el crepúsculo. Los rayos solares atravesaron la cortina de nubes amontonadas en el horizonte oriental, y el astro radiante ascendió rápidamente.

Vi claramente la tierra, con algunos árboles diseminados por acá y por allá.

El bote avanzó hasta la isla de Manaar, cuyo perfil se redondeaba por el Sur. El capitán Nemo se había levantado de su banco y observaba el mar.

A una señal suya, se largó el ancla y la cadena apenas corrió, pues el fondo no distaba más de un metro y formaba en ese lugar uno de los puntos más elevados del banco de madreperlas. Al mismo tiempo, el bote borneó por el empuje del reflujo que llevaba a mar abierto.

—Ya hemos llegado, señor Aronnax —dijo entonces el capitán

Nemo—. Mire usted esta bahía recogida. Aquí mismo, dentro de un mes se reunirán los numerosos pesqueros de los armadores y en estas mismas aguas se sumergirán sus buzos para escudriñarlas audazmente. Afortunadamente, esta bahía es idónea para ese tipo de pesca. Queda al abrigo de los vientos más fuertes y el mar no está nunca demasiado agitado, lo que favorece el trabajo de los buzos. Ahora, vamos a ponernos las escafandras y empezaremos nuestra expedición.

Yo no respondí nada y, mientras miraba esas aguas sospechosas, comencé a enfundarme mi pesado traje de buzo con la ayuda de los marineros. El capitán Nemo y mis dos compañeros también se vestían. En esta nueva excursión, ninguno de los hombres del *Nautilus* iba a acompañarnos.

Inmediatamente, los trajes de goma nos aprisionaron hasta el cuello, y unos tirantes fijaron en nuestra espalda los aparatos de aire. Sin embargo, no llevábamos aparatos Ruhmkorff. Antes de introducir la cabeza en la esfera de cobre, se lo hice observar al capitán.

—Esos aparatos no servirían de nada —me respondió el capitán—. No iremos a grandes profundidades, y los rayos solares bastarán para iluminar nuestra marcha. Además, tampoco es prudente llevar bajo estas aguas una linterna eléctrica. Su luz podría atraer inopinadamente a algún peligroso habitante de estos parajes.

Mientras el capitán Nemo pronunciaba esas palabras, me volví hacia Conseil y Ned Land, pero mis dos amigos ya se habían puesto la esfera metálica y no podían ni oír ni responder.

Sólo me quedaba una última pregunta que dirigir al capitán Nemo:

—¿Y nuestras armas, nuestros fusiles?

—¿Fusiles, para qué? ¿No atacan los cazadores de su tierra a los osos con un puñal en la mano? ¿No es más seguro el acero que el plomo? Aquí tiene un cuchillo de hoja sólida, póngaselo en el cinturón y en marcha.

Miré a mis compañeros. Estaban armados como nosotros, y, además, Ned Land empuñaba un enorme arpón que había colocado en el bote antes de dejar el *Nautilus*.



Después, siguiendo el ejemplo del capitán, me dejé poner la pesada esfera de cobre y al punto nuestras botellas de aire comenzaron a funcionar.

Un instante después, los marineros del bote nos desembarcaron uno a uno y pisamos un fondo de arena compacta, que estaba a cinco pies de profundidad. El capitán Nemo nos hizo una señal con la mano. Lo seguimos y, descendiendo por una suave pendiente, desaparecimos bajo las aguas.

Allí, me abandonaron las ideas que obsesionaban mi cerebro. De nuevo me sentía sorprendentemente tranquilo. La facilidad de mis movimientos hizo que aumentara mi confianza, y lo extraño del espectáculo cautivó mi imaginación.

El sol enviaba ya bajo las aguas una claridad suficiente. Los más insignificantes objetos eran, pues, visibles. Tras diez minutos de caminata, nos encontrábamos a cinco metros de profundidad, y poco a poco el terreno pasaba a ser llano.

A nuestro paso, como si fueran bandadas de agachadizas en una laguna, se levantaban curiosos grupos de peces del género de los monópteros, cuyos componentes no tienen más aleta que la caudal. Reconocí al javanés, auténtica serpiente de ocho decímetros de longitud, con el vientre lívido, que se podría confundir fácilmente con el congrio sin las líneas de oro de sus flancos. Dentro del género de los estromateidos, cuyo cuerpo es muy comprimido y oval, observé unas palometas pámpanos de colores resplandecientes, que llevan como una especie de hoz su aleta dorsal, peces comestibles que, secos y escabechados, forman un manjar exquisito, conocido con el nombre de *karawade*; después, los *tranquebars*, pertenecientes al género de los apsiforoides, cuyo cuerpo está recubierto por una coraza de escamas de ocho franjas longitudinales.

La elevación progresiva del sol iluminaba cada vez más la masa de las aguas. El suelo se iba transformando paulatinamente. A la fina arena, sucedía una auténtica calzada de rocas redondeadas, recubiertas de una alfombra de moluscos y de zoófitos. Entre las muestras de esos dos tipos pude observar placunas de valvas delgadas y desiguales, especie de ostráceos particulares del mar Rojo y del océano Índico; lucinas anaranjadas de concha orbicular; terebelos; algunas de esas púrpuras pérsicas que proporcionaban al

Nautilus unos tintes sin igual; múrices de quince centímetros de longitud, que se alzaban bajo las olas como manos dispuestas a abrazarle a uno; turbinelas cornígeras, erizadas de espinas; língulas hiantes; anatinas, conchas comestibles que surten los mercados del Indostán; pelagias panópiras, ligeramente luminosas; y, por último, admirables oculinas flabeliformes, magníficos abanicos que forman una de las más ricas arborizaciones de esos mares.

En medio de esas plantas vivas y bajo las bóvedas de hidrofitos, corrían torpes legiones de articulados, sobre todo: raninas dentadas, con su caparazón que se asemeja a un triángulo abombado; birgus, que son característicos de esos parajes, y horribles parténopes, cuyo aspecto repugnaba a la vista. Varias veces vi otro animal no menos horrendo, que ya había sido observado por el Sr. Darwin: se trataba de ese enorme cangrejo ladrón al que la naturaleza ha dotado con el instinto y la fuerza necesarios para alimentarse de nuez de coco: trepa a los árboles de la orilla, derriba la nuez de coco, que se raja al chocar con el suelo, y la abre con sus poderosas pinzas. Allí, bajo aquellas aguas claras, el cangrejo corría con una agilidad inigualable, mientras que unos quelonios, de una especie que abunda en las costas de Malabar, se desplazaban lentamente entre las rocas quebrantadas.

Hacia las siete, empezamos por fin a recorrer el banco de madreperlas, en el que las ostras perlíferas se reproducen por millones. Estos preciosos moluscos estaban fuertemente adheridos a las rocas gracias a su biso de color pardo, que no les permite desplazarse. Es por ello por lo que estas ostras son inferiores a los propios mejillones, a los que la naturaleza no les ha negado toda facultad de locomoción.

La ostra *meleagrina*, la madreperla por antonomasia, cuyas valvas son más o menos iguales, presenta la forma de concha redondeada, de gruesas valvas, muy rugosas en el exterior. Algunas de esas conchas estaban formadas por varias láminas y surcadas por bandas verduscas que irradiaban desde su ápice. Se trataba de ostras jóvenes. Las demás, con la superficie ruda y negra, de más de diez años, medían hasta quince centímetros de anchura.

El capitán Nemo me mostró con la mano ese prodigioso amontonamiento de madreperlas y entonces comprendí que aquella mina era verdaderamente inagotable, pues la fuerza creadora de la

naturaleza predomina sobre el instinto destructor del hombre. Ned Land, fiel a ese instinto, se apresuraba en llenar con los más bellos moluscos una red que llevaba consigo.

Pero no nos podíamos detener. Teníamos que seguir al capitán, que parecía dirigirse por senderos conocidos solamente por él. El suelo ascendía sensiblemente y, a veces, al alzar mi brazo éste sobresalía de la superficie del mar. A continuación, el nivel del banco se volvía a inclinar hacia abajo caprichosamente. A menudo girábamos en torno a rocas dispuestas en forma de pirámides. En sus oscuras anfractuosidades, grandes crustáceos firmes sobre sus patas como máquinas de guerra nos miraban con sus ojos fijos y bajo nuestros pies pululaban miriánidos, gliceras, aricias y anélidos, que extendían desmesuradamente sus antenas y sus cirros tentaculares.

En ese momento, se abrió a nuestros pasos una enorme gruta, excavada en un pintoresco bloque de rocas tapizadas con lo más selecto de la flora submarina. En principio, esta gruta me pareció profundamente oscura. Los rayos solares parecían apagarse por degradaciones sucesivas. Su tenue transparencia ya no era más que luz ahogada.

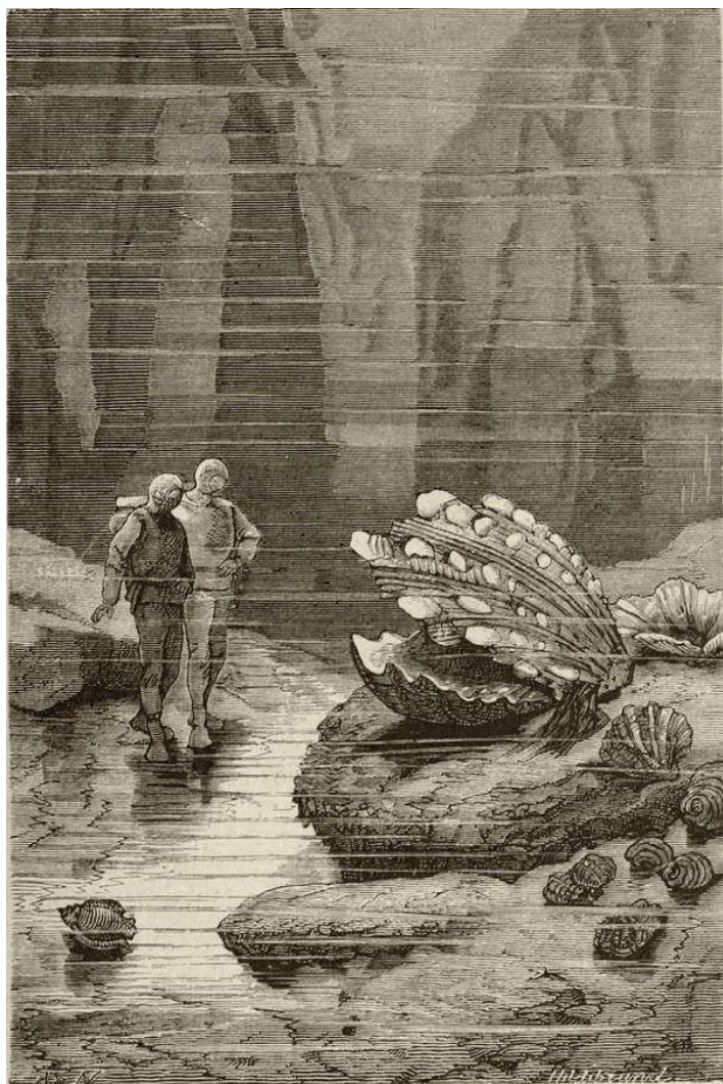
El capitán Nemo entró y nosotros le seguimos. Mis ojos se acostumbraron inmediatamente a esas relativas tinieblas. Distinguí los arranques, tan caprichosamente contorneados, de las bóvedas que aguantaban pilares naturales, en gran medida apoyados sobre su base granítica como las pesadas columnas de la arquitectura toscana. ¿Por qué nos llevaba nuestro incomprensible guía al fondo de esta cripta submarina? Pronto iba a conocer la respuesta.

Tras haber descendido por una pendiente bastante pronunciada, nuestros pies tocaron el fondo de una especie de pozo circular. Allí, el capitán Nemo se detuvo y nos indicó un objeto del que yo todavía no me había dado cuenta.

Era una ostra de dimensiones extraordinarias, una tridacna gigantesca, una pila de agua bendita que podría haber contenido un lago de agua, un pilón de más de dos metros de anchura, y por consiguiente más grande que la que decoraba el salón del *Nautilus*.

Me acerqué a aquel molusco fenomenal. Estaba adherido mediante el biso a una especie de mesa de granito, y allí crecía aisladamente en las aguas calmas de la gruta. Calculé que el peso de

la tridacna sería de trescientos kilogramos. Ahora bien, visto que tales ostras contienen quince kilos de carne, sería necesario el estómago de un Gargantúa [179] para consumir unas docenas.



Evidentemente, el capitán Nemo conocía la existencia de aquel bivalvo. No era la primera vez que lo visitaba, y yo pensé que, al conducirnos a ese lugar solamente quería mostrarnos una curiosidad natural. Me equivocaba. El capitán Nemo tenía especial interés en comprobar el actual estado de la tridacna.

Las dos valvas del molusco estaban entreabiertas. El capitán se aproximó e introdujo su puñal entre las conchas para impedir que se cerraran; después, con la mano, levantó la túnica membranosa y con franjas en los bordes que formaba el manto del animal.

Entre los pliegos foliáceos, vi una perla libre cuyo tamaño era como el de una nuez de coco. Su forma esferoidal, su perfecta limpidez y su oriente admirable la convertían en una joya de precio incalculable. Llevado por la curiosidad, extendí la mano para cogerla, palparla, sopesarla. Pero el capitán me detuvo, hizo un signo negativo, y, retirando su puñal con un rápido movimiento, dejó que las dos valvas se cerraran súbitamente.

Entonces comprendí cuál era el proyecto del capitán Nemo. Al dejar la perla oculta bajo el manto de la tridacna, le permitía que creciera lentamente. Cada año, la secreción del molusco añadía nuevas capas concéntricas. Únicamente el capitán conocía la gruta donde «maduraba» aquel admirable fruto de la naturaleza; únicamente él lo criaba, de modo que algún día la transportaría a su precioso museo. Quizá, siguiendo el ejemplo de los chinos e indios, incluso había provocado la producción de la perla introduciendo en los pliegos del molusco algún trozo de vidrio y de metal, que poco a poco se había ido recubriendo de la sustancia nacarada. En cualquier caso, comparando aquella perla con las que yo conocía ya, con las que brillaban en la colección del capitán, calculé su valor en diez millones de francos por lo menos. Maravillosa curiosidad natural y no joya de lujo, pues no sé qué orejas femeninas la habrían podido aguantar.

La visita a la opulenta tridacna había concluido. El capitán Nemo abandonó la gruta y volvimos a remontar hasta el banco de madreperlas, en medio de unas aguas cristalinas que el trabajo de los buzos no enturbiaba todavía.

Cada uno caminaba a su aire, como auténticos vagabundos, deteniéndose o alejándose según le placía. A mí no me preocupaban ya los peligros que mi imaginación había exagerado tan

ridículamente. El fondo submarino se aproximaba sensiblemente a la superficie del mar, y en un momento mi cabeza rebasó el nivel del océano. Conseil se me acercó y, pegando su grueso casco al mío, me hizo con los ojos un saludo amistoso. Pero esa especie de mesetilla no medía más de unas toesas y pronto volvimos a sumergirnos en nuestro elemento. Ahora creo tener el derecho de calificarlo así.

Diez minutos después, el capitán Nemo se detuvo de repente. Creí que lo hacía para volver sobre sus pasos. No. Con un gesto, nos ordenó que nos acurrucáramos a su lado en el fondo de una ancha anfractuosidad. Su mano se dirigió hacia un punto de la masa líquida y yo miré atentamente.

A cinco metros de mí, una sombra apareció y descendió hasta el fondo. La inquietante idea de los tiburones atravesó mi mente. Pero me equivocaba, y, por esta vez, no teníamos que vérnoslas con los monstruos del océano.

Se trataba de un hombre, un hombre vivo, un indio, un negro, un pescador, un pobre diablo, sin duda, que venía a rebuscar antes de la cosecha. Vi la quilla de su bote, anclado a unos pies por encima de su cabeza. Se sumergía y volvía a emerger, sucesivamente. Sujetaba con los pies una piedra tallada en forma de pan de azúcar y atada al bote por un cabo, con lo que alcanzaba más rápidamente el fondo del mar. Esos eran todos sus pertrechos. Llegado al suelo, a cinco metros de profundidad aproximadamente, se precipitaba de rodillas y llenaba su saco de madreperlas recogidas al azar. Después, volvía a subir, vaciaba su saco, recogía la piedra y volvía a comenzar su operación, que no duraba más que treinta segundos.

El buzo no nos podía ver. La sombra de la roca nos sustraía a su mirada. Y, además, ¿cómo iba a suponer ese pobre indio que unos hombres, unos seres semejantes a él, podían estar allí, bajo las aguas, espionando los movimientos, sin perder ningún detalle de su pesca?

En varias ocasiones, volvió a emerger así y a sumergirse. No podía llevar más de una decena de madreperlas en cada inmersión, pues era menester arrancarlas del banco al que estaban adheridas por su poderoso biso. ¡Pero cuántas ostras estaban privadas de las perlas por las que arriesgaba su vida!

Yo lo observaba con profunda atención. Realizaba su maniobra con regularidad, y, durante una media hora, no pareció amenazarle ningún peligro. Ya me estaba familiarizando con el espectáculo de aquella pesca interesante, cuando, de repente, en un momento en que el indio estaba arrodillado en el fondo marino, le vi hacer un gesto de terror, incorporarse y tomar impulso para volver a la superficie del mar.

Entonces comprendí su pánico. Una sombra gigantesca apareció por encima del desgraciado pescador. ¡Era un tiburón de gran tamaño, que avanzaba transversalmente, con los ojos encendidos y las mandíbulas abiertas!

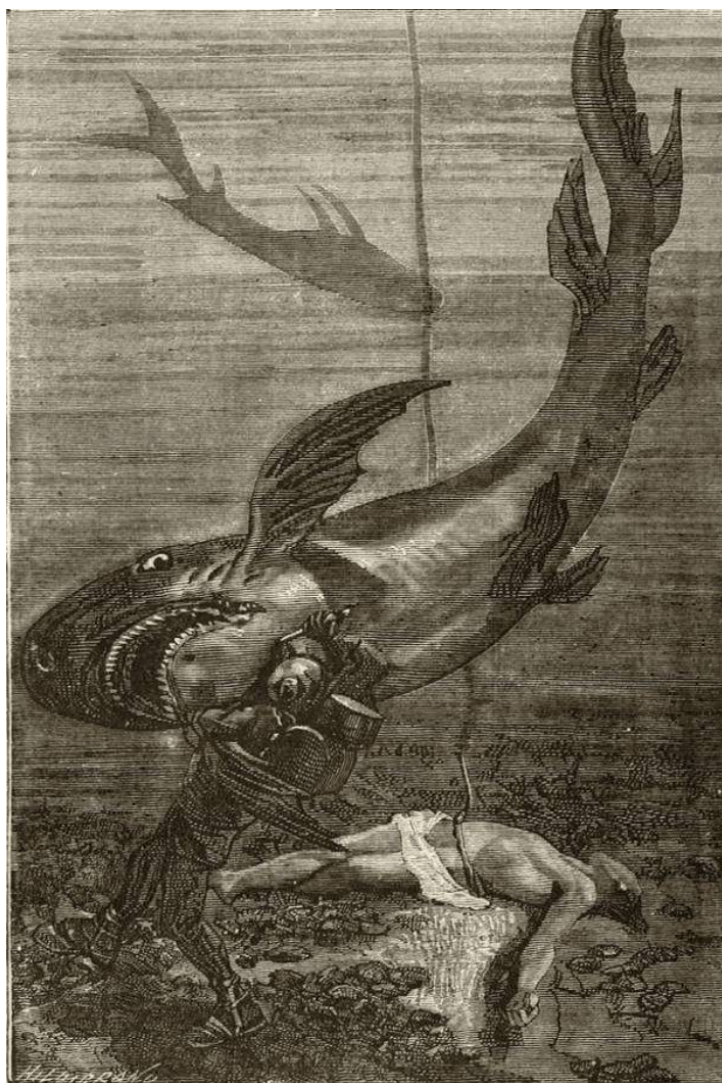
Enmudecí de terror; era incapaz de hacer un movimiento.

Con un vigoroso movimiento de su aleta, el voraz animal se lanzó hacia el indio, éste se echó de lado y evitó que el tiburón le clavara los dientes, pero no la sacudida de su cola, que, tras golpearle en el pecho, lo tiró al fondo.

Esta escena había durado apenas unos segundos. El tiburón volvió y girándose sobre su lomo se disponía a partir al indio en dos, cuando sentí que el capitán Nemo, apostado junto a mí, se levantaba súbitamente. Después, con el puñal en la mano, se dirigió derecho hacia el monstruo, dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo contra él.

El escualo, en el momento en que iba a clavar los dientes en el infortunado pescador, vio a su nuevo adversario y, volviéndose a situar sobre el vientre se dirigió rápidamente hacia él.

Todavía puedo ver el gesto del capitán Nemo. Replegado sobre sí mismo, aguardaba con admirable sangre fría al formidable escualo y cuando se precipitó sobre él, el capitán, lanzándose a un lado con prodigiosa velocidad, evitó el choque y le hundió su puñal en el vientre. Pero no estaba todo dicho. Se fraguó entonces un terrible combate.



Por expresarlo gráficamente, el tiburón rugía. La sangre manaba a borbotones de sus heridas, el mar se iba tiñendo de rojo y, a través de ese líquido opaco, ya no podía ver nada.

Nada, hasta que en un momento de claridad distinguí al audaz capitán, asido a una de las aletas del animal, luchando cuerpo a cuerpo con el monstruo, asestándole puñaladas en el vientre, sin poder darle el golpe definitivo, es decir: alcanzarlo en pleno corazón. El escualo, debatiéndose, agitaba la masa de las aguas con furia, y su torbellino amenazaba con derribarme.

Yo habría querido prestar ayuda al capitán, pero, petrificado de horror, no podía ni moverme.

Miraba, con la vista despavorida. Veía cómo los lances de la lucha se alternaban. El capitán cayó al suelo, derribado por la enorme masa que pesaba sobre él. Después, las mandíbulas del tiburón se abrieron desmesuradamente como una cizalla industrial, y aquél podría haber sido el final del capitán si Ned Land, rápido como el pensamiento, empuñando su arpón y lanzándose contra el tiburón, no le hubiese clavado su punta terrible.

Las aguas se impregnaron de una masa de sangre. Se agitaron por causa de los movimientos del escualo, que las batía con un furor indescriptible. Ned Land no había errado su objetivo. Era la agonía del monstruo. Herido en el corazón, se debatía en espasmos horribles, uno de cuyos contragolpes derribó a Conseil.

Mientras tanto, Ned Land había liberado al capitán. Éste se levantó indemne y se dirigió directamente hacia el indio, cortó rápidamente la cuerda que le ataba a la piedra, lo cogió en sus brazos y, de un vigoroso talonazo, lo llevó a la superficie del mar.

Los tres lo seguimos, y, en unos instantes, milagrosamente sanos y salvos, alcanzamos la embarcación del pescador.

La primera preocupación del capitán Nemo era reanimar al desgraciado buzo. Yo no sabía si lo conseguiría. Así lo esperaba, pues la inmersión del pobre diablo no había sido larga. Pero el golpe de la cola del tiburón podía haberle herido de muerte.

Afortunadamente, gracias a las vigorosas fricciones de Conseil y del capitán, poco a poco el ahogado volvió en sí. Abrió los ojos. ¡Qué sorpresa se llevaría, por no decir qué terror, al ver los cuatro grandes cascos de cobre que se inclinaban sobre él!

Y, sobre todo, ¿qué pensaría, cuando el capitán Nemo, tras sacar

de un bolsillo de su traje un saquito de perlas, se lo puso en la mano? Esa magnífica limosna del hombre de las aguas al pobre indio de Ceilán fue aceptada por éste con mano temblorosa. Sus ojos desencajados indicaban que no sabía a qué seres sobrehumanos debía a la vez la fortuna y la vida.

A una señal del capitán, volvimos a bajar al banco de madreperlas, y, siguiendo la ruta ya recorrida, tras media hora de camino, encontramos el ancla que había fondeado el bote del *Nautilus*.

Una vez a bordo y con la ayuda de los marineros, nos quitamos los pesados cascos de cobre.

Las primeras palabras del capitán Nemo fueron para el canadiense.

—Gracias, señor Land —le dijo.

—Es mi revancha, capitán —respondió Ned Land—. Se lo debía.

Una leve sonrisa se esbozó en los labios del capitán, y eso fue todo.

—Al *Nautilus* —ordenó.

La embarcación voló sobre las olas. Unos minutos más tarde, encontramos el cadáver del tiburón flotando.

Por el color negro que marcaba el extremo de sus aletas, reconocí al terrible melanóptero del mar de la India, de la especie de los tiburones propiamente dichos. Su longitud era superior a veinticinco pies; su enorme boca ocupaba un tercio del cuerpo. Era un adulto, lo que se veía en sus seis filas de dientes, dispuestas en la mandíbula superior como triángulos isósceles.

Conseil lo miraba con un interés totalmente científico, y estoy seguro de que lo clasificaba, no sin razón, en la clase de los cartilaginosos, orden de los condropterigios de branquias fijas, familia de los selacios, género de los tiburones.

Mientras yo contemplaba aquella masa inerte, una docena de voraces melanópteros apareció de pronto en torno a la embarcación; pero, sin preocuparse de nosotros, se lanzaron sobre el cadáver y se disputaron sus jirones.

A las ocho y media, estábamos de vuelta a bordo del *Nautilus*.

Allí, me puse a reflexionar sobre los incidentes de nuestra excursión al banco de Manaar. Inevitablemente, tenía que extraer dos conclusiones. Una, sobre el arrojo sin par del capitán Nemo;

otra sobre su entrega por un ser humano, uno de los representantes de esa raza a la que él rehuía bajo los mares. A pesar de lo que dijera, aquel extraño hombre todavía no había llegado a matar del todo su propio corazón.

Cuando le hice esta observación, me respondió con cierta emoción:

—¡Ese indio, señor profesor, es un habitante del país de los oprimidos, y yo sigo siendo y seré hasta mi último aliento de ese país!

IV

El mar Rojo

Durante la jornada del 29 de enero, la isla de Ceilán desapareció del horizonte, y el *Nautilus*, a una velocidad de veinte millas por hora, se deslizó por el laberinto de canales que separa las islas Maldivas de las Laquedivas[180]. Costeó la isla de Kittan, tierra de origen madrepórico, descubierta por Vasco de Gama[181] en 1499 y una de las diecinueve islas principales del archipiélago de las Laquedivas, situado entre 10° y 14° 30' de latitud Norte y 69° y 50° 72' de longitud Este.

Hasta entonces, habíamos recorrido dieciséis mil doscientas veinte millas, o sea: siete mil quinientas leguas desde nuestro punto de partida en los mares del Japón.

Al día siguiente, 30 de enero, cuando el *Nautilus* emergió a la superficie del océano, ya no había ninguna tierra a la vista. Se había puesto proa al Nornoroeste y nos dirigíamos hacia el mar de Omán, que separa Arabia y la península Índica, y que sirve de desembocadura al golfo Pérsico.

Se trataba, obviamente, de una ruta sin salida posible. ¿Adónde nos conducía, pues, el capitán Nemo? Lo ignorábamos. Lo cual no satisfizo al canadiense, que aquel día me preguntó hacia dónde navegábamos.

—Vamos, Ned, adonde se le antoje al capitán.

—Pues con el antojo del capitán —respondió el canadiense—, no podremos llegar muy lejos. El golfo Pérsico no tiene salida, y si nos adentramos por allí no tardaremos en volver sobre nuestros pasos.

—En ese caso, volveremos, Ned, y si después del golfo Pérsico el

Nautilus desea visitar el mar Rojo, allí está el estrecho de Bab el Mandeb para dejarle paso.

—No hace falta que le diga, señor —respondió Ned Land—, que el mar Rojo está tan cerrado como el golfo, puesto que aún no se ha perforado el istmo de Suez, y aunque se hubiera hecho, un barco misterioso como el nuestro no se arriesgaría por sus canales llenos de esclusas. Así que el mar Rojo tampoco es el camino que nos conducirá a Europa.

—Tampoco he dicho que regresáramos a Europa.

—¿Entonces, qué piensa usted?

—Supongo que después de haber visitado estos curiosos parajes de Arabia y de Egipto, el *Nautilus* volverá a tomar la ruta del océano Índico, quizá a través del canal de Mozambique, o bien por la ruta de las Mascareñas, y alcanzará al cabo de Buena Esperanza.

—¿Y cuando arribemos al cabo de Buena Esperanza? —preguntó el canadiense con especial insistencia.

—Bueno, pues penetraremos en el océano Atlántico, que todavía no conocemos. Pero, vamos a ver, amigo Ned, ¿ya está usted cansado de este viaje submarino? ¿Le aburre el espectáculo de las maravillas submarinas en perpetuo cambio? Para mí sería una gran decepción que acabara este viaje que tan pocos hombres habrán tenido la oportunidad de realizar.

—Pero ¿sabe usted, señor Aronnax —me preguntó el canadiense—, que pronto hará tres meses que somos prisioneros a bordo del *Nautilus*?

—No, Ned, ni lo sé ni quiero saberlo, y tampoco cuento los días ni las horas.

—Pero ¿y el final?

—El final llegará a su debido tiempo. Además, no podemos hacer nada y estamos discutiendo en balde. Si viniera usted a decirme, querido Ned: «Tenemos una oportunidad de escapar», la discutiría con usted. Pero no es ése el caso, y, hablando con franqueza, no creo que el capitán Nemo se aventure a surcar los mares europeos.

Por este corto diálogo, se podrá ver que, cual un fanático del *Nautilus*, yo me había metido en la misma piel de su comandante.

Ned Land terminó la conversación con estas palabras en forma de monólogo: «Todo eso es muy bonito y está muy bien, pero, a mi

parecer, cuando a uno lo obligan, ya no disfruta».

Durante cuatro días, hasta el 3 de febrero, el *Nautilus* navegó por el mar de Omán, a diferentes velocidades y profundidades. Parecía navegar al azar, como si vacilara ante el camino que debía seguir, pero no pasó del Trópico de Cáncer.

Al dejar este mar, pasamos un instante frente a Mascate, la ciudad más importante del país de Omán. Contemplé su aspecto extraño, en medio de los negros peñascos que la circundan, sobre los cuales destacan la blancura de sus casas y sus fuertes enjalbegados. Vislumbré la cúpula redondeada de las mezquitas, la punta elegante de sus alminares, sus terrazas frescas y verdeantes. Pero no duró más que una fugaz visión, y el *Nautilus* se hundió enseguida bajo las sombrías aguas de aquellos parajes.

Luego perlongó a una distancia de seis millas las costas arábigas de Mahra y de Hadramaút[182], y su línea sinuosa de montañas, donde se alzaban algunas ruinas antiguas. El 5 de febrero, pasamos por fin al golfo de Adén, verdadero embudo introducido en el cuello de botella de Bab el Mandeb, por donde las aguas indias penetran en el mar Rojo.

El 6 de febrero, el *Nautilus* navegaba frente a Adén, colgado de un promontorio al que un estrecho istmo une con el continente, suerte de inexpugnable Gibraltar, cuyas fortificaciones han sido reconstruidas por los ingleses tras haberse adueñado de ellas en 1839. Entrevi los alminares octogonales de aquella ciudad, que antaño fuera el emporio más rico y con más tráfico comercial de la costa, según asegura el historiador Edrisi[183].

Yo estaba convencido de que el capitán Nemo, tras llegar a ese punto, iba a retroceder; pero, con gran sorpresa mía, comprobé que me equivocaba.

Al día siguiente, 7 de febrero, embocábamos el estrecho de Bab el Mandeb, cuyo nombre árabe quiere decir «Puerta de las lágrimas». Tiene veinte millas de anchura y sólo mide cincuenta y dos kilómetros de longitud. El *Nautilus*, lanzado a toda velocidad, no necesitó más de una hora para franquearlo. Pero no vi nada, ni siquiera la isla de Perim, con la que el gobierno británico ha fortificado la posición de Adén. Había demasiados *steamers* ingleses y franceses —de las líneas de Suez a Bombay, a Calcuta, a Melbourne, a Bourbon, a Mauricio—, surcando ese estrecho paso,

para que el *Nautilus* intentara asomarse, de modo que se mantuvo prudentemente entre dos aguas.

Por fin, a mediodía, atravesábamos las aguas del mar Rojo.

El mar Rojo: célebre lago de las tradiciones bíblicas, apenas refrescado por las lluvias, adonde ningún río vierte sus aguas, bombeado incesantemente por la excesiva evaporación, y que cada año pierde una capa líquida de hasta un metro y medio. Golfo singular, que, si estuviese cerrado como un lago, estaría quizá completamente seco; inferior en eso a sus vecinos el Caspio o el Asfaltita[184], cuyo nivel tan sólo ha descendido hasta el punto en que su evaporación equivale precisamente a la cantidad de las aguas recibidas en su seno.

El mar Rojo tiene dos mil seiscientos kilómetros de longitud, con una anchura media de doscientos cuarenta. En tiempos de los Ptolomeos[185] y de los emperadores romanos, fue la gran arteria comercial del mundo, y la perforación del istmo le devolverá su antigua importancia, que, en parte, ya le han procurado los ferrocarriles de Suez.

Ni siquiera me propuse averiguar a qué obedecía el capricho del capitán Nemo de adentrarnos en el golfo. Pero aprobé sin reservas que el *Nautilus* entrase. Tomó una velocidad mediana, bien manteniéndose en la superficie, bien sumergiéndose para evitar a algún buque, y pude observar así el interior y la superficie de este mar tan curioso.

El 8 de febrero, desde las primeras luces del día, avistamos Moka, ciudad actualmente en ruinas, cuyas murallas se desmoronan al simple estallido de un cañón y en donde hay dispersas algunas verdes palmeras. Antaño fue una ciudad importante, en la que se contaban seis mercados públicos y veintiséis mezquitas, y sus murallas, defendidas por catorce fuertes, tenían un perímetro de tres kilómetros.

Después, el *Nautilus* se acercó a las costas africanas, donde la profundidad del mar es más considerable. Allí, entre dos aguas de una limpidez cristalina, con las escotillas abiertas, pudimos contemplar admirables concreciones de corales fulgurantes y enormes peñascales revestidos de un espléndido manto verde de algas y fucos. Qué indescriptible espectáculo y qué variedad de sitios y de paisajes en el enrasamiento de esos escollos e islotes

volcánicos, cuyos confines lindan con la costa libia. Sin embargo, fue en las orillas orientales, a las que el *Nautilus* no tardó en llegar, donde esas arborizaciones exhibieron toda su belleza: las costas de Tehama. Allí, no sólo florecían sobre el nivel del mar esas exhibiciones de zoófitos, sino que también se entrelazaban de manera pintoresca a diez brazas de la superficie; había unos de formas más caprichosas, que, sin embargo, tenían menos color que otros, de inmarcesible frescura gracias a la húmeda vitalidad de las aguas.



¡Qué deliciosos momentos pasé así frente al cristal del salón! ¡Cuántas nuevas muestras de la flora y la fauna submarinas admiré bajo el resplandor de nuestro fanal eléctrico! Fungias agariciformes; actinias de color de pizarra, entre otras el *Thalassianthus aster*; tubíporos dispuestos como flautas, a la espera tan sólo del soplando del dios Pan[186], conchas exclusivas de este mar, que se instalan en las excavaciones madreporicas y cuya base está rodeada de una corta espira; y millares de especímenes de un polipero que no había podido observar hasta entonces: la esponja común.

La clase de los espongiarios, primera del grupo de los pólipos, ha sido creada precisamente para incluir ese curioso producto de incontestable utilidad. La esponja no es un vegetal, como todavía sostienen algunos naturalistas, sino un animal del último orden, un polipero inferior al coral. Su carácter animal no ofrece dudas, y tampoco se puede adoptar la opinión de los antiguos, que la consideraban un ser intermedio entre las plantas y los animales. Debo decir, sin embargo, que los naturalistas no están de acuerdo sobre el modo de organización de la esponja. Para unos, se trata de un polipero, y para otros, como Milne-Edwards, es un individuo aislado y único.

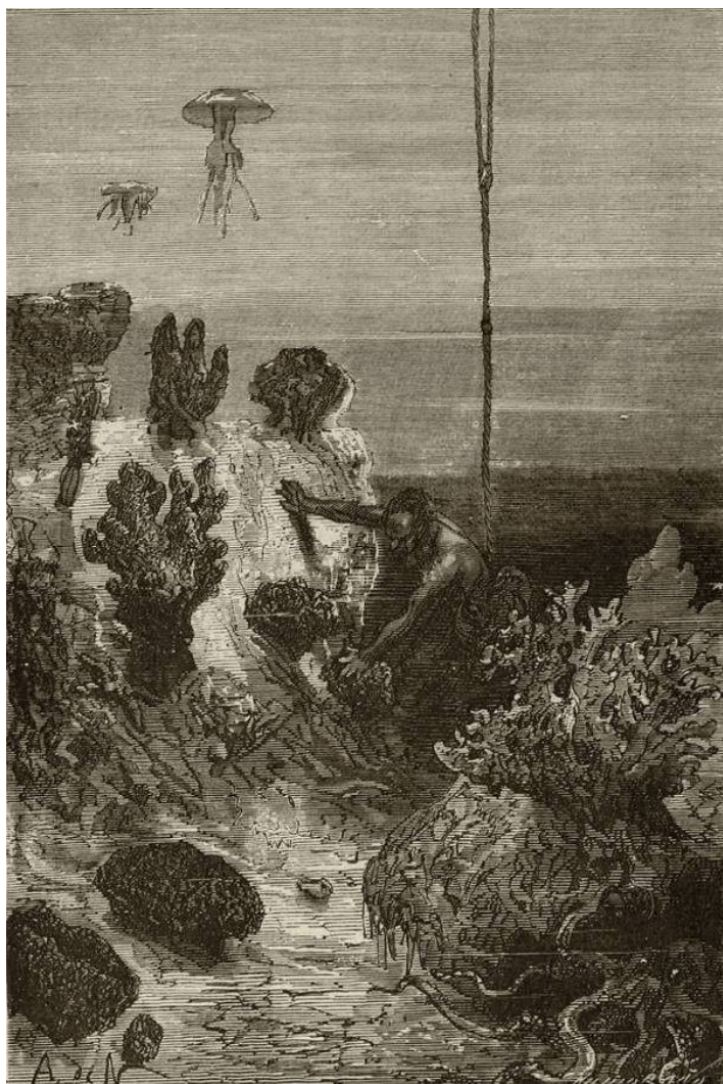
La clase de los espongiarios contiene alrededor de trescientas especies, que se encuentran en un gran número de mares e incluso en ciertos ríos, por lo que han recibido el nombre de fluvitiles. Pero sus aguas predilectas son las del Mediterráneo, las del archipiélago griego[187], las de las costas de Siria y las del mar Rojo. Allí se reproducen y se desarrollan esas esponjas finas y suaves cuyo valor asciende hasta ciento cincuenta francos, la esponja rubia de Siria, la esponja dura de Berbería, etc. Pero, puesto que yo no podía esperar estudiar esos zoófitos en las Escalas de Levante, de las que nos separaba el infranqueable istmo de Suez, me contenté con observarlas en las aguas del mar Rojo.

Entonces, llamé a Conseil a mi lado, mientras el *Nautilus*, a una profundidad media de ocho a nueve metros, pasaba lentamente a ras de las hermosas rocas de la costa oriental.

Allí crecían esponjas de todas las formas: pediculadas, foliáceas, esferoidales, digitadas. Justificaban con exactitud los nombres de cestillas, cálices, astas de ciervo, copos de rueda, garras de león, colas de pavo real y guantes de Neptuno con que las han bautizado

los pescadores, más poetas que los sabios. De su tejido fibroso, impregnado de una sustancia gelatinosa semifluidificada, brotaban continuamente pequeños chorros de agua, los cuales, tras haber llevado la vida a cada célula, eran expulsados por un movimiento de contracción. Esta sustancia desaparece a la muerte del pólipo, y al pudrirse desprende amoníaco. Entonces, no quedan más que las fibras córneas o gelatinosas de las que se compone la esponja doméstica, que adquiere un tinte rojizo y se emplea en usos diversos, según su grado de elasticidad, de permeabilidad o de resistencia a la maceración.

Estos políperos se adhieren a las rocas, a las conchas de los moluscos e incluso a los talos de los hidrofitos. Ornaban las más diminutas anfractuosidades, unos desplegándose y otros irguiéndose o colgando como excrecencias coralígenas. Informé a Conseil de que las esponjas se pescan de dos maneras, bien con una draga o bien a mano. Este último método, que requiere el trabajo de buzos, es preferible, pues, al respetar el tejido del polípero, le da un valor muy superior.



Los demás zoófitos que pululaban alrededor de los espongiarios consistían principalmente en medusas de una especie muy elegante; los moluscos estaban representados por variedades de calamares que, según d'Orbigny, son características del mar Rojo, y los reptiles por las tortugas *virgata*, que pertenecen al género de los quelonios y abastecieron nuestra mesa en forma de alimento sano y delicado.

En cuanto a los peces, eran abundantes y, a menudo, de notables características. Los que las redes del *Nautilus* traían habitualmente a bordo eran: rayas, entre las que se encuentran las *lymmae*, de forma ovalada y color teja, con manchas azules desiguales repartidas por el dorso, e identificables por su doble agujón dentado; *varnaks* de dorso plateado; pastinacas, con la cola puntilleada, y *bohkats*, enormes mantas de dos metros de longitud que ondulaban entre las aguas; aodóntidos, absolutamente desprovistos de dientes, especie de cartilaginosos cercanos a los escualos; ostraciones dromedarios, de un pie y medio de longitud y cuya joroba está rematada en un agujón curvo; ofidios, auténticas morenas de cola plateada, con el dorso azulado y las pectorales marrones bordadas con una orla gris; pámpanos, una variedad de estromateidos, rayados cual cebras con estrechas franjas doradas y vestidos con los tres colores de Francia; los *garamits*, de cuatro decímetros de longitud, blénnidos a medio camino entre las babosas y los gádidos; soberbias macarelas, ornadas con siete bandas transversales de hermoso color negro, con aletas azules y amarillas y escamas de oro y plata; centrópodos; salmonetes de cabeza amarilla; escáridos; lábridos; peces ballesta; góbidos, etc.; y otros millares de peces comunes a los océanos que ya habíamos atravesado.

El 9 de febrero, el *Nautilus* flotaba en la parte más ancha del mar Rojo, comprendida entre Suakin, en la costa Oeste, y Al Qunfidhah, en la costa Este, que tiene un diámetro de ciento noventa millas.

Al mediodía, después de marcar la posición, el capitán Nemo subió a cubierta, donde yo me encontraba. Me había prometido a mí mismo no dejarle volver a bajar sin haber indagado sobre sus proyectos futuros. Al verme, se dirigió hacia mí, me ofreció cortésmente un puro y me dijo:

—Bien, señor profesor, ¿le gusta el mar Rojo? ¿Ha observado

usted detenidamente las maravillas que atesora, sus peces y sus zoófitos, sus jardines de esponjas y sus bosques de coral? ¿Ha contemplado usted las ciudades que se asoman a sus orillas?

—Sí, capitán Nemo —respondí yo—. Y el *Nautilus* ha sido maravillosamente útil para este estudio. ¡Ah! ¡Es un barco inteligente!

—Sí, señor, inteligente, audaz e invulnerable. No teme ni las terribles tormentas del mar Rojo, ni sus corrientes ni sus escollos.

—En efecto —dije yo—, este mar tiene fama de ser uno de los peores y, si no me equivoco, en la antigüedad su fama era detestable.

—Detestable, señor Aronnax. Los historiadores griegos y latinos no hablan en su favor; Estrabón[188] dice que es especialmente duro en la época de los vientos etesios y en la estación de las lluvias. El árabe Edrisi, que lo describe con el nombre de golfo de Colzum cuenta que numerosos barcos zozobraron en sus bancos de arena, y que nadie se atrevía a navegar de noche. Es, según él, un mar sujeto a horribles huracanes, constelado de islas inhóspitas, y «que no ofrece nada bueno», ni en sus profundidades ni en su superficie. En efecto, esa es la opinión que predomina en Arriano, Agatárquides y Artemidoro[189].

—Ya se ve —apunté yo—, que esos historiadores no han navegado a bordo del *Nautilus*.

—Así es —respondió sonriente el capitán—. Y a ese respecto, los modernos no han logrado más avances que los antiguos. Han sido necesarios bastantes siglos para descubrir el poder mecánico del vapor. Quién sabe si, dentro de cien años, no se verá un segundo *Nautilus*. Los progresos son lentos, señor Aronnax.

—Es cierto —asentí—, su navío va un siglo, o quizá varios siglos, por delante de su época. ¡Qué lástima que semejante secreto halla de morir con su inventor!

El capitán Nemo no me respondió. Tras unos minutos de silencio dijo:

—Hablabas usted antes de la opinión de los historiadores antiguos acerca de los peligros que plantea la navegación del mar Rojo, ¿no es cierto?

—Así es, pero ¿no eran un poco exagerados sus temores? —pregunté.

—Según se mire, señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo, que me pareció conocer a fondo «su mar Rojo»—. Lo que actualmente ya no entraña riesgos para un barco moderno, bien aparejado, sólidamente construido y dueño de su dirección gracias a la obediencia del vapor, sí presentaba peligros de todo tipo para las embarcaciones de los antiguos. Hemos de imaginarnos a aquellos primeros navegantes aventurándose en barcas hechas de planchas cosidas con cuerdas de palma, calafateadas con resina machacada e impregnadas de grasa de pintarroja. Ni siquiera disponían de instrumentos para controlar su dirección, y navegaban por estima en medio de corrientes que apenas conocían. En tales condiciones, los naufragios eran, y tenían necesariamente que ser, numerosos. Pero, en nuestros tiempos, los *steamers* que navegan por la ruta de Suez y los mares del Sur no tienen ya nada que temer de las iras del golfo, pese a los monzones contrarios. Capitanes y pasajeros no se encomiendan antes de zarpar mediante sacrificios propiciatorios, ni van a su regreso, adornados con guirlandas y cintas doradas, a postrarse agradecidos ante los dioses en el templo más cercano.

—Estoy de acuerdo —dije yo—. Creo que el vapor ha eliminado el agradecimiento en el corazón de los marinos. Cambiando de tema, capitán, ya que parece que ha estudiado usted especialmente este mar, ¿puede usted informarme del origen de su nombre?

—Existen, señor Aronnax, numerosas explicaciones a ese respecto. ¿Desea usted conocer la opinión de un cronista del siglo XIV?

—Con mucho gusto.

—Este inspirado escritor pretende que se le impuso tal nombre a raíz del paso de los israelitas, cuando el Faraón pereció en las aguas que se volvieron a cerrar a una orden de Moisés:

*En señal del prodigio que acaeció,
De rojo y encarnado el mar se tiñó.
Y ningún nombre le pudieron dar
Que no fuese aquél de la Roja mar.*

—Explicaciones de poeta, capitán Nemo —respondí—, que no pueden satisfacerme. Le ruego que me dé su opinión personal.

—A mi juicio, señor Aronnax, en esa denominación de «mar

Rojo» es preciso ver una traducción del término hebreo *Edrom*, y si los antiguos le dieron ese nombre fue a causa de la particular coloración de sus aguas.

—Hasta ahora no hemos visto más que aguas límpidas y sin ningún color especial.

—Sin duda, pero a medida que avancemos hacia el fondo del golfo, observará usted esa singular coloración. Recuerdo haber visto la bahía de Tor como si fuese un lago de sangre, completamente de color rojo.

—Y ese color, ¿lo atribuye usted a la presencia de un alga microscópica?

—Sí. Es una materia mucilaginosa púrpura producida por unas algas diminutas, conocidas con el nombre de tricodesmias, de las que hacen falta cuarenta mil para ocupar el espacio de un milímetro cuadrado. Tal vez nos las encontremos al llegar a Tor.

—Así pues, capitán Nemo, ¿no es la primera vez que recorre usted el mar Rojo a bordo del *Nautilus*?

—No, señor.

—Entonces, puesto que se refería usted anteriormente al éxodo de los israelitas y a la catástrofe de los egipcios, ¿ha encontrado usted bajo las aguas alguna huella de ese gran hecho histórico?

—No, señor profesor, y por una excelente razón.

—¿Cuál?

—Que el preciso lugar por el que Moisés pasó con todo su pueblo está lleno de tal manera de arena, que los camellos apenas pueden bañarse las patas. Comprenderá usted que no habría suficiente agua para mi *Nautilus*.

—¿Y ese lugar...? —pregunté yo.

—Ese lugar está situado un poco por debajo de Suez, en los brazos que antiguamente formaban un profundo estuario, cuando el mar Rojo se extendía hasta los lagos Amargos. Ahora bien, que tal paso sea milagroso o no, no por ello dejaron de pasar los israelitas para ganar la Tierra Prometida y el ejército del Faraón sucumbió precisamente en ese lugar. Pienso que si se realizaran excavaciones en los arenales, saldría a la luz una gran cantidad de armas y de instrumentos de origen egipcio.

—Es evidente —respondí—. Esperemos por los arqueólogos que antes o después se lleven a cabo esas excavaciones, cuando se

instalen en el istmo nuevas ciudades, tras excavar el canal de Suez. Un canal totalmente inútil para un navío como el *Nautilus*.

—Sin duda, pero útil para el mundo entero —dijo el capitán Nemo—. Los antiguos habían comprendido la utilidad de establecer una comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo para sus negocios; pero no pensaron en hacer un canal directo y tomaron el Nilo como intermediario. Muy probablemente, el canal que unía el Nilo al mar Rojo fue comenzado en tiempos de Sesostris[190], si hemos de dar crédito a la tradición. Lo que sí es seguro es que, 615 años antes de Jesucristo, Necos[191] emprendió los trabajos de un canal alimentado por las aguas del Nilo, a través de la llanura de Egipto que mira a Arabia. Este canal se podía atravesar en cuatro días, y su anchura permitía que dos trirremes pudieran pasar de frente. Fue continuado por Darío, hijo de Histaspes y, probablemente fue acabado por Ptolomeo II[192]. El propio Estrabón vio cómo se utilizaba para la navegación; pero la falta de pendiente entre su punto de partida, cerca de Bubastis[193], y el mar Rojo no lo hacía navegable más que durante pocos meses al año. El canal sirvió para el comercio hasta los tiempos de los Antoninos[194]; luego fue abandonado y cubierto de arena; en 761 o 762, se restableció su funcionamiento por orden del califa Ornar, hasta que el califa Al Mansur lo mandó cegar definitivamente para impedir, de ese modo, que pudiera aprovisionarse de víveres Mohammed ben Abdallah[195], que se había alzado contra él. Durante la campaña de Egipto, su general Bonaparte[196] encontró vestigios de aquellos trabajos en el desierto de Suez, y, sorprendido por la marea, estuvo a punto de morir unas horas antes de alcanzar Hadjaroth[197], el mismo lugar en que Moisés había acampado tres mil trescientos años antes que él.

—Bien, capitán, lo que los antiguos no habían osado emprender, la unión entre los dos mares, que abreviará en nueve mil kilómetros la ruta de Cádiz a las Indias, el Sr. de Lesseps[198] lo ha realizado, y dentro de poco habrá convertido África en una inmensa isla.

—En efecto, Sr. Aronnax, puede usted estar legítimamente orgulloso de su compatriota: es un hombre que honra a una nación más que los más grandes capitanes. Empezó como tantos otros afrontando problemas y rechazos, pero ha triunfado, pues está

dotado del genio de la voluntad. Es triste pensar que esta obra, que habría tenido que ser una obra internacional, que habría bastado para dar lustre a todo un reinado, no habrá salido adelante sino por la energía de un solo hombre. Por lo tanto, ¡honor al Sr. de Lesseps!

—Sí, honor a ese insigne ciudadano —respondí, totalmente sorprendido del tono en que el capitán Nemo acababa de hablarme.

—Desgraciadamente —prosiguió él—, no puedo conducirlo a través del canal de Suez, pero podrá usted ver las largas escolleras de Port Said pasado mañana, cuando estemos en aguas del Mediterráneo.

—¡En el Mediterráneo! —exclamé yo.

—Sí, señor profesor. ¿Le sorprende?

—Lo que me sorprende es pensar que estaremos allí pasado mañana.

—¿De verdad?

—Sí, capitán, a pesar de que ya tenía que estar acostumbrado a no sorprenderme de nada desde que estoy a bordo del *Nautilus*.

—¿Y a qué se debe tanta sorpresa?

—¡Pues a la terrorífica velocidad que tendrá que exigirle al *Nautilus* si quiere navegar pasado mañana por el Mediterráneo, tras haber dado la vuelta a África y doblado el cabo de Buena Esperanza!

—¿Quién le ha dicho que daré la vuelta a África, señor profesor? ¿Quién le habla de doblar el cabo de Buena Esperanza?

—¡Claro! Como no sea que el *Nautilus* navegue por tierra firme y pase por encima del istmo...

—O por debajo, señor Aronnax.

—¿Por debajo?

—Por supuesto —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. Desde hace tiempo, la naturaleza ha hecho en esta lengua de tierra lo que los hombres están haciendo actualmente en su superficie.

—¡Qué! ¿Hay un paso?

—Sí, un paso subterráneo al que he denominado *Arabian Tunnel*. Arranca por debajo de Suez y acaba en la bahía de Pelusio.

—Pero ¿no está formado el istmo de arenas movedizas?

—Hasta cierta profundidad, sí. Pero a tan sólo cincuenta metros se encuentra un sólido estrato de roca.

—¿Ha descubierto usted ese paso por casualidad? —le pregunté,

cada vez más sorprendido.

—Por casualidad y por deducción, señor profesor, y seguramente más por deducción que por casualidad.

—Capitán, le estoy escuchando, pero mis oídos se resisten a creer lo que oyen.

—¡Ah, señor! *Aures habent et non audient* [199] sirve para todos los tiempos. No sólo existe ese paso, sino que ya lo he utilizado en varias ocasiones. De lo contrario, no me habría adentrado hoy en este callejón sin salida que es el mar Rojo.

—¿Sería una indiscreción preguntarle cómo ha descubierto usted ese túnel?

—Señor —respondió el capitán—, no puede haber ningún secreto entre personas que no van a separarse nunca.

No me di por aludido ante la insinuación y esperé el relato del capitán Nemo.

—Señor profesor —me dijo—, es un simple razonamiento de naturalista lo que me ha llevado a descubrir ese paso que solamente yo conozco. Había observado que en el mar Rojo y en el Mediterráneo existían una serie de peces de especies absolutamente idénticas: ofidios, pámpanos, julias, lubinas, abichones, peces voladores. Teniendo esa certidumbre, me pregunté si no existiría una vía de comunicación entre ambos mares. Si existía, la corriente submarina tenía que fluir forzosamente del mar Rojo al Mediterráneo, por la simple razón de la diferencia de niveles. Pesqué, pues, un gran número de peces cerca de Suez. Les pasé por la cola un anillo de cobre y los arrojé de nuevo al mar. Unos meses más tarde, en las costas de Siria, recuperé algunos de mis peces con su correspondiente anillo. Por consiguiente, quedaba demostrada la comunicación entre ambos mares. La busqué con mi *Nautilus*, la descubrí y me aventuré por ella. Dentro de poco, señor profesor, usted también habrá cruzado mi túnel arábigo.

V

Arabian Tunnel

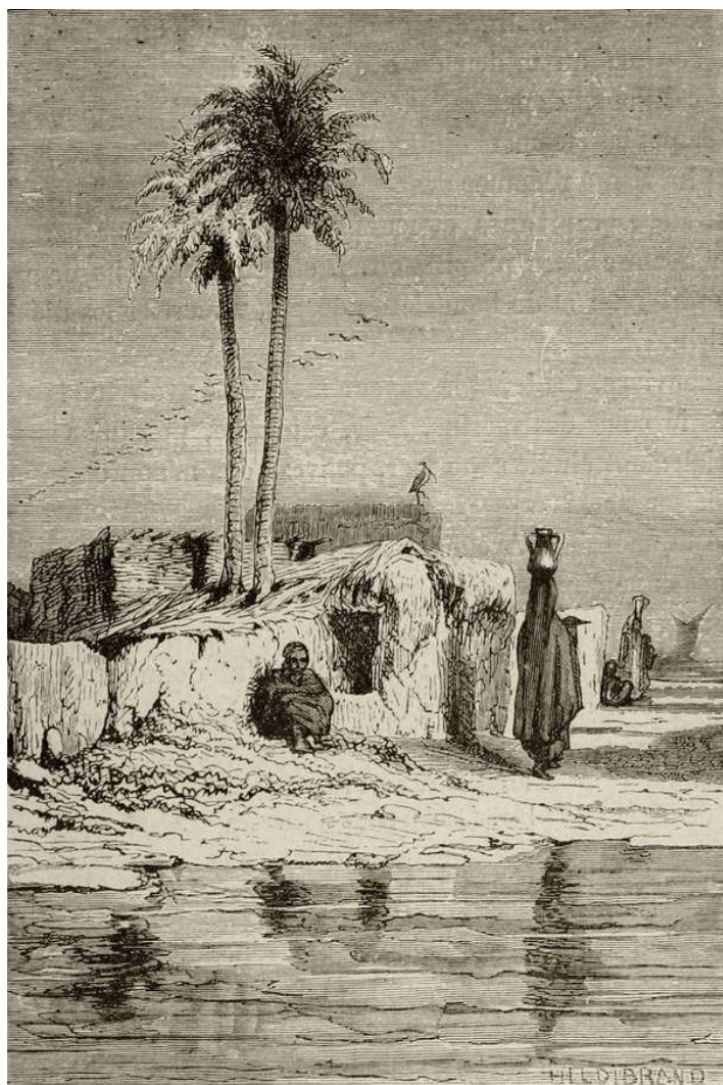
Aquel mismo día, relaté a Ned Land y a Conseil la parte de nuestra conversación que les interesaba más directamente. Cuando les informé de que, al cabo de dos días, estaríamos navegando en las aguas del Mediterráneo, Conseil aplaudió, pero el canadiense se encogió de hombros.

—¡Un túnel submarino! —exclamó—. ¡Una comunicación entre los dos mares! ¡Pero quién ha oído hablar de algo semejante!

—Amigo Ned —respondió Conseil—, ¿había oído usted hablar del *Nautilus* antes? No. Y, sin embargo, existe. Por lo tanto, no se encoja usted de hombros tan a la ligera, y no rechace nada so pretexto de que no ha oído nunca hablar de ello.

—¡Ya lo veremos! —replicó Ned Land, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, ¡qué más querría yo que creer en ese paso, y en este capitán, que el Cielo quiera que nos conduzca al Mediterráneo!

Aquella misma tarde, a 21° 30' de latitud Norte, el *Nautilus*, flotando en superficie, se aproximó a la costa árabe. Vi Yidda, importante enclave comercial para Egipto, Siria, Turquía y las Indias. Distinguí con bastante claridad el conjunto de sus construcciones, los buques amarrados a lo largo de los muelles y otros a los que su calado obligaba a fondear en rada. El sol, muy bajo ya en el horizonte, iluminaba de lleno las casas de la ciudad y hacía resaltar su blancura. En los arrabales, algunas chozas de madera o de cañas señalaban el barrio habitado por los beduinos.



Poco después, Yidda desapareció entre las penumbras del atardecer y el *Nautilus* volvió a sumergirse bajo las aguas ligeramente fosforescentes.

Al día siguiente, 10 de febrero, nos cruzamos de vuelta encontrada con varios buques. El *Nautilus* reanudó su navegación submarina; pero, al mediodía, en el momento de tomar la posición, el mar estaba desierto y emergió hasta su línea de flotación.

Acompañado de Ned y de Conseil, me senté en cubierta. La costa del Este aparecía como una masa casi imperceptible en medio de una bruma húmeda.

Apoyados en los flancos del bote, departíamos sobre las cosas más diversas, cuando Ned Land, extendiendo la mano hacia un punto del mar, me dijo:

—¿No ve nada allá, profesor?

—No, Ned —respondí—. Pero ya sabe que yo no tengo la misma vista que usted.

—Mire bien —insistió Ned— allá a proa, por estribor, más o menos a la altura del fanal, ¿no ve usted una masa que parece moverse?



—Sí, es cierto —dije, tras una atenta observación—; parece un largo cuerpo negruzco en la superficie de las aguas.

—¿Otro *Nautilus*? —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense—, pero o mucho me equivoco o se trata de algún animal marino.

—¿Hay ballenas en el mar Rojo? —preguntó Conseil.

—Sí, muchacho —respondí—, a veces se pueden encontrar.

—No es una ballena, ni mucho menos —repuso Ned Land, que no perdía de vista el objeto señalado—. Las ballenas y yo somos viejos conocidos y no me equivocaría con su aspecto.

—Esperemos —dijo Conseil—. El *Nautilus* se dirige hacia allá y dentro de poco sabremos a qué atenernos.

En efecto, pronto aquel objeto negruzco estuvo a tan sólo una milla de nosotros. Parecía un gran escollo en plena mar. ¿Qué era? Aún no podía pronunciarme.

—¡Ah, se mueve, se sumerge! —gritó Ned Land—. ¡Por mil demonios! ¿Qué animal puede ser ése? No tiene la cola bifurcada como las ballenas o los cachalotes y sus aletas parecen miembros truncados.

—Pues, entonces... —empecé a decir.

—¡Ahá! —prosiguió el canadiense—, mírenlo, se da la vuelta, y muestra las mamas.

—Es una sirena —exclamó Conseil—, una auténtica sirena, si el señor me lo permite.

El nombre de sirena me puso sobre la pista y comprendí que el animal pertenecía al orden de los seres marinos de los que el mito ha engendrado a las sirenas, mitad mujeres y mitad peces.

—No —le dije a Conseil—, no es una sirena, sino un curioso ser del que apenas quedan unos representantes en el mar Rojo. Es un dugongo.

—Orden de los sirénidos, grupo de los pisciformes, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, tipo de los vertebrados —respondió Conseil.

Y cuando Conseil había hablado de esa manera, no quedaba ya más que añadir.

Mientras tanto, Ned Land seguía mirando. Sus ojos brillaban anhelantes al ver aquel animal. Su mano parecía estar lista para lanzar el arpón. Se habría dicho que esperaba el momento de

lanzarse al mar para atacarlo en su elemento.

—¡Oh, señor! —me dijo con voz trémula—. Nunca he matado nada de *eso*.

La quintaesencia del arponero quedaba al descubierto en estas palabras.

En aquellos instantes, el capitán Nemo apareció en cubierta. Vio el dugongo, comprendió la actitud del canadiense y le preguntó sin más rodeos:

—¿Si tuviese usted un arpón, señor Land, no le estaría quemando en las manos?

—Tal como dice, señor.

—¿Y no le desagradaría en absoluto volver por un día a su oficio de arponero y añadir ese cetáceo a la lista de todos los que ya ha matado?

—No me desagradaría en absoluto.

—Pues bien: adelante, puede intentarlo.

—Gracias, señor —respondió Ned Land, con los ojos refulgentes.

—Lo único que le advierto —prosiguió el capitán—, y en su propio interés, es que más vale que no falle su objetivo.

—¿Es peligroso atacar al dugongo? —pregunté yo, a pesar de que el canadiense se encogía de hombros.

—Sí, a veces —respondió el capitán—. Ese animal se revuelve contra quienes le atacan y hace zozobrar su embarcación. Pero el señor Land no debe temer ese peligro. Su vista es aguda, su brazo seguro. Si le recomiendo que no falle, es porque se le considera con toda justicia una deliciosa pieza de caza, y sé que el señor Land no detesta los buenos bocados.

—¡Ah! —exclamó el canadiense—. Además, este animal se permite el lujo de ser sabroso...

—Sí, señor Land. Su carne, auténtica vianda, goza de gran aprecio, y en toda Malasia se la reserva para las mesas de los príncipes. Además, este excelente animal es objeto de una caza tan encarnizada que, como su congénere el manatí, es cada vez más escaso.

—Entonces, señor capitán —dijo seriamente Conseil—, si por casualidad éste fuera el último de su raza, ¿no sería necesario perdonarle la vida, en interés de la ciencia?

—Quizá —respondió el canadiense—; pero, en interés de la

cocina, más vale darle caza.

—Adelante, pues, señor Land —respondió el capitán Nemo.

En esos momentos, siete hombres de la tripulación, mudos e impasibles como siempre, subieron a cubierta. Uno llevaba un arpón y una estacha semejante a las utilizadas por los balleneros. Le quitaron el puente al bote, lo sacaron de su cavidad y lo echaron al mar. Seis remeros tomaron posición en sus bancos y el patrón se puso al timón. Ned, Conseil y yo nos sentamos a popa.

—¿No viene usted, capitán? —pregunté.

—No, señor, pero les deseo una buena cacería.

El bote se desabordó, y, empujado por sus seis remos, se dirigió rápidamente hacia el dugongo, que flotaba entonces a dos millas del *Nautilus*.

Llegado a unos cables del cetáceo, el bote redujo su marcha y los remos se introdujeron suavemente en las aguas tranquilas. Ned Land, con su arpón en la mano, fue a ponerse de pie en la proa del bote. El arpón que sirve para atacar a las ballenas lleva normalmente atada una larga estacha que se desenrolla rápidamente cuando el animal herido lo arrastra clavado. Pero en este caso, la estacha no medía más de unas diez brazas, y su extremo estaba rematado por un barrilito que debía hacer las veces de boya e indicar la marcha del dugongo bajo las aguas.

Yo me había levantado y observaba atentamente al adversario del canadiense. Ese dugongo, que lleva también el nombre de halicore, se parecía mucho al manatí. Su cuerpo oblongo terminaba en una caudal muy alargada, y sus aletas laterales en verdaderos dedos. Su diferencia con el manatí consiste en que su mandíbula superior está armada de dos dientes largos y puntiagudos que forman a cada lado sendas defensas divergentes.

El dugongo que Ned Land se preparaba a atacar tenía unas dimensiones colosales, y su longitud superaba los siete metros por lo menos. No se movía y parecía dormir en la superficie de las aguas, hecho que hacía más fácil su captura. El bote se aproximó prudentemente a tres brazas del animal. Los remos quedaron suspendidos de sus damas. Yo hice un amago de incorporarme. Ned Land, con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, blandía su arpón con mano experta.

De repente, se oyó un silbido, y el dugongo desapareció. Sin

duda, el arpón, lanzado con fuerza, no había dado más que en el agua.

—¡Por mil demonios! —gritó el canadiense enfurecido—. ¡No le he acertado!

—No —dije yo—, el animal está herido, mire su sangre, pero el arpón no se le ha quedado clavado en el cuerpo.

—¡Mi arpón! ¡Mi arpón! —vociferaba Ned Land.

Los marineros volvieron a remar, y el patrón dirigió el bote hacia el barrilito flotante. Tras recuperar el arpón, el bote se lanzó a perseguir al animal.

Éste emergía cada cierto tiempo para respirar. La herida no lo había debilitado, pues nadaba a una velocidad rapidísima. El bote, maniobrado por brazos vigorosos, volaba en pos de su estela. Varias veces se le aproximó a unas brazas, y el canadiense estaba listo para lanzar el arpón; pero el dugongo se sumergía de repente y era imposible alcanzarlo.

Júzguese la ira que corroía al impaciente Ned Land. Lanzaba al pobre animal los más enérgicas vituperios de la lengua inglesa. Por mi parte, yo sólo sentía la decepción de ver cómo el dugongo deshacía todas nuestras artimañas.

Lo perseguimos incesantemente durante una hora, y empecé a pensar que sería muy difícil atraparlo; entonces, el animal fue presa de una desgraciada idea de venganza de la que iba a arrepentirse: volvió al bote para, a su vez, abordarlo.

Esta maniobra no le pasó inadvertida al canadiense.

—¡Atención! —exclamó.

El patrón pronunció en su extraña lengua unas palabras para ordenar a sus hombres que se mantuvieran alerta.

El dugongo se detuvo a veinte pies del bote, husmeó bruscamente el aire con sus enormes narinas, situadas no en el extremo sino en la parte superior de su hocico y, después, recobrando impulso se lanzó contra nosotros.

El bote no pudo evitar el choque; medio hundido, embarcó una o dos toneladas de agua que hubo que achicar; pero, gracias a la habilidad del patrón, fue abordado al través y no de lleno, por lo que no zozobró. Ned Land, aferrado a la roda, asestaba arponazos al gigantesco animal, que, con sus dientes incrustados en la regala, levantaba el bote fuera del agua como si fuese un corzo en las

fauces de un león. Habíamos caído unos encima de otros, y no sé cómo habría acabado la aventura si el canadiense, que proseguía su lucha encarnizada con el animal, no lo hubiese herido por fin en el corazón.



Oí rechinar los dientes del animal contra las chapas del bote y el dugongo desapareció, llevándose clavado el arpón. Pero enseguida vimos el barrilito en la superficie y, unos instantes después, apareció el cuerpo del animal, vuelto de espalda. El bote se le acercó, lo enganchó para remolcarlo y se dirigió hacia el *Nautilus*.

Fue preciso emplear aparejos de gran potencia para izar el dugongo a cubierta. Pesaba cinco mil kilos. Fue descuartizado ante la mirada del canadiense, que no quería perderse ni un detalle de la operación. Ese mismo día, el *steward* me sirvió para cenar unos filetes de aquella carne, hábilmente preparada por el cocinero de a bordo. Me pareció excelente, e incluso superior a la de ternera, si no a la del buey.

Al día siguiente, 11 de febrero, la cocina del *Nautilus* se enriqueció con otras piezas delicadas. Una bandada de pagazas piquinegras se abatió sobre el *Nautilus*. Pertenecían a la especie *Sterna nilotica*, propia de Egipto, de pico negro, cabeza gris y moteada, ojos rodeados de puntos blancos, dorso, alas y cola grisáceas, vientre y cuello blancos y patas rojas. Capturamos también unas docenas de patos del Nilo, aves salvajes de exquisito sabor, de cuello y nuca blancos y salpicados de negro.

A la sazón, la velocidad del *Nautilus* era moderada. Avanzaba, por así decirlo, como en un crucero de recreo. Observé que, a medida que nos acercábamos a Suez, el agua era cada vez menos salada.

Hacia las cinco de la tarde, observamos al Norte el cabo de Ras Mohammed. Se trata de ese cabo que forma el extremo de la Arabia pétrea, comprendida entre el golfo de Suez y el golfo de Aqaba.

El *Nautilus* penetró en el estrecho de Jubal, que conduce al golfo de Suez. Distinguí una alta montaña, que dominaba entre los dos golfos el Ras Mohammed. Era el monte Horeb, el Sinaí en cuya cumbre Moisés vio a Dios cara a cara, y que uno se imagina siempre coronado de relámpagos.

A las seis, el *Nautilus*, ora en superficie ora sumergido, pasaba frente a Tor, situada en el fondo de una bahía cuyas aguas parecían teñidas de rojo, observación ya hecha por el capitán Nemo. Después, anocheció en medio de un pesado silencio que rompían a veces el graznido del pelícano y de algunas aves nocturnas, el ruido de la resaca avivado por las rocas o el lejano gemido de un *steamer*

batiendo las aguas del golfo con sus palas sonoras.

Entre las ocho y las nueve, el *Nautilus* se quedó a unos metros bajo el agua. Según mis cálculos, debíamos de estar muy cerca de Suez. A través de las escotillas del salón, vi los fondos con rocas intensamente iluminadas por nuestra luz eléctrica. Me parecía que el estrecho se volvía cada vez más angosto.

A las nueve y cuarto, tras emerger de nuevo el barco, subí a cubierta. Estaba muy impaciente por atravesar el túnel del capitán Nemo, no podía permanecer quieto en ningún sitio y quería respirar el aire fresco de la noche.

Después, entre la penumbra, vislumbré una luz pálida, casi desleída por la bruma, que brillaba a una milla de nosotros.

—Un faro flotante —oí decir junto a mí.

Me volví y reconocí al capitán.

—Es el faro flotante de Suez —añadió—. No tardaremos en llegar al orificio del túnel.

—La entrada no debe de ser nada fácil, ¿no?

—No lo es, no, señor. Por eso, tengo por costumbre situarme en la cabina del timonel para dirigir yo mismo la maniobra. Y ahora, señor Aronnax, tenga usted la amabilidad de bajar: el *Nautilus* va a sumergirse bajo las aguas y ya no volverá a la superficie hasta haber atravesado el *Arabian Tunnel*.

Seguí al capitán Nemo. La escotilla se cerró, los depósitos de agua se llenaron y el aparato se sumergió una decena de metros.

En el momento en que me disponía a volver a mi camarote, el capitán me detuvo.

—Señor profesor —me dijo—, ¿le gustaría acompañarme en la cabina del timonel?

—No me atrevía a pedírselo —respondí.

—Venga, pues. Así podrá ver todo lo que se puede ver de esta singladura, a la vez subterrestre y submarina.

El capitán Nemo me condujo hacia la escala central. A mitad de la rampa, abrió una puerta, siguió los corredores superiores y llegó a la cabina del timonel, que, como quedó dicho, se elevaba en el extremo de cubierta.

La cabina medía seis pies por cada lado, más o menos similar a la que ocupan los timoneles de los *steamboats* de los ríos Mississippi o Hudson. En medio, se maniobraba una rueda dispuesta

verticalmente, con el engranaje sobre los guardines del gobernalle, que corrían hasta la popa del *Nautilus*. Cuatro ojos de buey de cristales lenticulares, instalados en las paredes de la cabina permitían al timonel ver en todas las direcciones.

La cabina estaba a oscuras; pero no tardaron mis ojos en acostumbrarse a la oscuridad y vi al timonel, un hombre vigoroso, cuyas manos reposaban en las llantas de la rueda. Afuera, el mar parecía intensamente iluminado por el fanal, que irradiaba su luz a popa de la cabina, en el otro extremo de cubierta.

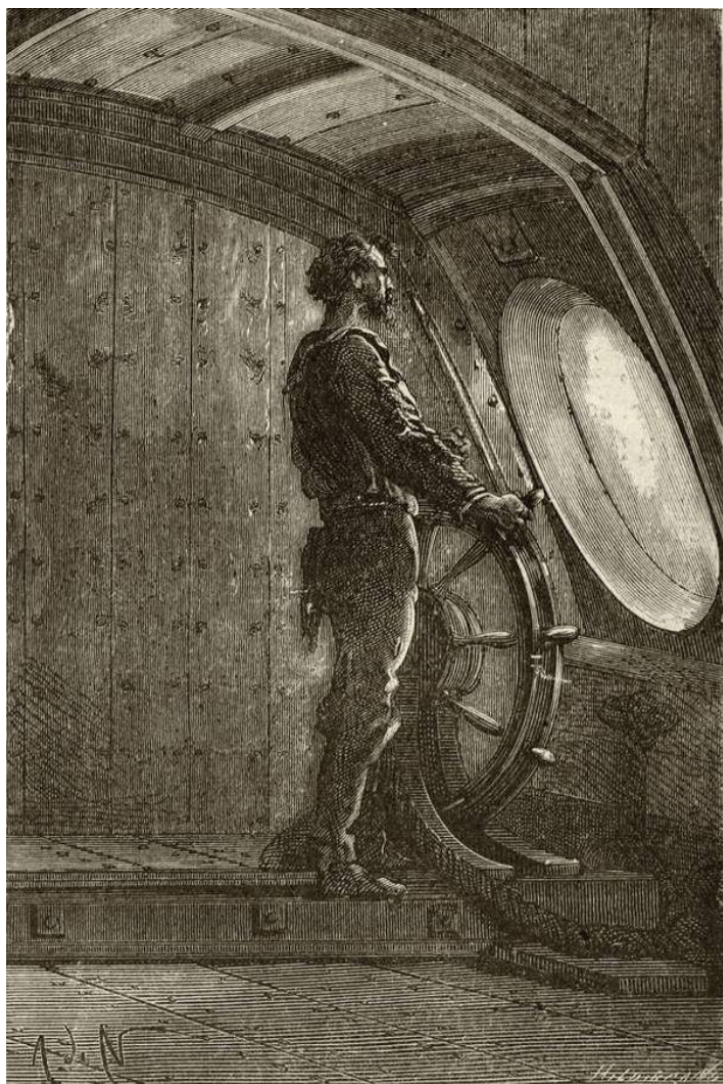
—Ahora —dijo el capitán Nemo—, busquemos nuestro paso.

Unos cables eléctricos conectaban la cabina del timonel a la sala de máquinas, y desde allí, el capitán podía comunicar simultáneamente a su *Nautilus* el rumbo y el movimiento. Apretó un botón metálico y, al punto, la velocidad de la hélice disminuyó notablemente.

Yo miraba en silencio la alta y muy escarpada muralla junto a la que pasábamos en ese momento, firme base del macizo arenisco de la costa. La bordeamos durante una hora, a unos metros de distancia solamente. El capitán Nemo no perdía de vista el compás suspendido en la cabina por sus dos círculos concéntricos. A un simple gesto suyo, el timonel modificaba a cada instante la dirección del *Nautilus*.

Yo me había colocado en el ojo de buey de babor y podía ver magníficas substrucciones de corales, zoófitos, algas y crustáceos agitando sus enormes patas que asomaban fuera de las anfractuosidades de la roca.

A las diez y cuarto, el propio capitán Nemo se hizo cargo del timón. Una vasta galería, negra y profunda, se abrió ante nosotros. El *Nautilus* se adentró por ella audazmente. En sus flancos se dejó sentir un ruido desacostumbrado. Eran las aguas del mar Rojo que la inclinación del túnel precipitaba hacia el Mediterráneo. El *Nautilus* seguía el torrente, rápido como una flecha, a pesar de los esfuerzos de su máquina que, para resistir, batía las aguas a contrahélice.



En las murallas estrechas del paso, yo no veía ya más que un rastro refulgente, líneas rectas, surcos de fuego trazados por la velocidad bajo el resplandor de la electricidad. Mi corazón palpitaba y yo intentaba refrenarlo con la mano.

A las diez y treinta y cinco minutos, el capitán Nemo abandonó la rueda del gobernal y, volviéndose hacia mí, me dijo:

—El Mediterráneo.

En menos de veinte minutos, el *Nautilus*, arrastrado por el torrente, acababa de atravesar el istmo de Suez.

VI

El archipiélago griego

El *Nautilus* emergió al amanecer del día siguiente, 12 de febrero. Me dirigí rápidamente a cubierta. A tres millas al Sur se dibujaba la vaga silueta de Pelusio. Un torrente nos había llevado de uno a otro mar. Pero aquel túnel, fácil de descender, debía de ser impracticable en la dirección contraria.

Hacia las siete, Ned y Conseil también acudieron. Los dos inseparables compañeros habían dormido plácidamente, sin preocuparse de las proezas del *Nautilus*.

—Bueno, señor naturalista —preguntó el canadiense con un tono ligeramente burlón—, ¿y el famoso Mediterráneo?

—Estamos flotando en su superficie, amigo Ned.

—¿Qué? —exclamó Conseil—. ¿Esta misma noche...?

—Sí, esta misma noche, en unos minutos, hemos franqueado ese istmo infranqueable.

—No me lo creo —respondió el canadiense.

—Pues mal hecho, señor Land —repuse—. Esta costa baja que se redondea hacia el Sur es la costa egipcia.

—A otro con ese cuento, señor —replicó el empecinado canadiense.

—Puesto que el señor lo afirma —le dijo Conseil—, hay que creer al señor.

—Además, Ned, el capitán Nemo me hizo el honor de invitarme a ver su túnel, yo estaba a su lado, en la cabina del timonel, mientras que él mismo dirigía el *Nautilus* a través de ese estrecho paso.

—¿Lo está usted oyendo, Ned? —dijo Conseil.

—Y usted, Ned, que tiene tan buena vista —añadí—, puede ver las escolleras de Port Said que se adentran en el mar.

El canadiense miró atentamente.

—Es cierto —dijo—, tiene usted razón, señor profesor, y su capitán es un hombre de una pieza. Estamos en el Mediterráneo; bien, entonces vamos a hablar de nuestras cosas, por favor, pero de manera que nadie nos pueda oír.

Vi claramente adonde quería ir a parar el canadiense. En cualquier caso, pensé que era mejor hablar, si así lo deseaba, y los tres fuimos a sentarnos cerca del fanal, donde estábamos menos expuestos a recibir el húmedo embate de las olas.

—Le escuchamos, Ned —dije yo—. ¿Qué tiene usted que decirnos?

—Lo que tengo que decirles es muy sencillo —respondió el canadiense—. Estamos en Europa, y antes de que los caprichos del capitán Nemo nos lleven hasta el fondo de los mares polares o nos vuelvan a transportar a Oceanía, quiero abandonar el *Nautilus*.

Confieso que esta discusión con el canadiense siempre me causaba desasosiego. Yo no quería obstaculizar de ningún modo la libertad de mis compañeros y, sin embargo, tampoco sentía ningún deseo de abandonar al capitán Nemo. Gracias a él, gracias a su aparato, podía ir completando a diario mis estudios submarinos y reescribir mi libro de los fondos submarinos en el interior mismo de su elemento. ¿Volvería a encontrar alguna vez otra semejante ocasión de observar las maravillas del océano? ¡Por supuesto que no! De modo que no me podía hacer a la idea de abandonar el *Nautilus* antes de concluir nuestro ciclo de investigaciones.

—Amigo Ned —dije yo—, respóndame francamente. ¿Se aburre usted a bordo? ¿Lamenta usted que el destino lo haya puesto en manos del capitán Nemo?

El canadiense se quedó unos instantes sin responder. Después, cruzando los brazos, dijo:

—Sinceramente —dijo él—, no lamento este viaje submarino. Estaré contento de haberlo hecho; pero para haberlo hecho, es necesario que acabe. Así es como lo siento.

—Se acabará, Ned.

—¿Dónde y cuándo?

—Dónde, no lo sé. Cuándo, no podría decirlo, o, mejor dicho,

supongo que se acabará cuando los mares ya no tengan nada más que enseñarnos. En este mundo, todo lo que empieza tiene necesariamente que acabar.

—Yo pienso como el señor —respondió Conseil—, y es bastante probable que tras haber recorrido todos los mares del globo, el capitán Nemo nos deje emprender el vuelo a todos.

—¡De vuelo, nada! —exclamó el canadiense—. ¡Diga, más bien, el duelo!

—No exageremos, Ned —repliqué—. No tenemos nada que temer del capitán, pero tampoco comparto las ideas de Conseil. Hemos penetrado en los secretos del *Nautilus*, y no tengo esperanzas de que su comandante, por devolvernos nuestra libertad, se resigne a verlos correr el mundo con nosotros.

—Pero, entonces, ¿a qué está usted esperando? —preguntó el canadiense.

—A que se den las circunstancias que podamos y debamos aprovechar, igual da dentro de seis meses que ahora.

—¡Sí, claro! —exclamó Ned Land—. ¿Y puede usted decirme, por favor, señor naturalista, dónde estaremos dentro de seis meses?

—Tal vez aquí, tal vez en China. Ya sabe usted que el *Nautilus* navega rápidamente. Atraviesa los océanos como una golondrina atraviesa los aires, o un expreso los continentes. No tiene el más mínimo temor a los mares más frecuentados. ¿Quién nos dice que no va a acercarse a las costas de Francia, de Inglaterra o de América, en las que se podría intentar emprender la huida tan favorablemente como aquí?

—Señor Aronnax —respondió el canadiense—, sus argumentos no tienen base ninguna. Usted habla en futuro: «¡Estaremos allá! ¡Estaremos acá!». Yo hablo en presente: «Estamos aquí, y hay que aprovecharlo».

Ned Land me había acorralado con su lógica, y en ese terreno me sentía derrotado. Ya no sabía qué argumentos podía utilizar en mi favor.

—Señor —prosiguió Ned—, supongamos, por muy imposible que sea, que el capitán Nemo le ofrece hoy mismo la libertad, ¿la aceptaría?

—No lo sé —respondí.

—¿Y si añade que la oferta que le hace hoy no la volverá a hacer

más tarde, aceptaría?

Yo no respondí.

—¿Y qué piensa el amigo Conseil? —preguntó Ned Land.

—El amigo Conseil —respondió tranquilamente el digno muchacho—, el amigo Conseil no tiene nada que decir. Está absolutamente desinteresado sobre el particular. Al igual que su señor y su compañero Ned Land, es soltero. No lo esperan en su país ni mujer, ni padres, ni hijos. Está al servicio del señor, piensa como el señor, habla como el señor, y, sintiéndolo mucho, no se debe contar con él para formar una mayoría. Sólo hay dos personas en liza: el señor, por un lado, y Ned Land, por otro. Una vez dicho esto, el amigo Conseil escucha y está listo para anotar los tantos.

No pude evitar sonreír, al ver a Conseil aniquilar tan completamente su personalidad. En el fondo, el canadiense debía de estar encantado de no tenerlo en su contra.

—Entonces, señor —dijo Ned Land—, puesto que Conseil no existe, discutamos entre nosotros dos. Yo he hablado y usted me ha escuchado. ¿Qué tiene usted que responder?

Evidentemente, había que concluir la discusión y las evasivas me repugnaban.

—Amigo Ned, aquí va mi respuesta. Usted tiene razón contra mí, y mis argumentos no pueden tenerse en pie contra los suyos. No hay que contar con la buena voluntad del capitán Nemo. La más elemental prudencia le prohíbe ponernos en libertad. Por el contrario, la prudencia exige que aprovechemos la primera ocasión que se presente para abandonar el *Nautilus*.

—Bien, señor Aronnax, eso es hablar con sensatez.

—Únicamente —añadí— quisiera hacer una observación, sólo una. Es preciso que la ocasión sea seria. Es preciso que nuestra primera tentativa de evasión tenga éxito, pues, si fracasa, no volveremos a tener la posibilidad de intentarlo y el capitán Nemo no nos perdonará.

—Todo eso es justo —respondió el canadiense—. Pero su observación se aplica a cualquier intento de huida, tanto dentro de dos años como de dos días. Por lo tanto, la cuestión sigue siendo la siguiente: si se presenta una ocasión favorable, hay que aprovecharla.

—De acuerdo. Y ahora, dígame, Ned, ¿qué entiende usted por

ocasión favorable?

—Por ejemplo, una en que, durante una noche oscura, el *Nautilus* se encuentre a poca distancia de una costa europea.

—¿E intentaría usted escaparse a nado?

—Sí, siempre que estuviéramos lo suficientemente cerca de una costa y el *Nautilus* navegara en superficie. No, si estuviéramos alejados y el navío sumergido.

—¿Y en ese caso...?

—En ese caso, intentaría apoderarme del bote. Sé cómo se maneja. Nos introduciríamos en el interior y, una vez desatornillado, volveríamos a la superficie, sin que ni siquiera se percatase de nuestra fuga el timonel, que está situado a proa.

—Bien, Ned. Atento, pues, a esa ocasión; pero no olvide que un fracaso sería nuestra perdición.

—No lo olvidaré, señor.

—Y ahora, Ned, ¿quiere usted saber todo lo que pienso acerca de su proyecto?

—Con mucho gusto, señor Aronnax.

—Pues bien, pienso, y no digo espero, pienso que esa ocasión favorable no se presentará.

—¿Por qué?

—Porque el capitán Nemo no puede pasar por alto que no hemos renunciado a la esperanza de recobrar nuestra libertad y estará alerta, sobre todo en los mares que bañan las costas europeas.

—Opino igual que el señor —dijo Conseil.

—Ya veremos —respondió Ned Land, que sacudía la cabeza con determinación.

—Por lo pronto, Ned Land, dejémoslo así. Ni una palabra más sobre este asunto. El día que esté usted listo, nos advertirá y le seguiremos. Queda en sus manos.

Así acabó aquella conversación, que habría de tener más tarde tan graves consecuencias. Tengo que decir ahora que los hechos parecieron confirmar mis previsiones, para gran desesperación del canadiense. ¿Desconfiaba el capitán Nemo de nosotros en aquellos mares tan frecuentados, o quería solamente escapar a la vista de los numerosos navíos de todas las naciones que surcan el Mediterráneo? Lo ignoro, pero la mayor parte del tiempo se

mantuvo entre dos aguas y mar adentro, alejado de las costas. O bien el *Nautilus* emergía, dejando asomar nada más que la cabina del timonel, o se sumergía a grandes profundidades, pues entre el archipiélago griego y el Asia Menor no llegamos a tocar fondo ni a dos mil metros.

Así que no supe que nos encontrábamos junto a la isla de Cárpatos, una de las Espóradas, más que por estos versos de Virgilio que me citó el capitán Nemo, mientras indicaba un punto del planisferio:

*Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Caeruleus Proteus...* [200]

Era, efectivamente, la antigua morada de Proteo, el viejo pastor de los rebaños de Neptuno, actualmente isla de Escarpante, situada entre Rodas y Creta. Sólo pude ver sus escarpes graníticos a través de la escotilla del salón.

Al día siguiente, 14 de febrero, decidí emplear algunas horas en el estudio de los peces del archipiélago, pero, por alguna razón desconocida, las escotillas permanecieron herméticamente cerradas. Al observar el derrotero del *Nautilus*, me di cuenta de que navegaba hacia Candía, la antigua isla de Creta. En el momento en que me había embarcado en la *Abraham Lincoln*, la isla entera acababa de rebelarse contra el yugo turco. Pero ignoraba por completo qué había ocurrido con la insurrección desde entonces; y el capitán Nemo, privado de toda comunicación con la tierra, no era quien me podría haber informado.

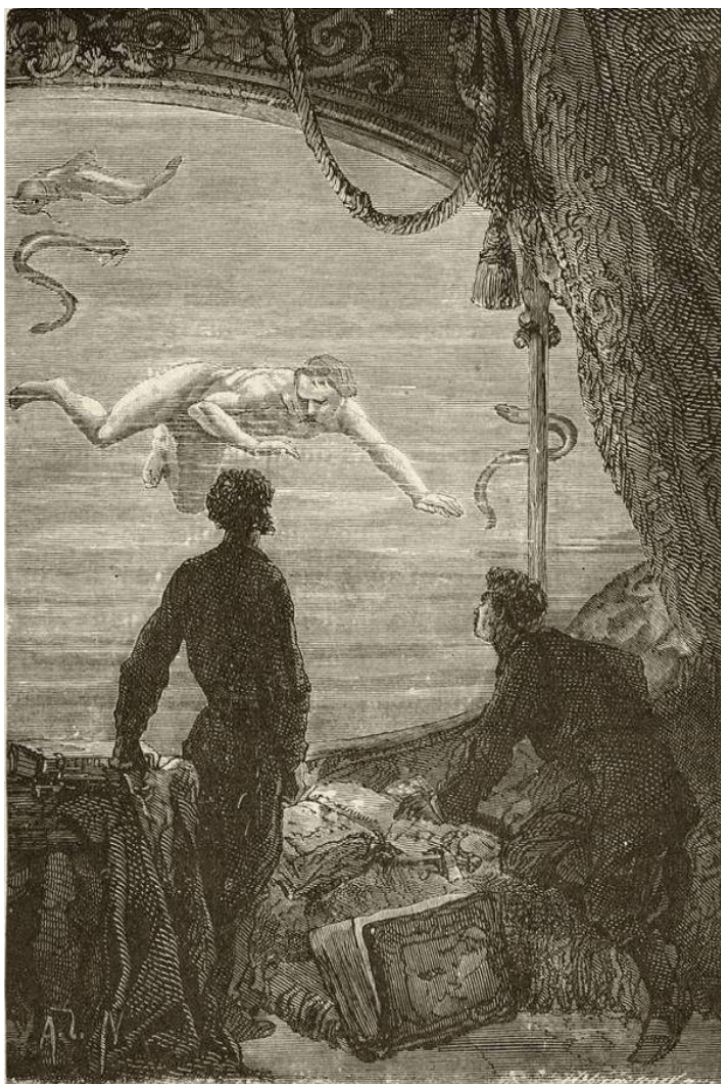
Por consiguiente, cuando me encontré a solas con él en el salón aquella noche, no hice ninguna mención de este suceso. Además, me pareció taciturno, preocupado. Luego, contrariamente a sus costumbres, ordenó abrir las dos escotillas del salón, y, yendo de una a otra, se dedicó a observar atentamente la masa de las aguas. No podía adivinar qué razón le inducía a ello, así que me dediqué a estudiar los peces que pasaban ante mis ojos.



Entre otros, observé unos góbidos afías, citados por Aristóteles y conocidos vulgarmente con el nombre de «colmillejas», que se encuentran sobre todo en las aguas saladas cercanas al delta del Nilo. Junto a ellos, avanzaban pargos semifosforescentes, especie de espáridos que los egipcios clasificaban entre los animales sagrados; su llegada a las aguas del río, cuyo fecundo desbordamiento anunciaban, era festejada mediante ceremonias religiosas. Observé igualmente unos queilinos de treinta centímetros de longitud, peces óseos de escamas transparentes, cuyo color lívido está salpicado de manchas rojas; son grandes devoradores de vegetales marinos, lo que les confiere un sabor exquisito; los queilinos eran muy apreciados por los gastrónomos de la antigua Roma, y sus vísceras preparadas con lechaza de morenas, sesada de pavo real y lenguas de fenicópteros, componían un plato divino que encantaba a Vitelio[201].

Otro habitante de esos mares atrajo mi atención y me hizo rememorar todos los recuerdos de la Antigüedad. Se trataba de la rémora, que viaja adherida al vientre de los tiburones; según los antiguos, ese pececillo podía detener la navegación de un buque al adosarse a su carena, y fue una rémora la que facilitó la victoria de Augusto[202] en la batalla de Accio, al retener el navío de Antonio. ¡De lo que dependen los destinos de las naciones! Observé ejemplares, igualmente admirables, de tres colas, que pertenecen al orden de los lutiánidos, peces sagrados para los griegos, que les atribuían el poder de alejar a los monstruos marinos de las aguas que frecuentaban; su nombre griego, *anthías*, significa «flor», y lo justifican sus colores tornasolados, sus matices que abarcan toda la gama del rojo, desde la palidez del rosa hasta el resplandor del rubí, y los reflejos fugaces que despedía su aleta dorsal. No podía apartar la vista de aquellas maravillas del mar, cuando, de repente, una aparición inesperada me sobresaltó.

En medio de las aguas, apareció un hombre, un buzo que llevaba ligada a su cintura una bolsa de cuero. No era un cuerpo abandonado a merced de las aguas. Era un hombre vivo, que nadaba vigorosamente y desaparecía a veces para tomar aire en la superficie, sumergiéndose después inmediatamente.



Me volví hacia el capitán y con la voz temblorosa, exclamé:
—¡Un hombre! ¡Un naufrago! ¡Hay que salvarlo a toda costa!
El capitán no me respondió y vino a apoyarse en el cristal.

El hombre se había acercado, y, con la cara pegada al cristal de la escotilla nos miraba.

Para gran estupefacción por mi parte, el capitán Nemo le hizo una seña. El buzo le respondió con la mano, volvió a emerger inmediatamente a la superficie del mar y no reapareció.

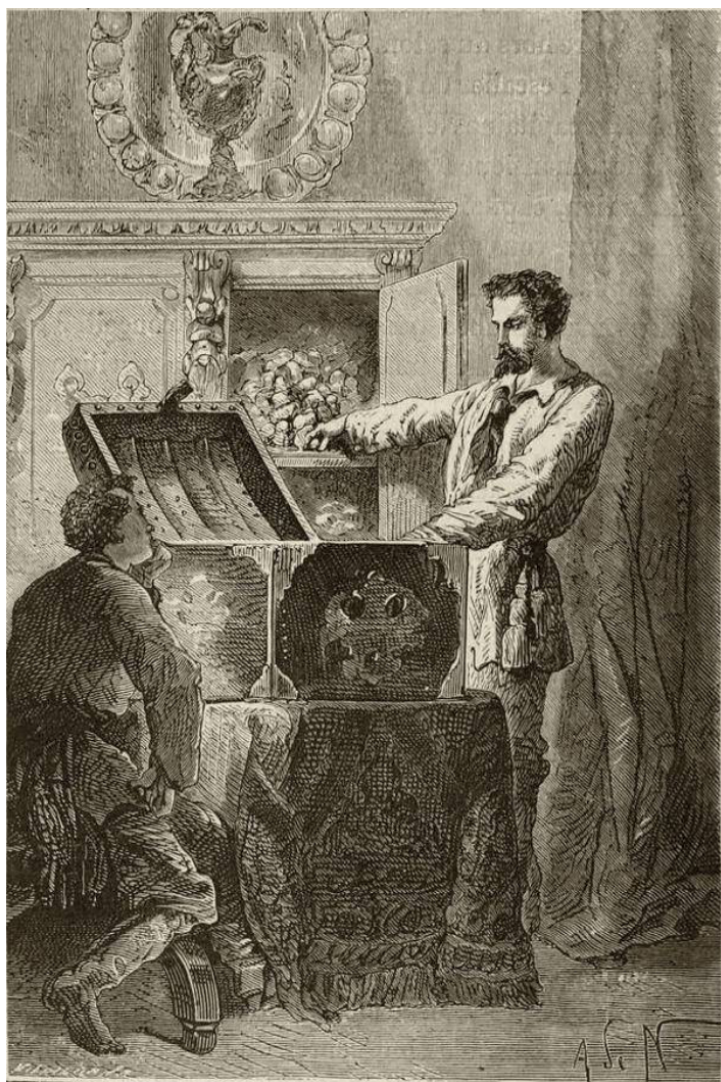
—No se preocupe —me dijo el capitán—. Es Nicolás, del cabo de Matapán[203], apodado «el *Pesce*». Es bien conocido en todas las Cicladas[204]. ¡Un buzo muy audaz! El agua es su elemento y vive en ella más que en tierra, yendo sin cesar de una isla a otra e incluso a Creta.

—¿Lo conoce usted, capitán?

—¿Y por qué no, señor Aronnax?

Después de decir eso, el capitán Nemo se dirigió hacia un mueble situado junto a la escotilla de babor del salón. Cerca del mueble, vi un cofre enarcado de hierro, cuya tapa llevaba en una placa de cobre la inicial del *Nautilus*, con su divisa *Mobilis in mobili*.

En esos momentos, el capitán, sin preocuparse de mi presencia, abrió el mueble, una especie de caja fuerte que contenía un gran número de lingotes.



Eran lingotes de oro. ¿De dónde procedía aquel precioso metal, que representaba una suma enorme? ¿Dónde recogía el capitán el oro, y qué iba a hacer con él?

No pronuncié ni una palabra. Sólo me quedé mirando. El capitán Nemo sacó uno por uno los lingotes y los fue colocando cuidadosamente en el cofre hasta que lo llenó. Calculé que contendría más de mil kilogramos de oro, es decir: cerca de cinco millones de francos.

El capitán cerró herméticamente el cofre y escribió en la tapa una dirección en caracteres que debían de pertenecer al griego moderno.

Al acabar, el capitán Nemo pulsó un botón, cuyo cable comunicaba con el puesto de la tripulación. Aparecieron cuatro hombres y empujaron el cofre al exterior del salón, no sin trabajo. Después, oí cómo lo izaban por medio de palancas a la escala de hierro.

En ese momento, el capitán Nemo se volvió hacia mí:

—¿Decía usted, señor profesor? —me preguntó.

—No decía nada, capitán.

—Entonces, señor, si me lo permite, le deseo buenas noches.

Inmediatamente después, el capitán Nemo salió del salón.

Regresé a mi camarote muy intrigado, como podrá comprenderse. Intenté dormir, aunque infructuosamente. Pensaba en qué relación habría entre la aparición del buzo y el cofre lleno de oro. Enseguida me di cuenta, por unos movimientos de cabeceo y balanceo, de que el *Nautilus* dejaba las capas inferiores del mar y emergía a la superficie de las aguas.

Luego, oí un ruido de pasos en cubierta. Comprendí que estaban desmontando el bote y echándolo al mar. Golpeó un instante los costados del *Nautilus*, y cesaron los ruidos.

Dos horas después, se reprodujeron los mismos golpes, las mismas idas y venidas. Tras izar el bote a bordo, se lo ajustaba otra vez a su cavidad, y el *Nautilus* volvía a sumergirse bajo las aguas.

Por lo tanto, aquellos millones habían alcanzado su destino. ¿Qué punto del continente? ¿Quién era el corresponsal del capitán Nemo?

Al día siguiente, relaté a Conseil y al canadiense los sucesos de la noche anterior, que excitaban mi curiosidad hasta el más alto

grado. Mis compañeros no parecieron menos sorprendidos que yo.

—¿Pero dónde consigue esos millones? —preguntó Ned Land.

A eso no había respuesta posible. Regresé al salón tras haber almorzado, y me puse a trabajar. Hasta las cinco de la tarde, estuve redactando mis notas. Estaba ocupado en eso, cuando sentí un calor extremadamente intenso, y, pensando que se debía a mi estado personal, tuve que quitarme el traje de biso. Era un efecto incomprensible, pues no nos encontrábamos en latitudes muy altas y, además, el *Nautilus*, al estar sumergido, no tenía por qué experimentar aumento alguno de temperatura. Consulté el manómetro, que marcaba una profundidad de sesenta pies, a la que no habría podido llegar el calor atmosférico.

Continué con mi trabajo, pero la temperatura se elevó hasta el punto de ser intolerable.

«¿Tendremos fuego a bordo?», me preguntaba.

Iba a salir del salón cuando el capitán Nemo entró. Se aproximó al termómetro, lo consultó y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Cuarenta y dos grados.

—Ya me doy cuenta, capitán —respondí—, y por poco que este calor aumente no podremos aguantarlo.

—¡Oh!, señor profesor, el calor sólo aumentará si así lo queremos.

—¿Puede usted controlarlo?

—No, pero puedo alejarme del foco que lo genera.

—¿Así que es exterior?

—Desde luego. Estamos navegando en una corriente de agua hirviendo.

—¿Es eso posible? —exclamé.

—Mire.

Se abrieron las escotillas y vi el mar enteramente de color blanco en torno al *Nautilus*. Un humo de vapores sulfurosos se desprendía en medio de las aguas, que hervían como el agua de una caldera. Apoyé mi mano en uno de los cristales, pero el calor era tan intenso que tuve que retirarla.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Cerca de la isla de Santorín, señor profesor —me respondió el capitán—; precisamente, en el canal que separa Nea Cameni de Paleá Cameni. He querido ofrecerle el curioso espectáculo de una

erupción submarina.

—Yo creía que la formación de estas nuevas islas había terminado.

—Nada acaba en los parajes volcánicos —respondió el capitán Nemo—; el globo sigue estando trabajado por el fuego subterráneo. Ya en el año 19 de nuestra era, según Casiodoro y Plinio, apareció en el mismo lugar donde se han formado recientemente esos islotes una isla nueva, Teia, la divina. Después, se hundió bajo las aguas y volvió a aparecer en el año 69 para hundirse de nuevo. Desde esta época hasta nuestros días, el trabajo plutónico se detuvo. Pero, el 3 de febrero de 1866, un nuevo islote, al que se llamó Jorge I, emergió en medio de los vapores sulfurosos, cerca de Nea Cameni, y se soldó el 6 del mismo mes a ésta. Siete días después, el 13 de febrero, apareció el islote de Afróesa, dejando entre Nea Cameni y éste un canal de diez metros. Yo me encontraba en estos mares cuando se produjo el fenómeno, y he podido observar todas sus fases. El islote de Afróesa, de forma redondeada, medía trescientos pies de diámetro por treinta pies de altitud. Se componía de lavas negras y vítricas, mezcladas con restos feldespáticos. Por último, el 10 de marzo, un islote más pequeño, llamado Reca, apareció junto a Nea Cameni, y desde entonces, esos tres islotes, soldados entre sí, no forman más que una sola y única isla.

—¿Y el canal en el que nos encontramos en estos momentos? —pregunté.

—Aquí está —respondió el capitán Nemo, mostrándome una carta del archipiélago—. Como puede ver, he añadido los nuevos islotes.

—¿No quedará algún día cegado ese canal?

—Es probable, señor Aronnax, pues, desde 1866, han surgido ocho pequeños islotes de lava frente al puerto de San Nicolás de Paleá Cameni. Es evidente, por lo tanto, que Nea y Paleá se unirán en un futuro no muy lejano. Si, en medio del Pacífico son los infusorios los que forman los continentes, aquí son los fenómenos eruptivos. Vea, señor, vea el trabajo que se realiza bajo estas aguas.

Volví al cristal. El *Nautilus* había dejado de navegar. El calor era insoportable. Del blanco, el mar había pasado al rojo, coloración debida a la presencia de sales ferruginosas. Pese a que el salón estaba herméticamente cerrado, nos invadía un insoportable olor

sulfuroso, y yo veía llamas escarlatas que, con su vivacidad, atenuaban los resplandores de la electricidad.

Estaba empapado en sudor, me asfixiaba, estaba a punto de cocerme. ¡Sí, la verdad es que sentía como si me estuviera cociendo!

—No podemos quedarnos más tiempo en esta agua hirviendo —dije al capitán.

—No, no sería prudente —respondió el impasible Nemo.

Dio una orden, el *Nautilus* viró y se alejó de aquel brasero al que no podía hacer frente impunemente. Un cuarto de hora más tarde, respirábamos en la superficie de las aguas.

Entonces, me vino a la mente la idea de que si Ned hubiera escogido aquellos parajes para llevar a cabo nuestra fuga, no habríamos salido vivos de ese mar de fuego.

El día siguiente, 16 de febrero, abandonamos aquella cuenca donde se registran profundidades de tres mil metros entre Rodas y Alejandría, y el *Nautilus*, pasando frente a la isla de Cerigo[205], abandonaba el archipiélago griego, tras haber doblado el cabo de Matapán.

VII

El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas

El Mediterráneo, el mar azul por excelencia, el *Gran Mar* de los hebreos, el *Mar* de los griegos, el *Mare Nostrum* de los romanos, con sus orillas de naranjos, de áloes, de cactus, de pinos marítimos, perfumado por el aroma de los mirtos, rodeado de rudas montañas, saturado de un aire puro y transparente, pero incesantemente atormentado por los fuegos de la tierra, es un verdadero campo de batalla donde Neptuno y Plutón [206] se disputan aún el imperio del mundo. Allí, en sus orillas y en sus aguas según Michelet, el hombre recobra fuerzas en uno de los climas más poderosos del globo.

Pero a pesar de su belleza, sólo pude obtener una impresión rápida de esa cuenca, que se extiende en una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados. Incluso, me faltaron los conocimientos personales del capitán Nemo, pues aquel enigmático personaje no apareció ni una sola vez durante la travesía. Calculo que fueron seiscientas leguas aproximadamente las que el *Nautilus* recorrió en cuarenta y ocho horas, a gran velocidad, bajo aguas mediterráneas. Partimos la mañana del 16 de febrero de los parajes de Grecia y el 18, al despuntar el alba, habíamos atravesado el estrecho de Gibraltar.

Me pareció evidente que el Mediterráneo, abrazado entre las tierras de las que quería huir, desagradaba al capitán Nemo. Sus aguas y brisas le traían demasiados malos recuerdos, por no decir pesares. Allí carecía de la libertad de movimientos, de la independencia de maniobras que le permitían los océanos, y su *Nautilus* se sentía asfixiado entre las costas vecinas de África y de

Europa.

Así pues, nuestra velocidad fue de veinticinco millas por hora, es decir: doce leguas de cuatro kilómetros. No hace falta mencionar que, para gran decepción suya, Ned Land tuvo que renunciar a los proyectos de evadirse. No podía utilizar el bote, remolcado a una velocidad de doce a trece metros por segundo. Abandonar el *Nautilus* en esas condiciones, habría sido como saltar de un tren en marcha a esa velocidad, acto imprudente donde los haya. Además, el aparato sólo emergía por las noches a la superficie del mar, para renovar su provisión de aire, y se dirigía únicamente según las indicaciones de la brújula y de la corredera.

Por lo tanto sólo vi del interior del Mediterráneo lo que el viajero de un expreso puede vislumbrar del paisaje que escapa ante sus ojos: los horizontes lejanos y no los primeros planos, que pasan como un relámpago. Sin embargo, Conseil y yo pudimos observar aquellos peces del Mediterráneo que la potencia de sus aletas mantenía unos instantes en las aguas del *Nautilus*. Permanecíamos al acecho ante los cristales del salón, y las notas que tomamos me permiten rehacer brevemente la vida ictiológica del Mediterráneo.

De los diversos peces que lo pueblan, vi algunos, pero sólo entrevi otros, sin hablar de los que la velocidad del *Nautilus* me escamoteó. Permítaseme, pues, que los clasifique siguiendo este orden fantástico. Resumirá mejor mis rápidas observaciones.

En medio de la masa de las aguas intensamente iluminadas por las capas eléctricas, serpenteaban algunas lampreas de un metro de longitud, comunes en casi todos los climas; la corriente mecía, como si fueran grandes chales, a los picones, especie de rayas de cinco pies de longitud, que tienen el vientre blanco y el lomo gris ceniza y moteado; otras rayas pasaban tan rápidamente que no podía reconocer si merecían el nombre de águilas que les dieron los griegos o los apelativos de rata, sapo y murciélago, con que las denominan los pescadores modernos; cazones, de doce pies de longitud, que competían en velocidad entre sí y que son especialmente temidos por los buceadores; zorros marinos, de ocho pies de longitud y dotados de un finísimo olfato, que aparecían como grandes sombras azuladas. También pasaron doradas, del género de los espáridos, de las que algunas medían hasta trece decímetros: aparecían engalanadas de plata y azul, rodeadas de

franjas que destacaban sobre el tono sombrío de sus aletas. Eran peces antiguamente consagrados a Venus, y cuyos ojos están engastados en un anillo de oro; especie preciosa, amiga de todas las aguas, dulces o saladas, habitante de los ríos, los lagos y los océanos, vive en todos los climas y soporta todo tipo de temperaturas; su especie, que se remonta a las épocas geológicas de la tierra, ha conservado toda la belleza de sus primeros días. Después, magníficos esturiones, de nueve a diez metros, animales de gran velocidad, que golpeaban con su caudal poderosa los cristales de las escotillas, mostrando su lomo azulado con pequeñas salpicaduras marrones; se parecen a los escualos, cuya fuerza, empero, no igualan, y se encuentran en todos los mares; en primavera, gustan de remontar los grandes ríos y luchar contra las corrientes del Volga, del Danubio, del Po, del Rin, del Loira y del Oder; se alimentan de arenques, caballas, salmones y gádidos; aunque pertenecen a la clase de los cartilaginosos, son delicados; se comen frescos, secos, escabechados o salados, y, en Roma, se los llevaba triunfalmente a la mesa de los Luculos[207]. Pero entre todos estos habitantes del Mediterráneo, los que mejor pude observar cuando el *Nautilus* se aproximaba a la superficie pertenecían al sexagésimo tercer género de los peces óseos. Eran los escómbridos atunes, de lomo entre azul y negro, y vientre plateado; sus franjas dorsales despiden destellos de oro. Tienen fama de seguir la marcha de los navíos, cuya sombra fresca procuran bajo el tórrido cielo tropical, y no la desmintieron al acompañar al *Nautilus* como acompañaron otras veces a los bajeles de La Perouse[208]. Durante largas horas, compitieron en velocidad con nuestro aparato. Yo no podía dejar de admirar a aquellos animales, auténticamente hechos para la carrera, con su cabeza pequeña, su cuerpo liso y fusiforme que en algunos rebasaba los tres metros, sus pectorales dotadas de un extraordinario vigor y sus caudales furcadas. Nadaban en punta de flecha, como algunas bandadas de pájaros cuya rapidez igualaban, lo que hacía decir a los antiguos que la geometría y la estrategia no les resultaban extrañas. Pese a todo, no escapan a las persecuciones de los provenzales, que los aprecian como los apreciaban los habitantes de la Propóntide[209] y de Italia, y estos preciosos animales se arrojan y perecen a millares, como ciegos y aturridos, en las almadrabas marselesas.

Para que conste, citaré también los peces del Mediterráneo que Conseil o yo sólo pudimos entrever: blanquecinos peces de cristal, que pasaban como inasequibles vapores; morenas y congrios, serpientes de tres a cuatro metros, revestidas de verde, azul y amarillo; merluzas, de tres pies de longitud, cuyo hígado es un delicado manjar; cepolas o cintas, que flotaban como finas algas; garneos, que los poetas denominan peces lira, y los marinos peces silbadores, cuyo hocico está dotado de dos láminas triangulares y dentadas semejantes al instrumento del viejo Homero; bejeles, que nadan con la misma velocidad con que vuela la golondrina, pájaro del que han tomado su nombre en latín; candiles-meros, con la cabeza rojiza, cuya dorsal está guarnecida de filamentos; sábalos, salpicados de manchas negras, grises, marrones, azules, amarillas y verdes, que son sensibles al argentino tintineo de las campanillas[210]; los espléndidos rodaballos, esos faisanes de mar, especie de rombos con aletas amarillentas, punteados de marrón, y cuya parte superior, la izquierda, está generalmente surcada de marrón y de amarillo; y, por último, bandadas de admirables salmonetes, auténticas aves del paraíso de los océanos, que los romanos llegaban a pagar hasta a diez mil sestercios la pieza y que hacían morir en su mesa, para seguir con crueldad los cambios de color, desde el rojo cinabrio de la vida hasta el pálido blanco de la muerte[211].



La vertiginosa velocidad que portaba al *Nautilus* a través de aquellas aguas opulentas fue la culpable de que no pudiéramos observar rayas de espejos, ni peces ballesta, ni tamboriles, ni caballitos de mar, ni *gouans*[212], ni centriscos, ni babosas, ni lábridos, ni eperlanos, ni peces voladores, ni anchoas, ni pageles, ni bogas, ni agujas, ni otras variedades de múlidos; tampoco vimos el resto de principales representantes del orden de los pleuronéctidos: las limandas, las platijas, los mendos, los lenguados y las solías, comunes al Atlántico y al Mediterráneo.

En cuanto a los mamíferos marinos, creo haber reconocido, al pasar por mar abierto en el Adriático: dos o tres cachalotes con aleta dorsal, del género *Physeter*; algunos delfines del género de los globicéfalos, característicos del Mediterráneo, que tienen la parte anterior de la cabeza rayada de pequeñas líneas claras; también, una docena de focas de vientre blanco y pelaje negro, conocidas con el nombre de monjes, y que tienen totalmente aspecto de dominicos de tres metros de longitud.

Por su parte, Conseil cree haber vislumbrado una tortuga de seis pies, adornada con tres aristas salientes dirigidas longitudinalmente. Lamenté no haber visto ese reptil, pues, por la descripción que me hizo Conseil de él, creí reconocer al laúd, una especie bastante rara. Por mi parte, sólo pude observar algunas tortugas *Caretta*, de caparazón alargado.

En cuanto a los zoófitos, pude admirar, durante unos instantes, una admirable galeloaria anaranjada que se adhirió al cristal de la escotilla de babor; era un largo y tenue filamento que se arborizaba en ramas infinitas y rematadas por el más fino encaje que jamás hubiesen hilado las rivales de Aracne[213]. Desgraciadamente, no pude atrapar aquel admirable ejemplar. Ningún otro zoófito mediterráneo habría podido ofrecerse a mis miradas si el *Nautilus*, en la noche del 16, no hubiese reducido notablemente su velocidad. Estas son las circunstancias en que ocurrió.

Pasábamos entonces entre Sicilia y la costa de Túnez. En ese espacio angosto entre el promontorio de Bon y el estrecho de Mesina, el fondo del mar asciende casi de repente. Allí, se ha formado una auténtica cresta sobre la que no quedan más que diecisiete metros de agua, mientras que la profundidad es de ciento setenta metros a cada lado. El *Nautilus* tuvo pues que maniobrar

prudentemente para no golpearse contra esta barrera submarina.

Mostré a Conseil, en la carta del Mediterráneo, el lugar que ocupaba ese largo arrecife.

—Si el señor me lo permite —observó Conseil—, es como un auténtico istmo que une Europa a África.

—Sí, muchacho —respondí yo—, obstruye por completo el estrecho de Libia, y los sondeos de Smith han demostrado que los continentes estaban en otros tiempos unidos entre el cabo de Boco y el de Furina.

—No lo dudo —respondió Conseil.

—Hay que añadir —continué yo—, que entre Gibraltar y Ceuta existe una barrera semejante, que en las eras geológicas cerraba completamente el Mediterráneo.

—¡Eh! —exclamó Conseil—. ¡Si alguna erupción volcánica volviera a elevar un día esas dos barreras por encima de las aguas...!

—No es muy probable, Conseil.

—En fin, permítame el señor que concluya, si ese fenómeno se produjera, sería enojoso para el Sr. de Lesseps, que se afana tanto por abrir su istmo.

—Estoy de acuerdo, pero te repito, Conseil, que ese fenómeno no se va a producir. La violencia de las fuerzas subterráneas va en progresiva disminución. Los volcanes, tan numerosos en los primeros días del mundo se van apagando paulatinamente; el calor interno se debilita, la temperatura de las capas inferiores del globo descende de forma importante cada siglo, y en detrimento de nuestro planeta, pues ese calor es su vida.

—Sin embargo, el sol...

—El sol es insuficiente, Conseil. ¿Puede devolverle el calor a un cadáver?

—No, que yo sepa.

—Bien, amigo mío, la tierra será algún día ese cadáver yerto. Será inhabitable y estará deshabitada como la luna, que desde hace tiempo ha perdido su calor vital.

—¿Dentro de cuántos siglos? —preguntó Conseil.

—Dentro de unos centenares de miles de años, muchacho.

—Entonces —respondió Conseil—, tenemos tiempo de acabar nuestro viaje, siempre y cuando Ned Land no se meta de por medio.

Y Conseil, tranquilizado, se puso de nuevo a estudiar el bajío que el *Nautilus* casi rozaba a una velocidad moderada.

Allí, en un suelo rocoso y volcánico crecía toda una flora viva: esponjas; holoturias; cidípidos hialinos adornados de cirros rojizos y que emitían una ligera fosforescencia; beroes, vulgarmente conocidos con el nombre de cohombros de mar y bañados en las irisaciones de un espectro solar; comátulas ambulantes, de un metro de longitud y cuya púrpura enrojecía las aguas; euríalas arborescentes de la mayor belleza; pavonarías de largos talos; un gran número de erizos de mar comestibles, de especies variadas, y actinias verdes con el tronco grisáceo y el disco marrón, que se perdía en su cabellera de tentáculos verduscos.

Conseil se había ocupado más detenidamente de observar los moluscos y los articulados, y aunque la nomenclatura sea un poco árida, no quiero desairar al buen muchacho omitiendo sus observaciones personales.

Dentro del tipo de los moluscos, cita: numerosas zamburiñas pectiniformes; espóndilos que se amontonaban unos encima de otros; coquinas triangulares; híalas bidentadas, de pseudópodos amarillos y conchas transparentes; pleurobranquios anaranjados; óvulas punteadas o moteadas de puntos verduscos; aplisias, conocidas también por el nombre de liebres de mar; dolabelas; áceras carnosas; umbráculos, exclusivos del Mediterráneo; orejas de mar, cuya concha produce un nácar muy apreciado; zamburiñas flamígeras; luceros, que los del Languedoc, según se dice, prefieren a las ostras; almejas chochas tan apreciadas por los marseleses; escupiñas dobles, blancas y gruesas; algunos *clams*, almejas que abundan en las costas de América del Norte y de las que tantas se consumen en Nueva York; volandeiras de colores variados; litodomos, hundidos en sus agujeros y cuyo sabor picante tanto apreciaba yo; venericárdidos esculpidos, cuya concha, con la cúspide abombada presentaba costillas salientes; cintias, erizadas de tuberosidades de color escarlata; carinarías, de extremos encorvados y parecidas a ligeras góndolas; firolas coronadas; pirulas de concha espiraliforme; tetis grises, salpicadas de blanco y recubiertas por su manto festoneado; eólicas, similares a pequeñas babosas; cavolinias, que rampaban sobre su dorso; aurículas, y entre éstas la aurícula miosotis, de concha ovalada; escalarías leonadas; bígaros; yantinas;

cineras; petrícolas; lamelarias; caperuzas; pandoras, etc...

En lo que hace a los articulados, Conseil los dividió muy correctamente en sus notas en seis clases, tres de las cuales pertenecen al mundo marino: se trata de los crustáceos, los cirrópodos y los anélidos.

Los crustáceos se subdividen en nueve órdenes; el primero de éstos lo forman los decápodos, es decir, los animales que, por regla general, tienen la cabeza y el tórax soldados, cuyo aparato bucal está compuesto de varios pares de miembros y que poseen cuatro, cinco o seis pares de patas torácicas o ambulatorias. Conseil había seguido el método de nuestro maestro Milne-Edwards, que subdivide en tres secciones a los decápodos: los braquiuros, los macruros y los anomuros. Estos nombres resuenan con un eco ligeramente bárbaro, pero son exactos y precisos. Entre los braquiuros, Conseil cita el amatías, cuya frente está armada con dos grandes puntas divergentes; el ínaco escorpión que, ignoro la razón, simbolizaba la prudencia entre los griegos[214]; el lambro *masséna* y el lambro espinoso, probablemente extraviados en aquellos altos fondos, ya que normalmente viven a grandes profundidades; xantos; pilumnos; romboides; calapas granulosos, muy fáciles de digerir, según destaca Conseil; coristos desdentados; ebalios; cimopolios; dorripos lanudos, etc... Entre los macruros —subdivididos en cinco familias: los acorazados, los excavadores, los astáceos, los eucáridos y los oquizópodos— cita: las langostas comunes, cuya carne es tan apreciada, sobre todo la de las hembras; las cigalas; los camarones, y toda suerte de especies comestibles, pero no, no se refiere a la subdivisión de los astáceos, que comprende los bogavantes, pues las langostas son los únicos bogavantes del Mediterráneo. Por último, entre los anomuros, vio: los dromios comunes, resguardados tras esa concha abandonada de la que se apoderan; los homolos espinifrontes; los ermitaños; algunas porcelanas, etcétera.

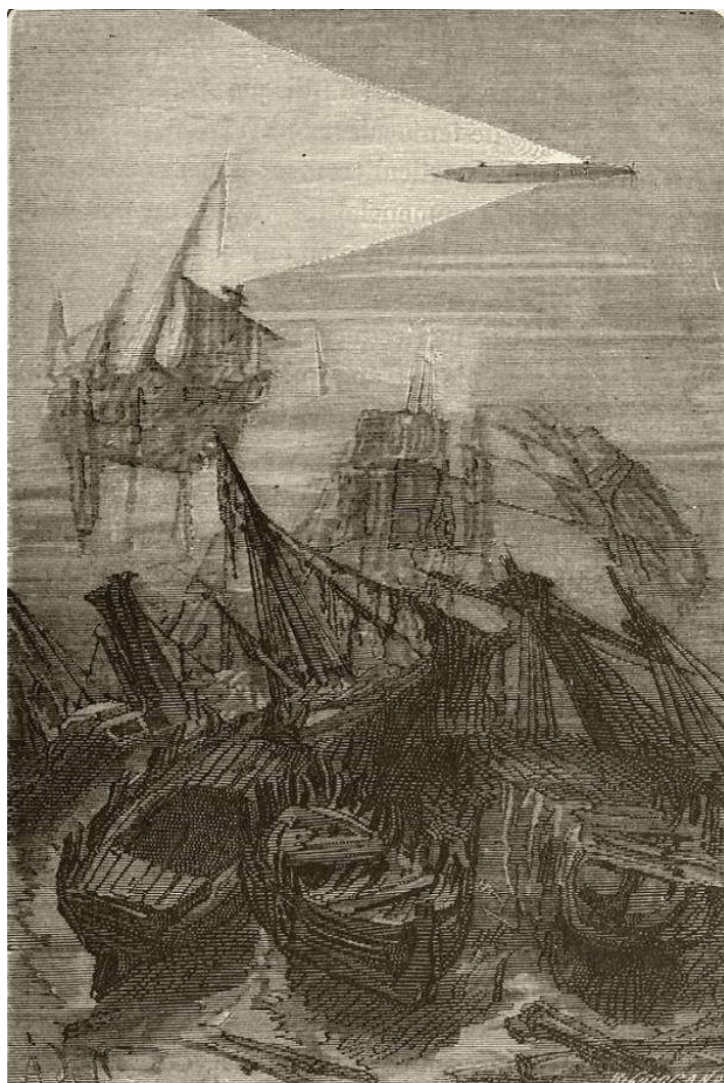
Ahí concluía el trabajo de Conseil. Le había faltado tiempo para completar la clase de los crustáceos mediante el examen de los estomatópodos, anfípodos, homópodos, isópodos, trilobites, branquiápodos, ostrácodos y entomostráceos. Para acabar el estudio de los articulados marinos, habría tenido que citar la clase de los cirrópodos, que incluye a los cíclopes y a los árgulos, y la clase de los anélidos, que no habría dejado de clasificar en tubícolas y en

dorsibranquios. Pero el *Nautilus*, tras haber rebasado el estrecho de Libia, recobró en aguas más profundas su velocidad usual. A partir de entonces, se acabaron los moluscos, los articulados y los zoófitos.

Durante la noche del 16 al 17 de febrero, habíamos entrado en esa especie de segunda cuenca mediterránea cuyas mayores profundidades aparecen a tres mil metros. El *Nautilus*, con el impulso de su hélice y deslizándose gracias a sus planos inclinados, se hundió hasta las últimas capas del mar.

Allí, a falta de maravillas naturales, la masa de las aguas ofreció a mis miradas numerosas escenas emocionantes y terribles. En efecto, atravesábamos entonces toda esa parte del Mediterráneo tan fecunda en siniestros. Desde la costa argelina a las orillas de Provenza, ¡cuántos navíos han naufragado, cuántos barcos han desaparecido! El Mediterráneo no es más que un lago, comparado con las enormes extensiones líquidas del Pacífico, pero es un lago caprichoso, de aguas volubles, un día propicio y acariciante para la frágil tartana que parece flotar entre el doble azul de las aguas y del cielo y, al día siguiente, iracundo, atormentado, desarbolado por los vientos, capaz de destrozar los navíos más fuertes con sus olas secas, que los zarandean a repetidos embates.

En ese rápido paseo a través de las capas profundas, cuántos pecios vi que yacían en el fondo, unos recubiertos ya de coral, otros revestidos solamente por una capa de óxido; áncoras, cañones, balas, guarnimientos de hierro, ramas de hélices, piezas de máquinas, cilindros rotos, calderas reventadas, y después: cascos flotando entre dos aguas, unos hacia arriba y otros tumbados.



De aquellos barcos naufragados, unos se habían hundido por colisión, otros por haber embestido algún escollo de granito. Vi algunos que se habían ido a pique, con el mástil derecho, el aparejo enhiesto por el agua. Tenían aspecto de estar anclados en una inmensa rada abierta y de aguardar el momento de zarpar. Cuando el *Nautilus* pasaba entre ellos y los envolvía con sus haces eléctricos, parecía que los buques iban a saludarlo con su pabellón y enviarle su número de orden. Mas no: nada más que silencio y muerte en aquel campo de catástrofes.

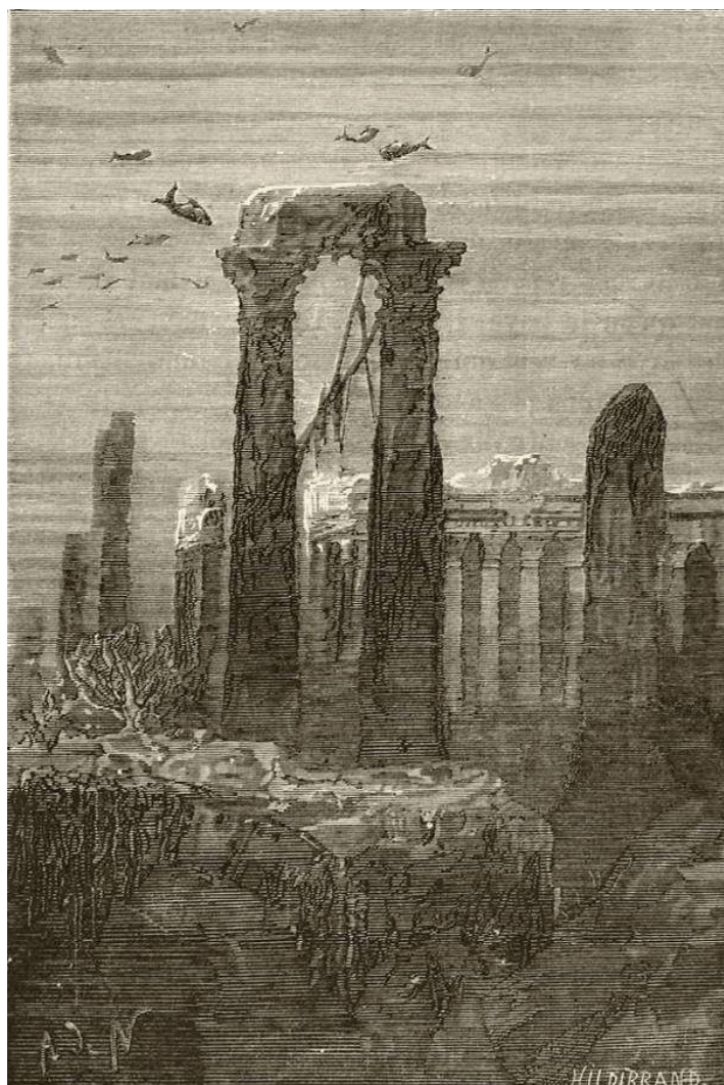
A medida que el *Nautilus* se aproximaba al estrecho de Gibraltar, observé que aquellos siniestros pecios eran más frecuentes en los fondos mediterráneos. Allí se acercan las costas de África y Europa, y en ese estrecho espacio los choques son frecuentes. Vi numerosas carenas de hierro, fantásticas ruinas de los vapores, unas tumbadas, otras verticales, parecidas a animales formidables. Uno de aquellos barcos, con sus flancos abiertos, su chimenea curvada, sus ruedas de las que sólo quedaba la montura, su gobernalle separado del codaste y retenido aún por una cadena de hierro y su espejo de popa corroído por las sales marinas, tenía un aspecto terrible. ¡Cuántas existencias truncadas en su naufragio! ¡Cuántas víctimas arrastradas bajo las aguas! ¿Habría sobrevivido algún marinero de a bordo para contar ese terrible desastre, o las aguas seguían guardando el secreto del siniestro? No sé por qué, me vino a la mente que el barco hundido bajo las aguas podría haber sido el *Atlas*, desaparecido desde hacía veinte años y del que jamás se había vuelto a oír nada. ¡Ah, qué siniestra historia de los fondos mediterráneos se podría redactar: ese enorme osario donde se han perdido tantas riquezas, donde tantas víctimas han encontrado la muerte!

Mientras, el *Nautilus*, indiferente y rápido, avanzaba a toda máquina en medio de los restos. El 18 de febrero, hacia las tres de la mañana, se presentaba ante la entrada del estrecho de Gibraltar.

Se cruzan allí dos corrientes: una corriente superior, reconocida desde hace tiempo, que lleva las aguas del océano a la cuenca del Mediterráneo; después, hay una contracorriente inferior, cuya existencia ha quedado probada actualmente por deducción. En efecto, la suma de las aguas del Mediterráneo, en incesante aumento por las aguas del Atlántico y por los ríos que vierten sus

aguas, debería de hacer crecer cada año el nivel del mar, pues su evaporación es insuficiente para restablecer el equilibrio. Ahora bien, esto no es así, y se ha tenido que admitir naturalmente la existencia de una corriente inferior que por el estrecho de Gibraltar vierte en la cuenca del Atlántico el exceso de agua del Mediterráneo.

Hecho exacto, sin duda. De esta contracorriente se aprovechó el *Nautilus* y avanzó rápidamente por el estrecho paso. Por un instante, pude entrever las admirables ruinas del templo de Hércules sumergido, según Plinio y Avieno[215], con la isla baja donde estaba construido; unos minutos más tarde, flotábamos en aguas del Atlántico.



VIII

La bahía de Vigo

¡El Atlántico! Vasta extensión de agua que se extiende por una superficie de veinticinco millones de millas cuadradas: tiene nueve mil millas de longitud y una anchura media de dos mil setecientas. Mar importante, pero casi ignorado por los antiguos, salvo por los cartagineses tal vez, esos holandeses de la Antigüedad que en sus peregrinaciones comerciales seguían las costas occidentales de Europa y de África. Océano cuyas orillas de sinuosidades paralelas abarcan un perímetro inmenso, regado por los ríos más grandes del mundo: el San Lorenzo, el Mississippi, el Amazonas, el de la Plata, el Orinoco, el Níger, el Senegal, el Elba, el Loira, el Rin, que le vierten las aguas de los países más civilizados y de los rincones más salvajes. Magnífica llanura, incesantemente surcada por los buques de todas las naciones, al amparo de todos los pabellones del mundo, y rematada en esas dos puntas terribles tan temidas por los navegantes: el cabo de Hornos y el cabo de las Tempestades.



El *Nautilus* hundía en las aguas el filo de su espolón, tras haber viajado cerca de diez mil leguas en tres meses y medio, recorrido superior a uno de los grandes círculos de la tierra. ¿A dónde nos dirigíamos?, ¿qué nos depararía el futuro?

Al salir del estrecho de Gibraltar, el *Nautilus* se había adentrado por mar abierta. Volvió a la superficie y pudimos proseguir con nuestros paseos cotidianos en cubierta.

Subí inmediatamente, acompañado de Ned Land y de Conseil. A una distancia de doce millas, se distinguía vagamente el cabo de San Vicente, que forma la punta Sudoeste de la península hispánica[216]. Soplaban un fuerte viento del sur. La mar estaba gruesa, picada, e imprimía violentas sacudidas de balanceo al *Nautilus*. Era casi imposible mantenerse en cubierta, continuamente azotada por el fuerte oleaje. Vista la situación, y tras haber aspirado unas bocanadas de aire fresco, volvimos a bajar.

Regresé a mi camarote, y Conseil al suyo; pero el canadiense, con semblante preocupado, me siguió. Nuestro rápido paso a través del Mediterráneo no le había permitido llevar a término sus proyectos, y a duras penas podía disimular su contrariedad.

Una vez cerrada la puerta de mi camarote, tomó asiento y me miró silencioso.

—Amigo Ned —le dije—, lo entiendo, pero no tiene usted nada que reprocharse. En las condiciones en que navegaba el *Nautilus*, pensar en abandonarlo habría sido una locura.

Ned Land no respondió nada. Su boca apretada y su ceño fruncido revelaban en él la violenta obsesión de una idea fija.

—Veamos —proseguí yo—, aún no tenemos que desesperar. Llevamos rumbo Norte y vamos costearo el litoral portugués. No muy lejos, se encuentran Francia e Inglaterra, donde hallaríamos fácilmente refugio. Si el *Nautilus*, al salir del estrecho de Gibraltar, hubiese puesto proa al Sur, si nos hubiese llevado a esas regiones donde no hay continentes, yo compartiría sus preocupaciones. Pero ahora sabemos que el capitán Nemo no huye de los mares civilizados, y creo que dentro de unos días podrá usted actuar con cierta seguridad.

Ned Land me miró más fijamente todavía y al fin despegó los labios:

—Será esta noche —dijo.

Me levanté de repente. Debo confesar que estaba poco preparado para oír esas palabras. Habría querido responder al canadiense, pero no me salía la voz.

—Habíamos acordado esperar una oportunidad favorable —prosiguió Ned Land—. Aquí está. Esta noche estaremos a unas millas de la costa española. La noche será cerrada. El viento sopla de mar adentro. Tengo su palabra y cuento con usted, señor Aronnax.

Como yo seguía callado, el canadiense se levantó y se acercó a mí:

—Esta noche, a las nueve —dijo él—. Conseil ya lo sabe. A esa hora, el capitán Nemo estará en su camarote y, probablemente, dormido. Ni los mecánicos ni los hombres de la tripulación pueden vernos. Conseil y yo subiremos por la escala central. Usted, señor Aronnax, se quedará en la biblioteca, a dos pasos de nosotros, esperando mi señal. Los remos, el mástil y la vela están en el bote. Incluso he conseguido llevar algunas provisiones. Me he procurado una llave inglesa para desatornillar las tuercas que fijan el bote al casco del *Nautilus*. Así que lo tengo todo listo. ¡Hasta esta noche!

—Hay mala mar —repliqué.

—Es verdad —respondió el canadiense—. Pero es un riesgo que tenemos que correr. La libertad tiene su precio. Además, la embarcación es sólida, y unas millas con viento favorable no serán insalvables. A lo mejor, mañana estaremos a cien leguas en alta mar, quién sabe. Si las circunstancias nos son favorables, entre las diez y las once habremos desembarcado en algún punto en tierra firme o estaremos muertos. Por lo tanto, que sea lo que Dios quiera y hasta esta noche.

Tras decir eso, el canadiense se retiró, dejándome anonadado. Yo me había hecho a la idea de que, llegado el caso, tendría tiempo de reflexionar, de discutir. Mi terco compañero no me lo permitía. Y, después de todo, ¿qué podía replicarle yo? Ned Land tenía toda la razón del mundo. Era casi una circunstancia favorable y la aprovechaba. ¿Podía yo desdecirme de la palabra dada y asumir la responsabilidad de comprometer en un interés absolutamente personal el futuro de mis compañeros?, ¿no era posible que al día siguiente el capitán Nemo nos llevara lejos de cualquier tierra?

En aquel momento, un fuerte silbido me indicó que los depósitos

estaban llenos, y el *Nautilus* se sumergió bajo las aguas del Atlántico.

Me quedé en mi camarote. Quería evitar al capitán para ocultar a sus ojos la emoción que me embargaba. Así pasé una triste jornada, entre el deseo de volver a poseer mi libre arbitrio y el pesar de abandonar el maravilloso *Nautilus* con mis estudios submarinos inconclusos. ¡Dejar así ese océano, «mi Atlántico» como me gustaba llamarlo, sin haber observado sus capas más profundas, sin haberle arrancado esos secretos que me habían revelado los mares de las Indias y del Pacífico! Mi novela se me caía de las manos desde el primer volumen, mi sueño se interrumpía en el mejor momento. Qué angustiosos momentos transcurrieron de ese modo; tan pronto me veía a salvo, en tierra, con mis compañeros, como deseando, contra toda razón, que alguna circunstancia imprevista impidiera la realización de los proyectos de Ned Land.

Volví al salón dos veces. Quería consultar el compás y ver si el rumbo del *Nautilus* nos acercaba realmente o bien nos alejaba de la costa. Pero no. El *Nautilus* se mantenía en aguas portuguesas. Se dirigía hacia el Norte costearo las orillas del océano.

Por lo tanto, había que decidirse y prepararse a huir. Mi equipaje era ligero: únicamente mis notas.

En cuanto al capitán Nemo, me preguntaba yo qué pensaría de nuestra evasión, qué preocupaciones, qué perjuicios le podría ocasionar y qué haría en caso de que se descubriera o fracasara. Yo no tenía queja de él, al contrario. Jamás hubo una hospitalidad más franca que la suya. Al abandonarlo, no se me podía culpar de ingratitud. Ningún juramento nos ligaba a él. El capitán contaba con la fuerza de las cosas, pero no con nuestra palabra para tenernos por siempre junto a él. Pero su pretensión claramente confesada de retenernos eternamente como prisioneros a bordo justificaba todas nuestras tentativas.

No había vuelto a ver al capitán desde nuestra visita a la isla de Santorín. ¿Me llevaría el azar a su presencia antes de nuestra partida? Lo deseaba y, al mismo tiempo, lo temía. Me detuve a escuchar si lo oía caminar en el camarote contiguo al mío, pero no percibí ningún ruido. El camarote debía de estar desierto.

Empecé entonces a preguntarme si ese extraño personaje estaría a bordo. Desde la noche en que el bote había abandonado el

Nautilus para realizar un servicio misterioso, mis ideas se habían modificado ligeramente respecto de él. Yo pensaba que, pese a todo lo que hubiera dicho, el capitán Nemo tenía que haber conservado con tierra firme algunas relaciones, fueran cuales fueran. ¿Nunca abandonaba el *Nautilus*? A menudo habían transcurrido semanas enteras sin que me hubiese encontrado con él. ¿Qué hacía durante ese tiempo? Cuando yo lo creía víctima de esos ataques de misantropía, ¿no llevaba a cabo lejos de allí algún acto secreto cuya índole aún se me escapaba?

Me asaltaron a la vez todas esas ideas y otras mil similares. El campo de las conjeturas no puede ser más que infinito en la extraña situación en que nos encontramos. Yo experimentaba un malestar insoportable. Aquella jornada de espera me parecía eterna. Las horas pasaban demasiado lentamente para mi impaciencia.

Como siempre, la cena se me sirvió en mi camarote. Comí mal, por el exceso de preocupación. Acabé de comer a las siete. Ciento veinte minutos —los iba contando— me separaban todavía del momento en que tendría que encontrarme con Ned Land. Mi agitación se acrecentaba. Mi pulso latía con violencia. No podía permanecer quieto. Iba y venía, con la esperanza de calmar el estado de turbación de mi mente deambulando. La idea de perecer en nuestra temeraria empresa era la menos penosa de mis preocupaciones; pero, al pensar que nuestro proyecto podía ser descubierto antes de haber abandonado el *Nautilus*, ante la perspectiva de ser conducido ante el capitán Nemo irritado, o, lo que habría sido peor, entristecido por mi abandono, mi corazón palpitaba.

Quise volver a ver el salón una última vez. Me dirigí allí a través de los corredores y llegué a ese museo en el que tantas horas provechosas y agradables había pasado. Miré todas las riquezas, todos los tesoros, como alguien que está en vísperas de un exilio eterno y que parte para no regresar nunca. Esas maravillas de la naturaleza, esas obras maestras del arte, entre las que se concentraba mi vida desde hacía tantos días... las iba a abandonar para siempre. Habría querido hundir mi mirada en las aguas del Atlántico a través del cristal del salón, pero las escotillas estaban herméticamente cerradas, y una pared de acero me separaba de ese océano que yo aún no conocía.

Tras recorrer el salón, llegué junto a la puerta, situada en el chaflán que daba al camarote del capitán. Con gran extrañeza, vi que estaba entreabierta. Involuntariamente, di un paso atrás. Si el capitán Nemo estaba en su camarote, podía verme. Pero al no oír ningún ruido, me aproximé. El camarote estaba vacío. Empujé la puerta y entré. Allí reinaba el mismo ambiente severo, cenobial.

En ese instante, llamaron mi atención unos aguafuertes colgados de la pared y que yo no había observado durante mi primera visita. Eran retratos, retratos de esos grandes hombres de la Historia cuya existencia fue una perpetua devoción a una gran idea humana: Kosciuszko, el héroe caído al grito de *Finis Poloniae*; Bótsaris, el Leónidas de la Grecia moderna; O'Connell, el defensor de Irlanda; Washington, el fundador de la Unión americana; Manin, el patriota italiano; Lincoln, caído por la bala de un esclavista; y, por último, ese mártir de la causa de la liberación de la raza negra, John Brown, ahorcado en el patíbulo, tan terriblemente como lo dibujó el lápiz de Víctor Hugo [217].

¿Qué relación existía entre aquellas almas heroicas y la del capitán Nemo? ¿Podría yo, por fin, despejar el misterio de su existencia gracias a esta colección de retratos? ¿Era el campeón de los pueblos oprimidos, el libertador de las razas esclavizadas? ¿Habría participado en las últimas conmociones políticas o sociales de este siglo? ¿Habría sido uno de los héroes de la terrible guerra americana, guerra lamentable pero eternamente gloriosa?

De pronto, dieron las ocho en el reloj. El primer tañido de la campanilla me sacó de mis sueños. Me sobresalté, como si un ojo invisible hubiese podido sumergirse en el más recóndito de mis pensamientos, y salí apresuradamente del camarote.

Mi mirada se detuvo en la brújula. Nuestro rumbo seguía siendo Norte. La corredera indicaba una velocidad moderada, y el manómetro señalaba una profundidad de sesenta pies aproximadamente. Las circunstancias favorecían, pues, los proyectos del canadiense.

Regresé a mi camarote. Me vestí con ropa de abrigo, botas de mar, gorro de nutria y casaca de biso forrada con piel de foca. Estaba listo. Esperaba. Las vibraciones de la hélice eran lo único que perturbaba el profundo silencio que reinaba a bordo. Me concentré con la intención de escuchar, agucé el oído. ¿No me

indicaría de repente algún grito que los proyectos de evasión de Ned Land acababan de ser descubiertos? Me invadió una preocupación mortal. En vano, intenté recobrar la sangre fría.

A las nueve menos unos minutos, pegué mi oído cerca de la puerta del capitán. No había ningún ruido. Salí de mi camarote y volví al salón, que estaba sumergido en una especie de semioscuridad, pero desierto.

Abrí la puerta que comunicaba con la biblioteca. La misma claridad insuficiente y la misma soledad. Iba a apostarme junto a la puerta que daba a la caja de la escala central. Esperaba la señal de Ned Land.

En ese momento, el batir de la hélice disminuyó sensiblemente, después cesó del todo. ¿A qué obedecía ese cambio en la velocidad del *Nautilus*? ¿Favorecía u obstaculizaba aquella parada los planes de Ned Land? No podía pronunciarme.

Tan sólo los latidos de mi corazón rompían el silencio.

De pronto, se percibió un ligero choque. Comprendí que el *Nautilus* acababa de detenerse en el fondo del océano. Mi inquietud aumentó. La señal del canadiense no llegaba. Tenía ganas de ir en busca de Ned Land para que aplazase su tentativa. Algo me decía que nuestra navegación ya no tenía lugar en las condiciones de costumbre.

En ese momento, se abrió la puerta del gran salón y apareció el capitán Nemo. Me vio y, sin más preámbulo, se dirigió a mí en tono amable:

—¡Ah, señor profesor! Le estaba buscando. ¿Conoce usted la historia de España?

Por mucho que uno conociera la historia de su propio país, en las condiciones en que me encontraba, con el entendimiento turbado y la cabeza trastornada, no podría haber citado ni una palabra.

—¿Ha oído usted mi pregunta? —inquirió de nuevo el capitán Nemo—. ¿Conoce usted la historia de España?

—Muy mal —respondí.

—Vaya con los sabios —dijo el capitán—, resulta que no saben. Entonces, siéntese usted —añadió—, voy a contarle un curioso episodio de esa historia.

El capitán se tendió en un diván; yo, espontáneamente, tomé

asiento junto a él, en la penumbra.

—Señor profesor —me dijo—, óigame bien. En cierto modo, esta historia le interesará, pues responde a una cuestión que sin duda no ha podido usted resolver.

—Le escucho, capitán —dije, sin adivinar la intención de mi interlocutor, y preguntándome si este incidente tenía algo que ver con mis proyectos de huida.

—Señor profesor —continuó el capitán Nemo—, si me lo permite, nos remontaremos al año 1702. No ignorará usted que en aquella época, su rey Luis XIV, creyendo que bastaba con un gesto de potentado para acabar con los Pirineos, había impuesto a los españoles como rey al duque de Anjou, su nieto. Ese príncipe, que reinó más o menos mal con el nombre de Felipe V [218], tuvo que enfrentarse a grandes dificultades exteriores.

»En efecto, el año anterior, las casas reales de Holanda, de Austria y de Inglaterra habían concluido en La Haya un tratado de alianza, con el objetivo de arrancar la corona de España a Felipe V para que la ciñera un archiduque, al que dieron prematuramente el nombre de Carlos III.

»España tuvo que resistir a esta coalición. Pero carecía prácticamente de soldados y marineros, aunque no le faltaba el dinero, a condición, eso sí, de que sus galeones, cargados con el oro y la plata de América, atracaran en sus puertos. A finales de 1702, esperaba un rico convoy que Francia hacía escoltar por una flota de veintitrés navíos mandados por el almirante de Château-Renault [219], ya que las marinas aliadas navegaban entonces por el Atlántico.

»El convoy tenía que llegar a Cádiz, pero el almirante, al enterarse de que la flota inglesa surcaba aquellos parajes, decidió dirigirse a un puerto de Francia.

»Los comandantes españoles del convoy protestaron contra esta decisión. Querían que se les condujera a un puerto español, y que, si no podía ser Cádiz, fuera la bahía de Vigo, situada en la costa Noroeste de España, que no estaba bloqueada.

»El almirante de Château-Renault tuvo la debilidad de plegarse a esa orden y los galeones entraron en la bahía de Vigo.

»Desgraciadamente, esta bahía forma una rada abierta que no puede ser defendida de manera alguna. Por consiguiente, era

necesario apresurarse a descargar los galeones antes de la llegada de las flotas aliadas, y habría habido tiempo para efectuar el desembarco si no hubiera surgido de repente una desgraciada cuestión de rivalidad. ¿Va usted siguiendo el encadenamiento de los acontecimientos? —me preguntó el capitán Nemo.

—Perfectamente —respondí, ignorando todavía por qué razón se me daba esta lección de historia.

—Continúo. Esto es lo que pasó: los comerciantes de Cádiz gozaban del privilegio de recibir todas las mercancías procedentes de las Indias Occidentales. Por eso, desembarcar los lingotes de los galeones en el puerto de Vigo era ir contra sus derechos. Se quejaron a Madrid y obtuvieron del débil Felipe V que el convoy, sin descargar, quedara secuestrado en la rada de Vigo hasta el momento en que las flotas enemigas se hubiesen alejado.

»Pero, mientras se adoptaba esta decisión, los barcos ingleses llegaron a la bahía de Vigo el 22 de octubre de 1702. El almirante de Château-Renault, a pesar de la inferioridad de sus fuerzas, luchó con valentía. Pero cuando vio que las riquezas del convoy iban a caer entre las manos de los enemigos, incendió y hundió los galeones, que se fueron a pique con sus inmensos tesoros.



El capitán Nemo se había detenido. Confieso que todavía no veía en qué podía interesarme esta historia.

—¿Y bien? —le pregunté yo.

—Pues bien, señor Aronnax —me respondió el capitán Nemo—, nos encontramos en la bahía de Vigo, y penetrar en sus misterios sólo depende de usted.

El capitán se levantó y me pidió que lo siguiera. Yo había tenido tiempo de reponerme y obedecí. El salón estaba a oscuras, pero, a través de los cristales transparentes, las aguas del mar centelleaban. Me quedé mirando.

En torno al *Nautilus*, en un radio de media milla aproximadamente, las aguas aparecían impregnadas de su luz eléctrica. El fondo arenoso se veía nítida y claramente. Algunos hombres de la tripulación, vestidos con escafandras se ocupaban de limpiar toneles medio podridos, cajas desvencijadas, en medio de restos ennegrecidos. De las cajas y barriles rebosaban lingotes de oro y de plata, cascadas de piastras y joyas que alfombraban la arena. Después, cargados con ese precioso botín, los hombres regresaban al *Nautilus*, depositaban su carga y reanudaban su inagotable pesca de plata y oro.



Entonces lo entendí todo. Estábamos en el lugar de la batalla del 22 de octubre de 1702. Allí mismo se habían hundido los galeones cargados por cuenta del gobierno español. Allí, el capitán Nemo venía a recoger, según sus necesidades, los millones con los que lastraba el *Nautilus*. Era a él, a él sólo a quien América había entregado esos preciosos metales. Era el heredero directo y universal de esos tesoros arrancados a los Incas y a los vencidos por Hernán Cortés.

—¿Sabía usted, señor profesor —me preguntó sonriente—, que el mar contenía tantas riquezas?

—Sabía —respondí yo— que se calcula en dos millones de toneladas la plata que tienen sus aguas en suspensión.

—Efectivamente, pero para extraer esa plata los gastos serían superiores a los beneficios. Aquí, por el contrario, no tengo más que recoger lo que los hombres han perdido, y no solamente en esta bahía de Vigo, sino también en otros mil lugares, escenarios de naufragios que han quedado marcados en mi carta submarina. ¿Entiende usted ahora por qué soy inmensamente rico?

—Sí, ahora lo entiendo, capitán. Permítame, sin embargo, decirle que al explotar precisamente esta bahía de Vigo, no ha hecho usted sino adelantarse a los trabajos de una empresa rival.

—¿Cuál?

—Una empresa que ha recibido del Gobierno español el privilegio de buscar los galeones hundidos. Los accionistas están engatusados por la posibilidad de obtener un enorme beneficio, pues se calcula en quinientos millones el valor de las riquezas naufragadas.

—¡Quinientos millones! —me respondió el capitán Nemo—. Estaban, pero ya no lo están.

—En efecto —dije yo—. Un aviso a esos accionistas sería un acto de caridad, pero quién sabe si sería bien recibido. A menudo, lo que los jugadores lamentan por encima de todo no es tanto la pérdida de su dinero como la de sus locas esperanzas. Al fin y al cabo, me dan menos pena que esos miles de desgraciados a los que podrían haber sido de provecho tantas riquezas bien repartidas, que ya serán estériles para ellos.

No había acabado de lamentarme, cuando me di cuenta de que había herido al capitán Nemo.

—¡Estériles! —respondió acalorado—. ¿Cree usted, entonces, señor, que esas riquezas se han perdido, siendo yo quien las recoge? ¿Es por mí, según usted, por quien me preocupo al recoger esos tesoros? ¿Quién le ha dicho que no hago yo buen uso de ellos? ¿Cree usted que yo ignoro que existen seres que sufren, razas oprimidas en la tierra, miserables a los que consolar, víctimas que vengar? ¿Es que no comprende usted?...

El capitán Nemo se detuvo al pronunciar estas últimas palabras, lamentando quizá haber hablado de más. Pero yo había comprendido. Cualesquiera que fuesen los motivos que lo habían obligado a buscar la independencia bajo los mares, por encima de todo seguía siendo un hombre. Su corazón palpitaba aún por los sufrimientos de la humanidad, y su inmensa caridad se volcaba no sólo sobre las razas esclavizadas sino también sobre los individuos.

¡Entonces comprendí a quién iban destinados esos millones expedidos por el capitán Nemo cuando el *Nautilus* navegaba en las aguas de la Creta insurrecta!

IX

Un continente desaparecido

Al día siguiente por la mañana, 19 de febrero, el canadiense entró en mi camarote. Yo esperaba su visita. Traía cara de estar muy contrariado.

—¿Qué tal, señor? —me dijo.

—Bueno, Ned, ayer el azar se conjuró contra nosotros.

—¡Sí! Precisamente, ese maldito capitán tuvo que pararse cuando íbamos a escapar de su barco.

—Sí, Ned, tenía que arreglar un asunto con su banquero.

—¡Su banquero!

—Bueno, más bien con su banco. Me refiero al océano, donde las riquezas están más seguras de lo que estarían en las arcas de cualquier estado.

Entonces, le conté al canadiense lo que había ocurrido en la víspera, con la secreta esperanza de que cambiara su idea de no abandonar al capitán; pero mi relato no tuvo más resultado que la queja, enérgicamente expresada por Ned, de no haber podido hacer por su cuenta un paseo por el campo de batalla de Vigo.

—En fin —dijo—, no está todo perdido. No es más que un arponazo fallido. En otra ocasión saldrá bien, y esta misma noche, si es preciso...

—¿Qué rumbo lleva el *Nautilus*? —pregunté.

—Lo ignoro —respondió Ned.

—¡Bien! A mediodía ya veremos nuestra posición.

El canadiense regresó junto a Conseil. Tras vestirme, pasé al salón. El compás no era muy tranquilizador. El rumbo del *Nautilus* era Sursudoeste. Le volvíamos la espalda a Europa.

Esperé con cierta impaciencia a que marcaran la posición en la carta. Hacia las once y media, los depósitos se vaciaron y nuestro aparato volvió a la superficie del océano. Acudí corriendo a cubierta. Ned Land se me había adelantado.

No había tierra a la vista. Sólo la inmensidad del mar. Algunas velas en el horizonte, de esas que, sin duda, van a buscar hasta el cabo de San Roque los vientos favorables para doblar el cabo de Buena Esperanza. El cielo estaba cubierto. Se preparaba una fuerte marejada.

Ned, rabioso, intentaba escrutar el horizonte brumoso. Seguía esperando que, tras toda esa niebla, se extendiera la tierra tan anhelada.

A mediodía, el sol apareció un instante. El segundo aprovechó el claro para tomar la altura. Después, al encrespase el mar, volvimos a bajar, y se cerró de nuevo la escotilla.

Una hora después, cuando consulté la carta, vi que la posición del *Nautilus* estaba marcada a 16° 17' de longitud y 33° 22' de latitud, es decir: a ciento cincuenta leguas de las costas más cercanas. No valía la pena ni siquiera pensar en escapar, y es fácil de imaginar qué ataque de cólera se apoderó del canadiense cuando le di a conocer nuestra situación.

Por mi parte, yo no me preocupé más de lo normal. Me sentí aliviado del peso que me oprimía, y pude reanudar con relativa calma mis trabajos habituales.

Por la noche, hacia las once, recibí la visita inesperada del capitán Nemo. Me preguntó con gran amabilidad si me sentía cansado por haber permanecido en vela la noche anterior. Respondí que no.

—Entonces, señor Aronnax, le propondré una curiosa expedición.

—Proponga, capitán.

—Hasta ahora ha visitado usted los fondos submarinos de día y con luz del sol. ¿Le apeteecería verlos en una noche oscura?

—Con sumo gusto.

—Le advierto que el paseo será agotador. Tendremos que caminar durante bastante tiempo y escalar una montaña. Los caminos no están muy bien mantenidos.

—Lo que me dice, capitán, acentúa mi curiosidad. Estoy listo

para seguirlo.

—Entonces, sígame, profesor, vamos a ponernos las escafandras.

Una vez en el vestuario, vi que ni mis compañeros ni ningún hombre de la tripulación iban a acompañarnos en la excursión. El capitán Nemo ni siquiera me había propuesto que viniesen Ned o Conseil.

En un momento, nos pusimos nuestros aparatos. Nos colocamos a la espalda las botellas abundantemente cargadas de aire, pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas. Se lo comenté al capitán.

—No nos serían de ninguna utilidad —respondió él.

Creí haber oído mal, pero no pude reiterar mi observación, pues la cabeza del capitán había desaparecido ya en su casco metálico. Acabé de ponerme el equipo, sentí que me colocaban en la mano un bastón de hierro y unos minutos más tarde, tras la maniobra habitual, tocábamos fondo en el Atlántico a una profundidad de trescientos metros.

Se acercaba la medianoche. Las aguas estaban profundamente oscuras, pero el capitán Nemo me mostró a lo lejos un punto rojizo, una especie de gran resplandor que brillaba a dos millas alrededor del *Nautilus*. No podía saber qué era ese fuego, qué materias lo alimentaban, por qué y cómo se revivificaba en la masa líquida. En cualquier caso, nos iluminaba, aunque vagamente, pero pronto me acostumbré a esas tinieblas especiales, y comprendí que habría sido inútil llevar los aparatos Ruhmkorff.

El capitán Nemo y yo caminábamos uno junto al otro, directamente hacia el foco de luz. El suelo llano ascendía imperceptiblemente. Dábamos grandes pasos, ayudándonos por el bastón; pero nuestra marcha era lenta, pues los pies se nos hundían a menudo en un fango sembrado de algas y cantos rodados.

Al tiempo que avanzábamos, oía una especie de chisporroteo por encima de mi cabeza. A veces, el ruido aumentaba y producía un continuo burbujeo. Enseguida comprendí la causa. Era la lluvia que caía violentamente estrellándose en la superficie de las aguas. Instintivamente, pensé que me iba a calar. ¡Por el agua y en medio del agua! No pude evitar reírme con esa idea disparatada. Pero, en realidad, con el grueso traje de la escafandra no se siente ya el líquido elemento, y uno se creería en medio de una atmósfera un

poco más densa que la atmósfera terrestre, eso es todo.

Tras media hora de marcha, volvimos a pisar un suelo rocoso. Las medusas, los microscópicos crustáceos y las pennátulas lo iluminaban ligeramente con resplandores fosforescentes. Entreveía montones de piedras cubiertos por millones de zoófitos y un desbarajuste de algas. Los pies se me escurrían a menudo en esa viscosa alfombra de fucos, y, sin mi bastón de hierro, habría caído más de una vez. Al volverme, seguía viendo el fanal blanquecino del *Nautilus*, que empezaba a palidecer en la distancia.

Esos bloques pétreos que acabo de mencionar estaban dispuestos en el lecho oceánico con una regularidad que no podía explicarme. Vi unos gigantescos surcos que se perdían en la oscuridad lejana y cuya longitud escapaba a cualquier cálculo. Había, asimismo, otros detalles que me costaba aceptar. Me parecía que mis pesadas suelas de plomo destrozaban un yacimiento de osamentas que crujían con un ruido seco. ¿Qué era aquella enorme llanura que iba recorriendo? Habría querido preguntarle al capitán, pero su lenguaje por signos, que le permitía hablar con sus compañeros, cuando le seguían en sus excursiones submarinas, seguía siendo incomprensible para mí.

Mientras tanto, la rojiza claridad que nos guiaba aumentaba e inflamaba el horizonte. La presencia de ese fuego submarino me intrigaba en extremo. ¿Era alguna efluencia eléctrica lo que así se manifestaba? ¿Iba a presenciar un fenómeno natural aún ignorado por los sabios de la tierra? ¿O quizá —pues este pensamiento atravesó mi mente— estaba relacionado con la mano del hombre este resplandor? ¿Era éste quien avivaba el incendio? ¿Me iba a encontrar, en esas capas profundas, a compañeros, amigos del capitán Nemo, viviendo como él en esa extraña existencia, y a los que iba a visitar? ¿Encontraría allí a toda una colonia de exiliados que, hartos de las miserias de la tierra, habían buscado y hallado la independencia en lo más profundo del océano? Todas esas ideas locas, inadmisibles, me perseguían, y con ese estado de ánimo excitado sin cesar por la serie de maravillas que pasaban ante mis ojos, no me habría extrañado encontrar en el fondo del mar una de esas ciudades submarinas con las que soñaba el capitán Nemo.

Nuestra ruta se volvía paulatinamente más clara. El resplandor blanquecino irradiaba en la cumbre de una montaña de unos

ochocientos pies de altitud. Pero lo que yo veía no era más que una simple reverberación trasladada por el cristal de las capas de agua. La fuente de esta inexplicable claridad estaba en la vertiente opuesta de la montaña.

En medio de los laberintos de piedra que jalonaban el fondo del Atlántico, el capitán Nemo avanzaba sin vacilación. Conocía la oscura ruta. Sin duda la había recorrido con frecuencia y no podía perderse en ella. Yo lo seguía con una confianza inquebrantable. Me parecía uno de los genios del mar, y, cuando caminaba delante de mí, admiraba su alta estatura que se dibujaba sobre el fondo luminoso del horizonte.

Era la una de la madrugada. Habíamos llegado a las primeras rampas de la montaña. Pero para abordarlas, fue preciso aventurarse por los difíciles senderos de una gran fronda.

¡Sí! Un bosque de árboles muertos, sin hojas, sin savia, árboles petrificados por la acción del agua; un bosque dominado por doquier por pinos gigantescos. Parecía una hullera todavía en pie, aferrada por sus raíces al suelo hundido y cuyo ramaje, a la manera de delicadas siluetas de cartón negro, se veía nítidamente sobre el techo formado por las aguas. Cabía imaginarse un bosque del Hartz[220], asido a los flancos de una montaña, mas un bosque sumergido. Los senderos rebosaban de algas y fucos, entre los que pululaba una infinidad de crustáceos. Yo seguía caminando, trepando por las rocas, saltando los troncos caídos, rompiendo las lianas de mar que se balanceaban de uno a otro árbol, espantando a los peces que volaban de rama en rama. Entusiasmado, ya no sentía el cansancio. Iba tras mi guía, que no se cansaba.



¡Qué espectáculo! ¿Cómo describirlo? ¿Cómo dibujar el aspecto de esos bosques y roquedales en el medio líquido, con sus basamentos oscuros y feroces, sus cimas coloreadas de tonalidades rojas bajo la claridad que multiplicaba el reverberante poder de las aguas? Escalábamos por rocas que acto seguido se desprendían en fragmentos enormes en medio de un sordo estruendo de avalancha. A la derecha y a la izquierda, se abrían tenebrosas galerías en las que se perdía la mirada. Después, pasábamos por grandes claros que la mano del hombre parecía haber despejado, y a veces me preguntaba si no iba a aparecer súbitamente algún habitante de esas regiones submarinas.

Pero el capitán Nemo seguía ascendiendo. Yo no quería quedarme atrás. Lo seguía intrépidamente. Mi bastón me prestaba una ayuda valiosísima. Un paso en falso habría sido peligroso en aquellos estrechos desfiladeros que surcaban los flancos de los abismos; pero yo caminaba con paso firme y sin sentir la embriaguez del vértigo. Tan pronto saltaba una grieta cuya profundidad me habría hecho retroceder en medio de los glaciares de la tierra, como me aventuraba por el tronco vacilante de los árboles tendidos de un abismo a otro, sin mirar bajo mis pies, con los ojos puestos únicamente en los rincones salvajes de aquella región. Por allá unas rocas monumentales que, inclinándose sobre sus bases irregularmente recortadas, parecían desafiar las leyes del equilibrio. Entre sus rodillas de piedra, despuntaban los árboles como un chorro bajo una presión formidable, aguantando a los que les aguantaban a ellos mismos. Más adelante, unas torres naturales, amplios muros que caían a plomo como cortinas, se inclinaban en un ángulo que la ley de gravedad no habría permitido en la superficie de las regiones terrestres.

Yo mismo sentía la diferencia debida a la poderosa densidad del agua cuando, pese a llevar mi casco de cobre y mi pesado traje y a calzar las suelas de metal, ascendía por unas pendientes de impracticable desnivel, franqueándolas, valga la imagen, con la agilidad de un corzo o de una gamuza.

Al narrar esta expedición submarina, soy perfectamente consciente de que no puedo ser verosímil. Soy el cronista de las cosas de apariencia imposible, que, sin embargo, son reales, incontestables. No he soñado. He visto y he sentido.

Dos horas después de haber abandonado el *Nautilus*, habíamos rebasado la línea de los árboles, y a cien pies por encima de nuestras cabezas se erguía el pico de la montaña, cuya proyección daba sombra por la deslumbrante irradiación de la vertiente opuesta. Algunos arbustos petrificados corrían por doquier en zigzags grotescos. Los peces se levantaban en masa a nuestro paso cual pájaros sorprendidos en los herbazales. La masa rocosa estaba horadada por impenetrables anfractuosidades, profundas espeluncas, grutas insondables en cuyos fondos se oía el hormigueo de cosas formidables. La sangre se me helaba al ver una antena enorme que me impedía el paso, o una terrorífica pinza que se cerraba ruidosamente en la sombra de las cavidades. Millares de puntos luminosos brillaban en medio de las tinieblas. Eran los ojos de los crustáceos gigantescos, agazapados en sus guaridas, gigantescos bogavantes que se alzaban como alabarderos y sacudían sus patas con un claqueteo de chatarra, cangrejos titánicos, apuntando como cañones en sus cureñas, y pulpos espantosos que entrelazaban sus tentáculos como una maraña viva de serpientes.



¿Qué mundo exorbitante era aquel que yo aún no conocía? ¿A qué orden pertenecían esos articulados a los que las rocas les ofrecían una especie de segundo caparazón? ¿Dónde había encontrado la naturaleza el secreto de su existencia vegetativa, y cuántos siglos hacía que vivían así en las últimas capas del océano?

Pero no podía detenerme. El capitán Nemo, familiarizado con esos terribles animales no tomaba ninguna precaución. Habíamos llegado a un primer altozano, donde otras sorpresas me aguardaban aún. Allí se dibujaban pintorescas ruinas, que revelaban la mano del hombre y no la del Creador. Eran enormes bloques de piedras amontonadas en las que se distinguían vagas formas de fortalezas, de templos recubiertos de una constelación de zoófitos en flor y a los que, en lugar de hiedra, las aguas y los fucos servían de tupido manto vegetal.

¿Cuál era aquella porción del globo engullida por los cataclismos? ¿Quién había colocado aquellas rocas y piedras como dólmenes de tiempos prehistóricos? ¿Dónde estaba? ¿Adónde me había llevado la fantasía del capitán Nemo?

Habría deseado preguntarle, pero, al no poder hacerlo, lo detuve. Cogí su brazo. Pero él, moviendo la cabeza y mostrándome la última cima de la montaña, pareció decirme:

—¡Ven! ¡Sigue adelante! ¡No te detengas!

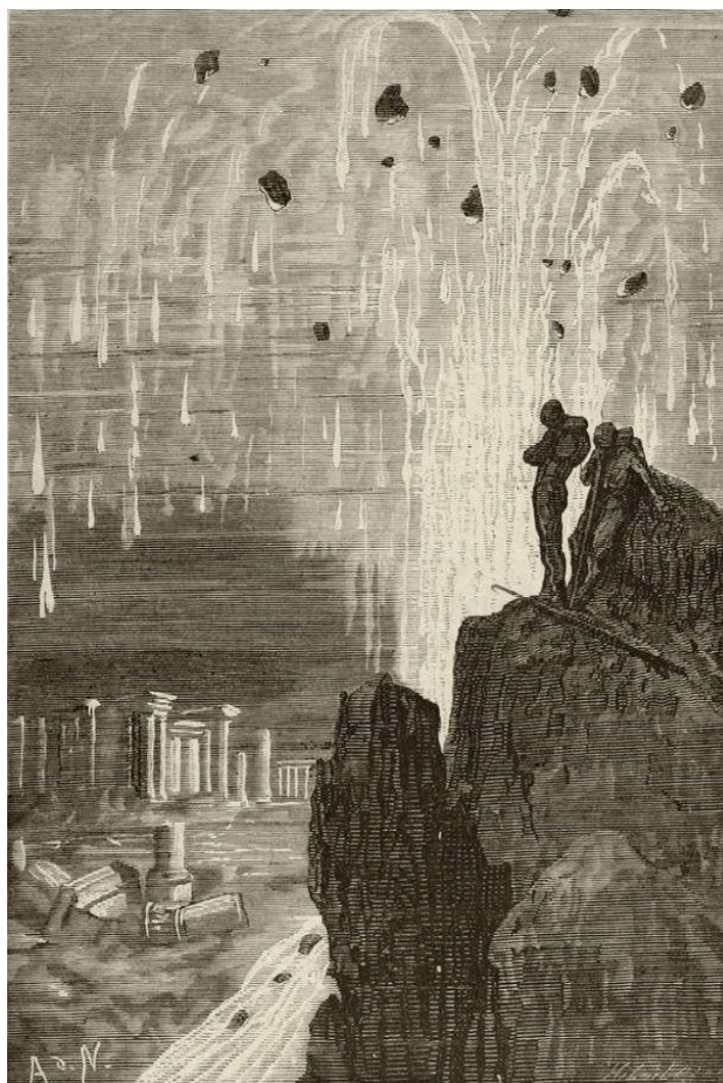
Yo lo seguí en un último esfuerzo, y unos minutos después traspasé el pico que dominaba con una decena de metros más toda la masa rocosa.

Miré la vertiente que acabábamos de cruzar. La montaña no se elevaba más que de siete a ochocientos pies por encima de la llanura; pero desde su vertiente opuesta, dominaba con una altitud doble el fondo de esa porción del Atlántico. Mi mirada se extendía a lo lejos y abrazaba un vasto espacio iluminado por un violento fulgor. En efecto, la montaña era un volcán. A cincuenta pies por encima del pico, en medio de una lluvia de piedras y de escorias, un enorme cráter vomitaba torrentes de lava, que se dispersaban en cascada de fuego dentro de la masa líquida. Así situado, ese volcán, como una inmensa antorcha, iluminaba la llanura inferior hasta los últimos límites del horizonte.

He escrito que el cráter submarino arrojaba lava, mas no llamas. Para que hubiese sido así, habría sido necesario el oxígeno del aire

y, por lo tanto, no podían producirse bajo las aguas; pero las riadas de lava, que contienen en ellas mismas el principio de la incandescencia, pueden llegar hasta el rojo vivo, luchar victoriosamente contra el elemento líquido y vaporizarse al entrar en contacto con éste. Rápidas corrientes transportaban todos esos gases en difusión, y los torrentes de lava se deslizaban hasta el fondo de la montaña como las deyecciones del Vesubio en otra Torre del Greco.

En efecto, allí, ante mis ojos, desmoronada, derruida, arrasada, yacía una ciudad destruida, con sus tejados hundidos, sus templos caídos, sus arcos dislocados, sus columnas yaciendo por el suelo, en donde se intuían aún las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana; más lejos, los restos de un gigantesco acueducto; por un lado, la borrosa elevación de una acrópolis, con las formas flotantes de un Partenón; por otro lado, vestigios de un muelle, como si antaño, a la orilla de un océano desaparecido, un puerto antiguo hubiese albergado los barcos mercantes y las trirremes de guerra; más lejos todavía, largas líneas de murallas devastadas, anchas calles desiertas, toda una Pompeya hundida bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba a mi vista.



¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Quería saberlo a toda costa, quería hablar, quería arrancarme la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza.

Pero el capitán Nemo se llegó a mí y me detuvo con un gesto. Después, cogiendo un trozo de piedra cretácea, avanzó hacia una roca de basalto negro y trazó esta única palabra:

ATLÁNTIDA

¡Qué relámpago atravesó mi mente! La Atlántida, la antigua Merópida de Teopompo, la Atlántida de Platón, ese continente negado por Orígenes, Porfirio, Jámblico, d'Anville, Malte-Brun y Humboldt, que achacaban su desaparición a los relatos legendarios, admitidos, empero, por Posidonio, Plinio, Amiano Marcelino, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon, d'Avezac [221], se extendía ante mis ojos, portador aún de las indiscutibles pruebas de su destrucción. Era, así pues, esa región sumergida que existía más allá de Europa, Asia y Libia, más allá de las columnas de Hércules, donde vivía el poderoso pueblo de los Atlantes contra el que se libraron las primeras guerras de la antigua Grecia.

El historiador que consignó en sus escritos los hechos memorables de esos tiempos heroicos es el propio Platón. Su diálogo de Timeo y Critias [222] fue, en cierto modo, pergeñado bajo la inspiración de Solón [223], poeta y legislador.

Un día, Solón departía con unos sabios ancianos de la ciudad de Sais, ciudad que ya contaba con ochocientos años de antigüedad, tal como lo atestiguaban sus anales grabados en los muros sagrados de sus templos. Uno de esos ancianos relató la historia de otra ciudad, con mil años más de antigüedad. Esta primera ciudad ateniense, de novecientos siglos, había sido invadida y, en parte, destruida por los Atlantes. Esos Atlantes, según decía el anciano, ocupaban un inmenso continente, más grande que África y Asia juntas, que cubría una superficie comprendida entre el duodécimo grado de latitud y el cuadragésimo de longitud Norte. Su dominio se extendía incluso hasta Egipto. Quisieron imponerlo a Grecia, pero hubieron de retirarse ante la indomeñable resistencia de los Helenos. Pasaron los siglos. Se produjo un cataclismo, inundaciones, temblores de tierra. Una noche con su día bastaron para aniquilar esta Atlántida,

cuyas más altas cumbres: las islas de Madeira, Azores, Canarias y Cabo Verde, todavía emergen.

Esos eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo hacía palpar en mi mente. Así pues, conducido por el destino más extraño, hollaba yo una de las montañas de aquel continente. Tocaba con las manos las ruinas mil veces seculares y contemporáneas de las eras geológicas. Caminaba allí mismo donde habían caminado los contemporáneos del primer hombre. Aplastaba bajo mis gruesas suelas los esqueletos de animales de los tiempos fabulosos que aquellos árboles, ahora petrificados, cubrían otrora con su sombra.

¡Ah, por qué me faltaba el tiempo! Habría querido descender las pendientes abruptas de esa montaña, recorrer completamente ese inmenso continente que, sin duda, unía África a América y visitar las grandes ciudades antediluvianas. Allí tal vez, bajo mis ojos, se extendían Máquimos, la guerrera, y Eusebés, la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros y no carecían de la fuerza necesaria para acumular esos bloques que todavía resistían a la acción de las aguas. Quizá algún día un fenómeno eruptivo volverá a llevar a la superficie de las aguas esas ruinas sumergidas. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esta porción del océano, y muchos barcos han experimentado extraordinarias sacudidas al pasar por esos fondos atormentados. Unos escucharon ruidos sordos que anunciaban una profunda lucha de los elementos; otros recogieron cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar. Todo ese suelo hasta el Ecuador sigue estando trabajado por las fuerzas plutónicas. ¡Y quién sabe si, en una época futura, acrecentadas por las deyecciones volcánicas y las sucesivas capas de lava, no aparecerán en la superficie del Atlántico las cimas de las montañas ignívolas!

Mientras yo soñaba así, mientras intentaba fijar en mi recuerdo todos los detalles de ese paisaje grandioso, el capitán Nemo, acodado en una estela cubierta de ovas, permanecía inmóvil y como petrificado en un éxtasis mudo. ¿Estaría pensando en aquellas generaciones desaparecidas y preguntándoles el secreto del destino humano? ¿Era ése el lugar al que aquel hombre extraño venía a zambullirse en busca de los recuerdos de la historia y a revivir la vida antigua, él que no quería saber nada de la vida moderna?

¡Cuánto habría dado yo por conocer sus pensamientos, por compartirlos, por comprenderlos!

Permanecimos en el mismo lugar durante una hora entera, contemplando la vasta llanura bajo el brillo de las lavas que, a veces, adoptaban una intensidad sorprendente. Los borboteos interiores sacudían con rápidos temblores la corteza de la montaña. Rumores profundos, nítidamente transmitidos por el medio líquido se repetían con una majestuosa amplitud.

En ese momento, apareció la luna por un instante a través de la masa de las aguas, y arrojó unos pálidos rayos de luz sobre el continente sumergido. No fue más que un tenue resplandor, pero de un efecto indescriptible.

El capitán se incorporó, dirigió una última mirada a la inmensa llanura y después me hizo una señal con la mano para que lo siguiera.

Descendimos rápidamente la montaña. Una vez pasado el bosque petrificado, vi el fanal del *Nautilus* que resplandecía como una estrella. El capitán caminó directo hacia allí y, cuando las primeras luces del alba blanqueaban la superficie del océano, nos encontrábamos ya a bordo.

X

Las hulleras submarinas

Al día siguiente, 20 de febrero, me levanté bastante tarde. El cansancio de la noche había prolongado mi sueño hasta las once. Me vestí rápidamente. Estaba impaciente por conocer el rumbo del *Nautilus*. Los instrumentos me indicaron que seguía navegando hacia el Sur a una velocidad de veinte millas por hora y a cien metros de profundidad.

Conseil entró. Le relaté nuestra excursión nocturna, y, gracias a que seguían abiertas las escotillas, pudo entrever una parte del continente sumergido.

En efecto, el *Nautilus* pasaba a tan sólo diez metros del suelo de la llanura de la Atlántida. Navegaba como vuela un globo llevado por el viento por encima de las praderas terrestres; pero sería más exacto decir que estábamos en el salón como en el vagón de un tren expreso. Los primeros planos que pasaban ante nuestros ojos eran rocas de fantásticos perfiles, bosques de árboles que habían pasado del reino vegetal al reino animal y cuya inmóvil silueta componía grotescas figuras bajo las aguas. También había unas masas pétreas ocultas bajo alfombras de ascidias y de anémonas, erizadas de largos hidrofitos verticales; después, unos bloques de lavas de extraños contornos que eran la prueba de todo el furor de las expansiones plutonianas.

Mientras aquellos extraños lugares resplandecían bajo nuestra luz eléctrica, conté a Conseil la historia de los Atlantes, los cuales, desde un punto de vista meramente imaginario, inspiraron a Bailly [224] tantas páginas encantadoras. Le hablé de las guerras de

aquellos pueblos heroicos. Discutí la cuestión de la Atlántida como quien ya no puede dudar. Pero Conseil, distraído, no me prestaba demasiada atención, y su indiferencia a tratar ese punto histórico tuvo una rápida explicación.

Numerosos peces atraían su mirada, y cuando pasaban los peces, Conseil, arrastrado a los abismos de la clasificación, abandonaba el mundo real. En ese caso, ya no tenía más remedio que seguirlo y reanudar con él nuestros estudios ictiológicos.

He de decir que aquellos peces del Atlántico no eran muy diferentes de los que habíamos observado hasta entonces: rayas de dimensiones gigantescas, de cinco metros de longitud y dotadas de una gran fuerza muscular que les permite lanzarse por encima de las aguas; escualos de diversas especies, entre otras, una tintorera de quince pies, con dientes triangulares y agudos, que su transparencia hacía casi invisible en medio de las aguas; negritos; angelotes, con forma de prismas y acorazados por una piel llena de tuberosidades; esturiones, parecidos a sus congéneres del Mediterráneo; agujas de mar, de la familia de los singnatos, de un pie y medio de longitud, de color amarillo pardusco, provistas de pequeñas aletas grises, sin dientes ni lengua, y que desfilaban como finas y flexibles serpientes.

Entre los peces óseos, Conseil observó unos espadartes negruzcos, de tres metros y armados en su mandíbula superior con una espada penetrante; arañas, de colores vivos, conocidas en tiempos de Aristóteles con el nombre de dragones marinos[225], y a las que los agujones de su dorsal hacen muy difícil de atrapar; después, lampugas, de lomo pardo, y pequeñas estrías azules orilladas de un ribete de oro; hermosas doradas; peces luna, especie de discos con reflejos azules, que, iluminados desde arriba por los rayos solares, parecían manchas de plata; por último, los xífidos: peces espada de ocho metros de longitud, nadando en formación, con sus aletas amarillentas y falcadas; junto a éstos, largos sables de seis pies, animales intrépidos, más bien herbívoros que piscívoros, que obedecían a la mínima señal de sus hembras como maridos bien amaestrados.

Mientras observábamos los diversos ejemplares de la fauna marina, no dejaba yo de examinar las largas llanuras de la Atlántida. A veces, caprichosos accidentes del suelo obligaban al

Nautilus a moderar su velocidad, y entonces se deslizaba con la agilidad de un cetáceo por los estrechos pasos de las colinas. Si el laberinto se volvía inextricable, el aparato ascendía como un aeróstato, y una vez franqueado el obstáculo, proseguía su rápida carrera a unos metros por encima del fondo. Admirable y encantadora navegación, que recordaba las maniobras de un paseo aerostático, con la diferencia de que el *Nautilus* obedecía pasivamente a la mano de su timonel.

Hacia las cuatro de la tarde, el terreno, compuesto principalmente de un fango denso y mezclado con ramas petrificadas, fue modificándose poco a poco; se tornó más rocoso y apareció lleno de rocas, de suelos basálticos, con algunas lavas y obsidianas sulfurosas dispersas. Pensé que la región de las montañas no tardaría en suceder a las largas llanuras, y, en efecto, en algunas evoluciones del *Nautilus*, vi el horizonte meridional obstaculizado por una alta muralla que parecía cerrar cualquier posible salida. Su cumbre sobrepasaba claramente el nivel del océano. Debía de ser un continente, o al menos una isla, bien una de las Canarias, bien una del archipiélago caboverdiano. Al no estar marcada nuestra posición —posiblemente adrede—, ignoraba dónde nos encontrábamos. En todo caso, aquella muralla me pareció que marcaba el fin de esa Atlántida de la que no habíamos recorrido, en definitiva, más que una mínima porción.

La noche no interrumpió mis observaciones. Me había quedado solo. Conseil había regresado a su camarote. El *Nautilus*, disminuyendo su velocidad, revoloteaba sobre las masas confusas del suelo, a veces rozándolas como si quisiera posarse, y otras veces emergiendo caprichosamente a la superficie de las aguas. Entonces, pude observar a través del cristal de las aguas unas constelaciones de intenso brillo, y concretamente cinco o seis de esas estrellas zodiacales que van a la cola de Orion [226].

Permanecí así durante bastante tiempo ante el cristal, admirando las bellezas del mar y del cielo, hasta que las escotillas se volvieron a cerrar. En esos momentos, el *Nautilus* había llegado a los escarpes de la alta muralla. No podía imaginarme cómo iba a maniobrar. Regresé a mi camarote. El *Nautilus* ya no se movía. Me dormí con la firme intención de despertarme tras unas horas de sueño.

Pero, por la mañana, eran ya las ocho cuando volví al salón. Miré el manómetro. Indicaba que el *Nautilus* flotaba en la superficie del océano. Además, podía oír un ruido de pasos en cubierta. Sin embargo, no había balanceo que delatara la ondulación de las olas superiores.

Subí hasta la escotilla. Estaba abierta. Pero, en lugar del día que yo esperaba, me vi envuelto en una profunda oscuridad. ¿Dónde estábamos? ¿Me habría equivocado? ¿Sería aún de noche? ¡No! No brillaba ni una estrella, y la noche no tiene tinieblas tan absolutas.

No sabía qué pensar, cuando una voz me dijo:

—¿Es usted, señor profesor?

—¡Ah!, capitán Nemo —respondí—. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra, señor profesor.

—¡Bajo tierra! —exclamé—. ¿Y el *Nautilus* sigue flotando?

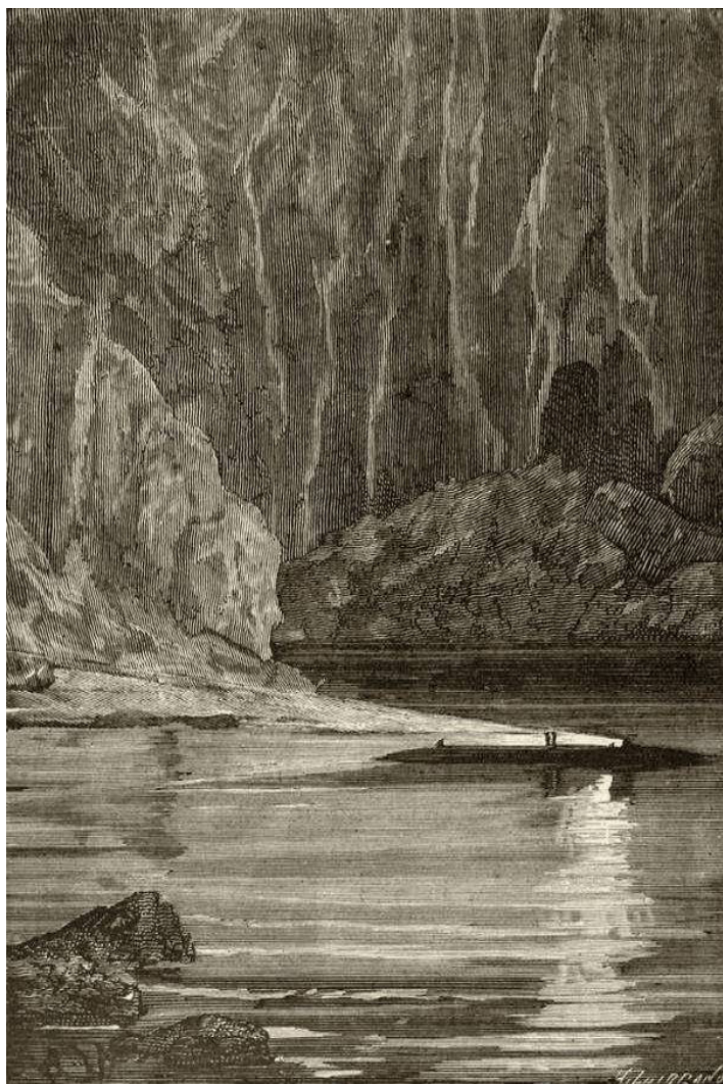
—Sigue flotando.

—No lo entiendo.

—Espere un momento. Nuestro fanal va a encenderse, y si le gustan las situaciones claras se quedará satisfecho.

Puse el pie en cubierta y esperé. La oscuridad era tan absoluta que ni siquiera podía distinguir al capitán Nemo. No obstante, al mirar al cenit, exactamente sobre mi cabeza, creí ver un resplandor tenue e indeciso, una especie de semitiniebla que llenaba una abertura circular. En ese momento, el fanal se iluminó de repente y su vivo destello hizo desaparecer esa vaga luz.

Miré, tras haber cerrado los ojos un instante, deslumbrado por el reflector eléctrico. El *Nautilus* permanecía inmóvil. Flotaba junto a una orilla acondicionada como un muelle. El mar en que se hallaba entonces era un lago encerrado en un circo de murallas, de dos millas de diámetro, es decir seis millas de perímetro. Su nivel —que el manómetro indicaba— sólo podía ser el nivel exterior, pues necesariamente existía una comunicación entre el lago y el mar. Las altas paredes, inclinadas en su base, se redondeaban en una bóveda y se asemejaban a un inmenso embudo del revés, cuya altitud era de quinientos o seiscientos metros. En la cúspide, se abría un orificio circular por el que había vislumbrado esa ligera claridad, debida naturalmente a la luz diurna.



Antes de examinar más atentamente la estructura interior de esa enorme caverna, antes de preguntarme si era obra de la naturaleza o humana, fui a ver al capitán Nemo.

—¿Dónde nos encontramos? —pregunté.

—En el centro mismo de un volcán apagado —me respondió el capitán—; un volcán cuyo interior ha sido invadido por el mar a raíz de alguna convulsión del suelo. Mientras usted dormía, señor profesor, el *Nautilus* ha penetrado en esta laguna por un canal natural abierto a diez metros por debajo de la superficie del océano. Éste es su puerto de base, un puerto seguro, cómodo, misterioso, al abrigo de todos los vientos, vengan del rumbo que vengan. ¿Podría usted encontrar en las costas de sus continentes o de sus islas una rada que valga lo que este refugio, inmovible ante el furor de los huracanes?

—Así es —respondí—, aquí se encuentra usted seguro, capitán Nemo. ¿Quién podría alcanzarle en el centro de un volcán? Pero ¿no me ha parecido ver una abertura en su cumbre?

—Sí, el cráter, un cráter que antes rebosaría de lava, de vapores y de llamas, y que ahora da paso al aire vivificante que respiramos.

—¿Qué montaña volcánica es ésta? —pregunté.

—Pertenece a uno de los numerosos islotes de los que está sembrado este mar. Un simple escollo para los buques, pero una caverna inmensa para nosotros. La descubrí por casualidad, y he de decir que el azar me ha sido en este caso de gran utilidad.

—¿Y no se podría descender por ese orificio que forma el cráter del volcán?

—No más lejos de lo que yo podría subir. Hasta un centenar de metros, la base interior de esta montaña es accesible, pero por encima, las paredes están cortadas a pico, y sus rampas son infranqueables.

—Veo, capitán, que la naturaleza le sirve a cualquier hora y en cualquier momento. Está usted seguro en este lago, y nadie más que usted puede visitar sus aguas, pero ¿cuál es la razón de ser de este refugio? El *Nautilus* no necesita ningún puerto.

—No, señor profesor, pero necesita electricidad para desplazarse, elementos para producir esa electricidad, sodio para alimentar los elementos, carbón para fabricar el sodio y hulleras para extraer el carbón. Y precisamente aquí, el mar recubre bosques

enteros que quedaron sumergidos en las eras geológicas; ahora están petrificados y convertidos en hulla, de modo que es una mina inagotable.

—¿Eso quiere decir que sus hombres trabajan aquí como mineros?

—Exactamente. Estas minas se extienden bajo las aguas como las hulleras de Newcastle[227]. Aquí, vestidos con la escafandra, y empuñando el pico y la piqueta, mis hombres extraen la hulla que tampoco he tenido que solicitar a las minas de la tierra. Cuando quemo el combustible para la fabricación del sodio, el humo que escapa por el cráter de esta montaña le sigue dando el aspecto de un volcán en actividad.

—¿A sus compañeros, los vamos a ver manos a la obra?

—No, al menos esta vez no. No quiero que se retrase nuestra vuelta al mundo submarino. Por lo demás, me contentaré con reponer sodio de las reservas que poseo. Necesito solamente un día, es decir, el tiempo de embarcarlas a bordo, y entonces reanudaremos nuestro viaje. Por lo tanto, si quieren ustedes recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, aprovechen la jornada, señor Aronnax.

Di las gracias al capitán y fui a buscar a mis dos compañeros, que aún no habían salido de su camarote. Los invité a que me siguieran, sin decirles dónde se encontraban.

Subieron a cubierta. Conseil, que no se extrañaba de nada, vio muy natural despertarse bajo una montaña tras haberse dormido bajo las aguas. Pero a Ned Land lo primero que se le ocurrió fue buscar si la caverna tenía otra salida.

Después de desayunar, hacia las diez, bajamos a la orilla.

—Bueno, estamos una vez más en tierra —dijo Conseil.

—Yo no llamaría «tierra» a esto —replicó el canadiense—. Y, además, no estamos en tierra, sino bajo tierra.

Entre la base de la montaña y las aguas del lago había una orilla arenosa, que, en su punto de mayor anchura, medía quinientos pies. Se podía dar fácilmente la vuelta al lago por ese arenal. Pero el arranque de las altas paredes formaba un suelo atormentado, en el que yacían, en un pintoresco amontonamiento, bloques volcánicos y enormes piedras pómez. Todas esas masas disgregadas, recubiertas de un esmalte pulido por la acción de los fuegos subterráneos,

resplandecían al reflejar los rayos eléctricos del fanal. El polvo de mica de la ribera que se levantaba a nuestro paso volaba como una nube de centellas.

El suelo se elevaba sensiblemente conforme nos alejábamos del reflujo de las olas, y enseguida llegamos a unas rampas largas y sinuosas, auténticos repechos que permitían ascender poco a poco; a pesar de todo, era preciso caminar con prudencia en medio de aquellos conglomerados, que no estaban unidos con cemento; los pies resbalaban en las traquitas vitreas, formadas por cristales de feldespato y de cuarzo.

La naturaleza volcánica de esta enorme excavación quedaba patente en todas partes, y así se lo hice observar a mis compañeros.

—¿Os podéis figurar —les pregunté—, lo que debía de ser este embudo cuando se llenaba de lava hirviendo, y el nivel del líquido incandescente ascendía hasta el orificio de la montaña, como el hierro colado por las paredes de un horno?

—Me lo imagino perfectamente —respondió Conseil—. Pero ¿puede decirnos, señor, por qué el gran fundidor ha suspendido su operación, y cómo es posible que el horno haya dado paso a las aguas tranquilas de un lago?

—Muy probablemente, Conseil, porque alguna convulsión produjo en la superficie del océano esta abertura que el *Nautilus* ha utilizado como paso. Entonces, las aguas del Atlántico se precipitaron en el interior de la montaña. Hubo una lucha terrible entre los dos elementos, que terminó con la ventaja de Neptuno. Pero han transcurrido muchos siglos desde entonces, y el volcán sumergido se ha transformado en una apacible gruta.

—Muy bien —replicó Ned Land—. Acepto la explicación, pero por nuestro propio interés lamento que esta abertura de la que habla el señor profesor no se haya producido por encima del nivel del mar.

—Pero, amigo Ned —repuso Conseil—, si este paso no hubiera sido submarino, el *Nautilus* no habría podido penetrar en él.

—Y debo añadir, señor Land, que las aguas no se habrían precipitado bajo la montaña, y que el volcán habría continuado siendo un volcán. Por lo tanto, sus lamentos son superfluos.

Nuestra ascensión continuó. Las rampas eran cada vez más acentuadas y estrechas. A veces, estaban cortadas por profundas

excavaciones que había que franquear, bloques colgantes por donde era preciso dar un rodeo. Nos deslizábamos de rodillas, nos arrastrábamos sobre el vientre. Pero gracias a la habilidad de Conseil y a la fuerza del canadiense, remontamos todos los obstáculos.

A una altitud de unos treinta metros, la naturaleza del terreno se modificó, aunque no por ello resultó más practicable. A los conglomerados y las traquitas les sucedieron los negros basaltos: unos, extendidos por capas totalmente hinchadas de protuberancias, otros formando prismas regulares, dispuestos como una columna que soportaba los arranques de una bóveda inmensa, admirable muestra de la arquitectura natural. Después, entre los basaltos serpenteaban largas coladas de lava solidificada, incrustadas de vetas bituminosas, y, por ciertos lugares, se extendían anchas alfombras de azufre. Una luz diurna más potente, que entraba por el cráter superior, inundaba con una vaga claridad todas las deyecciones volcánicas, sepultadas para siempre jamás en el interior de la montaña apagada.

Sin embargo, nuestra ascensión se vio rápidamente detenida a una altitud de doscientos cincuenta pies aproximadamente por obstáculos infranqueables. La dovela interior caía prácticamente a plomo, y la ascensión tuvo que convertirse en un paseo circular. En este último plano, el reino vegetal comenzaba a luchar contra el reino mineral. Algunos arbustos, e incluso algunos árboles, brotaban de las anfractuosidades de la pared. Reconocí unos euforbios, que dejaban manar su jugo cáustico. Unos heliotropos, que difícilmente podrían justificar allí su nombre, ya que los rayos solares no llegaban jamás hasta ellos, inclinaban tristemente sus racimos de flores con los colores y los perfumes medio marchitos. Aquí y allá, unos crisantemos crecían tímidamente al pie de álces de largas hojas, tristes y enfermizas. Pero, entre las coladas de lava, observé pequeñas violetas, todavía perfumadas con un ligero aroma, y he de confesar que las respiré con delectación. El perfume es el alma de la flor, y las flores marinas, esos espléndidos hidrofitos, no tienen alma.

Habíamos llegado al pie de unos ramos de robustos dragos, que separaban las rocas gracias al esfuerzo de sus musculosas raíces; entonces Ned Land gritó:

—¡Eh, una colmena, señor!

—¡Una colmena! —exclamé, haciendo un gesto de absoluta incredulidad.

—¡Sí! Una colmena —repitió el canadiense—, y con abejas que zumban alrededor.

Me aproximé, y tuve que rendirme a la evidencia. En la boca de un orificio hecho en el tronco de un drago, había unos millares de esos ingeniosos insectos, tan comunes en todas las Canarias, donde aprecian especialmente sus productos.

Lógicamente, el canadiense quiso aprovisionarse de miel, y habría sido una pena que yo me opusiera. Con su mechero encendió unas cuantas hojas secas mezcladas con azufre, y empezó a ahumar a las abejas. Los zumbidos fueron cesando poco a poco y la colmena reventada nos dio varias libras de miel perfumada, que Ned Land metió en su mochila.

—Cuando haya mezclado esta miel con la pasta del artocarpó —nos dijo—, podré ofrecerles un succulento pastel.

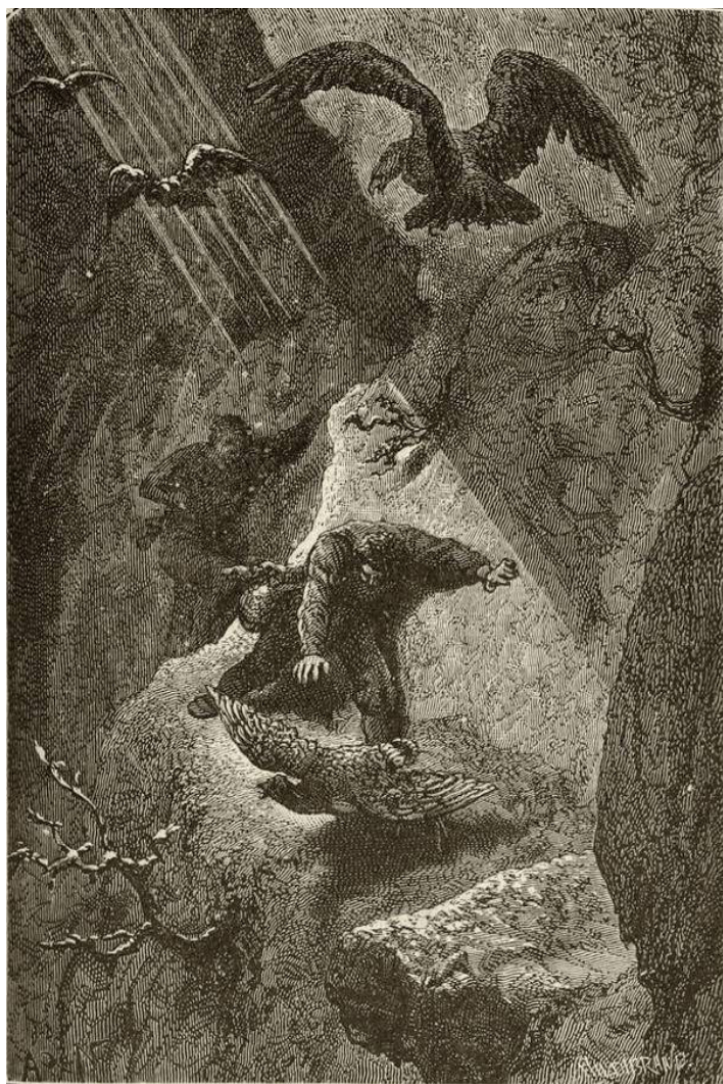
—¡Caramba! —exclamó Conseil—. Será como un alfajor.

—¡Vivan los alfajores! —añadí—, pero reanudemos este interesante paseo.

En algunos recodos del sendero por el que avanzábamos, el lago aparecía en toda su extensión. El fanal iluminaba completamente su apacible superficie, que no alteraban ni los pliegues ni las ondulaciones. El *Nautilus* mantenía una perfecta inmovilidad. En su plataforma y en el ribazo se movían los hombres de su tripulación, negras sombras claramente definidas en medio de aquella atmósfera luminosa.

En ese momento, rodeábamos la cresta más elevada de los bloques de piedra que aguantaban la bóveda. Entonces vi que las abejas no eran los únicos representantes del reino animal en el interior del volcán. Había aves rapaces que planeaban y volaban trazando círculos en la sombra, o se escapaban de sus nidos encaramándose a la punta de las rocas. Eran gavilanes de vientre blanco y cernícalos chillones. En las pendientes también huían velozmente, con toda la velocidad de sus zancas, hermosas y gruesas avutardas. Es fácil de comprender hasta qué punto se vio azuzada la glotonería del canadiense al contemplar aquellas sabrosas piezas, y cuánto se lamentó por no tener un fusil entre las

manos. Intentó sustituir el plomo por las piedras y, tras varios ensayos infructuosos, consiguió herir a una de las avutardas. Decir que arriesgó veinte veces su vida para atrapar la presa no es más que la pura verdad, pero lo hizo tan bien que el animal fue a unirse en su mochila con los futuros pasteles de miel.



Entonces nos vimos obligados a descender a la orilla, pues la cuesta resultaba impracticable. Por encima de nosotros, el cráter boquiabierto parecía el ancho brocal de un pozo. Desde ese lugar, el cielo se distinguía con suma nitidez, y yo veía correr unas nubes desgredadas por poniente, que dejaban arrastrar hasta la cima de la montaña sus brumosos jirones. Prueba irrefutable de que esas nubes se mantenían a una altitud mediocre, pues el volcán no alcanzaba más de ochocientos pies por encima del nivel del océano.

Una media hora después de la última hazaña del canadiense, habíamos regresado a la orilla interior. Allí, la flora estaba representada por anchas alfombras de hinojo marino, pequeña planta umbelífera, muy buena para confitar, que lleva también los nombres de cresta marítima y de perejil de mar. Conseil recogió unos manojos. En cuanto a la fauna, se contaban por millares los crustáceos de todas las especies: bogavantes, bueyes, camarones, misidáceos, arañas, langostinos; y también un prodigioso número de conchas, porcelanas, múrices y lapas.

En aquel lugar, se abría una magnífica gruta. Mis compañeros y yo nos estiramos en su fina arena con placer. El fuego había pulido sus paredes esmaltadas y brillantes, todas ellas espolvoreadas de mica. Ned Land tocaba las paredes e intentaba averiguar su espesor, ante lo que no pude evitar sonreír. La conversación giró entonces hacia los eternos proyectos de evasión y, sin adelantar demasiadas cosas, creí poder darle una esperanza: que el capitán Nemo sólo había descendido hacia el Sur para renovar su provisión de sodio. Por lo tanto, esperaba que entonces se dirigiera hacia las costas de Europa y de América, lo que permitiría al canadiense volver con más éxito a su tentativa abortada.

Estábamos estirados desde hacía una hora en aquella encantadora gruta. La conversación, animada al principio, iba languideciendo. La somnolencia se iba apoderando de nosotros. Como no veía ninguna razón para resistir al sueño, me dejé vencer por un profundo sopor. Sonaba —uno no elige sus sueños—, soñaba que mi existencia se reducía a la vida vegetativa de un simple molusco. Me parecía que la gruta formaba la doble valva de mi concha...

De repente, me despertó la voz de Conseil.

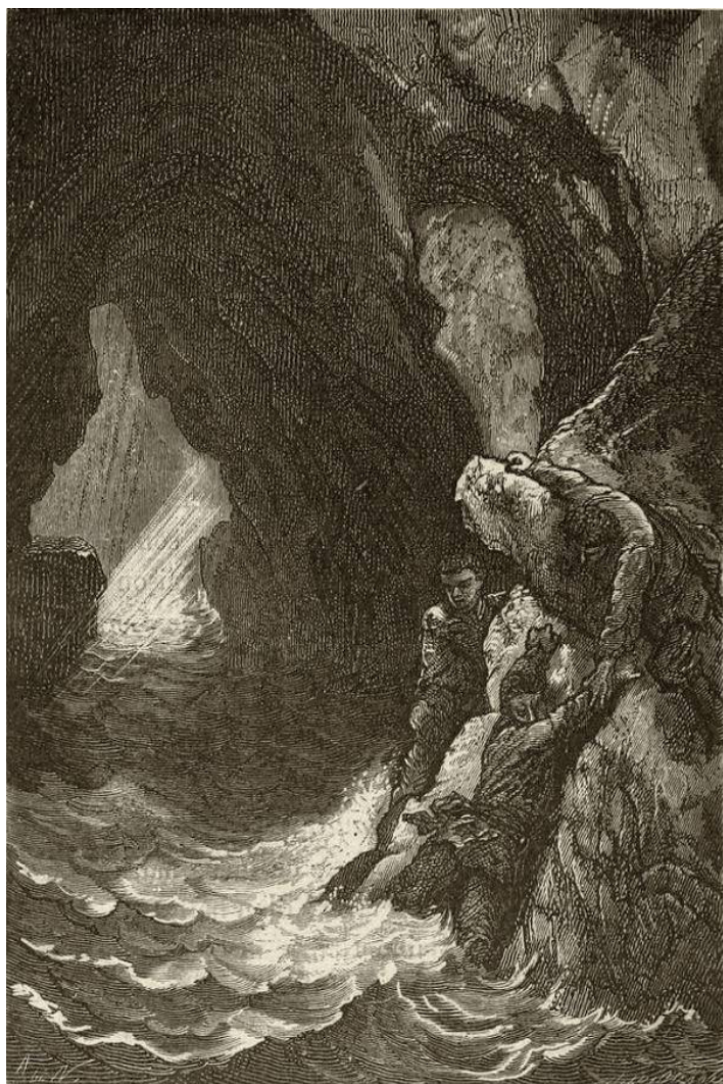
—¡Alerta! ¡Alerta! —gritaba el muchacho.

—¿Qué pasa? —pregunté yo, incorporándome a medias.

—¡El agua nos atrapa!

Me puse de pie. El mar se precipitaba como un torrente en nuestro refugio, y, puesto que no éramos moluscos, no quedaba más remedio que salir huyendo.

En unos instantes, nos pusimos a salvo en lo alto de la propia gruta.



—¿Qué está pasando? —preguntó Conseil—. ¿Es algún nuevo fenómeno?

—No, amigos míos —respondí—, es la marea, no es más que la marea, que ha estado a punto de sorprendernos como al héroe de Walter Scott[228]. El océano sube por fuera y, por una ley del equilibrio totalmente natural, el nivel del lago también asciende. Nos hemos librado con un chapuzón nada más. Vamos a cambiarnos al *Nautilus*.

Tres cuartos de hora más tarde, habíamos acabado nuestro paseo circular y regresábamos a bordo. Los hombres de la tripulación acababan de embarcar en esos momentos las provisiones de sodio y el *Nautilus* habría podido zarpar al instante.

Sin embargo, el capitán Nemo no dio ninguna orden. ¿Querría esperar la noche y salir secretamente por su paso submarino? Posiblemente.

Fuese como fuese, al día siguiente, y tras haber abandonado su puerto de base, el *Nautilus* navegaba lejos de cualquier costa y a unos metros por debajo de las aguas del Atlántico.

XI

El mar de los Sargazos

El rumbo del *Nautilus* no había sido modificado. En aquellos momentos había que renunciar a la esperanza de regresar a los mares europeos. El capitán Nemo mantenía proa al Sur. ¿Adónde nos llevaba? No me atrevía a imaginarlo.

Aquel día, el *Nautilus* atravesó una curiosa zona del océano Atlántico. Nadie ignora la existencia de esa gran corriente de agua cálida, conocida con el nombre de *Gulf Stream*, que, tras salir de los canales de la Florida, se dirige hacia el Spitzberg [229]. Pero antes de penetrar en el golfo de México, hacia los 44° de latitud Norte, la corriente se divide en dos brazos; el principal va hacia las costas de Irlanda y de Noruega, mientras el otro gira hacia el Sur a la altura de las Azores; luego, tras bañar las orillas africanas y describir un óvalo alargado, regresa hacia las Antillas.

Ese segundo brazo —más bien se trata de un collar que de un brazo— envuelve con sus anillos de agua caliente esa porción fría del océano, tranquila e inmóvil conocida como mar de los Sargazos. Las aguas de la gran corriente tardan no menos de tres años en contornear este auténtico lago en pleno Atlántico.

El mar de los Sargazos propiamente dicho cubre toda la parte sumergida de la Atlántida. Algunos autores han admitido incluso que las numerosas hierbas de que está sembrado proceden de las antiguas praderas de ese antiguo continente. Es más probable, empero, que esas hierbas, algas y fucos, salidas de la orilla de Europa y de América, sean arrastradas hasta esta zona por el *Gulf Stream*. Fue una de las razones que condujeron a Colón a suponer

la existencia de un nuevo mundo. Cuando los navíos de aquel audaz descubridor llegaron al mar de los Sargazos, navegaron no sin trabajo en medio de esas hierbas que detenían su marcha, con gran terror de las tripulaciones, y les costó tres largas semanas atravesarlo.

Ésa era la región que surcaba entonces el *Nautilus*, una auténtica pradera, una tupida alfombra de algas, de fucos vesiculosos, de racimos del trópico, tan densa y tan compacta que la roda de un barco no la habría deshecho sin trabajo. El capitán Nemo, no queriendo comprometer su hélice dentro de la masa herbácea, se mantuvo a unos metros de profundidad por debajo de la superficie de las aguas.

Sargazo es una palabra española con que se denomina este tipo de alga, el varec o fuco vesiculoso, que es el principal componente de ese inmenso banco. Según el sabio Maury, autor de la *Geografía física del globo* [230], la razón de que esos hidrofitos se reúnan en la apacible cuenca del Atlántico es la siguiente:

La explicación que puede darse creo que resulta de un experimento por todos conocido. Si se introducen en un recipiente fragmentos de corcho o de cuerpos flotantes cualesquiera y se imprime a dicho recipiente un movimiento circular, se observará que los fragmentos diseminados se reúnen en el centro de la superficie líquida, es decir en el punto menos agitado. En el fenómeno que nos ocupa, el recipiente es el Atlántico, el Gulf Stream es la corriente circular y el mar de los Sargazos es el punto central al que vienen a reunirse los cuerpos flotantes.

Comparto la opinión de Maury, y he podido estudiar el fenómeno en ese medio especial en el que los buques raramente penetran. Por encima de nosotros flotaban cuerpos de toda procedencia, amontonados en medio de las hierbas parduscas, de troncos de árboles arrancados a los Andes o a las montañas Rocosas y transportados por el Amazonas o el Mississippi, numerosos pecios, restos de quillas o de carenas, cuartones desvencijados y tan cargados de conchas y de anafes que no podían remontar a la superficie del océano. El tiempo justificará algún día la otra opinión de Maury de que estos materiales, acumulados durante siglos, se

mineralizarán por la acción de las aguas y formarán entonces unas hulleras inagotables: reserva preciosa que prepara la previsora naturaleza para cuando los hombres hayan agotado las minas de los continentes.

En medio de aquel inextricable laberinto de hierbas y de fucos, observé unos encantadores alcionarios en forma de estrella y de matices rosados, unas actinias que dejaban arrastrar su larga cabellera de tentáculos, unas medusas verdes, rojas, azules, y sobre todo esos grandes rizóstomas de Cuvier, cuya ombrela azulada está bordeada por un festón violeta.

Toda la jornada del 22 de febrero transcurrió en el mar de los Sargazos, donde los peces, amantes de las plantas marinas y de los crustáceos encuentran abundante alimento. Al día siguiente, el océano había recuperado su aspecto habitual.

Desde ese momento y durante diecinueve días, del 23 de febrero al 12 de marzo, el *Nautilus*, manteniéndose en pleno corazón del Atlántico, nos transportó a una velocidad constante de cien leguas por veinticuatro horas. El capitán Nemo quería cumplir su programa submarino, y yo no dudaba de que estaría pensando en regresar a los mares australes del Pacífico tras haber doblado el cabo de Hornos.

Por lo tanto, no le faltaba razón a Ned Land al seguir recelando. En esos enormes mares sin islas no se podía intentar salir de a bordo. Tampoco había ningún medio de oponerse a la voluntad del capitán Nemo. El único partido que se podía tomar era someterse; pero yo quería pensar que mediante la persuasión podríamos obtener lo que no cabía ya esperar de la fuerza o de la astucia. ¿No consentiría el capitán Nemo, una vez acabado el viaje, en devolvernos la libertad bajo juramento de que nunca revelaríamos su existencia?: una palabra de honor que nosotros habríamos mantenido. Era preciso tratar de esa delicada cuestión con el capitán. ¿Sería yo capaz de pedir esa libertad? ¿No había declarado él mismo, desde el principio y de manera formal, que el secreto de su vida exigía nuestra prisión a perpetuidad a bordo del *Nautilus*? El silencio que yo guardaba desde hacía cuatro meses, ¿no le parecería una aceptación tácita de esta situación? El hecho de volver a abordar esta cuestión, ¿no habría tenido por resultado levantar sospechas que podrían perjudicar nuestros proyectos, si

más tarde se presentaba alguna circunstancia favorable para llevarlos a la práctica? Pesaba y sopesaba en mi mente todas esas razones y se las planteaba a Conseil, el cual no estaba menos confuso que yo. En definitiva, aunque yo no fuera fácil presa del desaliento, comprendía que las oportunidades de volver a ver algún día a mis semejantes iban disminuyendo, sobre todo al observar que el capitán Nemo corría temerariamente hacia el Sur del Atlántico.

Durante los diecinueve días que acabo de mencionar, nuestro viaje no estuvo marcado por ningún incidente especial. El capitán trabajaba, y yo lo veía poco. A menudo encontraba yo en la biblioteca libros que dejaba entreabiertos, sobre todo libros de historia natural. Mi obra sobre los fondos submarinos, hojeada por él, estaba plagada de notas al margen, que a veces contradecían mis teorías y sistemas. Pero el capitán se contentaba con corregir así mi trabajo, y rara vez discutía conmigo. A veces oía resonar los acordes melancólicos de su órgano, que tocaba con gran pasión, pero solamente de noche, en medio de la más secreta oscuridad, cuando el *Nautilus* se adormecía en los desiertos del océano.



Durante esa parte del viaje, navegamos jornadas enteras en la superficie de las olas. El mar estaba como abandonado. Apenas se veían algunos veleros, con carga para las Indias y rumbo hacia el cabo de Buena Esperanza. Un día nos vimos perseguidos por las embarcaciones de un ballenero que, sin duda, nos tomaba por alguna enorme ballena de alto precio. Pero el capitán Nemo no quiso hacer perder a aquellas gentes su tiempo y su trabajo y terminó con la cacería sumergiéndose bajo las aguas. Ese incidente pareció interesar profundamente a Ned Land. Creo no equivocarme al afirmar que el canadiense lamentó que nuestro cetáceo de acero no hubiese podido ser herido de muerte por el arpón de aquellos pescadores.

Los peces observados por Conseil y por mí, durante este período, eran poco diferentes de los que ya habíamos estudiado en otras latitudes. Los principales fueron algunas muestras de ese terrible género de los cartilaginosos, dividido en tres subgéneros que cuentan con no menos de treinta y dos especies: tiburones cebrá, de cinco metros de longitud, que tienen la cabeza aplastada, más ancha que el cuerpo y la caudal redondeada, y cuyo lomo tiene siete grandes bandas negras paralelas y longitudinales; después, unos boquidulces, de color gris ceniza, atravesados por siete aberturas branquiales y provistos de una única aleta dorsal situada más o menos hacia la mitad del cuerpo.

Pasaron también grandes pintarrojas, peces voraces donde los haya. Nada nos impide rechazar los relatos de los pescadores, pero éstos cuentan lo siguiente: se han encontrado en el cuerpo de uno de esos animales una cabeza de búfalo y un ternero entero; en otro, dos atunes y un marinero de uniforme; en otro, un soldado con su sable; y por último, en otro, un caballo con su jinete. A fuer de sincero, he de reconocer que todo eso no es artículo de fe. De todas maneras, ninguno de esos animales se dejó atrapar por las redes del *Nautilus* y yo no pude comprobar su voracidad.

Durante días enteros, nos acompañaron también grupos de elegantes y juguetones delfines. Iban por bandadas de cinco o seis, cazando en jauría, como los lobos por el campo; además, no son menos voraces que las pintarrojas, si damos crédito a un profesor de Copenhague que sacó del estómago de un delfín trece marsopas y quince focas. Hay que decir que era una orca, perteneciente a la

especie más grande conocida, y cuya longitud rebasa a veces los veinticuatro pies. Esta familia de los delfínidos cuenta con diez géneros, y los que yo vi pertenecían al género de los delfinorrincos, dignos de mencionar por su hocico excesivamente estrecho y cuatro veces más largo que el cráneo. Su cuerpo, que medía tres metros, negro por encima, era por debajo de un color blanco rosado moteado de manchitas muy dispersas.

Citaré también, por pertenecer a esos mares, curiosas muestras de los peces del orden de los acantopterigios y de la familia de los escienoides. Algunos autores, más poetas que naturalistas, pretenden que estos peces cantan melodiosamente y que con sus voces reunidas se compone un concierto que no podría igualar un coro de voces humanas[231]. No digo que no, pero aquellas corvinas no nos dieron ninguna serenata a nuestro paso, cosa que lamento.

Ya para terminar, Conseil clasificó una gran cantidad de peces voladores. No había nada más curioso que ver a los delfines darles caza con maravillosa precisión. Cualquiera que fuese el alcance de su vuelo, cualquiera que fuese su trayectoria, incluso por encima del *Nautilus*, el desgraciado pez siempre encontraba la boca del delfín abierta para recibirlo. Bien se trataba de unas chicharras o bien de unos bejeles de boca luminosa, que, durante la noche, tras haber trazado rayas de fuego en la atmósfera, se sumergían en las aguas sombrías como otras tantas estrellas fugaces.

Hasta el 13 de marzo, nuestra derrota se mantuvo en las mismas condiciones. Ese día, el *Nautilus* fue empleado en experiencias de sondeo que me interesaron profundamente.

Habíamos navegado, a la sazón, cerca de trece mil leguas desde nuestra partida de los altos mares del Pacífico. Nuestra situación era de 45° 37' de latitud Sur y 37° 53' de longitud Oeste. Eran los mismos parajes donde el capitán Denham[232], del *Herald*, largó catorce mil metros de sonda sin tocar fondo. Allí también, el teniente Parcker[233], de la fragata americana *Congress*, no había podido alcanzar el suelo submarino con quince mil ciento cuarenta metros.

El capitán Nemo decidió enviar su *Nautilus* a la más extrema profundidad para controlar los diferentes sondeos. Yo me preparé a anotar todos los resultados del experimento. Las escotillas del salón

fueron abiertas y comenzaron las maniobras para alcanzar esas capas tan prodigiosamente alejadas.

Como puede suponerse, no intentó sumergirse llenando los depósitos. Probablemente, no habrían podido incrementar el peso específico del *Nautilus* y, por el contrario, para emerger de nuevo habría sido necesario evacuar esa sobrecarga de agua, y las bombas no habrían tenido la suficiente potencia para vencer la presión exterior.

El capitán Nemo decidió dirigirse al fondo oceánico siguiendo un vector diagonal suficientemente largo, por medio de sus planos laterales que se situaron en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a las líneas de agua del *Nautilus*. Después, la hélice alcanzó su máxima velocidad, y su cuádruple paleta batió las aguas con una indescriptible violencia.

Por efecto de tan poderoso empuje, el casco del *Nautilus* vibró como una cuerda sonora y se hundió bajo las aguas con toda regularidad. El capitán y yo, apostados en el salón, seguíamos la aguja del manómetro que se desviaba rápidamente. Enseguida pasamos la zona habitable donde viven la mayor parte de los peces. Si algunos de esos animales no pueden vivir más que en la superficie de los mares o de los ríos, otros, menos numerosos, se mantienen a profundidades bastante grandes. Entre esos últimos, observé al cañabota, especie de tintorera provisto de seis aberturas respiratorias; al boca negra o telescopio, de enormes ojos; al pez armado, con sus aletas dorsales grises y pectorales negras, protegido por un peto de placas óseas de color rojo pálido, y, por último, al granadero, que vive a mil doscientos metros de profundidad y soporta una presión de ciento veinte atmósferas.

Pregunté al capitán Nemo si había observado peces a mayores profundidades.

—¿Peces? —me respondió—. En raras ocasiones. Pero, dígame: en el estado actual de la ciencia, ¿qué conjeturas se hacen al respecto?, ¿qué se sabe?

—Lo siguiente, capitán: se sabe que, conforme se avanza hacia las capas profundas del océano, la vida vegetal desaparece más deprisa que la vida animal. Se sabe que, allí donde todavía se pueden encontrar seres animados, no vegeta ya ni un solo hidrofito. Se sabe que las veneras y las ostras viven a dos mil metros de

profundidad, y que Mac Clintock[234], el héroe de los mares polares, sacó una estrella viva de una profundidad de dos mil quinientos metros. Se sabe que la tripulación del *Bull-Dog*, de la Marina real, pescó una asteria a dos mil seiscientos veinte brazas, es decir, más de una legua de profundidad. Pero tal vez me dirá usted, capitán Nemo, que no se sabe nada.

—No, señor profesor —respondió el capitán—, no seré tan descortés. Lo que deseo preguntarle es cómo se explica usted que puedan existir seres vivos a tales profundidades.

—Lo puedo explicar por dos razones —respondí yo—. En primer lugar, porque las corrientes verticales, determinadas por la diferencia de salinidad y de densidad de las aguas, producen un movimiento que basta para mantener la vida rudimentaria de los encrinos.

—Exacto —dijo el capitán.

—Después, porque, si bien el oxígeno es la base de la vida, se sabe que la cantidad de oxígeno disuelto en el agua de mar aumenta con la profundidad en vez de disminuir y que la presión de las capas bajas contribuye a comprimirlo.

—¡Ahá! ¿Eso se sabe? —respondió el capitán Nemo, aparentando una ligera sorpresa—. ¡Pues bien!, señor profesor, tienen razón, porque es la verdad. He de añadir, en efecto, que la vejiga natatoria de los peces encierra más nitrógeno que oxígeno, cuando esos animales son pescados en la superficie de las aguas y más oxígeno que nitrógeno, por el contrario, cuando se les saca de grandes profundidades. Lo que da la razón a su sistema. Pero continuemos nuestras observaciones.

Mi mirada se posó sobre el manómetro. El instrumento marcaba una profundidad de seis mil metros. Nuestra inmersión duraba ya una hora. El *Nautilus*, deslizándose sobre sus planos inclinados seguía sumergiéndose. Las aguas desiertas eran de una admirable transparencia y de una diafanidad indescriptible. Una hora más tarde, nos encontrábamos a trece mil metros —alrededor de tres leguas y cuarto— y aún no se adivinaba el fondo del océano.

Sin embargo, a catorce mil metros, vi unos picos negruzcos que surgían en medio de las aguas. Aquellas cumbres podían pertenecer a montañas tan altas como el Himalaya o el Mont Blanc, incluso más altas, y la profundidad de aquellos abismos seguía siendo

incalculable.

El *Nautilus* continuó su descenso, a pesar de las enormes presiones que soportaba. Yo sentía cómo sus planchas temblaban en las juntas de los pernios; sus barras se arqueaban; sus tabiques gemían; los cristales del salón parecían abombarse por la presión de las aguas. Y aquel sólido aparato habría cedido, si, tal como había dicho su capitán, no hubiera sido capaz de resistir como un bloque compacto.

Al pasar rozando las pendientes de esas rocas perdidas bajo las aguas, vi todavía algunas conchas, sérpulas, espirorbios vivos y algunos ejemplares de asterias.

Pero, inmediatamente, los últimos representantes de la vida animal desaparecieron, y, a tres leguas bajo el nivel del mar, el *Nautilus* rebasó los límites de la existencia submarina, como hace el globo que asciende por los aires por encima de las zonas respirables. Habíamos alcanzado una profundidad de dieciséis mil metros —cuatro leguas—, y los flancos del *Nautilus* aguantaban en esos momentos una presión de mil seiscientas atmósferas, es decir: ¡mil seiscientos kilogramos por cada centímetro cuadrado de su superficie!

—¡Qué situación! —exclamé yo—. ¡Recorrer las regiones profundas a las que el hombre no ha llegado jamás! Mire usted, capitán, mire esas magníficas rocas, esas grutas deshabitadas, esos últimos receptáculos del globo, en los que la vida ya no es posible. ¡Qué lugares ignotos! ¿Por qué estaremos obligados a conservar tan sólo su recuerdo?

—¿Le gustaría llevarse algo mejor que el recuerdo? —me preguntó el capitán Nemo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no hay nada más fácil que sacar una fotografía de esta región submarina.

No había tenido tiempo de manifestar la sorpresa que me causaba esta nueva oferta cuando, a una orden del capitán Nemo, trajeron una cámara al salón. A través de las escotillas completamente abiertas, el medio líquido iluminado eléctricamente se distinguía con perfecta claridad. Ninguna sombra, ninguna degradación de nuestra luz artificial. El sol no habría podido ser más favorable a una operación de este tipo. El *Nautilus*, por el

empuje de su hélice, controlada por la inclinación de sus planos, permanecía inmóvil. El instrumento se orientó hacia aquellos parajes del fondo oceánico y, en unos segundos, habíamos obtenido un negativo de gran calidad.

Aquí adjunto el positivo. Se ven las rocas primordiales que jamás han conocido la luz de los cielos, los granitos inferiores que forman los poderosos cimientos del globo, las grutas profundas vaciadas en la masa pétrea, los perfiles de una incomparable nitidez y cuyos trazos se destacan en negro, como si fueran obra de algún artista flamenco. Después, más allá, un horizonte de montañas, una admirable línea ondulada que compone los planos de fondo del paisaje. No tengo palabras para describir aquel conjunto de rocas lisas, negras, pulidas, limpias, impolutas, cuyas formas componían extrañas siluetas sólidamente asentadas en esa alfombra de arena que brillaba por el impacto del reflector eléctrico.



Tras haber acabado la operación, el capitán Nemo me dijo:

—Ascendamos, señor profesor. No hay que abusar de esta situación, ni exponer demasiado tiempo el *Nautilus* a estas presiones.

—¡Emerjamos! —respondí yo.

—Agárrese fuerte.

No había tenido tiempo de comprender por qué el capitán me hacía esta recomendación cuando caí de bruces a la alfombra.

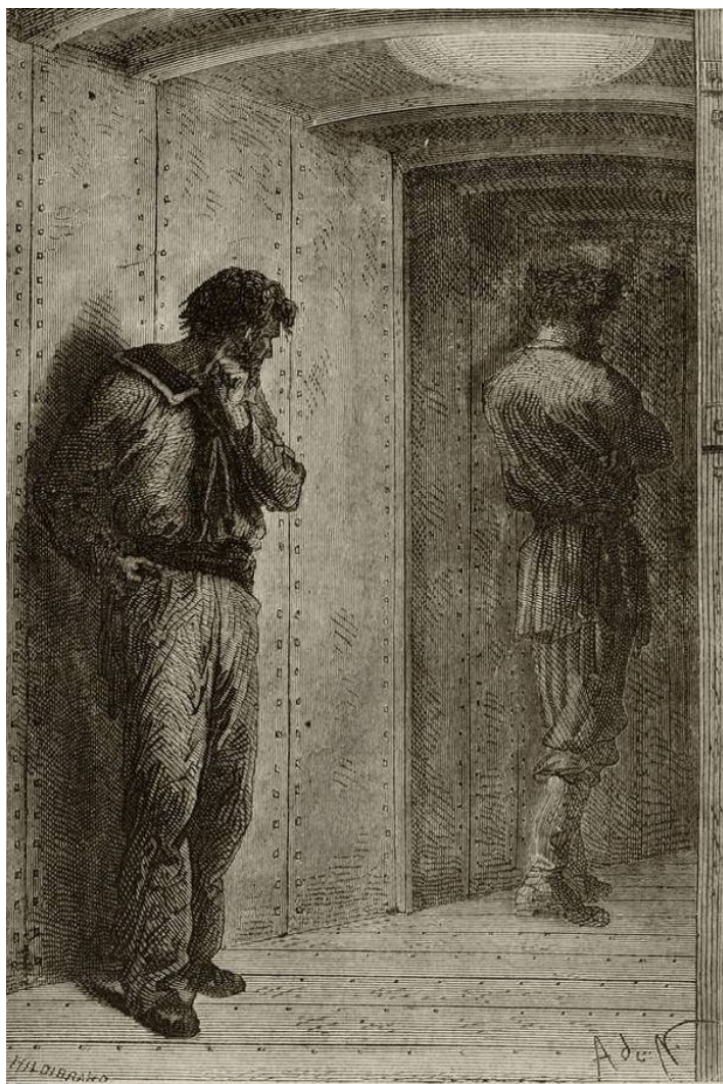
Embragada la hélice a una señal del capitán, con sus planos en posición vertical, el *Nautilus*, llevado como un globo en los aires, ascendía con una rapidez fulminante. Cortaba la masa de las aguas con un estremecimiento sonoro. No se podía ver ningún detalle. En cuatro minutos, había franqueado las cuatro leguas que le separaban de la superficie del océano, y, tras haber emergido como un pez volador, volvía a caer haciendo saltar las aguas a una prodigiosa altura.

XII

Cachalotes y ballenas

Durante la noche del 13 al 14 de marzo, el *Nautilus* reanudó su navegación con rumbo Sur. Yo pensaba que a la altura del cabo de Hornos, pondría proa hacia el Oeste para llegar a los mares del Pacífico y concluir su vuelta al mundo. Mas no fue así, y continuó dirigiéndose hacia las regiones australes. ¿Adónde quería ir? ¿Al Polo? Era una insensatez. Empecé a creer que la temeridad del capitán justificaba de sobra las aprehensiones de Ned Land.

De un tiempo a esa parte, el canadiense no me había hablado de sus proyectos de evasión. Se había vuelto menos comunicativo, casi silencioso. Yo veía cómo le pesaba la reclusión prolongada. Sentía cómo la ira se le iba acumulando. Cuando se encontraba con el capitán, sus ojos se encendían impregnados de un fuego sombrío, y a mí me embargaba constantemente el temor de que su natural violento lo condujera a cometer algún disparate.



Aquel día, 14 de marzo, Conseil y él vinieron a mi camarote.

—Tengo una simple pregunta que hacerle, señor —me respondió el canadiense, tras haberles preguntado por la razón de su visita.

—Hable, Ned.

—¿Cuántos hombres cree usted que hay a bordo del *Nautilus*?

—No sabría decirlo, amigo mío.

—Me parece —continuó Ned Land—, que para maniobrarlo no hace falta una tripulación numerosa.

—En efecto —respondí—. En las condiciones en que se encuentra, diez hombres como máximo deben bastar para realizar las maniobras.

—¡Pues bien! —dijo el canadiense—. ¿Por qué podría haber más?

—¿Por qué? —repuse yo.

Miré fijamente a Ned Land, cuyas intenciones eran fáciles de adivinar.

—Porque, si he de confiar en mis presentimientos —respondí—, si he comprendido correctamente la existencia del capitán, el *Nautilus* no es solamente un navío. Debe de ser también un lugar de refugio para aquellos que, como su comandante, han roto todo vínculo con la tierra.

—Tal vez —dijo Conseil—, pero en cualquier caso en el *Nautilus* no puede haber más que un número determinado de hombres, ¿no podría el señor averiguar ese máximo?

—¿Y cómo, Conseil?

—Por el cálculo. Dada la capacidad del navío, que el señor conoce, y, por consiguiente, la cantidad de aire que almacena; sabiendo, por otro lado, lo que cada hombre consume en el acto de la respiración, y comparando esos resultados con la necesidad de que el *Nautilus* emerja a la superficie cada veinticuatro horas...

La frase de Conseil quedó inconclusa, pero yo veía claramente adonde quería llegar.

—Entiendo —dije—; pero ese cálculo, sin duda fácil de hacer, no puede arrojar más que una cifra muy incierta.

—No importa —añadió Ned Land con insistencia.

—Bien, éste es el cálculo: cada hombre gasta en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, es decir: en veinticuatro horas, el oxígeno contenido en dos mil cuatrocientos litros. Así

pues, hemos de hallar cuántas veces contiene el *Nautilus* dos mil cuatrocientos litros de aire.

—Exactamente —dijo Conseil.

—Pues bien —continué—, si la capacidad del *Nautilus* es de mil quinientas toneladas, y la de la tonelada mil litros, el *Nautilus* contiene un millón quinientos mil litros de aire, que, divididos por dos mil cuatrocientos... —calculé rápidamente con un lápiz—, arrojan un cociente de seiscientos veinticinco: lo que equivale a decir que el aire contenido en el *Nautilus* podría servir, como máximo, a seiscientos veinticinco hombres durante veinticuatro horas.

—¡Seiscientos veinticinco! —repitió Ned.

—Pero tenga usted por seguro —añadí—, que tanto pasajeros, como marinos u oficiales, no formamos ni la décima parte de esa cifra.

—¡Sigue siendo demasiado para tres hombres! —murmuró Conseil.

—Así pues, mi pobre Ned, no puedo más que aconsejarle paciencia.

—Y mejor todavía que la paciencia —añadió Conseil—, resignación.

Conseil había empleado la palabra justa.

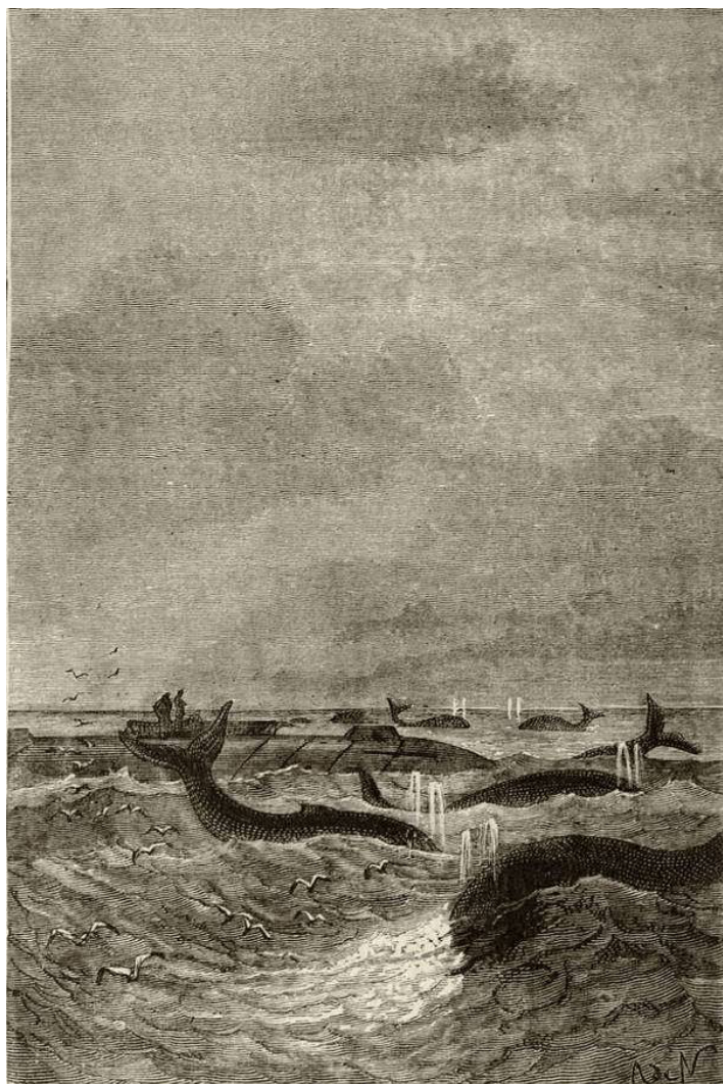
—Después de todo —continué—, el capitán Nemo no puede mantenerse siempre rumbo al Sur. Tendrá que detenerse alguna vez, aunque sea ante el banco de hielo, y regresar a mares más civilizados. Entonces, será el momento de reanudar los proyectos de Ned Land.

El canadiense sacudió la cabeza, se pasó la mano por la frente, no respondió y se retiró.

—Si el señor me lo permite, haré una observación —me dijo Conseil—. El pobre Ned no para de pensar en todo lo que no puede tener. Toda su vida pasada le ronda la memoria. Echa de menos todo lo que nos está prohibido. Sus recuerdos del pasado le oprimen y está apesadumbrado. Hay que comprenderlo. ¿Qué tiene que hacer él aquí? Nada. No es un sabio como el señor, y no sabe sacar el mismo partido que nosotros a las cosas admirables del mar. Se arriesgaría a cualquier cosa por poder entrar en una taberna de su país.

Es cierto que la monotonía de a bordo le debía de parecer insoportable al canadiense, habituado a una vida libre y activa. Los acontecimientos que podían apasionarle eran escasos. Sin embargo, aquel día, un hecho vino a recordarle sus hermosos días de arponero.

Hacia las once de la mañana, en la superficie del océano, el *Nautilus* se vio en medio de una manada de ballenas. Ese encuentro no me sorprendió, pues ya sabía yo que estos animales, víctimas de una caza intensiva, se refugian en las aguas de las latitudes altas.



El papel que desempeña la ballena en el mundo marino y su influencia en los descubrimientos geográficos han sido considerables. La ballena, arrastrando tras de sí a los vascos, en primer lugar, y después a los asturianos, los ingleses y los holandeses, les infundió ánimos contra los peligros del océano y los condujo de un extremo de la tierra al otro. Las ballenas gustan de frecuentar los mares australes y boreales. Algunas antiguas leyendas pretenden incluso que esos cetáceos han llevado a los pescadores a siete leguas solamente del Polo Norte. Si ese hecho es falso, será verdad algún día, y será probablemente así, cazando la ballena en las regiones árticas o antárticas, como los hombres alcanzarán ese punto desconocido del globo.

Estábamos sentados en cubierta y la mar estaba en calma. Pero el mes de octubre de esas latitudes nos brindaba unos hermosos días de otoño[235]. Fue el canadiense —que no podía equivocarse— quien señaló una ballena en el horizonte, al Este. Mirando con atención, se la veía levantar y sumergir alternativamente su lomo negruzco sobre las aguas, a cinco millas del *Nautilus*.

—¡Ay! —exclamó Ned Land—. Si estuviera a bordo de un ballenero, ¡cómo me gustaría este encuentro! Es un animal de gran tamaño. Mire con qué potencia despiden sus respiraderos columnas de agua y de vapor. ¡Por mil diablos! ¿Por qué tengo que estar encadenado a este montón de hierro?

—¡Cómo, Ned! —respondí—. ¿Todavía no se le han ido de la cabeza esas viejas ideas de la pesca?

—¿Puede olvidar un ballenero su antiguo oficio, señor? ¿Puede uno llegar a cansarse de las emociones de una caza como ésa?

—¿No ha pescado usted nunca por estos mares, Ned?

—Nunca, señor. Solamente, en los mares boreales: en el estrecho de Bering y en el de Davis.

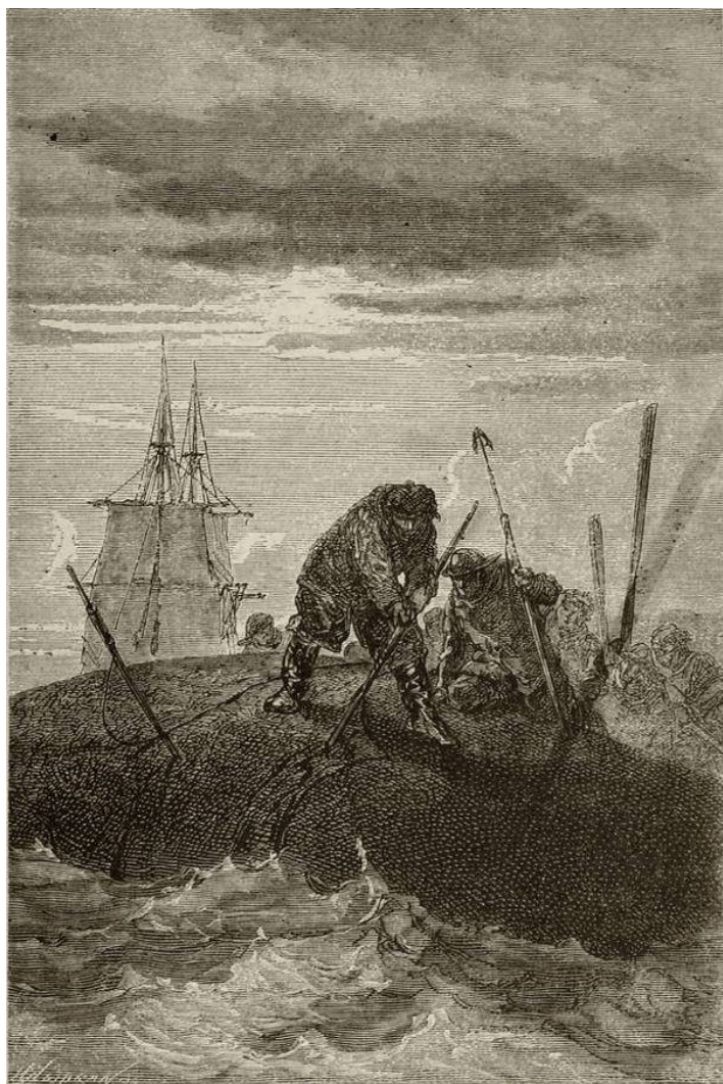
—Entonces, la ballena austral todavía le es desconocida. Hasta ahora sólo ha cazado usted la ballena franca y ésta no se atrevería a pasar las cálidas aguas del Ecuador.

—¿Pero qué me dice usted, señor profesor? —respondió el canadiense con un aire un poco incrédulo.

—Digo la verdad.

—¡Veamos! Este que le habla, en el sesenta y cinco, hace dos años y medio, arponeó cerca de Groenlandia una ballena que aún

llevaba clavado en el lomo el arpón afilado de un ballenero de Bering. ¿Puede decirme cómo, después de haber sido herido al Oeste de América, podría haber venido el animal a que lo arponeáramos al Este, sino doblando el cabo de Hornos o el de Buena Esperanza y, por tanto, atravesando el Ecuador?



—Pienso como el amigo Ned —dijo Conseil—. ¿Qué responde el señor?

—El señor responde, amigos míos, que las ballenas se localizan, según sus especies, en algunos mares que no abandonan. Y si uno de esos animales ha pasado del estrecho de Bering al de Davis, es sencillamente porque existe una vía que enlaza ambos mares, ya sea en las costas de América o en las de Asia.

—¿Hay que creerle? —preguntó el canadiense, guiñando un ojo.

—Hay que creer al señor —respondió Conseil.

—Así que como no he pescado nunca en estos parajes no conozco en absoluto las ballenas que los frecuentan, ¿no es eso?

—Ya se lo he dicho, Ned.

—Razón de más para conocerlas —repuso Conseil.

—¡Miren, miren! —gritó el canadiense, con la voz emocionada—. ¡Se acerca, viene hacia nosotros! ¡Se burla de mí! ¡Sabe que no puedo hacer nada contra ella!

Ned daba taconazos en cubierta. Su mano vibraba blandiendo un arpón imaginario.

—Esos cetáceos —preguntó él—, ¿son tan grandes como los de los mares boreales?

—Más o menos, Ned.

—Pues yo he visto unas cuantas ballenas grandes, señor; ballenas que medían hasta cien pies de longitud. Incluso se me ha dicho que la Hullamock y la Umgallick [236] de las islas Aleutianas superan a veces los ciento cincuenta pies.

—Eso me parece exagerado —respondí yo—. Esos animales no son más que balenópteros que tienen aletas dorsales, y al igual que los cachalotes son generalmente más pequeños que la ballena franca.

—¡Ahá! —exclamó el canadiense, cuya mirada no abandonaba el océano—. ¡Se acerca, viene a las aguas del *Nautilus*!

Después, reanudando su conversación, dijo:

—Habla usted del cachalote como de un animalito. Sin embargo, se ha dicho que existen cachalotes gigantescos. Son unos cetáceos inteligentes. Se cuenta que algunos se cubren de algas y de fucos. Hay quien les toma por islotes, acampa encima, se instala y enciende un fuego...

—Y se construyen casas —dijo Conseil.

—Sí, farsante —respondió Ned Land—. Después, un buen día, el animal se sumerge y arrastra a todos sus habitantes al fondo del abismo.

—Como en los viajes de Simbad el Marino —repliqué yo riendo—. Señor Land, parece que le encantan las historias extraordinarias. ¡Menudos cachalotes los suyos! ¡Espero que no se lo crea!

—Señor naturalista —respondió seriamente el canadiense—, de las ballenas hay que creerlo todo. ¡Y cómo nada ésta! ¡Cómo juguetea! Se dice que estos animales pueden dar la vuelta al mundo en quince días.

—No digo que no.

—Pero, lo que sin duda no sabrá usted, señor Aronnax, es que al comienzo del mundo, las ballenas eran aún más rápidas.

—¿De verdad, Ned? ¿Y cómo es eso?

—Porque entonces tenían la cola de través, como los peces; es decir, que esa cola aplastada verticalmente golpeaba el agua de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Pero el Creador, viendo que iban demasiado deprisa, les retorció la cola, y desde entonces baten las aguas de arriba hacia abajo, a costa de perder velocidad.

—Bueno, Ned —dije yo, recogiendo una expresión del canadiense—. ¿Hay que creerle?

—No demasiado —respondió Ned Land—, y no más que si le contara que existen ballenas de trescientos pies de longitud y que pesan cien mil libras.

—Es mucho, ciertamente —repuse—. Sin embargo, hemos de reconocer que algunos cetáceos adquieren un desarrollo considerable, puesto que, según algunas noticias, dan hasta ciento veinte toneladas de aceite.

—Eso sí que lo he visto —dijo el canadiense.

—Lo creo sin dudar, Ned, como creo que algunas ballenas igualen en tamaño a cien elefantes. Piense usted en los efectos de semejante masa lanzada a toda velocidad.

—¿Es cierto que pueden hundir barcos? —preguntó Conseil.

—Barcos, no lo creo —respondí yo—. Pero cuentan que en 1820, precisamente en los mares del Sur, una ballena se precipitó sobre el *Essex* y lo hizo retroceder a una velocidad de cuatro metros por segundo. Éste hizo agua por popa y se fue a pique casi

inmediatamente.

Ned me miró con sorna.

—Pues yo —dijo—, recibí un coletazo de una ballena —en mi bote, se entiende—. Mis compañeros y yo fuimos proyectados a una altura de seis metros. Pero al lado de la ballena del señor profesor, la mía no era más que un ballenato.

—¿Viven mucho tiempo esos animales? —preguntó Conseil.

—Mil años, respondió el canadiense sin vacilar.

—¿Y cómo lo sabe usted, Ned?

—Porque es lo que dicen.

—¿Y por qué lo dicen?

—Porque se sabe.

—No, Ned, no se sabe, pero se supone, y éste es el razonamiento sobre el que se apoya esta teoría: hace cuatrocientos años, cuando los pescadores cazaron ballenas por primera vez, esos animales tenían un tamaño superior al que tienen en la actualidad. Por consiguiente, se supone, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales proviene de que no han tenido el tiempo de alcanzar su completo desarrollo. Eso es lo que ha hecho decir a Buffon que esos cetáceos podían e incluso debían de vivir mil años. ¿Me escucha?

Ned Land ya no oía ni escuchaba. La ballena seguía acercándose. La devoraba con los ojos.

—¡Ah! —exclamó—, ¡ya no es una ballena, son diez, veinte, una manada entera! ¡Y no poder hacer nada! ¡Estar aquí atados de pies y manos!

—Pero, amigo Ned —dijo Conseil—, ¿por qué no le pide al capitán Nemo permiso para cazar...?

Conseil apenas había acabado su frase, y Ned Land se había lanzado ya por la escotilla corriendo en busca del capitán. Unos instantes después, los dos reaparecieron en cubierta.

El capitán Nemo observó la manada de cetáceos que nadaba a una milla del *Nautilus*.

—Son ballenas australes —dijo—. La fortuna de una flota de balleneros.

—Bueno, señor —preguntó el canadiense—, ¿no podría cazarlas aunque sólo fuese para no olvidar mi antiguo oficio de arponero?

—Para qué cazar únicamente por destruir —respondió el capitán

Nemo—. No nos hace falta el aceite de ballena a bordo.

—Sin embargo, señor —replicó el canadiense—, en el mar Rojo nos autorizó a perseguir a un dugongo.

—Entonces se trataba de procurar carne fresca a mi tripulación. Aquí, sería matar por matar. Sé bien que es un privilegio reservado al hombre, pero no admito esos pasatiempos asesinos. Al destruir la ballena austral como la ballena franca, seres buenos e inofensivos, sus semejantes, señor Land, cometen un acto despreciable. Es así como ya han despoblado toda la bahía de Baffin y como aniquilarán una clase de animales útiles. Deje, pues, en paz a esos desdichados cetáceos. Bastante tienen con sus enemigos naturales, los cachalotes, los peces espada y los peces sierra, sin que se meta usted también por medio.

No es difícil imaginar qué cara puso el canadiense durante ese curso de moral. Dar semejantes razones a un cazador era malgastar las palabras. Ned Land miraba al capitán Nemo y, obviamente, no comprendía lo que le quería decir. Sin embargo, el capitán tenía razón. El bárbaro y desconsiderado encarnizamiento de los pescadores hará desaparecer antes o después a la última ballena del océano.

Ned Land silbó entre dientes su *Yankee doodle*[237], se metió las manos en los bolsillos y nos volvió la espalda.

Mientras tanto, el capitán Nemo observaba la manada de cetáceos y, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Tenía yo razón al decir que, sin contar con el hombre, las ballenas tienen otros enemigos naturales bastante numerosos. Dentro de poco se las van a ver con un buen grupo de éstos. ¿Puede usted avistar, señor Aronnax, a ocho millas a sotavento esos puntos negruzcos que se mueven?

—Sí, capitán —respondí.

—Son cachalotes, terribles animales que en otras ocasiones me he encontrado en manadas de doscientos o trescientos. En lo que a éstos se refiere, bestias crueles y dañinas, sí hay razón para exterminarlos.

El canadiense, al oír esas palabras, se giró bruscamente.

—¿Lo ve, capitán? —dije—. Todavía estamos a tiempo, en el propio interés de las ballenas...

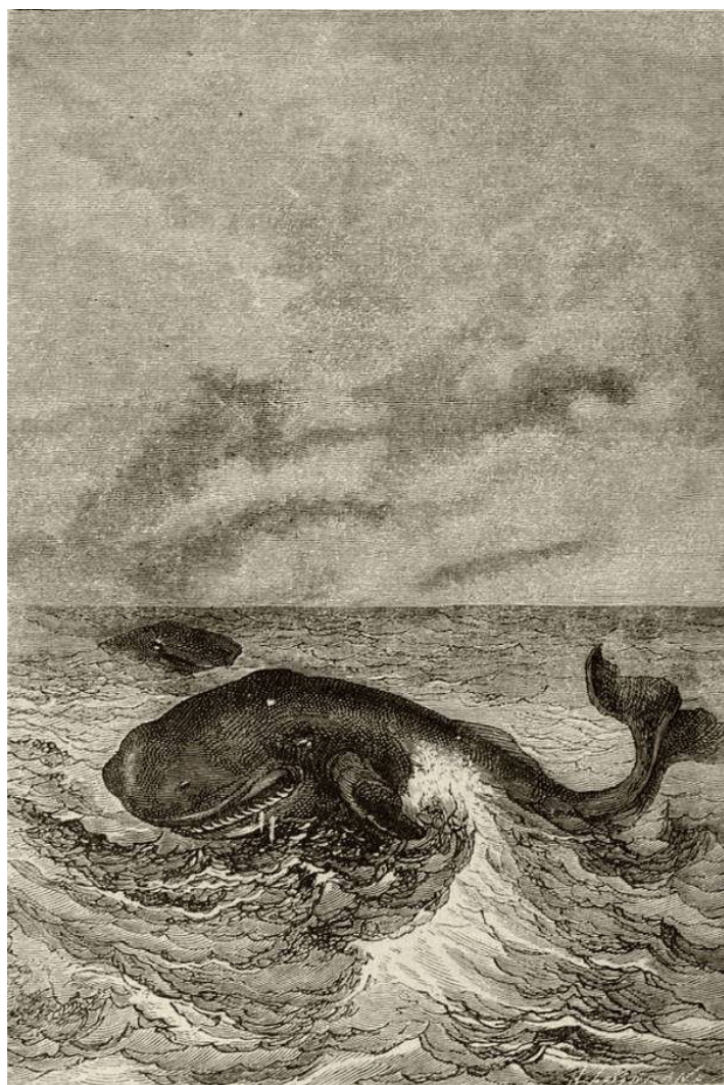
—Es inútil arriesgarse, señor profesor. El *Nautilus* bastará para

dispersar a los cachalotes. Está armado con un espolón de acero que vale tanto como el arpón del señor Land, me parece.

El canadiense no se privó de encogerse de hombros. ¡Atacar cetáceos a golpe de espolón! ¿Quién había oído hablar alguna vez de eso?

—Espere, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo—. Le mostraremos una caza que no conoce usted todavía. No ha de haber compasión con esos feroces cetáceos. ¡No son más que boca y dientes!

¡Boca y dientes! No se podía describir mejor al cachalote macrocéfalo, cuyo tamaño rebasa a veces los veinticinco metros. La cabeza enorme de ese cetáceo representa alrededor de la tercera parte de su cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuya mandíbula superior está solamente provista de barbas, cuenta con veinticinco grandes dientes cilíndricos, de veinte centímetros de longitud, y de punta cónica, que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de esa enorme cabeza y en grandes cavidades separadas por cartílagos, se encuentran entre trescientos y cuatrocientos kilogramos de ese precioso aceite, llamado «esperma de ballena». El cachalote es un animal poco agraciado, con más aspecto de renacuajo que de pez, según la observación de Fréjol[238]. Está mal construido, por decirlo gráficamente salió «contrahecho» en toda la parte izquierda de su armazón y prácticamente sólo ve por el ojo derecho.



Mientras tanto, la monstruosa manada seguía aproximándose. Habían visto las ballenas y se preparaban a atacarlas. Por anticipado, se podía prever la victoria de los cachalotes, no solamente porque están mejor concebidos para el ataque que sus inofensivos adversarios, sino también porque pueden permanecer mucho más tiempo bajo las aguas sin emerger a respirar a la superficie.

No quedaba tiempo más que para acudir en socorro de las ballenas. El *Nautilus* se situó entre dos aguas. Conseil, Ned y yo tomamos posición ante las escotillas del salón. El capitán Nemo acudió al puesto del timonel para utilizar su aparato como un ingenio de destrucción.

Inmediatamente, sentí cómo aumentaban las paletadas de la hélice y se aceleraba nuestra velocidad.

Ya se había entablado el combate entre los cachalotes y las ballenas, cuando el *Nautilus* llegó. Hizo una maniobra para dividir la manada de los macrocéfalos. Éstos, al principio, no se mostraron especialmente impresionados ante la llegada del nuevo monstruo que venía a tomar parte en la batalla. Pero enseguida tuvieron que protegerse de sus golpes.

¡Qué lucha! El propio Ned Land, rápidamente entusiasmado acabó por aplaudir. El *Nautilus* se había convertido en un arpón formidable, empuñado por la mano de su capitán. Se lanzaba contra las masas carnosas y las atravesaba de parte a parte, dejando a su paso dos mitades de animal palpitantes. Los formidables coletazos que se abatían sobre sus flancos no los sentía, como tampoco sentía los choques que provocaba. Una vez exterminado un cachalote, corría hacia otro, viraba para no errar su presa, yendo de proa, de popa, obediente al gobernalle, sumergiéndose cuando el cetáceo se sumergía en las capas más profundas, emergiendo con él cuando éste subía a la superficie, golpeándolo de lleno o de través, cortándolo o desgarrándolo, en todas las direcciones y a todas las velocidades, clavándole su terrible espolón.

¡Qué carnicería! ¡Qué fragor en la superficie de las aguas! ¡Qué agudos silbidos y qué estertores de aquellos animales aterrorizados! En medio de unas aguas de ordinario tan tranquilas, su cola levantaba auténticas olas.

Durante una hora se prolongó esta homérica masacre, a la que

los macrocéfalos no podían sustraerse. Varias veces, diez o doce reunidos intentaron aplastar al *Nautilus* con sus masas. Se veía en el cristal su enorme hocico, empedrado de dientes, y su terrible ojo. Ned Land, que no podía ya contenerse, los amenazaba e injuriaba. Se sentía como se aferraban a nuestro aparato, cual sabuesos que acometen a un jabato entre los matorrales. Pero el *Nautilus*, forzando su hélice, los embestía, los arrastraba o los llevaba al nivel superior de las aguas, insensible a su peso enorme o a sus poderosas tenazas.

Por último, la masa de cachalotes se aclaró. Las aguas volvieron a estar tranquilas. Noté cómo subíamos a la superficie del océano. Se abrió la escotilla y nos precipitamos a cubierta.

El mar estaba cubierto de cadáveres mutilados. Ni una formidable explosión habría partido, desgarrado y destrozado con más violencia aquellas masas carnosas. Flotábamos en medio de cuerpos gigantescos, de lomo azulado, blanquecinos en el vientre, y todos ellos llenos de enormes protuberancias. Algunos cachalotes aterrorizados huían por el horizonte. Las aguas estaban teñidas de rojo en un espacio de varias millas, y el *Nautilus* flotaba en medio de un mar de sangre.

El capitán Nemo se nos unió.

—¿Y bien, señor Land? —dijo.

—Pues bien, señor —respondió el canadiense, en el que el entusiasmo se había apaciguado—, es un espectáculo terrible, es cierto. Pero yo no soy un carnicero: soy un cazador, y esto no es más que una carnicería.

—Es una matanza de animales dañinos —respondió el capitán—, y el *Nautilus* no es un cuchillo de carnicero.

—Prefiero mi arpón —repuso el canadiense.

—A cada cual su arma —respondió el capitán, mirando fijamente a Ned Land.

Yo temía que éste se dejase arrastrar a algún acto de violencia que habría tenido consecuencias lamentables. Pero su ira fue desviada al ver una ballena a la que se acercaba el *Nautilus*.

El animal no había podido escapar a las dentelladas de los cachalotes. Reconocí a la ballena austral, de cabeza aplastada, que es completamente negra. Anatómicamente, se distingue de la ballena blanca y de la Nord Caper por la soldadura de las siete

vértebras cervicales, y tiene dos costillas más que sus congéneres. El desgraciado cetáceo, recostado sobre un lado, con el vientre agujereado de mordeduras, estaba muerto. En el extremo de su aleta mutilada llevaba todavía a un pequeño ballenato al que no había podido salvar de la masacre. Su boca abierta dejaba fluir el agua, que murmuraba como la resaca a través de sus barbas.

El capitán Nemo condujo el *Nautilus* junto al cadáver del animal. Dos de sus hombres subieron al costado de la ballena y vi, no sin sorpresa, que retiraban de sus mamas toda la leche que éstas contenían, es decir una cantidad equivalente a dos o tres toneladas.

El capitán me ofreció una taza de esa leche aún tibia. No pude evitar mostrar mi repugnancia por ese brebaje. Me aseguró que esa leche era excelente y que no se distinguía en nada de la leche de vaca.

La probé y compartí su opinión. Era una reserva útil para nosotros, pues esa leche, en forma de mantequilla salada o de queso, debía de aportar un agradable cambio a nuestro rancho cotidiano.

Desde aquel día, observé con preocupación que la actitud de Ned Land para con el capitán Nemo se agriaba cada vez más y decidí vigilar estrechamente los actos y los gestos del canadiense.

XIII

El banco de hielo

El *Nautilus* había reanudado su imperturbable marcha hacia el Sur. Seguía el quincuagésimo meridiano a una velocidad considerable. ¿Querría alcanzar el Polo? No me parecía verosímil, pues, hasta la fecha, todas las tentativas por llegar hasta ese punto del globo habían fracasado. La estación, además, estaba ya bastante avanzada, dado que el 13 de marzo de las tierras antárticas corresponde al 13 de septiembre de las regiones boreales, que da paso al período equinoccial.

El 14 de marzo, avisté témpanos flotantes a 55° de latitud, simples restos de colores desvaídos y de entre veinte y veinticinco pies que formaban escollos sobre los que batía el mar. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del océano. Ned Land, que ya había pescado en las regiones árticas, estaba familiarizado con el espectáculo de los *icebergs* [239]. Conseil y yo lo admirábamos por vez primera.

Camino del horizonte meridional, la atmósfera estaba dominada por una franja blanca de deslumbrante luminosidad. Los balleneros ingleses le han dado el nombre de *iceblink*. Por muy espesas que sean las nubes no pueden oscurecerla. Anuncia la presencia de un *pack* o banco de hielo.

Así fue. Inmediatamente aparecieron bloques de mayor tamaño, cuyo resplandor se modificaba según los caprichos de la bruma. Algunas de aquellas masas mostraban vetas verdes, lo que sugería que sus líneas onduladas se debían al sulfato de cobre. Otras, parecidas a enormes amatistas, se dejaban penetrar por la luz. Unas

reflejaban los rayos de luz en las mil facetas de sus cristales. Otras, matizadas por los vivos reflejos calcáreos, habrían bastado para construir toda una ciudad de mármol.

Conforme íbamos descendiendo hacia el Sur, aquellas islas flotantes aumentaban en número y en importancia. Las aves polares anidaban en ellas a millares. Había petreles comunes y pintados, y pardelas, que nos ensordecían con sus chillidos. Algunas confundían el *Nautilus* con el cadáver de una ballena, venían a posarse sobre él y picoteaban su acero sonoro.

Durante la travesía en medio de los hielos, el capitán Nemo pasaba largos ratos en cubierta. Observaba atentamente aquellos parajes abandonados. Yo veía cómo su mirada tranquila se animaba a veces. ¿Se estaría diciendo para sus adentros que en los mares polares, vedados al hombre, se encontraba en su casa, como dueño y señor de aquellos infranqueables espacios? Tal vez. Pero no hablaba. Permanecía inmóvil, sólo volvía en sí cuando afloraban sus instintos de navegante. Entonces, dirigía el *Nautilus* con una consumada destreza, evitaba hábilmente el choque con las masas de hielo, algunas de las cuales tenían un tamaño de varias millas y una altura que oscilaba entre setenta y ochenta metros. A menudo, el horizonte parecía enteramente cerrado. A la altura de los sesenta grados de latitud, habían desaparecido los pasos. Pero el capitán Nemo, tras escrutarlo atentamente, encontraba inmediatamente algún angosto canal por el que se deslizaba audazmente, sabiendo a ciencia cierta, sin embargo, que se cerraría inmediatamente después.

Fue de ese modo como el *Nautilus*, guiado por esa mano hábil, surcó el mar de hielos, clasificados, según su forma o tamaño, con una precisión que encantaba a Conseil: *icebergs* o montañas, *ice-fields* o campos unidos y sin límites, *drift-ice* o hielos flotantes, *packs* o campos fracturados, denominados *palchs* cuando son circulares y *streams* cuando están compuestos de bloques alargados.

La temperatura era bastante baja. El termómetro, expuesto al aire exterior, marcaba entre dos y tres grados bajo cero. Pero estábamos bien abrigados con pieles, obtenidas de las focas y los osos polares. El interior del *Nautilus*, regularmente calentado por sus aparatos eléctricos, desafiaba los fríos más intensos. Por otra parte, le habría bastado con sumergirse a unos metros de la

superficie para hallar una temperatura soportable.

Dos meses antes, podríamos haber disfrutado de un día perpetuo en aquellas latitudes, pero ya se hacía de noche durante tres y cuatro horas, y más tarde la sombra se apoderaría durante seis meses de las regiones circumpolares.

El 15 de marzo, atravesamos la latitud de las islas Nuevas Shetland y de las Orcadas del Sur. El capitán me informó de que, antiguamente, numerosos rebaños de focas poblaban esas tierras, pero los balleneros ingleses y americanos, con su saña destructora, habían exterminado a los adultos y a las hembras preñadas, y allí donde existía la animación de la vida habían dejado el silencio de la muerte.

El 16 de marzo, hacia las ocho de la mañana, el *Nautilus*, siguiendo el quincuagésimo quinto meridiano, cortó el círculo polar antártico. Los hielos nos rodeaban por todas partes y cerraban el horizonte. Sin embargo, el capitán Nemo navegaba de paso en paso y seguía avanzando imparable.

—Pero ¿adónde va? —me preguntaba yo.

—Hacia adelante —respondía Conseil—. Después de todo, cuando ya no pueda ir más lejos, se detendrá.

—¡Yo no lo daría por seguro! —repliqué.

Si soy sincero, he de confesar que aquella aventurada excursión no me desagradaba lo más mínimo. No podría expresar hasta qué punto me embargaba la belleza de esas nuevas regiones. Los hielos adoptaban unas formas soberbias. En algunos lugares, formaban una ciudad oriental con sus incontables minaretes y mezquitas. En otros, una ciudad semiderruida y arrasada por las convulsiones del suelo: aspectos continuamente modificados por los rayos oblicuos del sol, o perdidos en las brumas grises en medio de las tormentas de nieve. Después, se oían desde todas partes detonaciones, desprendimientos, grandes derrumbamientos de los *icebergs*, que cambiaban el decorado como el paisaje de un diorama.

Cuando el *Nautilus* estaba sumergido y coincidía con el momento en que se rompían los equilibrios, el ruido se propagaba bajo las aguas con una intensidad aterradora, y la caída de las masas originaba espantosos remolinos hasta en las capas más profundas del océano. El *Nautilus* cabeceaba y se balanceaba entonces como un buque abandonado a la furia de los elementos.

Muchas veces, al no ver ninguna salida, pensaba yo que habíamos quedado definitivamente aprisionados; pero, guiado por su instinto, y al menor indicio, el capitán Nemo descubría nuevos pasos. No se equivocaba jamás al observar las sutiles venas de agua azulada que surcaban los *ice-fields*. Tampoco me cabía la menor duda de que se hubiera arriesgado ya anteriormente con el *Nautilus* en medio de los mares antárticos.

Sin embargo, en la jornada del 16 de marzo, los campos de hielo nos cerraron totalmente el camino. No se trataba ya del banco de hielo, sino de enormes *ice-fields* solidificados por el frío. Ese obstáculo no podía detener al capitán Nemo, y se lanzó contra el *ice-field* con una terrible violencia. El *Nautilus* penetraba como una cuña en aquella masa friable y la partía provocando unos crujidos terribles. Era el antiguo ariete propulsado por una fuerza infinita. Los pedazos de hielo, proyectados a las alturas, volvían a caer sobre nosotros como el granizo. Nuestro aparato se abría paso tan sólo con su fuerza de propulsión. A veces, llevado por su impulso, subía al campo de hielo y lo destrozaba con su peso, otras veces, agazapado bajo el *ice-field*, lo dividía con un simple movimiento de cabeceo que abría grandes grietas.

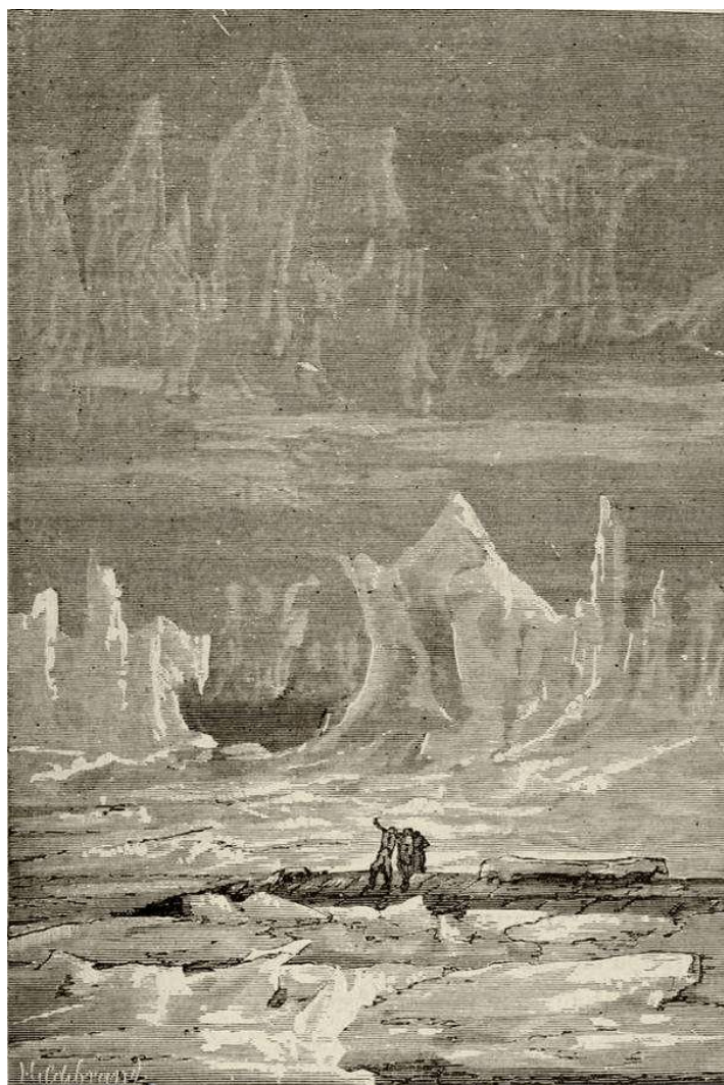
Durante esas jornadas nos asaltaron violentas ventiscas. A causa de las brumas espesas, no nos podíamos ver de proa a popa en cubierta. El viento rolaba bruscamente por todos los puntos cardinales. La nieve se acumulaba en capas tan duras que era necesario romperla a golpes de pico. La temperatura de cinco grados bajo cero bastaba para que todas las partes exteriores del *Nautilus* se cubrieran de hielo. No habría sido posible laborear los aparejos de un velero, pues todas las betas se habrían congelado en las roldanas de la motonadura. Únicamente un navío sin velas y movido por un motor eléctrico que prescindiera del carbón podía afrontar tan extremas latitudes.

El barómetro, en semejantes condiciones, se mantuvo por lo general muy bajo. Llegó a caer hasta los 735 mm. Las indicaciones de la brújula ya no ofrecían ninguna garantía. Sus agujas enloquecidas señalaban direcciones contradictorias al aproximarnos al Polo magnético meridional, que no debe confundirse con el Sur del mundo. En efecto, según Hansten[240], este Polo está situado aproximadamente a 70° de latitud y 130° de longitud, y según las

observaciones de Duperrey, a 135° de longitud y 70° 30' de latitud. Por consiguiente, debíamos efectuar numerosas observaciones en los compases transportados a diferentes puntos del navío y hallar la media. Pero, a menudo, había que fiarse de un cálculo estimativo para averiguar la ruta recorrida, método poco satisfactorio en medio de aquellos pasos sinuosos cuyos puntos de referencia cambian constantemente.

Por fin, el 18 de marzo, tras veinte asaltos inútiles, el *Nautilus* quedó definitivamente encallado. Ya no se trataba ni de *streams*, ni de *palchs*, ni de *ice-fields*, sino de una interminable e inmóvil barrera formada por montañas soldadas entre sí.

—¡El banco de hielo! —me dijo el canadiense.



Comprendí que a juicio de Ned Land, como de cualquiera de los navegantes que nos habían precedido, se trataba del obstáculo infranqueable. Tras haber aparecido momentáneamente el sol al mediodía, el capitán Nemo realizó una observación bastante exacta con la que marcó nuestra situación a 51° 30' de longitud y a 67° 39' de latitud meridional. Era ya un punto avanzado de las regiones antárticas.

Del mar, de la superficie líquida, ya no había ni rastro ante nuestros ojos. Bajo el espolón del *Nautilus* se extendía una vasta llanura atormentada, en una confusión de bloques, con todo el desorden que caracteriza a la superficie de un río poco antes del deshielo pero en proporciones gigantescas. Por doquier, picos agudos, agujas penetrantes que se alzaban a una altura de doscientos pies; más allá, una profusión de acantilados cortados a pico y revestidos de colores grisáceos, enormes espejos que reflejaban algunos rayos de sol casi ahogados en las brumas. En aquella naturaleza desolada, reinaba un feroz silencio, apenas roto por el batir de las alas de los petreles o de las pardelas. Todo estaba congelado, incluso el ruido.

El *Nautilus* tuvo que detenerse en su aventurada carrera en medio de los campos de hielo.

—Señor —me dijo aquel día Ned Land—, si su capitán llega más lejos...

—¿Qué?

—Entonces, será un hombre entero y verdadero.

—¿Por qué, Ned?

—Porque nadie puede atravesar el banco de hielo. Su famoso capitán es poderoso, pero ¡por mil diablos!, no es más poderoso que la naturaleza, y donde ésta ha puesto sus límites hay que pararse, guste o no guste.

—Así es, Ned Land, pero habría querido ver qué hay detrás de ese banco de hielo. Una muralla, ¿eso es lo que más me irrita!

—El señor tiene razón —dijo Conseil—. Las murallas sólo se han inventado para molestar a los sabios. No debería de haber muros en ninguna parte.

—¡Bueno! —dijo el canadiense—. Detrás de ese banco, ya se sabe lo que hay.

—¿Y qué hay, pues? —pregunté.

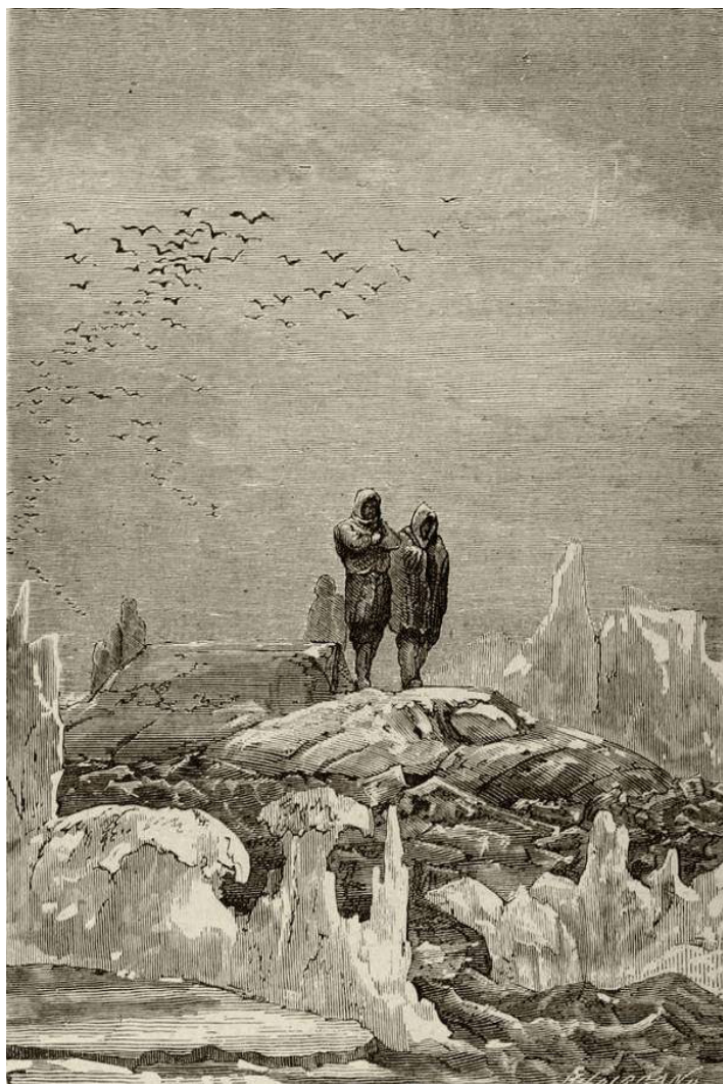
—¡Hielo y más hielo!

—Usted está convencido de ello, Ned, pero yo no lo estoy — repliqué—. Por eso querría ir a verlo.

—Pues —respondió el canadiense—, renuncie a esa idea, señor profesor. Ha llegado usted al banco de hielo, lo que no es poco, y ni usted ni su capitán Nemo ni su *Nautilus* llegarán más lejos. Lo quiera el capitán o no, tendremos que volver hacia el Norte, es decir, adonde vive la gente honrada.

Tengo que reconocer que Ned Land tenía razón y mientras los barcos no se fabriquen para navegar sobre los campos de hielo, tendrán que detenerse ante el banco de hielo.

En efecto, a pesar de sus esfuerzos, a pesar de los poderosos medios empleados para romper los hielos, el *Nautilus* se vio reducido a la inmovilidad. En condiciones normales, quien no puede ir más lejos es libre de volver sobre sus pasos. Pero en esas condiciones, volver era tan imposible como avanzar, pues los pasos se habían cerrado tras de nosotros, y a poco que nuestro aparato permaneciera inmóvil, no habría tardado en quedarse bloqueado. Eso fue lo que pasó hacia las dos de la tarde, y el hielo joven se formó sobre sus flancos con una sorprendente rapidez. Tengo que confesar que la conducta del capitán Nemo era más que imprudente.



En esos momentos me encontraba yo en cubierta. El capitán, que observaba la situación desde hacía unos instantes, me dijo:

—Bueno, señor profesor, ¿qué opina usted?

—Creo que estamos atrapados, capitán.

—¡Atrapados! ¿Qué entiende usted por atrapados?

—Creo que no podemos ir ni hacia adelante ni hacia atrás, ni hacia ningún otra dirección. Me parece que es lo que se llama «atrapados», por lo menos en los continentes habitados.

—Así que, señor Aronnax, ¿piensa usted que el *Nautilus* no podrá liberarse?

—Difícilmente, capitán, pues ya está demasiado avanzada la estación como para que pueda usted contar con el deshielo.

—¡Ah, señor profesor! —respondió el capitán Nemo con ironía—. ¡Siempre será usted el mismo! No ve usted más que impedimentos y obstáculos. Yo le aseguro que el *Nautilus* no sólo se liberará de los hielos, sino que incluso llegará más lejos todavía.

—¿Más lejos rumbo al Sur? —pregunté, mirando al capitán.

—Sí, señora, irá al Polo.

—¡Al Polo! —exclamé yo, sin poder contener un gesto de incredulidad.

—¡Sí! —respondió fríamente el capitán—. Al Polo Antártico, a ese punto desconocido en el que se cruzan todos los meridianos del globo. Ya sabe usted que puedo hacer con el *Nautilus* lo que me plazca.

¡Sí, ya lo sabía! Sabía que ese hombre era audaz hasta la temeridad. Pero, vencer los obstáculos que se erigen en el Polo Sur, más inaccesible todavía que ese Polo Norte al que aún no han podido llegar los navegantes más audaces, ¿no era una empresa absolutamente insensata y que únicamente podía concebir la mente de un loco?

Entonces se me ocurrió preguntar al capitán Nemo si había descubierto ya ese Polo donde jamás había puesto el pie una criatura humana.

—No, señor, —me respondió él—, y lo descubriremos juntos. Allá donde otros han fracasado, yo no fracasaré. Nunca he llevado mi *Nautilus* tan lejos en los mares australes, pero, se lo repito: llegará todavía más lejos.

—Quiero creerle capitán —proseguí yo también con cierta ironía

—. ¡Le creo! ¡Vamos adelante! ¡Para nosotros no hay obstáculos! ¡Rompe ese banco de hielo! ¡Hagámoslo saltar y, si resiste, dotemos de alas al *Nautilus* para que pueda pasar por encima!

—¿Por encima, señor profesor? —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. Por encima no: por debajo.

—¡Por debajo! —exclamé.

La súbita revelación de los proyectos del capitán acababa de iluminar mi mente. Entonces lo comprendí todo. Las maravillosas cualidades del *Nautilus* le iban a servir también en esa empresa sobrehumana.

—Veo que empezamos a entendernos, señor profesor —me dijo el capitán esbozando una sonrisa—. Ya vislumbra la posibilidad (yo lo llamaría el éxito) de mi tentativa. Lo que es impracticable con un navío ordinario, le resulta fácil al *Nautilus*. Si en el Polo encuentra un continente, se detendrá ante ese continente, pero si, por el contrario, es el mar libre el que lo baña, irá hasta el mismo Polo.

—Claro —dije yo seducido por el razonamiento del capitán—, si la superficie del mar está solidificada por los hielos, sus capas inferiores serán libres, por la providencial razón de que el máximo de densidad del agua de mar tiene un grado superior al de la congelación. Y si no me equivoco, la parte sumergida de este banco de hielo es a la parte emergente como cuatro a uno.

—Aproximadamente —señor profesor—. Por un pie que aflora de los *icebergs*, sobre la superficie del mar, hay tres por debajo. De modo que, como las montañas de hielo no sobrepasan una altura de cien metros, sólo están hundidas trescientos. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

—Nada, señor.

—Podrá incluso alcanzar una profundidad mayor para hallar esa temperatura uniforme de las aguas marinas, y entonces capearemos impunemente los treinta o cuarenta grados de frío de la superficie.

—Exacto, señor, absolutamente exacto —respondí animado.

—La única dificultad —continuó el capitán Nemo—, consistirá en permanecer varios días sumergidos sin renovar nuestra provisión de aire.

—¿Nada más que eso? —repliqué—. El *Nautilus* dispone de unos depósitos grandes, los llenaremos y nos proporcionarán todo el oxígeno que necesitamos.

—Bien visto, señor Aronnax —respondió sonriente el capitán—. Pero, puesto que no deseo que me pueda acusar usted de temeridad, le presento por anticipado todas mis objeciones.

—¿Todavía le quedan?

—Sólo una. Es posible que aunque exista el mar en el Polo Sur esté totalmente congelado, y, por consiguiente, que no podamos volver a la superficie.

—Bueno, señor, olvida usted que el *Nautilus* está armado de un temible espolón, ¿no podríamos lanzarlo de través contra esos campos de hielo, que se abrirán al choque?

—¡Bien, señor profesor! ¡Tiene usted el día inspirado!

—Además, capitán —añadí yo con mayor entusiasmo—, ¿qué razón hay para que no encontremos el mar libre en el Polo Sur como en el Polo Norte? Los polos del frío y los polos de la tierra no se confunden ni en el hemisferio austral ni en el hemisferio boreal, y, hasta que no se demuestre lo contrario, se debe suponer la existencia de un continente o de un océano libre de hielos en esos dos puntos del suelo.

—Yo también lo creo, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo—. Solamente le haré notar que, después de haber formulado tantas objeciones contra mi proyecto, ahora me abrumba usted con los argumentos a su favor.

El capitán Nemo estaba en lo cierto. Había llegado a vencerlo en audacia. Era yo quien lo llevaba al Polo. Lo adelantaba, lo dejaba rezagado... ¡Mas no!, pobre loco. El capitán Nemo conocía mejor que tú los pros y los contras de la cuestión y se divertía viéndote arrebatado por las alucinaciones de lo imposible.

Mientras tanto, no había perdido un instante. A una señal, el segundo apareció. Los dos hombres intercambiaron unas frases en su lengua incomprensible y, bien porque el segundo ya estuviese advertido de antemano, o bien porque le pareciese que el proyecto era viable, no dejó traslucir sorpresa alguna.

Pero por muy impasible que fuese, no mostró un grado de impasibilidad más completo que Conseil, al anunciarle al buen muchacho nuestra intención de avanzar hasta el Polo Sur. Un «como el señor guste» acogió mi comunicación, y con eso tuve que contentarme. En cuanto a Ned Land, si alguna vez ha habido hombros que se levantaran tan alto, éstos fueron los del canadiense.

—Mire usted, señor —me dijo—. Usted y su capitán Nemo me dan pena.

—Pero iremos al Polo, Ned.

—Es posible, pero no regresarán.

Y Ned Land entró en su camarote, «para no hacer una barbaridad», según dijo al dejarme.

Mientras tanto, los preparativos de tan audaz tentativa acababan de comenzar. Las poderosas bombas del *Nautilus* conducían el aire a los depósitos y lo almacenaban a alta presión. Hacia las cuatro, el capitán Nemo me anunció que se iban a cerrar las escotillas de cubierta. Yo eché una última mirada al espeso banco de hielo que íbamos a franquear. El tiempo era claro, la atmósfera suficientemente pura, el frío muy intenso, doce grados bajo cero; pero, al haberse calmado el viento, esta temperatura no parecía demasiado insoportable.

Una decena de hombres subieron a los costados del *Nautilus* y, armados de picos, rompieron el hielo que había en torno a la carena, dejándola libre. La operación se realizó rápidamente, pues la capa de hielo recién formada todavía era delgada. Todos entramos al interior. Los depósitos habituales se llenaron de esa agua que había quedado libre hasta la línea de flotación. El *Nautilus* no tardó en sumergirse.

Yo me había instalado en el salón con Conseil. Por el cristal abierto mirábamos las capas inferiores del océano Austral. El termómetro volvía a subir. La aguja del manómetro se desviaba en el cuadrante.

Aproximadamente a trescientos metros, tal como había previsto el capitán Nemo, flotábamos bajo la superficie ondulada del banco. Pero el *Nautilus* se sumergió más profundamente todavía. Alcanzó una profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua, que marcaba doce grados en la superficie no llegaba ahora ni a once. Ya se habían ganado dos grados. Ni que decir tiene que la temperatura del *Nautilus*, caldeado por sus aparatos de calefacción, se mantenía a un nivel muy superior. Todas las maniobras se ejecutaron con extraordinaria precisión.

—Pasaremos, si el señor me lo permite —dijo Conseil.

—¡No me cabe duda! —respondí con profunda convicción.

En el mar libre, el *Nautilus* había tomado directamente el

camino del Polo, sin apartarse del meridiano cincuenta y dos. De 67° 30' a 90°, quedaban veintidós grados y medio de latitud por recorrer, es decir, un poco más de quinientas leguas. El *Nautilus* alcanzó una velocidad media de veintiséis millas por hora, la velocidad de un tren expreso. Si la mantenía, cuarenta y ocho horas le bastarían para alcanzar el Polo.

Durante parte de la noche, la novedad de la situación nos retuvo, a Conseil y a mí, ante la escotilla del salón. El mar estaba iluminado por la irradiación eléctrica del fanal. Pero estaba desierto. Los peces no permanecían en aquellas aguas prisioneras. Aquél no era más que un paso para ir del océano Antártico al mar libre del Polo. Nuestra navegación era rápida. Se notaba en las sacudidas del largo casco de acero.

Hacia las dos de la mañana, fui a descansar durante unas horas. Conseil me imitó. Al atravesar los corredores, no me encontré con el capitán Nemo. Supuse que estaría en la cabina del piloto.

Al día siguiente, 19 de marzo, a las cinco de la mañana, volví a mi puesto en el salón. La corredera eléctrica me indicó que la velocidad del *Nautilus* se había moderado. Entonces, volvió a subir a la superficie, pero prudentemente, vaciando lentamente los depósitos.

Mi corazón latía con fuerza. ¿Emergeríamos y encontraríamos la atmósfera libre del Polo?

No. Un choque me indicó que el *Nautilus* había topado con la superficie inferior del banco de hielo, muy espeso todavía, a juzgar por lo sordo del ruido. En efecto, habíamos «tocado», por utilizar la expresión marinera, pero en sentido inverso y a mil pies de profundidad: lo que daba dos mil pies de hielo por encima de nosotros, mil de los cuales emergían. El banco presentaba entonces una altura superior a la que habíamos encontrado en sus bordes. Circunstancia poco tranquilizadora.

Durante aquella jornada, el *Nautilus* realizó en varias ocasiones el mismo experimento, y una y otra vez embestía la muralla que teníamos por techo. En algunos momentos, la tocó a novecientos metros, lo que indicaba mil doscientos metros de espesor, de los cuales doscientos metros emergían por encima de la superficie del océano. Era el doble de altura que el *Nautilus* había encontrado cuando se había sumergido bajo las aguas.

Anoté cuidadosamente las diversas profundidades y así obtuve el perfil submarino de la cadena que se extendía bajo las aguas.

Por la tarde, no se había registrado ningún cambio en nuestra situación. El hielo permanecía entre cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. Evidente disminución, ¡mas qué espesor quedaba todavía entre nosotros y la superficie del océano!

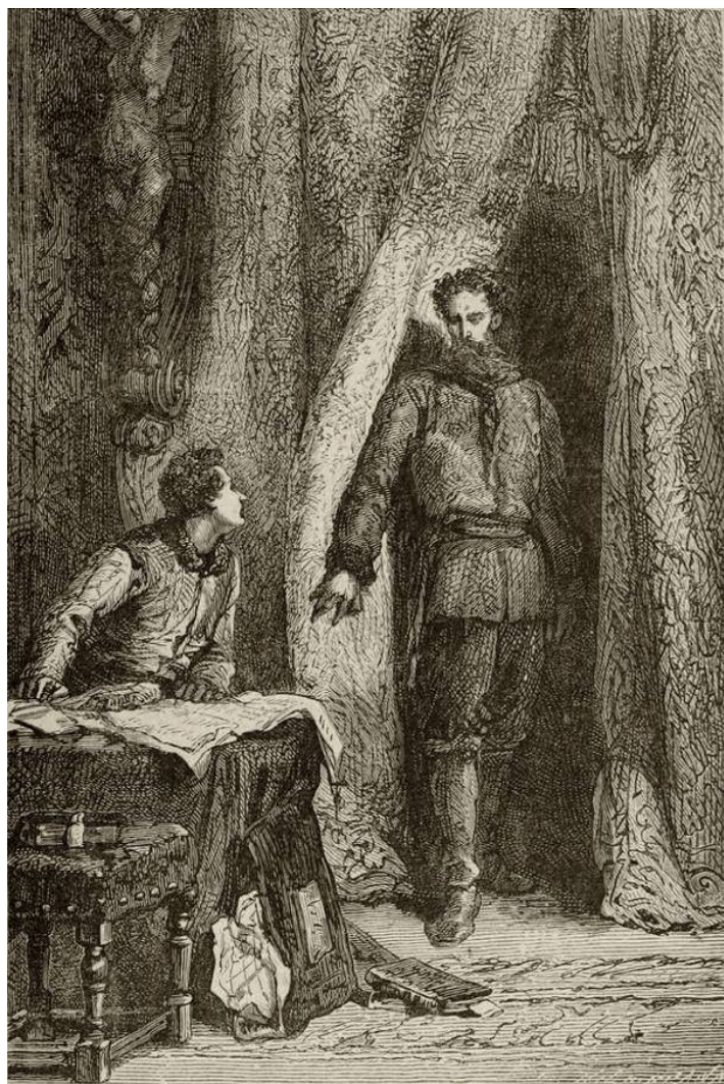
Entonces eran las ocho. Hacía ya cuatro horas que el aire debía de haber sido renovado en el interior del *Nautilus*, según la costumbre cotidiana de a bordo. Sin embargo, yo no sufría demasiado, pese a que el capitán Nemo no hubiese exigido aún de sus depósitos un suplemento de oxígeno.

Durante aquella noche, mi sueño fue penoso. Esperanza y temor me asediaban sucesivamente. Me levanté varias veces. Los tanteos del *Nautilus* continuaban. Hacia las tres de la mañana, observé que la superficie inferior del banco de hielo se encontraba solamente a cincuenta metros de profundidad. Ciento cincuenta pies nos separaban entonces de la superficie de las aguas. El banco de hielo se convertía poco a poco en *ice-field*. La montaña se convertía en llanura.

Mis ojos no se apartaban del manómetro. Continuábamos ascendiendo y seguíamos, por una diagonal, la resplandeciente superficie que centelleaba por efecto de los rayos de luz eléctrica. El banco se reducía por arriba y por abajo formando rampas alargadas. Su grosor menguaba de milla en milla.

Por fin, a las seis de la mañana, aquel día memorable del 19 de marzo[241], se abrió la puerta del salón. El capitán Nemo apareció.

—¡El mar libre! —me dijo.



XIV

El Polo Sur

Subí a toda velocidad a cubierta. ¡Sí! El mar libre. Apenas unos cuantos témpanos dispersos e *icebergs* móviles; en lontananza, el mar extenso; una pléyade de pájaros en los aires y miríadas de peces bajo aquellas aguas que, según los fondos, variaban del azul intenso al verde aceitunado. El termómetro marcaba tres grados centígrados sobre cero. Se podía decir que era una primavera relativa, encerrada tras el banco de hielo, cuyas masas alejadas se perfilaban en el horizonte del Norte.

—¿Estamos en el Polo? —pregunté al capitán, con el corazón palpitante.

—Lo ignoro —me respondió—. A las doce tomaremos la posición.

—¿Pero va a aparecer el sol a través de estas brumas? —pregunté, mirando el cielo grisáceo.

—Por poco que aparezca, bastará —respondió el capitán.

A diez millas del *Nautilus*, hacia el Sur, un islote solitario se elevaba hasta una altitud de doscientos metros. Navegamos hasta allá, pero con prudencia ya que el mar podía estar sembrado de escollos.

Una hora más tarde habíamos alcanzado el islote. Dos horas más tarde, acabábamos de costearlo en todo su perímetro, que medía entre cuatro y cinco millas. Un estrecho canal lo separaba de una tierra de considerable extensión, quizá un continente, cuyos límites no podíamos distinguir. La existencia de aquella tierra parecía dar razón a las hipótesis de Maury. El ingenioso americano ha observado, en efecto, que entre el Polo Sur y el paralelo sesenta, el

mar está cubierto de hielos flotantes de enormes dimensiones que jamás se encuentran en el Atlántico Norte. Por esa razón, ha llegado a la conclusión de que en el círculo polar antártico existen unas tierras de vastas dimensiones, ya que los *icebergs* no pueden formarse en alta mar, sino solamente en las costas. Según sus cálculos, la masa de hielos que envuelve el Polo austral forma un enorme casquete cuya anchura debe de alcanzar cuatro mil kilómetros.

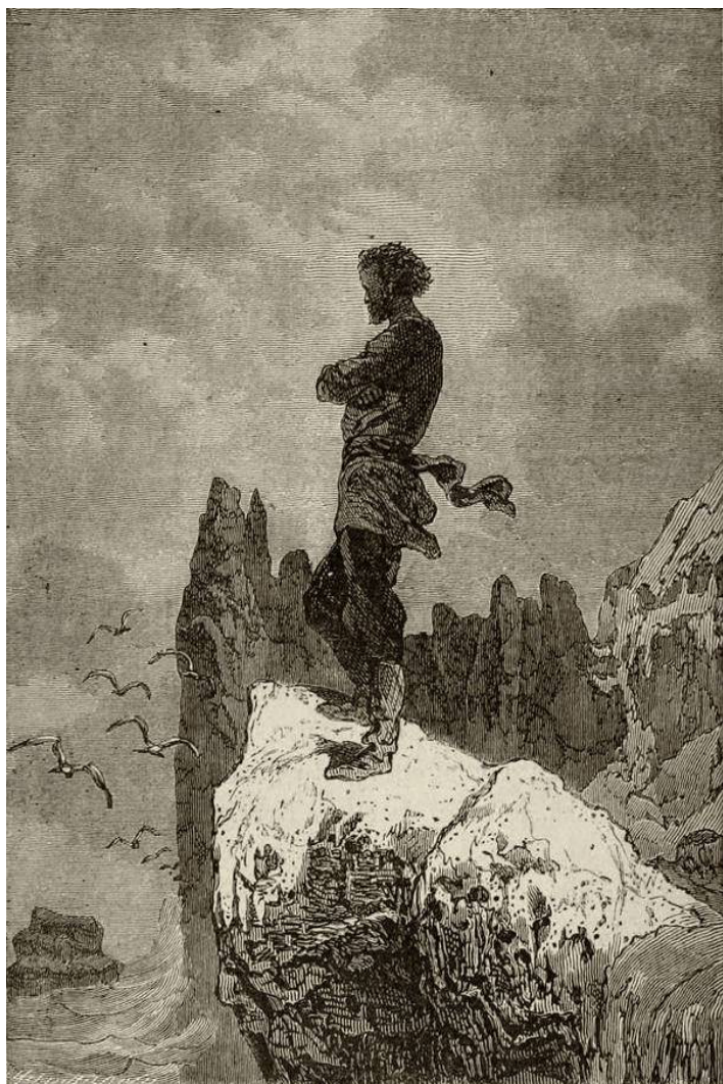
Mientras tanto, el *Nautilus*, por temor a encallar, se había detenido a tres cables de una playa dominada por un soberbio hacinamiento de rocas. Se echó el bote al mar. El capitán, dos de sus hombres con los instrumentos, Conseil y yo embarcamos. Eran las diez de la mañana. No habíamos visto a Ned Land. El canadiense, sin duda, no quería tener que retractarse si se encontraba en el Polo Sur.

De unas remadas el bote alcanzó la playa, donde quedó varado. En el momento en que Conseil iba a saltar a tierra, lo retuve.

—Señor —le dije al capitán Nemo—, a usted le corresponde el honor de ser el primero en poner el pie sobre esta tierra.

—Sí, señor —respondió el capitán—, y si no vacilo en poner los pies en el suelo del Polo es porque hasta ahora ningún otro ser humano lo ha hecho.

Dicho eso, saltó ágilmente a tierra. Una viva emoción le hacía palpar el corazón. Escaló una roca que acababa cortada a pico al final de un pequeño promontorio, y allí, con los brazos cruzados y la mirada ardiente, inmóvil, mudo, parecía tomar posesión de las regiones australes. Tras pasar cinco minutos en ese éxtasis, se volvió hacia nosotros.



—Cuando usted guste, señor —me gritó.

Yo desembarqué, seguido de Conseil, dejando a los dos hombres en el bote.

En un buen trecho, el suelo presentaba una toba de color rojizo, como formada por ladrillos triturados. Estaba recubierto también por escorias, lava colada y piedra pómez. No podía ocultar su origen volcánico. En algunos lugares, unas ligeras fumarolas que desprendían un olor sulfuroso eran la prueba de que los fuegos interiores conservaban aún su potencia expansiva. Sin embargo, después de escalar una alta escarpa, no vi ningún volcán en un radio de varias millas. Se sabe que en estos parajes antárticos, James Ross[242] encontró los cráteres del Erebo y del Terror en plena actividad en el meridiano 177° y a 77° 32' de latitud.

La vegetación de este continente desolado me pareció extremadamente limitada. Algunos líquenes de la especie *Usnea melanoxantha* se repartían entre las rocas negras. Algunas plántulas microscópicas, rudimentarias diatomeas, especie de células dispuestas entre dos conchas de cuarzo, largos fucos púrpuras y carmesíes, con pequeñas vejigas natatorias que la resaca arrojaba a la costa, componían la escasa flora de esta región.

Los moluscos, pequeños mejillones, lapas, almejas lisas en forma de corazones, y especialmente clíos con el cuerpo oblongo y membranoso, cuya cabeza está formada por dos lóbulos redondeados, abarrotaban la orilla. También vi miríadas de esos clíos boreales de tres centímetros de longitud, que las ballenas engullen en cantidades ingentes. Esos encantadores pterópodos, auténticas mariposas de mar, animaban las aguas libres en la orilla.

Entre otros zoófitos, aparecían en los bajíos algunas arborescencias coralígenas, de esas que, según James Ross, viven en los mares antárticos hasta a mil metros de profundidad; después, pequeños alciones pertenecientes a la especie *Procellaria pelagica*[243], así como un gran número de asterias, propias de esos climas, y estrellas de mar que se desplegaban como una constelación en el suelo.

Pero donde la vida rebosaba pletórica era en los aires. Volaban y revoloteaban a millares las aves de especies variadas que nos ensordecían con sus gritos. Otras atestaban las rocas, observando impávidas nuestra marcha, y acudían tras nuestros pasos con toda

familiaridad. Eran pingüinos, tan ágiles y flexibles en el agua, donde a veces se les ha confundido con rápidos bonitos, como torpes y pesados en tierra. Lanzaban unos chillidos barrocos y formaban asambleas numerosas, sobrios de gestos más pródigos en clamores.



Entre las aves, observé las palomas antárticas, quionínidos de la familia de las zancudas, aves gruesas y de color blanco, con el pico corto y cónico y los ojos rodeados por un círculo rojo. Conseil se aprovisionó de ellas, pues esos volátiles, convenientemente preparados, son un plato agradable. Por los aires pasaban los albatros fuliginosos, de una envergadura de cuatro metros, con razón llamados los buitres del océano; gigantescos petreles, entre otros los *quebrantahuesos* [244], de alas arqueadas, que son grandes devoradores de focas; petreles pintados, especie de patos pequeños, con la parte superior del cuerpo de color negro y blanco; finalmente, toda una galería de petreles, unos blanquecinos, con las alas ribeteadas de marrón, otros azules y propios de los mares antárticos, aquellos «tan aceitosos —dije a Conseil— que a los habitantes de las islas Feroe les basta con ponerles una mecha y encenderlos».

—¡Un poco más —respondió Conseil—, y serían unas lámparas perfectas! Al fin y al cabo, no se puede pedir que, además, la naturaleza les haya puesto una mecha.

Tras media milla de marcha, el suelo apareció asaeteado de nidos de pájaros bobos, suerte de madrigueras preparadas para la puesta, de las que escapaban numerosos pájaros. El capitán Nemo mandó cazar más tarde unos centenares, pues su carne negra es comestible. Rebuznaban como asnos. Esos animales, del tamaño de una oca, con el cuerpo de color pizarra, de vientre blanco y con un ribete de color limón similar a una corbata en el cuello, se dejaban matar a pedradas sin intentar escapar.

Mientras tanto, la bruma no se levantaba y, a las once, el sol todavía no había aparecido. Su ausencia no dejaba de inquietarme. Sin sol, no había observación posible. ¿Cómo determinar entonces si habíamos llegado al Polo?

Cuando alcancé al capitán Nemo, lo encontré acodado en silencio en una roca y con la mirada dirigida hacia el cielo. Parecía impaciente, contrariado. Pero ¿qué se podía hacer? Aquel hombre audaz y poderoso no mandaba en el sol como en el mar.

Llegaron las doce del mediodía sin que el astro diurno hubiese aparecido ni una sola vez. No se podía ni tan siquiera reconocer el lugar que ocupaba tras la cortina de bruma. Enseguida, la bruma llegó a transformarse en nieve.

—Hasta mañana —me dijo simplemente el capitán.

Y regresamos al *Nautilus* en medio de las turbulencias de aire de la atmósfera.

Durante nuestra ausencia, se habían echado las redes y observé con interés los peces que acababan de ser capturados. Los mares antárticos sirven de refugio a un número muy elevado de peces migratorios, que escapan de las tormentas de las zonas más elevadas para caer, bien es cierto, en los dientes de las marsopas y de las focas. Observé algunos cótidos australes, de un decímetro de longitud, especie de peces cartilaginosos blanquecinos atravesados por franjas lívidas y armados de aguijones; después, las quimeras antárticas, de tres pies de largo, con el cuerpo muy alargado, la piel blanca, plateada y lisa, la cabeza redondeada, el lomo provisto de tres aletas y el morro terminado en una trompa que se retuerce hacia la boca. Probé su carne, pero la encontré insípida, a pesar de la opinión de Conseil a quien no le pareció mal.

La tormenta de nieve duró hasta el día siguiente. Era imposible mantenerse en cubierta. Desde el salón, donde yo anotaba los incidentes de esta excursión al continente polar, oía los chillidos de los petreles y de los albatros alborozados en medio de la tormenta. El *Nautilus* no permaneció inmóvil, y, costearlo, navegó todavía otras diez millas hacia el Sur, bañado en la media luz que dejaba el sol al acariciar los bordes del horizonte.

El día siguiente, 20 de marzo, la nieve había cesado. El frío era un poco más intenso. El termómetro marcaba dos grados bajo cero. Las nieblas se levantaron y yo esperaba que ese día pudiéramos efectuar nuestra observación.

El capitán Nemo aún no había aparecido, y Conseil y yo subimos al bote, que nos transportó a tierra. La naturaleza del suelo era idéntica: volcánica. Por doquier, había restos de lavas, de escorias, de basaltos, aunque no era visible el cráter que los había arrojado. Aquí y allá, miríadas de pájaros animaban esa parte del continente polar, pero este imperio lo compartían con grandes rebaños de mamíferos marinos que nos miraban con sus dulces ojos. Eran focas de diversas especies: unas estaban estiradas al sol, otras tendidas sobre témpanos a la deriva, algunas salían del mar o entraban en él. Al acercarnos, no huían, pues jamás habían estado en contacto con seres humanos; conté un número suficiente para abastecer varios

centenares de navíos.

—¡Menos mal —dijo Conseil— que Ned Land no nos ha acompañado!

—¿Por qué, Conseil?

—Porque ese furibundo cazador habría acabado con todo.

—Todo es mucho decir, pero creo que, ciertamente, no habríamos podido impedir que nuestro amigo el canadiense arponease unos cuantos de esos magníficos cetáceos. Lo que habría disgustado al capitán Nemo, pues él no derrama inútilmente la sangre de los animales inofensivos.

—Tiene razón el capitán.

—Por supuesto, Conseil. Pero, dime, ¿no has clasificado todavía esos magníficos especímenes de la fauna marina?

—Bien sabe el señor —respondió Conseil— que no estoy muy ducho en la práctica. Cuando el señor me haya dicho el nombre de esos animales...

—Son focas y morsas.

—Dos géneros que pertenecen a la familia de los pinnípedos — se apresuró a decir mi sabio Conseil—, orden de los carnívoros, grupo de los unguiculados, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, tipo de los vertebrados.

—Bien, Conseil —respondí yo—. Pero esos dos géneros, focas y morsas, se dividen en especies, y, si no me equivoco, tendremos aquí la ocasión de observarlas. Vamos.

Eran las ocho de la mañana. Nos quedaban cuatro horas por delante hasta el momento en que se pudiera observar con provecho el sol. Yo dirigí nuestros pasos hacia una vasta bahía que mordía el acantilado granítico de la orilla.

Hasta donde podía alcanzar la vista, en torno a nosotros, las tierras y los hielos estaban abarrotados de mamíferos marinos, y yo buscaba involuntariamente con la mirada al viejo Proteo, el mitológico pastor que guardaba aquellos inmensos rebaños de Neptuno. Abundaban sobre todo las focas. Machos y hembras formaban grupos diferentes; mientras el padre velaba por la familia, la madre amamantaba a las crías; algunos jóvenes, ya fuertes, se emancipaban a unos pasos. Cuando esos mamíferos querían desplazarse, lo hacían a saltitos debidos a la contracción de su cuerpo, y se ayudaban bastante torpemente con su imperfecta aleta,

que, en los manatíes, sus congéneres, forma un auténtico antebrazo. He de reconocer que esos animales, con su espina dorsal móvil, sus caderas estrechas, su pelaje corto y espeso y sus pies palmeados, nadan admirablemente en el agua, su elemento por excelencia. En reposo y en tierra, adoptaban unas actitudes extremadamente graciosas. Los antiguos, al observar su dulce fisonomía y su expresiva mirada, sus ojos aterciopelados y límpidos que ni la más hermosa mirada de mujer podría superar, y sus poses encantadoras, los poetizaron a su manera y metamorfosearon en tritones a los machos y en sirenas a las hembras.

Hice observar a Conseil el considerable desarrollo de los lóbulos cerebrales de esos inteligentes cetáceos. Ningún mamífero, excepto el hombre, tiene una materia cerebral tan rica. Por lo tanto, las focas pueden recibir cierta educación, son fácilmente domesticables, y pienso, como algunos naturalistas, que podrían prestar grandes servicios como perros de pesca si se las amaestra convenientemente.

La mayor parte de las focas dormían en las rocas o en la arena. Entre las focas propiamente dichas, que carecen de oído externo —por lo que difieren así de los otáridos que tienen orejas desarrolladas—, observé diversas variedades de estenorrincos [245], de tres metros de longitud, de pelaje blanco, con cabeza de *bulldog*, armados de diez dientes en cada mandíbula, cuatro incisivos arriba y dos grandes colmillos en forma de flor de lis. Entre ellas se deslizaban los elefantes marinos, especie de focas con una trompa corta y móvil, son los gigantes de la especie, que tienen un contorno de veinte pies y diez metros de longitud. Cuando nos acercábamos no hacían ningún movimiento.

—¿No son peligrosos estos animales? —me preguntó Conseil.

—No —respondí yo—, a menos que se les ataque. Cuando una foca defiende a su cría, su furia es terrible y no es extraño que haga trizas la embarcación de los pescadores.

—Está en su derecho —replicó Conseil.

—No digo que no.

Dos millas más lejos, nos vimos detenidos por el promontorio que cubría la bahía contra los vientos del Sur. Caía cortado a pico sobre el mar y quedaba cubierto por la espuma de la resaca. Más allá resonaban estentóreos bramidos, como los que puede producir una manada de rumiantes.

—¿Qué es eso, un concierto de toros? —preguntó Conseil.

—No —dije yo—, un concierto de morsas.

—¿Pelean?

—Pelean o juegan.

—Si el señor me permite, hay que ver eso.

—Hay que verlo, Conseil.

Y allá fuimos, atravesando las rocas negruzcas, en medio de desprendimientos imprevistos, y por piedras que el hielo volvía bastante escurridizas. Caí más de una vez, maltratando mis riñones. Conseil, más prudente o más sólido, apenas tropezaba, y me ayudaba a levantarme diciendo:

—Si el señor tuviera la bondad de separar las piernas, el señor conservaría mejor el equilibrio.

Llegados a la vertiente superior del promontorio, vi una gran llanura blanca, cubierta de morsas. Los animales jugaban entre ellos. Eran bramidos de alegría y no de ira.

Las morsas se parecen a las focas por la forma de su cuerpo y por la disposición de sus miembros, pero su mandíbula inferior carece de colmillos y de incisivos; en cuanto a los colmillos superiores, se trata de dos defensas de ochenta centímetros de longitud, que miden treinta y tres en la circunferencia de su alvéolo. Esos colmillos, hechos de un marfil compacto y sin estrías, más duro que el de los elefantes y con menor tendencia a amarillear, son muy codiciados. Las morsas son víctimas de una caza despiadada que pronto acabará con la última de ellas, ya que los cazadores exterminan indiscriminadamente a las hembras preñadas y a los individuos jóvenes, destruyendo cada año más de cuatro mil ejemplares.

Al pasar junto a esos curiosos animales, pude observarlos detenidamente, pues nuestra presencia no les molestaba. Su piel era espesa y rugosa, de un matiz leonado tirando a rojo; su pelaje: corto y ralo. Algunas tenían un tamaño de cuatro metros. Más tranquilas y menos temerosas que sus congéneres del Norte, no confiaban a centinelas elegidos el cuidado de vigilar las inmediaciones de su campamento.

Luego de haber examinado aquella ciudad de las morsas, pensé en dar media vuelta. Eran las once y, si se presentaba una coyuntura favorable para que el capitán Nemo efectuara sus

observaciones, yo no quería faltar a la operación. A pesar de todo, no tenía muchas esperanzas de que el sol apareciese ese día. Las nubes, sumidas en el horizonte, nos lo ocultaban. Parecía que aquel astro celoso no quería revelar a los seres humanos ese punto inabordable del globo.

Así que pensé en regresar al *Nautilus*. Seguimos un estrecho desfiladero que corría a lo largo de la cima del acantilado. A las once y media, habíamos llegado al punto de desembarco. El bote varado había traído al capitán a tierra. Yo lo vi de pie sobre un bloque de basalto. Sus instrumentos estaban junto a él. Su mirada estaba clavada en el horizonte septentrional, junto al que el sol describía entonces una curva alargada.

Tomé posición junto a él y aguardé en silencio. Pasaron las doce del mediodía, y, al igual que en la víspera, el sol no apareció.

Era una fatalidad. Seguía faltándonos la observación. Si al día siguiente no se conseguía realizar, habría que renunciar definitivamente a marcar nuestra posición.

En efecto, estábamos precisamente a 20 de marzo. Al día siguiente, 21, día del equinoccio, sin contar con la refracción, el sol desaparecería en el horizonte durante seis meses, y con su desaparición comenzaría la larga noche polar. Desde el equinoccio de septiembre, había emergido del horizonte septentrional, ascendiendo por espirales alargadas hasta el 21 de diciembre. En esa época, en el solsticio de verano de aquellas regiones boreales[246], había comenzado a descender y al día siguiente lanzaría sus últimos rayos.

Comuniqué mis observaciones y mis temores al capitán Nemo.

—Tiene usted razón, señor Aronnax —me dijo—. Si mañana no obtengo la altura del sol, no podré efectuar esta operación hasta que hayan transcurrido otros seis meses. Pero, precisamente porque los azares de mi navegación me permitirán estar en estos mares el 21 de marzo, si aparece el sol a mediodía, será fácil fijar la posición.

—¿Por qué, capitán?

—Porque, cuando el astro diurno describe espirales tan largas, es difícil tomar exactamente su altura sobre el horizonte, y los instrumentos están expuestos a cometer graves errores.

—Entonces, ¿cómo procederá usted?

—Sólo emplearé el cronómetro —me respondió el capitán Nemo

—. Si mañana, 21 de marzo, a las doce del mediodía y teniendo en cuenta la refracción, el disco del sol queda exactamente cortado por el horizonte septentrional, eso significará que estoy en el Polo Sur.

—En efecto —dije—. Sin embargo, esta afirmación no es matemáticamente rigurosa, ya que el equinoccio no tiene por qué coincidir necesariamente con las doce del mediodía.

—Cierto, señor; pero el error no pasará de cien metros, y con eso bastará. Hasta mañana, pues.

El capitán Nemo regresó a bordo. Conseil y yo nos quedamos hasta las cinco, vagando por la playa, observando y estudiando. Yo no recogí ningún objeto curioso, a no ser un huevo de pingüino, extraordinario por su grosor y por el que un coleccionista habría pagado más de mil francos. Su color isabelino, con las rayas y los caracteres que lo adornaban como si fueran jeroglíficos, hacían de él un objeto raro. Lo puse en manos de Conseil, y el prudente muchacho, con paso seguro y tratándolo como a una preciosa porcelana de China, lo llevó intacto al *Nautilus*.

Allí coloqué ese huevo raro en una de las vitrinas del museo. Cené con apetito un excelente filete de hígado de foca, cuyo sabor recordaba al de la carne de cerdo. Después me acosté, no sin antes haber invocado, como un hindú, los favores del astro radiante.

Al día siguiente, 21 de marzo, a las cinco de la mañana, subí a cubierta y me encontré con el capitán Nemo.

—El tiempo se está despejando un poco —me dijo—. Tengo esperanzas. Después de desayunar, bajaremos a tierra para elegir un buen puesto de observación.

Tras quedar de acuerdo sobre ese punto, fui a buscar a Ned Land. Quería llevarlo conmigo. El obstinado canadiense se negó, y pude comprobar que su carácter taciturno y su agrio humor iban empeorando cada día que pasaba. Después de todo, no lamentaba yo su empecinamiento en este caso. Había demasiadas focas en tierra y, la verdad, más valía no someter a ese pescador irreflexivo a la tentación.

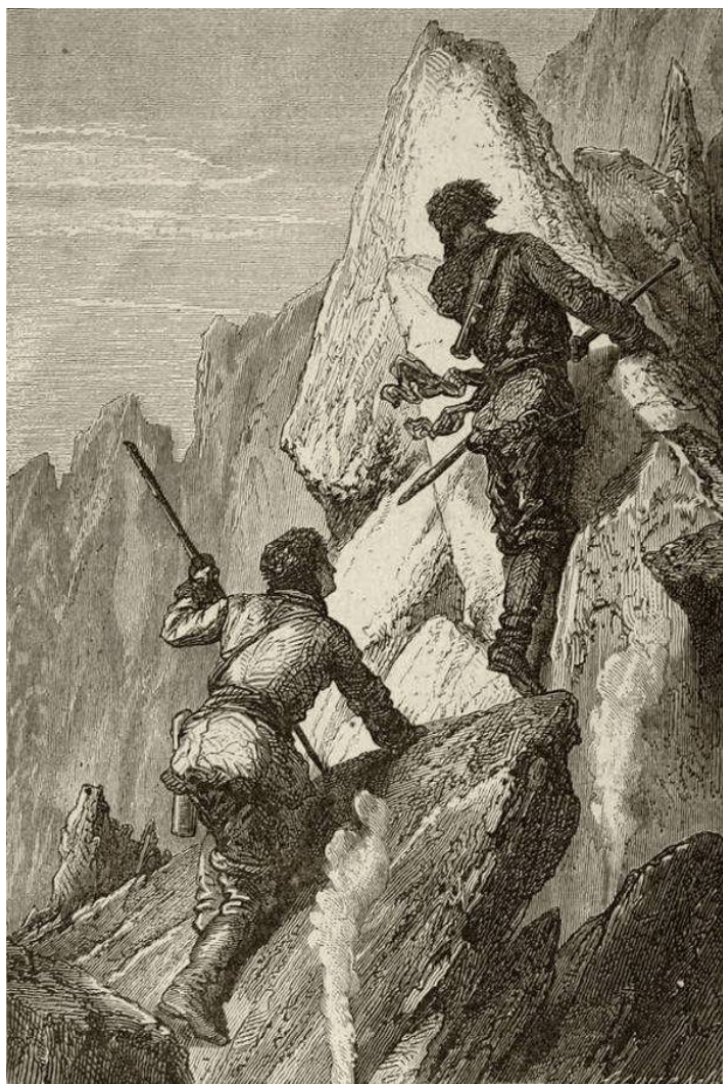
Una vez acabado el desayuno, bajé a tierra. El *Nautilus* se había desplazado varias millas durante la noche. Estaba en alta mar, a una buena legua de una costa que dominaba un pico agudo de cuatrocientos a quinientos metros. El bote nos llevaba a mí y al capitán Nemo, a dos hombres de la tripulación, y los instrumentos,

es decir: un cronómetro, un catalejo y un barómetro.

Durante nuestra travesía, vi numerosas ballenas que pertenecían a las tres especies particulares de los mares australes: la ballena franca o *right-whale* de los ingleses, que no tiene aleta dorsal, el *hump-back*, ballenóptero con el vientre estriado [247] y con grandes aletas blanquecinas que, a pesar de su nombre, no forman alas, y el *fin-back*, de color pardo amarillento, el más vivaz de los cetáceos [248]. Ese poderoso animal se deja oír desde lejos, cuando proyecta a gran altura sus chorros de aire y de vapor, que se asemejan a torbellinos de humo. Los diferentes mamíferos retozaban por grupos en las aguas tranquilas; pude apreciar que esas aguas del Polo servían ahora de refugio a los cetáceos que sufrían un acoso demasiado fuerte por parte de los cazadores.

Igualmente, distinguí largos cordones blancuzcos de salpas, especie de moluscos agregados, y medusas de gran tamaño que se balanceaban entre el remolino de las aguas.

A las nueve, acostábamos la tierra. El cielo se iba aclarando. Las nubes escapaban hacia el Sur. Las brumas abandonaban la superficie fría de las aguas. El capitán Nemo se dirigió al pico que quería convertir en su observatorio. Fue una penosa ascensión, sobre lavas afiladas y piedras pómez, en medio de una atmósfera a menudo saturada de las emanaciones sulfurosas de las fumarolas. El capitán, para ser un hombre no acostumbrado a pisar la tierra, escalaba las pendientes más pronunciadas con una agilidad que yo no podía igualar y que habría envidiado un cazador de rebecos.



Necesitamos dos horas para alcanzar la cumbre de aquel pico, mitad de pórfido, mitad de basalto. Desde allí, nuestras miradas abarcaban un vasto espacio del mar que, hacia el Norte, trazaba nítidamente su línea de horizonte sobre el fondo del cielo. A nuestros pies, se extendían unos campos de blancura cegadora. Sobre nuestras cabezas, un pálido azul, despejado de brumas. Al Norte, el disco del sol como una bola de fuego ya segada por la línea del horizonte. Del interior de esas aguas se elevaban como magníficos surtidores centenares de chorros líquidos. A lo lejos, el *Nautilus*, permanecía como un cetáceo dormido. Tras ellos, hacia el Sur y el Este, una tierra inmensa, un conglomerado caótico de rocas y de hielos cuyos límites eran imperceptibles.

El capitán Nemo, al llegar a la cumbre del pico, calculó cuidadosamente su altura por medio del barómetro, pues debía tenerla en cuenta en su observación.

A las doce menos cuarto, el sol, visto entonces por refracción solamente, se mostró como un disco de oro y arrojó sus últimos rayos sobre ese continente abandonado, sobre esos mares que el hombre nunca había surcado hasta entonces.

El capitán Nemo, provisto de un catalejo de retículos, que corregía la refracción por medio de un espejo, observó el astro que poco a poco se hundía bajo el horizonte, trazando una diagonal muy prolongada. Yo tenía el cronómetro. Mi corazón latía con fuerza. Si la desaparición del semicírculo solar coincidía con las doce del mediodía del cronómetro, nos encontrábamos exactamente en el Polo.

—¡Las doce! —exclamé.

—¡El Polo Sur! —respondió el capitán Nemo con voz grave, dándome el catalejo que mostraba al astro del día precisamente cortado en dos porciones iguales por el horizonte.

Miré cómo los últimos rayos coronaban el pico y las sombras ascendían poco a poco por sus rampas.

En ese momento, el capitán Nemo, apoyando su mano en mi hombro, me dijo:

—Señor profesor: en 1600, el holandés Ghéritk [249], arrastrado por las corrientes y las tempestades, alcanzó los 64° de latitud Sur y descubrió las islas Nuevas Shetland. En 1773, el 17 de enero, el ilustre Cook, siguiendo el meridiano 38°, alcanzó los 67° 30' de

latitud, y, en 1774, el 30 de enero, en el meridiano 109°, llegó a los 71° 15' de latitud. En 1819, el ruso Bellinghausen alcanzó el paralelo 69°, y, en 1821, el 66° a 111° de longitud Oeste. En 1820, el inglés Brunsfield se tuvo que detener en el 65°. El mismo año, el americano Morrell, cuyos relatos son dudosos, remontando el meridiano 42°, descubría el mar libre a 70° 14' de latitud. En 1825, el inglés Powell no podía rebasar el 62°. El mismo año, un simple cazador de focas, el inglés Weddel, llegaba hasta los 72° 14' de latitud en el meridiano 35°, y hasta los 74° 15' en el 36°. En 1829, el inglés Forster, al mando del *Chanticleer*, tomaba posesión del continente antártico a 63° 26' de latitud y 66° 26' de longitud. El 1 de febrero de 1831, el inglés Briscoe descubría la Tierra de Enderby a 68° 50' de latitud, en 1832, el 5 de febrero, la Tierra Adelaida a 67° de latitud, y el 21 de febrero, la Tierra de Graham a 64° 45' de latitud. En 1838, el francés Dumont d'Urville, detenido ante el banco de hielo a 62° 57' de latitud, descubría la Tierra de Luis Felipe; dos años más tarde, en una nueva incursión al Sur, daba nombre a la Tierra Adelia a 66° 30', el 21 de enero, y ocho días después, a 64° 40', a la costa Clarie. En 1838, el inglés Wilkes avanzó hasta el paralelo 79° por el meridiano 100°. En 1839, el inglés Balleny descubría la tierra Sabrina, en el límite del círculo polar. Por último, el 12 de enero de 1842, el inglés James Ross, a bordo del *Erebus* y del *Terror*, a 75° 56' de latitud y 171° 7' de longitud Este, hallaba la Tierra Victoria; el 23 del mismo mes, llegaba al paralelo 74°, el punto más alejado alcanzado hasta entonces; el 27, estaba a 76° 8', el 28, a 77° 32', el 2 de febrero, a 78° 4', y en 1842, volvía a los 71°, de los que ya no pudo pasar. ¡Pues, bien, yo, el capitán Nemo, este 21 de marzo de 1868, he alcanzado el Polo Sur, a los 90°, y tomo posesión de esta parte del globo, igual a la sexta parte de los continentes reconocidos!

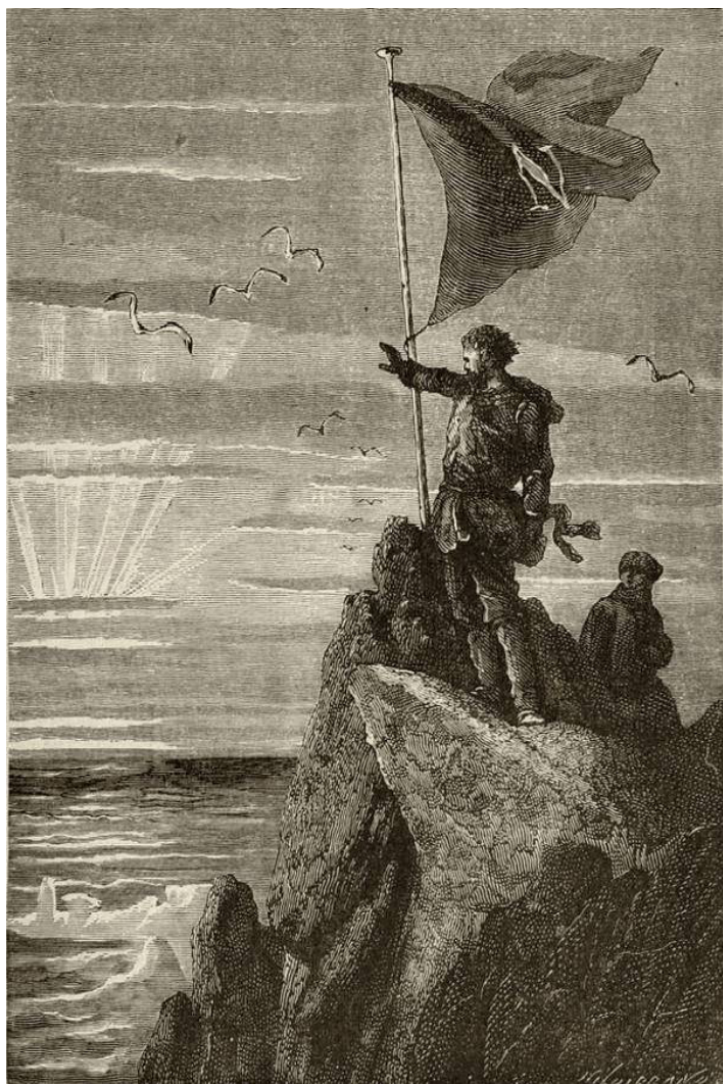
—¿En nombre de quién, capitán?

—¡En el mío propio, señor!

Y, dicho esto, el capitán Nemo desplegó una bandera negra, con una N de oro recamada en la estameña. Después, volviéndose hacia el astro diurno, cuyos últimos rayos lamían el horizonte marino, exclamó:

—¡Adiós, sol! ¡Desaparece, astro radiante! ¡Duérmete bajo este mar libre y deja que la noche de seis meses extienda sus sombras

sobre mis nuevos dominios!



XV

¿Accidente o incidente?

El día siguiente, 22 de marzo, a las seis de la mañana, se dio comienzo a los preparativos para la partida. Los últimos resplandores del crepúsculo se desvanecían en la noche. El frío arreciaba. Las constelaciones refulgían con sorprendente intensidad. En el cenit brillaba la admirable Cruz del Sur, la estrella polar de las regiones antárticas.

El termómetro marcaba doce grados bajo cero, y el viento, al refrescar, propinaba unas buenas dentelladas. Iban aumentando los témpanos en las aguas libres. El mar empezaba a congelarse por doquier. Numerosas placas de aspecto negruzco, extendidas por toda la superficie, anunciaban la próxima formación del hielo nuevo. Evidentemente, la cuenca antártica, helada durante los seis meses de invierno, era absolutamente inaccesible. ¿Qué ocurría con las ballenas durante este período? Seguramente, se desplazaban bajo el banco de hielo en busca de mares más practicables. Las focas y las morsas, habituadas a vivir en los climas más rigurosos, se quedaban en aquellos parajes helados. Estos animales abren por instinto agujeros en los *ice-fields* y los mantienen siempre abiertos. A esos agujeros es adonde vienen a respirar. Cuando los pájaros, empujados por el frío, han emigrado hacia el Norte, estos mamíferos marinos se convierten en los únicos dueños del continente polar.

Mientras tanto, se habían llenado los depósitos de agua, y el *Nautilus* se sumergía lentamente. A una profundidad de mil pies, se detuvo. Su hélice batió las aguas y avanzó directamente hacia el Norte a una velocidad de quince millas por hora. Por la tarde,

flotaba ya bajo el inmenso caparazón helado del banco de hielo.

Las escotillas del salón habían sido cerradas en previsión de que el casco del *Nautilus* topara con algún bloque sumergido. Aquel día me dediqué a pasar a limpio mis notas. Mi mente estaba completamente absorta en los recuerdos del Polo. Habíamos alcanzado ese punto inaccesible sin cansarnos, sin peligro, como si nuestro vagón flotante se hubiese deslizado sobre los raíles de un ferrocarril. Y ahora, comenzaba realmente el retorno. ¿Me reservaría unas sorpresas semejantes? Así lo creía; hasta tal punto es inagotable la serie de las maravillas submarinas. Desde hacía cinco meses y medio, cuando el azar nos había puesto a bordo del *Nautilus*, habíamos recorrido catorce mil leguas y en ese recorrido, más amplio que el Ecuador terrestre, cuántos incidentes, curiosos o terribles, habían salpicado nuestro viaje: la caza en los bosques de la isla de Crespo, la encalladura en el estrecho de Torres, el cementerio de coral, las pesquerías de Ceilán, el túnel arábigo, los fuegos de Santorín, los millones de la bahía de Vigo, la Atlántida, el Polo Sur. Durante la noche, todos esos recuerdos, pasando de sueño en sueño, no dejaron reposar mi cerebro ni un instante.

A las tres de la mañana, me despertó un choque violento. Me había incorporado en la cama, intentando percibir algún sonido en medio de la oscuridad, cuando, bruscamente, me vi proyectado en medio del camarote. Sin duda, el *Nautilus* había dado un bandazo considerable tras haber tocado.

Fui apoyándome por las paredes y arrastrándome por los corredores hasta el salón, iluminado por la lámpara del techo. Los muebles habían caído. Afortunadamente, las vitrinas, sólidamente fijadas por los pies, habían aguantado. Los cuadros de estribor, por el desplazamiento de la vertical, se pegaban a los tapices, mientras que los de babor se apartaban un pie de su borde inferior. El *Nautilus* estaba por tanto tumbado a estribor, y, además, completamente inmóvil.

Se oía un ruido de pasos y voces confusas que venían del interior. Pero el capitán Nemo no apareció. En el momento en que iba a dejar el salón, Ned Land y Conseil entraron.

—¿Qué ocurre? —les pregunté inmediatamente.

—Eso venía a preguntarle al señor —respondió Conseil.

—¡Por mil diablos! —gritó el canadiense—. ¡Yo sí que lo sé! El

Nautilus ha tocado y, visto como escora, no creo que pueda salir a flote como la primera vez en el estrecho de Torres.

—¿Pero —pregunté yo—, ha vuelto por lo menos a la superficie del mar?

—No lo sabemos —respondió Conseil.

—Eso es fácil de averiguar —respondí yo.

Consulté el manómetro. Con gran sorpresa por mi parte, vi que indicaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

—¿Qué quiere decir esto? —exclamé.

—Hay que preguntarle al capitán Nemo —dijo Conseil.

—¿Y dónde lo podemos encontrar? —preguntó Ned Land.

—Sígueme —dije a mis dos compañeros.

Salimos del salón. En la biblioteca, nadie. En la escalera central y en el puesto de la tripulación, nadie. Supuse que el capitán Nemo debía de estar en la cabina del piloto. Lo mejor era esperar. Los tres regresamos al salón.

Guardé silencio sobre las recriminaciones del canadiense. No le faltaba razón para enfurecerse. Lo dejé dar rienda suelta a su mal humor, sin responderle.

Llevábamos así veinte minutos, intentando sorprender los más mínimos ruidos que se producían en el interior del *Nautilus*, cuando el capitán Nemo entró. Pareció no vernos. Su rostro, habitualmente tan impasible, traslucía cierta inquietud. Observó en silencio la brújula y el manómetro y vino a poner el dedo en un punto del planisferio en la parte que representaban los mares australes.

No quise interrumpirlo. Tan sólo unos instantes más tarde, cuando se volvió hacia mí, le dije, devolviéndole una expresión que había utilizado en el estrecho de Torres:

—¿Un incidente, capitán?

—No, señor —respondió—, esta vez se trata de un accidente.

—¿Grave?

—Podría ser.

—¿Es inminente el peligro?

—No.

—¿Ha encallado el *Nautilus*?

—Sí.

—¿Y esa encalladura se debe a...?

—Un capricho de la naturaleza, no a la impericia de mis

hombres. No se ha cometido ni un solo error en nuestras maniobras. De todas formas, no podríamos impedir al equilibrio que produzca sus efectos. Se pueden desafiar las leyes hechas por el hombre, pero no es posible resistir a las leyes naturales.

¡Buen momento escogía el capitán Nemo para entregarse a tales reflexiones filosóficas! A fin de cuentas, su respuesta no me sacaba de dudas.

—¿Puedo saber, señor —le pregunté—, cuál es la causa de este accidente?

—Un enorme bloque de hielo, una montaña entera, se ha volcado —me respondió—. Cuando aguas más calientes, o bien los choques reiterados, socavan los *icebergs*, su centro de gravedad se desplaza hacia arriba. Entonces se giran, se vuelcan. Eso es lo que ha sucedido. Uno de los bloques, al volcarse, ha chocado con el *Nautilus*, que flotaba bajo las aguas. Después, deslizándose bajo su casco y levantándolo con una fuerza irresistible lo ha llevado hasta capas menos densas, donde está inclinado sobre su costado.

—¿Pero no se puede liberar al *Nautilus* vaciando sus depósitos, de manera que vuelva a encontrar el equilibrio?

—Eso es lo que estamos haciendo ahora mismo, señor. Puede usted oír cómo funcionan las bombas. Mire la aguja del manómetro. Indica que el *Nautilus* va emergiendo, pero el bloque de hielo sube con él, y hasta que un obstáculo no detenga su movimiento de ascensión, nuestra posición no se modificará.

En efecto, el *Nautilus* seguía dando por la misma banda a estribor. Sin duda, se enderezaría cuando el propio bloque se detuviera. Pero en ese momento, ¿quién sabe si no habríamos llegado a topar con la parte superior del banco de hielo, si no quedaríamos terriblemente aprisionados entre las dos superficies congeladas?

Yo reflexionaba sobre todas las consecuencias de aquella situación. El capitán Nemo no dejaba de observar el manómetro. El *Nautilus*, después de la caída del *iceberg*, había ascendido ciento cincuenta pies aproximadamente, pero seguía describiendo el mismo ángulo con la perpendicular.

De pronto, percibimos un ligero movimiento en el casco. El *Nautilus* se enderezaba un poco. Los objetos que colgaban de las

paredes del salón iban recuperando claramente su posición normal. Las paredes se acercaban a la verticalidad. No hablaba nadie. Con el corazón en un puño, observábamos, sentíamos el movimiento. El suelo volvía a ser horizontal bajo nuestros pies. Transcurrieron diez minutos.

—¡Por fin, volvemos a estar derechos! —exclamé.

—Sí —dijo el capitán Nemo, dirigiéndose hacia la puerta del salón.

—Pero ¿flotaremos? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió—, ya que los depósitos no se han vaciado todavía, y cuando se vacíen el *Nautilus* tendrá que volver a la superficie del mar.

El capitán salió, e inmediatamente vi que, obedeciendo sus órdenes, se había detenido la ascensión del *Nautilus*. En efecto, habría chocado inmediatamente con la parte inferior del banco de hielo y lo mejor era mantenerlo entre dos aguas.

—¡Nos hemos escapado de milagro! —dijo entonces Conseil.

—Sí. Podíamos haber quedado aplastados entre esos bloques de hielo, o por lo menos aprisionados. Y entonces, sin poder renovar el aire... ¡Sí! ¡De buena nos hemos librado!

—Si es que se ha acabado... —murmuró Ned Land.

No quise iniciar con el canadiense una discusión inútil y no respondí. Por otra parte, las escotillas se abrieron en ese momento y la luz exterior irrumpió a través de los cristales.

Estábamos en plena agua, tal como he dicho; pero, a una distancia de diez metros, a cada lado del *Nautilus*, se elevaba una deslumbrante muralla de hielo. Por arriba y por abajo, la misma muralla. Por arriba, porque la superficie inferior del banco de hielo se extendía como un inmenso techo. Por abajo, porque el bloque volcado, habiéndose deslizado poco a poco, había encontrado en las murallas laterales dos puntos de apoyo que lo mantenían en aquella posición. El *Nautilus* estaba aprisionado en un verdadero túnel de hielo, de unos veinte metros de longitud aproximadamente, lleno de agua tranquila. Así pues, le habría sido fácil salir navegando de proa o de popa y, acto seguido, ir en busca de un paso libre por debajo del banco unos cientos de metros más abajo.

El techo luminoso había sido apagado, y, sin embargo, el salón resplandecía con una luz intensa. Ese fenómeno se debía a que la

poderosa reverberación de las paredes de hielo devolvía violentamente la luz del fanal. No sería capaz de describir el efecto de los rayos voltaicos en esos grandes bloques caprichosamente recortados, donde cada ángulo, cada arista, cada cara, arrojaba un resplandor diferente según la naturaleza de las venas que corrían por el hielo: mina deslumbrante de gemas y de zafiros que cruzaban sus destellos azules con los verdes de las esmeraldas. Desde diversos puntos, los matices opalinos de infinita sutileza corrían en medio de puntos ardientes como otros tantos diamantes de fuego cuyo fulgor era insoportable a la vista. La potencia del fanal quedaba centuplicada, como la de una lámpara a través de las láminas lenticulares de un faro de primer orden.

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! —exclamaba Conseil.

—¡Sí! —dije yo—. Es un espectáculo admirable. ¿No es cierto, Ned?

—¡Eh! ¡Por mil diablos! Sí —replicó Ned Land—. ¡Es impresionante! Me da rabia tener que aceptarlo. Nunca se ha visto nada parecido. Pero este espectáculo podría costarnos caro. Y, puestos a decirlo todo, pienso que estamos viendo aquí cosas que Dios ha querido prohibir a la vista del hombre.

Ned tenía razón. Era demasiado hermoso. De repente, un grito de Conseil hizo que me diera la vuelta.

—¿Qué sucede? —preguté.

—¡El señor ha de cerrar los ojos! ¡No debe mirar el señor!

Al pronunciar esas palabras, Conseil se tapaba los ojos firmemente con sus manos.

—¿Pero qué te ocurre, muchacho?

—Estoy deslumbrado, ciego.

Mi mirada se dirigió involuntariamente hacia el cristal, pero no pude soportar el fuego que la devoraba.

Entonces comprendí lo que había pasado. El *Nautilus* acababa de arrancar a gran velocidad. Todos los destellos tranquilos de las murallas de hielo se habían tornado líneas fulgurantes. Los fuegos de esas miríadas de diamantes se confundían. El *Nautilus*, llevado por su hélice, viajaba envuelto en relámpagos.

Entonces se cerraron las escotillas del salón. Manteníamos las manos en los ojos, totalmente impregnados de esos resplandores concéntricos que vagan ante la retina cuando los rayos del sol la

impresionan con demasiada violencia. Pasó cierto tiempo hasta que se apaciguó la ofuscación de nuestras miradas.

Finalmente, bajamos las manos.

—¡Por Dios! Nunca lo hubiera creído —dijo Conseil.

—¡Y yo todavía no me lo creo! —replicó el canadiense.

—Cuando regresemos a tierra —añadió Conseil—, ahitos de tantas maravillas de la naturaleza, ¿qué vamos a pensar de esos miserables continentes y de las nimiedades salidas de manos humanas? ¡No! ¡El mundo habitado ya no es digno de nosotros!

Tales palabras, brotadas de la boca de un impassible flamenco muestran hasta qué grado de ebullición había subido nuestro entusiasmo. Pero el canadiense no se abstuvo de verter su jarro de agua fría.

—¡El mundo habitado! —dijo sacudiendo la cabeza—. Quédese tranquilo, amigo Conseil, no lo volveremos a ver.

Entonces eran las cinco de la mañana. En ese momento, se produjo un choque en la popa del *Nautilus*. Comprendí que su espolón acababa de chocar contra un bloque de hielo. Debía de ser una falsa maniobra, pues aquel túnel submarino, obstruido por los bloques, no era fácil de navegar. Pensé que el capitán Nemo, tras modificar su ruta, rodearía esos obstáculos o seguiría las sinuosidades del túnel. En cualquier caso, la marcha adelante no podía estar totalmente bloqueada. Sin embargo, contra toda esperanza, el *Nautilus* adoptó un movimiento de retroceso muy pronunciado.

—¿Volvemos de popa? —dijo Conseil.

—Sí —respondí—. Seguramente, por esta parte el túnel no tiene salida.

—¿Qué haremos, pues...?

—Pues la maniobra es bien sencilla —dije yo—. Volveremos hacia atrás y saldremos por el orificio Sur. Eso es todo.

Al hablar así, quise dar la impresión de que estaba más tranquilo de lo que realmente estaba. Sin embargo, el movimiento retrógrado del *Nautilus* se aceleraba, y yendo a contrahélice, nos arrastraba con gran rapidez.

—Será un retraso —dijo Ned.

—¿Qué importan unas horas más o menos mientras salgamos.

—Sí... —repitió Ned Land—. ¡Mientras salgamos!

Me paseé durante unos instantes del salón a la biblioteca. Mis compañeros, sentados, callaban. Después, me eché sobre un diván y tomé un libro que mis ojos empezaron a recorrer mecánicamente.

Un cuarto de hora después, Conseil, que se había acercado a mí, me preguntó:

—¿Es interesante lo que lee el señor?

—Muy interesante —respondí.

—Ya lo creo. Es el libro del señor lo que está leyendo el señor.

—¿Mi libro?

En efecto, tenía en las manos la obra de *Los grandes fondos submarinos*[250]. Ni siquiera lo había sospechado. Cerré el libro y reanudé mi paseo. Ned y Conseil se levantaron para retirarse.

—Quédense, amigos míos —dije reteniéndolos—. Quedémonos juntos hasta que hayamos salido de este atolladero.

—Como el señor desee —respondió Conseil.

Transcurrieron unas horas. Yo no dejaba de observar los instrumentos que había en la pared del salón. El manómetro indicaba que el *Nautilus* se mantenía a una profundidad constante de trescientos metros: la brújula, que seguía dirigiéndose continuamente al Sur; la corredera, que navegaba a una velocidad de veinte millas por hora, velocidad excesiva en un espacio tan estrecho. Pero el capitán Nemo sabía que por muy rápido que anduviera nunca sería demasiado, y también sabía que los minutos valían siglos.

A las ocho y veinticinco, tuvo lugar un segundo choque. A popa esta vez. Palidecí. Mis compañeros se habían acercado a mí. Había cogido la mano de Conseil. Nos interrogábamos mutuamente con la vista, y mejor que si las palabras hubieran interpretado nuestro pensamiento.

En ese momento, el capitán entró en el salón. Me dirigí hacia él.

—¿Está obstruida la ruta por el Sur? —le pregunté.

—Sí, señor. Al volcarse el *iceberg* ha cerrado todas las salidas.

—¿Estamos bloqueados?

—Sí.

XVI

Falta de aire

Así pues, en torno al *Nautilus*, por arriba, por debajo, se erguía un impenetrable muro de hielo. ¡Eramos prisioneros del banco de hielo! El canadiense había golpeado la mesa con su temible puño. Conseil guardaba silencio. Yo miraba al capitán. Su rostro había recobrado su impasibilidad habitual. Estaba de brazos cruzados. Reflexionaba. El *Nautilus* ya no se movía.

El capitán tomó la palabra:

—Señores —dijo con una voz calma—, hay dos maneras de morir en las condiciones en que nos encontramos.

Aquel inexplicable personaje tenía el aspecto de un profesor de matemáticas despejando un problema ante sus alumnos.

—La primera —prosiguió— es morir aplastados. La segunda, morir asfixiados. No contemplo la posibilidad de morir de inanición, ya que las provisiones del *Nautilus* durarán seguramente más que nosotros. Preocupémonos, pues, de las posibilidades de aplastamiento o de asfixia.

—La asfixia, capitán —respondí—, no hay que temerla, pues los depósitos están llenos.

—Exacto —replicó el capitán Nemo—, pero no podrán suministrar aire más que dos días. Hace ya treinta y seis horas que estamos sumergidos bajo las aguas, y es menester renovar la atmósfera enrarecida del *Nautilus*. Dentro de cuarenta y ocho horas, nuestra reserva se habrá agotado.

—¡Pues bien, capitán! ¡Liberémonos antes de que pasen las cuarenta y ocho horas!

—Al menos, lo intentaremos: atravesando la muralla que nos rodea.

—¿Por qué lado? —pregunté.

—La sonda nos lo indicará. Voy a hacer encallar el *Nautilus* en el banco inferior, y mis hombres con las escafandras atacarán el *iceberg* por su pared menos densa.

—¿Se pueden abrir las escotillas del salón?

—No hay inconveniente. Hemos dejado de navegar.

El capitán Nemo salió. Inmediatamente después, unos silbidos me indicaron que el agua estaba entrando en los depósitos. El *Nautilus* descendió lentamente y se posó en el fondo de hielo a una profundidad de trescientos cincuenta metros, profundidad a la que estaba sumergido el banco de hielo inferior.

—Amigos míos —dije—, la situación es grave, pero cuento con su coraje y energía.

—Señor —me respondió el canadiense—, no es precisamente este momento el ideal para hacer recriminaciones. Estoy dispuesto a colaborar en todo lo posible por el bien común.

—Bien, Ned —dije tendiéndole la mano al canadiense.

—Y añadiré —dijo— que con el pico soy tan hábil como manejando el arpón; si puedo ser de utilidad al capitán, puede disponer de mí.

—No rechazará su ayuda. Venga, Ned.

Conduje al canadiense al camarote donde los hombres del *Nautilus* se ponían sus escafandras. Le comuniqué al capitán la proposición de Ned, que fue aceptada. El canadiense se puso su traje de buzo y estuvo preparado tan pronto como sus compañeros de trabajo. Cada uno de ellos llevaba a la espalda el aparato Rouquayrol al que los depósitos le habían suministrado una gran cantidad de aire puro; préstamo considerable, pero necesario, solicitado a la reserva del *Nautilus*. En cuanto a las lámparas Ruhmkorff, resultaban inútiles en medio de aquellas aguas luminosas y saturadas de rayos eléctricos.

Cuando Ned se hubo vestido, volví al salón, donde las escotillas estaban abiertas, y, apostado junto a Conseil, examiné las capas circundantes que rodeaban al *Nautilus*.

Unos instantes después, veíamos cómo tocaban el banco de hielo una docena de hombres de la tripulación, y entre ellos a Ned Land,

reconocible por su elevada estatura. El capitán Nemo estaba con ellos.

Antes de proceder a horadar las murallas, mandó efectuar unas calas que debían de garantizar la buena dirección de los trabajos. En las paredes laterales, se introdujeron largas sondas, pero tras penetrar quince metros quedaban frenadas por el espesor de la muralla. Era inútil atacar la capa de arriba, ya que se trataba del propio banco de hielo, que medía más de cuatrocientos metros de altura. El capitán Nemo mandó sondear la capa de abajo. Allí, nos separaban del agua diez metros de pared. Ése era el espesor del *ice-field*. A partir de ese instante, se trataba de perforar un trozo igual en superficie a la línea de flotación del *Nautilus*. Había que romper unos seis mil quinientos metros cúbicos, para practicar un hueco por donde descender bajo el campo de hielo.

Se comenzó enseguida el trabajo con una tenacidad incansable. En lugar de excavar en torno al *Nautilus*, lo que habría provocado las mayores dificultades, el capitán Nemo hizo dibujar el inmenso foso a ocho metros de su costado de babor. Después, sus hombres lo taladraron simultáneamente en varios puntos de la circunferencia. Pronto, el pico atacó vigorosamente aquella materia compacta y se consiguió desprender grandes bloques. Por un curioso efecto del peso específico, los bloques, menos pesados que el agua, volaban, valga la expresión, a la bóveda del túnel, que iba aumentando por arriba tanto como perdía por abajo. Pero eso importaba poco, siempre y cuando la pared inferior fuese reduciéndose otro tanto.

Tras dos horas de un trabajo enérgico, Ned Land regresó agotado. Sus compañeros y él fueron reemplazados por nuevos trabajadores a los que nos unimos Conseil y yo. Nos dirigía el segundo del *Nautilus*.

El agua me pareció especialmente fría, pero me calenté rápidamente manejando el pico. Mis movimientos se producían con gran libertad, pese a realizarlos a una presión de treinta atmósferas.

Cuando, tras horas de trabajo, regresé para tomar algún alimento y reposar, encontré una notable diferencia entre el fluido puro que me proporcionaba el aparato Rouquayrol y la atmósfera del *Nautilus*, ya cargada de anhídrido carbónico. El aire no había sido renovado desde hacía cuarenta y ocho horas, y sus vivificantes cualidades estaban considerablemente alteradas. Mientras tanto, en

un lapso de doce horas, sólo habíamos extraído un trozo de hielo de un metro de espesor en la superficie dibujada, es decir: unos seiscientos metros cúbicos. Calculando que en otras doce horas podíamos efectuar un trabajo similar, todavía eran necesarias cinco noches y cuatro días para llevar a término la empresa.

—¡Cinco noches y cuatro días! —les dije a mis compañeros—. Y no tenemos aire en los depósitos más que para dos días.

—¡Sin contar —respondió Ned— con que una vez hayamos salido de esta maldita prisión, todavía estaremos aprisionados bajo el banco de hielo y sin comunicación posible con la atmósfera!

Reflexión exacta. ¿Quién podía prever cuál era el mínimo de tiempo necesario para liberarnos? ¿No estaríamos asfixiados antes de que el *Nautilus* hubiese podido regresar a la superficie de las aguas? ¿Estaba destinado a perecer en esa tumba de hielo con todos los que encerraba a bordo? La situación parecía terrible. Pero todos la encarábamos decididos a cumplir con nuestro deber hasta el final.

Tal como yo había previsto, durante la noche se extrajo una nueva porción de un metro al inmenso alvéolo. Pero, por la mañana, cuando, vestido con mi escafandra, recorrí la masa líquida a una temperatura de entre seis y siete grados bajo cero, observé que las murallas laterales se iban aproximando poco a poco. Las capas de agua alejadas de la fosa, que no calentaban ni el trabajo de los hombres ni el movimiento de las herramientas, acentuaban su tendencia a solidificarse. A la vista de ese nuevo e inminente peligro, ¿en qué se convertían nuestras posibilidades de salvación?, ¿cómo se podía impedir la solidificación de aquel medio líquido, que habría hecho estallar como el cristal las paredes del *Nautilus*?



Me abstuve de informar sobre este nuevo peligro a mis dos compañeros. ¿Para qué arriesgarse a acabar con la energía que empleaban en las penosas tareas de salvamento? Sin embargo, cuando volví a bordo, le indiqué al capitán Nemo esta grave complicación.

—Lo sé —me dijo con ese tono tranquilo que no podían alterar las circunstancias más terribles—. Es un peligro más, pero no veo ningún medio de solucionarlo. La única oportunidad de salvarnos es avanzar más deprisa que la solidificación. Se trata de llegar antes. Eso es todo.

¡Llegar antes! Pero, para ser francos, no tenía por qué extrañarme esa manera de hablar.

Aquella jornada, manejé el pico porfiadamente durante varias horas. El trabajo me servía de estímulo. Además, trabajar suponía abandonar el *Nautilus*, significaba respirar directamente el aire puro que nos prestaban los depósitos y nos suministraban los aparatos, era abandonar una atmósfera empobrecida y viciada.

Hacia la noche, habíamos ahondado en la fosa un metro más. Cuando regresé a bordo, estuve a punto de caer asfixiado por el ácido carbónico que saturaba el aire. ¡Ah! ¡No disponer de los medios químicos que hubiesen permitido eliminar ese gas deletéreo! El oxígeno no nos faltaba. Toda esa agua contenía una cantidad considerable, y descomponiéndola mediante nuestras poderosas pilas, nos habría restituido el fluido vivificante. Ya lo había pensado yo, pero de qué habría servido si el ácido carbónico, producto de nuestra respiración, había invadido todas las partes del navío. Para absorberlo, tendríamos que haber llenado unos recipientes de potasa cáustica y agitarlos incesantemente. Pero a bordo carecíamos de ese material y nada podía reemplazarlo.

Aquella noche, el capitán tuvo que abrir las espitas de sus depósitos y lanzar algunos chorros de aire puro al interior del *Nautilus*. De no haber tomado esta precaución, no nos habríamos despertado.

Al día siguiente, 26 de marzo, reanudé mi trabajo de zapador, atacando el quinto metro. Las paredes laterales y la superficie inferior del banco de hielo se hacían visiblemente más densas. Estaba claro que se soldarían antes de que el *Nautilus* hubiese podido zafarse del bloqueo. Por un instante, la desesperación se

apoderó de mí. El pico estuvo a punto de escapárseme de las manos. De qué servía excavar si iba a morir asfixiado, aplastado por esa agua que se volvía piedra, un suplicio que ni siquiera habría inventado la ferocidad de los salvajes. Me parecía hallarme entre las formidables mandíbulas de un monstruo que se iban cerrando irresistiblemente.

En ese momento, el capitán Nemo, que dirigía los trabajos y además continuaba trabajando, pasó junto a mí. Le toqué con la mano y le señalé las paredes de nuestra prisión. La pared de estribor había avanzado a menos de cuatro metros del casco del *Nautilus*.

El capitán me comprendió y me hizo un signo para seguirlo. Regresamos a bordo. Me quité la escafandra y lo acompañé al salón.

—Señor Aronnax —me dijo—, hay que poner en marcha algún medio heroico o nos vamos a quedar sellados en esta agua solidificada como si fuera cemento.

—Sí —dije yo—, ¿pero qué podemos hacer?

—¡Ah! —exclamó—. ¿Y si mi *Nautilus* fuese lo suficientemente fuerte para aguantar esta presión sin ser aplastado?

—¿Y bien? —pregunté yo, sin captar la idea del capitán.

—¿No comprende usted —continuó— que la congelación del agua sería nuestro socorro? ¿No ve usted que gracias a su solidificación haría estallar esos campos de hielo que nos aprisionan, como, al helarse, hace estallar las piedras más duras? ¿No presiente usted que sería un factor de salvación más que un agente de destrucción?

—Sí, capitán, quizá. Pero por mucha resistencia al aplastamiento que posea el *Nautilus*, no podría soportar la espantosa presión y acabaría laminado como el palastro.

—Lo sé, señor. Por lo tanto, no hay que contar con la ayuda de la naturaleza, sino con nosotros mismos. Hay que luchar contra la solidificación. Hay que eliminarla. No solamente se van cerrando las paredes laterales, sino que no quedan ni diez pies de agua a proa o a popa del *Nautilus*. La congelación nos acecha por todos lados.

—¿Cuánto tiempo nos permitirá respirar a bordo el aire de los depósitos? —pregunté yo.

El capitán me miró a los ojos.

—Pasado mañana —dijo—, los depósitos estarán vacíos.

Un sudor frío me invadió. Pero ¿para qué extrañarme de esa

respuesta? El 22 de marzo, el *Nautilus* se había sumergido bajo las aguas libres del Polo. Estábamos a 26. Desde hacía cinco días, vivíamos a costa de las reservas de a bordo. Y lo que quedaba de aire respirable, había que conservarlo para los trabajadores. En el momento en que redacto estas líneas, aún guardo aquella impresión tan fresca de que un terror incontrolable se apodera de todo mi ser y el aire parece faltar a mis pulmones.

Mientras tanto, el capitán Nemo reflexionaba, silencioso, inmóvil. Sin duda, una idea le atravesaba la mente. Pero parecía descartarla. Se respondía negativamente a sí mismo. Finalmente, le escaparon de los labios estas palabras:

—¡Agua hirviendo! —murmuró.

—¿Agua hirviendo? —exclamé yo.

—Sí, señor. Estamos encerrados en un espacio relativamente estrecho. ¿No elevarían la temperatura de ese medio unos chorros de agua hirviendo, constantemente inyectados por las pompas del *Nautilus*, y retrasarían así su congelación?

—Hay que intentarlo —dije yo resueltamente.

—Intentémoslo, profesor.

El termómetro marcaba entonces siete grados bajo cero en el exterior. El capitán Nemo me condujo a las cocinas, donde funcionaban grandes aparatos de destilación, que suministraban el agua potable por evaporación. Se cargaron de agua, y todo el calor eléctrico de las pilas fue lanzado a través de los serpentines bañados por el líquido. En unos minutos, el agua había alcanzado cien grados. Fue dirigida hacia las bombas y, a medida que salía, se la iba reemplazando por agua nueva. El calor desarrollado por las pilas era tal, que el agua fría, sacada del mar, tras haber atravesado solamente los aparatos, llegaba hirviendo al cuerpo de la bomba.

La inyección comenzó, y tres horas después el termómetro marcaba exteriormente seis grados bajo cero. Ya habíamos ganado un grado. Dos horas más tarde, el termómetro marcaba sólo cuatro grados.

—Lo conseguiremos —le dije al capitán tras haber seguido y controlado mediante numerosas observaciones los progresos de la operación.

—Así lo creo —me respondió—. No moriremos aplastados. Sólo hemos de temer la asfixia.

Durante la noche, la temperatura del agua subió a un grado bajo cero. La inyección no pudo llevarla a un punto superior. Pero dado que la congelación del agua de mar sólo se produce a dos grados bajo cero, me quedé tranquilo respecto a los peligros de la solidificación.

Al día siguiente, 27 de marzo, se habían arrancado al alvéolo seis metros de hielo. Quedaban tan sólo cuatro metros por eliminar. Todavía suponía cuarenta y ocho horas de trabajo. El aire no podía ya ser renovado a bordo del *Nautilus*. Así pues, durante esa jornada fue empeorando progresivamente.

Un agotamiento intolerable se abatió sobre mí. Hacia las tres de la noche, ese sentimiento de angustia llegó a un extremo violento. Los bostezos me dislocaban las mandíbulas. Mis pulmones jadeaban en busca del fluido comburente, indispensable para la respiración, el cual se iba rarificando cada vez más. Un sopor mental se apoderó de mí. Yacía sin fuerzas, casi sin conocimiento. Mi buen Conseil, con idénticos síntomas, padecía los mismos sufrimientos, pero no me abandonaba. Me tomaba de la mano, me daba ánimos, e incluso lo oía murmurar:

—¡Ah! ¡Si pudiera no respirar para dejarle más aire al señor!

Me acudían las lágrimas a los ojos al oírle hablar así.

Si bien nuestra situación, la de todos, era intolerable en el interior, ¡con qué velocidad, con qué felicidad, nos poníamos nuestras escafandras para trabajar en nuestros turnos! Los picos resonaban en la capa helada. Los brazos se cansaban, las manos se llagaban. ¡Pero qué significaban esas fatigas, qué importaban esas heridas! ¡El aire vital llegaba a los pulmones! ¡Respirábamos! ¡Respirábamos!

Y sin embargo, nadie prolongaba más allá del tiempo requerido su trabajo bajo las aguas. Cumplida su tarea, todos devolvían a sus compañeros jadeantes el depósito que debía darles la vida. El capitán Nemo daba ejemplo, y era el primero en someterse a esta severa disciplina. Llegado su turno, cedía su aparato a otro y volvía a la atmósfera viciada de a bordo, siempre tranquilo, sin un desfallecimiento, sin un murmullo.

Aquel día, se cumplió con el trabajo habitual con más desnudo todavía. No restaban más que dos metros por desprender de toda la superficie. Dos metros solamente nos separaban del mar libre. Pero

los depósitos estaban casi vacíos de aire. Lo poco que quedaba había que guardarlo para los trabajadores. ¡Ni un átomo para el *Nautilus*!

Cuando regresé a bordo, yo estaba medio asfixiado. ¡Qué noche! No podría describirla. Semejantes sufrimientos no pueden ser descritos. Al día siguiente, respiraba sintiendo una gran opresión. A los dolores de cabeza se añadían vértigos que me aturdían y me convertían en un hombre ebrio. Mis compañeros experimentaban los mismos síntomas. Algunos hombres de la tripulación se debatían en medio de estertores.

Aquel día, el sexto de nuestra reclusión, el capitán Nemo, a quien la picola y el pico le parecían demasiado lentos, decidió reventar la capa de hielo que nos separaba todavía de la capa líquida. Había conservado su sangre fría y su energía. Con su fuerza moral domeñaba los dolores físicos. Pensaba, calculaba, actuaba.

Con arreglo a sus órdenes, el *Nautilus* fue aligerado, es decir levantado de la capa de hielo por un cambio en el centro de gravedad. Cuando estuvo flotando, se le haló para situarlo encima de la inmensa fosa dibujada según su línea de flotación. Después, se llenaron los depósitos de agua, descendió y se encajó en el alvéolo.

En ese momento, toda la tripulación entró a bordo y la doble puerta de comunicación fue cerrada. El *Nautilus* reposaba entonces en la capa de hielo, que no tenía un metro de espesor y que las sondas habían agujereado por mil sitios.

Fueron abiertas totalmente las espitas de los depósitos y entraron rápidamente cien metros cúbicos de agua, aumentando en cien mil kilos el peso del *Nautilus*.

Esperábamos, escuchábamos, olvidando nuestros sufrimientos, esperando todavía. Nos jugábamos nuestra salvación a todo o nada.

A pesar de los zumbidos que poblaban mi cabeza, oí inmediatamente unos chasquidos bajo el casco del *Nautilus*. Se produjo un desnivelamiento. El hielo se rompió con un ruido especial, parecido al del papel al rasgarse, y el *Nautilus* descendió.

—¡Pasamos! —musitó Conseil a mi oído.

No pude responderle. Lo cogí de la mano. Se la apreté en una convulsión involuntaria.

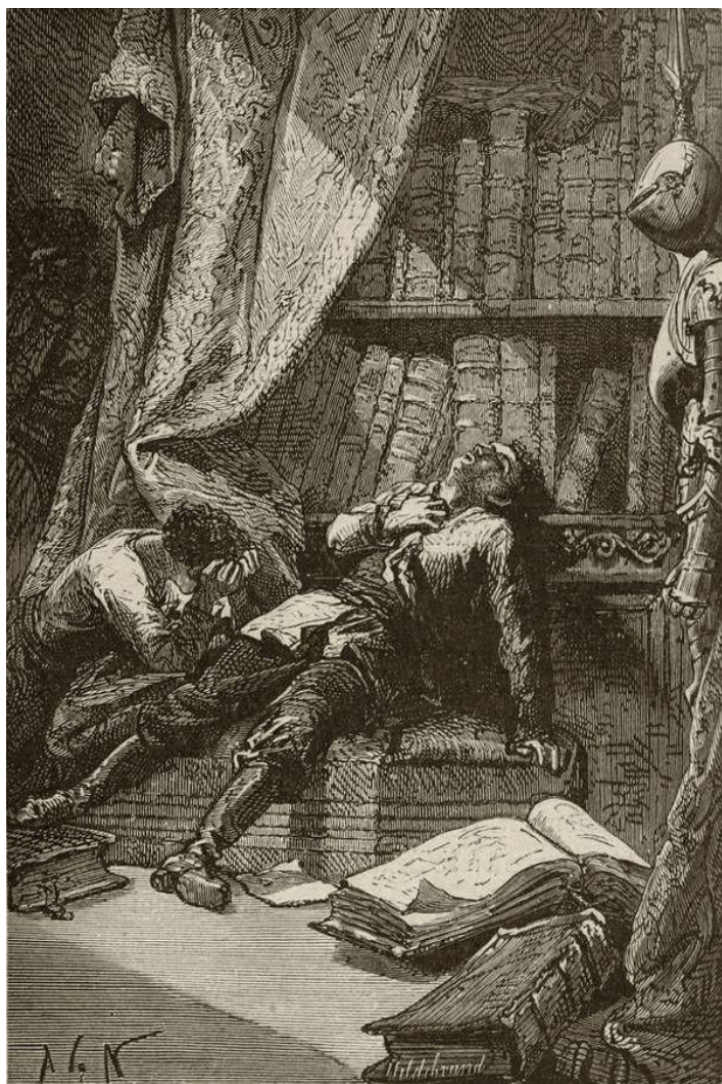
De repente, impulsado por su increíble sobrecarga, el *Nautilus* se hundió como un proyectil bajo las aguas, es decir: cayó como lo

habría hecho en el vacío.

Entonces, toda su fuerza eléctrica pasó a las bombas, que, acto seguido, empezaron a expulsar el agua de los depósitos. Tras unos minutos, nuestra caída finalizó. Rápidamente, el manómetro indicó un movimiento de ascensión. La hélice, a toda velocidad, hizo estremecerse el casco de acero hasta sus últimos pernos, y nos llevó hacia el Norte.

¿Pero cuánto duraría la navegación bajo el banco de hielo hasta alcanzar el mar libre? ¿Un día más? ¡Habría muerto antes!

Medio estirado en el diván de la biblioteca, me ahogaba. Mi rostro estaba violáceo, mis labios azules, mis facultades en vilo. Ya no veía, ya no oía nada. La noción del tiempo había desaparecido de mi mente. Mis músculos ya no se podían contraer.



No podría calcular cuántas horas pasaron así. Pero era consciente de que comenzaba mi agonía. Comprendí que iba a morir...

De repente, volví en mí. Unos soplos de aire penetraban en mis pulmones. ¿Habíamos emergido a la superficie? ¿Habíamos franqueado el banco de hielo?

¡No! Eran Ned y Conseil, que se sacrificaban para salvarme. Unas moléculas de aire quedaban en el fondo de un aparato. En lugar de respirarlo, lo habían conservado para mí, y, mientras se ahogaban, me derramaban la vida gota a gota. Quise rechazar el aparato. Me sujetaron las manos y durante unos minutos respiré con fruición.

Mis miradas se dirigieron hacia el reloj. Eran las once de la mañana. Debíamos de estar a 28 de marzo. El *Nautilus* navegaba a una velocidad aterradora de cuarenta millas por hora. Se retorció bajo las aguas.

¿Dónde estaba el capitán Nemo? ¿Había perecido? ¿Habían muerto sus compañeros con él?

En ese momento, el manómetro indicaba que estábamos a solamente veinte pies de la superficie. Un simple campo de hielo nos separaba de la atmósfera. ¿No se podía romper?

¡Quizá sí! En cualquier caso, el *Nautilus* iba a intentarlo. Sentí, en efecto, que adoptaba una posición oblicua, bajando su popa y levantando su espolón. Con introducir agua había bastado para modificar su equilibrio. Después, propulsado por su poderosa hélice, atacó el *ice-field* por debajo, como un formidable ariete. Lo destrozaba poco a poco, se retiraba, daba toda su velocidad contra el campo que se desgarraba, y por último, gracias a un supremo embate se lanzó sobre la superficie helada, que aplastó con su peso.

Se abrió la escotilla —se podría decir que la arrancaron—, y el aire puro penetró a raudales por todas partes en el *Nautilus*.

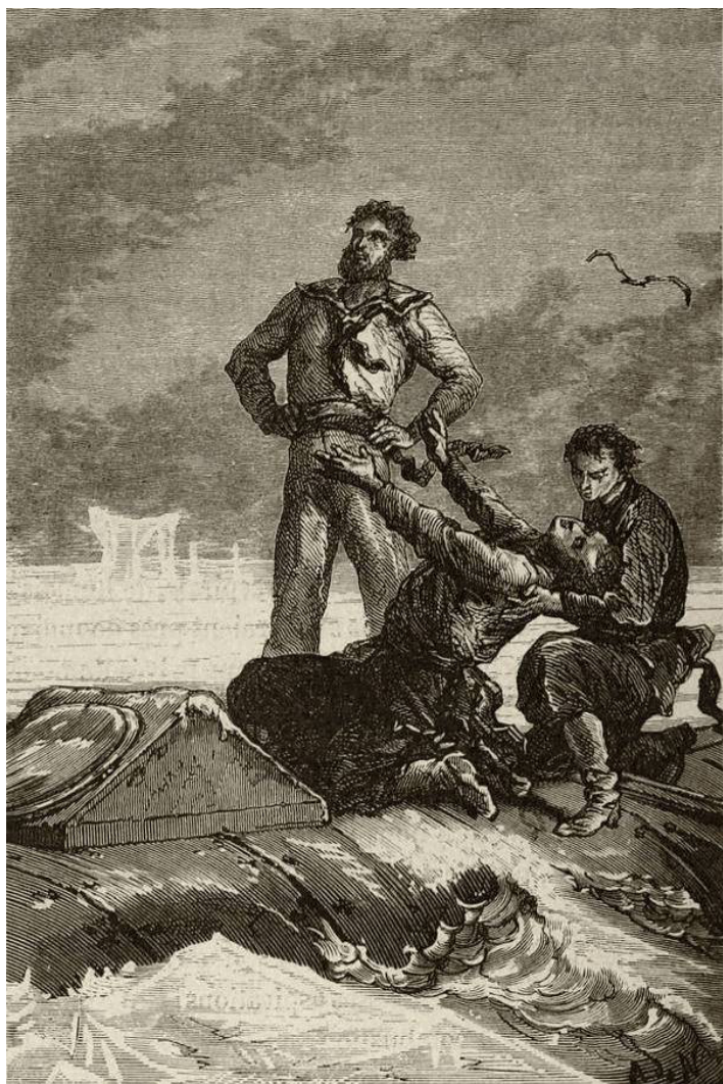
XVII

Del cabo de Hornos al Amazonas

No sabía decir cómo había llegado a cubierta. Quizá me había llevado el canadiense. El caso es que respiraba, absorbía el aire vivificante del mar. Mis dos compañeros se embriagaban de las frescas moléculas junto a mí. Los desdichados que han estado privados de alimento durante mucho tiempo no pueden precipitarse irreflexivamente sobre los primeros alimentos que se les presentan. Nosotros, por el contrario, no teníamos por qué moderarnos, podíamos aspirar a pleno pulmón los átomos de la atmósfera, y era la brisa, la propia brisa, la que nos ofrecía esa voluptuosa embriaguez.

—¡Ah! —exclamaba Conseil—. ¡Qué bueno es el oxígeno! No tenga miedo de respirar el señor. Hay para todo el mundo.

Ned Land no hablaba, pero abría las mandíbulas como para asustar a un tiburón. ¡Qué bocanadas más poderosas las suyas! El canadiense «tiraba» como una chimenea en plena combustión.



Inmediatamente recobramos las fuerzas, y, cuando miré a mi alrededor, vi que estábamos solos en cubierta. No había ningún hombre de la tripulación. Ni siquiera el capitán Nemo. Los extraños marineros del *Nautilus* se contentaban con el aire que circulaba por el interior. Nadie había venido a disfrutarlo en plena atmósfera.

Las primeras palabras que pronuncié fueron de agradecimiento y de gratitud para mis dos compañeros. Ned y Conseil habían prolongado mi existencia durante las últimas horas de aquella larga agonía. Ni con todo mi reconocimiento podía yo pagar tal entrega como se merecía.

—Bueno, profesor —me respondió Ned Land—, no vale la pena hablar de eso. ¿Qué mérito tenemos? Ninguno. No era más que una cuestión de aritmética. Su existencia valía más que la nuestra, así que era forzoso conservarla.

—No, Ned —respondí yo—, no valía más. Nadie es superior a un hombre generoso y bueno, y usted lo es.

—¡Está bien! ¡Está bien! —repetía el canadiense azorado.

—Y tú, mi valiente Conseil, has sufrido tanto.

—Para decir la verdad al señor, no demasiado. Me faltaban, claro, algunas bocanadas de aire, pero creo que me habría acostumbrado. Además, miraba al señor, que se desvanecía, y así no me entraba la menor gana de respirar. Se me cortaba, como se suele decir, la respir...

Conseil, aturdido por haber caído en la banalidad, no acabó su frase.

—Amigos míos —respondí vivamente emocionado—, estamos ligados unos a otros para siempre, y tienen ustedes derechos sobre mí...

—Que yo utilizaré —replicó el canadiense.

—¿Qué? —exclamó Conseil.

—Sí —repuso Ned Land—. El derecho de llevarle conmigo cuando abandone este infernal *Nautilus*.

—Por cierto —preguntó Conseil—, ¿vamos en la buena dirección?

—Sí —respondí—, porque vamos hacia el sol, y aquí el sol es el Norte.

—Sin duda —añadió Ned Land—. Pero queda por saber si nos dirigimos al Pacífico o al Atlántico, es decir, a los mares

frecuentados o desiertos.

A eso, yo no podía responder, y temía que el capitán Nemo nos llevase más bien hacia ese vasto océano que baña a la vez las costas de Asia y de América. Así, completaría su vuelta al mundo submarino y regresaría hacia esos mares donde el *Nautilus* se desenvolvía en la más completa independencia. Pero, si regresábamos al Pacífico, lejos de cualquier tierra habitada, ¿en qué quedarían los proyectos de Ned Land?

En breve, íbamos a saber a qué atenernos respecto a ese importante punto. El *Nautilus* navegaba rápidamente. Pronto, atravesamos el círculo polar y pusimos rumbo hacia el promontorio de Hornos. El 31 de marzo, a las siete de la tarde, estábamos frente a la punta americana.

En esos momentos, olvidamos todos nuestros sufrimientos pasados. El recuerdo de nuestra prisión en los hielos se esfumaba de la mente. Sólo pensábamos en el futuro. El capitán Nemo había dejado de comparecer en el salón o en cubierta. Las marcaciones, que cada día eran trasladadas al planisferio por el segundo de a bordo, me permitían seguir el rumbo exacto del *Nautilus*. Por la tarde, se vio claramente que regresábamos al Norte por la ruta del Atlántico.

Informé al canadiense y a Conseil del resultado de mis observaciones.

—Buena noticia —respondió el canadiense—. ¿Pero a dónde va el *Nautilus*?

—No lo sé, Ned.

—¿No querrá su capitán, después del Polo Sur, afrontar el Polo Norte y volver al Pacífico por el famoso paso del Noroeste?

—Más vale que no lo retemos —respondió Conseil.

—¡Muy bien! —dijo el canadiense—. Nos largaremos de aquí antes de eso.

—Sea como sea —añadió Conseil—, ese capitán Nemo es un hombre a carta cabal, y no lamentaremos haberlo conocido.

—¡Sobre todo cuando lo hayamos abandonado! —remató Ned Land.

Al día siguiente, 1 de abril, cuando el *Nautilus* subió a la superficie de las aguas, unos minutos antes del mediodía, avistamos tierra al Oeste. Era la Tierra del Fuego, a la que los primeros

navegantes le dieron ese nombre tras observar las numerosas humaredas que salían de las chozas de los indígenas. La Tierra del Fuego constituye una gran aglomeración de islas que se extiende por treinta leguas de longitud y ochenta de anchura, entre 53° y 56° de latitud austral y 67° 50' y 77° 15' de longitud Oeste. La costa me pareció baja, pero en lontananza se alzaban unas altas montañas. Incluso creí vislumbrar el monte Sarmiento, con sus 2.070 metros sobre el nivel del mar, bloque piramidal de esquisto, con la cima muy aguda, que, según esté cubierto o despejado de vapores, «anuncia buen o mal tiempo», como me dijo Ned Land.

—Excelente barómetro, amigo Ned.

—Sí, señor, un barómetro natural que nunca me falló cuando navegaba en los pasos del estrecho de Magallanes.

En ese momento, el pico apareció nítidamente dibujado sobre el fondo del cielo. Era un presagio de buen tiempo, y se cumplió.

El *Nautilus* volvió a sumergirse y se aproximó al litoral, que perlongó a tan sólo unas millas. Por los cristales del salón, vi largas lianas y fucos gigantes, ejemplares de esas algas vesiculosas que contenía el mar libre del Polo. Con sus filamentos viscosos y pulidos, medían hasta trescientos metros de longitud; son auténticos cables, más gruesos que el pulgar y muy resistentes, por lo que los buques los utilizan frecuentemente como amarras. Otra hierba, conocida con el nombre de «velp», de hojas de cuatro pies de longitud encastradas en concreciones coralígenas, tapizaba los fondos. Servía de nido y de alimento a miríadas de crustáceos y de moluscos, de cangrejos y de jibias. Allí, las focas y las nutrias se daban espléndidos festines, mezclando la carne del pescado con las verduras marinas, como manda la receta de los ingleses.

Por aquellos fondos fértiles y exuberantes, el *Nautilus* pasaba con extremada rapidez. Al caer la tarde, se aproximó al archipiélago de las Malvinas, cuyas escarpadas cimas pude distinguir al día siguiente. La profundidad del mar era mediana. Se me ocurrió pensar, no sin razón, que esas dos islas, rodeadas de un gran número de islotes formaban antaño parte de las tierras del estrecho de Magallanes. Las Malvinas fueron probablemente descubiertas por el célebre John Davis[251], que les puso el nombre de Davis Southern Islands. Más tarde, Richard Hawkins las llamó Maiden Islands, islas de la Doncella. Posteriormente, fueron denominadas

Malouines a comienzos del siglo XVIII por unos pescadores de Saint-Malo, y, por último, Falkland por los ingleses, a los que pertenecen actualmente.

En aquellos parajes, las redes nos trajeron bellos especímenes de algas, especialmente, un tipo de fuco cuyas raíces estaban cargadas de los mejores mejillones del mundo. Ocas y patos fueron abatidos a docenas en cubierta y pasaron a ocupar su puesto en las gambuzas de a bordo. Respecto a los peces, observé especialmente unos óseos, pertenecientes al género de los góbidos, y, principalmente, chaparrudos, de dos decímetros de longitud, todos ellos salpicados de blanco y amarillo.

Asimismo, admiré unas de las medusas más hermosas del género, las crisaoras, características de los mares de las Malvinas. Ora tenían aspecto de sombrilla semiesférica muy lisa, con unas líneas de rojo cinabrio rematadas en doce festones regulares, ora se convertían en una cestilla vuelta del revés, de la que se brotaban graciosamente anchas hojas y una larga ramiza roja. Nadaban agitando sus cuatro brazos foliáceos y dejaban flotar a la deriva su opulenta cabellera de tentáculos. Habría deseado conservar algún espécimen de esos delicados zoófitos, pero no son más que nubes, sombras, apariencias, que se funden y evaporan fuera de su elemento natural.

Cuando desaparecieron las últimas cumbres de las Malvinas en el horizonte, el *Nautilus* se sumergió entre veinte y veinticinco metros y costeó el litoral americano. Seguía sin aparecer el capitán Nemo.

Hasta el 3 de abril no superamos los confines de Patagonia, bien en inmersión, bien navegando en superficie. El *Nautilus* pasó el ancho estuario que forma la desembocadura del río de la Plata, y el 4 de abril llegó frente a las costas del Uruguay, pero a cincuenta millas mar adentro. Su rumbo se mantenía hacia el Norte y seguía las largas sinuosidades de la América meridional. Desde que embarcamos en los mares del Japón, habíamos navegado a la sazón unas dieciséis mil leguas.

Hacia las once de la mañana, cortamos el Trópico de Capricornio por el meridiano 37°, y pasamos frente al cabo de Frio. El capitán Nemo, para frustración de Ned Land, no apreciaba la cercanía de las costas habitadas del Brasil, pues navegaba a una

velocidad vertiginosa. Ni un pez ni un pájaro, por muy rápidos que fueran, podían seguirnos, y las curiosidades naturales de esos mares escapaban a cualquier observación.

Se mantuvo la velocidad durante varios días, y el 9 de abril por la tarde, avistábamos la punta más oriental de América del Sur, la que forma el cabo de San Roque. Pero, entonces, el *Nautilus* se alejó de nuevo y se sumergió a mayor profundidad en busca de un valle submarino que está situado entre ese cabo y Sierra Leona, en la costa africana. Ese valle se bifurca a la altura de las Antillas y acaba al Norte en una enorme depresión de nueve mil metros. En ese lugar, el corte geológico del océano forma hasta las Antillas menores un acantilado de seis kilómetros, cortado a pico, y, a la altura de las islas de Cabo Verde, otra muralla no menos considerable, que encierra así todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo de este inmenso valle presenta un relieve accidentado, con algunas montañas que proporcionan un aspecto pintoresco a los fondos submarinos. Para exponer lo que precede, me baso sobre todo en las cartas de navegación trazadas a mano que contenía la biblioteca del *Nautilus*, cartas de las que evidentemente era autor el capitán Nemo, y que habían sido realizadas según sus observaciones personales.

Durante dos días, nos desplazamos por las aguas desiertas y profundas utilizando los planos inclinados. El *Nautilus* daba grandes bandazos diagonales que le llevaban a todo tipo de alturas. Pero el 11 de abril emergió súbitamente, y volvimos a ver la tierra en la desembocadura del río Amazonas, ese enorme estuario cuyo caudal es tan impresionante que desala el mar en un espacio de varias leguas.

Habíamos cruzado el Ecuador. A veinte millas al Oeste quedaban las Guayanas, tierra francesa donde habríamos encontrado fácilmente refugio. Pero el viento soplaba con fuerza, y el furioso oleaje no habría permitido que lo afrontáramos con un simple bote. Ned Land lo comprendió, sin duda, pues no me hizo ningún comentario. Yo tampoco aludí a sus proyectos de evasión, pues no quería incitarlo a una tentativa que, indefectiblemente, habría fracasado.

De modo que me resarcí fácilmente de este retraso con unos estudios interesantes. Durante las dos jornadas de los días 11 y 12

de abril, el *Nautilus* no abandonó la superficie del mar, y sus redes le procuraron toda una pesca milagrosa de zoófitos, peces y reptiles.

Algunos zoófitos habían sido dragados por las redes barrederas. En su mayor parte, se trataba de hermosas fictalias, pertenecientes a la familia de los actiniarios y, entre otras especies, figuraba la *Phyctallis protexta*, originaria de esta parte del océano: un pequeño tronco cilíndrico, adornado con líneas verticales y puntilleado de rojo, coronado además por un maravilloso despliegue de tentáculos. En cuanto a los moluscos, consistían en productos que ya había yo observado: turritelas, olivas porfirias, con líneas regularmente entrecruzadas y manchas rojas que destacaban vivamente sobre un fondo de color carnosos; arañas fantásticas, parecidas a escorpiones petrificados; híasas translúcidas; argonautas; jibias, de excelente sabor; algunas especies de calamares, que los naturalistas de la antigüedad clasificaban entre los peces voladores y que ahora sirven principalmente de cebo para la pesca del bacalao [252].

Observé diversas especies de los peces de esos parajes que no había tenido tiempo todavía de estudiar. Entre los cartilaginosos: las lampreas de río, que son unos petromizóntidos parecidos a las anguilas, de quince pulgadas de longitud, con la cabeza de color verdoso, aletas violeta, lomo gris azulado, vientre marrón plateado y moteado de manchas intensas y el iris de los ojos rodeado de un círculo dorado: curiosos animales que la corriente del Amazonas había debido de llevar hasta el mar, pues viven en las aguas dulces; rayas de clavos, de hocico puntiagudo, cola larga y suelta, armadas de un gran aguijón dentado; pequeños escualos de un metro, de piel gris y blanquecina, con dientes dispuestos en varias filas que se giran hacia atrás, y que son vulgarmente conocidos con el nombre de «cornudas»; pejesapos, especie de lófidos como triángulos isósceles rojizos, de medio metro, con los pectorales sujetos por prolongaciones carnosas que les dan el aspecto de murciélagos, pero que por su apéndice córneo, situado junto a las aberturas nasales, se han hecho acreedores al nombre de unicornios de mar; por último, algunas especies de peces ballesta: el de Curasao, cuyos costados punteados brillan con un resplandeciente color dorado, y el pejepuerco violeta claro, de matices tornasolados como el cuello de una paloma.

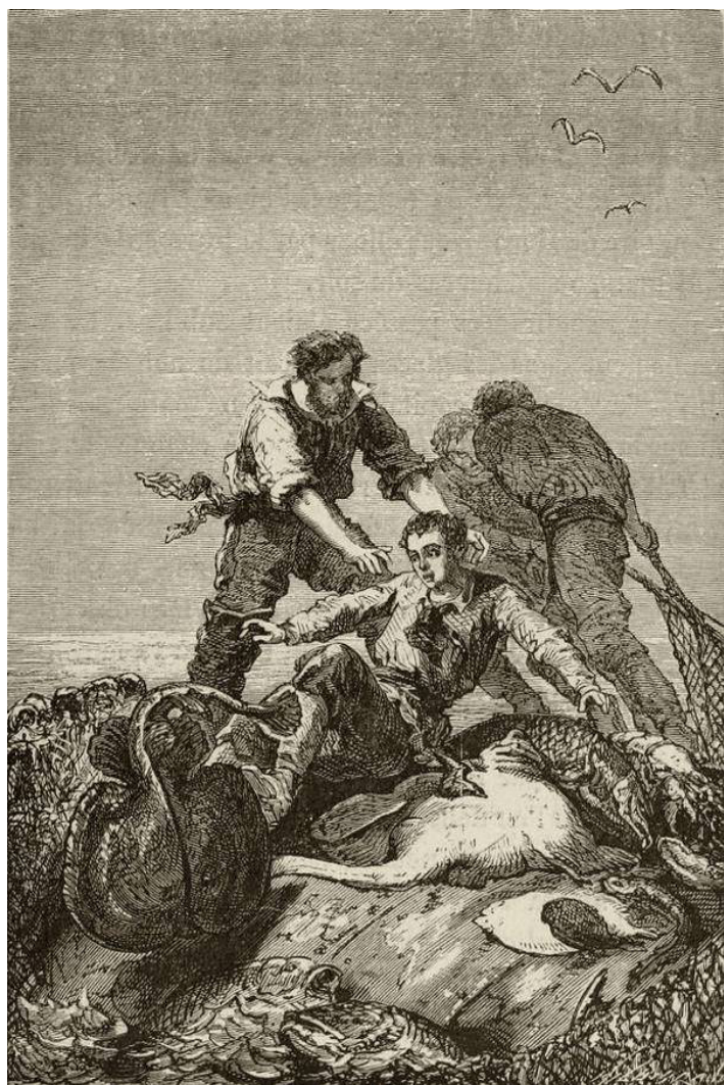
Terminaré esta nomenclatura un poco seca, pero muy exacta,

con la serie de peces óseos que observé: gimnotos pertenecientes al género de los apteronotos, cuyo hocico es muy obtuso y de color blanco niveo, tienen el cuerpo pintado de negro azulado y están provistos de una especie de filamento carnoso muy largo y suelto; odontognatos con aguijón, largas sardinas de tres decímetros, resplandecientes con un intenso destello argénteo; escómbridos guaros, provistos de dos aletas anales; centronotos, de colores negros, que se pescan con hachones encendidos: son peces de dos metros de longitud, de carne grasa, blanca y firme, cuyo sabor cuando están frescos recuerda al de la anguila, mientras que, secos, tienen el paladar del salmón ahumado; lábridos semirrojos, revestidos de escamas solamente en la base de las aletas dorsales y anales; crisópteros, sobre los cuales el oro y la plata mezclan su resplandor con el de los rubíes y el topacio; rabirrubias, espáridos cuya carne es extremadamente delicada, y a los que sus propiedades fosforescentes delatan en medio de las aguas; *jubas*, espáridos cuya lengua es de sabor delicado y que portan una librea de tintes anaranjados; corvinas *corocoro* de caudales doradas; acantúridos negruzcos; salemas de Surinam, etc...

Este *et cætera* no me impedirá que cite otro pez, del que Conseil se acordará durante mucho tiempo, y con razón.

Una de nuestras redes había traído una especie de raya de veinte kilos de peso, muy aplastada, que, con la cola cortada, habría formado un disco perfecto. Por debajo era blanca, por encima rojiza, con grandes manchas redondas de azul oscuro y rodeadas por círculos negros, su piel era muy lisa y acababa en una aleta bilobulada. Extendida sobre cubierta, se debatía, intentaba darse la vuelta, y hacía tantos esfuerzos que en un último salto estuvo a punto de volver al mar. Pero Conseil, que no quería perder su raya por nada del mundo, se abalanzó sobre ella, y, antes de que yo pudiera impedirselo, la cogió con las manos.

Conseil cayó fulminado, con los pies por el aire y la mitad del cuerpo paralizado, y gritando:



—¡Ay, señor, señor! ¡Ayúdeme!

Era la primera vez que el muchacho no me hablaba «en tercera persona».

El canadiense y yo lo levantamos, le dimos unas buenas fricciones, y cuando recuperó sus fuerzas, el empecinado taxonomista murmuró con voz entrecortada:

—Clase de los cartilaginosos, orden de los condropterigios, con branquias fijas, suborden de los selacios, familia de las rayas, género de los torpedos.

—Así es, amigo mío, es un torpedo lo que te ha dejado en tan deplorable estado.

—¡Ah! Pero puede creermelo el señor —replicó Conseil—, me vengaré de este animal.

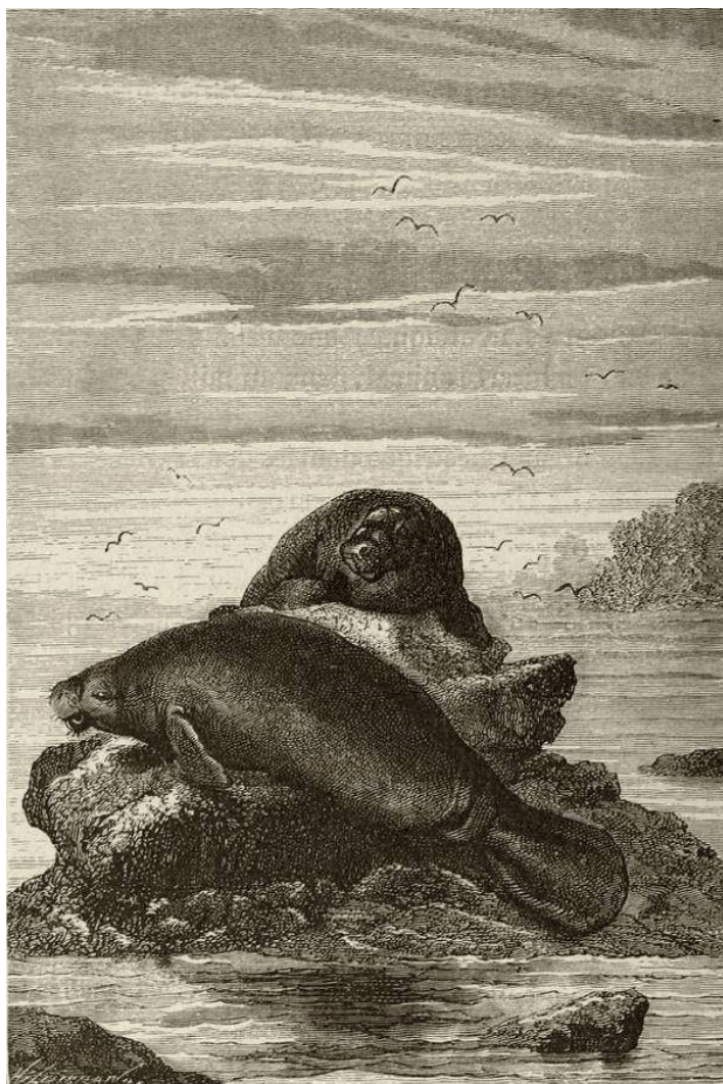
—¿Cómo?

—Comiéndomelo.

Lo que hizo aquella misma noche, pero por pura represalia, pues, con toda franqueza, la carne era coriácea.

El pobre Conseil se había arrojado sobre un torpedo de los de peor especie, la «cumana». Ese extraño animal, en un medio conductor como el agua, fulmina a los peces a varios metros de distancia: hasta tal punto llega la potencia de su órgano eléctrico, cuyas dos superficies principales no miden menos de veintisiete pies cuadrados.

A lo largo del día siguiente, 12 de abril, el *Nautilus* se aproximó a la costa holandesa, hacia la desembocadura del Maroni [253]. Allí vivían en familia varios grupos de manatíes. Eran manatíes que, como el dugongo y el león marino de Steller, pertenecen al orden de los sirénidos. Aquellos hermosos animales, apacibles e inofensivos, de seis a siete metros de longitud, debían de pesar por lo menos cuatro mil kilogramos. Yo informé a Ned Land y a Conseil de que la previsora naturaleza había asignado a esos mamíferos un papel importante. En efecto, son ellos, quienes, como las focas, deben pacer en las praderas submarinas y destruir así las aglomeraciones de hierbas que obstruyen la desembocadura de los ríos tropicales.



—¿Y sabéis lo que ha ocurrido desde que los hombres han aniquilado casi por completo estas razas útiles? —añadí yo—. Que las hierbas putrefactas han envenenado el aire, y una vez envenenado el aire, la fiebre amarilla asuela estas admirables regiones. Las vegetaciones venenosas se han multiplicado bajo estos mares tórridos, y el mal se ha desarrollado irresistiblemente desde la desembocadura del Río de la Plata hasta las costas de Florida.

Si hemos de dar crédito a Toussenel[254], esta plaga no es nada todavía en comparación con la que azotará a nuestros descendientes cuando los mares estén despoblados de ballenas y focas. Entonces, abarrotados de pulpos, medusas y calamares se convertirán en enormes focos de infección, puesto que sus aguas no poseerán ya «esos enormes estómagos, a los que Dios había encargado de purgar la superficie de los mares»[255].

No obstante, sin menospreciar esas teorías, la tripulación del *Nautilus* se apoderó de media docena de manatíes. En efecto, se trataba de aprovisionar las gambuzas con una carne excelente, superior a la del buey y la ternera. La caza no fue interesante. Los manatíes se dejaban matar sin defenderse. Se almacenaron varias toneladas de carne, destinada a ser secada a bordo.

Aquel día, gracias a una singular práctica pesquera, se incrementaron las reservas del *Nautilus*: hasta tal punto eran pródigos en piezas esos mares. La red había traído en sus mallas un buen número de peces cuya cabeza acababa en una placa oval de bordes carnosos. Eran equeneidos, pertenecientes a la tercera familia de los malacopterigios subbraquianos. Su disco aplastado se compone de láminas cartilaginosas transversales móviles, entre las que el animal puede hacer el vacío, lo que le permite adherirse a los objetos como si fuera una ventosa.

La rémora, que yo había observado en el Mediterráneo, pertenece a esta especie. Pero aquellos eran equeneidos osteóqueros, característicos de este mar. Nuestros marineros, a medida que los capturaban, los depositaban en dos baldes llenos de agua.

Concluida la pesca, el *Nautilus* se aproximó a la costa; en ese paraje, dormían unas tortugas marinas en la superficie de las olas. Habría sido difícil apoderarse de esos preciosos reptiles, pues el menor ruido los despierta, y su sólido caparazón está hecho a

prueba de arpón. Sin embargo, era el equeneido el que iba a realizar la captura con una seguridad y una precisión extraordinarias. Ese animal es un anzuelo vivo que haría las delicias y la fortuna del feliz pescador con caña.

Los hombres del *Nautilus* ligaron a la cola de esos animales una argolla lo suficientemente ancha como para no obstaculizar sus movimientos, y, a esa argolla, un cabo largo amarrado a bordo por el otro extremo.

Los equeneidos, arrojados al mar, comenzaron enseguida a cumplir con su cometido y fueron a adherirse al caparazón de las tortugas. Su tenacidad era tal que se habrían desgarrado antes de abandonar su presa. Se los izó a bordo y, con ellos, a las tortugas a que estaban adheridos.

Así, capturamos unas cuantas cacuanas, de un metro de tamaño, que pesaban doscientos kilos. Su caparazón, cubierto de placas córneas grandes, delgadas, transparentes, pardas y con manchas blancas y amarillentas, las hacía muy valiosas. Además, eran excelentes desde el punto de vista comestible, al igual que las tortugas francas, cuyo sabor es exquisito.

Con aquella pesca culminó nuestra estancia en aguas del Amazonas, y, al caer la noche, el *Nautilus* volvió a alta mar.

XVIII

Los pulpos

Durante unos días, el *Nautilus* navegó manteniéndose a distancia de la costa americana. Quería evitar, a todas luces, el golfo de México o el mar de las Antillas. Y no es que le hubiera faltado agua bajo la quilla, puesto que la profundidad media de esos mares es de mil ochocientos metros, pero, probablemente, al capitán Nemo no le convenían esos parajes, surcados por los *steamers* y sembrados de islas.

El 16 de abril, avistamos la Martinica y Guadalupe, a una distancia de unas treinta millas. Por un instante vislumbré sus picos elevados.

El canadiense, que pensaba poner en práctica sus proyectos una vez en el golfo, ora ganando la costa, ora abordando uno de los numerosos barcos que practican el cabotaje entre las islas, se quedó sumamente desconcertado. Tal vez, la huida habría sido fácil si Ned Land hubiese podido apoderarse del bote a escondidas del capitán. Pero en pleno océano, más valía ni pensar en ello.

El canadiense, Conseil y yo mantuvimos una larga conversación sobre este asunto. Hacía ya seis meses que éramos prisioneros a bordo del *Nautilus*. Habíamos navegado diecisiete mil leguas, y, como decía Ned Land, no había razón para que las cosas siguieran otro derrotero. Así pues, me hizo una propuesta que yo no me esperaba: plantear abiertamente al capitán Nemo la siguiente pregunta, ¿pensaba el capitán retenernos indefinidamente a bordo del *Nautilus*?

Semejante gestión me repugnaba. En mi opinión, no podía dar

buen resultado. No había nada que esperar del comandante del *Nautilus*, sólo podíamos contar con nosotros mismos. Además, desde hacía tiempo, aquel hombre se había vuelto más hosco, más retraído, menos sociable. Parecía que me evitaba. No me lo encontraba más que en raras ocasiones. En otras circunstancias, habría estado dispuesto a explicarme las maravillas submarinas; ahora, me dejaba que me dedicara a mis estudios y ya no aparecía por el salón.

¿Qué cambio se había producido en él? ¿Por qué razón? Yo no tenía nada que reprocharme. ¿Quizás nuestra presencia a bordo le pesaba? No cabía esperar que el capitán fuese el hombre que nos iba a devolver la libertad.

Rogué, pues, a Ned que me dejara reflexionar antes de actuar. Si la gestión resultaba infructuosa, podía reavivar sus sospechas, volver nuestra situación insoportable y ser perjudicial para los proyectos del canadiense. Tengo que añadir que no podíamos valernos de la excusa de nuestra salud. A excepción de la ruda prueba que fue el banco de hielo del Polo Sur, jamás habíamos estado tan bien de salud, ni Ned, ni Conseil ni yo. Los alimentos sanos, la atmósfera saludable, la regularidad de nuestra vida cotidiana y la uniformidad de la temperatura no daban pie a que la enfermedad hiciese mella en nosotros; en un hombre que no tenía ninguna añoranza de la tierra, en un capitán Nemo que estaba en su terreno, que iba adonde quería, que, por vías misteriosas para los otros, pero no para él mismo, marchaba directo hacia su objetivo, yo comprendía semejante existencia. Pero nosotros no habíamos roto con la humanidad. Yo no quería que feneciera conmigo el fruto de mis estudios, tan curiosos y tan nuevos. Ahora tenía derecho a escribir el auténtico libro del mar, y quería que, antes o después, ese libro pudiese ver la luz.

Allí, en aquellas aguas de las Antillas, a diez metros bajo la superficie del mar, con las escotillas abiertas, ¡cuántos ejemplares interesantes tenía que reflejar en mis notas diarias! Había, entre otros zoófitos: carabelas, conocidas con el nombre de fisalias pelágicas, especie de grandes vejigas oblongas, con reflejos nacarados, que tendían sus membranas al viento y dejaban flotar sus tentáculos azules como hilos de seda: encantadoras medusas a primera vista, pero auténticas ortigas al tacto, debido al líquido

corrosivo que destilan. Entre los articulados, había anélidos de un metro y medio de longitud, armados con una trompa rosácea y provistos de diecisiete órganos locomotores, que serpenteaban bajo las aguas y, al pasar, proyectaban todas las irisaciones del espectro solar. Dentro de la clase de los peces, había mantas *molubar*[256], enormes cartilaginosos de diez pies de longitud que pesan seiscientas libras, tienen la aleta pectoral triangular, el centro del lomo un poco abombado y los ojos situados en las extremidades de la cara anterior de la cabeza; flotaban como el casco de un navío y se adherían como una cortina opaca a nuestro cristal. Había peces ballesta americanos, para los que la naturaleza sólo ha reservado los colores blanco y negro; góbidos de Plumier[257], alargados y carnosos, de aletas amarillas y mandíbula prominente; escómbridos de dieciséis decímetros, con los dientes cortos y agudos, cubiertos de pequeñas escamas, pertenecientes a la especie de las albacoras. Después, aparecían bancos de salmonetes, encorsetados en rayas de oro desde la cabeza hasta la cola, agitando sus aletas resplandecientes; auténticas obras maestras de bisutería consagradas en la Antigüedad a Diana y particularmente apreciadas por los ricos romanos, cuyo refrán decía: «No los come quien los captura[258]». También había chiribicos, pomacántidos dorados que lucían franjas esmeralda, vestidos de terciopelo y seda, y que pasaban ante nuestros ojos como señores del Veronés; espáridos, que huían gracias a su rápida aleta torácica; clupanodontes de quince pulgadas, envueltos en sus resplandores fosforescentes; lisas, que batían el mar con su gruesa caudal carnosa; corégono rojos, que parecían rasgar las aguas con su pectoral cortante, y peces luna, dignos de su nombre, que surgían en el horizonte de las aguas como otras tantas lunas con sus reflejos albos.

Cuántos especímenes maravillosos y nuevos habría seguido observando si el *Nautilus* no hubiera descendido lentamente hacia las aguas fondos. Sus planos inclinados lo llevaron hasta unas profundidades de dos mil y tres mil quinientos metros. Allí, la vida animal no estaba representada más que por encrinos, estrellas de mar, encantadoras pentacrinas con cabeza de medusa, cuyo talo recto aguantaba un pequeño cáliz, trocos, neritas ensangrentadas y fisurelas, especie muy abundante de moluscos litorales.

El 20 de abril, habíamos remontado a una profundidad media de

mil quinientos metros. La tierra más cercana era el archipiélago de las islas Lucayas [259], diseminadas como un montón de adoquines en la superficie de las aguas. Allí se alzaban altos cantiles submarinos, murallas rectas formadas por bloques toscos dispuestos sobre enormes basamentos de donde surgían agujeros negros que nuestros rayos eléctricos no iluminaban hasta el fondo.

Las rocas estaban alfombradas de grandes hierbas, de laminarias gigantes, de fucos gigantescos, un auténtico enrejado de hidrofitos digno de un mundo de Titanes [260].

De las plantas colosales de que hablábamos, Conseil, Ned y yo, pasamos naturalmente a citar a los animales gigantescos del mar. Unos están destinados a servir de alimento a los otros. Sin embargo, por los cristales del *Nautilus* casi inmóvil, sólo vislumbraba yo entre esos largos filamentos a los principales articulados de la división de los braquiuros, lambros de largas patas, cangrejos violáceos y cliós, típicos de los mares antillanos.

Eran alrededor de las once cuando Ned Land me señaló una espantosa agitación que se producía en medio de las grandes algas.

—¡Ahá! —dije—. Son auténticas cavernas de pulpos; no me extrañaría ver a algunos monstruos de esos.

—¡Cómo! —dijo Conseil—. ¿Calamares, simples calamares de la clase de los cefalópodos?

—No —dije—. Pulpos de grandes dimensiones. Pero el amigo Land se ha debido de equivocar, porque no veo nada.

—Lo lamento —repuso Conseil—. Me gustaría ver cara a cara a uno de esos pulpos de los que tanto he oído hablar, esos que pueden arrastrar a los navíos al fondo de los abismos. Esas bestias, se llaman kr...

—Crédulo, Conseil, es usted un crédulo —le motejó irónicamente el canadiense.

—Krakens —acabó Conseil sin preocuparse por la broma de su compañero.

—Nadie conseguirá hacerme creer que existen semejantes animales —concluyó Ned Land.

—¿Por qué no? —respondió Conseil—. También nos creímos lo del narval del señor.

—Y nos equivocamos, Conseil.

—¡Cierto! Pero hay otros que todavía seguirán creyéndoselo.

—Probablemente, Conseil, pero yo estoy bien decidido a no admitir la existencia de esos monstruos hasta que no los haya disecado con mi propia mano.

—¿De modo que el señor no cree en los pulpos gigantes? —me preguntó Conseil.

—¡Bah! ¿Y quién demonios cree en esas cosas? —exclamó el canadiense.

—Mucha gente, amigo Ned.

—Los pescadores, no. Si acaso, serán los sabios.

—Perdone, Ned. Pescadores y sabios.

—Pues este que les habla —dijo Conseil con el aire más serio del mundo— se acuerda perfectamente de haber visto una gran embarcación arrastrada bajo las aguas por los tentáculos de un cefalópodo.

—¿Usted ha visto eso? —preguntó el canadiense.

—Sí, Ned.

—¿Con sus propios ojos?

—Con mis propios ojos.

—¿Me puede decir dónde?

—En Saint-Malo —respondió imperturbablemente Conseil.

—¿En el puerto? —dijo Ned Land irónicamente.

—No, en una iglesia —respondió Conseil.

—¡En una iglesia! —exclamó el canadiense.

—Sí, amigo Ned. Era un cuadro en que se representaba al pulpo en cuestión.

—¡Anda! —exclamó Ned Land, estallando en una carcajada—. El señor Conseil me toma el pelo.

—Pues tiene razón —dije yo—. He oído hablar de ese cuadro; pero el tema que representa está sacado de una leyenda, y ya sabe lo que hay que pensar de las leyendas en materia de historia natural. Además, tratándose de monstruos, a la imaginación le encanta extraviarse. No sólo se ha pretendido que esos pulpos podían arrastrar navíos, sino que un tal Olaus Magnus[261] habla de un cefalópodo de una milla de longitud, que parecía más una isla que un animal. Se cuenta también que el obispo de Nidros[262] erigió un día un altar sobre una roca inmensa. Concluida la misa, la roca se puso en marcha y volvió al mar. La roca era un pulpo.

—¿Y eso es todo? —preguntó el canadiense.

—No —respondí yo—. Otro obispo, Pontoppidan de Bergen, habla igualmente de un pulpo sobre el que podía maniobrar un regimiento de caballería.

—¡Caramba con aquellos obispos! ¡Se las traían! —dijo Ned Land.

—Por último, los naturalistas de la Antigüedad citan a monstruos cuya cabeza parecía un golfo, y que eran tan grandes que no podían atravesar el estrecho de Gibraltar.

—¡No faltaría más! —replicó el canadiense.

—Pero, en todos esos relatos, ¿qué hay de verdad? —preguntó Conseil.

—Nada, amigos míos, nada en todo lo que pasa de los límites de la verosimilitud para desembocar en la fábula o la leyenda. De todas formas, la imaginación de los cuentistas necesita una causa o, por lo menos, un pretexto. No se puede negar que existen pulpos y calamares de muy gran tamaño, pero inferiores en cualquier caso a los cetáceos. Aristóteles constató las dimensiones de un calamar de seis codos, es decir: tres metros diez[263]. Nuestros pescadores ven frecuentemente otros cuya longitud supera un metro ochenta. Los museos de Trieste y de Montpellier conservan restos de pulpos que miden dos metros. Además, según los cálculos de los naturalistas, uno de esos animales de seis pies de longitud solamente tendría unos tentáculos de veintisiete pies. Lo que es más que suficiente para que el monstruo sea terrorífico.

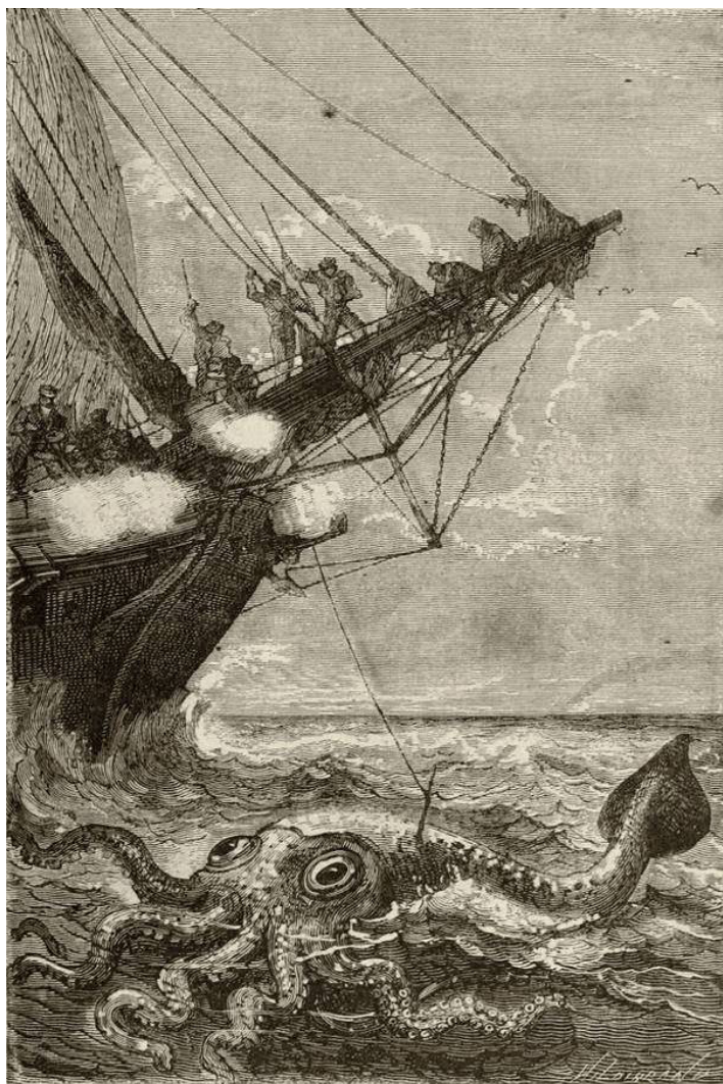
—¿Se pescan actualmente ejemplares de esos? —preguntó el canadiense.

—Si no se pescan, al menos los marinos los ven. Uno de mis amigos, el capitán Paul Bos, de El Havre[264], me aseguró en una ocasión que se había encontrado con un monstruo de unas dimensiones colosales en los mares de la India. Pero el hecho más sorprendente y que impide que neguemos la existencia de esos gigantescos animales, ocurrió hace unos años, en 1861.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Ned Land.

—Lo siguiente: en 1861, al Nordeste de Tenerife, más o menos por la latitud en que nos encontramos ahora, la tripulación del aviso *Alecton* vio un monstruoso calamar que nadaba en sus aguas. El comandante Bouguer[265] se aproximó al animal y lo atacó a arponazos y a tiros, sin mucho éxito, pues las balas y hasta los

arpones atravesaban sus carnes, blandas como una gelatina sin consistencia. Tras muchas tentativas infructuosas, la tripulación consiguió pasar un nudo corredizo en torno al cuerpo del molusco. Deslizaron el nudo hasta las aletas caudales y allí se detuvo. Entonces, se intentó izar al monstruo a bordo, pero su peso era tan considerable que se separó de su cola por la tracción de la cuerda, y, privado de ese ornamento, desapareció bajo las aguas.



—Por lo menos, es un hecho —dijo Ned Land.

—Un hecho indiscutible, mi buen Ned. De tal modo, que se ha propuesto denominar a ese pulpo como «calamar de Bouguer» [266].

—¿Y cuál era su longitud? —preguntó el canadiense.

—¿No medía alrededor de seis metros? —dijo Conseil, el cual, apostado ante el cristal examinaba de nuevo las anfractuosidades del acantilado.

—Exactamente —respondí yo.

—¿Y su cabeza —prosiguió Conseil— no estaba coronada por ocho tentáculos que se agitaban bajo el agua como un nido de serpientes?

—Exactamente.

—¿Sus ojos, situados en lo alto de la cabeza, no eran de tamaño considerable?

—Sí, Conseil.

—¿Y su boca, no era un auténtico pico de papagayo, pero un pico terrible?

—Así es, Conseil.

—¡Pues bien! Si el señor me lo permite —respondió tranquilamente Conseil—, si éste no es el calamar de Bouguer, seguro que es un hermano suyo.

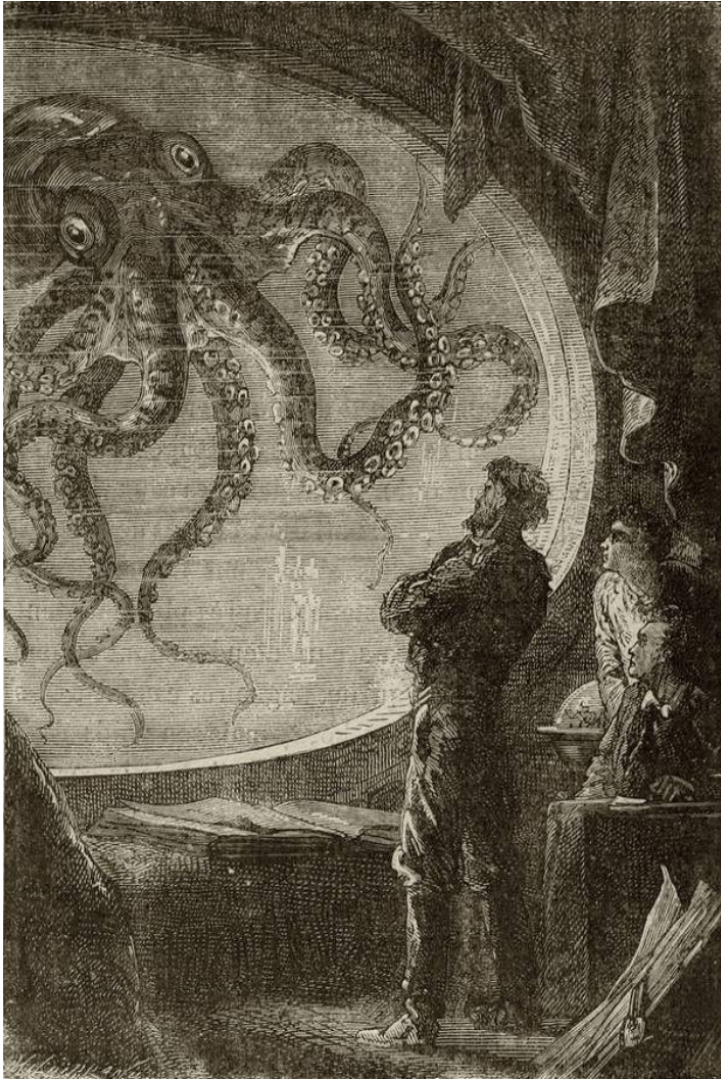
Yo miré a Conseil. Ned Land se precipitó al cristal.

—¡Qué bestia más horrorosa! —exclamó.

Yo también miraba, y no pude reprimir un movimiento de repulsión. Ante mis ojos, se debatía un monstruo horrible, digno de engrosar las leyendas teratológicas.

Era un calamar de dimensiones colosales, de ocho metros de longitud. Nadaba marcha atrás a extremada velocidad y en dirección al *Nautilus*. Miraba con sus enormes ojos fijos de color glauco. Sus ocho brazos, o más bien sus seis pies, implantados en la cabeza, que les han valido a estos animales el nombre de cefalópodos, tenían un desarrollo del doble que el de su cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias [267]. Se distinguían nítidamente las doscientas cincuenta ventosas, dispuestas en la cara interna de los tentáculos, en forma de cápsulas semiesféricas. Esas ventosas se aplicaban a veces al cristal del salón y hacían el vacío. La boca del monstruo —un pico córneo como el de un papagayo— se abría y se cerraba verticalmente. Su lengua, substancia también

córnea y armada de varias filas de dientes agudos, salía agitándose de aquella auténtica cizalla. ¡Qué fantasía de la naturaleza! ¡Un pico de ave en un molusco! Su cuerpo, fusiforme e hinchado en su parte media, formaba una masa carnososa que debía de pesar entre veinte y veinticinco mil kilogramos. Su color no era constantemente el mismo y cambiaba con gran rapidez, según la irritación del animal, virando sucesivamente del gris lívido al marrón rojizo.



¿Por qué se irritaba aquel molusco? Sin duda, por la presencia del *Nautilus*, más enorme, al cual no podían aferrarse sus brazos de ventosas o sus mandíbulas. Sin embargo, ¡qué monstruos esos pulpos, qué vitalidad les ha conferido el Creador, qué vigor en sus movimientos, puesto que poseen tres corazones!

El azar nos había llevado en presencia de aquel calamar y yo no quería dejar pasar la ocasión de estudiar cuidadosamente ese espécimen de los cefalópodos. Me sobrepuse al horror que me inspiraba su aspecto, y, tomando un lápiz, comencé a dibujarlo.

—Quizá es el mismo que el del *Alecton* —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense— porque éste está entero y el otro perdió la cola.

—Eso no es óbice —respondí—. Los brazos y la cola de esos animales vuelven a crecer, y, al cabo de siete años, la cola del calamar de Bouguer ha tenido tiempo de sobra de hacerlo.

—Además —replicó Ned Land—, si no es éste, puede ser uno de aquéllos.

En efecto, habían comenzado a aparecer otros pulpos por el cristal de estribor. Conté siete. Rodeaban al *Nautilus* y se oían los chirridos de sus picos en el casco de acero. Estábamos bien servidos.

Yo continué con mi trabajo. Los monstruos se mantenían en nuestras aguas con tal precisión que parecían inmóviles, hasta tal punto que los habría podido calcar a escala sobre el cristal. Además, navegábamos a una velocidad moderada.

De repente, el *Nautilus* se detuvo. Un choque hizo que toda su armazón se cimbreada.

—¿Hemos tocado? —pregunté.

—Sea como sea —respondió el canadiense—, ya estamos libres porque flotamos.

El *Nautilus* flotaba, sin duda, pero había dejado de navegar. Las paletas de su hélice ya no batían las aguas. Transcurrió un minuto. El capitán Nemo, seguido de su segundo, entró en el salón.

No lo había visto desde hacía tiempo. Me pareció sombrío. Sin hablarnos, sin vernos quizás, fue a la escotilla, miró los pulpos y dijo unas palabras a su segundo.

Éste salió. Enseguida, se volvieron a cerrar las escotillas. El techo se iluminó.

Me dirigí hacia el capitán.

—Una curiosa colección de pulpos —le dije, con el tono desenvuelto que adoptaría un aficionado ante el cristal de un acuario.

—Así es, señor naturalista —me respondió—, y los vamos a combatir cuerpo a cuerpo.

Miré al capitán. Creía no haber oído bien.

—¿Cuerpo a cuerpo? —repetí yo.

—Sí, señor. La hélice se ha detenido. Creo que las mandíbulas córneas de uno de esos calamares se han introducido entre las paletas. Eso es lo que nos impide navegar.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Volver a la superficie y exterminar a toda esa carroña.

—Difícil empresa.

—Así es. Las balas eléctricas son impotentes contra esas carnes gelatinosas, que no ofrecen la suficiente resistencia para estallar. Pero los atacaremos con las hachas.

—Y con el arpón, señor —dijo el canadiense—, si no rechaza usted mi ayuda.

—La acepto, señor Land.

—Los acompañaremos —dije, y, siguiendo al capitán Nemo, nos dirigimos hacia la escalera central.

Allí, una decena de hombres, armados con hachas de abordaje, estaban listos para atacar. Conseil y yo cogimos dos hachas. Ned Land cogió un arpón.

El *Nautilus* había vuelto entonces a la superficie de las aguas. Uno de los marineros, situado en los últimos peldaños, desenroscaba el cierre de la escotilla. Pero, apenas quitadas las tuercas, la escotilla se levantó con una violencia inaudita, sin duda asida por las ventosas de un tentáculo de pulpo.

De repente, uno de esos largos brazos se deslizó como una serpiente por la abertura y otros veinte se agitaron por encima. De un hachazo, el capitán Nemo cortó ese formidable tentáculo, que rodó por los peldaños retorciéndose.



En el momento en que nos agolpábamos unos sobre otros para alcanzar la cubierta, otros dos tentáculos, fustigando el aire, se abatieron sobre el marinero que estaba situado delante del capitán Nemo y lo levantaron con una violencia irresistible.

El capitán Nemo dio un grito y se lanzó hacia afuera. Nosotros nos habíamos precipitado tras él.

¡Qué escena! El pobre marinero, atenazado por el tentáculo y adherido a sus ventosas, estaba siendo balanceado en el aire a merced de aquella enorme trompa. Jadeaba, se asfixiaba, gritaba: «¡Auxilio, auxilio!». Aquellas palabras, *pronunciadas en francés*[268], me causaron una profunda conmoción. Así que tenía yo a un compatriota a bordo, tal vez a varios. ¡Aquella exhortación delirante la escucharé durante toda la vida!

El desdichado estaba perdido. ¿Quién podía arrancarle de ese poderoso abrazo? Mientras tanto, el capitán Nemo se había precipitado sobre el pulpo, y, de un hachazo, le había cercenado otro tentáculo. Su segundo luchaba con rabia contra otros monstruos que reptaban asiéndose a los costados del *Nautilus*. La tripulación luchaba a hachazos. El canadiense, Conseil y yo hundíamos nuestras armas en aquellas masas carnosas. Un violento olor de almizcle penetraba la atmósfera. Era horrible.

Por un instante, creí que podíamos arrancar al desdichado, enlazado por el pulpo, de su poderosa succión. Habíamos cortado siete de los ocho brazos. Uno solo, zarandeando a su víctima como a una pluma, se retorció en el aire. Pero en el momento en que el capitán Nemo y su segundo se abalanzaban sobre él, el animal soltó un chorro de un líquido negruzco, secretado por una bolsa situada en su abdomen. Nos cegó. Cuando la nube se disipó, el calamar había desaparecido, y con él mi infortunado compatriota.



¡Qué ira se apoderó de nosotros al acometer a aquellos monstruos! Ya no nos conteníamos. Diez o doce pulpos habían invadido la cubierta y los flancos del *Nautilus*. Rodábamos entrelazados en medio de esos trozos de serpiente que se sacudían sobre cubierta como en un lagar de sangre y de tinta negra. Parecía que aquellos tentáculos viscosos renacían como las cabezas de la Hidra[269]. El arpón de Ned Land, a cada golpe, se hundía en los ojos glaucos del calamar y los reventaba. Pero mi audaz compañero fue de repente derribado por los tentáculos de un monstruo que no había podido evitar.

¡Ah! ¡Mi corazón se quebraba de emoción y de horror! El formidable pico del calamar se había abierto sobre Ned Land, que estaba a punto de ser partido por la mitad. Yo acudí rápidamente en su ayuda. Pero el capitán Nemo se me había adelantado. Su hacha desapareció entre las dos enormes mandíbulas, y el canadiense, milagrosamente salvado, se incorporó y hundió su arpón entero hasta el triple corazón del pulpo.

—Es mi revancha —dijo el capitán Nemo al canadiense.

Ned se inclinó, sin responderle.

El combate había durado un cuarto de hora. Los monstruos, vencidos, mutilados, heridos de muerte, dejaron por fin libre la cubierta y desaparecieron bajo las aguas.

El capitán Nemo, rojo de sangre e inmóvil junto al fanal, miró al mar, que se había tragado a uno de sus compañeros, y unas gruesas lágrimas rodaron de sus ojos.

XIX

El Gulf Stream

Aquella terrible escena del 20 de abril no podrá olvidarla ninguno de nosotros. La he escrito subyugado por una violenta emoción. Después, he revisado la narración y la he leído a Conseil y al canadiense. Les han parecido exactos los hechos, pero insuficiente su efecto. Para pintar semejantes cuadros, haría falta la pluma del más ilustre de nuestros poetas: el autor de *Los trabajadores del mar*[270].

He mencionado que el capitán Nemo lloraba al mirar las aguas del mar. Su dolor era inmenso. Era el segundo compañero que perdía desde nuestra llegada a bordo. ¡Y qué muerte! Aquel amigo, reventado, asfixiado, destrozado por el terrible tentáculo de un pulpo, triturado por sus mandíbulas de hierro, no podría ya reposar con sus compañeros en el cementerio de coral.

Por lo que a mí respecta, lo que me había desgarrado el corazón, en medio de la lucha, fue el grito de desesperación proferido por el desdichado. Aquel pobre francés, olvidando su lengua de convención, había vuelto a hablar en la lengua de su país, en su lengua materna, para lanzar una última llamada de auxilio. ¡Así que, entre los tripulantes del *Nautilus*, unidos en cuerpo y alma al capitán Nemo, y que, como él, huían del contacto con los hombres, yo tenía un compatriota! ¿Sería aquél el único que representaba a Francia dentro de aquella misteriosa asociación, compuesta, como era evidente, por individuos de diversas nacionalidades? Ese seguía siendo uno de los irresolubles problemas que me acuciaban sin cesar.

El capitán Nemo entró en su camarote y ya no lo vi durante

algún tiempo. A juzgar por el estado del buque, del que el propio capitán era el alma, y al cual transmitía todas sus sensaciones, qué triste, desesperado y abatido debía de estar. El *Nautilus* ya no mantenía un rumbo determinado. Iba, venía, flotaba como un cadáver a merced de las aguas. Su hélice ya estaba despejada, y, sin embargo, apenas la utilizaba. Navegaba al azar. No podía dejar atrás el escenario de su último combate, aquel mar que había devorado a uno de los suyos.

Así transcurrieron diez días. Hasta el 1 de mayo, el *Nautilus* no recobró claramente su rumbo hacia el Norte, tras haber avistado las Lucayas en la embocadura del canal de las Bahamas. Entonces seguíamos la corriente del río más grande del mar, que tiene sus propias orillas, sus peces y su temperatura propios. Me refiero al *Gulf Stream*.

En efecto, es un río, que fluye libremente en medio del Atlántico y cuyas aguas no se mezclan jamás con las aguas oceánicas. Es un río salado, con una salinidad más elevada que la del mar que lo rodea. Su profundidad media es de tres mil pies, su anchura media es de sesenta millas. En algunos lugares, su corriente se desplaza a una velocidad de cuatro kilómetros por hora. El invariable volumen de sus aguas es superior al de todos los ríos del globo.

La verdadera fuente del *Gulf Stream*, reconocida por el comandante Maury, su punto de partida, valga la expresión, está situada en el golfo de Vizcaya. Allí comienzan a formarse sus aguas, aún débiles en color y temperatura. Desciende hacia el Sur, bordea el África ecuatorial, donde los rayos de la zona tórrida calientan su caudal, atraviesa después el Atlántico, alcanza el cabo de San Roque en la costa brasileña y se bifurca en dos ramas, de las que una va a saturarse todavía más de moléculas calientes del mar de las Antillas. Entonces, el *Gulf Stream*, encargado de restablecer el equilibrio entre las temperaturas y de mezclar las aguas de los trópicos con las aguas boreales, desempeña su papel ponderador. Calentado al rojo vivo en el golfo de México, avanza hacia el Norte por las costas americanas, llega hasta Terranova, se desvía por efecto del empuje de la corriente fría del estrecho de Davis[271], vuelve sobre el rumbo del océano, siguiendo en uno de los grandes círculos del globo la línea loxodrómica, se divide en dos brazos hacia el paralelo 43°, de los que uno, ayudado por los alisios del Nordeste regresa al

golfo de Vizcaya y a las Azores, y el otro, luego de entibiar las orillas de Irlanda y Noruega, rebasa el Spitzberg, donde su temperatura cae hasta cuatro grados para formar el mar libre del Polo.

Por este río del océano navegaba entonces el *Nautilus*. A su salida del canal de las Bahamas, con catorce leguas de anchura y a trescientos metros de profundidad, el *Gulf Stream* fluye a razón de ocho kilómetros por hora. Esta velocidad decrece regularmente a medida que avanza hacia el Norte, y es de desear que esta regularidad continúe, pues, si su velocidad y su dirección se modifican, como se ha creído detectar, los climas europeos estarán sometidos a perturbaciones cuyas consecuencias son incalculables.

Hacia el mediodía, Conseil y yo nos encontrábamos en cubierta. Le estaba informando de las particularidades del *Gulf Stream*. Cuando mi explicación hubo acabado, le pedí que metiera las manos en la corriente.

Así lo hizo Conseil, y se quedó muy sorprendido de no experimentar ninguna sensación de frío o de calor.

—Eso ocurre —le dije— porque la temperatura de las aguas del *Gulf Stream*, al salir del golfo de México, apenas se diferencia de la de la sangre. El *Gulf Stream* es un gran calorífero, que permite a las costas de Europa adornarse con un eterno verdor. De acuerdo con las teorías de Maury, si se utilizara totalmente el calor de la corriente, proporcionaría el suficiente calor como para tener en fusión un río de hierro colado tan grande como el Amazonas o el Missouri.

En ese momento, la velocidad del *Gulf Stream* era de dos metros veinticinco por segundo. Su corriente es tan distinta del mar que la circunda que sus aguas comprimidas se levantan sobre el océano y entre ellas y las aguas frías se produce un desnivel. Sombrías, además, y muy ricas en materias salinas, hienden con su puro color índigo las aguas verdes que las rodean. Su línea de demarcación es tan nítida que el *Nautilus*, a la altura de las Carolinas, cortó con su espolón las aguas del *Gulf Stream*, mientras que su hélice aún batía las del océano.

Esa corriente arrastraba con ella a un sinnúmero de seres vivos. Los argonautas, tan comunes en el Mediterráneo, viajaban por tropes numerosos. Entre los cartilaginosos, los más notables eran

las rayas, cuya cola, muy suelta, formaba aproximadamente la tercera parte del cuerpo, y su aspecto era el de enormes rombos de veinticinco pies de longitud; después, pasaron pequeños escualos de un metro, con la cabeza grande, de hocico corto y redondeado, dientes puntiagudos y dispuestos en diversas filas y con el cuerpo aparentemente cubierto de escamas.

Entre los peces óseos, anoté: los magnotes, lábridos particulares de estos mares; los esparos sinágridos, cuyo iris brillaba como el fuego; las corvinas, de un metro de longitud, con una amplia boca erizada de dientecillos, y que dejaban escapar un leve sonido; los centronotos, de los que ya he hablado; las lampugas azules, con libreas de oro y plata; papagayos, auténticos arcos iris del océano, que pueden rivalizar en color con las aves más hermosas de los trópicos; babosas de Bosc, blénidos de cabeza triangular; rombos azulados desprovistos de escamas; batracoides recubiertos de una banda amarilla y transversal que semejaban una *tau* griega; pequeños góbidos de Bosc, que retozaban con su punteado de lunares marrones; dipterodontes de cabeza plateada y caudal amarilla; diversos ejemplares de salmones; mugilomoros de esbelta figura que brillaban con un suave resplandor y que Lacépède consagró a la amable compañera de su vida [272]; y, por último, un hermoso pez, el caballero americano, que, condecorado con todas las órdenes y engalanado con todas las bandas, frecuenta las orillas de esa gran nación donde las bandas y las órdenes son tan mediocrementemente apreciadas.

Añadiré que, durante la noche, las aguas fosforescentes del *Gulf Stream* rivalizaban con el resplandor eléctrico de nuestro fanal, sobre todo cuando el tiempo amenazaba tormenta, como era frecuente.

El 8 de mayo seguíamos estando frente al cabo Hatteras, a la altura de Carolina del Norte. En esas señas, la anchura del *Gulf Stream* es de setenta y cinco millas, y su profundidad de doscientos diez metros. El *Nautilus* continuaba errando a la aventura. Parecía como si se hubiese suprimido a bordo toda vigilancia. He de admitir que, en aquellas condiciones, la evasión podría haber tenido éxito. En efecto, las orillas habitadas ofrecían fáciles refugios por doquier. El mar estaba incesantemente surcado por numerosos *steamers*, que realizan el trayecto entre Nueva York o Boston y el golfo de México,

y noche y día estaba recorrida por esas pequeñas goletas encargadas del cabotaje en los diversos puntos de la costa americana. Cabía tener la esperanza de que nos acogieran. Se trataba, pues, de una ocasión favorable, a pesar de las treinta millas que separaban el *Nautilus* de las costas de la Unión.

Pero una circunstancia enojosa contrariaba totalmente los proyectos del canadiense: el tiempo era bastante malo. Nos acercábamos a esos parajes en que las tormentas son frecuentes, la patria de los tifones y los ciclones, engendrados precisamente por el *Gulf Stream*. Afrontar con un frágil bote una mar tan desatada, habría sido apostar por nuestra perdición segura. Incluso Ned Land estaba de acuerdo en ese punto. No le quedaba otro remedio que morder su freno, embargado por una furiosa nostalgia que solamente habría podido remediar fugándose.

—Señor —me dijo ese día—, esto tiene que acabar. Quiero saber a qué atenerme. Su capitán Nemo se aleja de las tierras y sigue aproando al Norte. Pero se lo diré bien claro: he tenido bastante con el Polo Sur y no pienso seguirle al Polo Norte.

—¿Y qué podemos hacer, Ned, visto que la evasión es imposible en estos momentos?

—Vuelvo a mi idea original: hay que hablarle al capitán. Usted no dijo nada cuando estábamos en los mares de su país. Ahora que estamos en los mares del mío quiero hablar yo. Cuando pienso que dentro de unos días el *Nautilus* se encontrará a la altura de Nueva Escocia, y que allí, hacia Terranova, se abre una amplia bahía, que en esa bahía va a desembocar el San Lorenzo, y que el San Lorenzo es mi río, el mío, el río de Quebec, mi ciudad natal; cuando pienso en eso, la rabia me inflama la cara y se me ponen los pelos de punta. ¡Mire, señor, prefiero arrojar me al mar! ¡No me quedaré aquí! ¡Me estoy asfixiando!

El canadiense había llegado claramente al límite de su paciencia. Su vigorosa naturaleza no podía acomodarse a la reclusión prolongada. Su semblante se alteraba de día en día. Su carácter se agriaba cada vez más. Yo me daba cuenta de lo que debía de sufrir, pues a mí también me atenazaba la nostalgia. Habían transcurrido cerca de siete meses sin que hubiésemos tenido ninguna noticia de la tierra firme. Además, el aislamiento del capitán Nemo, su cambio de humor, sobre todo desde el combate de los pulpos, su semblante

taciturno, todo me hacía ver las cosas desde otra perspectiva. Ya no sentía el entusiasmo de los primeros días. Hacía falta ser un flamenco como Conseil para aceptar aquella situación, en un medio reservado a los cetáceos y a los demás habitantes marinos. A decir verdad, si este bravo muchacho hubiese tenido branquias en lugar de pulmones, creo que habría sido un pez notable.

—¿Qué piensa usted, señor? —añadió Ned Land, al ver que yo no le respondía.

—Bueno, Ned, usted quiere que le pregunte al capitán Nemo qué intenciones tiene respecto de nosotros, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿A pesar de que ya nos las ha explicado?

—Sí. Quiero que me lo deje claro una última vez. Hable solamente por mí, en mi nombre nada más, si le parece mejor.

—Ya sabe usted que me lo encuentro muy raras veces. Incluso me evita.

—Razón de más para ir a visitarlo.

—Se lo preguntaré, Ned.

—¿Cuándo? —preguntó insistiendo el canadiense.

—Cuando me lo encuentre.

—Señor Aronnax, ¿quiere usted que vaya a verlo yo?

—No. Déjeme a mí. Mañana...

—Hoy —dijo Ned Land.

—De acuerdo. Será hoy —respondí al canadiense, quien, de actuar por su cuenta, lo habría echado todo a perder.

Me quedé solo. Una vez decidida la pregunta, resolví zanjar el asunto inmediatamente. Prefiero las cosas hechas a las cosas por hacer.

Regresé a mi camarote. Desde allí, oí pasos en el del capitán Nemo. No había que dejar pasar la ocasión de verlo. Llamé a su puerta. No obtuve respuesta. Volví a llamar y después giré el pomo. La puerta se abrió.

Entré. El capitán estaba allí. Inclinado sobre su mesa de trabajo, no me había oído. Decidido a no irme sin haber hablado con él, me acerqué. Levantó la cabeza bruscamente, frunció las cejas, y me dijo con un tono bastante brusco:

—¡Usted aquí! ¿Qué quiere?

—Hablarle, capitán.

—Estoy ocupado, señor, trabajando. ¿No puedo tener yo la misma libertad que le dejo a usted para aislarse?

El recibimiento era poco alentador. Pero yo estaba decidido a aguantarlo todo para que él también me oyera.

—Señor —le dije fríamente—, tengo que hablarle de un asunto que no admite demora.

—¿Y qué asunto es ese, señor? —respondió irónicamente—. ¿Ha hecho usted algún descubrimiento que me haya pasado inadvertido? ¿Le ha revelado el mar nuevos secretos?

Estábamos lejos de entendernos. Pero antes de que yo hubiese respondido, me dijo en un tono más serio, mientras me mostraba un manuscrito abierto sobre la mesa:

—Mire usted, señor Aronnax: un manuscrito escrito en varias lenguas. Contiene el resumen de mis estudios sobre el mar, y, si Dios quiere, no perecerá conmigo. Guardaré este manuscrito, firmado con mi nombre y completado con la historia de mi vida, en un pequeño aparato insumergible. El último superviviente de todos nosotros a bordo del *Nautilus* arrojará al mar el aparato, que irá allá adonde le lleven las olas.

¡El nombre del capitán Nemo! ¡Su historia escrita por él mismo! ¿Quedaría algún día disipado su misterio? Pero, en ese momento, no veía en aquella comunicación más que una entrada en materia.

—Capitán —respondí yo—, no puedo sino aprobar la idea que le hace actuar así. El fruto de sus estudios no debe malograrse. Pero el medio que emplea usted me parece primitivo. ¿Quién sabe adónde llevarán los vientos ese aparato del que habla, en manos de quién caerá? ¿No podría encontrar usted un medio mejor? ¿Usted o uno de los suyos no podría...?

—Jamás, señor —dijo tajantemente el capitán, interrumpiendo mi frase.

—Pero yo..., mis compañeros, estamos dispuestos a guardar ese manuscrito en reserva, y si nos devuelve usted la libertad...

—¡La libertad! —exclamó el capitán Nemo levantándose.

—Sí, señor, eso es lo que quería plantearle. Desde hace siete meses estamos a bordo del *Nautilus*, y le pregunto hoy, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, si su intención es mantenernos aquí para siempre.

—Señor Aronnax —dijo el capitán Nemo— le responderé hoy lo

que le respondí hace siete meses: quien entra en el *Nautilus* no sale de él jamás.

—¡Nos impone usted la esclavitud misma!

—Dele el nombre que le plazca.

—Pero en todos sitios el esclavo conserva el derecho de recobrar su libertad. Cualesquiera que sean los medios que se le presenten para ello, le pueden parecer buenos.

—¿Quién les niega ese derecho? —respondió el capitán Nemo—. ¿He recurrido yo alguna vez a encadenarles con un juramento?

El capitán me miraba con los brazos cruzados.

—Señor —le dije—, volver una segunda vez a este tema no es de su agrado ni del mío. Pero ya que hemos empezado, lleguemos hasta el final. Le repito una vez más que no es sólo de mi persona de quien se trata. Para mí el estudio es una ayuda, un poderoso entretenimiento, un acicate, una pasión que puede hacérmelo olvidar todo. Como usted, yo soy un hombre que pretende vivir ignorado, en la oscuridad, con la frágil esperanza de legar algún día para la posteridad los resultados de mis trabajos, por medio de un hipotético aparato confiado al azar de las aguas y de los vientos. En una palabra, puedo admirarle, incluso seguirle sin lamentarme en un papel que en algunos puntos entiendo; pero hay otros aspectos de su vida que me la hacen aparecer rodeada de complicaciones y de misterios con los que, a bordo, únicamente mis compañeros y yo no tenemos ninguna relación. Incluso cuando nuestro corazón ha podido latir por usted, conmovido por su dolor o estremecido por algunos de sus actos de genialidad o de coraje, hemos tenido que aplacar en nosotros hasta el más ínfimo testimonio de esa simpatía que hace brotar la visión de lo que es bello y bueno, ya proceda del amigo o del enemigo. Pues bien: es ese sentimiento de que somos extraños a todo lo que le concierne lo que convierte nuestra posición en algo inaceptable, imposible, incluso para mí, pero sobre todo para Ned Land. Cualquier ser humano, por el mero hecho de serlo, merece que se piense en él. ¿Se ha parado usted a pensar en los proyectos de venganza que el amor de la libertad, el odio a la esclavitud, podrían engendrar en un carácter como el del canadiense, en lo que podía pensar, intentar, hacer...?

Callé. El capitán Nemo se levantó.

—¿Qué me importa a mí que Ned Land piense, intente y haga

todo lo que quiera? ¡No soy yo quien ha ido a buscarlo! ¡No permanece a bordo por mi gusto! En cuanto a usted, señor Aronnax, usted es de aquellos que pueden comprenderlo todo, incluso el silencio. No tengo nada que responderle. ¡Que ésta sea la primera y la última vez que trata usted este asunto, porque una segunda vez no podría ni siquiera escucharle!

Me retiré. A partir de ese día, nuestra situación fue muy tensa. Yo informé de la conversación a mis dos compañeros.

—Ahora sabemos —dijo Ned— que no podemos esperar nada de ese hombre. El *Nautilus* se acerca a Long Island. Huiremos, esté el tiempo como esté.

Pero el cielo se tornaba cada vez más amenazador. Aparecían las señales que presagiaban el huracán. La atmósfera se volvía blanquecina y lechosa. A los cirros desmadejados sucedían en el horizonte las capas de nimbocúmulos. Otras nubes bajas huían rápidamente. La mar se volvía gruesa y se henchía en olas largas. Los pájaros desaparecían a excepción de las aves de San Pedro, amigas de las tormentas. El barómetro bajaba ostensiblemente e indicaba en el aire una extrema tensión de los vapores. La mezcla del *storm-glass* se descomponía por influencia de la electricidad que saturaba la atmósfera. La lucha de los elementos se acercaba.

La tempestad estalló durante la jornada del 18 de mayo, precisamente cuando el *Nautilus* navegaba a la altura de Long Island, a unas millas de los pasos de Nueva York. Puedo describir aquella lucha de los elementos, ya que, en lugar de rehuirla en las profundidades del mar, el capitán Nemo, por un capricho inexplicable, quiso arrostrarla en su superficie.

El viento soplaba del Sudoeste, primero frescachón, es decir a una velocidad de quince metros por segundo, que roló hasta veinticinco metros hacia las tres de la tarde. Es la velocidad de los temporales duros.

El capitán Nemo, impertérrito ante las rachas de viento, se había situado en cubierta. Se había amarrado por la cintura para resistir el monstruoso oleaje que se abatía sobre el buque. Yo también había subido a cubierta y me había atado, compartiendo mi admiración entre la tormenta y el incomparable hombre que le hacía frente.

Grandes jirones de nubes que se hundían en sus aguas barrían un mar enfurecido. Ya no veía ninguna de las pequeñas olas

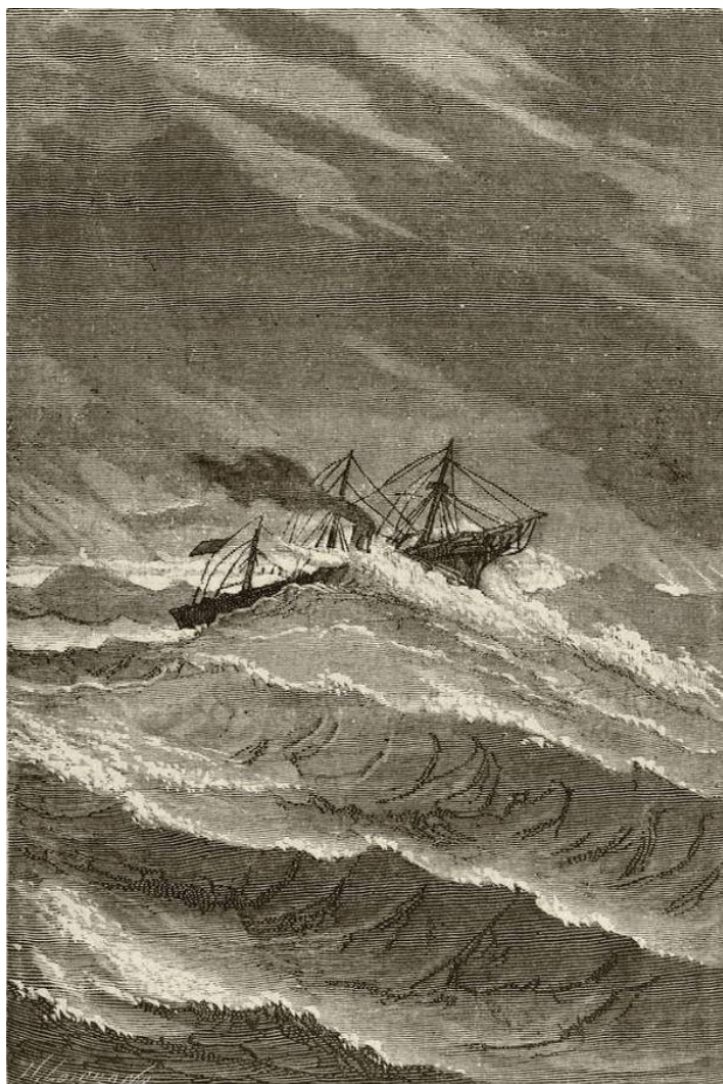
intermedias que se forman en el fondo de los grandes senos. Solamente había largas ondulaciones fuliginosas cuyas crestas no rompían debido a lo compactas que eran. Su altura iba en aumento, y parecían desafiarse unas a otras. El *Nautilus*, recostado, o bien recto como un mástil, se balanceaba y cabeceaba espantosamente.

Hacia las cinco de la mañana, cayó una lluvia torrencial que no abatió ni al viento ni a la mar. El huracán se desencadenó a una velocidad de cuarenta y cinco metros por segundo, es decir, cerca de cuarenta leguas por hora. En condiciones como éstas, derriba casas, hunde las tejas en las puertas, rompe las cancelas de hierro, desplaza los cañones del veinticuatro. Y, sin embargo, el *Nautilus*, en medio de la tormenta, justificaba las palabras de un sabio ingeniero: «No hay casco bien construido que no pueda desafiar al mar». No era una roca resistente, que aquellas olas habrían destrozado, era un cohete de acero, obediente y móvil, sin aparejos, sin arboladura, que desafiaba impunemente su furor.

Mientras tanto, yo observaba atentamente las olas desencadenadas. Medían hasta quince metros de altura en una longitud de ciento cincuenta a ciento setenta y cinco metros, y su velocidad de propagación, de la mitad que la del viento, era de quince metros por segundo. Su volumen y potencia aumentaban con la profundidad de las aguas. Entonces comprendí el papel de esas olas que aprisionan el aire en su interior y lo envían al fondo de los océanos, adonde llevan la vida con el oxígeno. Su enorme fuerza de presión —que ha sido calculada— puede llegar hasta tres mil kilogramos por pie cuadrado de la superficie contra la que se abaten. Son unas olas de ese tipo las que en las Hébridas desplazaron un bloque que pesaba ochenta y cuatro mil libras. Son también las que, en la tempestad del 23 de diciembre de 1864, tras haber arrasado una parte de la ciudad de Yedo, en el Japón, a setecientos kilómetros por hora, fueron a romper ese mismo día en las orillas de América.

La intensidad de la tormenta se acentuó por la noche. El barómetro, como durante un ciclón ocurrido en 1860 en La Reunión, bajó hasta los 710 milímetros. Al caer el día, vi pasar por el horizonte un gran buque que luchaba denodadamente. Capeaba a poco vapor para mantenerse sobre las olas. Debía de ser uno de esos steamers de las líneas de Nueva York a Liverpool o a El Havre.

Pronto, desapareció en la oscuridad.



A las diez de la noche, el cielo estaba inflamado. Unos violentos relámpagos desgarraban la atmósfera. Yo no podía soportar su fulgor, pero el capitán Nemo, mirándolos de frente, parecía aspirar dentro de sí el alma de la tormenta. Un estentóreo fragor llenaba los aires, un ruido complejo formado por los bramidos de las olas destrozadas, los vagidos del viento, los restallidos de los truenos. El viento saltaba por todos los puntos del horizonte, y el ciclón, partiendo del Este, regresaba pasando por el Norte, el Oeste y el Sur, en sentido inverso al de las tormentas giratorias del hemisferio austral.

¡Ah! ¡El *Gulf Stream*! ¡Justificaba sobradamente su apodo de rey de las tormentas! Es él quien forma los terribles ciclones por la diferencia de temperatura de las capas de aire superpuestas a sus corrientes.

A la lluvia había sucedido una tempestad de fuego. Las gotas de agua se transformaron en chispas fulminantes. Se habría dicho que el capitán Nemo, deseando una muerte digna de él, intentaba ser fulminado. En un terrible movimiento de cabeceo, el *Nautilus* levantó en el aire su espolón de acero, como la varilla de un pararrayos, y vi brotar de allí numerosas chispas.



Destrozado, al límite de mis fuerzas, me deslicé tendido hacia la escotilla. La abrí y bajé al salón. La tormenta alcanzaba entonces su intensidad máxima. Era imposible mantenerse en pie en el interior del *Nautilus*.

Hacia las doce de la noche, regresó el capitán Nemo. Oí cómo los depósitos se iban llenando de agua poco a poco, y el *Nautilus* se hundió suavemente bajo la superficie de las aguas.

Por los cristales abiertos del salón, vi grandes peces despavoridos que pasaban como fantasmas por las aguas incendiadas. Algunos cayeron fulminados ante mis propios ojos.

El *Nautilus* seguía descendiendo. Yo pensaba que recobraría la calma a una profundidad de quince metros. No. Las capas superiores estaban siendo agitadas con demasiada violencia. Fue preciso ir a buscar sosiego a cincuenta metros, en las entrañas del mar.

Pero, una vez allí, ¡qué tranquilidad, qué silencio, qué medio apacible! ¿Quién habría dicho que entonces se desataba un huracán en la superficie de aquel océano?

A 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud

A consecuencia de la tempestad, habíamos ido a parar hacia el Este. Toda esperanza de evadirse en aguas cercanas a Nueva York o al San Lorenzo se desvanecía. El pobre Ned, desesperado, se aisló, como el capitán Nemo. Conseil y yo permanecíamos continuamente juntos.

He mencionado que el *Nautilus* se alejó hacia el Este. Para ser más exactos, debería haber escrito el Nordeste. Durante varios días, vagó por momentos en la superficie de las olas y en otras ocasiones bajo las aguas, en medio de esas brumas que tanto temen los navegantes, debidas principalmente al deshielo, que mantiene una humedad muy alta en la atmósfera. ¡Cuántos navíos se han perdido en aquellas señas cuando iban a reconocer los inciertos faros de la costa!, ¡cuántos siniestros producidos por esas brumas opacas!, ¡cuántos choques en esos escollos donde la resaca queda apagada por el ruido del viento!, ¡cuántas colisiones entre los buques, a pesar de sus luces de posición, a pesar de las advertencias de sus sirenas y de sus campanas de alarma!

El fondo de aquellos mares ofrecía asimismo el aspecto de un campo de batalla en el que yacían todos los derrotados por el océano; unos, viejos y corroídos ya, y otros, más recientes, reflejando el resplandor de nuestro fanal en sus herrajes y en sus carenas de cobre. ¡Cuántos barcos habían sido declarados pérdidas totales —con sus tripulaciones, su carga y su pasaje de emigrantes— en esos puntos peligrosos señalados en las estadísticas: el cabo de Race, la isla de San Pablo, el estrecho de Belle-Isle, el estuario del San Lorenzo! Y desde hacía sólo unos años, ¡cuántas víctimas le

habían proporcionado a esos fúnebres anales las líneas del Royal Mail, de Inmann, y de Montreal: el *Solway*, el *Isis*, el *Paramatta*, el *Hungarian*, el *Canadian*, el *Anglo-Saxon*, el *Humboldt* y el *United States*, todos encallados; el *Artic* y el *Lyonnais*, hundidos por abordaje; el *President*, el *Pacific* y el *City of Glasgow*, desaparecidos por causas ignoradas, sombríos pecios en medio de los cuales navegaba el *Nautilus* como si estuviese pasando revista de difuntos!

El 15 de mayo, nos encontrábamos en el extremo meridional del banco de Terranova, que es un producto de los aluviones marinos, un amasijo considerable de esos restos orgánicos transportados bien desde el Ecuador por el *Gulf Stream*, o bien desde el Polo Norte por esa contracorriente de agua fría que pasa a lo largo de la costa americana. También se amontonan allí los hielos errantes arrastrados por el deshielo. Y allí se ha formado un enorme osario de peces, moluscos o zoófitos que perecen a millares.

La profundidad del mar no es considerable en el banco de Terranova. Como máximo unos centenares de brazas. Pero hacia el Sur se forma súbitamente una profunda depresión, una sima de tres mil metros. En ese lugar se ensancha el *Gulf Stream*. Sus aguas se extienden. Pierde en velocidad y temperatura, pero se convierte en un mar.

Entre los peces que el *Nautilus* espantó a su paso, citaré el ciclóptero, de un metro, de lomo negruzco y vientre anaranjado, que da a sus congéneres un ejemplo poco emulado de fidelidad conyugal; un *unermack*[273], zoárcido de gran tamaño, especie de morena de color esmeralda y de sabor excelente; *karraks*, o perros del Norte, de grandes ojos y cuya cabeza guarda cierta semejanza con la de los canes; algunos blénidos ovovivíparos como las serpientes; chaparrudos, de dos decímetros; macruros, de larga cola, que brillaban con su resplandor plateado, peces veloces que se arriesgan a alejarse de los mares hiperbóreos.

Las redes capturaron también un pez aguerrido, audaz, vigoroso, de músculos poderosos, armado en su cabeza con dardos, y en sus aletas con aguijones, auténtico escorpión de dos a tres metros, enemigo encarnizado de los blénidos, gádidos y salmones: era el coto escorpión de los mares septentrionales, que tiene el cuerpo

lleno de protuberancias, es de color pardo, y sus aletas son rojas. Los pescadores del *Nautilus* tuvieron dificultades para apoderarse de este animal, que, gracias a la configuración de sus opérculos, preserva sus órganos respiratorios del contacto seco de la atmósfera y puede vivir durante cierto tiempo fuera del agua.

Cito ahora —para dejar constancia— a los blénidos de Bosc, pececillos que acompañan a los buques en los mares boreales; los leuciscos oxirrincos, propios del Atlántico septentrional; los rascados; y llego a los gádidos, principalmente a la especie del bacalao, que sorprendí en sus aguas predilectas: el inagotable banco de Terranova.

Se podría decir que los bacalaos son peces de montaña, pues Terranova no es sino una montaña submarina. Cuando el *Nautilus* se abrió camino a través de las compactas falanges de bacalaos, Conseil no pudo evitar hacer esta observación:

—¿Eso, bacalaos? —exclamó—. ¡Pero si yo creía que los bacalaos eran planos como los gallos o los lenguados!

—¡Ingenuo! —exclamé yo—. Los bacalaos sólo son planos en la abacería, donde se les expone abiertos y extendidos. Pero en el agua, son peces fusiformes como los salmonetes, y perfectamente adaptados para nadar.

—Lo creo, señor —respondió Conseil—. ¡Qué nube, qué hormiguero!

—¡Ah, muchacho! ¡Todavía habría más, de no ser por sus enemigos: los cabrachos y los hombres! ¿Sabes cuántos huevos se ha llegado a contar en una sola hembra de bacalao?

—Veamos, no nos quedemos cortos —respondió Conseil—. Quinientos mil.

—Once millones, amigo mío.

—¡Once millones! Eso sí que no lo admito como no los cuente yo mismo.

—Cuéntalos, Conseil. Pero creyéndome habrás acabado antes. Además, los bacalaos los pescan a millares los franceses, los ingleses, los americanos, los daneses y los noruegos. Se consumen en cantidades prodigiosas y, de no ser por la asombrosa fecundidad de esos peces, los mares se quedarían pronto sin ninguno. Tan sólo en Inglaterra y en América, se dedican a la pesca del bacalao cinco mil barcos, en los que navegan setenta y cinco mil marineros. Cada

bacaladero captura unos cuarenta mil por término medio, lo que da un total de veinticinco millones[274]. En las costas de Noruega, el resultado es el mismo.

—Bien —respondió Conseil—, confío en el señor. No los contaré.

—¿No contarás qué?

—Los once millones de huevos. Pero me gustaría decir una cosa.

—Dila.

—Pues que, si todos esos huevos llegaran a madurar y a romper, bastaría con cuatro bacalaos para alimentar a Inglaterra, América y Noruega.

Mientras pasábamos rozando los fondos del banco de Terranova, vi perfectamente los largos palangres, armados de doscientos anzuelos, que cada barco tiende por docenas. Cada palangre, lastrado en un extremo mediante un pequeño rezón, quedaba retenido en la superficie por un orinque fijo sobre una boya de corcho. El *Nautilus* tuvo que navegar con habilidad en medio de aquella red submarina.

Pero no permaneció mucho tiempo en aquellas aguas tan frecuentadas. Siguió hasta los cuarenta y dos grados de latitud. Estaba a la altura de San Juan de Terranova y de Heart's Content[275], donde culmina el extremo del cable transatlántico.

El *Nautilus*, en lugar de continuar rumbo al Norte, puso proa hacia el Este, como si quisiera seguir esa planicie telegráfica en la que descansa el cable, y cuyo relieve se ha trazado con extrema exactitud gracias a los múltiples sondeos efectuados.

Fue el 17 de mayo, a quinientas millas aproximadamente de Heart's Content, a dos mil ochocientos metros de profundidad, cuando vi el cable que yacía en el suelo. Conseil, al que no había prevenido, lo tomó al principio por una gigantesca serpiente de mar, y ya se preparaba a clasificarlo según su método habitual. Pero saqué de su error al buen muchacho y, para consolarlo de su desengaño, le conté diversos detalles sobre cómo había sido tendido.

El primer cable data de los años 1857 y 1858; pero, tras haber transmitido aproximadamente cuatrocientos telegramas, dejó de funcionar. En 1863, los ingenieros construyeron un nuevo cable, de tres mil cuatrocientos kilómetros de longitud y cuatro mil quinientas toneladas de peso, que fue embarcado a bordo del *Great*

Eastern. Ese intento volvió a fracasar.

El 25 de mayo, el *Nautilus*, sumergido a tres mil ochocientos treinta y seis metros de profundidad se hallaba precisamente en el lugar en que se produjo la avería que arruinó la empresa. Ocurrió a seiscientos treinta y ocho millas de la costa de Irlanda. A las dos de la tarde, se constató que las comunicaciones con Europa acababan de interrumpirse. Los electricistas de a bordo decidieron cortar el cable antes de repescarlo, y, a las once de la noche, habían conseguido hacerse con la parte averiada. Le pusieron una junta y le hicieron un empalme; después volvieron a sumergir el cable. Pero, unos días más tarde, se rompió y no pudo ser recuperado de las profundidades del océano.

Los americanos no se desalentaron. El audaz promotor de la empresa, Cyrus Field, que arriesgaba toda su fortuna, abrió una nueva suscripción, que inmediatamente quedó cubierta. Se preparó otro cable en mejores condiciones. El haz de hilos conductores aislados por un revestimiento de gutapercha estaba protegido por una funda de materias textiles contenida en una armadura metálica. El *Great Eastern* se hizo de nuevo a la mar el 13 de julio de 1866.

La operación iba bien, pero se produjo un incidente. En varias ocasiones, al desenrollar el cable, los electricistas observaron que alguien, deliberadamente, lo había perforado con clavos para deteriorar el hilo conductor. El capitán Anderson, los oficiales y los ingenieros se reunieron, deliberaron e hicieron público que si se atrapaba a bordo al culpable, se le arrojaría al mar sin previo juicio. Desde entonces, no se volvió a reproducir aquella criminal tentativa.

El 23 de julio, el *Great Eastern* estaba tan sólo a ochocientos kilómetros de Terranova, cuando se le telegrafió de Irlanda la noticia del armisticio celebrado entre Prusia y Austria después de Sadowa[276]. El 27, avistaba en medio de las brumas el puerto de Heart's Content. La empresa había acabado felizmente, y en su primer despacho la joven América dirigía a la vieja Europa estas sensatas palabras, en tan escasas ocasiones comprendidas: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»[277].

Yo no esperaba encontrarme el cable eléctrico en su estado primitivo, tal como estaba al salir de los talleres de fabricación. La

larga serpiente, recubierta de restos de conchas, plagada de foraminíferas, estaba incrustada en una masa pétreo que la protegía contra los moluscos perforantes. Descansaba tranquilamente, resguardada de los movimientos del mar y bajo una presión favorable a la transmisión de una chispa eléctrica que pasa de América a Europa en treinta y dos centésimas de segundo. La duración de ese cable será infinita, sin duda, pues se ha podido comprobar que, sumergido en el agua marina, el revestimiento de gutapercha mejora en calidad.

Además, en aquella planicie tan afortunadamente elegida, la profundidad a la que está sumergido el cable no puede provocar su rotura. El *Nautilus* lo siguió hasta su lecho más profundo, situado a cuatro mil cuatrocientos treinta y un metros, y allí seguía sin estar sometido a ningún rozamiento ni tracción. Después, nos acercamos al lugar en que se había producido el accidente de 1863.

El fondo oceánico formaba allí un amplio valle de ciento veinte kilómetros, en el que se habría podido colocar al Mont Blanc sin que su cima emergiera de la superficie del agua. Ese valle está cerrado al Este por una muralla de dos mil metros cortada a pico. Llegamos allí el 28 de mayo, y el *Nautilus* estaba a sólo ciento cincuenta kilómetros de Irlanda.

¿Seguiría remontando el capitán Nemo hasta acercarse a las islas Británicas? No. Para sorpresa mía, volvió a dirigirse hacia el Sur y puso proa de nuevo hacia aguas europeas. Costeando la isla esmeralda vislumbré un instante el cabo Clear y el faro de Fastenet[278], que alumbra a los millares de buques que zarpan de Glasgow y Liverpool.

Entonces, me vino a la mente una importante cuestión: ¿osaría el *Nautilus* adentrarse en el canal de la Mancha? Ned Land, que había reaparecido desde que nos acercábamos a tierra, no dejaba de preguntarme. ¿Cómo podía responderle? El capitán Nemo seguía siendo invisible. Tras haberle permitido al canadiense entrever las costas de América, ¿iba a dejarme vislumbrar a mí las costas de Francia?

Mientras tanto, el *Nautilus* seguía descendiendo continuamente hacia el Sur. El 30 de mayo, pasaba frente a Land's End, entre la punta extrema de Inglaterra y las Sorlingas[279], que dejó a estribor.

Si quería entrar en el canal de la Mancha, tenía que poner rumbo decididamente al Este. No lo hizo.

Durante toda la jornada del 31 de mayo, el *Nautilus* describió en el mar una serie de círculos que me intrigaron profundamente. Parecía como si estuviera buscando un lugar que tenía dificultades en localizar. A mediodía, el propio capitán Nemo vino a tomar la posición. No me dirigió la palabra. Me pareció más sombrío que nunca. ¿Qué era lo que podía entristecerlo de tal modo? ¿Era la cercanía de las costas europeas? ¿Le invadía algún recuerdo de su país abandonado? ¿Qué sentía? ¿Remordimientos o pesares? Durante mucho tiempo ocuparon mi mente estas ideas, y tuve una especie de presentimiento de que el azar traicionaría en breve los secretos del capitán.

Al día siguiente, 1 de junio, el *Nautilus* mantuvo el mismo andar. Era obvio que intentaba reconocer un punto preciso del océano. El capitán Nemo vino a tomar la altura del sol, tal como había hecho en la víspera. El mar estaba en calma; el cielo, puro. A ocho millas al Este, se recortaba la silueta de un gran barco de vapor contra la línea del horizonte. No enarbolaba pabellón alguno en su pico de cangreja, y no pude reconocer su nacionalidad.

El capitán Nemo, unos minutos antes de que el sol pasara por el meridiano, tomó su sextante y observó con una precisión extraordinaria. La calma absoluta de las olas facilitaba su operación. El *Nautilus*, inmóvil, no experimentaba ni cabeceo ni balanceo.

En esos momentos, yo estaba en cubierta. Cuando su operación acabó, el capitán pronunció únicamente dos palabras:

—Es aquí.



Volvió a bajar por la escotilla. ¿Había visto que el barco modificaba su rumbo y parecía aproximarse a nosotros? No podía yo saberlo.

Regresé al salón. La escotilla se cerró y oí los silbidos del agua al entrar en los depósitos. El *Nautilus* comenzó a sumergirse siguiendo una línea vertical, pues su hélice detenida no le transmitía ya ningún movimiento.

Unos minutos más tarde, alcanzó una profundidad de ochocientos treinta y tres metros y reposó en el suelo.

En ese momento, se apagó la lámpara del salón, se abrieron las escotillas y, a través de los cristales, vi el mar intensamente iluminado por los rayos del fanal en un radio de media milla.

Miré a babor y tan sólo vi la inmensidad de las aguas tranquilas.

A estribor, al fondo, aparecía un elevado montículo que atrajo mi atención. Se habría dicho que eran ruinas sepultadas bajo una costra de conchas blanquecinas como si estuvieran bajo una capa de nieve. Al examinar atentamente aquella masa, creí reconocer las formas rotundas de un buque desarbolado, que parecía haber zozobrado de proa. El siniestro databa, ciertamente, de una época ya pasada. Para que los restos estuvieran tan incrustados en los sedimentos calcáreos de las aguas, ya hacía años que debían de yacer en el fondo del océano.

¿Cuál era aquel barco? ¿Por qué venía el *Nautilus* a visitar su tumba? ¿No era un naufragio lo que había arrastrado a aquel navío bajo las aguas?

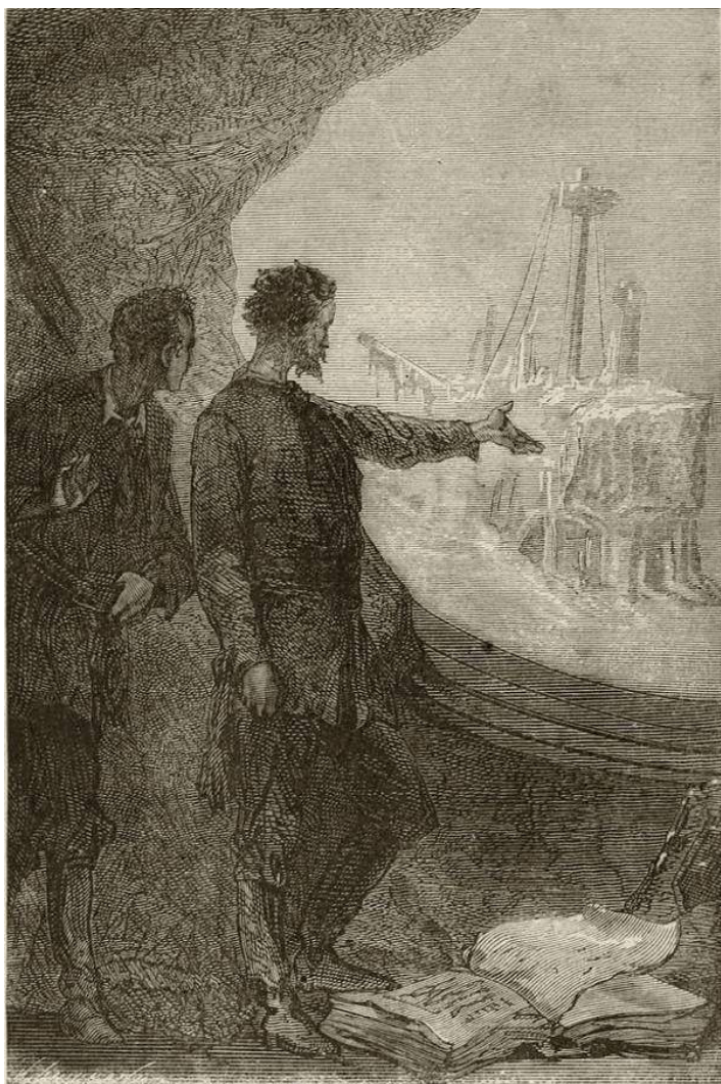
No sabía yo qué pensar, cuando oí al capitán Nemo que hablaba pausadamente junto a mí, y decía lo siguiente:

—Hace años, ese barco se llamaba el *Marseillais*. Iba armado con setenta y cuatro cañones y fue botado en 1762. En 1778, el 13 de agosto, al mando de La Poype-Vertrieux, se batió audazmente contra el *Preston*. En 1779, el 4 de julio, asistió con la escuadra del almirante d'Estaing[280] a la toma de Granada. En 1781, el 5 de septiembre, tomó parte en el combate del conde de Grasse en la bahía de Chesapeake[281]. En 1794, la República Francesa le cambió el nombre. El 16 de abril de aquel mismo año, se unió en Brest a la escuadra de Villaret-Joyeuse[282], encargada de escoltar un convoy de trigo que venía de América al mando del almirante Van Stabel. El 11 y el 12 de pradiel del año II, esa escuadra se

encontró frente a los barcos ingleses. Señor, el 13 de pradiel es hoy, 1 de junio de 1868. Hace setenta y cuatro años, tal día como hoy, en este mismo lugar, a 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud, ese barco, después de un combate heroico, desarbolado de sus tres palos, haciendo agua en sus bodegas y con una tercera parte de su tripulación fuera de combate, prefirió hundirse con sus trescientos cincuenta y seis marineros a rendirse, y clavando su pabellón en la popa, desapareció bajo las aguas al grito de «¡Viva la República!».

—¡El *Vengador* [283]! —exclamé yo.

—Sí, señor. ¡El *Vengador*! ¡Un hermoso nombre! —murmuró el capitán Nemo cruzando los brazos.



Una hecatombe

Esa manera de hablar, lo imprevisto de la escena, la recapitulación histórica sobre el navío patriota relatada en primer lugar y, después, la emoción con que el extraño personaje había pronunciado sus últimas palabras, el nombre del *Vengador*, cuya significación ya no podía pasarme inadvertida, todo, en definitiva, se aliaba para impresionarme profundamente. Ya no apartaba la mirada del capitán. Éste, con las manos tendidas hacia el mar, contemplaba con ojos ardientes el glorioso pecio del *Vengador*. Quizá no sabría yo nunca quién era, de dónde venía, adonde iba, pero cada vez veía con más claridad cómo el hombre se deslindaba del sabio. No era una misantropía común lo que había encerrado dentro del *Nautilus* al capitán Nemo y a sus compañeros, sino un odio monstruoso o sublime sobre el cual no podía hacer mella el tiempo.

Aquel odio, ¿iba en busca de nuevas venganzas? El futuro se encargaría de decírmelo sin tardanza.

Mientras tanto, el *Nautilus* emergía lentamente hacia la superficie del mar y poco a poco vi desaparecer las formas confusas del *Vengador*. Un ligero balanceo me indicó que navegábamos al aire libre.

En ese momento, se escuchó una sorda detonación. Miré al capitán. Éste ni se inmutó.

—¡Capitán! —dije yo.

No respondió.

Lo dejé y subí a cubierta. Conseil y el canadiense me habían

precedido.

—¿De dónde viene esa detonación? —pregunté.

—Un cañonazo —respondió Ned Land.

Miré en la dirección del barco que había visto. Se había acercado al *Nautilus* y se veía que forzaba el vapor. Le separaban de nosotros seis millas.

—¿Qué tipo de barco es, Ned?

—Por el aparejo y la altura de los masteleros —respondió el canadiense— apostarí a que es un buque de guerra. ¡Ojalá se nos eche encima y que, si es preciso, hunda a este maldito *Nautilus*!

—Amigo Ned —respondió Conseil—, ¿qué daño le puede hacer al *Nautilus*? ¿Irá a atacarlo bajo las aguas? ¿Le lanzará una andanada al fondo de los mares?

—Dígame, Ned —pregunté—, ¿puede usted reconocer la nacionalidad de ese barco?

El canadiense, frunciendo sus cejas, entornando los párpados, guiñando los ojos, fijó toda la potencia de su mirada durante unos instantes en el barco.

—No, señor —respondió—. No puedo reconocer a qué nación pertenece. No tiene izado el pabellón. Pero puedo afirmar que es un barco de guerra, porque en su palo mayor flamea un largo gallardete.

Durante un cuarto de hora, continuamos observando el navío, que se dirigía hacia nosotros. Pese a todo, yo no podía concebir que hubiese reconocido al *Nautilus* a tanta distancia y, mucho menos, que supiera lo que era aquel ingenio submarino.

Inmediatamente, el canadiense me anunció que el navío era un gran buque de guerra, con espolón: un acorazado de dos puentes. Un espeso humo negro se escapaba de sus dos chimeneas. Sus velas plegadas se confundían con la línea de las vergas. En el pico de cangreja no enarbolaba ningún pabellón. La distancia impedía también distinguir los colores de su gallardete, que flotaba como una tenue cinta.

Avanzaba rápidamente. Si el capitán Nemo lo dejaba aproximarse, se nos presentaba una oportunidad de huir.

—Señor —me dijo Ned Land—, como ese buque pase a una milla, me tiraré al mar, y les pido que hagan como yo.

No respondí a la proposición del canadiense, y continué mirando

al buque, cuya imagen se agrandaba a ojos vistas. Fuese inglés, francés, americano o ruso, era seguro que nos acogería si podíamos llegar a bordo.

—El señor —dijo Conseil— puede recordar que tenemos cierta experiencia en la natación. Si el señor decide seguir al amigo Ned, el señor puede confiarme el cuidado de remolcarlo hasta ese barco.

Iba a responder, cuando un vapor blanco surgió de la proa del buque de guerra. Después, unos segundos más tarde, las aguas agitadas por la caída de un cuerpo pesado salpicaron la popa del *Nautilus*. Poco más tarde, una detonación sacudió mis oídos.

—¿Cómo? ¡Están tirando sobre nosotros! —exclamé.

—¡Así se hace! —murmuró el canadiense.

—¡No nos toman, pues, por náufragos aferrados a un pecio!

—Si el señor me permite... Bueno —dijo Conseil, sacudiéndose el agua que un nuevo proyectil había hecho llegar hasta él—. Si el señor me permite, han reconocido al narval y es al narval al que cañonean.

—Pero tienen que ver claramente que somos personas —exclamé yo.

—A lo mejor es precisamente por eso —respondió Ned Land mirándome.

Entonces, se me aclaró la mente con una revelación. Sin duda, ya se sabía a qué atenerse sobre la existencia del supuesto monstruo. Sin duda, en su abordaje con la *Abraham Lincoln*, cuando el canadiense lo arponeó, el comandante Farragut se había percatado de que el narval era un barco submarino, más peligroso que un cetáceo sobrenatural.

Sí, eso debía de ser, y en los restantes mares también se estaba persiguiendo al terrible aparato de destrucción.

Terrible, en efecto, sí, como cabía imaginar, el capitán Nemo empleaba el *Nautilus* en una empresa de venganza. Aquella noche cuando nos recluyó en nuestros camarotes, en medio del océano Índico, ¿no habría sido para atacar a algún barco? Aquel hombre que yacía ahora enterrado en el cementerio de coral, ¿no había sido la víctima del choque provocado por el *Nautilus*? Sí, insisto. Esa tenía que ser la razón. Una parte de la misteriosa existencia del capitán Nemo se desvelaba. Aunque su identidad no era conocida, las naciones coaligadas en su contra no daban ya caza a un ser

quimérico, sino a un hombre que les profesaba un odio implacable.

Todo su formidable pasado se me reveló claramente. En lugar de encontrar amigos a bordo del barco que se acercaba, solamente podíamos encontrar enemigos sin piedad.

Mientras tanto, los proyectiles se multiplicaban en torno a nosotros. Algunos, tras chocar contra la superficie líquida rebotaban y se perdían a distancias considerables. Pero ninguno alcanzaba al *Nautilus*.

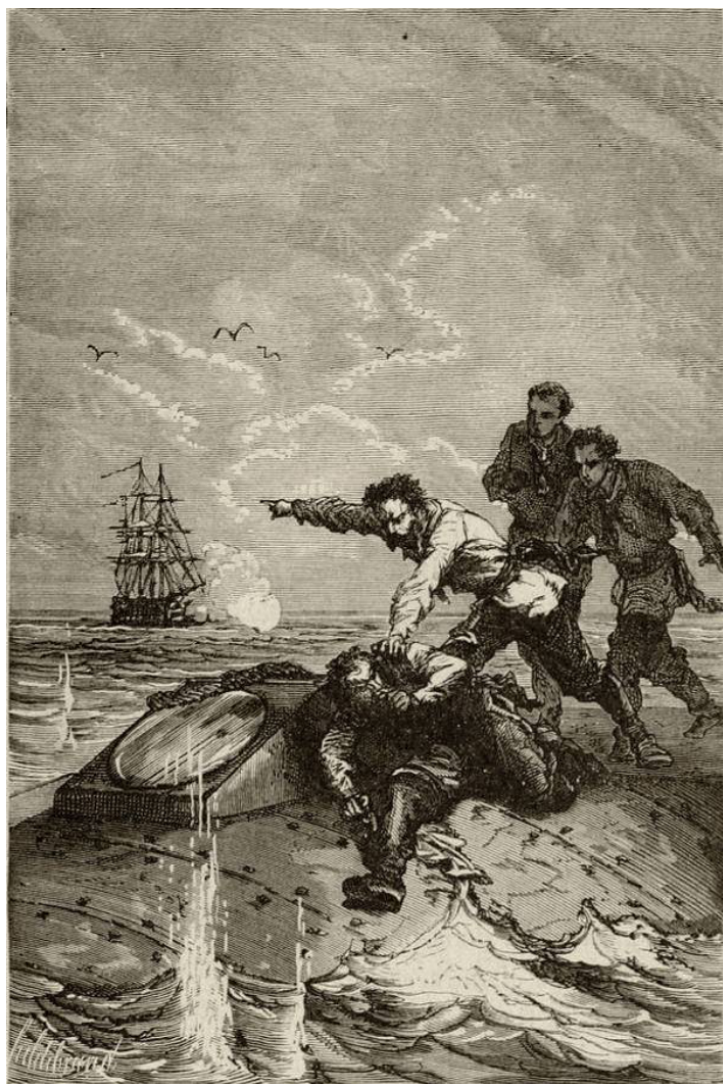
El acorazado estaba entonces a tres millas solamente. A pesar de sus violentos cañonazos, el capitán Nemo no había acudido a cubierta. Sin embargo, de haber alcanzado uno de aquellos proyectiles cónicos el casco del *Nautilus* las consecuencias habrían sido funestas.

El canadiense me dijo entonces:

—Señor, debemos poner todos los medios para salir de este atolladero. ¡Hagamos señales! ¡Por mil demonios! ¡Tal vez comprenderán así que somos gente honrada!

Ned Land cogió el pañuelo para agitarlo en el aire. Pero apenas lo hubo desplegado, cayó al puente, a pesar de su fuerza prodigiosa, derribado por una mano de hierro.

—¡Miserable! —le gritó el capitán—. ¿Quieres que te clave al espolón del *Nautilus* antes de que embista a ese barco?



Era terrible oír al capitán Nemo hablar así, pero aún era más terrible verlo. Su cara estaba pálida a causa de los espasmos de su corazón, que había tenido que dejar de latir un instante. Sus pupilas estaban espantosamente contraídas. Su voz no hablaba, rugía. Con el cuerpo hacia adelante, retorció sus manos sobre los hombros del canadiense.

Después, dejándolo, se volvió hacia el barco de guerra, que disparaba una lluvia de proyectiles contra él:

—¡Ah! ¡Sabes quién soy, barco de una nación maldita! —exclamó con su voz poderosa—. ¡No me hace falta ver tus colores para reconocerte! ¡Mira! ¡Te voy a enseñar los míos!

Y el capitán Nemo desplegó a popa de la cubierta un pabellón negro, similar al que ya había plantado en el Polo Sur.

En ese momento, un proyectil rozó de soslayo el casco del *Nautilus*, sin dañarlo, y tras pasar de rebote junto al capitán fue a perderse en el mar.

El capitán Nemo se alzó de hombros y, después, se dirigió a mí:

—¡Baje! —me ordenó tajante—. ¡Bajen usted y sus compañeros!

—Señor —exclamé yo—, ¿va usted a atacar ese barco?

—Voy a hundirlo, señor.

—¡No hará usted eso!

—Claro que lo haré —respondió fríamente el capitán Nemo—. No se atreva usted a juzgarme, señor. La fatalidad le muestra lo que no debería haber visto. El ataque se ha producido. La respuesta será terrible. ¡Entre!

—¿Qué barco es ése?

—¿No lo sabe? Pues tanto mejor. Por lo menos su nacionalidad será un secreto para usted. ¡Baje!

El canadiense, Conseil y yo no podíamos hacer nada más que obedecer. Una quincena de marineros del *Nautilus* rodeaban al capitán y miraban con un implacable sentimiento de odio aquel barco que avanzaba hacia ellos. Se sentía que el mismo deseo de venganza animaba a todas aquellas almas.

Bajé justamente cuando un nuevo proyectil volvía a rozar el casco del *Nautilus*, y oí al capitán exclamar:

—¡Dispara, barco insensato! ¡Prodiga tus balas inútiles! ¡No escaparás al espolón del *Nautilus*! ¡Pero no es este el lugar en que has de perecer! ¡No quiero que tus restos vayan a confundirse con

los del *Vengador*!

Regresé a mi camarote. El capitán y su segundo se habían quedado en cubierta. La hélice fue puesta en marcha. El *Nautilus*, alejándose velozmente, se situó fuera del alcance del cañón del barco. Pero la persecución continuó, y el capitán Nemo se contentó con guardar su distancia.

Hacia las cuatro de la tarde, incapaz de contener la impaciencia y la inquietud que me devoraban, regresé a la escalera central. La escotilla estaba abierta. Me decidí a subir a cubierta. El capitán deambulaba con paso agitado. Miraba el barco que le quedaba a sotavento a cinco o seis millas. Giraba a su alrededor como una fiera, y, atrayéndolo hacia el Este, se dejaba perseguir. Sin embargo, no atacaba. ¿Quizá vacilaba todavía?

Quise intervenir una última vez. Pero apenas había preguntado al capitán Nemo, éste me hizo callar:

—¡Yo soy el derecho! ¡Yo soy la justicia! —me dijo—. ¡Yo soy el oprimido y he ahí al opresor! ¡Por su culpa, todo lo que he amado, querido y venerado, patria, mujer, hijos, padre, madre, todo lo he visto perecer! ¡Todo lo que odio está ahí! ¡Cállese!

Miré una última vez hacia el buque de guerra, que forzaba el vapor. Después, me reuní con Ned y Conseil.

—¡Tenemos que huir! —dije.

—Bien —dijo Ned—. ¿Qué barco es ese?

—Lo ignoro. Pero sea cual sea, lo habrá echado a pique antes de la noche. En cualquier caso, más vale morir con él que volverse cómplices de unas represalias cuya equidad no estamos en condiciones de apreciar.

—Esa es mi opinión —respondió fríamente Ned Land—. Esperemos que sea de noche.

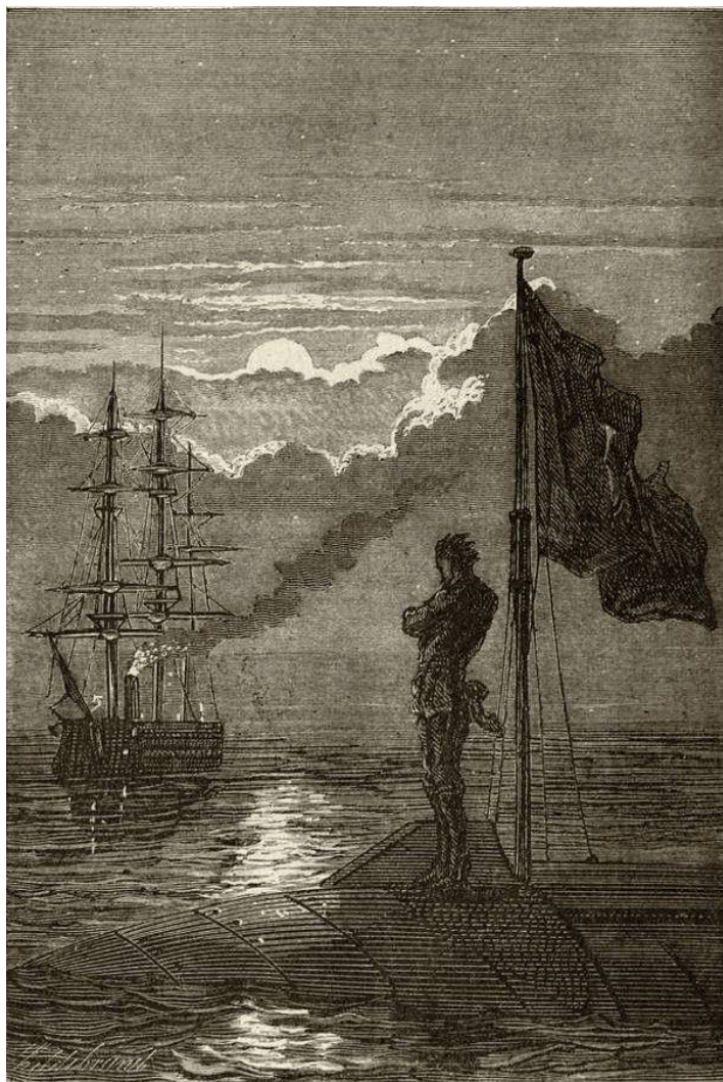
Llegó la noche. Un profundo silencio reinaba a bordo. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había modificado su rumbo. Oía el batir de la hélice, que golpeaba las aguas con una rápida regularidad. Se mantenía en la superficie de las aguas y un ligero balanceo lo llevaba de uno a otro lado.

Mis compañeros y yo habíamos decidido huir cuando el barco estuviese lo suficientemente cerca para que nos oyeran o al menos para que nos vieran, ya que la luna resplandecía, pues sólo faltaban tres días para el plenilunio. Una vez a bordo de aquel barco, si no

podíamos prevenirlo del ataque que le amenazaba, al menos haríamos todo lo que las circunstancias nos permitieran intentar. Varias veces, creí que el *Nautilus* se disponía a atacar. Pero se conformaba con dejar que su adversario se acercara, y, un poco después, volvía a su velocidad de huida.

Una parte de la noche la pasamos sin incidentes. Acechábamos la ocasión para actuar. Hablábamos poco, por efecto de la emoción. Ned Land habría querido arrojar al mar. Lo obligué a esperar. En mi opinión, el *Nautilus* atacaría al dos puentes en la superficie de las aguas, y entonces escaparse sería no solamente posible, sino fácil.

A las tres de la madrugada, intranquilo, subí a cubierta. El capitán Nemo no la había abandonado. Estaba de pie, a proa, junto a su pabellón, que una ligera brisa hacía ondear sobre su cabeza. No apartaba la vista del barco. Su mirada, de extraordinaria intensidad, parecía atraerlo, cautivarlo, arrastrarlo con más seguridad que si lo hubiera remolcado.



La luna pasaba entonces por el meridiano. Júpiter se levantaba por el Este. En medio de aquella apacible naturaleza, el cielo y el océano rivalizaban en tranquilidad, y el mar ofrecía al astro nocturno el más bello espejo que jamás hubiera reflejado su imagen.

Cuando yo pensaba en esa profunda calma de los elementos, comparada con toda la ira que albergaban los costados del imperceptible *Nautilus*, sentía escalofríos por todo mi ser.

El barco se mantenía a dos millas de nosotros. Se había acercado, navegando constantemente hacia el resplandor fosforescente que señalaba la presencia del *Nautilus*. Vi sus luces de posición, verdes y rojas, y su fanal blanco suspendido del gran estay del trinquete. Una vaga reverberación iluminaba su aparejo, muestra de que las calderas trabajaban al límite de sus posibilidades. Chorros de chispas y escoria de carbón al rojo vivo se escapaban de sus chimeneas y centelleaban en la atmósfera.

Así permanecí hasta las seis de la mañana, sin que el capitán Nemo me hubiese visto. El barco nos quedaba a una milla y media, y con las primeras luces del día, volvió a disparar sus cañones. No debía de estar muy lejos el momento en que al atacar el *Nautilus* a su adversario, mis compañeros y yo mismo abandonaríamos definitivamente a aquel hombre al cual yo no me atrevía a juzgar.

Me disponía a bajar para prevenirlos, cuando el segundo subió a cubierta. Varios marineros lo acompañaban. El capitán Nemo no los vio o no quiso verlos. Se adoptaron algunas medidas que se podrían haber denominado como el «zafarrancho de combate» del *Nautilus*. Eran muy simples. Se bajó el empalletado, que formaba una balaustrada en torno a cubierta. Asimismo, las torretas del fanal y del timonel se introdujeron en el casco hasta que asomaron tan sólo ligeramente. La superficie del largo huso de acero no ofrecía ya ningún saliente que pudiese estorbar sus maniobras.

Regresé al salón. El *Nautilus* seguía en superficie. El amanecer comenzaba a infiltrarse por las capas líquidas. Siguiendo las ondulaciones de las olas, los cristales se animaban con los resplandores del sol naciente. Amanecía el terrible día 2 de junio.

A las cinco, la corredera indicó que la velocidad del *Nautilus* se moderaba. Comprendí que dejaba que se le aproximara el buque de guerra. Además, las detonaciones se oían cada vez con más

violencia. Los proyectiles labraban el agua en torno al *Nautilus* y se hundían con un zumbido singular.

—Amigos míos, ha llegado el momento —dije—. ¡Estrechémonos las manos y que Dios nos proteja!

Ned Land estaba resuelto; Conseil, tranquilo; yo, nervioso, me contenía a duras penas.

Pasamos a la biblioteca. En el momento en que empujaba la puerta que daba a la caja de la escala central, oí cómo se cerraba bruscamente la escotilla superior.

El canadiense se precipitó a los peldaños, pero yo lo detuve. Un silbido bien conocido indicaba que el agua penetraba en los depósitos de a bordo. En efecto, en poco tiempo, el *Nautilus* se sumergió a unos metros por debajo de la superficie de las olas.

Entonces comprendí su maniobra. Era demasiado tarde para actuar. El *Nautilus* no iba a lanzarse contra la impenetrable coraza del dos puentes, sino bajo su línea de flotación, allá donde el blindaje no protege ya la borda.

Una vez más, estábamos presos, éramos testigos forzosos del siniestro drama que se avecinaba. Tampoco tuvimos tiempo de pensar. Refugiados en mi camarote, nos mirábamos sin decir palabra. Un profundo estupor se había apoderado de mí. Mi pensamiento se había detenido. Me encontraba en ese estado penoso que precede a la espera de una espantosa detonación. Esperaba, escuchaba, sólo vivía por el sentido del oído.

Mientras tanto, la velocidad del *Nautilus* aumentó sensiblemente. Era la manera de tomar impulso. Su casco entero se estremecía.

De repente, grité. Se produjo un choque, aunque relativamente suave. Sentí la fuerza penetrante del espolón de acero. Oí chirridos, fricciones. Pero el *Nautilus*, impulsado por su potencia de propulsión pasaba a través de la masa del barco como la lezna del velero a través de la lona.

No pude contenerme. Loco, enajenado, salí del camarote y corrí al salón.

Allí estaba el capitán Nemo. Mudo, sombrío, implacable, miraba por el cristal de babor.

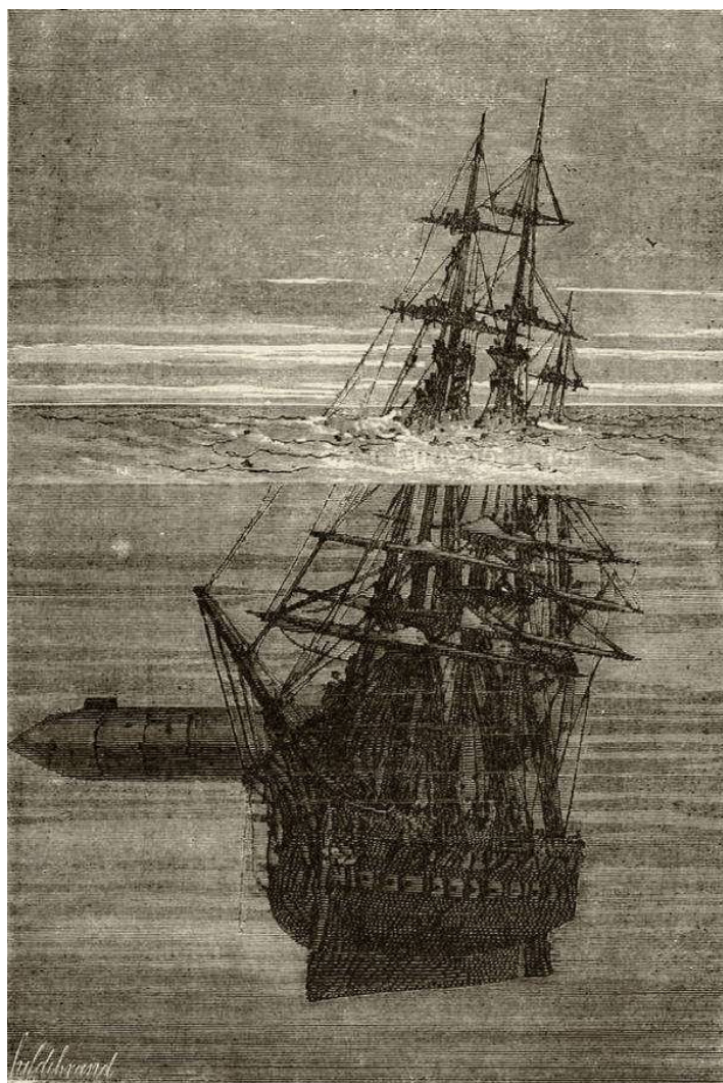
Una masa enorme se iba a pique bajo las aguas, y para no perder ningún detalle de su agonía, el *Nautilus* se sumergía hacia el

abismo con ella. A diez metros de mí, vi el casco entreabierto, donde el agua penetraba con un estampido de trueno; después, la doble línea de cañones y las batayolas. El puente estaba cubierto de sombras negras que se agitaban.

El nivel del agua seguía aumentando. Los desdichados se lanzaban a los obenques, se aferraban a los mástiles, se retorcían bajo las aguas. ¡Era un hormiguero humano sorprendido por la invasión del mar!

Paralizado, agarrotado por la angustia, con el pelo de punta, los ojos abiertos de par en par, la respiración entrecortada, sin aliento, sin voz, miraba, yo también. Una irresistible atracción me mantenía pegado al cristal.

Aquel enorme barco se hundía lentamente. El *Nautilus*, siguiéndolo, espiaba todos sus movimientos. De repente, se produjo una explosión. El aire comprimido hizo volar los puentes del barco como si se hubiesen incendiado los paños. El empuje de las aguas fue tan poderoso que el *Nautilus* desvió su derrota.



Entonces, el infortunado barco se hundió más rápidamente. Sus cofas, cargadas de víctimas, aparecieron, luego sus crucetas, doblándose por el peso de los hombres arracimados, y, por último, la galleta del palo mayor. Después, la masa sombría desapareció, y con ella la tripulación de cadáveres arrastrados por una formidable corriente...

Me volví hacia el capitán Nemo. Aquel terrible justiciero, auténtico arcángel del odio, seguía mirando. Cuando todo hubo acabado, el capitán Nemo, dirigiéndose hacia la puerta de su camarote, la abrió y entró. Yo lo seguí con la vista.

En la pared del fondo, sobre los retratos de sus héroes, vi el retrato de una mujer todavía joven y de dos niños pequeños. El capitán Nemo los miró durante unos instantes, les tendió los brazos y, arrodillándose, estalló en sollozos.

Las últimas palabras del capitán Nemo

Las escotillas se habían cerrado tras esta terrorífica visión, pero la luz no había vuelto al salón. En el interior del *Nautilus*, reinaban las tinieblas y el silencio. Dejaba atrás aquel lugar de desolación, a cien pies bajo las aguas, con una velocidad prodigiosa. ¿Adónde iba? ¿Al Norte o al Sur? ¿Adónde huía aquel hombre tras su horrible represalia?

Yo había regresado a mi camarote, donde Ned y Conseil se mantenían en silencio. Sentía un horror insoportable por el capitán Nemo. Por mucho que hubiera sufrido a causa de los hombres, no tenía derecho a castigarlos así. Si no cómplice, como mínimo me había hecho testigo de sus venganzas. Ya era excesivo.

A las once, reapareció la claridad eléctrica. Pasé al salón. Estaba desierto. Consulté los diversos instrumentos. El *Nautilus* huía al Norte a una velocidad de veinticinco millas por hora, navegando tanto en la superficie del mar como a treinta pies en inmersión.

Marcado el punto sobre la carta, vi que pasábamos la embocadura de la Mancha y que nuestra dirección nos llevaba hacia los mares boreales a una incomparable velocidad.

Apenas podía vislumbrar a su rápido paso escualos de morro prominente, peces martillo, alitanes que frecuentan esas aguas, grandes águilas marinas, escuadrones de hipocampos, similares a los caballos del ajedrez, anguilas que se agitaban como las girándulas de los fuegos artificiales, ejércitos de cangrejos que huían oblicuamente, cruzando sus pinzas sobre el caparazón, y, por último, tropeles de marsopas, que competían en velocidad con el

Nautilus. No quedaba tiempo para observar, estudiar o clasificar.

Por la tarde, habíamos navegado doscientas leguas del Atlántico. Llegaron las sombras, y el mar quedó invadido por las tinieblas hasta la salida de la luna.

Regresé a mi camarote. No pude dormir. Las pesadillas me asaltaban. Aquella horrible escena de destrucción no dejaba de reproducirse en mi mente.

Después de aquel día, ¿quién podría decir adónde nos llevó el *Nautilus* por la cuenca del Atlántico Norte? ¡Constantemente a una velocidad incalculable! ¡Continuamente en medio de las brumas hiperbóreas! ¿Llegó a los extremos del Spitzberg, a los acantilados de Nueva Zembla? ¿Recorrió aquellos mares ignorados, el mar Blanco, el mar de Kara, el golfo del Obi, el archipiélago de Liarrov y aquellas orillas ignotas de la costa asiática? No estoy en condiciones de afirmarlo. Ya no podía calcular el tiempo que se iba desgranando. En los relojes de a bordo, la hora había quedado detenida. Parecía que la noche y el día, como en las regiones polares, no seguían ya su curso regular. Yo me sentía arrastrado a ese ámbito de lo extraño donde se movía a placer la imaginación sobreexcitada de Edgar Poe. A cada instante, esperaba ver, como el fabuloso Gordon Pym, «aquella figura humana velada, de proporciones mucho más grandes que las de cualquier habitante de la tierra, echada de través sobre esa catarata que defiende las proximidades del Polo» [284].

Calculo —aunque quizá me equivoco— que aquella carrera alocada del *Nautilus* se prolongó durante quince o veinte días, y no sé lo que habría durado, de no ser por la catástrofe que acabó con el viaje. Del capitán Nemo, no sabíamos nada. De su segundo, otro tanto. Ningún hombre de la tripulación se dejó ver ni un solo instante. Constantemente, el *Nautilus* flotaba bajo las aguas. Cuando emergía para renovar el aire, las escotillas se abrían o se cerraban automáticamente. Ya no se marcaba la situación en la carta de navegación. No sabía dónde estábamos.

Diré también que el canadiense, al límite de sus fuerzas y de su paciencia, tampoco aparecía ya. Conseil no podía arrancarle la más mínima palabra, y temía que, en un acceso de delirio o asediado por una terrible nostalgia, se matara. Así pues, lo vigilaba con una continua abnegación.

En esas condiciones, se podrá comprender que la situación era insostenible.

Una mañana —no podría precisar la fecha—, me había adormilado hacia las primeras horas del día, presa de un sopor penoso y enfermizo. Cuando me desperté, vi a Ned Land inclinarse sobre mí y le oí decirme en voz baja:

—Vamos a huir.

Me incorporé.

—¿Cuándo? —pregunté yo.

—Esta noche. La vigilancia parece haber desaparecido del *Nautilus*. Se puede decir que a bordo reina el estupor. ¿Estará usted listo, señor?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—Cerca de unas costas que he avistado esta mañana en medio de las brumas, a veinte millas al Este.

—¿Qué tierras son ésas?

—No lo sé, pero sean cuales sean nos refugiaremos en ellas.

—¡Sí! Ned. Sí, huiremos esta noche, ¡aunque el mar tenga que tragarnos!

—Hay mala mar y el viento sopla recio, pero hacer veinte millas en esta ligera embarcación del *Nautilus* no me asusta. He podido llevar algunos víveres y algunas botellas de agua sin que se diera cuenta la tripulación.

—Lo seguiré.

—Además —añadió el canadiense—, si me descubren, me defenderé, tendrán que matarme.

—Moriremos juntos, amigo Ned.

Yo estaba decidido a todo. El canadiense me dejó solo. Subí a cubierta, en la que apenas podía mantenerme frente al embate de las olas. El cielo estaba amenazador, pero puesto que la tierra estaba allá, tras esas brumas espesas, había que huir. No debíamos perder ni un día ni una hora más.

Volví al salón, temiendo y deseando al mismo tiempo encontrarme con el capitán Nemo; queriendo y no queriendo verlo. ¿Qué le habría dicho? ¿Podía ocultarle el horror involuntario que me inspiraba? ¡No! ¡Más valía no encontrarme cara a cara con él! ¡Más valía olvidarlo! ¡Y, sin embargo...!

¡Qué larga fue aquella jornada, la última que tenía que pasar a

bordo del *Nautilus*! Me quedé solo. Ned Land y Conseil evitaban hablarme por miedo a traicionarse.

A las seis cené, aunque no tenía apetito. Meforcé a comer, a pesar de mi repugnancia, pues no quería perder fuerzas.

A las seis y media, Ned Land entró en mi camarote y me dijo:

—No nos volveremos a ver hasta el momento de partir. A las diez, la luna no habrá salido todavía. Aprovecharemos la oscuridad. Venga al bote. Conseil y yo lo esperaremos allí.

Después, el canadiense salió, sin darme tiempo a responderle.

Quise comprobar el rumbo del *Nautilus*. Fui al salón. Marchábamos Nornordeste a una velocidad espantosa y a cincuenta metros de profundidad.

Miré por última vez aquellas maravillas de la naturaleza, aquellas riquezas del arte que abarrotaban el museo, aquella colección sin rival destinada a perecer un día en el fondo de los mares junto a quien la había reunido. La quise grabar en mi mente con una impresión definitiva. Me quedé una hora así, bañado en los efluvios luminosos de la lámpara del techo, pasando revista a aquellos tesoros resplandecientes bajo sus vitrinas. Después, regresé a mi camarote.

Allí, me puse una resistente indumentaria de marino. Reuní mis notas y las apreté ardientemente contra mí. Mi corazón latía con fuerza. No podía controlar mis pulsaciones. Sin duda, la turbación y la agitación que me embargaban me habrían traicionado a los ojos del capitán Nemo.

¿Qué estaría haciendo en aquel momento? Pegué el oído a la puerta de su camarote. Oí ruido de pasos. El capitán Nemo estaba dentro. No se había acostado. A cada movimiento, me parecía que iba a aparecer ante mí y a preguntarme por qué quería huir. Me veía en una situación de continua alerta. Mi imaginación la magnificaba aún más. La impresión se hizo tan acuciante que me pregunté si no valdría la pena entrar en el camarote del capitán, verle cara a cara, desafiarse con el gesto y con la mirada.

Era una idea de loco. Afortunadamente, me contuve y me eché en la cama para apaciguar la agitación de mi cuerpo. Mis nervios se sosegaron ligeramente, pero con el cerebro sobreexcitado, repasé en un fugaz recuerdo toda mi existencia a bordo del *Nautilus*, todos los incidentes, afortunados o desdichados, que la habían atravesado

desde mi desaparición de la *Abraham Lincoln*, las cacerías submarinas, el estrecho de Torres, los salvajes de Papuasia, la encalladura, el cementerio de coral, la travesía de Suez, la isla de Santorín, el buzo cretense, la bahía de Vigo, la Atlántida, el banco de hielo, el Polo Sur, la prisión de hielo, el combate contra los pulpos, la tempestad del *Gulf Stream*, el *Vengador* y aquella horrible escena del barco hundido con toda su tripulación... Todos esos acontecimientos pasaron ante mis ojos, como esos telones de fondo que se despliegan en el escenario de un teatro. Entonces, la figura del capitán Nemo crecía desmesuradamente en aquel medio extraño. Se agrandaba y adoptaba proporciones sobrehumanas. Ya no era mi semejante, era el hombre de las aguas, el genio de los mares.

Eran las nueve y media. Me sujeté la cabeza con las dos manos para evitar que estallara. Cerré los ojos. ¡Aún quedaba media hora de espera! ¡Media hora de una pesadilla que podía volverme loco!

En esos momentos, oí los vagos acordes del órgano, una armonía triste con un canto indefinible, verdaderos plantos de un alma ansiosa por romper sus vínculos terrestres. Escuché con todos los sentidos a la vez, casi sin respirar, inmerso como el capitán en esos éxtasis musicales que lo arrebatában fuera de los límites de este mundo.

Súbitamente, una idea me aterrorizó. El capitán Nemo había abandonado su habitación. Estaba en el salón, por donde yo tenía que pasar para huir. Allí, me encontraría con él por última vez. Me vería, me hablaría quizás. ¡Un gesto suyo podía aniquilarme! ¡Una sola palabra, encadenarme a bordo del *Nautilus*!

Sin embargo, estaban a punto de dar las diez. Había llegado el momento de salir de mi camarote y de reunirme con mis compañeros.

No había que vacilar, aunque se pusiera ante mí el capitán Nemo. Abrí mi puerta con precaución y, sin embargo, me pareció que al girar sobre sus goznes, hacía un ruido espantoso. Quizá ese ruido no existía sino en mi imaginación.

Avancé arrastrándome a través de los oscuros corredores del *Nautilus*, deteniéndome a cada paso para contener los latidos de mi corazón.

Llegué a la puerta achaflanada del salón. La abrí suavemente. El

salón estaba sumido en una oscuridad profunda. Los acordes del órgano resonaban débilmente. El capitán Nemo estaba allí. No me veía. Creo, incluso, que ni a plena luz del día me habría visto, hasta tal punto su éxtasis le absorbía por completo.

Me arrastré por la alfombra, evitando dar el más mínimo golpe que pudiera delatar mi presencia. Empleé cinco minutos en llegar a la puerta del fondo que daba a la biblioteca.

Iba a abrirla, cuando un suspiro del capitán Nemo me dejó petrificado *in situ*. Me di cuenta de que se levantaba. Incluso, lo entrevi, pues algunos rayos de luz de la biblioteca iluminada llegaban hasta el salón. Vino hacia mí con los brazos cruzados, silencioso, deslizándose más que caminando, como un espectro. Su pecho oprimido se deshacía en sollozos. Y le oí murmurar estas palabras, las últimas que pude oírle decir:

—¡Dios todopoderoso! ¡Basta! ¡Basta!

¿Era la confesión de los remordimientos que se escapaba así de la conciencia de aquel hombre?...

Fuera de mí, me precipité a la biblioteca. Subí por la escalera central, y, a través del corredor superior, llegué al pasillo. Penetré por la apertura que ya había dado paso a mis dos compañeros.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —grité.

—¡Ahora mismo! —respondió el canadiense.

El orificio practicado en el casco del *Nautilus* fue previamente cerrado y atornillado por medio de una llave inglesa de la que se había provisto Ned Land. La apertura del bote se cerró igualmente y el canadiense comenzó a desatornillar los pernos que nos retenían todavía en el barco submarino.

De repente, se oyó un ruido que venía del interior. Unas voces se respondían a gritos. ¿Qué ocurría? ¿Se habían dado cuenta de nuestra huida? Sentí cómo Ned Land me deslizaba un puñal en la mano.

—¡Sí! —murmuré—. ¡Sabremos morir!

El canadiense se había detenido en su trabajo. Pero una palabra, cien veces repetida, una terrible palabra, me reveló la causa de aquella agitación que se propagaba a bordo del *Nautilus*. ¡No éramos nosotros quienes preocupábamos a la tripulación!

—¡*Maelström*! ¡*Maelström*! —gritaban.

¡El *Maelström* [285]! ¿Podía resonar en nuestros oídos un

nombre más aterrador en una situación más aterradora? ¿Nos encontrábamos, pues, en aquellas peligrosas aguas que bañan la costa noruega? ¿Se veía el *Nautilus* arrastrado a esa vorágine, precisamente cuando nuestro bote iba a abandonarlo?

Es bien sabido que en el momento del reflujo las aguas comprimidas entre las islas Feroe y las Lofoden se precipitan con una irresistible violencia. Forman un torbellino del que jamás ha podido salir ningún barco. De todos los puntos del horizonte acuden olas monstruosas. Forman ese abismo justamente llamado el «Ombligo del Océano», cuya potencia de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros. Allí caen aspirados no solamente los barcos, sino también las ballenas y los osos blancos de las regiones boreales.

Allí era donde el *Nautilus* —involuntaria o, tal vez, voluntariamente— había sido arrastrado por su capitán. Describía una espiral cuyo radio disminuía progresivamente. Al igual que él, el bote, aún enganchado a su casco, también era aspirado a una velocidad vertiginosa. Yo lo notaba. Experimentaba ese vértigo relativo que sucede a un movimiento giratorio demasiado prolongado. Estábamos inmersos en el terror, en el horror llevado a su extremo, con la circulación suspendida, con la influencia nerviosa aniquilada, invadidos de sudores fríos como los sudores de la agonía. ¡Y qué ruido en torno a nuestro frágil bote! ¡Qué vagidos repetía el eco a una distancia de varias millas! ¡Qué estrépito el de las aguas rompiendo sobre las erizadas rocas del fondo, allá donde los cuerpos más duros se rompen, allá donde los troncos de los árboles se desgastan y se convierten en «una pelliza» según la expresión noruega!

¡Qué situación! Estábamos siendo terriblemente zarandeados. El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Sus músculos de acero cedían. A veces se erguía, y nosotros con él.

—Tenemos que aguantar —dijo Ned— y volver a poner los pernos. Quedándonos enganchados al *Nautilus*, todavía podríamos salvarnos...

No había acabado de hablar cuando se produjo un crujido. Faltaban los pernos, y el bote, arrancado de su alvéolo, salió lanzado como la piedra de una honda en medio del torbellino.

Mi cabeza fue a dar contra una pieza de hierro, y, tras ese

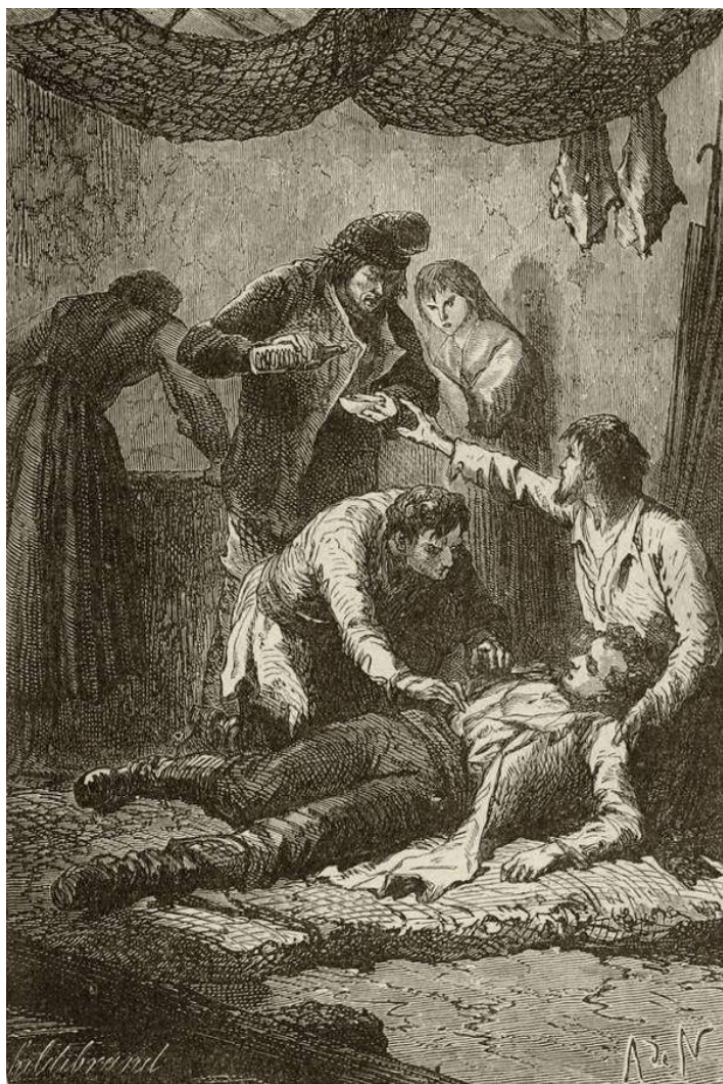
choque violento, perdí el conocimiento.



XXIII

Conclusión

Aquí concluye este viaje submarino. Lo que ocurrió aquella noche, cómo escapó el bote al formidable torbellino del *maelström*, cómo Ned Land, Conseil y yo salimos de la vorágine, no puedo recordarlo. Pero cuando recobré el sentido, estaba acostado en la cabaña de un pescador de las islas Lofoden. Mis dos compañeros, sanos y salvos, estaban junto a mí y me apretaban las manos. Nos abrazamos efusivamente.



En estos momentos, no podemos pensar en volver a Francia. Los medios de comunicación entre la Noruega septentrional y el Sur son escasos. Así pues, estoy obligado a esperar el paso del vapor que realiza el servicio bimensual del cabo Norte.

Por lo tanto, es aquí, entre estas buenas gentes que nos han acogido, donde repaso la narración de estas aventuras. Es exacta. Ni un solo hecho ha sido omitido, ni un detalle ha sido exagerado. Es la fiel narración de esta inverosímil expedición bajo un elemento inaccesible al hombre, cuyas rutas el progreso dejará algún día expeditas.

¿Me creerán? No lo sé. Después de todo, poco importa. Lo que puedo afirmar ahora es mi derecho a hablar de esos mares bajo los que he navegado veinte mil leguas en menos de diez meses; una vuelta al mundo submarina que me ha revelado tantas maravillas a través del Pacífico, del océano Índico, del mar Rojo, del Mediterráneo, del Atlántico, de los mares australes y boreales.

¿Qué habrá sido del *Nautilus*? ¿Habrá resistido a los embates del *maelström*? ¿Seguirá vivo el capitán Nemo? ¿Proseguirá bajo el océano sus terribles represalias, o se habrá detenido ante esa última hecatombe? ¿Entregarán algún día las aguas ese manuscrito que contiene toda la historia de su vida? ¿Sabré yo por fin la identidad de ese hombre? ¿Nos revelará el barco desaparecido, cuando se conozca su nacionalidad, la nacionalidad del capitán Nemo?

Así lo espero. Como espero que su poderoso aparato haya vencido a la mar en su abismo más terrible, y que el *Nautilus* haya sobrevivido allá donde tantos barcos sucumbieron. Si es así, si el capitán Nemo vive todavía en el Océano, su patria adoptiva, ¡ojalá se apacigüe el odio en su feroz corazón! ¡Que la contemplación de tantas maravillas mitigue su sed de venganza! ¡Que se esfume el justiciero, que el sabio prosiga la tranquila exploración de los mares! Aunque su destino sea extraño, no deja de ser sublime. ¿Acaso no lo he comprendido por mí mismo? ¿Acaso no he vivido diez meses de existencia extranatural? Por lo tanto, a la pregunta planteada hace seis mil años por el Eclesiastés: «¿Quién ha podido jamás sondear las profundidades del abismo?»[286], dos hombres entre todos los hombres tienen ahora derecho a responder. El capitán Nemo y yo.

FIN

Apéndice

La abundante bibliografía verniana

Los estudios dedicados en los últimos años a la vida y la obra de Jules Verne son tan numerosos que resultaría imposible, además de poco práctico, recoger en las siguientes páginas una muestra exhaustiva de la investigación actual en ese campo. La mayor parte de los datos de este apéndice se los debo a varias fuentes bibliográficas, que aparecen citadas al final del mismo. He dividido estas páginas en tres partes, siguiendo la estructura tradicional de los libros de esta colección: época, vida del autor y análisis de la obra. Al efecto de observar más detenidamente la fase vital y profesional de Verne que más nos interesa en este libro, me he ceñido al período transcurrido entre el nacimiento del autor y la publicación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

No por conocido deja de ser interesante mencionar que buena parte de críticos y académicos han venido acotando las novelas de Verne como literatura menor, infantil o popular, como si se tratara de algo ignominioso. Si hiciera falta romper una lanza más por Verne, bastaría recordar unas palabras de Fernando Savater para reivindicar este tipo de lectura: «Naturalmente que no es imprescindible la oligofrenia o el infantilismo para que un adulto se interese por Verne: basta con que no haya perdido la capacidad de gozar leyendo».

El favor del público

Mirado desde una óptica diferente, la de la estadística y las ventas, el caso de Verne no deja de ser paradójico, pues hay pocos autores que sigan gozando de un favor del público tan enorme como él. Está suficientemente documentado, y no es preciso insistir en ello, que sus libros y sus respectivas traducciones fueron éxitos clamorosos. Sin ir más lejos, el reciente descubrimiento y publicación, a cargo del especialista Piero Gondolo della Riva, del manuscrito de *París en el siglo XX* —rechazado en su día por el editor Hetzel— ha sido todo un acontecimiento literario en Francia. En la actualidad, además, la calidad de las ediciones originales de los *Viajes extraordinarios* las ha convertido en piezas muy cotizadas y en objetos de culto entre los bibliófilos.

*Un autor
para todos
los públicos*

Sin embargo, Emile Zola, algo más joven que Verne y cuyos laureles parecen estar más dorados entre la *intelligentsia*, criticaba a éste «reprochándole» las grandes tiradas de sus obras, signo inequívoco según él de que lo popular (él se refiere al «gusto del público») no tenía relevancia alguna en el movimiento literario de esos años. Tal vez fuera así, pero en el caso de Verne se da también el fenómeno contrario, a saber: grandes escritores han admirado su obra, la han leído con fruición y han disfrutado con ella como disfrutábamos los zagales que reinventábamos el telégrafo, usábamos escrituras secretas o convertíamos una charca en una improbable isla misteriosa imitando a los héroes de sus novelas.

Turguéniev o Tolstoi lo leían con auténtica pasión; más tarde, autores de la talla de Julien Gracq o J. M. G. Le Clézio, en Francia, y de Antonio Muñoz Molina, en España, no han tenido empacho en reconocer que Verne marcó la imaginación de su infancia y les ayudó a forjar su vocación de escritores; por ejemplo: la Nadia de *El jinete polaco* es un hermoso homenaje a la Nadia de *Miguel Strogoff*.

Científicos

y marinos,
devotos
de Verne

Más aún, el historiador Georges Duby menciona la cantidad de científicos o marinos franceses del siglo XX que se vieron marcados decisivamente por las aventuras de los *Viajes extraordinarios*. ¿No resuena una especie de eco del mundo fantástico de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en los documentales del comandante Cousteau, cuya obra televisiva o cinematográfica goza de una difusión comparativamente tan amplia como las novelas de Verne? En cualquier caso, como veremos, lo que no deja lugar a dudas a quien se adentra en su obra y en los estudios que se han escrito al respecto, es su berroqueña voluntad de ser escritor, narrador de historias *de los mundos conocidos y desconocidos*, y, como él ponía de relieve, hacer bien su trabajo. Un trabajo que no le vino rodado al principio y que se enmarca dentro de un contexto histórico de complejos aspectos políticos, sociales, científicos y culturales, del que su obra es reflejo.

Y es que Verne, según Olivier Dumas, uno de los más serios y documentados biógrafos y estudiosos de nuestro autor, «*por sus excesos, sus gustos y sus opiniones encarna el espíritu curioso, escéptico e imaginativo del siglo XIX*».

La época: de 1828 a 1870

¡Ráptame tú, fragata! ¡Arrástrame, vagón!

Baudelaire
Las flores del mal

*El mar de
fondo de un
momento
histórico*

Jules Verne (1828-1905) trabajó en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, con mayor o menor intensidad, desde finales de 1865 hasta 1869-1870. El momento histórico por el que atravesaba Francia no podía ser más importante. En 1870, año en que apareció en forma de libro la segunda parte de la novela, estalló también la guerra franco-prusiana; pero el mar de fondo que llevaría a pique al II Imperio de Napoleón III no fue fruto de un suceso aislado y fortuito, naturalmente.

La vida de Verne había avanzado al compás de una serie de cambios políticos y de una evolución de la sociedad a la que no son ajenas sus obras y su propia concepción de la vida, imbricada en el seno de una burguesía que tan relevante papel desempeñó a lo largo de esos años.

*Las contradicciones
humanas e ideológicas
de una época*

La crítica oscila entre dos polos opuestos: el de quienes ven a un Verne sumamente dócil y pasivo ante el establecimiento social, burgués desde la cuna y más que conservador hasta su muerte, y el de quienes creen que era un libertario —eso sí, secreto— que tuvo que dar desahogo a sus ideas y pasiones ocultas a través de sus obras y de sus personajes.

En la última parte de su vida, tomó partido por causas políticas moderadas, pero en un ámbito estrictamente municipal, y anduvo más preocupado por cuestiones de urbanismo (uno de cuyos ejemplos literarios son *Los quinientos millones de la Begum*) que de política; la Comuna de París le repugnó, apoyó al gobierno conservador de Thiers y fue *antidreyfussard*, es cierto. Pero ello no puede ocultarnos que en su obra quedan patentes esas contradicciones humanas e ideológicas que vive su época; como atinadamente demuestra Jean Chesneaux en *Jules Verne, une lecture politique*, por la fachada burguesa de Verne asoman capas de antiguos revoques del socialismo utópico, del pensamiento individualista libertario y de la tradición revolucionaria de 1848, y se vislumbra el resol de otros temas capitales del momento: el

futuro de los pueblos colonizados; la atención a los Estados Unidos, con una mezcla de admiración y progresiva desconfianza; el conflicto entre nacionalismo e internacionalismo, y el papel del poder financiero en las iniciativas humanas [287].

*1828:
un año
de crisis*

En 1828 se produjo una crisis generalizada que afectó principalmente a la industria y a la agricultura. Las cosechas de patatas y de cereales fueron pésimas. Ante las subidas de precios y el aumento del desempleo del incipiente proletariado industrial —que, en parte, regresó al campo—, las revueltas de la población desencadenaron una represión por parte del gobierno reaccionario de Polignac, que llevaba un año al frente del gabinete; a ello se unieron las ordenanzas firmadas por el rey Carlos X —quien hizo caso omiso de la Carta otorgada, en la que se plasmaba un tímido asomo de libertades, y recurrió a suspender la libertad de prensa y a ejercer la censura previa.

*La
Monarquía
de Julio*

Durante este período agitado de la vida francesa, se asiste en la escena política al choque de ideologías entre los nostálgicos del Antiguo Régimen y los demócratas convencidos de raigambre revolucionaria. Por otra parte, tampoco habían desaparecido los ecos del napoleonismo. Precisamente, una de las flaquezas que hicieron tambalearse a la Monarquía de Julio fue el carecer de la suficiente voluntad o sensibilidad para hallar el eslabón necesario entre tradición y progreso, entre monarquía y parlamentarismo.

España...

Fuera de Francia, y en otro orden de cosas, los países sudamericanos se habían independizado ya de España, donde se vivió entre 1823 y 1833 el segundo período absolutista, conocido como la Década ominosa. A la muerte de Fernando VII, se libraría la prolongada guerra entre carlistas e isabelinos.

... y Europa

En Europa, se sucedían las revueltas y guerras de tipo nacionalista. Grecia, tras una guerra que duró desde 1821 a 1829, consiguió su independencia del imperio turco. En el período de 1830 a 1839, se asiste a la revolución belga contra los Países Bajos y a la formación del país. 1839 es el año, asimismo, de la partición de Luxemburgo. Italia y Alemania, respectivamente, echan en estos años los cimientos de su unificación.

*La revolución
industrial*

El fenómeno social que caracterizó la época fue una revolución de otro tipo: la que partió desde Inglaterra con la industrialización y el maquinismo para extenderse paulatinamente a Europa. El capitalismo zarandearía, asimismo, las seculares estructuras estamentales y daría paso a una nueva relación social basada en la antagonía de quienes poseían la riqueza generada por el capital invertido en la industria (empresarios) y quienes vendían su propia mano de obra (proletariado). Los rasgos más repulsivos de esta relación eran las jornadas laborales extenuantes, el trabajo y la explotación de los niños y el pago de salarios misérrimos. Mientras que en Inglaterra el derecho de asociación de los obreros se había conseguido en 1824, a Francia no llegó hasta 1864.

*Imperialismo
y colonialismo*

Es también la época en que empieza a fraguarse el imperialismo y se comienza a esquilmar con la colonización a los países que poseían las materias primas; ello llevaba aparejado el fomento y la extensión de la navegación y de la investigación para conseguir buques aún más veloces, capaces de afrontar los peligros de las travesías oceánicas y de transportar las mercancías a gran velocidad, hechos éstos que se reflejan en la trama de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y de tantas otras obras de Verne.

*El primer
ferrocarril*

De 1830 data el primer ferrocarril inglés, que enlazaba Liverpool y Manchester. Era el resultado de los avances conseguidos años atrás en las máquinas de vapor y de la invención de locomotoras capaces de propulsar grandes convoyes. La primera línea francesa, entre París y Saint-Germain, se tendió siete años más tarde. Por otra parte, este nuevo medio de transporte haría que se impulsara la minería del carbón, al ser éste un elemento indispensable para su funcionamiento.

*La época de
los grandes
viajes*

Es la época de los grandes viajes (1826-1829 y 1837-1840) de Dumont d'Urville, figura por la que tanto aprecio sentía Jules Verne. Francia vivía un auténtico renacimiento de su marina nacional y organizaba expediciones en las que no sólo primaban los aspectos científicos y geográficos de la exploración, sino también intereses más prosaicos tales como la búsqueda de materias primas y la conquista de mercados; no hay que olvidar, empero, que la primacía naval la ejercía Inglaterra.

En uno de los primeros textos que aprueba la Sociedad de Geografía de París con la intención de promover un viaje de investigación a Tombuctú, se puede leer lo que sigue: «Al observar a

los pueblos, el [viajero] cuidará de estudiar sus costumbres, ceremonias, indumentaria, armas, leyes, cultos, régimen alimentario y enfermedades, así como el color de su piel, la forma de su rostro, la naturaleza de sus cabellos y los diversos objetos con que comercian. Sería deseable que recopilara vocabularios de sus idiomas, comparados con la lengua francesa, y, por último, que dibujara con detalle sus moradas y levantara planos de las ciudades allí donde le fuera posible».

*Avances
científicos*

Entre 1831 y 1836, Charles Darwin, el padre de la teoría de la evolución, realizó su viaje a bordo del *Beagle*. Otros avances científicos de la época dignos de reseñar son el descubrimiento por Faraday del electromagnetismo, en 1831, y de la electrólisis dos años más tarde. En 1837, Morse inventó el telégrafo, y en 1839 Daguerre hizo lo propio con la fotografía, disciplina en la que sobresalió Nadar, entusiasta de la navegación aérea en globo y amigo más tarde de Verne, quien se inspiró en él para crear a su anagramático personaje Michel Ardan en *De la Tierra a la Luna* [288].

*La literatura
del segundo
cuarto del
siglo XIX*

En el terreno de la literatura, el segundo cuarto del siglo XIX no es menos feraz en acontecimientos. Mientras que las tendencias románticas alcanzan su cima y, al final de estos años, comienzan levemente a declinar, otras corrientes como el realismo se abren camino. Ahora bien, no es posible trazar un límite preciso entre corrientes ni establecer fechas de inquebrantable certeza. En realidad, los movimientos no se suceden, sino que coexisten durante un largo período.

Balzac (1799-1850), ejemplo de realismo, es de mayor edad que Víctor Hugo (1802-1885), el máximo exponente del romanticismo. Hasta la llegada de la Monarquía de Julio, aparecieron obras como *Las Orientales* (1829), *Hernani* (1830) o *Nuestra Señora de París* (1831) de Hugo y *El rojo y el negro* (1830) de Stendhal, mientras Balzac continuaba añadiendo obras a su *Comedia humana*, y de Musset seguía los pasos del joven Werther con su *Confesión de un hijo del siglo* (1836). En 1844 se publicaba esa obra cumbre de la novela de aventuras que es *Los tres mosqueteros* de Alexandre Dumas, y 1848 es el año en que se publica *La dama de las camelias*[289] de Dumas hijo. Los Dumas, como se verá más adelante, ocuparon un lugar importante en la biografía del joven Verne. En filosofía, idealismo y positivismo son las corrientes del momento.

*Solapamiento
de estilos*

Debe subrayarse que el propio Verne, considerado un autor eminentemente positivista y cientifista por algunos sectores de la crítica, no escapa a este solapamiento de estilos, y es fácil detectar en el Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y en el tratamiento de temas como la naturaleza, elementos sobre los que se cimentó en su día la gloria del movimiento romántico: la insatisfacción, el entusiasmo y la pasión por un ideal, la melancolía y el culto del yo, el lirismo de las descripciones o la exaltación de la naturaleza —el mar, en este caso— como único refugio posible contra el tráfigo de este mundo.

*1848:
el viaje de Verne
y el año de la
revolución*

Un capítulo decisivo para el futuro profesional y personal de Verne es el que se abre con su llegada a París. Jules ya se había

desplazado a la capital en 1847 para examinarse por libre de asignaturas de derecho. En julio de 1848, su viaje coincide prácticamente con el estallido de la revolución, originada una vez más por las tensiones políticas y por la crisis económica, a lo que se añadieron los intentos fallidos por reformar el sistema electoral y parlamentario. La monarquía de los banqueros, nombre por el que se conoció el reinado de Luis Felipe, había sido incapaz de resolver problemas tan importantes como la situación de los trabajadores, la desigualdad de la distribución de la riqueza y los raquíticos derechos políticos de los ciudadanos. El 24 de febrero de 1848 abdica Luis Felipe de Orleáns y se proclama la II República; se reduce la jornada laboral a diez horas en París y a once en provincias y se instaura el sufragio universal, que un año más tarde volvería a ser restringido.

El 4 de junio resultan elegidos a la Asamblea constituyente personajes como Luis Napoleón Bonaparte —que ya había dado sendos golpes de estado fallidos en 1836 y 1840 y había conseguido refugiarse en Inglaterra—, Thiers, Víctor Hugo y Proudhon.

Entre el 23 y el 26 de junio se levantan barricadas y se combate en los barrios del Este de París a consecuencia del cierre de los talleres nacionales, creados en febrero por el ministro socialista Louis Blanc para paliar el desempleo: la represión del general Cavaignac es atroz. Pierre-Jules Hetzel, que más tarde será el editor de Verne, participa en esa época activamente en política y ocupa un cargo en el gabinete de Lamartine.

Cuando el joven de Nantes llega a París, escribe a sus padres una carta, fechada el 17 de julio de 1848, para tranquilizarlos sobre la situación en la capital: «Veo que, en provincias, seguíis con vuestros temores; tenéis mucho más miedo que nosotros en París. La famosa jornada del 14 de julio transcurrió con tranquilidad; ahora dicen que el incendio de París será el día 24. Eso no impide que la ciudad esté tan alegre como de costumbre. He recorrido los distintos puntos de los altercados [...]; he visto las casas acribilladas de balas y agujereadas por los obuses. A lo largo de las calles, se pueden seguir los rastros de los obuses que rompían y descantillaban a su paso balcones, rótulos, cornisas; es un espectáculo horroroso, y hace aún más incomprensibles esos ataques en plena calle».

*Luis Napoleón
Bonaparte,
y la segunda
República*

El 20 de diciembre de ese año, Luis Napoleón Bonaparte resultó elegido presidente de la II República, lo que se debió no sólo al prestigio de su apellido, sino a su aureola de figura legendaria labrada por los años de conspiración carbonaria en Italia, más los golpes de estado frustrados, la cárcel y su posterior evasión. En diciembre de 1851, ansioso de ampliar su mandato —originalmente de sólo 4 años— y sus poderes, Bonaparte dio un golpe de estado y disolvió la Cámara. Una vez más, se produjo la insurrección progresista en las calles de París, que Luis Napoleón mandó aplastar. Jules Verne, que cuenta casi 24 años de edad, escribe a sus padres el 6 de diciembre de 1851: «El jueves los enfrentamientos fueron duros; al cabo de mi calle destrozaron las casas a cañonazos. Es una iniquidad, por lo que hay un sentimiento generalizado de rabia contra el presidente y el ejército, que se ha deshonrado en esta ocasión. Quizá sea ésta la primera vez que el derecho y la legalidad están del lado de la insurrección. Hay muchos muertos, y se trata, sobre todo, de gente cabal». Luis Napoleón se somete a un plebiscito y lo gana por mayoría aplastante; en noviembre de 1852, se instaura el II Imperio, que durará hasta septiembre de 1870. Mientras tanto, Pierre-Jules Hetzel se exilia en Bruselas, donde continuará su labor de editor entre 1852 y 1859.

*El segundo
Imperio*

El II Imperio, de carácter hereditario e instaurado, tras el plebiscito, «por la gracia de Dios y la voluntad de la nación», fue un régimen de comienzos autoritarios, pasó por un período liberal y se descompuso finalmente como un imperio parlamentario, dando paso a la Comuna y a la III República. Gracias a una coyuntura económica favorable, Napoleón III consiguió que Francia viviera una época de prosperidad. En ese período, Haussmann realizó en

París las obras públicas que la transformaron en la «capital del mundo». Al mismo tiempo se llevó a cabo un programa nacional de obras públicas —ferrocarriles, carreteras, canales y puertos— que permitió dar empleo a una importante mano de obra. Ello implicaba la mejora de las comunicaciones y el desarrollo del comercio. El número de kilómetros de vía férrea aumentó de forma impresionante: en veinte años, casi se triplicó el número de viajeros que se desplazaban en tren. La agricultura progresó, se desarrolló la industria, y la siderurgia experimentó un avance revolucionario gracias a los nuevos sistemas. No hay que olvidar, además, que entre 1859 y 1869 se construyó el canal de Suez, con capital francés y bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, quien, en 1870, en las postrimerías del Imperio, gestionó ante el Emperador la concesión de la Legión de Honor a Jules Verne.

*La
expansión
imperialista*

En el exterior, se impulsa en esos años el imperialismo francés, no sólo mediante la consolidación de su presencia en África —en Senegal y en Argelia, fundamentalmente—, sino también, y sobre todo, ampliándola en Asia. La aspiración francesa es crear un imperio a imagen y semejanza del inglés. Francia anexiona la Cochinchina entre 1862 y 1867, y Camboya se convierte en 1863 en protectorado francés. Además, Napoleón III se distingue por su apoyo a los nacionalismos italiano y alemán —que, curiosamente, acabarán por ser dos de las causas que den al traste con el Imperio—. Por último, el tercer rasgo es la intervención militar en el exterior, con miras a recuperar la *grandeur* francesa perdida en el Congreso de Viena de 1815, cuando se dismanteló el Imperio del Gran Corso. Napoleón III interviene en la guerra de Crimea de 1853 a 1856 y actúa como árbitro en el congreso de París de 1856.

*Vaivenes
sociales*

En el terreno social, cabe destacar el respaldo de la burguesía al emperador, al encontrarse, por fin, en un período en que se han acabado los disturbios y se lleva a cabo una política que favorece a la empresa y la iniciativa privadas. El idilio duraría hasta la firma, en 1860, del Tratado de libre cambio con Inglaterra, considerado suicida por la burguesía, la cual veía desaparecer el proteccionismo de que gozaban sus productos. En ese momento, el régimen pierde uno de sus principales valedores, y tiene que hacer concesiones a la izquierda. La Iglesia, por su parte, deja de servir de sostén al Imperio, pues Napoleón III apoyaba la idea de los nacionalistas italianos de incorporar a la futura nación los Estados Pontificios y convertir a Roma en su capital, lo que chocaba con los intereses de la Santa Sede.

Medidas

Liberales

La oposición al régimen, que estaba descompuesta, comenzó por entonces a reorganizarse, y las medidas liberales se sucedieron, como, por ejemplo, la amnistía que, entre otras cosas, permitió al editor Hetzel regresar de su exilio belga e instalarse de nuevo en París. Otras medidas fueron el derecho de iniciativa del Parlamento y el control de los presupuestos por parte de las Cámaras. En 1864, los obreros consiguieron el derecho de asociación y huelga.

La situación

exterior

Sin embargo, la situación exterior, que tantas satisfacciones había aportado al régimen, comenzó a deteriorarse tras la derrota de Sadowa, en 1866, de Austria frente a Prusia —la cual se apunta ya como un serio adversario en el Este— y a la vista de las aspiraciones francesas de «compensación» —anexión de Luxemburgo— a lo que se oponía Prusia. Otra intervención planeada por el emperador como su «mejor idea», la entronización de Maximiliano de Habsburgo como emperador de México en 1864

con el apoyo de Napoleón III, acabaría siendo un fiasco. Maximiliano acabó fusilado y la aventura pudo costar una guerra contra los Estados Unidos.

Ante el agravamiento de la situación en los frentes interior —la oposición ganó las elecciones de 1869— y exterior, el emperador fortaleció el parlamentarismo en un esfuerzo por suavizar una oposición cada vez más fuerte. En lo sucesivo, el gobierno tenía que rendir cuentas ante los representantes del pueblo, y quedaban recortados los poderes del emperador. Napoleón III intentó hallar en el exterior la palanca con la que remontar la mala época por la que atravesaba el Imperio y fue precisamente eso la puntilla a su maltrecho régimen.

*La sucesión
española
y el final de un
capítulo francés*

El trono de España, vacante desde 1868 (Isabel II había reinado desde 1843 hasta ese año y había escapado a Francia tras el pronunciamiento de Prim y Topete) necesitaba un rey. Prusia propuso a Leopoldo de Hohenzollern, pero Napoleón III se negó a aceptarlo para evitar una unión entre España y Prusia que podía rodear a Francia. La crisis, hábilmente gestionada de parte prusiana por Bismarck, se desató con la declaración de guerra del canciller el 19 de julio de 1870. La guerra sólo duró hasta septiembre de ese año, cuando el emperador cayó prisionero en Sedán. La oposición republicana se hace, entonces, con el poder, y comienza otro período de la historia francesa. El segundo tomo de *Veinte mil leguas de viaje submarino* había aparecido en junio de ese año.

*Situación
internacional*

Esos años de arranque de la novelística verniana coinciden además con una situación internacional no menos rica en

acontecimientos políticos y sociales que, como bien ha señalado Jean Chesneaux en la obra anteriormente citada, aparecen reflejados en las novelas de Verne: entre 1850 y 1860 se llevan a cabo campañas contra la trata de esclavos africanos, y entre 1860 y 1865 se libra la Guerra de Secesión de los Estados Unidos —trasfondo de varias obras de Verne— que concluye con la victoria del Norte abolicionista de la esclavitud; Rusia tiene que hacer frente a conflictos en el Asia central en los años 1860 —trama de *Miguel Strogoff*, publicado en 1876—; la isla de Creta se levanta contra la dominación turca en 1868 —el tema griego está especialmente presente en *El Archipiélago en llamas*—; la cuestión irlandesa pasa por momentos álgidos entre 1850 y 1880; la conquista de Roma por los nacionalistas italianos en septiembre de 1870 supone la culminación del proceso unificador de Italia, y, del mismo modo, la unificación alemana culmina tras la derrota de Napoleón III en Sedán y la proclamación en 1871 de Guillermo I como emperador del II Reich alemán.

El autor

*Venimos de la mar y buscaremos
nuestro sitio entre los navegantes.*

Carlos Barral
Privilegio de galera

*Entre los
brazos
de un río*

Jules-Gabriel Verne nació a las doce del mediodía del 8 de febrero de 1828 en una casa de la isleta Feydeau, lengua arenosa entre dos brazos del río Loira actualmente desaparecida. Era el primogénito del matrimonio formado por el abogado y procurador de los tribunales de Nantes Pierre Verne (1798-1871) y por Sophie-Henriette Allotte de la Fuye (1801-1887), de familia de armadores y navieros en cuyo árbol genealógico parece haber habido algún

lejano ancestro escocés. El abogado Pierre Verne se había instalado en Nantes en 1826, y el matrimonio se había celebrado en 1827.

Nantes, ciudad portuaria, y la isleta Feydeau, servían en esa época de puerto de amarre a todo tipo de buques que exhibían la parafernalia de la marina de vela: un abigarramiento de lonas y aparejos indescriptible. Desde allí se adivina el océano, y el aire ya está impregnado de salitre.

Historial marinero

Parece que no hay razón para extrañarse de que el pequeño Jules, que crece en medio de esa barahúnda de obenques, gavias, masteleros y palos, junto a unos muelles donde se amontonan los cargamentos destinados a las Indias y procedentes de éstas, animados por las sirenas de los vapores, los silbatos de los contra maestres y los gritos polifónicos de unas tripulaciones variopintas, consagre en el futuro buena parte de su obra al mar, a los buques y a las islas. Incluso la señora Sambin, que le enseñó las primeras nociones de lectura y escritura, es un curioso personaje novelesco, una solitaria viuda que languidece a la espera del regreso de su Ulises, un capitán desaparecido en alta mar. A este historial marino hay que añadir las vacaciones pasadas en plena campiña, en la granja de un familiar armador, donde su imaginación infantil sería convenientemente adobada con relatos marineros.

Y sin embargo, años más tarde, él mismo declarará en *Recuerdos de infancia y de juventud*, «A los doce años todavía no había visto el mar, ¡el mar de verdad! Me pasaba los días embarcándome mentalmente en las sardineras, las chalupas de pescadores, las bricbarcas, las goletas y los tres palos, e incluso en los buques de vapor —llamados entonces “piróscafos”— que se dirigían hacia la desembocadura del Loira. [...] Sin embargo, a fuerza de ver pasar tantos barcos, me devoraba la necesidad de navegar. Ya conocía los términos de marina y comprendía las maniobras lo suficiente para seguirlas en las novelas marítimas de Fenimore Cooper, a quien no me canso de leer con admiración».

*La famosa
anécdota
de la fuga*

Es difícil encontrar un escrito acerca de la infancia del autor que no recoja la famosa anécdota de su fuga de la casa paterna. Según los cronistas más rendidos al genio del bretón, habría que imaginarse el siguiente cuadro: Jules, un «niño bueno» de unos 11 años de edad, se encuentra como de costumbre paseando o jugando en los muelles, se da cuenta de que a bordo de un velero amarrado no hay ni un alma y se decide a subir, escala las cofas, divisa el océano en lontananza, deja que la mente haga zarpar el barco y se entrega a la aventura: en definitiva, se imagina en el papel de un joven capitán al mando de su navío poniendo rumbo a una misión, por supuesto, romántica. Pero en su embobamiento no se da cuenta de que el buque zarpa de verdad. Cuando lo descubre, el capitán lo desembarca unas millas más abajo y manda buscar a su padre, el cual le da un buen tirón de orejas. La misión de su huida tenía que estar a la altura novelesca de su intrepidez: traerle a su prima Caroline Tronson, por la que muy precozmente bebía los vientos, un collar de perlas o corales de algún puerto oriental. El resultado de su fracaso se tradujo, según la leyenda, en la célebre promesa de Verne a su padre de que a partir de entonces sólo viajaría con la imaginación. Hasta ahí el mito. Los estudiosos modernos, de pasiones seguramente menos encendidas, ponen en duda el suceso y la posterior recriminación paterna, y sugieren que aquello sólo se limitó a un paseo por el puerto y a subir a bordo de un buque simplemente amarrado a los bolardos.

*La eterna
dialéctica
verniana*

Sin embargo, el más que probable carácter legendario del hecho revela algo no menos cierto: la eterna dialéctica verniana entre acción y sometimiento, entre movimiento y quietud. Es decir, esa apariencia de burgués tranquilo que oculta un torbellino interior,

una mente de imaginación desbocada difícil de embridar. En la vida de Verne se dan estas constantes, e incluso su difícil relación con el sexo femenino aparece prefigurada en la aventura del barco: un deseo imposible de satisfacer. Por éstas y otras razones, hay quien le ha llamado autor secreto, y ha reclamado más atención al leer sus obras para no sucumbir ante el espejismo de las apariencias. Desde luego, si un autor es todos sus personajes, frase de Andreu Martín con la que todavía no sé si estoy de acuerdo, los personajes de *Veinte mil leguas de viaje submarino* forman un reparto de primera para comprender, o al menos tratar de atisbar, algunos rasgos de la personalidad de Verne. Pero volvamos a la infancia del autor.

*Los
hermanos*

El probo Pierre Verne y su señora tuvieron otros cuatro hijos además de Jules-Gabriel: Paul, Anne, Mathilde y Marie. De Paul se ha escrito que no sólo fue el hermano predilecto sino también el amigo y compañero inseparable —hay quien insinúa que hasta el confidente en algún lío de faldas— durante toda su vida. Paul, además, fue un buen consejero en la terminología náutica, ya que ejerció como marino durante unos años, aunque a la postre se convertiría en agente de cambio y bolsa.

*Las aficiones
del
primogénito*

Después de haber pasado por casa de la señora Sambin, Jules y Paul son enviados por su padre a los religiosos de Saint-Estanislas y, más tarde, al seminario menor de Saint-Donatien. Mientras que Paul continuó en esa institución, Jules no pudo aguantar durante mucho tiempo el rigor de la sotana y consiguió terminar su bachillerato en una institución pública, el Liceo Real de Nantes, que, a ojos de la burguesía nanteana, era un hervidero de pernicioso volterianismo. A lo largo de esos primeros años, el primogénito de los Verne va

decantándose por unos gustos que, sin duda, constituyen el zócalo de su obra y de su talento literario posteriores: la afición a la música, incluyendo el aprendizaje del piano, y la lectura de libros de aventuras, sobre todo los robinsones de Defoe y de Wyss — siempre prefirió este último—, y los relatos de Fenimore Cooper, de E. T. A. Hoffmann y de Edgar A. Poe, entre otros. Aunque se le concedieron sendos accésits en latín y geografía, Jules no brilló especialmente en sus estudios, pero tampoco obtuvo malas notas. Poco a poco se aficionó a componer canciones y a escribir poemillas, y en algún momento reconocería adorar el fino sentido del humor y la portentosa imaginación de Sophie, su madre: «¡La imaginación Allotte! No hay locomotora Crampton ni centella eléctrica que pueda competir en velocidad con la imaginación Allotte».

*El amor
vuelve a
cruzarse en
su camino*

Al tiempo que el joven crece, el amor, cómo no, se vuelve a cruzar en su camino. El amor adolescente y romántico por su prima Caroline, lejos de apagarse con la edad, se aviva aún más, provocando el recelo y la preocupación de Pierre Verne. En la mente paterna, Jules está llamado a heredar toga y despacho, y nada debía obstaculizar esos designios. La solución consiste, pues, en apartar al muchacho de sus veleidades literarias y amorosas, hacer que olvide sus letrillas y poemas, y sacarlo del círculo familiar que ahonda la herida de su frustrado amor por su prima: en efecto, Caroline, que le lleva un año y medio de edad, se casa en 1847.

Tras este desaire, Jules vuelve a intentarlo y se enamora de Herminie Arnault-Grossetière, a la que escribirá una treintena de poemas. Sin embargo, cosecha un nuevo fracaso en Nantes y, en su fuero interno, identifica a la ciudad del Loira, cuyas clases encumbradas no acaban de aceptar a Verne ni a su familia, como la responsable de sus fracasos sentimentales. Estos lances de triste final podrían haber sido los responsables de la aversión que Verne

profesó al matrimonio a lo largo de toda su vida. Sea como fuere, Jules, que había comenzado sus estudios de derecho en Nantes, despacha a gusto sus frustraciones con su vitriólico poema *Madame C...*! El abogado Verne acaba enviando a su retoño a París para que siga su carrera de derecho. Sin embargo, en su intento por apartarlo de sus devaneos amorosos, el padre de Jules fue, en cierto modo, responsable indirecto de que su hijo cayera definitivamente en brazos de la literatura.

*El equipaje
de Verne*

Cuando Jules llegó a París, en julio de 1848, su equipaje constaba de una novela inacabada y dos tragedias en verso, además de los poemas ya redactados. Pese a todo, su vocación literaria sigue siendo decidida, y al poco tiempo escribe a su padre lo siguiente: «Puedo ser un buen escritor, pero sólo sería un pésimo abogado». Hay que dejar claro que la inclinación literaria del joven Verne se encamina hacia el teatro, y, especialmente, hacia los géneros populares: la opereta, el vodevil, el musical.

*Los salones
literarios*

Ya hemos visto que 1848 es el año de la Revolución, de la II República. En los salones literarios en pleno apogeo se da cita lo más granado de los escritores y críticos de la época, mundillo cuya superficialidad y fastos detesta el joven Verne. Gracias a un pariente —a su vez algo pariente de Chateaubriand— le presentan a Dumas hijo, el autor de *La dama de las camelias* y, poco a poco, consigue relacionarse con otros personajes importantes de la época. Pero si hay un hecho crucial que destacar en la evolución intelectual de Verne es que, por fin, su voracidad lectora puede saciarse en París.

*Su
voracidad*

Mientras prosigue, y concluye, los estudios de derecho como un buen hijo que no quiere desobedecer a su padre, lee a Moliere, Víctor Hugo, Dumas, de Vigny, de Musset, Hölderlin, Schiller, Goethe, Shakespeare... Y, por fin, en 1850, gracias a la influencia y ayuda de Dumas hijo, consigue representar en el Teatro lírico *Las pajas rotas*, comedia en un acto y en verso. En esa época, entra a trabajar en un bufete de abogados, pero sus ideas están cada vez más claras: «¡La literatura por encima de todo: es lo único que puedo hacer bien!».

*La
influencia
del teatro*

No son pocos los críticos que han visto en el amor de Verne por el teatro y por el verso un poso que se revelará muy útil en la composición y estructura de su obra novelística posterior: una suerte de Verne dramaturgo-novelista o de novelista dramático. Por ejemplo, Robert Pourvoyeur traza el siguiente esquema de su estilo: «Abundancia de diálogos, frecuente recurso a los efectos teatrales, intervención de un *deus ex machina*, colocación de decorados como en un escenario, presentación de personajes al estilo de los libretos, terminología teatral continuamente utilizada e innumerables citas de obras dramáticas».

Los relatos

Además de su actividad teatral, Jules escribe unos treinta relatos o narraciones breves para la revista *Musée des familles*. A principios de los años 1850, entra en contacto con Jacques Arago, científico y explorador. Entonces, comienza a estudiar y a profundizar en las crónicas y relatos de viaje. Al tener que atender tantas ocupaciones, el esfuerzo físico e intelectual que realiza es

extenuante y le provoca una parálisis facial; al mismo tiempo, se ve aquejado de ataques de bulimia y cólicos frecuentes.

En 1853, escribe *Maese Zacarías o el relojero que había perdido su alma*. Con anterioridad, había publicado *Los primeros navíos de la marina mexicana* (1851), *Un viaje en globo* (1851) y *Martín Paz* (1852). Paulatinamente, da forma al tipo de literatura que se convertiría en la clave de su éxito, si bien aún le falta el catalizador que lo haga efectivo. En el terreno estrictamente personal, sin embargo, la situación por que atraviesa no puede ser más aciaga. Pide encarecidamente a sus padres que le busquen una esposa pero, contradictoriamente, manifiesta su terror por el matrimonio, debido a los sucesivos reveses sentimentales de que había sido víctima. Su obra *El matrimonio del Sr. Anselme des Tilleuls* es una crítica feroz del matrimonio.

*El
matrimonio*

Mientras prosigue la vida «bohemia» y continúa asistiendo a las cenas de la tertulia literaria y gastronómica de *Los Once sin mujer*, algunos desplazamientos a Nantes le reafirman aún más en su voluntad de permanecer en París y de no regresar a su ciudad natal, que tan mal le había tratado en asuntos de amores. Por supuesto, el tira y afloja con su padre continúa. Y así avanzan las cosas hasta que en 1856, en la boda de su amigo Lelarge, conoce a una viuda y madre de dos hijas: Honorine de Viane[290], dos años menor que él. Inmediatamente, decide casarse con ella. Con la idea de asegurarse una posición económica más holgada, consigue convencer a su padre de que le preste dinero para convertirse en agente de cambio y bolsa, eso sí, sin perder de vista sus objetivos literarios. El 10 de enero de 1857, contrae matrimonio con Honorine, en lo que podríamos llamar «la más estricta intimidad». En 1858, estrena el *Sr. de Chimpancé*, ópera bufa y alegato misógino.

*Dos viajes,
una ópera,*

El matrimonio no tardaría en aburrirle profundamente, y en 1859 se embarca con su amigo, el músico Hignard y navega a Escocia: escribe un *Viaje a Inglaterra y Escocia* donde abundan las descripciones. El relato es un canto de exaltación de la navegación y está impregnado de una profunda alegría por encontrarse en medio del mar, libre de ataduras profesionales y familiares. En 1860, escribe *El albergue de las Ardenas*, ópera cómica, y *Once días de sitio*, comedia. Vuelve a viajar con Hignard en 1861, esta vez a Noruega y a Dinamarca. Su hijo Michel, que tantos quebraderos de cabeza le provocaría a lo largo de su vida, nace el 3 de agosto de 1861, mientras Jules viaja. Y la vida prosigue, en su etapa parisina, hasta el crucial encuentro con el editor Pierre-Jules Hetzel.

*El crucial
encuentro
con Hetzel*

Hetzel (1814-1886), de origen alsaciano, había regresado en 1859 del exilio gracias a la amnistía de Napoleón III. Entre los autores que había publicado figuraban Víctor Hugo, George Sand y Honoré de Balzac. Al regresar a Francia, este republicano, defensor de una enseñanza laica, gratuita y obligatoria, tenía la intención de proporcionar una sólida instrucción a la juventud gracias a la divulgación de los conocimientos del mundo moderno, y arrebatarse a la Iglesia la primacía en el mercado editorial para la juventud. Para ello, se había propuesto fundar una revista ilustrada en colaboración con el pedagogo Jean Macé, con el objetivo de preparar a los ciudadanos libres capaces de conseguir, en el futuro, el triunfo de la República, instaurando una nueva moral. En el fondo, el encuentro entre Hetzel y Verne les viene a ambos como anillo al dedo. Hetzel encuentra a su autor «científico» y Verne a su soñado editor. La relación se mantuvo de por vida, y cuando falleció Hetzel padre, Verne siguió publicando con Hetzel hijo. Al parecer, Jules había presentado al editor un manuscrito titulado *Un*

viaje por los aires gracias a la mediación de Alfred de Bréhat, amigo común de Verne y de Alexandre Dumas. Esto ocurrió en septiembre de 1862. El 23 de octubre de ese año, escritor y editor firmaron un contrato, y el 31 de enero de 1863 se puso a la venta el libro con el título de *Cinco semanas en globo* [291].

Hetzel:
Editor,
padre...

Se ha escrito que la relación entre el editor y el autor rebasaba el marco de lo meramente mercantil o intelectual. En opinión de ciertos estudiosos, Hetzel ocupó en el inconsciente de Verne el puesto de la figura paterna que el autor anhelaba. Es cierto que Jules no mantuvo con el jurista Pierre Verne una relación paterno-filial extraordinaria, sobre todo en los primeros años, pero los empeños en ver suplantada a toda costa la figura del padre merecerían, tal vez, ser revisados. Verne se refirió en más de una ocasión a la severidad del padre, o más bien al rigor y al talante moral que cabía esperar en un hombre de clase media, católico y de provincias, que, como es lógico, no podía sino sentirse frustrado al ver a su primogénito tomar la pluma en vez de ejercer la abogacía. Pero no es menos cierto que el escritor apreciaba la afabilidad de su padre, el cual, a fin de cuentas, transigió con los deseos de su hijo y le permitió, con su dinero, establecerse al principio como agente de cambio y bolsa.

... y crítico
literario

No es éste el espacio para elaborar una teoría respecto al papel desempeñado por Hetzel, sin duda crucial, pero tal vez habría que explorar más en profundidad la influencia del editor laico y republicano en el sentido del crítico sagaz y maestro en literatura que fue para Verne; Hetzel le corrigió sus excesos verbales derivados del vodevil y de la opereta, y le orientó por un camino

ignoto —a veces, es cierto, cortando excesivamente el vuelo y las ideas originales del escritor, como ha puesto de relieve con suficiente documentación Olivier Dumas—. Para poner las cosas en su sitio, no es menos cierto que Hetzel ganó ocho veces más dinero que el propio Verne con sus libros, pero estos asuntos pecuniarios son harina de otro costal.

En cualquier caso, a partir de 1863, Jules se pone a trabajar más que concienzudamente en sus futuras obras, tras abandonar definitivamente la Bolsa. De 1863 data, asimismo, *París en el siglo XX*, cuyo manuscrito, rechazado por Hetzel, ha permanecido extraviado hasta que un tataranieta de Verne lo encontró tras conseguir abrir una caja fuerte —lo que, por sí solo, ya da para una trama literaria no menos verniana— y Piero Gondolo della Riva lo editó en 1994, como ha quedado dicho. En 1864, empezaron a publicarse en el *Magasin* los *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* y se editó en forma de libro *Viaje al centro de la Tierra* [292].

«Una novela
escrita de
una forma
nueva»

Sus novelas fueron auténticos éxitos de ventas desde el principio. El autor había sabido encontrar la veta que había anunciado a sus compañeros de la Bolsa, según su primer biógrafo Ch. Lemire: «Muchachos, creo que os voy a dejar. He tenido la idea que, según Girardin, tiene que tener todo hombre para hacer fortuna. Acabo de terminar una novela escrita de una forma nueva. Es una idea mía. Si sale bien, estoy seguro de que será un filón». Y lo fue: a partir de entonces, Verne se dedicó exclusivamente a la literatura.

La obra

¡Déjame recordar el silencio en tus profundidades!

Friedrich Hölderlin
Archipiélago

*La época
del gran
estallido
creativo*

Es preciso situar *Veinte mil leguas de viaje submarino* dentro de la teórica primera fase (1862-1872) de la escritura verniana: la época del gran estallido creativo, de la auténtica eclosión de ideas que nos legará otras obras clave como *De la Tierra a la Luna* (1865), *Alrededor de la Luna*[293] (1870), *Una ciudad flotante* (1871), *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral* (1872) y *El país de las pieles* (1872). En 1872, además, el autor empieza a publicar *La vuelta al mundo en ochenta días*[294] y avanza en la reescritura de *La isla misteriosa*, que saldría a la venta en 1874.

Veinte mil leguas de viaje submarino apareció a partir del 20 de marzo de 1869, dentro del *Magasin illustré d'éducation et de récréation*, a razón de dos capítulos por quincena. La publicación completa acabó a mediados de 1870, con la edición del segundo tomo.

*«Su arca
estará mejor
equipada que
la de Noé»*

Gilbert Prouteau nos ofrece la siguiente cita de una carta de Verne a Hetzel, refiriéndose a la obra y a Nemo: «Se me ha ocurrido una buena idea, que surge del propio tema de la novela. Es preciso que ese desconocido haya cortado todo vínculo con la humanidad [...]. Ya no está en la *tierra*, prescinde totalmente de la tierra. El

mar le basta, pero, a cambio, éste tiene que suministrárselo todo: ropa y alimentos. Nunca pone los pies en un continente. Aunque cayera otro diluvio e hiciera desaparecer continentes e islas, a él no le afectaría lo más mínimo, y continuaría como hasta entonces. Le aseguro que su arca estará mejor equipada que la de Noé».

Veinte mil leguas de viaje submarino no es, en realidad, la primera novela de Verne en que el mar ocupa un lugar privilegiado. Con anterioridad, ya se había publicado *Los hijos del capitán Grant* (1865-1867), subtitulada *Vuelta al mundo*, donde la navegación desempeña un papel muy importante.

*Un doble y
desmesurado
desafío*

El nuevo desafío que se planteaba Verne era doble y desmesurado. Doble por sus principales actores: el mar y el capitán Nemo. Desmesurado, como en tantas obras del autor, por sus objetivos: primero, abarcar literariamente el mar, todos los mares, en todos sus aspectos, biológicos, geográficos, físicos, yendo hasta el corazón de los abismos para destilar su esencia escudriñando todos los rincones imaginables, lo que significa una búsqueda de absoluto, de plenitud, y emparenta a la novela con las grandes epopeyas; segundo, esculpir una figura que estuviera a la altura del reto, una figura fuera de lo común como el capitán Nemo, personalidad desesperada y atormentada.

La tarea de Jules Verne es radical, como había ocurrido ya en su *Viaje al centro de la tierra*, obra en que el camino nos conduce hasta lo más profundo del planeta, para rematar en un crujido insólito, una ascensión del Hades digna de unos héroes de excepcional temple. El capitán Nemo presenta unos rasgos aún más acusados: en el escalafón verniano, los dominios de Hefesto, Hades y Perséfone parecen tener menos relevancia que los de Posidón, divinidad de los océanos.

*La idea
original*

La idea original para su nueva obra pudiera haberle sido sugerida por la escritora George Sand, quien en una carta de agradecimiento por haber recibido *Viaje al centro de la tierra* y *De la tierra a la luna* escribe a Verne lo siguiente: «Espero que pronto nos conduzca usted a las profundidades del mar y que haga viajar a sus personajes en esos aparatos de buzos que su ciencia e imaginación pueden permitirse perfeccionar». Sin quitar importancia a este hecho, no es arriesgado pensar que tras *Cinco semanas en globo* (donde predomina el elemento «aire»), *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* (homenaje al «fuego») y *Viaje al centro de la tierra* (exaltación de la «tierra»), llegase una obra que desvelara los secretos de los grandes fondos submarinos al público ávido de aventura que formaba la clientela de Hetzel.

Así pues, existen datos de que hacia finales de 1865, Verne ya había empezado a trabajar en su futura *Vuelta al mundo submarino*. La obra atravesó por distintas fases de creación y recibió varios títulos provisionales como borrador antes de quedar titulada, en su lengua original, con el eufónico *Vingt mille lieues sous les mers*.

Interrupciones

Sea como fuere, Verne tuvo que interrumpir a menudo su novela para dar paso a otras ideas y a otros encargos más apremiantes. Entre 1865 y 1869, no sólo escribió la *Geografía ilustrada de Francia y de sus colonias*, sino también el borrador titulado *El tío Robinsón*, que sería rechazado por Hetzel y que, más tarde, se convertiría en *La isla misteriosa*. Además, viajó con su hermano Paul a Nueva York y a las cataratas del Niágara a bordo del *Great Eastern*, lo que le causó una profunda impresión, que se reflejaría en su obra. Por otra parte, en esos años mandó acondicionar como yate una chalupa, a la que bautizó en honor del arcángel patrón de su hijo con el nombre de *Saint-Michel*, y allí trabajaría en la novela.

Las cartas de Verne a su familia, publicadas por Olivier Dumas, son un auténtico tesoro para seguir la redacción de la obra paso a

paso. Veamos algunas:

«*Trabajo
como un
condenado*»

«[...] Trabajo como un condenado, ¡imagínate, querido padre, estoy escribiendo un diccionario! ¡Sí, un diccionario en serio! Se trata de una geografía ilustrada de Francia Creo que, pese a todo, dispondré del tiempo necesario para redactar el primer volumen del *Viaje bajo los Océanos*, que será una auténtica maravilla. Ya he acabado el esquema, pero no debo perder ni un minuto». [Carta n.º 137, fechada en París el lunes 29 de enero de 1866].

«Gracias a Honorine habré acabado la *Geografía* la semana que viene, al menos como texto; ¡sólo me quedarán por corregir las galeradas! ¡Uf! ¡Vaya año! Para descansar, me voy a poner con el *Viaje bajo las aguas*. Será un auténtico placer». [Carta n.º 145, fechada en París a finales de diciembre de 1867].

«Estoy metido de lleno en el *Viaje bajo las aguas*». [Carta n.º 148, del 10 de marzo de 1868].

«Pronto habré acabado el primer volumen de *Veinticinco mil leguas de viaje submarino* y espero que todas esas inverosimilitudes parezcan verosímiles». [Carta n.º 151, de agosto de 1868].

*Distintas
fases
y diversos
títulos*

La obra, pues, tras atravesar por distintas fases y recibir diversos títulos empezó a ser publicada en forma de folletín quincenal. Señalemos de paso que Verne tuvo que escribir una carta al director de *Le petit journal* en 1867, ya que esta revista había publicado, también en forma de folletín, una obra firmada por Aristide Roger y titulada *Viaje bajo las aguas*, que, en plena gestación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, molestó profundamente a Verne. En

dicha carta aclaraba que ya llevaba tiempo preparando su futura obra para evitar que posteriormente se le acusara de plagio.

*Técnica
y estructura*

Valiéndose de un recurso novelístico eficaz, la novela se inicia con una fecha y se desarrolla a partir de la misma, haciendo, eso sí, breves calas históricas cuando el objetivo enciclopédico-didáctico del editor y del autor las requiere. Es el profesor Aronnax, uno de los protagonistas, quien expone al lector el contenido de sus notas o diario[295]. Ante el temor de parecer demasiado fantástico, declara en la *Conclusión*: «Por lo tanto, es aquí, entre estas buenas gentes que nos han acogido, donde repaso la narración de estas aventuras. Es exacta. Ni un solo hecho ha sido omitido, ni un detalle ha sido exagerado. Es la fiel narración de esta inverosímil expedición bajo un elemento inaccesible al hombre, cuyas rutas el progreso dejará algún día expeditas» (pág. 479). La figura científica que encarna el profesor es necesaria como aval de credibilidad para las fantasías y las inverosimilitudes vernianas, es el cebo necesario para que el ardid novelesco funcione. Si consideramos los dos volúmenes como dos partes «naturales», que giran en torno al episodio de la muerte del marino y del cementerio de coral, por un lado, y al comienzo de la aventura en el océano Índico, por otro, veríamos dentro del primer volumen un corte fundamental cuya bisagra es el capítulo VII (*Una ballena de especie desconocida*). El *flashback* que se inicia en el primer capítulo es una introducción, una presentación del problema en términos fantásticos y mitológicos (recuérdese que se habla de monstruo, unicornio marino o Leviatán, es decir: una aventura épica, legendaria, mitológica) que contrasta con los datos científicos que no acaban de corroborar la existencia de seres tan extraordinarios. Junto con los capítulos II y III de esta parte —donde Aronnax decide unirse a la expedición— y con el capítulo XXIII de la segunda —*Conclusión*—, son los únicos en los que, hablando con propiedad, la acción transcurre en tierra, dejando de lado las breves incursiones de los tres aventureros en busca de comida, que

mediante el tema de la isla alivian la tensión creciente de la novela e introducen notas humorísticas sobre la glotonería de Ned Land (capítulos xx a xxii), utilizando recursos propios del teatro ligero al que tan aficionado era Verne.

*Un aumento
del suspense*

Antes de llegar al capítulo vii, los capítulos iv, v y vi nos llevan ya al mar a bordo de la fragata *Abraham Lincoln* con un aumento del suspense. El misterio no empieza a aclararse hasta el capítulo vii, con la caída al agua y la agonía de los personajes por ponerse a salvo sobre lo que resultará ser el *Nautilus*. Se abre en el capítulo viii (*Mobilis in mobili*) otro período de transición, que se prolongará hasta el capítulo xiv (*El río Negro*), momento en el que comienza realmente la travesía submarina del artefacto de Nemo. Un Nemo que no se había dignado abrir la boca hasta el capítulo xi, haciendo así la tensión más insoportable si cabe dado el contraste con la fogosa actitud del arponero canadiense.

Merece especial atención el capítulo xix del primer volumen, porque es un compendio del arte de Verne: la utilización de la intertextualidad introduciendo varias aventuras diferentes —en un continuo ir y venir de personajes—, su afán de documentarse y su admiración por los marinos que con sus descubrimientos marcaron indeleblemente la historia naval, algo que queda patente en ese hermoso minirreportaje titulado *Vanikoro*.

*Segunda parte:
la impronta
y el
contrapunto*

La riqueza, en forma de tesoros o de perlas anémicas, muy presente en todo el libro, marca los primeros capítulos de la segunda parte; los detalles macabros y la muerte, con la que se cerraba el capítulo xxiv, dejan su impronta en este segundo tomo,

junto con la continua preocupación de Aronnax por la salud mental de Nemo. La muerte, en este caso en forma de hecatombe —una masacre homérica— de cachalotes y ballenas divide por la mitad esta segunda parte (capítulo XII). No es menos cierto que, conforme avanza la novela, el contrapunto que da Ned Land se eleva de tono: la irritación del arponero quebequés por estar encerrado contrasta con el sosegado disfrute de la taxonomía a que se entrega Conseil, modelo de carácter servil y anulado, y el profesor, quien da muestras de fervor científico y de admiración sin límites por el dueño y señor del *Nautilus*.

*El clímax de
violencia*

Paulatinamente, se nos conduce a ese clímax de violencia humana y de furia de los elementos que se desarrolla en los últimos capítulos de la obra. Entonces nos enteramos de que Nemo tiene su santuario y su panteón. El santuario es esa cabina donde a veces se intuye su presencia fantasmal; su panteón lo constituyen los héroes románticos de la libertad de los que Aronnax parece no haberse percatado hasta el final de la obra: Manin, Kosciuszko, Bótsaris, Brown, Lincoln y O'Connell; y su secreto: la familia muerta. No hay que olvidar que en *La isla misteriosa* se desvelarán algunos problemas que se plantean en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, como, por ejemplo, la identidad y la nacionalidad de Nemo, que tantas discusiones le costó a Verne con Hetzel.

*Hacia
el final*

Y, entre datos científicos, taxonomías y clasificaciones varias, arropados por relatos de navegantes y aventureros, la obra avanza hacia su final, cada vez más sombría, con sendos homenajes a dos autores admirados por Verne: la escena de los pulpos, en honor de Victor Hugo, y el *maelström*, de Edgar A. Poe: círculo de círculos, ciclo que se cierra y devuelve a tierra a los «jonases» engullidos por

el monstruo.

*El tema de
los abismos*

La invocación final a un texto sagrado, como el *Eclesiástico*, es objeto de controversia entre los comentaristas acerca del valor concedido al referente teológico en la obra de Verne: ¿se trata de un desafío a las leyes divinas o no? En cualquier caso, ya en vida del autor, un clérigo escribía: «Lo único deplorable es que [Verne] no haya puesto casi nunca la influencia de su prodigiosa fama al servicio de la religión. Sus libros son siempre neutrales y laicos». Pero no es menos cierto que el tema de los abismos había apasionado a numerosos autores de todas épocas y, por ejemplo, en el *Compendio de geografía universal* de Malte-Brun, geógrafo admirado por Verne, se puede leer una frase muy similar: «¿Qué ojos mortales han recorrido las profundidades del océano?».

*Teorías
iniciáticas*

Se podría pensar en las teorías «iniciáticas», archiconocidas y muy en boga al menos hasta hace poco, para analizar la obra desde otro punto de vista; como quedaría mal un apéndice sin dedicarle unas palabras a los admiradores de esta tendencia crítica que ve iniciaciones por doquier, veamos una aproximación al asunto: el camarote-celda en que se recluye a los tres «terricolas» funcionaría así pues, si se me permite la expresión, como una cámara de *descomprensión*, es decir: sería el paso a una realidad absolutamente novedosa en términos científicos —al menos así lo presenta Verne—, *incomprensible* para los personajes de la novela, que se enfrentan a algo desconocido. De ahí, el proceso de catarsis, de purificación, que supondría la caída al agua y la cuarentena que les impone el sumo sacerdote Nemo: ¿No tienen además que pasar hambre para purgarse? ¿No reciben ropas diferentes? ¿No se habla

a bordo una lengua para iniciados?

Sin embargo, hay una gran diferencia con otros ritos iniciáticos: en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, la iniciación resulta fallida, pues no llega a culminar con una adhesión auténtica e inquebrantable de los nuevos cofrades a la hermandad de Nemo y de sus compañeros. Hasta el más meritorio de los aspirantes, el profesor Aronnax, tiene sus dudas bien fundadas. Mientras que Michel Foucault niega a las obras de Verne el carácter iniciático, Savater habla de que en este tipo de relatos «el iniciado es el lector». Que cada lector decida o busque otra solución.

«*Fantasía
dura*»

Volviendo al hilo del libro, recordemos que acerca de los datos relativos al espacio y al tiempo, nada se escapa, todo punto por el que pasa el *Nautilus* se ve rápidamente identificado en una carta náutica, al igual que continuamente se nos dan horas y fechas: hay que perderse en la trama ficticia del relato, pero debe quedar un hilo de realidad al que asirse; estos rasgos han hecho escribir también a Savater, quien denomina «*fantasía dura*» a la obra de Verne, lo siguiente: «La fantasía *dura* [...] prefiere lo que Borges llamaría “las secretas aventuras del orden” y abomina de la peripecia gratuita tanto como de los prestigios de la inverosimilitud o del absurdo. En ella el asombro nace del rigor, no de la incongruencia, y lo más prodigioso es precisamente la gradación familiar por la que nos acercamos a lo improbable».

¿*Precursor
de la ciencia
ficción?*

Esto nos lleva a abordar uno de los aspectos que más se han discutido acerca de la novelística verniana: el carácter de precursora de la ciencia ficción. Se ha señalado en numerosas ocasiones que los datos que utiliza el autor o bien estaban de sobra

obsoletos o bien pertenecían a trabajos que ya se estaban llevando a cabo en su época. Salta a la vista que no es éste un argumento que pueda usarse de modo generalizado, porque, por ejemplo, el *Viaje al centro de la Tierra* sigue siendo pura fantasía, aunque esté repleto de datos geológicos o mineralógicos más o menos afortunados. Tal vez, la influencia de este tipo de literatura en su época podría verse con el prisma de Georges Duby: «En un país que sabemos hasta qué punto vacilaba ante el mundo moderno, Jules Verne aportaba un optimismo y un entusiasmo por el futuro que servían de contrapeso a tantas nostalgias de mundos pasados».

*«Estas páginas
despiertan
el amor por el
conocimiento»*

Sus novelas están relacionadas con el nuevo papel que se asignaba en aquella época a la adolescencia y a su educación. Pese al objetivo de instruir deleitando que le había asignado como meta el editor Hetzel a su pupilo escritor, Jean-Paul Dekiss enfoca este asunto de otra manera: «Ni Jules Verne ni Hetzel imaginan por un solo instante que los niños pueden guardar en la memoria esas largas listas de informaciones que abarcan todos los campos. No se trata de eso. Sin embargo, el joven lector sabe que esas cosas existen, que esos hechos han ocurrido, que la historia de los hombres está formada por una larga sucesión de acontecimientos y una incansable acumulación de investigaciones. Esas páginas despiertan el amor por el conocimiento. Son como un alto en el camino de la narración, una extraña bahía abierta a una biblioteca ideal, preparada para facilitar el acceso al saber enciclopédico».

*La categoría,
de lo
extraordinario*

Si tomamos como ejemplo de aplicación científica el caso de los

aparatos para la navegación subacuática —en la que fueron pioneros algunos españoles como Cosme García, Narcís Monturiol o Isaac Peral—, constataremos que los submarinos atravesaban en esa época una etapa de concepción bastante avanzada, pero, visto de otro modo, ¿qué tiene que ver un submarino de la calidad física —o, incluso, metafísica— del *Nautilus* con *Le Plongeur*, que quizá le sirviera de modelo, y cuya maqueta puede contemplarse en el Museo de la Marina de París? ¿No es la electricidad del capitán Nemo un agente diferente al que todo el mundo conoce, según su confesión? Y Verne, prudentemente, calla. No es necesario decir nada más. Con una sola frase eleva su obediente energía propulsora a la categoría de lo extraordinario.

¿A qué lector le puede importar que la presión que aguantan los cuerpos en los fondos submarinos cuadre realmente con la mirífica fórmula que desarrolla Aronnax ante el incrédulo y perplejo Ned Land? Lo auténticamente extraordinario es que el *Nautilus* desafía las leyes físicas, con lo que enaltece, al mismo tiempo, el acumen de su creador, mientras el lector siente que, cual los roblones que sellan la estructura metálica del *Nautilus*, las costillas le dan punzadas en los episodios polares en que el buque de Nemo sufre como un animal enjaulado ansioso por reventar los hielos. ¿No es fama que Rimbaud transformó el *Nautilus* en su portentoso *Barco ebrio*?

¿Realidad de
la ficción
o ficción de
la realidad?

Verne, por otra parte, no siempre despliega inocentemente sus datos, sino que la «realidad» le sirve a menudo para mentirnos descaradamente, para manipularnos con un guiño a tiempo. Los buques que se citan en el capítulo I de la primera parte existieron y, sin duda, sus nombres resultaban familiares al público lector de 1870. El *Scotia* existió, pero lo importante es que, efectivamente, colisionó en fechas relativamente próximas a las que da Verne —véase, si no, el magnífico reportaje del *Times* de Londres del 3 de

mayo de 1867—; por supuesto colisionó con otro buque, pero el bretón utiliza el accidente para hacer que zarpe la *Abraham Lincoln*. «El interés de la obra no se sitúa en el plano didáctico, sino en el de lo imaginario», dice Miguel Salabert, pero lo didáctico —entendiendo por ello no sólo los datos científicos y técnicos, sino también los de tipo geográfico, marino o antropológico— es indisociable de lo imaginario, hasta tal punto que aventuras reales y aventuras imaginarias se confunden: el resumen de las aventuras de Dumont d'Urville y Dillon con el trasfondo de la pérdida de los bajeles de Lapérouse es, sencillamente, de antología; además, lo imaginario es extraordinario, fabuloso y maravilloso gracias a que se asienta en un basamento que el lector cree cierto, científico y consolidado, como el entramado de datos que nos da el autor: gracias a ellos los elementos fantásticos son aún más fantásticos si cabe, y eso es lo que hace que destaquen y nos atraigan como la luz del fanal del *Nautilus* en las umbrías aguas oceánicas.

*Otros temas
e ideas*

Ya hemos visto que Verne, pese a su etiqueta de profeta de la ciencia, es hijo de su tiempo, lo que se ve corroborado por el lugar que otorga en sus novelas a los temas de su época: la navegación, medio de transporte en pleno desarrollo en esa época, se ve amenazada en *Veinte mil leguas...*; las ilusiones burguesas y las preocupaciones de esa clase por el desarrollo y el progreso mercantil son claras ya que hay que salir a derrotar al forajido anarquizante que pone en peligro los imperios coloniales; las revoluciones nacionalistas y la lucha antiesclavista aparecen también como temas; junto a esto, se menciona la excesiva explotación de los mares y aflora lo que en la actualidad podríamos llamar una tímida conciencia ecologista. Aunque todo ello contrasta con otras ideas que se traslucen en la novela: los salvajes de Papuasias no merecen nada mejor que saltar electrocutados al tocar el submarino de Nemo y ser objeto de escarnio —Aronnax tiene que calmar al tantas veces impasible Conseil, que llega a extremos ridículos queriendo vengar la destrucción de una concha levógira—;

la obsesión de Nemo por la venganza y por el poder absoluto lo hacen aparecer más déspota que anarquista y libertador de pueblos oprimidos. Habría que recordar, con Michel Serres, que no hay que leer sólo las páginas izquierdas de Verne y con el ojo izquierdo, porque algunas de sus páginas derechas son, paradójicamente, siniestras, no sólo en ésta sino en otras obras.

*El valor de
La novela*

En cualquier caso, *Veinte mil leguas de viaje submarino* tiene el fuste necesario para ocupar un puesto privilegiado en la historia universal de la literatura, y Ray Bradbury da en el clavo respecto del valor de la novela. En una entrevista ficticia entre ambos autores, realizada gracias a una máquina del tiempo, Bradbury pregunta a Verne:

«—¿Si escribiera usted en la actualidad, qué escribiría?

—En primer lugar —dijo Verne—, escribiría *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—¿Otra vez?

—¡Sí, una y otra vez, y dentro de cincuenta años o dentro de cien años también!».

Y el círculo se vuelve espiral sin fin, periplo eterno.

Miguel Ángel Navarrete
Oenneschte Boesch, febrero de 1995

Filmografía

Existen numerosas y muy tempranas adaptaciones cinematográficas de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, por ejemplo una de 1905 de Wallace McCutcheon. Entre éstas, figura una adaptación española de Enrique Rambal, del año 1927.

*La película
más conocida*

Sin duda, la más conocida es la película dirigida por Richard Fleischer y producida por los estudios Walt Disney en 1954. Aunque, como es natural, dada la envergadura de la novela, se permite ciertas modificaciones, respeta la esencia de la novela de Verne. La maqueta del *Nautilus* es extraordinaria. La actuación de James Mason como capitán Nemo, junto con Kirk Douglas en el papel de Ned Land, Peter Lorre en el de Conseil y Paul Lukas como el profesor Aronnax, más la belleza de los exteriores y de las escenas submarinas, la convierten en una magnífica película de aventuras. No hay que olvidar tampoco el énfasis que pone Richard Fleischer en las facetas más sombrías de la personalidad del capitán Nemo, magníficamente interpretado por James Mason. Se le concedieron sendos *Oscars* por la dirección artística y los efectos especiales.

Ediciones y traducciones de la obra consultadas

Ediciones

He trabajado con las ediciones originales del Fondo Brucher de la Biblioteca Nacional de Luxemburgo.

Además, he consultado las siguientes ediciones:

J. Verne, *Vingt-mille lieues sous les mers*, Librairie générale française, 1990. [El prefacio de Christian Chelebourg es especialmente útil e interesante y arroja luz sobre las fuentes].

J. Verne, *Vingt-mille lieues sous les mers*, Garnier-Flammarion, edición de Simone Vierende, 1977. [Con un estudio preliminar y un apéndice muy completos a cargo de una gran especialista en el autor bretón].

J. Verne, *Vingt-mille lieues sous les mers*, Presses Pocket, edición de Jean Delabroy, 1991. [El *dossier* fotográfico central es muy interesante; el apéndice histórico y documental no es menos valioso].

Traducciones

J. Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, versión y prólogo de Miguel Salabert, Alianza Editorial, 1979, reimpresión de 1987. [Traducción de calidad; incluye alguna nota y un interesante prefacio del más conocido especialista español en la obra de Verne. Véase la bibliografía de la página siguiente].

J. Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Vasco Americana S. A., 1972. [Versión muy abreviada; no consta el nombre del traductor-adaptador, pero el español es brillante en ocasiones].

J. Verne, *Vint mil llegues de viatge submarí*, traducción de Jaume Creus, La Magrana, 1992 (3.^a edición). [Fiel versión íntegra al catalán].

J. Verne, *The Complete Twenty Thousand Leagues under the Sea*, ed. de Emanuel J. Mickel, Indiana University Press, 1991. [Versión íntegra en inglés. Incorpora numerosas notas sobre la filiación estética de Verne así como un notable estudio de la obra y un calendario de la aventura; filológicamente, sin embargo, incurre en importantes errores lexicográficos y geográficos. No explota a fondo el problema de las fuentes. Tuve conocimiento de esta obra

cuando mi trabajo estaba prácticamente concluido].

J. Verne, *Zwanzigtausend Meilen unter Meer*, Diogenes Verlag, 1979, 2 vols. [Traducción de Peter Hubler y Peter Laneus. Hasta donde llegan mis conocimientos, parece una versión íntegra. No se plantea especiales problemas terminológicos, pero es una edición muy cuidada; incorpora un estudio de Peter Costello].

J. Verne, *Ventimila leghe sotto i mari*, Fratelli Melita, 1990. [Versión italiana vendida como íntegra, pero que no lo es del todo; muy fiel al original].

Bibliografía básica consultada para redactar el apéndice

Barthes, Roland, *Mythologies*, Seuil, 1957.

Chesneaux, Jean, *Une lecture politique de Jules Verne*, Maspero, 1971.

Dekiss, Jean-Paul, *Jules Verne. Le reve du progres*, Gallimard, 1991.

Duby, Georges, *Histoire de la France de 1852 à nos jours*, Larousse, 1972.

Dumas, Olivier, *Jules Verne*, La Manufacture, 1988.

Lemire, Charles, *Jules Verne*, Berger-Levrault, 1908.

Martín, Andrew, *The Mask of the Prophet*, Clarendon Press, 1990.

Martín, Charles-Noel, *La vie et l'oeuvre de Jules Verne*, Michel de l'Ormeriaie, 1978.

Palomares, J. M.; Almuiña, C.; Helguera, J.; Martínez, M.; Rueda, G., *Historia del mundo contemporáneo*, Anaya, 1978.

Prouteau, Gilbert, *Le grand roman de Jules Verne: sa vie*, Stock, 1979.

Salabert, Miguel, *Julio Verne, ese desconocido*, Alianza Editorial, 1985.

Savater, Fernando, *La infancia recuperada*, Taurus, 1986.

Serres, Michel, *Jouvences sur Jules Verne*, Minuit, 1974.

Soriano, Marc, *Guide de la littérature pour la jeunesse*, Flammarion, París, 1975.

Université de Picardie, *Modernités de Jules Verne*, PUF, 1988.

Vierne, Simone, *Jules Verne, mythe et modernité*, PUF, 1989.

Revista *Historia*, n.º 552, *Extraordinaire «Jules Verne»*, diciembre de 1992.

Miguel Ángel Navarrete

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin illustré d'éducation et de récréation*.

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	<i>Cinq semaines en ballon</i>	<i>Cinco semanas en globo</i> (s.a.)
1864	<i>Voyage au centre de la Terre</i>	<i>Viaje al centro de la Tierra</i> (1867)
1865	<i>De la Terre à la Lune</i>	<i>De la Tierra a la Luna</i> (1882)
1866	<i>Voyages et Aventures du capitaine Hatteras</i> (2 t.)*	<i>Aventuras del capitán Hatteras</i> (s.a.)
67/68	<i>Les Enfants du Capitaine Grant</i> (3t.)*	<i>Los hijos del capitán Grant</i> (s.a.)
69/70	<i>Vingt Mille Lieues sous les mers</i> (2 t.)*	<i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> (1868-70).
1870	<i>Autour de la Lune</i>	<i>Alrededor de la Luna</i> (1921)
1871	<i>Une Ville flottante</i>	<i>Una ciudad flotante</i> (1880)

1872	<i>Aventures de trois Russes et de trois Anglais*</i>	<i>Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral</i> (1879)
1873	<i>Le Tour du Monde en quatre-vingts jours</i>	<i>La vuelta al mundo en ochenta días</i> (1873)
1873	<i>Le pays des fourrures</i> (2 t.)*	<i>El país de las pieles</i> (1873)
1874	<i>Le Docteur Ox</i> — Contiene además: <i>Maître Zacharius</i>	<i>El Doctor Ox</i> —Contiene además: <i>Maese Zacarías</i>
	<i>Un drame dans les airs</i>	<i>Un drama en los aires</i>
	<i>Un hivernage dans les glaces</i>	<i>Un invierno entre los hielos</i>
	<i>Les Forceurs de blocus</i>	<i>Los forzadores del bloqueo</i> (1886)
1874	<i>L'Ile mystérieuse</i> (2 t.)*	<i>La isla misteriosa</i> (1883)
1875	<i>Le «Chancellor»</i>	<i>El «Chancellor»</i> (s.a.)
1876	<i>Un Drame au Mexique</i>	<i>Un drama en México</i> (1879)
1876	<i>Michel Strogoff</i> (2 t.)*	<i>Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk</i> (1876)
1877	<i>Les Indes Noires</i>	<i>Las Indias negras</i> (1877)
1877	<i>Hector Servadac</i> (2 t.)*	<i>Héctor Servadac</i> (1877)
1877	<i>Martin Paz</i> **	<i>Martín Paz</i> (1880)
1878	<i>Un capitaine de quinze ans</i> (2 t.)*	<i>Un capitán de quince años</i> (1878)
1878	<i>La Découverte de la Terre</i>	<i>Los descubrimientos del globo</i> (1879)
1879	<i>Les Grands Navigateurs du XVIII siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes navegantes del siglo XVIII</i> (1888)
1879	<i>Les Tribulations d'un Chinois en Chine</i>	<i>Las tribulaciones de un chino en China</i> (s.a.)
1879	<i>Les Cinq Cents</i>	<i>Los quinientos</i>

	<i>Millions de la Bégum</i> [*]	<i>millones de la princesa</i> (1879)
1880	<i>Les Voyageurs du XIX siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes exploradores del siglo XIX</i> (1881)
1880	<i>La Maison à vapeur</i> (2 t.) [*]	<i>La casa de vapor</i> (1882)
80/81	<i>La Jangada</i> (2 t.)	<i>La Jangada</i> (s.a.)
1882	<i>Le Rayon vert</i>	<i>El rayo verde</i> (1884)
1882	<i>Dix Heures en Chasse</i>	<i>Diez horas de caza</i> (1888)
1882	<i>L'École des Robinsons</i> [*]	<i>Escuela de tos Robinsones</i> (1884)
1883	<i>Kéran le Têtu</i> (2 t.) [*]	<i>Kerabán el testarudo</i> (s.a.)
1884	<i>L'Archipel en feu</i>	<i>El archipiélago de fuego</i> (s.a.)
1884	<i>L'Etoile du Sud</i> [*]	<i>La estrella del Sur</i> (1886)
1885	<i>Mathias Sandorf</i>	<i>Matías Sandorf</i> (1894)
1885	<i>L'Épave du «Cynthia»</i> (con André Laurie)	<i>El naufragio del «Cynthia»</i> (1887)
1886	<i>Robur-le-Conquérant</i>	<i>Robur el conquistador</i> (s.a.)
1886	<i>Un billet de loterie</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i>	<i>Un billete de lotería</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i> (s.a.)
1887	<i>Nord contre Sud</i> (2 t.) [*]	<i>Norte contra Sur</i> (s.a.)
1887	<i>Le Chemin de France</i> —Contiene además: <i>Gil Braltar</i>	<i>El camino de Francia</i> —Contiene además: <i>Gil Braltar</i> (s.a.)
1888	<i>Deux Ans de vacances</i> (2 t.) [*]	<i>Dos años de vacaciones</i> (1888)
88/89	<i>Famille-Sans-Nom</i> (2 t.)	<i>Familia sin nombre</i> (1889)
1889	<i>Sans Dessus Dessous</i>	<i>El secreto de Maston</i> (1967)
1890	<i>César Cascabel</i> (2 t.) [*]	<i>César Cascabel</i> (s.a.)
1891	<i>Mistress Branican</i> (2 t.)	<i>Mistress Branican</i> (s.a.)

	t.)*	
1892	<i>Le Château des Carpathes</i> *	<i>El castillo de los Cárpatos</i> (s.a.)
1893	<i>Claudius Bombarnac</i>	<i>Claudio Bombarnac</i> (1956)
1893	<i>P'tit Bonhomme</i> (2 t.)*	<i>Aventuras de un niño irlandés</i> (1894)
1894	<i>Mirifiques aventures de Maître Antifer</i> (2 t.)*	<i>Maravillosas aventuras de Antifer</i> (1895)
1895	<i>L'Ile à hélice</i> (2 t.)*	<i>La isla de hélice</i> (s.a.)
1896	<i>Face au drapeau</i> *	<i>Ante la bandera</i> (s.a.)
1896	<i>Clovis Dardentor</i> *	<i>Clovis Dardentor</i> (s.a.)
1897	<i>Le Sphinx des glaces</i> (2 t.)*	<i>La esfinge de los hielos</i> (s.a.)
1898	<i>Le Superbe Orénoque</i> (2 t.)*	<i>El soberbio Orinoco</i> (s.a.)
1899	<i>Le Testament d'un excentrique</i> (2 t.)*	<i>El testamento de un excéntrico</i> (s.a.)
1900	<i>Seconde Patrie</i> (2 t.)*	<i>Segunda patria</i> (s.a.)
1901	<i>Le Village aérien</i> *	<i>El pueblo aéreo</i> (s.a.)
1901	<i>Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin</i>	<i>Las historias de Juan María Cabidoulin</i> (1911)
1902	<i>Les Frères Kip</i> (2 t.)*	<i>Los hermanos Kip</i> (s.a.)
1903	<i>Bourse de voyage</i> (2 t.)*	<i>Beca de viaje</i>
1904	<i>Un drame en Livonie</i> *	<i>Un drama en Livonia</i> (1911)
1904	<i>Maître du Monde</i> *	<i>El dueño del mundo</i> (s.a.)
1905	<i>L'invasion de la mer</i> *	<i>La invasión del mar</i> (s.a.)
1905	<i>Le Phare du bout du monde</i> *	<i>El faro del fin del mundo</i> (s.a.)
1906	<i>Le Volcan d'or</i> (2 t.)	<i>El volcán de oro</i> (s.a.)
1907	<i>L'Agence Thompson and C^o</i> (2 t.)	<i>La agencia Thompson y Cía</i> (1910)
1908	<i>La Chasse au météore</i>	<i>La caza del meteoro</i>

		(1910)
1908	<i>Le Pilote du Danube</i>	<i>El piloto del Danubio</i> (1910)
1909	<i>Les Naulragés du</i> «Jonathan» (2 t.)	<i>Los naufragos del</i> «Jonathan» (s.a.)
1910	<i>Le Secret de Wilhelm</i> <i>Storitz</i>	<i>El secreto de Wilhelm</i> <i>Storitz</i> (1958)
1910	<i>Hier et Demain —</i> Contiene: <i>La Famille</i> <i>Raton: M. RéDiéze et</i> <i>Mlle Mi-Bémol: La</i> <i>Destinée de Jean</i> <i>Morenas: Le Humbug</i> <i>Au XXIX A-siècle: La</i> <i>Journée d'un</i> <i>journaliste américain</i> <i>en 2889: L'Étemel</i> <i>Adam</i>	<i>Ayer y mañana —</i> Contiene: <i>La familia</i> <i>Ratón: El Señor Re-</i> <i>Sostenido y la</i> <i>Señorita Mi-Bemol: El</i> <i>destino de Jean</i> <i>Morenas: El Humbug</i> <i>Siglo XXIX: La</i> <i>jornada de un</i> <i>periodista americano</i> <i>en el 2889: El eterno</i> <i>Adán</i>
1919	<i>L'Étonnante Aventure</i> <i>de la mission Barsac</i>	<i>La impresionante</i> <i>aventura de la misión</i> <i>Barsac</i> (s.a.).
	Ensayos	
1863	<i>A Propos du «Géant»</i>	<i>A propósito del</i> <i>«Gigante»</i>
1864	<i>Edgar Poe et ses</i> <i>œuvres</i>	<i>Edgar Poe y sus obras</i>
1864	<i>Le Comte de</i> <i>Chanteleine</i>	<i>El Conde de</i> <i>Chanteleine</i> (1884)
1879	<i>Les Révoltés de «La</i> <i>Bounty»</i>	<i>Los amotinados de</i> <i>«La Bounty»</i> (1879)

Teatro (no representado)

1847	<i>Alexandre VI</i> 1850 (tragedia en verso)
------	---

Teatro (representado)

<i>Les Pailles</i> <i>rompues</i> (en verso)
--

	<i>La Conspiration des poudres</i> (tragedia en verso)		<i>Le Colin- Maillard</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Une promenade en mer</i> (vodevil)	1855	<i>Les Compagnons de la Marjolaine</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Le Quart d'heure de Rabelais</i> (comedia en verso)	1858	<i>Monsieur de Chimpanzé</i> (opereta. Verne- Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Un drame sous Louis XV</i> (también titulada <i>Un drame sous la Régence</i>) (tragedia en verso)	1860	<i>L'Auberge des Atdennes</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Abdallah</i> (vodevil)	1861	<i>Onze Jours de siège</i> (comedia Verne-Wallut)
1850	<i>La Cuimard</i> (comedia)	1873	<i>Un neveu d'Amérique ou Les Deux Frontignac</i> (comedia)
1850	<i>Quiridine et Quidineri</i> (en verso)	1874	<i>Le Tour du monde en 80 jours</i> (Verne- d'Ennery. Música: Debillemont)
1851	<i>Les Savants</i> (comedia en verso)	1877	<i>Le Docteur Ox</i> (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J. Offenbach)
1851	<i>De Charybde en Scylla</i> (comedia en	1878	<i>Les Enfants du capitaine Grant</i>

	verso)		(Verne-d'Ennery. Música: Debillemont)
51/53	<i>Léonard de Vinci</i> —también titulada <i>La Joconde y Monna Lisa</i> — (comedia en verso)	1880	<i>Michel Strogoff</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse</i> (comedia de Verne y Pitre Chevalier)	1882	<i>Voyage à travers l'impossible</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>La Tour de Montlhéry</i> (drama de Verne y Charles Wallut)	1883	<i>Kéraban le Têtu</i>
1853	<i>Un fils adoptif</i> (comedia Verne-Wallut)	1887	<i>Mathias Sandorf</i> (drama. Verne-Busnach-Maurens)
1854	<i>Guerre aux Tyrans</i> (comedia en verso)		
1855	<i>Les Heureux du jour</i> (en verso)		
1856	<i>Au bord de l'Adour</i> (comedia)		
1857	<i>Les Sabines</i> (opereta. Verne-Wallut)		



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Publicado en el n.º 108 de esta misma Colección. < <

[2] *Skipper* y *master*: términos ingleses que designan, respectivamente, al capitán o al patrón de una embarcación, en función de la clase y de la categoría de ésta. < <

[3] Los cuatro sabios que siguen a continuación tuvieron en común un buen número de detalles: fueron naturalistas, franceses, hijos de la Ilustración y profesores del Museum de historia natural de París —hecho relevante en esta novela—, pero, sobre todo, fueron grandes ictiólogos y estudiosos de la fauna marina en general. Los datos de biología marina que utiliza Verne proceden, principalmente, de ellos.

El primero, Georges Cuvier (1769-1832), quizá sea el más importante y a él le debe la ciencia aportaciones en los campos de la anatomía animal, la paleontología y la ictiología. Entre sus obras destacan *El reino animal según su organización*, *Investigaciones sobre esqueletos fósiles* y la *Historia natural de los peces* (en colaboración con Valenciennes). Cuvier se ocupó también del estudio de los cetáceos y definió a la ballena como «un mamífero que carece de patas». El interés que despertaron sus descubrimientos científicos hizo que hasta el propio Honoré de Balzac, admirador de la prosa de Cuvier, lo llame en *La piel de zapa* «el más grande poeta de [su] siglo».

Etienne de la Ville, conde de Lacépède (1756-1825): continuador de la *Historia natural* del naturalista Buffon (1707-1788), del que fue colaborador, y autor de la *Historia natural de los peces* y de la *Historia natural de los cetáceos*. Como se verá más adelante, la influencia de los estudios ictiológicos de Lacépède en el proceso de documentación de Verne para redactar la novela fue más que notable.

André-Marie-Constant Duméril (1774-1860): empezó su carrera como médico, pero pasó a trabajar como colaborador de Cuvier y Lacépède en el Museo. Escribió una *Ictiología analítica*. En 1805, visitó España para estudiar la fiebre amarilla. Su hijo August (1812-1870) también escribió una *Historia natural de los peces*.

Jean-Louis de Quatrefages de Bréau (1810-1892): seguidor también de las teorías de Cuvier. Fue estudioso de la antropología prehistórica y llevó a cabo importantes investigaciones acerca del

origen del hombre. Entre sus libros figuran *Historia del hombre y Unidad de la especie humana*. < <

[4] Pie: antigua medida de longitud equivalente a 32,4 cm < <

[5] *Steamer*: barco de vapor; en inglés en el original. < <

[6] Milla: la milla marina o náutica equivale a 1.852 metros. < <

[7] «700 leguas marítimas»: cada legua marítima equivale a 3 millas náuticas, por lo tanto, la cantidad citada representa 2.100 millas náuticas o 3.889 km, aproximadamente. < <

[8] Unos 106 metros aproximadamente. Un pie inglés equivale a 30,48 cm, solamente. (Tenga en cuenta el lector que todas las notas con asterisco son del autor). (Nota del Autor). < <

[9] Islas Aleutianas: archipiélago que prolonga la península de Alaska hacia el mar de Bering, en dirección al SO. Entre sus principales islas figuran: Umnak, Unalaska, Rat, Near, Agath y Attu.

< <

[10] *Kullammak* y *Umgullick*: Según el *Libro de las ballenas* del comandante Cousteau, *Cullamach* es un término inuit (esquimal) aleutiano para designar a la ballena franca (*Balæna glacialis*). Aunque ignoramos el significado concreto del segundo, no parece descabellado pensar que se refiere a un tipo de ballena de grandes dimensiones en la misma lengua. < <

[11] En ciertas ediciones y versiones aparece Iseman, mientras que en otras figura Inmann, nombre que se repite en el capítulo xx de la segunda parte. < <

[12] Juego de palabras en francés con la palabra *canard*, que significa «pato» y «periodicucho». El español «plumífero» recoge el significado de ave y de escritor de poca monta. < <

[13] Moby Dick: gigantesco cachalote blanco de ficción sobre el que gira la obra del escritor norteamericano Herman Melville (1819-1891) *Moby Dick or the Whale*. En la novela, el capitán Achab lo persigue incansablemente por los mares para darle muerte. Fuertemente inspirada por la novela de Edgar A. Poe, *La narración de Arthur Gordon Pym* (n.º 19 de esta misma Colección), una obra admirada por Verne y que, como se explica más adelante, dejará su huella en *Veinte mil leguas...*, es probable que el escritor francés no la hubiese leído todavía cuando redactó su novela, aunque es seguro que tenía noticia de ella y en estos pasajes iniciales se percibe un eco de la misma. En cuanto al *Kraken* o Craken, *El libro de los Seres Imaginarios* de J. L. Borges describe a este animal como «una especie escandinava del zaratán y del dragón de mar o culebra de mar de los árabes». Siguiendo a Borges, entre los autores que tratan de este ser figura Pontoppidan —que aparece más adelante— y el poeta inglés Tennyson (1809-1892), de quien el escritor argentino traduce una hermosa pieza juvenil que comienza: «Bajo los truenos de la superficie, en las honduras del mar abismal, el Kraken duerme su antiguo, no invadido sueño sin sueños». < <

[14] Aristóteles de Estagira (—384/—322). Filósofo griego, discípulo de Platón en Atenas y, posteriormente, preceptor de Alejandro Magno. En sus estudios, tocó casi todos los campos del saber. Es el creador de la lógica como disciplina. Dentro de la filosofía de la naturaleza, destaca su *Historia de los animales*, que viene a ser el primer intento científico de clasificarlos. En ésta (489 b 4, 521 b 24, 537 a 31, etc.) describe delfines, orcas, cachalotes y ballenas, a los que define como mamíferos, anticipándose a su tiempo. C. Plinius Secundus o Plinio el Viejo (23-79), naturalista romano, además de desempeñar la carrera militar, estudió materias como la zoología, la botánica y la mineralogía entre otras. Su principal obra es la *Historia natural*, que consta de 37 volúmenes, en la que sigue, frecuentemente, las teorías aristotélicas. También estudió a los cetáceos. Plinio, sin embargo, no tiene empacho en admitir la existencia de monstruos de colosales dimensiones, sobre todo en la India (véase *Historia natural*, IX, III, 2 y ss.). < <

[15] Erik Pontoppidan (1698-1764): teólogo y erudito danés. Fue obispo de Bergen (en Noruega, pero perteneciente entonces a Dinamarca) y procanciller de la Universidad de Copenhague. Publicó obras históricas y de geografía, entre ellas el *Atlas danés*, además de una *Explicación del catecismo menor de Lutero*. Sin embargo, nos interesa particularmente aquí por su obra *Historia natural de Noruega*, de 1752, citada en el ya mencionado *Libro de los Seres imaginarios* de Jorge Luis Borges. Pontoppidan, que creía a pies juntillas en el Kraken, dice que el lomo de ese animal tiene una milla y media de longitud y sentencia que «las islas flotantes son siempre Krakens». < <

[16] Sin duda es a Poul Egede (1709-1789) a quien se refiere Verne, y por error escribe *Paul Heggede*. Misionero dano-noruego, hijo de Hans Egede, a su vez misionero luterano en Groenlandia y fundador de Godthåb, capital de la isla. Fue, precisamente, su padre, Hans (1686-1758), quien escribió una *Descripción e historia natural de Groenlandia*. Poul se ocupó sobre todo de estudios lingüísticos acerca de la lengua autóctona de los esquimales de Groenlandia.

< <

[17] La Smithsonian Institution es un instituto que fue fundado en Washington en 1846, con el legado de James Smithson, y que se dedica al fomento de la investigación científica. François-Napoléon-Marie *Moigno* (1804-1884), jesuita, matemático y físico francés, estudió el cálculo diferencial e integral. En 1852, fundó la publicación *Cosmos* y, en 1863, *Les mondes*. August Petermann (1822-1878), geógrafo alemán, fundó la publicación de su especialidad *Mittheilungen (Memoranda)*. Organizó expediciones científicas a África y a Groenlandia. Al principio del capítulo II de *Cinco semanas en globo* (novela publicada en 1862), Verne también le dedica un párrafo. < <

[18] Carl af Linné o Carlos de Linneo (1707-1778): naturalista y médico sueco. Es el padre de la sistemática o taxonomía moderna. Ideó un sistema de nomenclatura con dos elementos (binominal) que precisa las nociones de género y especie animal. Entre sus obras figuran: *Sistema de la naturaleza*, *Géneros de plantas* y *Especies de plantas*. La frase que cita Verne, en el original latín de Linneo es: *Natura non facit saltus*, («La naturaleza no actúa a saltos»: *Philosophia botanica*, sección 77, ed. de 1809); el juego de palabras intraducible se produce en francés entre las palabras homófonas *sots*, estúpidos, y *sauts*, saltos. < <

[19] Hipólito: según la mitología griega, hijo de Teseo, rey de Atenas, y de la amazona Antíope. Apasionado por la caza, veneraba a Artemis, diosa de las artes cinegéticas, y despreciaba a Afrodita, diosa del amor. Ésta tramó la perdición de Hipólito haciendo que la segunda esposa de su padre, Fedra, se enamorase perdidamente del joven, que no accedió a sus requerimientos. Desesperada, Fedra simuló un intento de violación por parte de Hipólito, lo que llevó a Teseo a pedir la intervención de Posidón, dios del mar, para matar a su hijo, al ser él incapaz de hacerlo. Posidón envió un monstruo marino que espantó a los caballos de Hipólito y ocasionó su muerte. El tragediógrafo griego Eurípides (—485/-406) se inspira en este mito para componer su *Hipólito*, obra representada en Atenas en —428 (cf. verso 1.210 y ss.). Posteriormente, el autor latino Séneca (—4/65) también se inspira en Eurípides para escribir su tragedia *Fedra* (cf. verso 1.030 y ss.). En este pasaje, Verne parafrasea unos versos de la escena VI del acto v de otra *Fedra*, la tragedia del autor francés Jean Racine (1639-1699), representada en enero de 1677:

*Hipólito solo, de un héroe digno vástago,
refrena sus corceles, ya toma sus venablos,
al monstruo se le llega, arroja su arma impávido
y con profunda brecha traspásale el costado. < <*

[20] «Trece nudos»: equivale a trece millas náuticas de velocidad por hora: o sea, 24 kilómetros por hora aproximadamente. < <

[21] Cable: en náutica, antigua medida de longitud que equivalía a 120 brazas, es decir: 185 metros aproximadamente. < <

[22] Samuel Cunard (1787-1865). Naviero de origen británico instalado en el Canadá. Creó la compañía marítima Cunard White Star Line y estableció una línea postal regular entre Inglaterra y Estados Unidos. El famoso trasatlántico *Queen Elizabeth* pertenece a los actuales propietarios de *Cunard*. < <

[23] Halifax: Ciudad canadiense, capital de Nueva Escocia e importante puerto en el Atlántico. < <

[24] Este buque, que iba a ser bautizado *Leviatán*, fue proyectado por el ingeniero Brunel y botado como *Great Eastern* en 1857. A la sazón, era el buque más grande del mundo. Verne, que había quedado fuertemente impresionado al ver el trasatlántico en Londres en 1859, viajó en él a Nueva York en 1867 (época de gestación de nuestra novela) en compañía de su hermano Paul. Posteriormente, en *Una ciudad flotante* (de 1874), Verne utiliza el *Great Eastern* como *leitmotiv*. La explotación del buque, por su parte, resultó ser deficitaria. Tras servir para múltiples usos fue desguazado en 1889. < <

[25] Como otros barcos que cita Verne, el *Scotia* existió realmente. Fue construido en 1861 y fue el último buque mixto de ruedas de álabes y vapor de Cunard destinado al servicio trasatlántico. También aparece citado en *Los hijos del capitán Grant*, por ejemplo. < <

[26] Cabo Clear (o Cléire en irlandés): cabo de la isla Clear en el extremo SO de Irlanda. < <

[27] *Bureau Veritas* o Agencia Veritas: oficina internacional de información marítima fundada en 1828 en Amberes y trasladada a París en 1832. Se dedica a la estadística de las construcciones navales, naufragios, etc. Publica un registro y un repertorio. < <

[28] Las *mauvaises terres* («malas tierras» [para atravesarlas]) del original son el nombre que dieron los tramperos canadienses francófonos a unas vastas extensiones de terreno yermo, erosionado y muy accidentado en lo que hoy día son los Estados de Dakota del Sur y de Nebraska, cerca de las Montañas Rocosas. Encierran importantes yacimientos de fósiles, y en la actualidad forman parte de un parque nacional (Badlands National Park) en el Estado de Dakota del Sur. Precisamente, el Museo Thyssen de Madrid alberga un paisaje del pintor americano Thomas Moran titulado *Badlands of Dakota*. < <

[29] «Poner el dedo en la llaga»: clara alusión a Santo Tomás, paradigma cristiano de la incredulidad. Véanse los Evangelios de Juan (20, 24-29), Marcos (16, 14-18) y Lucas (24, 36-49). < <

[30] *Chassepot*: arma de fuego similar al mosquetón. Debe su nombre a Antoine A. Chassepot (1833-1905), maestro armero que perfeccionó el antiguo fusil del ejército francés, basándose en el de aguja prusiano. El *chassepot* era un arma ligera, de gran alcance y cómodo manejo. Verne la cita como innovación porque fue precisamente en 1866 cuando la adoptó como arma reglamentaria el ejército de su país. Se hizo célebre en Francia una frase atribuida al general de Failly, refiriéndose al buen rendimiento de estos fusiles en una batalla: «Los *chassepots* han hecho maravillas». < <

[31] La segunda acepción de «ariete», según la Real Academia Española, es: «buque de vapor, blindado y con un espolón muy reforzado y saliente, que se usaba para embestir con empuje a otras naves y echarlas a pique». < <

[32] Los monitores eran barcos de guerra de pequeño calado, fuertemente acorazados y armados para atacar y defender las costas y los ríos caudalosos. Fueron construidos en los EE. UU. por el ingeniero sueco John Ericsson y participaron activamente en la Guerra de Secesión de ese país. Una de las batallas navales más importantes de dicha guerra enfrentó en 1862 al Monitor yanqui con el *Virginia*, monitor confederado. En 1915, los británicos emplearon monitores para atacar las costas belgas, los Dardanelos y el Canal de Suez. < <

[33] Cuarto: Tipo de formato de un libro cuyas hojas corresponden a cuatro por pliego. < <

[34] *Rams* (en inglés en el original): arietes, buques armados con espolón. < <

[35] Farragut: Existió un marino estadounidense con ese apellido. Se trata de David Glasgow Farragut (1801-1870). Ingresó con sólo 9 años de edad en la Marina. En 1821, ya era teniente de navío. Su celebridad es debida, sobre todo, a sus hazañas contra los rebeldes sudistas en el Mississippi y en Nueva Orleáns durante la Guerra civil norteamericana (1861-1865). En 1864, su ataque al puerto confederado de Mobile le valió el ascenso al grado de vicealmirante. En 1866, llegó a almirante. El padre de Farragut era un menorquín que había emigrado a tierras americanas. < <

[36] Tipo de muelle especial para cada embarcación. (Nota del Autor). < <

[37] Verne destaca algo que en su época aún era imposible: cruzar el Océano Ártico por el Norte del Canadá. Durante años, en búsqueda de una ruta marítima más corta hacia el Extremo Oriente, para unir el Océano Atlántico con el Pacífico, los navegantes intentaron atravesar el archipiélago canadiense pasando por el Océano Ártico. Tras los primeros intentos de John Cabot en 1497, que al llegar a Terranova creyó estar en Asia, se sucedieron otras expediciones infructuosas como las de Frobisher en el siglo XVI, Hudson y Baffin en el siglo XVII, y Middleton en el XVIII. Ya en el XIX, fracasó también Ross y se produjo la tragedia de la expedición de Sir John Franklin, navegando a bordo del *Erebus* y el *Terror*, que pereció con toda la tripulación en 1845. Hubo que esperar al 16 de junio de 1903 a que Roald Amundsen, a bordo de un simple pesquero noruego, el *Gjøa*, abriera el paso del Noroeste. Amundsen zarpó de Baffin, atravesó los estrechos de Lancaster y Dear y llegó a la bahía de Beaufort. Por otra parte, la primera travesía submarina del Polo Norte, por el paso del Noroeste, la realizó un submarino estadounidense, llamado *Nautilus*, en 1958 y en el sentido Pacífico → Atlántico. < <

[38] *Jardin des Plantes*: jardín botánico de París, fundado en 1626 como Jardín real de plantas medicinales. Antes de la Revolución de 1789, se le conocía como Jardín del Rey. En él investigaron los más grandes naturalistas de los siglos XVII y XVIII, entre ellos el mencionado Buffon, maestro de Cuvier y Lacépède. A partir de 1792, tras la Revolución, pasó a denominarse Museum nacional de historia natural, donde el ilustre Aronnax era profesor. Según Boitard, el Jardín se salvó del expolio gracias a la intercesión de algunas personas que consiguieron persuadir a los revolucionarios de que las plantas medicinales eran útiles para los enfermos y de que el laboratorio de química podría producir pólvora. Como anécdota, cabe citar que, según los parisinos, el árbol más viejo de París es una acacia de este jardín plantada en 1636. < <

[39] El lector ya habrá deducido que Conseil significa «Consejo» en francés. Según Simone Vierre —que, en su introducción a la edición de *Veinte mil leguas...* de Garnier-Flammarion (París 1977, pág. 32) cita a Daniel Compère—, Verne utiliza el apellido de un ingeniero amigo suyo, Jean-François Conseil, que desde 1836 llevaba a cabo pruebas con un aparato submarino elipsoidal de tres toneladas de arqueo. Parece que sus experimentos fueron baldíos y no encontró lo que hoy llamaríamos un «patrocinador» para seguir adelante. < <

[40] Modernamente, hay que diferenciar la clasificación, que es el simple hecho de distinguir clases o especies de seres vivos, de la sistemática y la taxonomía. La taxonomía trata del sistema o sistemas de clasificación, mediante unos presupuestos teóricos que son el objeto de estudio de la sistemática. < <

[41] Son especies fósiles de mamíferos. < <

[42] El babirusa es un mamífero parecido al jabalí. Su nombre malayo significa «puerco ciervo». Su carne es de gran calidad y sus colmillos se utilizaban como adorno. No es infrecuente verlo aparecer en las novelas de Salgari. < <

[43] Aunque en muchas versiones no se traduce, vemos en el inciso de Verne un rasgo de ironía al insistir en el nombre de su país, que figura entre paréntesis. Por otra parte, los atlas nos revelan que no es un topónimo infrecuente, y, además, tras la película de Wim Wenders, todo el mundo sabe que hay otro París en Texas (*París, Texas*, 1984). < <

[44] *Go ahead!* (en inglés en el original): ¡Avante toda! ¡De proa!

< <

[45] Pequeños barcos de vapor que prestan servicios a los grandes *steamers*. (Nota del Autor). < <

[46] *Light-boat* (en inglés en el original): bote faro. Bote fondeado para balizar, gracias a sus señales luminosas, un punto peligroso.

< <

[47] Siguiendo con el tema de los monstruos marinos, pulpos, krakens, etc., quedaba por evocar la figura del Leviatán, que ya aparece en el Antiguo Testamento (véase Salmos 74,14: «[...] las cabezas de Leviatán despedazaste / para hacer de ellas pasto de los monstruos del mar[...]'). Véase también Salmo 104,26; Isaías 27,1 (donde lo describe como «serpiente huidiza», «serpiente tortuosa»); Job 3,8 y 40,25. < <

[48] Caballero de Rodas: referencia a los caballeros hospitalarios de las cruzadas medievales, que se instalaron en la isla griega de Rodas (la más importante del Dodecaneso, en el Egeo oriental) en 1309, procedentes de Chipre, adonde habían llegado tras la caída de Acre en 1291. En Rodas, instalaron un hospital y la sede de la Orden de San Juan de Jerusalén. Concretamente, Dieudonné de Gozon, caballero provenzal, fue el XXVII Gran Maestre de dicha orden. Según la tradición caballeresca, libró la isla de Rodas de un monstruo, con forma de serpiente o dragón, que la assolaba. Falleció repentinamente en 1353 y en su tumba se mandó grabar la inscripción *Draconis extinator*: el exterminador del dragón. < <

[49] Según el *Diccionario de Mitología* de Pierre Grimal, hay cuatro personajes llamados Argos en el mito griego. Parece claro que Verne se refiere al segundo de ellos, un tataranieto de Zeus dotado de cien ojos y de una fuerza prodigiosa. Hera, esposa de Zeus, le encargó que vigilara a lo, de la que estaba celosa; Argos podía vigilarla sin cesar, ya que sólo dormían la mitad de sus cien ojos. Pero Zeus, que deseaba a lo, ordenó a Hermes que hiciese dormir a Argos con la flauta de Pan y acabase con él. Hera, para inmortalizar a Argos, trasladó sus ojos al plumaje del ave que le estaba consagrada: el pavo real. En cualquier caso, Argos también es el nombre del constructor de la nave *Argo* («la célere») en la que navegaron los Argonautas en pos del vellocino de oro. < <

[50] La Exposición Universal de 1867 se celebró entre los meses de abril y noviembre de 1867 en París y estaba consagrada al tema del trabajo. Hay que interpretar este pasaje como una conjetura del profesor Aronnax, que en la época del accidente del *Scotia*, como hemos visto, regresaba de una expedición de seis meses en Nebraska y, por ende, no podía haber visto la Exposición. < <

[51] En 1864, el capitán ballenero noruego Svend Foyn inventó el terrible cañón lanza-arpones, que revolucionó la caza de la ballena. El arpón, que podía alcanzar cincuenta metros de distancia, estallaba al clavarse en el cuerpo del cetáceo y liberaba un recipiente de ácido sulfúrico que, a su vez, prendía un cartucho de pólvora provocando una explosión. Evidentemente, las ballenas no tenían ninguna oportunidad de salir con vida. < <

[52] No se le escapará al lector el hecho de que, paradójicamente, el apellido inglés del rey de los arponeros, todo un marino, signifique «Tierra». Por otra parte, en inglés, los «landmen» o «landsmen» eran los embarcados forzosos en las levadas practicadas por la Armada en las poblaciones costeras. Cabe añadir que Verne pudo estar influido por el libro de ambiente marino *Ned Myers*, del escritor americano Fenimore Cooper, más conocido por ser el autor de *El último mohicano* (n.º 132 de esta misma Colección). < <

[53] A saber: más de 1,83 metros. < <

[54] François Rabelais (1483-1553): escritor y humanista francés, famoso sobre todo por sus obras satíricas *Pantagruel* (1532) y *Gargantúa* (1534), en las que se mofa de la épica. La alusión a la lengua hay que verla en perspectiva con las siguientes líneas, cuando Verne se refiere a Quebec. En efecto, en esta actual provincia (y también ciudad) canadiense, de la que Jacques Cartier tomó posesión en nombre de la corona francesa en 1534, es oficial la lengua francesa. Durante años, empero, esta lengua se vio aislada por la presión del inglés y de los colonos ingleses, de modo que cuajó en la población manteniendo rasgos diferenciados respecto del francés metropolitano. < <

[55] Se ha dado en llamar Homero al supuesto creador único de las epopeyas griegas arcaicas, la *Ilíada* y la *Odisea*. Algunos filólogos y eruditos apuntan que sólo fue un rapsoda, un cantor, que reunió allá por el siglo -VIII una serie de leyendas orales. La *Ilíada* narra la guerra de Troya entre los pueblos helénicos (denominados en la obra aqueos, argivos, dánaos, etc.) contra los troyanos, habitantes de una ciudad bastión de los Dardanelos, en la actualidad territorio de Turquía. La guerra la había provocado el rapto de Helena, esposa del caudillo griego Menelao, a manos del troyano Paris, ayudado por la diosa Afrodita. Con la referencia obligada a la épica griega, Verne nos apunta uno de los rasgos fundamentales de Ned Land: su carácter de persona no «leída», de una cultura de la oralidad frente a lo escrito, de la épica, frente a la ciencia de Aronnax. Estos rasgos vienen a sumarse a los de la descripción de su fisonomía, que podrían encajar perfectamente con los de un héroe homérico. < <

[56] Como se podrá comprobar más adelante con las fechas de sucesivos capítulos, Verne sufre aquí un lapsus. Por el encadenamiento del relato, debe de tratarse del 30 de junio de 1867. < <

[57] Patagonia: meseta semiárida del Sur de la Argentina. Habitada originalmente por los indios patagones, su exploración y conquista no dio comienzo verdaderamente hasta más de mediados del siglo XIX. < <

[58] La etimología del término nos dice que «molusco» viene del latín *molluscus*, derivado del adjetivo *mollis*, *molle*, que significa «blando». < <

[59] Dominique-François-Jean Arago (1786-1853): astrónomo, físico y político francés. Fue secretario del «Bureau des longitudes» donde prosiguió junto con Biot la tarea de medir el arco del meridiano terrestre, para ello, entre 1806 y 1808, permaneció en España, donde le sorprendió la Guerra de la Independencia. Fue detenido por supuesto espionaje y consiguió evadirse. Como científico, sus trabajos más importantes fueron sobre la teoría ondulatoria, el índice de refracción y la densidad del aire, la polarización rotatoria y el magnetismo de rotación. Asimismo, determinó con precisión el diámetro de los planetas. En 1848, se le confiaron los ministerios de Marina y de Guerra. Abolió la esclavitud en las colonias francesas. También podría tratarse de su hermano Jacques. < <

[60] El estrecho de Magallanes está situado entre el extremo del Cono Sur americano y la Tierra del Fuego (54° S, 71° O). Es así llamado en honor del navegante portugués Fernão de Magalhães [Fernando de Magallanes (1480-1521)], que lo descubrió en octubre de 1520, durante su periplo de vuelta al mundo. Magallanes, al servicio del Emperador de España, Carlos I, había zarpado el 20 de septiembre de 1519 de Sanlúcar de Barrameda, con cuatro naves, en búsqueda de los mares del Sur; su objetivo era descubrir una nueva ruta para llegar a las Indias, evitando el Cabo de Buena Esperanza (en la actual Sudáfrica). Magallanes falleció durante el viaje, víctima de los indígenas de las Filipinas, en 1521. Otro marino, el español Juan Sebastián de Elcano (1476-1526), tomó entonces el mando de la expedición y consiguió llegar a Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522, con un solo navío, el *Victoria*, y dieciocho hombres. Acababan de dar la primera vuelta al mundo.

< <

[61] El cabo de las Vírgenes está situado en la embocadura del estrecho de Magallanes, en un punto fronterizo entre Chile y la Argentina. < <

[62] En el extremo Sur de América, más abajo de la Tierra del Fuego, se hallan diseminadas algunas islas e islotes. El punto más meridional de éstos es el cabo de Hornos, en la isla homónima. Fueron Jakob Le Maire (1585-1616), de Amberes, y Willem C. Schouten (1580-1625), marino holandés, quienes lo doblaron por primera vez el 29 de enero de 1616. El nombre lo recibió en honor de la localidad natal de Schouten, Hoorn (provincia de Holanda Septentrional), pero pasó al español como Hornos. < <

[63] Las islas Pomotú se conocen actualmente con el nombre de archipiélago de las Tuamotu, y pertenecen a la Polinesia francesa. Constan de innumerables atolones y arrecifes coralinos. Magallanes fue el primer navegante en avistarlas, en 1521. En este grupo, se encuentra el famoso atolón de Mururoa, donde Francia ha llevado a cabo explosiones nucleares experimentales. Las Marquesas, también territorio francés (*Marquises*) en la actualidad, fueron descubiertas por el navegante español Álvaro de Mendaña Neira (1541-1595) en 1595, que las llamó así por el marqués de Cañete y virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza. Por último, las islas *Sandwich* no son sino las actuales Hawaii, Estado de los Estados Unidos. Fueron descubiertas el 18 de enero de 1778 por el capitán inglés James Cook (1728-1779) que las bautizó así en honor del iv barón de Sandwich, John Montagu (1718-1792), primer Lord del Almirantazgo en esa época e impenitente jugador de naipes, afición por la que le debemos el famoso invento del bocadillo o «sándwich», que Montagu se mandaba hacer y consumía con delectación para no abandonar la mesa de juego en sus partidas y ahorrarse así el tiempo del almuerzo. < <

[64] Eretismo: Verne utiliza la palabra francesa *éréthisme*, cuya etimología griega significa «excitación». Según el Diccionario de la Real Academia, eretismo significa «exaltación de las propiedades vitales de un órgano». < <

[65] El cable es una medida de longitud equivalente a 120 brazas o a la décima parte de una milla náutica, es decir: 185,19 metros. < <

[66] La toesa es una antigua medida francesa de longitud que equivale a unos seis pies, es decir: 1,946 metros. < <

[67] Referencia a los vapores de ruedas que navegaban por el río Mississippi en el siglo pasado y que competían en velocidad para llegar a su destino. < <

[68] George Gordon, Lord Byron (1788-1824), poeta romántico angloescocés, autor de obras como *Childe Harold*, *El corsario*, *Lara*, *Don Juan*, etc. Famoso no sólo por sus facultades literarias sino también por la intensidad con que vivió su vida, Byron destacó además por su helenismo militante, que le llevó no sólo a visitar Grecia en varias ocasiones, sino también a enrolarse con los revolucionarios griegos que luchaban por su independencia contra los turcos; de hecho, falleció víctima de unas fiebres contraídas en plena guerra en Misolongui, población costera frente al golfo de Lepanto. Byron, que cojeaba de un pie a raíz de una enfermedad infantil, poseía grandes cualidades como nadador, y la referencia de Verne tiene como base la famosa hazaña de aquél, realizada el 3 de mayo de 1810, cuando cruzó a nado el Helesponto —estrecho que marca la entrada en el mar de Mármara desde el Egeo—, a imitación del joven Leandro de Abidos, quien, según la leyenda, lo cruzaba a nado cada noche para ver a Hero, sacerdotisa de Afrodita en Sestos, de la que estaba enamorado. Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor y periodista estadounidense; aunque cultivó la poesía, es sobre todo conocido por sus relatos e historias cortas fantásticas y macabras, como *El gato negro* (n.º 25 de esta Colección). En 1838, publicó una novela titulada *La narración de Arthur Gordon Pym* (véase cap. I, nota 11) —de la que Verne escribió una continuación en 1897 con el título *La esfinge de los hielos* (n.º 115 de esta Colección)—, que influiría también en ciertos pasajes de *Veinte mil leguas...*, como más adelante se verá. Verne admiraba la obra de Poe, amigo también de utilizar datos científicos entrelazados con la ficción, y en 1864 había escrito un ensayo sobre el escritor americano con el título *Edgar Poe y sus obras*. La obra de Poe era bien conocida en Francia por las traducciones que había realizado el poeta Charles Baudelaire. Por otra parte, y aunque en *La narración...*, por ejemplo, el protagonista consigue al principio mantenerse a nado en medio de una tempestad, no consta que Poe fuese especialmente hábil como nadador. < <

[69] Jonás: profeta del Antiguo Testamento (véase el Libro de Jonás). Yahvéh le había ordenado que viajara a Nínive a anunciar a sus habitantes la destrucción de la ciudad a causa de la maldad de los mismos, pero Jonás quiso escapar a su misión y se embarcó para Tarsis —seguramente, se trata de Tartesos— y durante el viaje fue engullido por un gran pez, que habitualmente se ha identificado con una ballena. Posteriormente, sin embargo, la ballena lo arrojó a tierra firme y Jonás cumplió el mandato divino. < <

[70] En bastantes ediciones y versiones de la obra se perpetúa un error de latín de la primera edición que el editor corrigió posteriormente. Efectivamente, en la primera edición apareció un ablativo «*mobile*», cuando el correcto es «*mobili*». Por lo tanto, utilizaremos la lectura correcta siempre que aparezca este lema.

< <

[71] Caledonianos: el autor juega con el equívoco de las palabras ya que este gentilicio puede hacer referencia tanto a las tribus indígenas escocesas que, en época romana, diezmaron las legiones de Septimio Severo, como a los indígenas de Nueva Caledonia, isla del Pacífico que se anexionó Francia en 1853. En 1850, los supervivientes del naufragio de un barco francés fueron capturados y devorados por los nativos melanesios de esta isla. Parece una reducción innecesaria traducir aquí simplemente «escoceses» como figura en determinadas versiones. < <

[72] Cuchillo de hoja ancha que un americano siempre lleva encima.
(Nota del Autor). < <

[73] El autor utiliza la denominación latina de esta planta, *Phormium* [tenax], cuyas fibras utilizaban los maoríes para confeccionar ropa, cordelería, redes, manteles, etc. También se la conoce, menos comúnmente, como «formio». < <

[74] Denis Diderot (1713-1784), filósofo francés del Siglo de las Luces y editor, junto con d'Alembert, de la famosa *Enciclopedia*, obra cumbre del racionalismo francés, en la que se pretendía abarcar todo el conocimiento de su época (con 17 volúmenes de texto y 11 de ilustraciones, apareció entre 1751 y 1772). La filosofía de Diderot, influida por las de Locke y Condillac, se caracteriza por su defensa del empirismo. Aparte de sus obras filosóficas como los *Pensamientos filosóficos* (1746) o los *Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza* (1754), cultivó también la literatura con obras como *Jacques el fatalista* (1773, inédito hasta 1796) y *El sobrino de Rameau* (1761-1774, inédito hasta 1821), entre otras.

< <

[75] Prosopopeya: figura retórica que consiste en atribuir cualidades humanas a seres inanimados o abstractos. También se la conoce como «personificación».

Metonimia: tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra con la que mantiene alguna relación, por ejemplo: «comerse un Idiazábal».

Hipálage: figura de retórica que consiste en intercambiar los complementos de un verbo o adjetivos correspondientes a otro sustantivo. < <

[76] Louis-Pierre Gratiolet (1815-1865): médico, anatomista y naturalista francés, especializado en la anatomía del cerebro humano y de otros mamíferos. Nos interesa aquí, especialmente, por sus estudios sobre la fisonomía, entre sus obras figuran *Memoria sobre los pliegues cerebrales del hombre y de los primates* y *De la fisonomía y los movimientos*. Verne lo cita en más de una obra, por ejemplo en *El Chancellor* y en *Cinco semanas en globo* (números 66 y 88 de esta Colección).

Josef Engel (1816-1899): médico, anatomista y docente austríaco. También fue un notable investigador de la fisonomía como disciplina. Autor de *Investigaciones sobre los tipos craneales* y *Anatomía general patológica*, entre otras obras. < <

[77] La quirognomonía es, según la Enciclopedia Espasa-Calpe, «el arte de conocer el carácter o condición de las personas por la inspección de las manos». Esta disciplina gozó de cierta aceptación en Francia en el siglo pasado. En 1865 se publicó *La ciencia de la mano*, del capitán d'Arpentigny. Según Charles Lemire, Verne fue presentado a Dumas padre por dicho caballero (cf. Charles Lemire, *Jules Verne*, Berger-Levrault, París, 1908, pág. 13), algo que no queda claro para Olivier Dumas (véase su obra *Jules Verne*, La Manufacture, Lyon, 1988, pág. 38 y ss.). De otro lado, los quirognomonistas clasificaban las manos en los siguientes tipos: elemental, necesaria, artística, útil, filosófica, psíquica y mixta.

< <

[78] Derecho de gentes: el *ius gentium* de los romanos era el conjunto de reglas establecidas por la razón entre todos los hombres y observadas por la generalidad de los pueblo; también puede ser sinónimo de derecho internacional público, al regular las relaciones entre las diversas naciones y, por último, suele equivaler también a las leyes de la guerra, con las que se pretende limitar a lo «razonable» los daños infligidos al enemigo en las operaciones militares. < <

[79] *Habeas corpus*: locución latina que significa literalmente «que presentes el cuerpo». Con estas dos palabras comienza una ley inglesa de 1679 por la que se pretendía garantizar la libertad individual en el Estado de derecho. En la práctica supone que cualquier detenido tiene que ser llevado (de ahí lo de «*corpus*») ante el juez o tribunal para que éste dictamine sobre lo pertinente de la detención o decida la puesta en libertad del detenido. < <

[80] Michael Faraday (1791-1867): físico y químico inglés, especialmente conocido por sus aportaciones en el campo del electromagnetismo. Asimismo, intuyó el principio del motor eléctrico, del que construyó un primitivo modelo en 1821; también creó la primera dínamo y estableció las leyes de la electrólisis. < <

[81] Marco Tulio Cicerón (—106/—43): político y escritor romano que alcanzó una gran reputación como orador. Efectivamente, Cicerón, que llegó a alcanzar el consulado, máximo cargo de la Roma republicana, era conocido por su estilo inimitable y brillante. Por consiguiente, tiene mucha más gracia la paradoja de que Aronnax desempolva sus latines en una alocución improvisada invocando al maestro de la retórica romana. < <

[82] Criado a bordo de un *steamer*. (Nota del Autor). < <

[83] Es conocida la afición de Verne a los juegos de palabras, los retruécanos, los enigmas y los mensajes cifrados. Ya habrá reparado el lector en que el emblema con la **N**. letra presente en todos y cada uno de los nombres de los personajes de la novela que han aparecido —a veces, incluso por partida doble—, como en Ned LaNd, CoNseil, AroNNax, seguramente no es casual. Por algo, en el apellido del escritor también hay una: VerNe. Y quedan más **N** por aparecer... < <

[84] *Gratias* y *benedicite*: estas palabras forman parte de las oraciones de bendición de la comida que se rezan en las comunidades religiosas, en el momento de sentarse a la mesa. El *Benedicite* del superior marca el inicio de la comida; al final, la comunidad contesta *Gratias agimus tibi, Domine*: «Te damos gracias, Señor». < <

[85] «Dos franceses y un canadiense»: aunque quedó dicho que Conseil era flamenco, no debe olvidarse que en Francia también hay una región de origen flamenco como es la del Norte-Paso de Calais (capital: Lila). < <

[86] En la mitología griega se describe habitualmente a la Esfinge como un monstruo con cabeza de mujer y cuerpo de león alado. Según la leyenda, la Esfinge aterrorizaba la ciudad de Tebas y, apostada a las puertas de la ciudad, aniquilaba a los que no respondían a la siguiente adivinanza: «¿Qué es aquello que por la mañana camina a cuatro patas, por la tarde en dos y por la noche en tres?». Edipo, al llegar a Tebas, le respondió correctamente: «El hombre» (que gatea de bebé, camina erguido después y con bastón en la vejez). La Esfinge se autodestruyó y Edipo fue coronado rey de Tebas. La sangrienta continuación de la historia de Edipo está magistralmente recogida en el ciclo tebano de Sófocles. < <

[87] Nemo significa «Nadie» en latín. En otro guiño al mito griego, Verne llama a su héroe con el nombre que se dio a sí mismo Ulises, rey de Ítaca, cuando al regresar de Troya fue a parar a bordo de su barco y con sus compañeros a la isla en que vivían los cíclopes, gigantes que tenían un solo ojo, situado en medio de la frente. El episodio concreto es como sigue: el cíclope Polifemo retenía a Ulises y su tripulación en una gruta con intención de ir devorándolos; al preguntar Polifemo a Ulises cómo se llama, éste le responde que se llama «κῶνείς» («nadie», en griego, y fonéticamente próximo a Odysséus, nombre griego de Ulises). Éste se vale de una treta para cegar al cíclope y consigue escapar de la gruta con los suyos y proseguir su viaje (véase *Odisea*, IX, 366 y ss.). < <

[88] *Nautilus* fue el nombre que el ingeniero americano Robert Fulton (1765-1815) dio en 1800 a uno de los primeros aparatos sumergibles, que había construido en Francia subvencionado por Napoleón. El nombre ha tenido éxito a lo largo de la historia reciente de la navegación y han sido numerosos los artefactos que lo han llevado en todo el mundo. < <

[89] Entremos en la Biblioteca del *Nautilus*.

Víctor Hugo (1802-1885): escritor romántico y uno de los maestros de la literatura francesa de todos los tiempos. Desde muy joven, conoció el éxito en la poesía y la novela (*Odas*, *Baladas*, *Han de Islandia*). En teatro, destacan sus obras *Cromwell* y *Hernani*. Otras novelas suyas son *Nuestra Señora de París*, *Los Miserables* y *Los trabajadores del mar*, entre otras. Aparte de escritor prolífico, fue también un hombre apasionado por la política. De monárquico, pasó a ser ferviente republicano a raíz de la Revolución de 1848. Como diputado republicano, fue expulsado de Francia en 1852 y permaneció en el exilio hasta 1870. Tras la proclamación de la República en 1870, volvió a ser diputado y posteriormente senador. Hugo, que también había publicado algunas de sus obras en la editorial Hetzel, era uno de los escritores más admirados por Verne.

Jenofonte (—428?/—354?): aristócrata, militar e historiador ateniense, fue discípulo de Sócrates. Quizá a partir de -401 se unió a la expedición de Ciro el Joven, rey de Persia, hecho que relata en su *Anábasis*. En —396, viajó a Esparta (tradicional enemiga de Atenas), con la que colaboró en campañas militares junto a su rey Agesilao. Atenas lo había declarado proscrito, mientras que los espartanos lo hicieron *próxenos* (cónsul) en Olimpia, donde permaneció 20 años. Finalmente, Atenas levantó la proscripción y pudo regresar a su ciudad natal. Como escritor, además de su obra más conocida, la *Anábasis*, es autor de la *Ciropedia*, también sobre su experiencia en la corte persa, así como de las *Helénicas* y otras obras históricas. Como recuerdos de Sócrates, escribió una *Apología*, las *Memorabilia* y el *Simposio*.

Jules Michelet (1798-1874): historiador francés, exponente del romanticismo en historiografía. Doctor en letras a los 21 años, fue profesor del Collège de France desde 1838. En 1831, publicó su *Introducción a la historia universal*. A partir de 1833, y hasta 1846, aparecieron los primeros volúmenes de su monumental *Historia de Francia*, cuya publicación continuaría entre 1855 y

1867. Entre 1847 y 1853 publicó la *Historia de la Revolución francesa*. Su obra histórica está basada en una rigurosa documentación e imbuida de un anticlericalismo y un odio a la monarquía notables. Su obra tiene un estilo lírico brillante e inconfundible. Michelet es el historiador de las multitudes, de las masas anónimas que modelan la historia y que los historiadores suelen echar en el olvido. Por no querer prestar juramento a Napoleón III, fue destituido de su cátedra entre 1851 y 1852.

George Sand (1804-1876): pseudónimo de la escritora francesa Amandine-Aurore-Lucile Dupin-Dudevant. Aunque no fue una gran figura literaria, sí animó numerosos cenáculos literarios e intelectuales. Como testimonio del siglo XIX, destaca su *Correspondencia*. Escribió sobre todo novelas pasionales y de ambiente rústico. Según algunos estudiosos, es posible que influyera indirectamente en la elección del viaje submarino como tema de esta novela de Verne, con quien había mantenido correspondencia. También fue una escritora de la «casa» Hetzel. < <

[90] Algunos de los nombres de esta retahíla los hemos visto en notas anteriores. Veamos los nuevos:

Alexander von Humboldt (1769-1859): naturalista, explorador y geógrafo alemán. En sus viajes, visitó la Península Ibérica y las islas Canarias. Entre 1799 y 1804, se dedicó a explorar Sudamérica y México. Sus descubrimientos los publicó entre 1802 y 1832, en treinta volúmenes. También exploró los Urales y el mar Caspio. Su obra *Kosmos* apareció en 1845. Modelo de científico moderno, puso las bases de lo que más tarde serían la climatología y la oceanografía. La corriente Humboldt, en la costa oeste de Sudamérica, se llama así en su nombre.

Jean-Bernard-Léon Foucault (1819-1868): físico francés que demostró la rotación de la Tierra sobre su propio eje mediante un experimento con un gran péndulo. También trabajó sobre la velocidad de la luz y demostró que ésta viaja más velozmente a través del aire que por el agua.

Henri Sainte-Claire Deville (1818-1881): químico francés de formación autodidacta. Fue docente en varias instituciones hasta llegar a la Academia de Ciencias. Sus investigaciones tuvieron como objeto principalmente los minerales y halló un nuevo método de análisis mineral. A él se debe el método que permitió la primera preparación industrial del aluminio, realizada en 1854. También descubrió las propiedades del ácido nítrico.

Michel Chasles (1793-1880): matemático francés especialista en geometría, mecánica y geodesia. Su principal obra es el *Esbozo histórico sobre el origen y el desarrollo de los métodos en geometría*.

Henri Milne-Edwards (1800-1885): naturalista francés de origen británico. Sus principales estudios los desarrolló sobre los moluscos, los crustáceos y los antozoarios. En la Academia de Ciencias, sucedió a Cuvier y también trabajó en colaboración con Quatrefages. Aronnax se refiere a él a lo largo de la novela como «mi maestro». De hecho, Milne fue profesor en el Museum de

historia natural. Sus obras principales son: *Historia natural de los invertebrados*, *Investigaciones sobre los crustáceos*, *Cuadernos de historia natural* y *Elementos de zoología*.

John Tyndall (1820-1893): físico británico que estudió la difusión de la luz y demostró por qué el cielo, a causa de la dispersión de los rayos solares por moléculas en la atmósfera, es azul. En la Royal Institution británica fue colega y amigo de Michael Faraday (véase cap. VIII, nota 11). Trabajó también sobre problemas de meteorología y estudió la generación espontánea.

Pierre-Eugène-Marcellin Berthelot (1827-1907): químico francés, especialista en química orgánica y descubridor de las ondas de detonación. Fue profesor del Collège de France y autor de una ingente cantidad de publicaciones. Por otro lado, desempeñó cargos políticos como ministro (de Instrucción pública en 1886-1887). Sucedió a Louis Pasteur como secretario de la Academia de Ciencias.

Pietro Angelo Secchi (1818-1878): jesuita y astrofísico italiano. Fue el primer científico en hablar del espectro de las estrellas y en proponer su clasificación conforme a su tipo espectral. Expulsado de Roma con los demás jesuitas en 1848, se le permitió regresar a su país por su reputación como astrónomo.

Matthew Fontaine Maury (1806-1873): oficial de la Marina estadounidense y uno de los fundadores de la oceanografía como disciplina científica. Entre 1826 y 1830, dio la vuelta al mundo en barco. Posteriormente, trabajó compilando cartas náuticas e informaciones diversas para elaborar las primeras cartas náuticas anemométricas y de corrientes marinas. Publicó, en 1855, la *Geografía física del mar y su meteorología*. La primera Conferencia Internacional sobre el Mar, celebrada en Bruselas en 1855, estuvo directamente inspirada por los trabajos de Maury.

Jean-Louis-Rodolphe Agassiz (1807-1873): naturalista, geólogo y profesor estadounidense de origen suizo. Estudió sobre todo la actividad de los glaciares, así como diversos campos de la ictiología y la hidrología. Entre sus obras, ejemplo de oposición a las teorías de Darwin, figuran *Investigaciones sobre los peces fósiles*, *Estudios críticos sobre los moluscos fósiles*, *Monografía de equinodermos*

vivos y fósiles. < <

[91] Joseph-Louis-François Bertrand (1822-1900): matemático francés, estudioso de la matemática aplicada a la mecánica y termodinámica y del cálculo infinitesimal. El título completo de la obra que cita Verne es *Los fundadores de la astronomía moderna: Copérnico, Tycho Brahe, Kepler, Galileo y Newton* y fue publicada por primera vez en 1865 en la misma editorial que publicaba las obras de Verne: Hetzel. En 1865 vieron la luz tres ediciones, en 1866 una más y la quinta apareció en 1874. < <

[92] Pasemos ahora a la pinacoteca.

Raffaello Sanzio Rafael de Urbino) (1483-1520): uno de los maestros de la pintura universal. Tras aprender los rudimentos del oficio con su padre, se trasladó con 12 años a Perugia para estudiar allí. Su primera gran obra es *La boda de la Virgen*. Llegó a Florencia en 1504. Estudió la obra de Miguel Ángel y de Leonardo, así como la de Masaccio. Sus *madonnas* están muy influidas por Leonardo. El Papa Julio II lo llamó a Roma en 1508 y allí pasó los últimos años de su vida. En el Vaticano, pintó frescos como la *Escuela de Atenas*. Como arquitecto diseñó la iglesia de San Eligio de los Orfebres.

Leonardo da Vinci (1452-1519): prototipo del genio renacentista, Leonardo fue no sólo un excelente dibujante, escultor y pintor, profundo conocedor de la anatomía humana y animal, (*La cena, La Virgen de las rocas, Retrato de Mona Lisa* o *La Gioconda, Baco*, etc.), sino que también trabajó en proyectos arquitectónicos y de ingeniería (como el frustrado desvío del curso del río Arno). Como inventor, diseñó artefactos para uso militar y un prototipo de máquina voladora, entre otros.

Antonio Allegri da Correggio (1494-1534): pintor renacentista de la Escuela de Parma. Su obra abarca desde temas alegóricos y mitológicos hasta pintura religiosa. Influyó poderosamente en los pintores del Barroco y del Rococó. A Verne se le atribuye la frase: «Disfruto tanto con la ciencia como contemplando un “Rafael” o un “Correggio”».

Tiziano Vecellio o Ticiano (1487?-1576): pintor italiano de la Escuela veneciana. Hijo de un notario véneto y discípulo de Vellini y del Giorgione. Fue nombrado pintor oficial de la Serenísima República de Venecia. Aparte de los temas caros a la época, mito, religión y alegoría, Tiziano fue autor de numerosos retratos. Fue nombrado pintor de la corte del Emperador Carlos I.

Paolo Cagliari, *Veronese* (1528-1588): pintor nacido en Verona, influido por Bellini y Correggio. Sus principales obras son *Las*

bodas de Canaán, El milagro de San Pantaleón y diversos retratos.

Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682): pintor sevillano, que apenas salió de su ciudad natal. Las obras más conocidas de Murillo son las vírgenes, los santos, los frailes, los niños (*Niño Jesús, San Juanito*), etc. Su obra atravesó por varias épocas, del claroscuro de *La Sagrada Familia del Pajarito* al realismo cotidiano de *El sueño del patricio romano* o, posteriormente, los cuadros de más colorido como las *Inmaculadas*, el *Milagro de la multiplicación de los panes y los peces*, etc. Murillo gozó de gran fama ya en vida. Falleció en Sevilla al caer de un andamio mientras pintaba para los capuchinos de Cádiz.

Holbein: apellido de una familia de pintores alemanes. Los más importantes son Hans el Viejo (1465-1524) y Hans el Joven (1497-1543). Ambos fueron autores de retratos. La influencia del Renacimiento italiano es más patente en el Joven, que, además, era decorador y miniaturista.

Diego Velázquez da Silva (1599-1660): maestro de la pintura, natural de Sevilla. Tras los años de aprendizaje en Sevilla con Francisco Pacheco, Velázquez se trasladó en 1622 a Madrid, donde desarrolló el grueso de su obra. Allí consiguió convertirse en pintor de la corte. De la etapa sevillana quedan obras de temática popular como la *Vieja friendo huevos* o *La cena en Emaús*, o religioso, como *La Adoración de los Magos*. La obra cortesana gira sobre todo en torno a retratos como los de Felipe IV, la infanta Margarita o el Conde-duque de Olivares. Velázquez viajó también a Italia y fruto de ese viaje es *La fragua de Vulcano*. Otras obras de tema mitológico son *El triunfo de Baco*, *Las hilanderas* y *Mercurio y Argos*. Deben destacarse también otros cuadros como el famoso *Cristo*, *Las Meninas*, *La rendición de Breda*, etc.

José de Ribera, *Lo Spagnoletto* (1591-1652): pintor español afincado en Italia, principalmente en Nápoles, donde falleció. Su obra gira en torno a temas religiosos, ejecutados dentro del tenebrismo y el naturalismo barroco. Fue autor asimismo de innumerables dibujos. Su fama hizo que no tardaran en surgir imitadores de su estilo.

Peter Paul Rubens (1577-1640): pintor flamenco que ejemplifica la exuberancia y la vitalidad del Barroco en sus obras alegóricas de tema mitológico, entre las que destacan *Venus y Adonis*, *Demócrito* y *Heráclito*. También pintó cuadros de tema religioso, como la *Adoración*, la *Circuncisión* y el *Descenso de la cruz*.

David Teniers, el Joven (1610-1690): pintor flamenco. Fue pintor de la corte del regente de los Países Bajos, el Archiduque Leopoldo Guillermo. Aparte de los retratos de personajes de la sociedad, es célebre por sus escenas costumbristas y los temas de magia y brujería, en los que prosigue la labor del Bosco y de Brueghel. También fue grabador y autor de cuadros religiosos.

Gerard Dou (o Dow) (1613-1675): pintor holandés de la Escuela de Leyden, autor de naturalezas muertas, cuadros costumbristas y retratos. Fue alumno de Rembrandt.

Gabriel Metsu (1629-1667): pintor holandés, también de la Escuela de Leyden. Autor de cuadros costumbristas. Entre sus obras más conocidas figuran *El artista y su mujer* y *La lección de música*.

Paul Potter (1625-1654): pintor y autor de aguafuertes holandés conocido, sobre todo, por sus cuadros de animales y paisajes.

Théodore Géricault (1791-1824): pintor francés que tuvo una gran influencia en el desarrollo de la pintura romántica (por ejemplo, sobre Delacroix). Fue alumno de Carie Vernet. Su obra maestra es *La balsa de la Medusa*, que retrata un hecho real y que fue acogida con suma hostilidad por el gobierno en el poder. Pintó también numerosas escenas de caza.

Pierre-Paul Prud'hon (1758-1823): dibujante y pintor francés, cuya obra es ejemplo de la transición entre el Neoclasicismo del siglo XVIII y el incipiente Romanticismo del siglo XIX. Su obra más conocida es el *Retrato de la Emperatriz Josefina*, esposa de Napoleón Bonaparte.

Ludolf Backhuysen (1631-1708): pintor holandés, autor sobre todo de marinas. También hizo grabados al aguafuerte.

Claude-Joseph Vernet (1714-1789): pintor francés, especialmente paisajista y autor de marinas, entre las que se encuentra su serie

Puertos de Francia, donde destaca su especial tratamiento de la luz y de la atmósfera. Su hijo Carie (1758-1836) y su nieto Horace (1789-1863) también fueron pintores de valía.

Ferdinand-Victor-Eugène Delacroix (1798-1863): pintor romántico francés. Por su tratamiento del color, se le puede considerar precursor de lo que sería el impresionismo. Los temas de sus cuadros son, fundamentalmente, acontecimientos históricos (*La matanza de Quíos*, *La libertad guiando al pueblo*) pero también tocó los temas exóticos, como en *La caza del león*.

Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867): dibujante y pintor francés, hijo de un escultor y alumno de David en París. Representó la continuación de la pintura clásica en un momento en que el Romanticismo predominaba. Admirador de Rafael y de Tiziano, permaneció 18 años en Italia. Entre sus obras más importantes, destacan: *La gran odalisca*, la *Apoteosis de Homero*, *Stratonice* y *El baño turco*.

Alexandre Decamps (1803-1860): pintor francés; en sus cuadros refleja el exotismo del Oriente Medio, adonde viajó en 1828.

Constant Troyon (1810-1865): pintor francés que cultivó sobre todo la pintura de rebaños de animales, influido por Potter a raíz de un viaje a los Países Bajos en 1847. Ejemplo de buena factura naturalista y de oficio pictórico.

Ernest Meissonier (1815-1891): pintor francés muy estimado y cotizado en su tiempo. Es el autor del famoso cuadro *1814, Campaña de Francia*, que retrata al ejército de Napoleón avanzando sobre la nieve. También fue escultor.

Charles-François Daubigny (1817-1878): pintor francés; cultivó el paisajismo. Pertenece al mismo grupo que Troyon. Es un autor de transición entre el naturalismo clásico y el impresionismo de Monet.

< <

[93] Y ahora los músicos.

Carl Maria von Weber (1786-1826): compositor, pianista y director alemán. Con sus óperas románticas, como *El cazador furtivo* o *Euryantha*, abre camino a una nueva expresión romántica. Aparte de ópera, compuso numerosas obras para piano, que interpretaba personalmente, y música de cámara y para orquesta. Además, escribió numerosos artículos de prensa acerca de la música y dos libros: la novela *Vida de un músico* e *Ideas para una topografía musical*.

Gioacchino Antonio Rossini (1792-1868): compositor italiano, conocido por sus óperas, entre las que destacan *El barbero de Sevilla*, *Cenicienta* y *Semíramis*, todas ellas cómicas, y su ópera dramática *Guillermo Tell*.

Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791): compositor austríaco. Mozart es el representante más genial de la época clásica de la música. Desde la edad de cinco años, en que empezó a componer música, hasta su temprana muerte a los treinta y cinco años, su obra está compuesta de numerosos conciertos, sobre todo para piano, música de cámara, óperas y sinfonías. Citaremos como las más conocidas: Las *bodas de Fígaro*, *Don Giovanni*, *La flauta mágica*, y las últimas sinfonías n.os 40 y 41. Como obra religiosa, cabe señalar su brillante *Réquiem*. Por otra parte, su papel y su influencia en la evolución de la estética musical son fundamentales.

Ludwig van Beethoven (1770-1827): compositor alemán. Si Mozart encarna el genio del clasicismo, Beethoven es el puente entre ese clasicismo y el romanticismo. De hecho, Beethoven, músico profesional desde los 11 años, recibió clases en Viena del propio Mozart y de Haydn. Célebre en todo el mundo por sus 9 sinfonías, el resto de su obra no desmerece de éstas. Compuso conciertos y sonatas para piano y una única ópera, *Fidelio*. Su progresiva sordera hizo que limitara bastante su trabajo en los últimos años de su vida.

Franz-Joseph Haydn (1732-1809): uno de los compositores cimeros del clasicismo austríaco del siglo XVIII. Estuvo vinculado a la familia

noble Esterházy para la que escribió música festiva, conciertos, representaciones teatrales y óperas. Asimismo, compuso dos grandes oratorios: *La Creación* y *Las siete palabras de Cristo*.

Jakob Liebmann Beer (*Meyerbeer*) (1791-1864): compositor alemán afincado en París. Compuso óperas como *Los hugonotes*, *El profeta*, *La estrella del Norte*, etc.

Louis-Joseph-Ferdinand Hérold (1791-1833): compositor romántico francés. Autor de óperas, especialmente doce óperas cómicas para el teatro de la *Opéra comique*. Cabe recordar aquí que Verne era un gran aficionado a la ópera cómica y al vodevil.

Richard Wagner (1813-1883): compositor alemán, principalmente conocido por sus óperas, como *El holandés errante*, *Lohengrin* y la tetralogía del *Anillo de los Nibelungos*, inspirada en la mitología germánica. Wagner, cuya obra ha suscitado pasiones encontradas, expuso sus ideas artísticas también en varias obras en prosa como *Arte y revolución* y *Opera y drama*.

Esprit Auber (1782-1871): compositor francés, autor de música de cámara, de óperas y de óperas cómicas: *Fra Diavolo*, *Manon Lescaut*, etc. Fue director del Conservatorio de París.

Charles-François Gounod (1818-1893): compositor francés, especialmente conocido por sus óperas *Fausto* y *Mireille*. A partir de 1882, se consagró a la composición de música religiosa. < <

[94] En la mitología griega, Orfeo es un héroe especialmente dotado para la música. Según la leyenda, con su flauta apaciguaba a las fieras y hacía moverse a árboles y rocas. Se casó con Eurídice, que murió víctima de la mordedura de una serpiente. Orfeo bajó al Hades a rescatarla y con su música persuadió a la diosa Perséfone de que la dejara partir, aunque ésta le puso como condición que no mirara hacia atrás mientras saliera del Hades. Cuando estaban cerca del mundo de los vivos, Orfeo incumplió su promesa, miró hacia atrás y Eurídice se desvaneció para siempre. La figura de Orfeo era también objeto de culto en los misterios órficos de la antigua Grecia. < <

[95] Francisco I (1494-1547): rey de Francia desde 1515 hasta su muerte. Su reinado, en un período de prosperidad económica y demográfica, sirvió para asentar las bases del Estado francés moderno. El gran comercio marítimo también se desarrolló durante su época; asimismo, emprendió reformas en la administración. Por otra parte, fundó lo que posteriormente sería el Collège de France y fomentó la traducción de los clásicos por los humanistas. En política exterior mantuvo una pugna a partir de 1519 con el emperador Carlos I a causa de los territorios del Milanesado que aquél nunca llegaría a dominar. < <

[96] La Iglesia de Saint-Sulpice de París fue construida entre 1634 y 1766. Las dos tridacnas en cuestión se encuentran en los segundos pilares de la nave de la iglesia y fueron donadas por Luis XV a la iglesia en 1745. < <

[97] Isla Borbón: antiguo nombre que recibía la isla de la Reunión (actualmente departamento francés de ultramar). Fue descubierta en 1528 por los portugueses y ocupada en 1638 por los franceses, que le dieron el nombre de Borbón. < <

[98] Nueva Holanda: antiguo nombre que recibió Australia, en la que los primeros occidentales que tocaron realmente tierra parecen haber sido los marinos holandeses a partir del año de 1616. < <

[99] Tranquebar: población de la India en el golfo de Bengala, cuyo nombre tamul es Taragambadi. < <

[100] Jean-Baptiste Tavernier (1605-1689): viajero francés que recorrió Europa, Persia, Mongolia, la India, Sumatra y Java y amasó una enorme fortuna comerciando con piedras preciosas. Sus notas de viaje fueron publicadas en 1677 bajo el título *Los seis viajes de Jean-Baptiste Tavernier*. < <

[101] Mascate: ciudad situada en la entrada al golfo Pérsico, es la capital de Omán (en árabe: *Masqat*). < <

[102] Robert Wilhelm Bunsen (1811-1899): químico y físico alemán. Además de realizar experimentos para aislar el magnesio y el cloro, inventó los primeros métodos de análisis espectral, el fotómetro de mancha de aceite y un mechero de gas que lleva su nombre, entre otras cosas. < <

[103] Es posible que, en lo que se refiere al bote o canoa, Verne se inspirase en el prototipo de submarino bautizado *Le Plongeur*, que fue botado en Rochefort en 1863 y que había sido construido por el ingeniero Brun. Este modelo, del que se puede contemplar una maqueta en el Museo nacional de la marina francés en París, iba dotado de una especie de bote salvavidas, en el que podían embarcar hasta doce hombres de la tripulación, y que estaba inserto en la parte superior del submarino, al igual que el del *Nautilus*.

< <

[104] Heinrich Daniel Ruhmkorff (1803-1877): físico alemán que ideó un sistema de producir corrientes de inducción en una bobina de grandes dimensiones con dos circuitos aislados el uno del otro.

< <

[105] Y precisamente, se habla de un descubrimiento de este género en el que un nuevo juego de palancas produce fuerzas considerables. ¿Se ha encontrado el inventor con el capitán Nemo? (Nota del Autor). < <

[106] Error de cálculo de Verne: la suma total debe ser 1.356,58 t.

< <

[107] Error de cálculo de Verne: la cantidad total debe ser 1.687.500 FF. < <

[108] Por un lapsus Verne escribe Oeste, cuando sólo puede tratarse del Este, habida cuenta de las coordenadas que da. Por otra parte, en el grabado de su primer mapa queda claro que se trata del Este.

< <

[109] Nuevo lapsus del autor, que escribe 37° en vez de 137° . < <

[110] En inglés en el original, y redundante, ya que en francés añade «le courant» [la corriente] a *Gulf Stream* (corriente del Golfo). < <

[111] Alexandre du Sommerard, o Dusommerard, (1779-1843): arqueólogo y coleccionista francés. En su residencia del Hotel de Cluny, en París, guardaba una importante colección de objetos de arte medieval, que el Estado adquirió en 1843 para crear un museo de público acceso. < <

[112] Se trata en realidad de Christian Gottfried Ehrenberg (1795-1876): naturalista alemán y médico de formación. Viajó con Humboldt a Siberia y a los Urales. Estudió principalmente los infusorios y la fosforescencia del mar, a la que consagró su libro *La luminosidad del mar*, de 1834. < <

[113] En realidad, suelen distinguirse cinco: peces, reptiles, anfibios, aves y mamíferos. Linneo trata conjuntamente los reptiles y los anfibios. < <

[114] Ya quedó dicho al principio que Verne debe numerosos datos, sobre todo en ictiología, a los naturalistas franceses del XVIII-XIX. Esta descripción de la raya china está extraída, casi literalmente, del libro de Lacépède *Historia natural de los cuadrúpedos ovíparos, de los peces y de los cetáceos*, París, P. Duméril, 1836 (III vols.). Para Cuvier podría tratarse de una raya torpedo, semejante, quizás, a la tembladera o tremielga. < <

[115] En buena lógica, debería ser Esnordeste. < <

[116] Pequeñas nubes blancas, ligeras y de bordes dentados. (Nota del Autor). < <

[117] En este punto, nos encontramos con un laberinto de pistas que no conducen, aparentemente, a ninguna salida. En el mapa de Verne, aparece situada esta isla al Nordeste de las islas Hawaii. El dato, en la entrada «Islas Crespo», viene incluso corroborado por la Enciclopedia Espasa-Calpe. Sin embargo, cualquier investigación cartográfica o geográfica revela que no existe tal isla o grupo de islas. Tampoco hay ninguna noticia sobre el capitán Crespo. A esto, además, hay que añadir la voluntaria o involuntaria acción del autor, que deforma los topónimos. Veamos los hechos: los navegantes españoles buscaron afanosamente y durante mucho tiempo en el Pacífico unas islas miríficas supuestamente cargadas de riquezas, Rica de Oro y Rica de Plata, como si fueran un nuevo Eldorado. Sus búsquedas las realizaron aproximadamente en las mismas coordenadas que nos da Verne. Muchos afirmaron haberlas avistado y así figuraban marcadas en numerosas cartas náuticas antiguas —y no sólo españolas—, ya que hasta el propio James Cook disponía de una carta náutica en la que estaban indicadas. Pero, evidentemente, nadie pudo hallarlas nunca porque eran simplemente una leyenda más, un mito. Por otra parte, Verne lee y escribe «Rocca» por Rica y de ahí surge el embrollo añadido. El traductor expresa su agradecimiento al profesor don Juan Gil, de la Universidad de Sevilla, por haberle sacado del atolladero. A su libro *Mitos y Utopías del Descubrimiento. 2: El Pacífico*, Alianza editorial, Madrid, 1989, deben remitirse los curiosos que deseen abundar en el asunto (cf. concretamente los capítulos v y xi). En cuanto al capitán Crespo, tendremos que seguir investigando...

< <

[118] Este aparato debe su nombre a Auguste Denayrouze (1838-?), teniente de navío e inventor de aparatos de buceo, que perfeccionó un artilugio de aire comprimido inventado por el ingeniero francés Benoit Rouquayrol para el trabajo en las minas. < <

[119] Cowper Philipps Coles (1819-1870): oficial de la Armada británica. Estudió la eficacia de las corazas de los buques e inventó cañones de grueso calibre. Falleció en un naufragio frente a Finisterre, probando *The Captain*, uno de los buques diseñados por él. < <

[120] Botellas de Leyden: así llamadas por la ciudad de los Países Bajos en que fueron inventadas. Se trata de un condensador eléctrico en forma de botella o vaso de vidrio. En su puesta a punto participaron Peter van Muschenbroek y su discípulo Cuneus. < <

[121] Hércules: nombre latino de Heracles, uno de los héroes más famosos de la mitología griega. Hijo de Zeus y de la mortal Alcmena, Hércules encarna el prototipo del vigor, la fuerza, la resistencia y el arrojo. Sus hazañas, que constituyen, principalmente, el ciclo de los doce trabajos, eran conocidas en todo el mundo griego. < <

[122] Arquímedes (—287/—212): astrónomo, matemático, físico e inventor de Siracusa (Sicilia). Al sabio Arquímedes se le atribuye no sólo la invención de prodigiosas máquinas que retrasaron la caída de Siracusa en manos de los romanos, sino también la célebre exclamación «¡Eureka!» (en griego, *heureka*: lo encontré) y la frase: «Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra». También realizó estudios de hidrostática, entre otras disciplinas, y a él se debe el conocido teorema que cita Verne en este pasaje. < <

[123] Náyades: en la mitología griega, son las ninfas que habitan en las aguas, por lo general, de los ríos, lagos, manantiales y fuentes. Nereidas, Oceánidas y Tritones eran otros seres mitológicos directamente relacionados con el medio acuático. < <

[124] *Oaze* (en inglés en el original): escrito normalmente *ooze*. Se trata de una sustancia parecida al cieno, de color blanco o gris, compuesta en su mayor parte por los caparazones de protozoos como los foraminíferos, entre los que figuran los *nummulites*, o los radiolarios. < <

[125] Candiota: habitante de la isla de Candía, nombre con que se conocía también a Creta. Verne distingue entre griegos y cretenses debido a que Creta no pasó a formar parte oficialmente de Grecia hasta 1913. Concretamente, en los años en que se sitúa la acción de la novela, se estaba produciendo uno de los levantamientos de la población cretense contra el ocupante otomano. Verne trató de la Grecia moderna en su novela *El archipiélago en llamas*. < <

[126] Verne sigue respecto de estos triquiúridos una antigua teoría que el propio Cuvier ya había puesto en duda en su *Historia del reino animal*. Lacépède tampoco parecía estar muy convencido al respecto en su *Historia natural de los peces*. < <

[127] En efecto, el capitán James Cook murió el día de San Valentín de 1779 en la bahía de Kealahakua, Hawaii, a manos de los nativos de la isla tras un altercado producido por el robo de un bote del buque *Discovery*. < <

[128] Ateneo (s. I): médico griego natural de Atalia; ejerció en Roma. De su obra, se conservan textos fragmentarios, recogidos por Oribasio, Galeno, etc. En cuanto a las cualidades nutritivas de los calamares, es difícil precisar a qué parte de la obra de Ateneo, que también estaba interesado por la dietética, se refiere nuestro autor. Lo que sí es cierto es que jibias, calamares, chipirones, etc., gozaban de predicamento entre los antiguos griegos. Por otra parte, una de las más conocidas alusiones literarias a estos cefalópodos proviene de Plutarco (46?-120?) en su *Vida de Temístocles* (§ 11). Plutarco pone en boca de Temístocles la siguiente frase dirigida a los eretrios (habitantes de una localidad de la isla de Eubea en cuyo escudo estaba representado un calamar) ante la inminencia de un ataque persa: «¿Qué razón os mueve a hablar de la guerra, precisamente a vosotros que, como vuestros calamares, tenéis una espada, mas carecéis de corazón?». Otro famoso Ateneo, de Náucratis (siglos II-III), autor de *El banquete de los sofistas*, da en su libro alguna receta para preparar los calamares.

Galeno (129-199), médico griego originario de Pérgamo, fue médico del emperador Marco Aurelio en Roma y de su hijo Cómodo, así como de Septimio Severo. Hombre de vastos conocimientos, fue asimismo autor de numerosas obras de fisiología y anatomía, pero también se interesó por la filosofía y la filología. En medicina mantuvo una postura ecléctica, sin tomar partido por ninguna de las tendencias de la época. En la Edad Media, su obra gozaba de gran reputación debido en parte a las traducciones de su obra que desde el siglo IX habían realizado autores árabes. < <

[129] Alcide Dessalines d'Orbigny (1802-1857): naturalista francés discípulo de Cuvier y uno de los fundadores de la paleontología estratigráfica. Trabajó sobre los foraminíferos y realizó una expedición científica a Sudamérica. Su hermano Charles (1806-1876) fue autor de un *Diccionario de historia natural*. < <

[130] Jean Macé (1815-1894): pedagogo y escritor francés. Fue fundador de la Liga francesa de enseñanza y adalid de la escuela pública, laica y obligatoria. Asimismo, fue autor de la editorial Hetzel y colaboró en la fundación y dirección del *Magasin d'éducation et de récréation*. *Los servidores del estómago* fue publicado en 1866 por Hetzel. < <

[131] Sunderland: ciudad portuaria del Nordeste de Inglaterra situada en la desembocadura del río Wear. < <

[132] Louis-Antoine de Bougainville (1729-1811): navegante y explorador francés. Participó en diversas campañas militares y, posteriormente, estuvo destinado en las islas Malvinas. Al mando de la fragata *Boudeuse* y de la corbeta *Etoile*, emprendió la primera vuelta al mundo que dieron los franceses. Descubrió el archipiélago de los Navegantes (actualmente: Samoa). En 1771, apareció publicada en París la obra en la que da cuenta de su viaje de circunnavegación. < <

[133] Isla de Clermont-Tonnerre: Actualmente Reao, en el archipiélago de las Tuamotu. < <

[134] Charles Robert Darwin (1809-1882): naturalista inglés, padre de la teoría de la evolución. A bordo del buque *Beagle* dio la vuelta al mundo, recogiendo información científica que le habría de ser muy útil para desarrollar su teoría. Publicó diversos libros, pero sobre todo es famoso por su volumen *El origen de las especies*.

< <

[135] Paul-Antoine-Marie Fleuriot de Langle (1744-1787): marino francés que participó en la misma expedición que La Pérouse. Murió el 11 de diciembre de 1787, víctima de un ataque de los indígenas de la isla de Mauna (o Manua, en el archipiélago de Samoa) donde hacía aguada, junto con doce marinos de los buques *L'Astrolabe* y *La Boussole*. Puede leerse el relato pormenorizado de los hechos en J. F. de Lapérouse, *Voyage autour du monde sur l'Astrolabe et la Boussole*, ed. La Découverte, París, 1991, págs. 340-362. < <

[136] Islas Viti: Se trata de las islas Fiji. < <

[137] Abel Janszoon Tasman (1602?-1659), navegante holandés, descubrió Tasmania, a la que denominó Van Diemen, y Nueva Zelanda. En un segundo viaje, descubrió las costas Este y Oeste del golfo de Carpentaria.

Evangelista Torricelli (1608-1647), físico italiano, construyó telescopios y diversos instrumentos ópticos. Además de inventar el barómetro, ideó una nueva teoría sobre el movimiento de los fluidos.

Luis XIV se le declaró mayor de edad, la regente nominal fue su madre Ana de Austria, aunque de hecho la regencia la ejerció el cardenal Mazzarino. Figura emblemática de la monarquía absoluta y del siglo XVII francés, era conocido también como el rey Sol o el Grande. < <

[138] Se trata de un error, ya que los viajes del capitán Cook tuvieron lugar entre 1768 y 1779. < <

[139] Joseph Bruni (o Bruny) d'Entrecasteaux (1739-1793): marino francés, gran conocedor de los océanos Indico y Pacífico. En 1791, se hizo a la mar en busca de La Pérouse. Tras navegar por las islas de Oceanía, pasó de largo por Vanikoro. Contrajo disentería y escorbuto a lo largo del viaje y murió antes de llegar a la isla de Waigin. Su segundo, Rossel, publicó más tarde el diario de d'Entrecasteaux con el título de *Viaje de d'Entrecasteaux en busca de La Perouse*, París, 1808.

Jules-Sébastien-César Dumont d'Urville (1790-1842): marino francés, alcanzó el grado de contraalmirante. Realizó numerosos viajes de exploración, entre los que destacan el efectuado entre 1825 y 1829 en busca de La Pérouse y el viaje al Polo Sur y a Oceanía, de 1837 a 1840. También había navegado por las islas griegas y fue él quien señaló al embajador francés en Constantinopla el hallazgo, por un pastor griego, de la famosa Venus de Milo. Sus relatos de viaje van acompañados por numerosos anexos sobre asuntos científicos, como botánica, fauna, hidrología, filología, etc. < <

[140] Peter Dillon (1785-1847): navegante británico de origen irlandés. Las terribles aventuras a que hace referencia Verne fueron una matanza de marinos perpetrada por los nativos de Wailea, de la que Dillon pudo escapar con vida. Como se verá más adelante, Dillon desempeñó un papel de crucial importancia para establecer el lugar exacto del naufragio de La Pérouse. < <

[141] Lucio Anneo Séneca (o Séneca el Joven) (4-65): filósofo romano, natural de Córdoba. Verne refiere en este pasaje una cita de la carta LXXVIII de las *Epístolas morales a Lucilio*, intitulada «No hay que temer las enfermedades», en la que Séneca ironiza sobre los «problemas» que aquejan a un enfermo que, entre otras cosas, no puede degustar ostras abiertas en su propia mesa, lo que era el colmo de la exquisitez (*quia non ostrea illi lucrina in ipsa mensa aperiuntur*, [LXXVIII, 23, a]). Concretamente, sobre la calidad de las ostras del lago Lucrino, muy apreciadas en esa época, nos informa también Plinio (véase *Historia natural*, IX, 168). < <

[142] Pedro Fernández de Quirós (1565-1615): navegante portugués al servicio de la corona española. Estuvo en el Perú con la flota de Alvaro de Mendaña, a quien acompañó a su expedición de las Marquesas como piloto mayor. Posteriormente, se le confió el mando de una expedición al Pacífico, en la que descubrió la isla del Espíritu Santo (Nuevas Hébridas) y otras tierras. Pese a bordear la costa australiana, no se apercibió de que se trataba de un nuevo continente. < <

[143] Luis XVI (1754-1793): rey de Francia desde 1774, nieto de Luis XV y esposo de María Antonieta de Austria. Poco interesado por la política, no osó o no supo llevar a cabo las reformas que la situación social imponía en Francia. La crisis económica, junto con su negativa a suscribir la Declaración de derechos humanos, tras la Revolución de 1789, sus reacciones autoritarias y la derrota en la guerra contra Austria y Prusia, entre otras cosas, provocaron su destitución y posterior juicio por la Convención, que, por corta minoría, le condenó a muerte. Fue guillotinado, y en Francia se instauró la República. Cuentan que una de sus últimas frases antes de subir al cadalso fue: «¿Se sabe algo de La Pérouse?». < <

[144] Con el término *lascar* se denomina en inglés, lengua de la que lo tomó prestado el francés, a un marinero del Este de la India, aunque también a otros soldados de la misma zona. Los hechos a que se refiere Verne tuvieron lugar realmente el 15 de mayo de 1826. Según relata el propio Dillon en su *Narración del descubrimiento del sino de La Pérouse*, publicada en Londres en 1829, se encontró en la isla de Tikopia (o Tucopia) con unos viejos conocidos suyos: el fusilero prusiano Martín Buschart —que había conseguido escapar con Dillon de la matanza de Wailea, trece años antes, y había desembarcado en aquella isla junto con su mujer encinta— y el *lascar* Joe. Cuando Dillon volvió a Tikopia, fue Joe quien vendió la empuñadura de la célebre espada al armero del buque de Dillon. La traducción francesa de la obra de Dillon fue publicada en 1830. Por otra parte, la empuñadura en cuestión forma parte actualmente de la colección del Museo de la Marina francés. < <

[145] Carlos X (1757-1836): rey de Francia. Hijo del delfín Luis, el cual no llegó a reinar, y hermano del duque de Borgoña, de Luis XVI y de Luis XVIII. Exiliado de Francia, consiguió llegar al trono transcurridos la Revolución, el período napoleónico y el reinado de Luis XVIII. Reinó desde 1824 y abdicó en 1830. < <

[146] Luisiáda: Archipiélago de Melanesia al Sudeste de Nueva Guinea. < <

[147] Cruz de San Luis: condecoración francesa. < <

[148] Puede leerse el informe de *Hobbs* en las páginas 227 y ss. del tomo V del relato de la expedición de Dumont d'Urville. < <

[149] Charles-Hector Jacquinot (1796-1879): marino francés que alcanzó el grado de almirante. Participó también en la vuelta al mundo realizada entre 1837 y 1840 por Dumont d'Urville y, a raíz de la muerte de éste, se encargó de la publicación del relato del *Viaje al Polo Sur y a Oceanía*, que apareció entre 1843 y 1854.

< <

[150] La inscripción grabada en el cenotafio rezaba así: «A la memoria de La Pérouse y de sus compañeros. La Astrolabe. 14 de marzo de 1828». < <

[151] Louis-François-Marie-Nicolas Le Goarant de Tromelin (1786-1867): marino francés; alcanzó el grado de contraalmirante y participó en numerosas campañas, bélicas y de exploración, sobre todo entre 1827 y 1829 al mando de la *Bayonnaise*. < <

[152] Dumont d'Urville, en la página 675 del tomo v de su relato de la expedición, escribe que Le Goarant le informó de que, a su paso por Tikopia y Vanikoro, pudo ver que «los nativos habían conservado religiosamente el monumento que habíamos erigido a la memoria de La Pérouse». < <

[153] El navío al que se refiere Verne es el *Endeavour*, y los hechos mencionados tuvieron lugar realmente el 11 de junio de 1770, según se desprende de los diarios de a bordo del capitán Cook. < <

[154] Echemos un rápido vistazo al descubridor y los visitantes:

Francisco *Serrano* (o *Serrão*) (s. XVI), navegante portugués, participó en el proceso de expansión de los dominios portugueses en los archipiélagos del Pacífico. Viajó por las islas del archipiélago malayo. También fue amigo de Magallanes. Jorge de *Meneses*, no José como escribe Verne (?-1531?), navegante portugués, fue gobernador de las islas Molucas en 1526. Viajó por Borneo y por Papuasía, a la que dio el nombre de Isla de don Jorge. Con *Grijalva* tal vez se refiera al navegante español del siglo XVI, Hernando de Grijalba. *Alvaro de Saavedra* Cerón, navegante español del siglo XVI, acompañó a México a Hernán Cortés. Éste, por órdenes del emperador Carlos I, le envió en 1526 a explorar los mares del Sur. Tras llegar a Nueva Guinea y tocar en las Molucas, pereció con su embarcación en una tempestad en su intento por regresar a México. En cuanto a *Juigo Ortez*, aunque ésta es la grafía imperante en casi todas las ediciones y traducciones de la obra, debe de tratarse de Íñigo Ortiz de Retes, navegante español del siglo XVI. Parece ser que Ortiz había emprendido una expedición al Pacífico cuando en una tempestad su nave, la *San Juan*, fue lanzada a la costa de una gran isla, que aquél llamó Nueva Guinea debido al color de la piel de los indígenas, que le recordaba a los de la Guinea africana. William Dampier (1652-1715), bucanero, pirata y marino inglés, fue también destacado hidrógrafo. Navegó por las costas americanas y por el Pacífico, y exploró las costas de Nueva Guinea. En 1697, publicó su libro *Vuelta al mundo*. Se cuenta que fue él quien recogió de la isla de Juan Fernández a Alexander Selkirk, el marino escocés que había sido abandonado allí en un viaje anterior y que inspiraría posteriormente a Daniel Defoe para su *Robinson Crusoe* (véase el nº 22 de esta misma Colección). Con el nombre de *Fumel*, Verne parece referirse a un tal Funnell, oscuro personaje relacionado con Dampier y que escribió un relato sobre los viajes de éste por el Pacífico. Philip *Carteret* (1730?-1796), navegante inglés, participó en una serie de expediciones con Wallis y Byron por el Pacífico. Descubrió la isla de Pitcairn y reconoció el canal de San Jorge. Trazó el mapa de la costa Oeste de las islas Célebes. Thomas

Forrest (1729?-1802), navegante inglés, gran conocedor de las aguas del Índico, recorrió las costas de Nueva Guinea y Mindanao. Publicó en 1779 su libro *Un viaje a Nueva Guinea*. John *Mac Cluer* (?-1794?), navegante e hidrógrafo inglés, estuvo en el Golfo Pérsico y en Bombay. Hacia 1793, realizó una expedición a Nueva Guinea, donde permaneció quince meses en soledad. Y, finalmente, Louis-Isidore *Duperrey* (1786-1863), marino francés, fue notable cartógrafo, amén de científico interesado en la historia natural, la hidrología y el magnetismo. Al mando del navío la *Coquille* —que posteriormente sería rebautizado como la *Astrolabe*, el buque de Dumont d'Urville— dio la vuelta al mundo y exploró los mares del Sur entre 1822 y 1825, en un viaje que aportó numerosos conocimientos científicos sobre las islas del Pacífico. Este periplo fue también la primera vuelta al mundo de Dumont d'Urville, que viajaba en la expedición. < <

[155] Louis-Grégoire Domeny de Rienzi (1789-1843): viajero y literato francés. Viajó por Italia, África, Siria y el Asia Menor. Luchó en Grecia en favor de la independencia de este país. Posteriormente realizó una expedición que le llevó por tierras de Egipto, Abisinia, Arabia, el Hindustán, China y Oceanía. Regresó a Francia en 1829 con numerosos objetos de arte y manuscritos. Fue también diputado. Publicó un *Diccionario geográfico* y un artículo sobre «Oceanía» en el *Universo pintoresco* de Didot. Dumont d'Urville, en su «Noticia sobre las islas del Gran Océano» —que fue leída en la Sociedad Geográfica de París el 5 de enero de 1832— critica la división etnográfica que hace Rienzi de los pueblos de Oceanía.

< <

[156] El nombre del navegante es Luis Váez de Torres. Acompañó a Quirós en su viaje de 1605-1606 como capitán de la nave almiranta. Cruzó el estrecho que lleva su nombre, entre Australia y Nueva Guinea, aunque la existencia del mismo se guardó celosamente como un secreto hasta 1764. El estrecho fue bautizado «de Torres» más tarde por Alexander Dalrymple, del almirantazgo británico.

< <

[157] Se refiere aquí el autor a la última expedición en que participó Dumont d'Urville, entre septiembre de 1837 y noviembre de 1840, que le llevó a descubrir una península del continente Antártico, a la que bautizó Tierra Adelia en honor de su esposa, el día de Año Nuevo de 1840. < <

[158] Adrien-Clément Vincendon Dumoulin (1811-1855): ingeniero y viajero francés. Participó en el viaje de Dumont d'Urville al Polo Sur y Oceanía, en el que se encargó de la física e hidrografía. A la muerte de aquél colaboró en la redacción final de la narración de la expedición. Auguste-Elie-Aimé Coupvent-Desbois (1814-1892), marino francés, figura como oficial en la expedición de Dumont d'Urville. < <

[159] William Parker Ring (1793-1856): marino e hidrógrafo británico. Recorrió la costa australiana entre 1817 y 1821, y, posteriormente, la de América, entre el río de la Plata y la Tierra del Fuego. < <

[160] Cangüros-conejos: Podría tratarse de los famosos *wallabies*, especie de marsupiales de pequeño tamaño que viven en algunos parajes de Australia. Como no ignoran los aficionados al *rugby*, *wallabies* es también el apodo y el símbolo del potente xv australiano de este noble deporte. < <

[161] Efectivamente, Jules-Sébastien Dumont d'Urville pereció, junto con su mujer e hijo, en el primer accidente de ferrocarril ocurrido en Francia, en Meudon (departamento de Altos del Sena), el 8 de mayo de 1842. < <

[162] *Ægri somnia*: estas dos palabras latinas forman parte del séptimo verso de la *Ars poetica* (*Epistula ad Pisones*) del poeta latino Quinto Horacio Flaco (-65/-8) y significan: «pesadillas de un enfermo». < <

[163] Horace-Bénédict-Alfred Moquin-Tandon (1804-1863): doctor en ciencias y en medicina. Se dedicó a la hirudinicultura, o cría de sanguijuelas; también dejó estudios sobre malacología.

Joseph-Antoine Peyssonnel (1694-?): médico y naturalista marsellés. Escribió un volumen con el título *Observaciones sobre el coral*. El año en que descubrió el carácter animal del coral fue 1723 y no 1694, ya que este último fue el año de su nacimiento. < <

[164] *Remington*: marca comercial de una fábrica de armas de fuego, fundada por el inventor estadounidense Eliphalet Remington (1793-1861). A éste, le sucedió su hijo Philo Remington (1816-1889), que introdujo diversas mejoras en los famosos rifles de la casa. < <

[165] Isla Keeling: una de las islas que forma parte del archipiélago de las Cocos, bajo administración australiana. < <

[166] Robert Fitzroy (1805-1865): marino, hidrógrafo, meteorólogo y astrónomo inglés. Estuvo al mando de la expedición del buque *Beagle* en el viaje que realizó con el naturalista Charles Darwin entre 1831 y 1836, visitando las islas de Cabo Verde, las costas sudamericanas, las islas Galápagos, Tahití, Nueva Zelanda, las islas Maldivas y Mauricio. En 1839, publicó un libro en dos volúmenes en el que recogía la narración del periplo del *Beagle*. Posteriormente fue diputado y, más tarde, gobernador de Nueva Zelanda entre 1843 y 1845. Se retiró de la vida pública y se dedicó a la meteorología. Fue uno de los precursores de los boletines de previsión del tiempo. < <

[167] Malabar: región costera del Sudoeste de la India, situada entre el mar Árabe y los Ghates occidentales.

Coromandel: costa oriental de la India junto al golfo de Bengala. Sus principales puertos son: Madrás y Negapatam. < <

[168] Opiano de Anazarbo (siglo II): poeta didáctico griego, autor de una obra en cinco volúmenes sobre la pesca intitulada *Haliéuticas*. Se le atribuye asimismo otro poema sobre la caza, de título *Cinegéticas*, pero al parecer su autor sería otro Opiano, de Apamea éste. < <

[169] Amboina: isla principal y capital del archipiélago de las Molucas. < <

[170] En diversas ediciones, aparece «febrero», pero se trata de una confusión de fechas, ya que más adelante vuelve a aparecer ésta; por lo tanto, debe ser «28 de enero». < <

[171] Henry Charles Sirr (1807-1872): vicecónsul británico de Hong Kong, permaneció asimismo en la isla de Ceilán al servicio de la Corona británica. El libro que cita Verne apareció publicado en 1850, en dos volúmenes, y es un compendio, muy al uso en aquellos tiempos, de geografía, historia, economía y etnografía de la isla.

< <

[172] Tratado de Amiens o Paz de Amiens, firmado el 27 de marzo de 1802 entre el Reino Unido, España, la República Bátava (Países Bajos) y Francia, en medio de las guerras napoleónicas. La paz sólo duró catorce meses. Los británicos se quedaron con Ceilán, que, entonces, pertenecía a los holandeses. Por su parte, España recuperó la isla de Menorca a cambio de ceder la de Trinidad a Inglaterra.

< <

[173] En realidad, se trata de Robert Percival (1765-1826): militar, viajero y escritor británico. El libro en cuestión lleva por título *Descripción de la isla de Ceilán*. Fue publicado en 1803 e inmediatamente traducido al francés. Percival dedica el capítulo III de su libro a la pesca de las perlas. El dato del buceador «cafre» — adjetivo aplicado a quien no profesa la fe islámica—, aparece en la página 91 de la citada edición. Verne aprovecha numerosos elementos de este libro y del anteriormente citado de Sirr para la redacción de este capítulo y del siguiente. < <

[174] Atlas: cadena montañosa que se extiende por Marruecos, Argelia y Túnez. < <

[175] Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558): hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca y nieto de los Reyes Católicos. Titular del Sacro Imperio Romano Germánico. Por herencia, recibió una serie de territorios heterogéneos, de ahí su continuo esfuerzo por lograr el funcionamiento eficaz de su Imperio. Durante su estancia en el trono, prosiguió la expansión de los españoles en América, seguida, sin embargo, sin mucho interés por parte del Emperador. < <

[176] Cayo Julio César (-101/-44): general, historiador y político romano. Fue cónsul y participó en el primer triunvirato junto con Pompeyo y Craso. A la muerte de éste, se enfrentó directamente a Pompeyo. Tras un largo período de luchas, se hizo con el poder, lo que le granjeó la enemistad del Senado y de los republicanos. Sus memorias militares, *La guerra civil* y *La guerra de las Galias*, son importantes documentos históricos sobre su época. César murió víctima de un complot, asesinado en presencia de los senadores.

Servilia: dama romana que vivió en el s. -I; hija de Quinto Servilio Cepio y madre de Marco Junio Bruto, el cual participó en el asesinato de Julio César. Se rumoreaba en Roma que el propio Bruto era fruto de una relación entre César y Servilia. La historia de la perla la relata el historiador romano Suetonio en su *Vida de los Doce Césares* (Libro I, cap. L): «[...] en su primer consulado [J. César] le había regalado una perla que costaba seis millones de sestercios». < <

[177] Cleopatra VII (-69/-30): reina de Egipto, última de la dinastía de los Lágidas. Dama políglota y muy culta. Célebre por sus amores con C. Julio César, con quien tuvo un hijo, y con Marco Antonio. Su unión con este último ponía en peligro la hegemonía de Roma en el Mediterráneo, por lo que Octavio, sucesor de César en el poder, les declaró la guerra. Tras vencerlos en la batalla de Accio (2 de septiembre de -31), Marco Antonio y Cleopatra huyeron a Egipto y ambos se suicidaron. < <

[178] *Requin*: según la etimología popular, derivaría de «réquiem». Los lexicógrafos, sin embargo, no se ponen de acuerdo y dan dos posibles alternativas: bien la raíz normanda de perro «-quin» (*chien* en francés; por ejemplo, *chien de mer* es la lija o pintarroja), bien la raíz del verbo *rechigner* (obsérvese, en español, «rechinar los dientes»). Cf. *Dictionnaire historique de la langue française*, dirigido por Alain Rey, Dic. Le Robert, París, 1992. < <

[179] Como ya quedó dicho al hablar de Rabelais, *Gargantúa* es una obra de este autor (escrita en 1534). Gargantúa es un gigante de apetito desmesurado, pero de temperamento bondadoso y pacífico.

< <

[180] Islas Maldivas: archipiélago situado al Sudoeste de Ceilán y compuesto por doce atolones coralinos. En 1965, se independizaron del Reino Unido.

Islas Laquedivas: grupo de islotes y arrecifes de coral del océano Índico, situado al Oeste de la costa de la India. Forman un Estado federado de dicho país. < <

[181] Vasco da Gama (1469-1524): navegante portugués. En 1502, descubrió la ruta directa a la India por el cabo de Buena Esperanza. Fundó Mozambique, Sofala y Cochín. Murió como virrey de la India y Camões lo convirtió en protagonista de su poema épico *Os Lusíadas*. < <

[182] Mahra, Mahri o Mahrah: antiguo sultanato yemení, que formó parte del protectorado de Adén oriental (1866) y, más tarde, de la Arabia del Sur. Comprendía un sector continental desde los montes Mahra (en la frontera con Omán) hasta el mar. Actualmente forma parte del Yemen.

Hadramaút: región histórica de límites indefinidos en la Arabia meridional, comprendida en la actualidad en el Yemen, aunque sus confines septentrionales se adentran en la Arabia Saudita. < <

[183] Edrisi o Idrisi (1099-1170?): geógrafo árabe español. Estudió en Córdoba y vivió en la corte de Roger II de Sicilia; por encargo de éste escribió una geografía mundial acompañada de mapas. Dejó una representación circular de la Tierra, que sirvió de base a las demás cartas posteriores. Dividió las zonas habitadas en siete climas o latitudes. < <

[184] Asfaltita: antiguo nombre del mar Muerto. En latín: *Asphaltites lacus*. < <

[185] Ptolomeo: nombre de diversos soberanos de la época helenística, especialmente los de la dinastía egipcia de los lágidas (siglos -III/ +I). < <

[186] Pan: en la mitología griega, es el dios de los pastores y de los rebaños. Se le representa como un ser mitad hombre y mitad macho cabrío. Ágil y rápido, disfruta durmiendo la siesta cerca de algún fresco hontanar o espiando y persiguiendo a las Ninfas de los bosques. Pan tocaba la siringa, especie de zampoña compuesta de varios tubos de caña ligados unos a otros y que forman la escala musical. < <

[187] Por «archipiélago griego», debe entenderse las aguas e islas del mar Egeo. < <

[188] Estrabón de Amasia (-64?/+17): geógrafo griego, autor de una *Geografía en* diecisiete volúmenes, el tercero de los cuales está consagrado a la península Ibérica. Su obra presenta un gran interés para la investigación histórica, geográfica y etnográfica de la Antigüedad, y, por otra parte, es rica en digresiones mitográficas. Gozó de gran prestigio hasta la Edad Media. < <

[189] Lucio Flavio Arriano (s. II), historiador griego discípulo de Epicteto, es autor de las *Diatribas*, de una *Anábasis de Alejandro* y de un tratado sobre cinegética.

Agatárquides de Cnido (s. II), historiador que desarrolló su actividad fundamentalmente en Alejandría, escribió dos obras históricas, una *Sobre Asia* y otra *Sobre Europa*. Asimismo, se conocen fragmentos de otro libro, *Sobre el mar Rojo*, que comprendía cinco libros y estaba consagrado al estudio de los diversos pueblos de las costas aledañas al mar Rojo.

Artemidoro de Éfeso (s. -I), geógrafo griego, es autor de una obra en 11 volúmenes de la que sólo nos han llegado fragmentos y referencias a través de otros autores y por una compilación abreviada del siglo V. Estrabón la utilizó como fuente para sus escritos. < <

[190] Sesostris o Senusret: nombre de tres Faraones egipcios que gobernaron entre los siglos -XIX y -XVIII. Sus campañas fueron narradas por los historiadores griegos Heródoto y Diodoro de Sicilia, que hablaron de «Sesostris» como un único y legendario Faraón. < <

[191] Necos II, también Neco o Neco (s. -VI): faraón egipcio, sucedió a su padre Psamético. Restableció en Palestina y Siria la dominación de los faraones, aunque posteriormente fue vencido por Nabucodonosor y se vio obligado a abandonar sus conquistas. Intentó, efectivamente, abrir de nuevo el canal que unía el Nilo al mar Rojo. < <

[192] Darío I, rey de Persia (-521/-486), hijo de Histaspes, emprendió una serie de conquistas que culminaron en el avance hacia el delta del Danubio, donde su ejército fue derrotado y sufrió grandes pérdidas. Sin embargo, sí pudo someter Tracia y Macedonia. En la I Guerra Médica («medos» es sinónimo de persas) fue derrotado en Maratón en el año —490. Su padre, Histaspes (s. -VI), al parecer tomó parte en la segunda expedición de Ciro contra los masagetas (-529). Fue sátrapa de Hircania y, al advenimiento de su hijo, reprimió la revuelta de los hircanios y contribuyó a restablecer la integridad del Imperio persa.

Ptolomeo II Filadelfo (-308/-246), rey de Egipto (-285/-246), guerreó contra Siria e impuso su hegemonía en el Mediterráneo oriental. Fundó el Museo de Alejandría. < <

[193] Buhaste o Bubastis: antigua ciudad del Bajo Egipto donde residieron los reyes de la vigésima segunda dinastía. Fue famosa por sus fiestas religiosas. Actualmente es Ez Zagazig. < <

[194] Antoninos: nombre con que se conoce a una dinastía de emperadores romanos (Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo) que reinó desde el año 96 al 192, época de máximo esplendor del Imperio. < <

[195] Omar I o Umar, «Señor de los Creyentes» y segundo califa musulmán (586?-644), transformó el sistema árabe en un imperio teocrático, organizando una nueva administración en las tierras ocupadas, al pasar el jefe militar a ser delegado del califa para asuntos civiles, cabeza del islamismo y juez. En su califato, los árabes conquistaron Mesopotamia y Siria y dio comienzo la conquista del Irán y de Egipto.

Abu Yafar Abdallah *Al Mansur* «El Victorioso» (710?-775), hermano y sucesor de Abul Abbás, fue el segundo califa de la dinastía de los abasíes, descendientes del profeta Mahoma. Estableció la capital en Bagdad para albergar a la creciente burocracia. Tuvo que hacer frente a diversas revueltas de jariyíes y alidas, entre ellas la de su tío Mohammed ben Abdallah (712?-764), que fue gobernador de Siria y pretendió suceder a su sobrino Al Mansur, pero no lo consiguió. Pasó los últimos siete años de su vida encarcelado por Al Mansur. < <

[196] Napoleón Bonaparte (1769-1821): militar y estadista francés. Ascendido a general, tras su actuación en la defensa de Tolón, pasó a la campaña de Italia, donde se adueñó del norte del país. Posteriormente, el Directorio le confió el mando de la expedición de Egipto, en 1798, para acabar con el dominio inglés, intento fallido por la derrota de la flota. En 1799, tras un golpe de Estado, se hizo con el poder con el título de Primer Cónsul. En 1804, gracias a un plebiscito, se proclama Emperador. La época napoleónica transcurrió entre campañas militares como la de España (1808-1814), Rusia (1812), etc. Tras una serie de derrotas, abdicó y tuvo que exiliarse a la isla de Elba en 1814. En marzo de 1815, desembarca en Cannes y consigue volver al poder por otros cien días, hasta la derrota definitiva de Waterloo. Fue desterrado a la isla de Santa Elena, donde murió. < <

[197] Hadjaroth: lugar difícil de localizar con precisión, parece ser el Pi Hajirot del Exodo, que figura en la versión española de la Biblia (véase Libro del Éxodo, 14, 2). < <

[198] Ferdinand de Lesseps (1805-1894): diplomático e ingeniero francés. Entre 1842 y 1848, fue cónsul en Barcelona. Proyectó y realizó las obras de apertura del canal de Suez (entre 1859 y 1869, año éste en que empezó a publicarse *Veinte mil leguas de viaje submarino*). Otro proyecto similar en el istmo de Panamá fracasó.

< <

[199] *Aures habent et non audient*: «Tienen orejas y no oyen», del versículo 6 del salmo 113 B; equivale a nuestro refrán «No hay peor sordo que el que no quiere oír». < <

[200] Se trata del verso 387 y del comienzo del verso 388 del Libro IV de las *Geórgicas* de Virgilio: «En los abismos de Escarpante, mora un adivino de Neptuno, el cerúleo Proteo...». En la mitología griega, Proteo era, efectivamente, una divinidad del mar. Solía guardar los rebaños de focas y otros animales marinos del dios del mar Posidón (el Neptuno griego) y tenía la capacidad de metamorfosearse en lo que deseaba, no sólo en animal, sino también en un elemento como el agua o el fuego. Tenía también el don de la profecía, de ahí la palabra *vates*: adivino. < <

[201] Aulo Vitelio (15-69): emperador romano, famoso por su glotonería y lo breve de su paso por el poder (de abril a diciembre del año 69, cuando fue asesinado). Este pasaje procede, a través de Lacépède (*ob. cit.*, II, 398-400), del libro dedicado a Vitelio en la *Vida de los doce Césares* del biógrafo romano Suetonio (70-?).

< <

[202] El pasaje de la remora procede del capítulo I del libro XXXII de la *Historia natural* de Plinio. < <

[203] El cabo de Matapán es la punta central de las tres del Peloponeso; también se conoce como cabo de Ténaro. < <

[204] *Pesce*: «pez» en italiano, así en el original. Aunque el buzo sea, aparentemente al menos, griego, no hay que olvidar la influencia y presencia del elemento italiano (veneciano, siciliano, etc.) en la zona por donde atraviesa en este pasaje el *Nautilus*. Por otra parte, las Cícladas son el archipiélago situado al Este de la Grecia continental y el Peloponeso. Sus islas principales son: Andros, Tenos, Paros y Naxos. < <

[205] Cerigo es uno de los nombres con que se conoce a la isla de Citera (o Citerea), situada al Sudeste del Peloponeso. < <

[206] Plutón: en la mitología latina, es el equivalente del Hades de la mitología griega. Plutón es el dios de la muerte. Su nombre latino está relacionado con el término griego con que se designa la riqueza: *plutos*, ya que es en el mundo subterráneo donde yacen los minerales con los que se producen los metales, que, preciosos o no, simbolizaban a aquélla. < <

[207] Luculos, y no Lúculos, como se lee a veces erróneamente: sobrenombre de una familia romana de la *gens* Licinia. Era especialmente conocido por sus excesos gastronómicos y afición a la buena mesa Lucio Licinio Luculo (-114?/-57). El dato proporcionado aquí procede del libro sobre Luculo escrito por Plutarco. < <

[208] Según Lacépède (*ob. cit.*, II, 230-231), el general Milet-Moureau relataba que los atunes siguieron a los navíos de La Pérouse desde la isla de Pascua hasta las islas Sandwich o Hawaii.

< <

[209] Propóntide: actualmente, el mar de Mármara, situado entre el Egeo y el mar Negro. < <

[210] Verne se basa en Lacépède, quien escribe: «Tienen fama de temer el estampido del trueno violento, mas ciertos sonidos o ruidos moderados no les desagradan, [...] incluso en algunos ríos, los pescadores colocaban en sus redes unos arcos de madera provistos de campanillas, cuyo tintineo atraía a los sábalos» (Lacépède, *ob. cit.*, III, pág. 239). < <

[211] Los episodios de la muerte del salmonete y del exorbitante precio pagado por algunos de estos múlidos están bien documentados en los capítulos 30 y 31 del libro ix de la *Historia Natural* de Plinio. < <

[212] *Gouans*: en realidad, Verne escribe *jouan*, lo que a veces ha inducido a error a la hora de traducir este término. Visto que *jouan* parece no existir como nombre de pez en francés, nos parece plausible pensar que se trata de un error de Verne al copiar un dato de Lacépède, pues éste habla de un lábrido al que identifica como *gouan*. Podría tratarse de una «maragota», un «gallano» o un «merlo». < <

[213] Aracne: en la mitología griega, se trata de una doncella muy hábil tejedora. Quiere la leyenda que, tras desafiar a Atenea (la diosa de las hilanderas) a tejer un tapiz, Aracne eligió como tema para el suyo los amores de los dioses, lo que ofendió profundamente a Atenea, que destrozó la creación de su rival. Aracne se iba a suicidar ahorcándose cuando Atenea la transformó en una araña: de ese modo, siempre estaría tejiendo en el extremo de su hilo. < <

[214] Parece haber una confusión de nombres entre el *Inachus cornutus*, el ínaco escorpión que refiere Verne, y otro animal que lleva el nombre latino de *Maia squinado* y que, en español, se conoce por centolla o centollo. Al menos, éste es el animal que, según Milne-Edwards (*Histoire naturelle des annélidés, crustacés et arachnidés*, I, 155) y Cuvier (*Le règne animal*, II, 169), representa la prudencia, la razón o la sabiduría entre los griegos (recordemos que la sabiduría la representaba también la lechuza, símbolo de Atenea). Por otra parte, la centolla se utilizó como emblema en monedas griegas de la Magna Grecia. < <

[215] Rufio Festo Avieno, o Avienio, (s. IV): procónsul latino y traductor al latín de una *Descripción del mundo* del autor griego Dionisio Periegeta (s. II) y autor de una *Ora marítima* en la que lleva a cabo una descripción del litoral mediterráneo. < <

[216] En el original: *péninsule hispanique*. < <

[217] He aquí los personajes de la galería de retratos del camarote:

Tadeusz Andrzej Bonawentura Kosciuszko (1746-1817): aristócrata y militar polaco. Participó, enrolado en el ejército de los colonos sublevados contra la Corona británica, en la guerra de independencia de los Estados Unidos, donde permaneció desde 1776 hasta 1784. A su vuelta a Polonia, pasó una etapa difícil entre 1784 y 1789, fecha en que pudo reingresar en el ejército polaco. En 1792, el ejército de Catalina II la Grande, zarina de Rusia, invadió Polonia para evitar una posible pérdida de influencia en esa área, donde temía la expansión de las ideas liberales. Kosciuszko se convirtió en un auténtico líder militar y encabezó la lucha por la libertad de su país. Cosechó algunos grandes éxitos, pero finalmente fue herido y encarcelado por los rusos. Tuvo lugar, entonces, la tercera partición de Polonia. En 1797, Kosciuszko regresó a los Estados Unidos, pero un año más tarde pasó a Francia, donde permaneció hasta 1815.

Marcos Bótsaris (1788-1823): uno de los héroes del comienzo de la guerra de independencia de los griegos. Bótsaris, originario del Epiro, había luchado en su juventud contra Alí Pachá, quien controlaba la región de Ioánnina. En 1803, se vio obligado a instalarse en la isla de Corfú, donde permaneció 16 años y se impregnó de las ideas europeas sobre el nacionalismo. En 1814, se unió a la *Filikí Etería*, la Sociedad de Amigos, una de las organizaciones patrióticas en que germinaba el nacionalismo griego. Al estallar la guerra en 1821, se puso al mando de los guerrilleros suliotas. Murió en Misolongui, en un ataque contra un cuerpo de ejército turco formado por albaneses, en 1823. A su muerte, Lord Byron pasó al mando sus guerrilleros. Le llama el *Leónidas de la Grecia moderna* en referencia a Leónidas I (?/-480): rey de Esparta, de la familia de los Agidas, a quien los griegos confiaron el mando del ejército de tierra en —481, en plenas guerras contra los persas. Leónidas cayó heroicamente defendiendo contra las tropas de Jerjes el célebre paso de las Termopilas, junto con trescientos hoplitas espartanos, tras haber sido traicionados por el griego Efialtes, que indicó a los persas la vía de ataque.

Daniel O'Connell, «el Libertador», (1775-1847): abogado y político nacionalista irlandés; fue el primero de los grandes líderes irlandeses en la Cámara de los Comunes británica. En 1823, fundó la *Great Catholic Association* que fue prohibida en principio. Gozaba de gran predicamento popular y fue elegido diputado en numerosas ocasiones, cargo en que se reveló como un magnífico orador. Tras comenzar propugnando la anulación de la unión entre Irlanda y Gran Bretaña, acabó proponiendo un plan para federar ambas partes, lo que le granjeó la enemistad de algunos nacionalistas irlandeses más radicales.

George Washington (1732-1799): acaudalado propietario de plantaciones de Virginia (EE. UU.). Fue proclamado comandante en jefe del ejército de los colonos sublevados contra los británicos en la guerra de la independencia de los Estados Unidos (1775-1783). Además de organizar ese ejército, tuvo que hacer frente a los norteamericanos leales a la corona y a las tribus indias aliadas de los británicos. El 4 de julio de 1776, tuvo lugar la declaración de la independencia de los 13 Estados Unidos. Kosciuszko luchó a las órdenes de Washington, al igual que La Fayette y Von Steuben, aristócratas francés y prusiano, respectivamente. En 1789, George Washington fue proclamado primer Presidente de los Estados Unidos (su mandato duró hasta 1797). Con su apellido se bautizó la nueva capital federal, fundada en 1793.

Daniele Manin (1804-1857): abogado y político veneciano. Tras pasar bastantes años sin sentirse especialmente atraído por la política, comenzó a finales de los años 1840, junto a Niccolò Tommaseo, a criticar la dominación austríaca de Venecia y a luchar contra la misma. Resistió al frente de Venecia el asedio de los austríacos y, tras ser derrotadas sus fuerzas, fue condenado al destierro en 1849. Residió en París hasta su muerte.

Abraham Lincoln (1809-1865) fue el decimosexto Presidente de los Estados Unidos. De origen humilde —fue leñador entre otras cosas—, Lincoln estudió Derecho de forma autodidacta. Fue diputado por Illinois y, en 1860, resultó elegido Presidente. Durante su mandato, se libró la guerra civil entre la Unión y los Confederados, partidarios éstos últimos de mantener la esclavitud. Como medida de guerra, Lincoln decretó la libertad de los esclavos negros en

1863. Fue asesinado en 1865 en un teatro de Washington.

John Brown (1800-1859): activista blanco estadounidense partidario de la abolición de la esclavitud. Tras desempeñar multitud de trabajos, Brown se instaló con su familia en una comunidad negra del Estado de Nueva York. Comprometido con la idea antiesclavista, llegó a encabezar un grupo mixto de blancos y negros en favor de la emancipación, que llevó a cabo algunas acciones armadas, entre ellas una contra unas instalaciones militares, que costó la vida a dos de sus hijos y a él mismo la condena a muerte. Víctor Hugo realizó un dibujo, en el que es visible la influencia de Goya, titulado *Ecce lex*, más conocido como *Le pendu* (el ahorcado). El dibujo retrataba la ejecución de un asesino en Guernesey, pero cinco años más tarde, al ser ajusticiado John Brown, Hugo utilizó su obra para concienciar a la opinión pública sobre el caso del antiesclavista americano. De ahí que, ya en vida de Víctor Hugo, se asociara normalmente ese dibujo a la figura de John Brown. (Véase el libro de Gaétan Picon, *Hugo-Dessins, le soleil d'encre*, Gallimard, 1985). < <

[218] Felipe V (1683-1746): rey de España. A la muerte, en 1700, de Carlos II, último de los Habsburgo españoles, se proclamó sucesor al trono al nieto del monarca francés Luis XIV, el duque de Anjou, que llegó a Madrid en 1701. Éste se casó con María Luisa de Saboya, que tendría una gran influencia sobre él, al igual que Isabel Farnesio, que fue su segunda esposa a la muerte de aquélla. En 1702, tuvo que librar la Guerra de Sucesión en una coalición con Francia y Baviera contra otra formada por el emperador del Sacro Imperio, Leopoldo I, ciertos estados alemanes, Inglaterra y Holanda, partidarias del Archiduque Carlos. El Tratado de Utrecht, firmado al concluir la guerra, le privó de los Países Bajos españoles y de las posesiones italianas de los Habsburgo. Asimismo, España perdió Gibraltar. < <

[219] François-Louis de Rousselet, marqués de Château-Renault (1637-1716): vicealmirante y mariscal de Francia. Entre sus acciones más conocidas se cuenta la victoria sobre los ingleses en Bantry (1689). En 1701, era vicealmirante de Levante; pese a los hechos desgraciados que narra Verne, fue promovido a mariscal de Francia en 1703. Hasta su muerte, fue teniente general y comandante de Bretaña. < <

[220] Spitzberg o Spitsbergen: antiguo nombre del archipiélago noruego de Svalbard, en las regiones árticas, y nombre de una de las islas del mismo. Otras islas del archipiélago son: Príncipe Carlos, Edge, Barents, Tierra del Nordeste, Wiche y Rey Carlos. < <

[221] Teopompo (-376?/-323?): historiador griego natural de la isla de Quíos; fue discípulo del orador Isócrates y amigo del rey Filipo II de Macedonia y del hijo de éste Alejandro Magno. Sus dos obras más importantes son las *Helénicas*, continuación de las del historiador Tucídides, y las *Filípicas*, que giran en torno a la figura de Filipo II, de las que, desgraciadamente, sólo quedan fragmentos.

Platón (-427/-347): uno de los filósofos griegos antiguos más importantes y de mayor influencia en la historia del pensamiento. Platón, de origen aristocrático, fue discípulo de otro no menos conocido filósofo, Sócrates. Entre sus numerosas obras, cabe citar: *La República*, *Fedón*, *Gorgias*, *Fedro*, *Protágoras*, *El Banquete*, etc. Su filosofía se centra en el estudio de las ideas o las formas, pero no desdeña adentrarse en la teoría política, entre otras cosas, como hace en su obra *La República*. Platón, como se verá más adelante, trata de la Atlántida, directa o indirectamente, en algunas de sus obras.

Orígenes (185?-254?): uno de los pioneros de la crítica textual de la Biblia. Padre de la Iglesia griega. Dirigió la Escuela de teología de Alejandría. Tuvo que refugiarse en Cesárea de Palestina, escapando de las persecuciones, pero no pudo evitar la de Decio (250). Prolífico autor, escribió, entre otras muchas, la obra apologética *Contra Celso*, unas *Homilías* y *Comentarios*, etc.

Porfirio (234-305?): filósofo neoplatónico y discípulo de Longino y Plotino, filósofo este último a cuyo estudio dedicó una buena parte de su obra. Fue un enemigo acérrimo del cristianismo, contra el que escribió quince obras, que se han perdido. Escribió un *Tratado sobre los oráculos*, un *Tratado acerca de las imágenes de los dioses*, una *Vida de Plotino*, las *Cuestiones homéricas*, etc.

Jámblico (250?-330): filósofo griego, más pitagórico que platónico. De su obra nos han llegado fragmentos (*Protréptico*, *Sobre las matemáticas*, *Sobre los misterios*). Jámblico es considerado uno de los precursores del monoteísmo ya que, según él, más allá de la diversidad de los dioses existe un principio primero y único.

Jean-Baptiste Bourguignon d'Anville (1697-1782): geógrafo francés. Autor de 211 mapas o planos, considerados como los más exactos del siglo XVIII, y de 78 obras o memorias que tratan de geografía antigua y moderna.

Konrad Malte-Brun, o Malte Conrad Brûn (1775-1826): geógrafo danés, exiliado en Francia en 1821 por haber defendido en sus escritos los principios de la Revolución francesa. Fue uno de los fundadores y primer secretario general de la Sociedad de Geografía de París. Su hijo Victor-Adolphe (1816-1889) también fue geógrafo.

Posidonio de Apamea (-135/-51): filósofo griego. Fue maestro de Cicerón y de Pompeyo. Escribió, además de obras filosóficas, una *Historia* en cincuenta y dos volúmenes, que era continuación de la del historiador Polibio.

Amiano Marcelino (330?-395?): historiador latino de origen griego. Su obra histórica en treinta y un volúmenes, continuación de la de Tácito, abarcaba desde Nerva hasta la muerte de Valente. Sus escritos son abundantes en digresiones sobre los temas más variados, como los obeliscos o los jeroglíficos egipcios, la descripción de los hunos, etc. Han quedado sólo dieciocho volúmenes del total.

Quinto Septimio Tertuliano (160?-222?). Padre de la Iglesia de Occidente y primero de los escritores cristianos de lengua latina. Tertuliano era inicialmente pagano y se convirtió al cristianismo. En África del Norte desarrolló su magisterio doctrinal. Entre sus obras destacan *Contra Marcio* y la *Apologética*.

Joseph Pitton de Tournefort (1658-1708): botánico francés y profesor en el *Jardín royal des plantes*. Fue el precursor de las misiones de exploración realizadas por dicha institución. Aparte de su obra científica *Elementos de botánica o método para conocer las plantas*, destaca su relato de viaje a Grecia, Turquía, Armenia y Georgia.

Armand d'Avezac-Macaya (1799-1875): geógrafo francés. Publicó diversos trabajos sobre geografía de África. Fue secretario de la Sociedad de Geografía de París y uno de los fundadores de la de Etnografía. Entre sus obras, destaca *Las islas fantásticas del océano*

Occidental en el Medievo. < <

[222] *Timeo, o Diálogo sobre la naturaleza, y Critias, o Diálogo sobre la Atlántida*. Verne escribe «diálogo», en singular, pero se trata en realidad de dos diálogos, ambos escritos por Platón. < <

[223] Solón (-640?/-558?): estadista ateniense, considerado uno de los siete sabios de Grecia. Fue arconte entre el -594 y el -593. Abolió las deudas de los campesinos y prohibió la esclavitud por deudas. Solón dividió a los ciudadanos en cuatro clases censitarias que se repartieron los cargos que entonces estaban únicamente reservados a los aristócratas. Favoreció asimismo el desarrollo del artesanado, del comercio y de la oleicultura. Además de su actividad política compuso poesía yámbica y elegíaca. El pasaje de la ciudad de Sais que sigue a continuación está relatado en el *Timeo* de Platón. < <

[224] Jean-Sylvain Bailly (1736-1793): político y sabio francés, fue elegido diputado de París por el Tercer Estado en los Estados Generales. Llegó a ser Presidente de la Asamblea Nacional y alcalde de París. Escribió sendas obras de historia de la astronomía, moderna y antigua. < <

[225] Véase la *Historia de los animales* de Aristóteles (598 a). < <

[226] Orion: una de las más importantes constelaciones, llamada así por el nombre de un gigante cazador de la mitología griega, hijo de Posidón. Por haber intentado violar a Artemis, murió a consecuencia de la picadura de un escorpión enviado por los dioses.

< <

[227] Newcastle-under-Lyme: ciudad británica situada en el condado de Staffordshire, famosa por sus minas. < <

[228] Hernán Cortés (1485-1547): uno de los más conocidos conquistadores españoles del Nuevo Mundo. Se trasladó en 1504 a La Española y participó en la expedición a Cuba de Velázquez en 1511. Éste le confió el mando de una expedición para conquistar el Imperio Azteca. Salió de Cuba en 1519 hacia Yucatán y fundó la ciudad de Veracruz. En 1522, Carlos I le nombró capitán general del reino de Nueva España (actualmente, México). Realizó diversas expediciones a Yucatán y Honduras, que anexionó a Nueva España. Implantó una sólida organización administrativa en los territorios a su cargo. Regresó en 1540 a España y tomó parte en la expedición de 1541 a Argel. < <

[229] Hartz (más correcto: Harz): cadena montañosa situada al norte de Alemania. Sus paisajes boscosos y agrestes fueron fuente de inspiración de la estética romántica. < <

[230] El título correcto del libro de Maury es *The Physical Geography of the Sea*, es decir: *Geografía física del mar*, y fue publicado en 1855. < <

[231] Posiblemente, Verne se refiere al pez que Aristóteles y Plinio denominan *chromis* (véanse *Historia de los animales*, 534 a 539, e *Historia natural*, X, 193, respectivamente). < <

[232] Henry Mangles Denham (1800-1887): almirante británico. Entre 1852 y 1859 estuvo al mando del buque *Herald* y llevó a cabo sondeos y estudios hidrológicos en el Pacífico con vistas a estudiar las mejoras que resultaban necesarias en las comunicaciones entre Australia y el Oeste del continente americano. Viajó por los archipiélagos de Tonga, Fiji, Nuevas Hébridas, mar del Coral, etc. < <

[233] Puede tratarse de uno de los dos hermanos Parker, ambos marinos: Foxhall Alexander (1821-1879) o William Harwer Parker (1826-1896). Durante la guerra civil americana, Foxhall sirvió en el bando unionista, mientras que William lo hizo en el confederado.

< <

[234] Francis Leopold Mac Clintocks en la primera expedición al Ártico (1848) en busca de Franklin. Participó en otras expediciones, y ya como capitán de navío emprendió la cuarta expedición en busca de Franklin en 1857. < <

[235] Lapsus del autor. El mes de marzo, en que transcurre la ficción en este capítulo, equivale en el Antártico, y en el hemisferio Sur en general, al mes de septiembre del hemisferio Norte: así se explica la alusión al otoño austral. < <

[236] *Hullamock* y *Umgallick*: nombres esquimales de dos tipos de ballenas. Aparecían dos nombres similares en el capítulo I de la primera parte del libro (véase nota 8). < <

[237] *Yankee doodle*: título de una melodía popular de los Estados Unidos, considerada como característicamente nacional y relacionada con la Guerra de la Independencia de aquel país. < <

[238] *Frédol*: pseudónimo del médico y naturalista Horace-Bénédict-Alfred Moquin-Tandon, el cual ya aparece citado en el capítulo xxiv de la primera parte del libro (véase nota 1). < <

[239] Los términos relacionados con los hielos antárticos que aparecen en bastardilla en este capítulo están en inglés en el texto original de Jules Verne. < <

[240] Christopher Hansteen (1784-1873): físico y astrónomo noruego y profesor de la Universidad de Oslo. De su labor deben destacarse sus estudios sobre el magnetismo de la Tierra. Se desplazó por Escandinavia y Siberia realizando estudios de geomagnetismo. Creó el primer observatorio astronómico de Noruega. < <

[241] Según la cronología del relato, debería ser el día 20, y no el 19 de marzo. < <

[242] James Ross (1800-1862): oficial de la Marina inglesa, sobrino del también navegante y explorador del Ártico Sir John Ross (1777-1856) en cuyo viaje de expedición localizó el Polo Norte magnético (1831). Además, exploró el Antártico entre 1839 y 1843. Descubrió el mar que lleva su nombre y la Tierra Victoria. En 1847, apareció el relato de su viaje al Antártico: *Viaje de descubrimiento e investigación en las regiones meridionales y antárticas*. < <

[243] Confusión de Verne entre los zoófitos alcionarios y las aves procelariformes. < <

[244] Quebrantahuesos: En español en el original. Podría tratarse, en realidad, del pigargo, si bien esta ave es una rapaz. < <

[245] Estenorrincos: Posiblemente, Verne se refiere a la especie *Phoca leptonyx* o a la foca de Weddell. < <

[246] Debe de ser un lapsus del autor y tratarse de «australes» en vez de «*boreales*». En el Norte (regiones boreales) el 21 de diciembre es el solsticio de invierno. < <

[247] En español, se conoce a esta ballena con los nombres de «yubarta», «gubarta» o «ballena jorobada». < <

[248] En español, «rorcual común». < <

[249] Se trata en realidad de Dirk Pomp Gerritsz (1544?-1608): marino holandés, pionero en establecer relaciones comerciales con China y con el Japón. Al parecer, Gerritsz sufrió un gran temporal con su barco al intentar cruzar el Estrecho de Magallanes y se vio arrastrado hacia el Sur, hacia unas islas que serían las Nuevas Shetland, hecho este que no ha quedado confirmado por los estudiosos. Veamos el resto de los marinos mencionados a continuación por el capitán Nemo:

Fabian Gottlieb von Bellingshausen (1778-1852): marino ruso que participó en una expedición de vuelta al mundo y, más tarde, mandó con los navíos *Vostok* y *Mirny* otra al Polo Sur. Fue gobernador de Kronstadt y escribió un libro titulado *Dos expediciones al Océano Glacial y viaje alrededor del mundo*. En el Antártico, existe un mar que lleva su nombre.

Edward Bransfield (no Brunsfield) (1795-1852): oficial de la Marina británica que, supuestamente, fue el primero en avistar la tierra firme de la Antártida. Realizó una serie de cartas náuticas de la zona.

Benjamin Morrell (1795-1839): marino estadounidense capitán de un ballenero. Viajó por aguas del Antártico y tocó tierra en las islas Kerguelen. Escribió una obra titulada *Relaciones de cuatro viajes realizados alrededor del mundo de 1822 a 1831*.

Powell (s. XIX): navegante inglés que, al mando del *Dove*, descubrió la isla de la Coronación.

James Weddell (1787-1834): navegante y explorador inglés. Trabajaba para una compañía de Edimburgo como cazador de focas y realizó diversos viajes al Antártico. Bautizó el mar libre de hielo que descubrió como mar del Rey Jorge IV, en honor del monarca británico entonces en el trono; sin embargo, este nombre se cambió en 1900 por el de su descubridor.

Henry Foster (no Forster) (1796-1831): marino y astrónomo inglés. Participó en una expedición con Parry al Polo Norte. Se le encomendó un viaje científico al Antártico y se instaló durante dos

meses en una isla a la que dio el nombre de la Decepción, en 1829. La relación de su viaje, *Viaje al océano Atlántico Sur*, apareció en 1834.

John Briscoe (s. XIX): marino mercante inglés y capitán de uno de los buques de la casa armadora Hermanos Enderby, de Londres. La expedición en cuestión estaba encargada originalmente de cazar focas.

Charles Wilkes (1798-1877): almirante estadounidense, y no inglés, que exploró la porción del Antártico y avistó una región conocida ulteriormente como Tierra de Wilkes.

John Balleny (s. XIX): marino y cazador de focas inglés. Participó en una expedición al Antártico con los buques *Sobrina* y *Lisa Scott*. Fue el primero en demostrar la existencia de tierra más allá del círculo polar antártico. < <

[250] Como recordará el lector, el título completo de la obra del profesor Pierre Aronnax era *Los misterios de los grandes fondos submarinos*. < <

[251] John Davis (o Davys) (15507-1605): navegante y explorador inglés, uno de los más célebres de su época. Convencido de la existencia del paso del Noroeste entre América y Asia, logró mandar una expedición a esa zona, que, sin embargo, realizó tres viajes infructuosos (1585-1586 y 1587). Descubrió las Malvinas a su regreso de otra expedición al estrecho de Magallanes. Escribió *Los secretos del navegante* y una *Descripción hidrográfica del mundo* (1594 y 1595). Murió asesinado por piratas japoneses en aguas de Sumatra.

A continuación cita Verne a Richard Hawkins (o Hawkyns) (1562-1622): almirante inglés, hijo de Sir John Hawkins (1532-1595), también almirante. Participó con Drake en la expedición a las Indias de 1585 y también en la campaña contra la Armada española en 1588, al mando del *Swallow*. En su intento por dar la vuelta al mundo, redescubrió las Malvinas. Fue detenido por los españoles y encarcelado en Lima, siendo trasladado más tarde a España donde permaneció entre 1597 y 1602. Publicó las *Observaciones del caballero Sir Richard Hawkins sobre su viaje a los mares del Sur* en 1622. Según diversas fuentes españolas, este personaje no pasaba de ser un negrero y un pirata. Se le conocía en español como Aquinas, Achinez o Canes. El nombre que dio Hawkins a las Malvinas fue *Hawkins' His Maidenland*, es decir: «Tierra de la Doncella (o de la Virgen) de Hawkins». El marino quería ensalzar así la virginidad o doncellez de Su Graciosa Majestad Isabel I. El nombre de *Malouines* dado por los pescadores de Saint-Malo (ciudad portuaria francesa situada en el estuario del río Rance, en la región de Bretaña) es evidentemente una mera traducción de Malvinas. Y, en fin, en 1690 fueron denominadas *Falkland* por John Strong, marino inglés, en honor de un oficial de la marina inglesa apellidado Falkland. < <

[252] Sobre los calamares voladores, véase Plinio, *Historia natural*, IX, 84. < <

[253] Por costa holandesa, se refiere a la de la Guayana holandesa o Surinam. El Maroni, al Oeste de la Guayana francesa, es el río que separa a ésta de Surinam. < <

[254] Alphonse Toussenel (1803-1885): agricultor, literato, político y periodista francés. Entre sus obras figuran *Ornitología pasional*, *Trabajo y holgazanería*, *El espíritu de los animales*. < <

[255] La cita procede de la página 345 (edición de 1862) del libro de Toussenel, *El espíritu de los animales*, concretamente del capítulo dedicado a los cetáceos. < <

[256] Verne copia a Lacépède una vez más, pero hay un error en su transcripción: el término correcto debe ser *mobular*. Se trata de una raya-manta del Caribe. Véase Lacépède, *ob. cit.*, tomo I, pág. 436.

< <

[257] *Góbidos de Plumier*: El nombre de esta especie no tiene nada que ver con la palabra que en francés significa «plumero». Su denominación se la dio Lacépède en honor del viajero francés Charles Plumier (1646-1706) que los identificó. Plumier fue, además, un notable botánico y amigo de Tournefort, anteriormente citado en el capítulo IX de la II parte. Plumier viajó a América en 1689 y entre 1693 y 1694. Entre sus obras, destacan *Descripción de las plantas de América* (1693), *Nuevos géneros de plantas de América* (1703) y *Tratado sobre los helechos de América* (1705). Murió a bordo de un buque español, cerca del Puerto de Santa María. < <

[258] Son numerosos los datos de escritores romanos acerca de la inmoderada afición de las clases altas a los salmonetes y del elevado precio que se debía pagar por ese manjar. En cuanto al refrán, existe también en italiano: «*Non mangia la triglia colui che la piglia*», e indica que los pescadores prefieren vender los salmonetes, que se siguen pagando a precios elevados, antes que comérselos ellos mismos. < <

[259] Islas Lucayas: Se trata del antiguo nombre de las islas Bahamas, que estuvieron habitadas por los indios lucayos. < <

[260] En la mitología griega, los Titanes eran los seis hijos varones de Urano (el cielo) y Gea (la tierra). El más conocido de ellos es el más joven: Cronos, que fue el padre de la estirpe de los dioses olímpicos, como Zeus. Las seis hijas de Urano y Gea eran conocidas con el nombre de Titánides. < <

[261] Olaus Magnus u Olaf Mansson (1490-1557): sacerdote católico sueco y autor de una *Historia de los pueblos septentrionales* (1555). Asimismo, fue autor de una *Carta marina* (1539) y de un mapa de Escandinavia. Desde 1523 vivió exiliado en Roma, a consecuencia de la Reforma sueca. < <

[262] Nidros, también conocida por los nombres de Nidrosia o Nidaros, es el antiguo nombre de la ciudad noruega de Trondhjem, situada junto al río Nid. < <

[263] La cita de Aristóteles parece proceder de la *Historia de los animales*, 524 a 25, y reza así: «Entre las especies de calamares, los llamados grandes calamares son muy superiores de tamaño, pues los hay que alcanzan hasta cinco codos de longitud». Téngase en cuenta que el codo griego medía 0,444 metros. < <

[264] El Havre: ciudad portuaria francesa situada en la región de Normandía. < <

[265] El *aviso* era un buque de la marina militar, de gran marcha y bastante radio de acción, que estaba encargado de servicios rápidos y de la transmisión de órdenes y noticias. A propósito del comandante Bouguer, Simone Vierne, en la edición ya citada, recoge parte de un artículo de Fernand de Rodays, publicado en *Le Figaro*. el 21 de agosto de 1871, que parece interesante citar aquí: «El autor de *20.000 leguas de viaje submarino* nos permitirá que hagamos una rectificación, ya que este libro tendrá otras ediciones. No es el capitán “Bouguer” quien descubrió ese pulpo en aguas de Tenerife, sino el capitán Bouyer. Conocemos personalmente al Sr. D. Frédéric Bouyer, literato de talento en sus ratos perdidos, que tiene mucho apego a “su” pulpo [...]». Como anota la propia Vierne, la rectificación nunca se hizo. < <

[266] Como se podrá comprobar, en este pasaje, Verne mezcla indistintamente pulpos y calamares. < <

[267] Según el *Diccionario de mitología* de Pierre Grimal, ya citado, Furias es el nombre que se daba en Roma a unas antiguas diosas del mundo infernal. Más tarde llegaron a confundirse con el mito griego de las Erinias, unas de las divinidades más antiguas, representadas como seres alados y con la cabellera poblada de serpientes. Entre sus misiones, estaba la de castigar el crimen y proteger el orden social. Generalmente, eran tres: Alecto, Tisífone y Megera. < <

[268] La cursiva es del autor. < <

[269] Según el mismo *Diccionario* de Grimal, la Hidra era, en la mitología griega, un monstruo representado como una serpiente de varias cabezas, que puso a prueba a Heracles en uno de sus doce trabajos. Era fama que las cabezas de la Hidra volvían a reproducirse inmediatamente después de que Heracles las hubiera cercenado, hasta que Yolao, sobrino de éste, quemó el bosque en que habitaba la Hidra y con los tizones encendidos abrasó las heridas de la bestia, impidiendo así que retoñasen. < <

[270] *Los trabajadores del mar* es el título de una novela de Víctor Hugo publicada en 1866. Hugo, que, como ya hemos mencionado, era uno de los autores predilectos de Verne, sorprendió al público de su época con esta novela debido a la utilización de la mecánica en la lucha del hombre contra la naturaleza y de un lenguaje técnico desconocido hasta entonces. La obra gira en torno a la explotación de un barco de vapor que hace el trayecto entre Saint-Malo y la isla de Guernsey y que es objeto de sabotaje por parte de los pescadores de la ciudad francesa. En el capítulo anterior es notable la influencia de un episodio similar narrado por Hugo en *Los trabajadores del mar*, donde el personaje Gilliat se enfrenta a un cefalópodo de enormes dimensiones (libro IV de la II parte de la obra citada). < <

[271] Estrecho de Davis: separa el Canadá de Groenlandia. < <

[272] En efecto, Lacépède denominó a este pez *mugilomore Anne-Caroline* en honor de su esposa. Véase *Historia natural de los peces* (V, 398). < <

[273] Aparentemente, estamos aquí ante otra errata, pues parece tratarse del *unernak* citado por Lacépède en su libro de 1800, *Historia natural de los peces*, (II, 280-282). < <

[274] Error de cálculo: han de ser 200 millones y no 25. < <

[275] Heart's Content: población portuaria de la bahía de la Trinidad, situada en la península de Avalón, en Terranova. < <

[276] Batalla de Sadowa o de Königgrätz: tuvo lugar el 3 de julio de 1866 entre Prusia y Austria en la localidad de Sadowa, cerca de la ciudad bohemia de Hradec Králové, junto al río Elba. La victoria se decantó de lado prusiano. < <

[277] Evangelio de Lucas 2, 14. Aunque este pasaje ha sido objeto de exégesis y traducciones distintas (de hecho, la liturgia actual traduce: «a los hombres *que ama el Señor*»), respetamos los términos del original francés «*de bonne volonté*», que procede directamente del latín «*pax hominibus bonæ voluntatis*». < <

[278] Correctamente, *Fastnet Rock*: islote situado en el extremo Sudoeste de Irlanda, al Sur de la isla de Clear o Cléire. < <

[279] Sorlingas: Más conocidas como Scilly Islands, es un grupo de islas situadas al SO de Cornualles. Las principales son Tresco y Santa María. < <

[280] Charles-Hector, conde d'Estaing y marqués de Saillans (1729-1794): marino francés que participó con la flota francesa en las operaciones de ayuda a los americanos sublevados contra la corona británica durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. Con «*la toma de Granada*», se refiere a la isla caribeña de Granada. < <

[281] François-Joseph-Paul, conde de Grasse (1722-1788): almirante francés. Tras mandar la flota francesa en las Antillas, de Grasse participó con sus naves, a petición del propio George Washington, en la batalla de Yorktown (bahía de Chesapeake) y derrotó a la flota británica mandada por Thomas Graves. Sin embargo, en 1782, fue derrotado por el almirante Rodney y, a su regreso a Francia en 1784, fue sometido a un consejo de guerra, que, a la postre, lo declaró inocente. < <

[282] Louis-Thomas Villaret-Joyeuse (1750-1812): almirante francés. Al llegar la Revolución francesa fue proscrito y se exilió en la isla de Oleron. Sin embargo, ya en la época de Napoleón, llegó a ser gobernador de Santa Lucía y de Martinica y, posteriormente, de Venecia. < <

[283] En el original, *Vengeur*, que significa «Vengador» (por esta vez he preferido traducirlo para mantener la eficacia inmediata del juego de palabras con «venganza»). Aunque la victoria en la batalla del 1 de junio de 1794 fue para los británicos, éstos no consiguieron impedir que el cargamento de trigo llegara a su destino. < <

[284] Verne retoca ligeramente el pasaje final de la novela de Edgar Allan Poe, *Narración de Arthur Gordon Pym*, publicada en 1838. En la versión española de J. M^a Álvarez («Tus Libros», n.º 19, pág. 216) se puede leer lo siguiente: «Y de repente nos precipitamos vertiginosamente hacia la catarata, y un abismo se abrió para recibirnos. Entonces vimos ante nosotros una velada figura de rasgos humanos, cuyas proporciones eran superiores a las de cualquier habitante de la tierra. Y su piel tenía la perfecta blancura de la nieve». Como quedó dicho anteriormente, Verne admiraba el arte de Poe. Además, llegó a escribir una continuación del *Gordon Pym* del americano, *La esfinge de los hielos*, que fue publicada en 1897 (col. «Tus Libros», n.º 115). < <

[285] *Maelström* es la grafía que aparece en la edición original francesa. < <

[286] En realidad, se trata de una cita del Eclesiástico, otro de los libros de la Biblia: «La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría ¿quién podrá medirlo?» (Eclesiástico 1, 3). < <

[287] Los años que preceden y siguen al nacimiento de Jules Verne lindan con una serie de importantes efemérides culturales en Francia, por ejemplo: en 1821, fallece Napoleón Bonaparte y nace Gustave Flaubert; en 1822, nacen el músico César Franck (que fallece en 1890) y el científico Louis Pasteur (muerto en 1895); en 1824, muere Luis XVIII y en 1825 se entroniza a Carlos X; en 1832 nace el pintor Manet; al año siguiente, Michelet comienza a publicar la *Historia de Francia*, y Balzac publica *Eugenia Grandet*. 1834 es el año en que nace el pintor Degas (muerto en 1917) y al año siguiente nace el músico Saint-Saëns. En 1839, Stendhal publica *La cartuja de Parma* y nace el pintor Paul Cézanne (que fallece en 1906). Por fin, 1840 es el año en que nacen Zola y el pintor Monet.

< <

[288] Publicado en el número 84 de esta misma Colección. < <

[289] Ambos títulos han sido también publicado en los números 87 y 56 respectivamente de esta Colección. < <

[290] Aparecen en diversas fuentes las grafías Deviane y Devianne.
< <

[291] Publicado en el número 88 de esta misma Colección. < <

[292] Publicado en el número 11 de esta Colección. < <

[293] Publicado en el número 94 de esta Colección. < <

[294] Publicado en el número 37 de esta Colección. < <

[295] Algo muy parecido ocurre en otra novela de Verne en la que el mar está muy presente, *El Chancellor* (n.º 66 de esta Colección), con el relato en forma de diario de un pasajero. < <